



ALLÍ DONDE EL
SILENCIO

Federico Abad

Lectulandia

Marzo de 1976. En un pueblo recóndito de la geografía española se ha producido un turbio suceso en el que han muerto una anciana y un pintor austriaco, y ha sido violada una adolescente. Tras una investigación resuelta con sorprendente celeridad, la Guardia Civil da por cerrado el caso.

A Eugenio, joven maestro que tiene allí su primer destino, no le convence la versión oficial del asunto, no cree que el extranjero fuese culpable del doble delito. Además, la preocupación por su alumna, la adolescente que desde aquel día permanece recluida en la mansión familiar, le impulsa a comunicarse con ella a espaldas de la familia, pero este interés solo le granjea una brutal paliza.

Muchos años después, Eugenio decide averiguar qué ocurrió realmente y por qué se ocultaba el abuelo de Carmen. Entonces descubrirá que el anciano no era quien decía ser...

Lectulandia

Federico Abad

Allí donde el silencio

ePub r1.0

Titivillus 23.01.2015

Título original: *Allí donde el silencio*

Federico Abad, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Pedro Roso, por su obstinación en hacer realidad esta novela.
A la memoria de Rafael Balsera, dramaturgo, quien supo transmitirme la
tragedia de Ángela Moreno.
A la memoria de mi tío José Márquez Guerrero, que logró escapar del terror
de Bruno Ibáñez, y a la de mi tío Ángel Abad Morales, que no tuvo la
oportunidad de hacerlo.

Con el fin de evitar la extraordinaria aglomeración en los Cementerios, observada en años anteriores, que siempre daba lugar a invasiones poco respetuosas para la paz que debe existir en estos lugares de meditación y máximo respeto, esta Jefatura de Orden Público ha dispuesto quede terminantemente prohibida la entrada a los mismos [...] durante los días uno y dos de Noviembre, fiesta de todos los Santos y conmemoración de los fieles Difuntos, quedando también prohibido en los citados días el exorno de panteones, bovedillas y sepulturas.

Guión 29/10/36

Transcripción de la cinta. Julio de 1975 a julio de 1976

Superar las oposiciones de magisterio significó una ruptura con todo lo que constituía mi vida hasta entonces. Cuando llegó el momento de solicitar destino, estuve tentado de marcharme a la otra punta del país y, aunque mi madre me rogó que no lo hiciera, elegí Las Cumbres de San Calixto, a 115 kilómetros de la capital, porque no había otra localidad más lejana dentro de la provincia. El pueblo se hallaba además muy mal comunicado, y yo no tenía vehículo propio, ni siquiera permiso de conducir: me daba pánico. En resumen, se trataba de una coyuntura propicia para no tener que volver con mis padres los fines de semana.

Pero aquella no solo fue una ruptura con mi casa, sino también con Alicia, mi novia. Alicia y yo habíamos sido compañeros de facultad; comenzamos a salir durante el segundo curso de la carrera. Era una chica adorable; aunque tenía que lidiar a menudo con ciertas rarezas mías que prefiero omitir, jamás me amenazó con abandonarme. Sin embargo, recién aprobadas las oposiciones me sobrevino un fuerte estado de excitación que solo años más tarde interpreté como una de mis primeras fases maníacas. De repente comprendí que ya no necesitaba seguir estudiando, que aquello se había acabado, y que en pocos meses contaría con mis propios recursos. Me sentí libre y poderoso, enfermizamente poderoso diría yo. Todo cuanto me rodeaba, mi familia, mi hogar, mis colegas de estudios, mi vida cotidiana, se me antojaban restos de un pasado que ya no tenía por qué soportar, y en ese lote entraba también Alicia. Lancé sobre ella un puñado de acusaciones estúpidas y le dije que no quería volver a verla. Consumí el resto del verano de un modo enfebrecido, apurando las noches en los escasos antros que por entonces existían en la ciudad, saturado de alcohol, marihuana y ácido. Y a mediados de septiembre, satisfecho por tal alarde de liberación, marché con mi equipaje de ilusiones hacia el placentero retiro espiritual de Las Cumbres. Allí donde el silencio. Pero eso lo supe después.

Salvo el puente de la Inmaculada, no regresé a la ciudad hasta que dieron las vacaciones de Navidad. Dos o tres días antes de fin de año salí a media mañana a resolver un papeleo en la delegación. Iba caminando por el paseo cuando me encontré con Alicia, aunque me inclino a pensar que fue ella quien buscó la forma de que se produjese dicho encuentro. No se le veía resentida en absoluto. Me propuso tomar un café para charlar sobre cómo nos había ido en los últimos meses. Me contó que había solicitado una beca en la facultad con objeto de estudiar los endemismos botánicos que se daban en la sierra donde se enclavaba el pueblo de Las Cumbres. «¿Qué te parece?», me preguntó. Le expresé mi satisfacción por sus avances profesionales, y le dije que la idea del proyecto resultaba interesante, si bien —me apresuré a aclarar— esperaba que la elección de aquel paraje no tuviera nada que ver con el hecho de ser

mi lugar de residencia, pues mis sentimientos no habían cambiado desde el verano. Ella se abstuvo de hacer más comentarios, pero en su mirada quise adivinar que su resolución era, en cualquier sentido, firme.

Un mes más tarde llegó una carta suya a mi casa del pueblo. Ignoro cómo había logrado saber la dirección, porque yo no se la había proporcionado. En ella me decía que la comisión de evaluación había aprobado el proyecto, y que tan pronto como el rector ordenara el libramiento se trasladaría a Las Cumbres. La noticia me supuso en ese instante una *cierta contrariedad* [he querido resaltar esta expresión de Eugenio porque en aquel momento no alcanzaba a comprenderla]. No obstante, le respondí con una breve nota en la que me limitaba a comunicarle mi deseo de que le fuese provechoso el trabajo.

Los sucesos de la casa de El Retamar ocurrieron, como sabes, el sábado 27 de marzo de 1976. Alicia llegó al pueblo el lunes siguiente. Recuerda que entonces teníamos la jornada de mañana y tarde, así que al mediodía me esperaba a la salida del colegio. Supongo que debió de llevarse una fuerte impresión cuando me vio. Yo estaba completamente trastornado. Al no encontrarme con ánimo para dar las clases les había pedido a mis alumnos que repasaran los últimos temas, aunque en realidad ellos tampoco sabían qué hacer; y es que el pupitre vacío de Carmen se dejaba sentir igual que una losa sobre nuestras cabezas.

Alicia me llevó casi a rastras al restaurante del hostel donde se alojaba. A fuerza de preguntas y más preguntas a las que apenas respondía con monosílabos logró enterarse de lo que había pasado. Recuerdo que pedí una tortilla y que no era capaz ni de acercarme un trozo a la boca. El camarero, los comensales, nadie nos quitaba ojo de encima. Ella quiso acompañarme al colegio. Le contesté que necesitaba estar solo, que ya volveríamos a vernos en otro momento, y salí de allí poco menos que huyendo.

El resto de la semana procuré no encontrarme con Alicia. De hecho cambié incluso el itinerario entre mi casa y el colegio a fin de no pasar cerca del hostel. El viernes, poco antes de que acabaran las clases, pude escuchar cómo Elena, la mejor amiga de Carmencita, susurraba algo sobre ella a otras dos compañeras. Al sonar el timbre le pedí que no se marchara aún. Tan pronto salieron los demás le pregunté qué sabía de Carmen. Con ciertas reservas me confesó que la había visitado aquella misma mañana. Le había dicho que se sentía mejor, pero que ya no volvería al colegio, al menos en lo que restaba de curso.

Por la noche, mientras se entremezclaban en mi cabeza escenas vividas durante la pasada semana con fognazos de imágenes de sangre y violencia, la idea de poder hablar con Carmen Garrido emergió repentinamente con una urgencia imparable, de tal modo que a lo largo del sábado desembocó en una obsesión. Yo sabía que no era oportuno y, sin embargo, solo ella podría contarme algo de lo que pasó allí. Fue así como se me ocurrió lo de los *walkie-talkies*. En el colegio había uno que, aunque apenas se usaba, servía para comunicarse con la sección de preescolar, que ocupaba

un edificio independiente situado tres o cuatro calles más abajo.

El lunes, a la hora del recreo, busqué a Elena y le pregunté cuándo pensaba volver por casa de su amiga.

—No sé, quizá el próximo fin de semana. ¿Por qué? —fue su respuesta. Me sentí sonrojado al advertir que en mi interés había algo de malsano, pero me sobrepuse casi en el mismo instante.

—Te voy a pedir un favor, un favor muy importante para mí. Tú sabes de sobra el aprecio que siento por Carmencita, y creo que en estos momentos tan difíciles para ella le sería de gran ayuda escuchar unas palabras de aliento de su maestro.

Poco a poco, eligiendo las frases con mucho tacto, fui ganándole terreno a su reticencia inicial, de manera que al término de nuestra conversación había logrado arrancarle la promesa de acudir el miércoles por la tarde a la mansión de los Valverde con el intercomunicador en el bolso. No quería que transcurriese más tiempo, porque el viernes comenzaban las vacaciones de Semana Santa.

Llegado ese día, después del almuerzo o, mejor dicho, tras tomar unas cuantas cucharadas de sopa entre arcadas, me pasé por el parvulario. Como la cancela estaba abierta y la portera apuraba la siesta hasta el último instante, no tuve ningún problema en coger el primer aparato y depositarlo en mi cartera. Para el segundo hube de aguardar a que acabaran las clases y se marchara la directora. Una vez que tenía los dos *walkies* en mi poder, bajé al paseo de los Peligros, donde me esperaba Elena. Con el mayor disimulo posible metí uno de ellos en su bolso, pero hacerlo allí fue una temeridad: el calor de los días anteriores había remitido, y el lugar, a raíz de los recientes homicidios, había adquirido cierto morbo para los ancianos del pueblo, que no tenían nada mejor que hacer que pasarse las horas sentados en los bancos. Es bastante probable que a alguno de ellos le llamara la atención aquella cita inusual.

Sobre la conversación que mantuve con Carmen no tengo más información que añadir a la que te facilité en su momento. Sí es cierto que, por temor a no captar la señal, en lugar de hablar desde mi casa lo hice desde un callejón próximo a la casona de los Valverde, donde aguardé a que Elena me devolviese el aparato. Una estupidez que sumar a las anteriores, y que acabaría por costarme muy caro.

Y aún me esperaban nuevos contratiempos. Por la mañana, al regresar al parvulario, la portera estaba regando los arriates. Como me había visto llegar no me quedó otro remedio que entablar con ella un diálogo inverosímil, en el que además no podía ocultar mi nerviosismo, y posponer hasta el mediodía la devolución del *walkie* al estante de donde lo había retirado. En el edificio principal, en cambio, sí tuve tiempo de soltar el aparato en el despacho de la directora antes de que ella entrara, pero dio la maldita casualidad de que nuestro portero echó mano de él justo cuando me hallaba en el laboratorio con el grupo de séptimo, cuyos alumnos —no podía ser de otro modo— estallaron en carcajadas mientras yo abría atolondradamente la cartera y lo apagaba.

Por la tarde me encontré con Alicia en la calle. Yo volvía de hacer la compra, y ella

venía del campo, con la mochila cargada de frascos de semillas que se apresuró a enseñarme. Evitó reprocharme que no hubiese querido verla desde el día de su llegada; sin embargo advertí en sus labios esa rigidez que se manifestaba siempre que algo le preocupaba demasiado.

—¿Tienes algún problema? —le pregunté.

—No, no me pasa nada. Es..., bueno, es esa especie de inquietud que noto en el ambiente, en la forma en que me miran y guardan silencio cuando estoy cerca —fue aproximadamente su respuesta. Y prosiguió—. Lo que más me desagrada es que creo que lo hacen porque me relacionan contigo.

Pero yo tenía pocas ganas de hablar. La tensión de las dos últimas jornadas se había acumulado sobre la que ya arrastraba, y lo único que me apetecía era llegar a casa y tumbarme en el sillón a leer la prensa, plagada en aquellos días de rumores y especulaciones en torno al anunciado congreso de la UGT en Madrid. Alicia me preguntó si pensaba pasar las vacaciones con mis padres. Le contesté que no, que prefería no verlos en aquellas circunstancias.

—¿Almorzamos juntos mañana? —propuso. Dudé por un instante, pero finalmente accedí a que me recogiera a la salida de clase.

Serían más o menos las diez de la noche cuando llamaron a la puerta de mi casa. Yo estaba en la cocina preparándome la cena. «¿Qué querrá esta ahora?», me dije malhumorado mientras cruzaba la sala de estar. Pronto salí de mi error, porque en el vano de entrada, recortadas sus siluetas contra la mortecina luz de la calle, aparecieron las figuras de dos hombres corpulentos, las de los tíos gemelos de Carmen Garrido.

—Queríamos hablar con usted —dijo uno de ellos. Me hice a un lado, les pedí que pasaran y les ofrecí asiento—. No, no hace falta —continuó diciendo con sequedad. Y de inmediato su hermano me lanzó la primera pregunta.

—¿Es cierto que estuvo usted hablando ayer con Carmencita por un transmisor?

Tragué saliva y contesté sin dudar:

—Sí, así es.

—¿Y se puede saber para qué quería usted hablar con ella?

—Simplemente trataba de interesarme por su estado de ánimo —respondí—. Es la mejor alumna del centro, y había oído comentar a sus compañeros que ya no iba a volver a clase. Pensé que a lo mejor lograba persuadirla de que le convendría recuperar su vida normal.

—Por lo visto usted piensa mucho, ¿verdad? —Avanzó dos o tres pasos hacia mí. De inmediato percibí la acidez de su aliento. El hermano también cambió de posición para observarme de perfil.

—Bueno, supongo que no más que el resto de la gente —y aunque pretendiese hablar con calma sentía un irrefrenable temblor en mi voz. Daba igual lo que dijera; estaba convencido de que aquello no marchaba bien.

—¿Pues sabe usted lo que dicen en mi casa? —el volumen de su voz se elevaba por

momentos—. En mi casa se ha dicho siempre que quien piensa mucho, quien está todo el día dándole vueltas a las cosas, acaba por volverse loco —enfaticó estas últimas palabras apretándose el dedo índice contra la sien. No apartaba sus ojos de los míos. El espanto amenazaba con paralizarme. Intenté superarlo con alguna observación neutra.

—Vale, es una opinión.

—¿Tú has oído eso? —dijo mi interlocutor volviendo la cabeza hacia su hermano. Y con la boca floja hizo un remedo de mis últimas palabras— «Es una opinión, es una opinión...». ¿Qué te parece?

—Este tío es gilipollas, ¿no te estás dando cuenta? Dale ya un par de hostias, venga. Sin esperar a que acabara la frase, me pegó tal bofetada que di varios traspiés y caí de espaldas contra la estantería. Libros, revistas, cuadernos, todo se desparramó por el suelo. Traté de escabullirme hacia la puerta, pero el otro hermano me había cortado el paso. Sentí su puño hundiéndose en mi vientre, y en el siguiente segundo el puño opuesto me partió de un solo golpe el tabique nasal y el labio superior. Me llevé las manos a la cara. Noté cómo manaba la sangre, caliente y abundante. Ahora era el primer gemelo, el del interrogatorio, quien me propinó un puntapié en el costado que me dejó tumbado y sin respiración. Oía cómo me gritaban enloquecidos, pero no entendía lo que decían; solo escuchaba el horrible silbido de mis propias bocanadas, unas bocanadas inútiles, porque el aire se resistía a entrar en mis pulmones. Y mientras tanto, mientras me mantenía acurrucado, no cesaban de llegarme patadas por todas partes: me pateaban la espalda, las piernas, los hombros, las nalgas, la cabeza. Creía que iban a seguir así, sin parar ni un solo instante, hasta que me vieran muerto. Pero me equivoqué. Hubo un momento, no sé cuánto tiempo habría pasado, en que cesaron los golpes.

—Míralo —dijo uno de ellos—. Vaya mierda de tío. ¡No sabe ni defenderse, cojones! Pero ¿cómo ha podido venir a parar este hijoputa a nuestro pueblo? Fíjate, fíjate cómo llora. Si parece una niña, me cago en la puta —y empezaron a reírse. Soltaban unas risotadas enormes.

—¿Le hacemos el polo? —propuso el otro.

—Oye, qué buena idea, ¿por qué no? Vamos a hacerle el polo. Anda, sujétale tú la cabeza.

Yo no veía lo que estaba haciendo, pero mientras el que había tenido la idea me apretaba la nuca contra el suelo oí un chasquido metálico. Mi cuerpo se puso a dar sacudidas: era un acto involuntario que no podía controlar. Tampoco sirvió de nada, porque acto seguido el otro se sentó a horcajadas sobre mi estómago. El que me sujetaba el cráneo llevó esa mano a mi frente, y usó la contraria para separarme las mandíbulas de modo que su gemelo pudiera introducirme el cañón de la pistola en la boca. La cara me quemaba, sentía como si mis ojos estuvieran a punto de saltar de sus órbitas.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Vas a ser un niño obediente? Mira que en este pueblo no

queremos gente rebelde, ¿eh? —Yo trataba de asentir desesperadamente con la cabeza, aunque el otro gemelo la atenazaba con todas sus fuerzas.

—No contesta —indicó este último—. A lo mejor es que se ha quedado sordo por las patadas. Ya te dije que no le pisotearas las orejas, que luego no podemos entendernos. En fin, sigue hablándole, a ver si al menos te lee los labios.

—De acuerdo, probaremos de nuevo. ¡Mírame, coño! —gritó, y continuó hablándome despacio, silabeando, moviendo grotescamente los labios— ¿Vas a seguir pensando, eh, o vas a dejar de pensar? Ya sabes lo mal que te sienta pensar tanto. —Y empujó el cañón hasta la garganta. Comencé a dar unas arcadas horrorosas, los espumarajos me corrían por el cuello; era absolutamente imposible responderle. Levantó la cabeza y se dirigió a su hermano— Yo no creo que esté sordo. Para mí que este tío es tonto.

—¡Qué pena, es tonto! —exclamó con sorna—. Pues si es tonto, peor para él; no queremos tontos en el pueblo. Anda, dispárale ya y vámonos, que estamos trabajando más de la cuenta.

—¿Le pego el tiro entonces? —Sacudió el cañón dentro de mi boca, golpeándome los dientes. Me puse a patalear. Me golpeó los testículos con el puño que tenía libre— ¡No patalees, cabrón, que eso sí que no lo soporto!

—¡Claro que sí! ¡Venga ya, coño!

—Bueno, maestro. Se te acabó la vida...

Es lo último que recuerdo. Cuando recuperé el conocimiento apenas podía moverme del dolor. No se oía nada. Abrí los ojos lentamente. Mi visión era muy borrosa, pero no detecté el menor movimiento: se habían marchado, la puerta estaba cerrada. Tardé una eternidad en incorporarme. A pesar de notar todas las articulaciones entumecidas no parecía que se me hubiese fracturado ningún hueso. Con pasos lentos, tropezando contra los libros y demás objetos, llegué hasta el baño para verme en el espejo. La imagen de mi rostro me impresionó. Tenía, efectivamente, la nariz rota. El labio superior estaba tan inflamado que tapaba el de abajo. También tenía partidas las cejas, y un derrame oscuro en un ojo. Sentía una gran tirantez en las mejillas a causa de la sangre reseca. Empecé a lavarme la cara, pero me dolía demasiado. Miré el reloj de pulsera: su cristal se había partido y estaba parado. De repente recordé que acaba de encender el fuego de la cocina cuando llegaron los visitantes. Entré en ella y lo apagué. Me volví para mirar el reloj que había sobre la puerta: eran más de las dos. Luego fui directamente al dormitorio y, tras quitarme solo los zapatos, me metí entre las sábanas. Me pasé un largo rato llorando antes de dormirme.

A partir de ahí todo lo que recuerdo se me hace muy confuso. Estuve debatiéndome en una duermevela larga, inacabable. A veces me despertaba dando voces; otras, gimoteando. Percibí la luz del día a través de los postigos entornados, y aun así mi mente no acertaba a escapar del sopor en que se veía sumida. Además, la tumefacción de mis músculos me producía un intenso dolor incluso cuando trataba de darme la vuelta.

En una de las breves pero recurrentes pesadillas en las que me sumergía golpeaban de nuevo la puerta. Soñaba que me metía en un cajón del armario, un cajón más grande de lo habitual aunque demasiado angosto para mi cuerpo, y que por medio de un gancho lograba cerrar la puerta del armario. Pero a continuación era esta la puerta que aporreaban, cada vez más fuerte, con tanta fuerza que incluso la sentía astillarse. Luego escuché cómo repetían mi nombre. Se oía a lo lejos, era una voz femenina la que me llamaba. De pronto me di cuenta de que correspondía a Alicia, y que su voz no procedía del sueño, sino que estaba llamándome a gritos desde la calle.

Hice un gran esfuerzo por hacerme oír, pero mucho mayor fue el que tuve que realizar hasta que pude levantarme y comenzar a caminar apoyándome en las paredes. Al verme, Alicia lanzó un chillido y se arrojó sobre mí. La siguiente sensación que tuve fue la humedad de sus lágrimas sobre mi cuello.

Por desgracia el estado de aturdimiento en el que me encontraba sumido no iba a ser algo pasajero. Aún tardaría un tiempo en advertirlo, pues me lo impedía precisamente la dislocación de mi propia conciencia. Recuerdo, eso sí, retazos relevantes de lo que sucedió después. Recuerdo las curvas de la carretera por la que el coche de Alicia circulaba a toda velocidad camino del hospital comarcal de Azulejos, y recuerdo también el color macilento de la habitación en la que, según me contó Alicia, permanecí solo un par de días en observación. Antes de darme el alta el doctor propuso avisar al cuartel de la Guardia Civil para que vinieran a tomarme declaración y a conocer el informe de las exploraciones.

—No se moleste, yo mismo provoqué la pelea —respondí lacónicamente sin hacer caso al gesto de irritación de Alicia.

El médico alzó las cejas, ladeó la cabeza y acabó diciendo:

—Como usted quiera. Pero tenga cuidado; si se mete en otra como esta puede que no salga vivo.

Cuando el médico se marchó, Alicia y yo nos enzarzamos en una discusión grotesca y desagradable a la vez. En sus palabras afloraba una mezcla de profunda tristeza, de enfado y de consternación.

—Qué más quisiera que cuidarte yo sola, cariño, pero debemos ser realistas. Ahora mismo —se obstinaba en afirmar— necesitas atención constante, ¿y dónde la vas a tener mejor que en casa de tus padres? En esta situación volver al pueblo sería una locura.

Frente a su propuesta, mi estado de semilucidez me hacía balbucir y emberrincharme igual que un niño asustado.

—¡Con mis padres no, te lo ruego, con mis padres no! —así una y otra vez. Me imagino lo deplorable que debió de ser aquello.

Al final no tuvo más remedio que doblegarse ante mi enfermiza obstinación, de modo que me llevó de vuelta a Las Cumbres, pagó la cuenta en el hostel y se vino a mi casa para atenderme. De hecho interrumpió incluso la recogida de muestras en el monte porque no se fiaba de dejarme solo. Se pasaba todo el día pendiente de mí, y

procuraba hablarme de cosas agradables evitando, por ejemplo, mencionar el desdén con el que la trataban en las tiendas, pues a la dueña del hostel le había faltado tiempo para difundir la noticia de que ya no se alojaba allí. Sin embargo mi fase depresiva se ahondaba más y más. Sentía como si me internara en las catacumbas de la desesperación.

La madrugada del viernes santo, mientras ella dormía en la cama de al lado yo me revolví, según era ya habitual, entrando y saliendo de pesadillas pobladas de charcos de sangre, cadáveres y mutilaciones. Pero lo que sucedió en un momento dado no fue un sueño. Estaba despierto, amodorrado. Tenía calor, por lo que había echado a un lado la colcha y había dejado los pies y los brazos colgando fuera del colchón. De súbito noté sobre ellos unas manos tendinosas que, saliendo por debajo del lecho, me atenazaban arrastrándome a la vez hacia lo que yo imaginé que era un pozo abierto bajo la cama. Al tiempo que emitía un grito desgarrador di un brinco, crucé la casa como una exhalación y me lancé a la calle en una carrera enloquecida. Corría sin rumbo, probablemente sin cesar de gemir. La procesión del Silencio, que hacía estación de penitencia a esas horas, se aproximaba ya a la parroquia de Santa María, y aunque no llegué hasta donde estaba, sí me vi de pronto chocando contra algunos vecinos que regresaban en grupos a sus hogares, lo que ocasionó un enorme alboroto. Tuve la suerte de que entre estos paisanos se hallase Rosendo, el padre de uno de mis alumnos, un hombre resuelto y comprensivo que supo interpretar de inmediato el delirio que me empujaba con tan irreprimible excitación. Obviamente no recuerdo sus palabras, pero sí retengo la reconfortante sensación de su abrazo mientras me conducía de vuelta a casa. En aquel patético trayecto nos encontró Alicia. Había salido tras de mí sin pararse siquiera a ponerse algo sobre el camisón, y al perder mi rastro había estado vagando como alma en pena por todo el pueblo.

Los días siguientes supusieron mi derrumbe definitivo y el consiguiente desaliento de Alicia, cuyo papel de espectadora única de mi naufragio no le ofrecía otro consuelo que acompañar con su llanto el inmutable silencio en el que había acabado por encerrarme. En efecto, yo había llegado a asumir de un modo siniestro la actitud de los tres monos japoneses de Nikko: no ver, no oír, no hablar. Se me pasaban las horas acurrucado en el sillón, con los brazos en torno a las piernas flexionadas y el semblante perplejo del espanto. No comía, no dormía. Ni siquiera quise ir a pedir la baja médica cuando se reanudaron las clases.

Una mañana, después de lavarme ella misma, Alicia me puso desnudo frente al espejo y alzó mi barbilla para obligarme a contemplar mi figura.

—Mírate —dijo—, observa la forma de tus costillas, tus clavículas, los huesos de tu cara... Cielo santo, Eugenio, ¿cuántos kilos has perdido? ¿Quince, veinte? ¿Adónde quieres llegar? Como ellos no te quitaron la vida has decidido hacerlo tú mismo. Eso significa que estás de su parte, que eres uno de los suyos.

A través del reflejo en el cristal la miré a los ojos. Se secó una lágrima que le corría por la mejilla. Luego prosiguió:

—Mañana nos vamos a la ciudad. No, no te llevaré a tu casa, quiero que ingreses en el hospital psiquiátrico. Lo tengo todo preparado; solo falta tu consentimiento.

Así fue como acabó mi estancia en Las Cumbres y también, ya no hay razón para ocultártelo, mi trabajo como maestro. En el coche, de regreso a la ciudad, abandoné por un momento el mutismo.

—Quiero que me hagas una promesa, Alicia. Prométeme que harás todo lo que esté en tu mano con tal de averiguar qué fue lo que pasó en Las Cumbres. Y por qué pasó.

—Ten la certeza de que no pararé hasta conseguirlo —aseguró al tiempo que acariciaba mi mejilla con el dorso de su mano. Y continuó diciendo—. Esa decisión la tomé el mismo instante en que vi lo que habían hecho contigo.

Las situaciones desagradables no acabaron con nuestra marcha del pueblo. La siguiente tuvo su origen en mi propia familia. Apenas obtuve el ingreso en el sanatorio mental, Alicia quiso que me enfrentara a la necesidad de comunicárselo a mis padres, lo que dio lugar a un nuevo brote histérico que obligó a los enfermeros a inyectarme una fuerte dosis de tranquilizante. Pocos días después Alicia y el doctor que llevaba mi caso se reunieron conmigo y, con mucho tacto, lograron que lo asumiera. Tratándose de un asunto tan delicado, en lugar de hablar por teléfono Alicia optó por presentarse en mi casa. La reacción de mis padres no fue nada comprensiva hacia ella, y en el caso de mi madre, que había hecho recaer en Alicia la culpa de nuestra separación, llegó incluso a la agresividad. Aunque ellos no quisieron reconocerlo ante mí, algunas semanas más tarde mi exnovia admitió que la habían expulsado literalmente de la casa. Claro está que desde su primera visita al sanatorio quedaron convencidos de que no existía otra solución. Pero entonces reelaboraron su resentimiento contra Alicia desde la siguiente óptica: había obrado correctamente al pedir mi ingreso en el psiquiátrico, si bien lo había hecho para compensar el remordimiento de ser la causante de mi enfermedad.

En cualquier caso, la fortaleza de ánimo de Alicia le permitió encajar tal desaire como la simple expresión de unos padres frustrados ante la severa dolencia de su hijo, un hijo que además había hecho patente su desapego hacia ellos. Cumplido el amargo trance, su primera resolución fue regresar a Las Cumbres, no tanto con la intención de proseguir su estudio cuanto con la idea de servirse de él como pretexto para hacer aquellas indagaciones a las que mi actitud pusilánime me había hecho renunciar. En vez de alojarse en el hostel, buscó a los propietarios de la casa que había ocupado Wolfgang y consiguió que se la alquilaran. Ni ella misma sabía qué esperaba encontrar allí, y a decir verdad no encontró la menor pertenencia del pintor, pues todo había sido retirado por la Guardia Civil, o al menos eso fue lo que contaron los caseros.

La determinación de no residir en el hostel se explicaba también por otra causa: su confianza en que el rumor se comporta de la misma manera que una energía contenida que tarde o temprano acaba por aflorar. Al tener que prepararse la comida podía justificar su presencia cada mañana en el colmado, en la panadería o en la

lechería, a la hora en que se congregaban más amas de casa; una estrategia que le permitió conocer todas las dolencias reales o imaginarias de las clientas, así como los pretendientes de sus hijas o los empleos temporales de sus maridos, pero nada que tuviese que ver con los Valverde, sus desgracias familiares o la conducta agresiva de los gemelos. Por otra parte Alicia era una excelente fotógrafa, y gracias a la conveniente administración de sus ahorros había logrado hacerse el año anterior con un equipo del que pocos aficionados podían disfrutar en aquel tiempo. Después de analizar con detenimiento los lugares más adecuados para pasar desapercibida, montó un potente teleobjetivo en su reflex y se dedicó entre tanto a sacar instantáneas de todos los integrantes de la familia, ya fuese a la salida de misa o en sus idas y venidas desde el propio domicilio. Bueno, no de todos, porque Carmencita seguía sin aparecer.

Naturalmente Alicia también se había planteado seguir los movimientos del único protagonista vivo y visible de la tragedia de El Retamar. No le pasó por alto el hecho de que cada semana, con escrupulosa puntualidad, acudiera fray Venancio a la mansión de los Valverde; pero de igual manera prodigaba sus visitas a los hogares de otros miembros de la comunidad, entre ellos el boticario, el alcalde y el capataz de la finca. La joven frecuentaba la iglesia para analizar sus homilías, e inventó unos cuantos pecados a fin de observar sus reacciones en el confesionario. Llegó incluso a encargarle una misa en el aniversario de la muerte de su padre —bien vivo, por cierto— pensando no solo en cultivar su trato, sino en escudriñar la sacristía y el despacho parroquial. Todo fue inútil. En público o en privado, fray Venancio dio en cualquier situación irrefutables muestras de una mansedumbre sin límites. Que siempre actuase así o que hiciera gala de ella a raíz del homicidio cometido era algo que su observadora se quedó con las ganas de saber.

Al cabo de un mes, más o menos, Alicia comprendió que no tenía sentido prolongar la estancia en el pueblo. Lo último que hizo fue cursar una visita al juzgado de instrucción de Azulejos, la capital comarcal, donde le comunicaron que se había decretado el secreto del sumario. Esto acrecentó su sospecha de que alguien pretendía que se conociera lo menos posible del asunto, al tiempo que aumentó su desánimo por el infructuoso resultado de las pesquisas. Y por si no fuera bastante, el regreso a la ciudad le deparaba un nuevo contratiempo: alentado por mi madre, mi padre había obtenido del juez un certificado de enajenación mental. Con él podían disponer, como familiares directos, de las cautelas que ellos creyeran convenientes, siendo la primera, faltaría más, la prohibición de cualquier visita o llamada telefónica que no fuese la de ellos mismos. En el fondo aquel acto de maldad tenía sus ventajas. Las sesiones de electroshock a las que me estaban sometiendo, a razón de tres o cuatro por semana, me sumían en un estado de conmoción prolongada bastante similar a la imbecilidad, lo que sin duda le habría causado un impacto demasiado fuerte a Alicia.

Tratemos de entender la percepción que en este momento tenía ella del enigma al que se enfrentaba, tal y como lo describió con la lucidez que a mí me había faltado

cuando más adelante se dio la oportunidad de hablar por teléfono. De entrada era absolutamente descabellado atribuir el móvil del robo al crimen cometido por Meier. Es impensable que una mujer que se ve obligada a vivir en unas condiciones precarias atesore una fortuna en joyas. No obstante, y suponiendo que fuera cierto, a cualquiera le parecería inverosímil que un extranjero recién llegado lo supiese cuando yo mismo, que me encargaba de la educación de los niños del pueblo, ni siquiera conocía la existencia de la abuela marginada. Y en todo caso carece de sentido recurrir al homicidio para hacerse con las joyas si a su propietaria, que apenas se valía por sí misma, le resultaba poco menos que imposible oponer resistencia al hurto.

No, aquello era absurdo. Wolfgang había acudido apresuradamente a la casa de Laura, pero no para robarle. Entonces, ¿por qué la mató? Bien es verdad que la aparición del cura había tenido lugar en un momento sospechosamente oportuno y en una tarde demasiado calurosa para salir a la calle. Y aun así cabía mencionar dos elementos a su favor: que sus visitas a la inquilina no eran infrecuentes, y que la hora de llegada era la que habitualmente empleaba para visitar otros tantos hogares. Y de nuevo se topaba Alicia con el problema del móvil: no parecía haberlo para que fray Venancio quisiera deshacerse de alguien con quien ni siquiera mantenía trato. ¿Y si fuera él quién ejecutó a la abuela? ¿Él, precisamente él, una de las dos únicas personas que no la habían abandonado?

Sus intentos de obtener alguna conclusión respecto a la tarde de los hechos no conducían a ninguna parte. En cambio había algo cuya evidencia se manifestaba de un modo notorio: salvo la inapelable investigación de la Guardia Civil, los Valverde no se hallaban dispuestos a que nadie metiese las narices en sus asuntos, y mucho menos a que pudiera hablar con Carmencita. Pero tal actitud, a los ojos de Alicia, solo lograba alimentar la sospecha de que existía algún vínculo entre el rechazo de la familia a cualquier intromisión y la muerte de la abuela. El objetivo era, pues, saber en qué consistía dicho vínculo, y para aclararlo no quedaba otro remedio que escrutar la vida de aquel enigmático clan.

Entre las grandes virtudes de Alicia figuraba la capacidad de desenvolverse en diversos ámbitos, incluido el compromiso político. Este dinamismo se reflejó durante los años de carrera en la captación de militantes para la Joven Guardia Roja dentro de nuestra facultad, cuyo alumnado había estado hasta entonces bastante rezagado en la lucha antifranquista. Tan fructífera fue su labor que en las movilizaciones contra la ejecución del anarquista Puig Antich, en febrero de 1974, el comité de coordinación de nuestra universidad se nutrió fundamentalmente de estudiantes de Ciencias. Si estás preguntándote cuál fue mi participación en aquello, te diré que me limité a colaborar en tareas logísticas secundarias.

A su regreso a la ciudad Alicia recuperó el contacto con los círculos políticos de los que llevaba ausente unos cuantos meses. Fue así como una noche, después de beberse varias copas en una taberna del casco antiguo, acabó relatando nuestra odisea ante un

reducido grupo de antiguos camaradas comunistas. Evitó no obstante hacer la más mínima mención a mi enfermedad mental y, en consecuencia, a mi paradero en aquellos momentos. La experiencia me ha demostrado que, si aún existe un tema tabú en nuestra sociedad, ese es sin duda el de la locura.

Entre estos camaradas se encontraba Juan Manuel Bastante, miembro liberado —no fichado por la policía— del maoísta PTE, el Partido del Trabajo, que integraba a la Joven Guardia Roja como rama juvenil. Bastante, tras cuya fisonomía de parroquiano rollizo y bonachón se ocultaba un genuino lince antifascista, no perdió un solo detalle de la narración de mi valedora, al final de la cual emitió un dilatado pero contundente veredicto.

—Todo lo que acabas de contar apunta a una misma dirección; es lo que Günter Liebermann define como la *violencia del silencio*. Tiene que existir una conexión entre la situación marginal de esa mujer y su asesinato: el aislamiento inmediato de la niña y la paliza que le dieron a tu novio por contactar con ella son pruebas inequívocas. ¿Y quién obligó a la abuela a pudrirse en la casucha de la finca? El abuelo, no lo olvidemos. Una vez repudiada, su esposa podría haberse marchado del pueblo; yo lo habría hecho en su lugar. Es más, su papel de madre le ofrecía aún cierto margen para ganarse el apoyo de los hijos, y sin embargo no ha sido así. ¿Por qué? —Y proseguía respondiéndose él mismo— Por miedo, por puro miedo. En esa familia no hay lugar para la disidencia. No tenemos pruebas, pero me cabe la sospecha de que el extranjero murió cuando intentaba traspasar el muro de silencio. ¿Seguro que era austriaco? —Alicia se limitaba a afirmar con la cabeza. Bastante no se daba tregua— Bueno, quizá convendría asegurarse. Lo que no me encaja es la supuesta violación de la chica ni el papel del cura en este embrollo. De todos modos yo comenzaría buscando información sobre el patriarca. Un tipo que rehúye el trato con sus vecinos y que, al mismo tiempo, maneja a los suyos igual que si fueran marionetas me da muy mala espina. ¿Y dices que se llama...? Valverde Muñices, Alfonso Valverde Muñices, eso es. Dame unos días de plazo. Lo mismo me entero de algo.

Alicia continuó trabajando durante todo el mes de junio en el departamento de Biología Vegetal, tarea que compatibilizaba con las diversas labores propias de cualquier activista. Lo mismo montaba una asamblea estudiantil a las puertas del rectorado que agarraba el cepillo y el cubo de cola y se ponía a pegar pasquines, o bien quedaba con los camaradas a medianoche para sembrar la ciudad de pintadas, pintadas que, debido al elevado precio y a la escasa disponibilidad de espráis, había que hacer a base de brochas y botes de pintura. El reparto en mano de octavillas encerraba sus riesgos, sobre todo si el que la recibía era un agente de la secreta o, peor aún, un matón de los Guerrilleros de Cristo Rey. Una solución muy ingeniosa consistía en trepar de madrugada al techo de cualquier furgoneta aparcada en la calle, verter una botella de agua y esparcir un buen puñado de octavillas. Horas más tarde, cuando el vehículo comenzaba a circular, los papeles se secaban y el conductor, sin

quererlo, las distribuía por la ciudad.

Todo este tipo de *operaciones* se planeaban en un piso que uno de los miembros de la JGR había puesto a disposición de la organización. Allí tenían lugar, lo sé porque llegué a asistir en más de una ocasión, sesudos debates sobre teoría marxista y estrategia revolucionaria. En una de aquellas reuniones, creo que a principios de julio, un correligionario de Alicia le avisó de que Bastante había preguntado por ella.

—Me ha dicho que te pases por el bar que hay en la esquina de su bloque. Ya sabes, el que queda frente a los antiguos almacenes de la azucarera.

—¿Pero qué día, y a qué hora? —preguntó Alicia.

—Siendo entre semana, cuando quieras. Él baja sobre las nueve.

Alicia no lo pensó dos veces. Tomó el coche y en diez minutos se plantó en el bar. Nada más entrar, Juan Manuel Bastante le hizo una señal desde el fondo del salón. Con un nuevo gesto de la mano y un guiño le dio a entender que estaba acabando la partida de dominó. En un par de turnos se desprendió de las fichas que le quedaban, cogió su copa de vino y se llevó a Alicia a un extremo de la barra.

—Tengo noticias —anunció en un tono de satisfacción que no acertó a ocultar—. Debo confesarte que no ha sido fácil, pero al final lo conseguimos.

—¿Lo conseguisteis..., quiénes?

—Bueno, no creo que sea necesario dar nombres. Tú sabes de sobra que los antifascistas estamos por todas partes, por más que le pese a Girón y a su camarilla del búnker. El caso es que estuve tocando varias teclas, y la que sonó procedía del ministerio del Ejército.

—¡No me digas que Valverde es militar! —Alicia se sentía tan entusiasmada que elaboraba su propia interpretación por adelantado.

—Sí. Bueno, no exactamente. Vayamos por partes. —Volvió a encender el puro que mantenía apagado entre los dedos, le dio dos o tres chupadas y continuó— Alfonso Valverde Muñices, y me he cerciorado de que no hay más personas con esa identidad, nació en Huesca en 1899. Había cursado estudios de peritaje industrial, y se afilió a la Falange en mayo de 1934, lo que le permitió incorporarse al ejército golpista como alférez provisional. Con este perfil no es de extrañar que fuese uno de los primeros voluntarios en alistarse a finales de junio de 1941 en la División Azul, a pesar de que no era precisamente un chaval. Supongo que sería uno de esos locos devotos de Serrano Suñer. Además, como no estaba casado...

—¿Que no estaba casado? Pero entonces los hijos, la hija...

—Espera un poco. Valverde Muñices permanecía soltero, y al verse libre de ataduras familiares no tuvo otra cosa que hacer que marcharse con Muñoz Grandes en el primer contingente, hace ahora de eso treinta y cinco años justos; primero a Baviera, donde pasaron varias semanas haciendo instrucción, y de Alemania a Polonia, desde donde continuaron a pie a lo largo de más de mil kilómetros hasta Smolensk. Su destino, si sabes algo de aquella historia, era el frente de Leningrado, en el que nuestro hombre combatió con el rango de capitán adscrito al tercer batallón del

regimiento Barcelona. Entre el frío, los bombardeos y el fuego cruzado se dejaron allí la vida cerca de cinco mil españoles. Y uno de ellos, posiblemente, fue Alfonso Valverde.

—Pero entonces...

—Lo que sabemos con certeza sobre el capitán Alfonso Valverde Muñices es que no regresó a España ni tampoco se llegó a identificar su cadáver. O sea, que consta como desaparecido.

—¿Y no podría ser que hubiese vuelto de forma subrepticia?

—¿Un voluntario falangista? ¿Un héroe de guerra? Venga, mujer, no le busques tres pies al gato. El abuelo de la alumna de Eugenio es un impostor, de eso no hay duda. Imagino cómo debió de reaccionar Alicia ante aquel relato. Probablemente le pasaron por la cabeza las mismas ideas que se me ocurrieron a mí cuando me lo contó.

—Supongo, Juan, que habrás sacado tus conclusiones. ¿Crees que se trata de un republicano oculto, o tal vez de un delincuente huido de la justicia?

—Uno de los nuestros no puede ser, estoy seguro, porque una suplantación de personalidad no es ninguna tontería; hay que tener contactos, muy buenos contactos. No sé si me sigues.

Alicia había captado el mensaje. Sin embargo, acostumbrada como estaba al análisis científico, necesitaba pruebas irrefutables de lo que acababa de oír. Estuvo un par de días dándole vueltas al asunto y al final elaboró su propia estrategia. Preparó el equipaje, llenó el depósito del coche y puso rumbo a Huesca. Conforme encontró alojamiento buscó en la guía telefónica el número del obispado y solicitó una entrevista con el vicario general de la diócesis. Dos días más tarde se presentó en su oficina, ataviada por supuesto con un conjunto muy recatado, en la línea de la vestimenta que solían llevar las teresianas del internado donde había cursado la EGB. Se hizo pasar por una licenciada en Historia que preparaba en esos momentos su tesis sobre los héroes de la División Azul, y escogió las expresiones que consideró ajustadas a la elocuencia más añeja:

—Tengo noticias de la valentía que demostró en los combates contra los comunistas un feligrés de esta diócesis, el capitán Valverde Muñices. Desgraciadamente, a dicho señor se le dio por desaparecido en el frente ruso. Si tuviese usted la amabilidad de indicarme en qué parroquia fue bautizado, quizás en ella podrían darme razón de algún familiar suyo que me ayudara a trazar una semblanza de este bravo soldado.

Una argumentación similar, aunque en un léxico mucho menos ampuloso, expuso Alicia aquella misma tarde en el despacho del párroco de San Lorenzo.

—Está usted de suerte, señorita —dijo el anciano cura—, porque la hermana de ese señor..., don Alfonso, eso es, la hermana de don Alfonso Valverde, sor Brígida, hizo votos religiosos en la orden de las Clarisas, y en la actualidad forma parte de la comunidad oscense. Es muy mayor, ya lo habrá supuesto, pero la cabeza le funciona mejor que a mí. Seguro que se alegrará al conocer su trabajo. ¿Sabe usted cómo llegar al convento? Se encuentra al final de esta misma calle.

Según habrás supuesto, Alicia llevaba consigo varias ampliaciones de las instantáneas que había obtenido del abuelo de Carmencita y que había estudiado concienzudamente en no pocas ocasiones, como si con ello lograra interpretar la oscura historia en la que se fueron moldeando aquellas adustas facciones. Por eso, desde el momento en que a través de la reja del monasterio vio aproximarse la figura rechoncha y renqueante de sor Brígida, asida al brazo de una novicia, ya sabía cuál iba a ser la respuesta. La anciana introdujo sus dedos temblorosos entre los pliegues del hábito, extrajo unas gafas y se las ajustó sobre el borde de la nariz. Una a una fue pasando las fotos, examinándolas con detenimiento, volviendo a revisar las anteriores.

—Me ha saltado el corazón cuando has dicho que mi hermano podría estar vivo, hija mía. Pero vuelvo a tener la tranquilidad de que Dios lo acogió en su seno en aquel lejano lugar. Este hombre no es mi hermano Alfonso.

—Tenga usted en cuenta los treinta y cinco años que han transcurrido desde que lo vio por última vez. Son muchos años —repuso su interlocutora.

La monja sentenció tajante al tiempo que le devolvía las copias.

—Soy vieja pero no estoy tonta, chiquilla. Este señor no se parece a mi hermano ni por asomo.

Tan grande era la necesidad de Alicia de comunicarme lo que ya sabía con certeza que recogió su equipaje y condujo durante toda la noche de vuelta a nuestra ciudad. A su llegada se encaminó directamente al psiquiátrico, franqueó la entrada con alguna argucia que no quiso aclararme y acabó localizándome en el comedor, pues era la hora del desayuno. No se molestó en preguntarme cómo estaba; es más, ni siquiera se cuestionó que mi estado de conciencia pudiera impedirme entender lo que me contaba. Empujada por la excitación que traía, comenzó de inmediato a narrarme su hallazgo con una locuacidad desmedida. Cualquiera que la hubiese visto en ese momento habría pensado que era ella la loca y no yo. Sin embargo aquella escena no iba a durar demasiado. En apenas tres o cuatro minutos se presentaron dos enfermeros y la sacaron a rastras de allí.

¿Que cómo mantuvimos el contacto?, te preguntarás. La solidaridad y la disidencia, nuestras armas de futuro, se dan incluso en los sanatorios mentales. La violenta expulsión de Alicia provocó una reacción compasiva en un par de empleadas de servicio que se vieron involucradas como espectadoras, de un modo similar a lo que te sucedió a ti en el templo de Karnak. Fueron estas las que se ofrecieron a recibir las llamadas telefónicas de Alicia bajo un nombre ficticio —también ella participaba de la impostura— a determinadas horas en las que yo podía acudir a la cocina o a la lavandería sin levantar las sospechas de mis cancerberos. Si aquellas mujeres lo contemplaban como un episodio romántico, ¿por qué arrebatarles la ilusión? En el fondo, mis damas protectoras contaban con la perspectiva de la que se hallaba privado aquel despojo de Eugenio, un despojo humano sumido en un abismo que le impedía ver lo terriblemente enamorado que estaba de Alicia.

Claro que también a ella le cegaba su propia actividad. Es más, en su obsesión por indagar no se estaba percatando de los riesgos que podía correr. El siguiente paso fue marchar a Azulejos para consultar en el registro de la propiedad los asientos inscritos sobre la finca de El Retamar y la casa solariega habitada por los Valverde. El penúltimo propietario de las mismas se llamaba Ignacio López de Lerma y Sánchez de Gracia. Según comentó Bastante mientras participaban en una de las manifestaciones pro-amnistía que entre la tarde del domingo y aquella del lunes se convocaron por todo el país, el tal López de Lerma había sido el último Conde de Casa Tomares, un aristócrata excéntrico y liberal que apoyó sin reparos la causa republicana, pese a que la constitución de 1931 invalidó su título nobiliario. No obstante, lo que no había llegado a hacer ningún gobierno republicano lo hicieron los franquistas poco después del golpe de estado: embargarle todos sus bienes y obligarlo a exiliarse durante una temporada. Se entiende así que las propiedades fuesen sacadas a subasta en 1946, momento en que las adquirió aquel que se hacía llamar Alfonso Valverde Muñices, y a cuyo nombre seguían estando registradas.

Como no tuvo tiempo de hacerlo el día anterior, el martes por la mañana volvió a Azulejos a preguntar en el juzgado si se había fijado fecha para la vista del caso de El Retamar. La respuesta del oficial fue seca y rotunda:

—No habrá vista. La causa ha sido sobreseída.

Alicia se quedó anonadada. Pero mientras el funcionario se daba la vuelta y continuaba con sus papeles, ella añadió:

—Eso significa, supongo, que el secreto de sumario ha quedado sin efecto.

—Supone bien.

—Entonces, ¿podría examinar el expediente?

—¿Ha visto usted muchos expedientes judiciales? —preguntó el oficial con sorna.

—No, ninguno hasta ahora.

—Ya me lo imaginaba. La solicitud del expediente tiene que realizarla su procurador. ¿No tiene procurador? Pues empiece por buscarse uno.

Y en eso se le fue el resto de la mañana. A poco de regresar la llamó la cocinera del sanatorio y le dio las instrucciones pertinentes para contactar conmigo, de modo que unas horas después pudo ponerme al corriente de lo que acabo de contarte. Sin embargo, y a pesar de mi insistencia en saberlo, ni entonces ni más adelante quiso decirme lo que se estaba gastando en viajes y alojamientos, a lo que pronto vendrían a sumarse los honorarios del procurador. Yo sabía que el importe de la beca era escaso; si a ello le agregamos que tenía que pagar el alquiler de un apartamento porque su familia no residía en la capital, el resultado es que estaba dilapidando los pequeños ahorros que había logrado reunir a base de trabajos ocasionales. Aun así no parecía importarle demasiado, pues al día siguiente, me dijo, se marchaba a Madrid para averiguar de qué datos disponía la embajada de Austria.

La información obtenida en la oficina consular compensó aquel traslado. En efecto el día 29 de marzo, la misma fecha en que Alicia llegó a Las Cumbres de San Calixto, el

Ministerio de Asuntos Exteriores había contactado con la embajada para informarle de la presunta implicación de un súbdito austriaco en un doble delito y su posterior muerte en el día de autos, lo que se puso inmediatamente en conocimiento del Ministerio Federal de Interior de aquel país. Al término de esa misma semana, el consulado recibió un télex en el que se certificaba que no había constancia de que ningún ciudadano austriaco con la identidad y las características mencionadas hubiera viajado a España ni que se diese por desaparecido. La conclusión era obvia: la identidad de Wolfgang Meier también era falsa.

Fue tal el entusiasmo de Alicia por aquel nuevo descubrimiento que se apresuró a llamarme desde la primera cabina que encontró. Yo recibí la noticia con verdadera turbación.

—¿Te pasa algo? —me preguntó al comprobar que mi silencio se hacía demasiado prolongado.

—No, no es nada —le dije—, solo que no me lo esperaba.

Horas más tarde volvió a telefonarme, esta vez desde su apartamento, aunque entonces era su voz la que denotaba una profunda angustia. Y no resultaba injustificada si consideramos lo que acababa de sucederle.

—¡Eugenio, han entrado en mi casa, está toda revuelta!

—Pero..., ¿quién? ¿Por qué? ¿Cómo han entrado? ¿Te han robado? —las preguntas se me agolpaban antes de recibir la respuesta.

—No sé, acabo de llegar y no sé... Voy a ver; ahora te llamo.

—¡Alicia, no, sal de ahí!

—No, tranquilo, no hay nadie. Te llamo enseguida —y colgó.

Cinco o seis minutos más tarde volvieron a pasarme el teléfono.

—Eugenio, se han llevado mi cámara, los negativos, las fotos. La ampliadora no, se ve que buscaban solo las fotos. La cerradura no está forzada, no sé si han usado ganzúa.

—¿Has notado que te estuvieran siguiendo?

—No, no he visto nada. Cómo me iba a imaginar que...

—Alicia, lárgate inmediatamente. Vuelve con tus padres, vete a casa de alguien, haz lo que sea, pero olvídate ya de la investigación. Déjalo ya, no podría soportar que te pasara algo.

—Voy a meter todo lo que pueda en el coche y me voy ahora mismo a casa de Julia. Te llamo mañana. Un beso, mi amor.

La siguiente llamada de Alicia se produjo el jueves por la tarde. Para entonces la leve recuperación que estaba experimentando yo en los últimos días, y que comportaba incluso la suspensión de la terapia electroconvulsiva, había fracasado por completo: tuvieron que volver a administrarme sedantes por vía intravenosa. Confieso que hice un esfuerzo enorme para que Alicia no se diese cuenta de mi ofuscamiento mientras me daba el nuevo parte del día. Y es que si bien me hizo caso al trasladarse temporalmente al piso de aquella compañera, no cabía decir lo mismo respecto a las

pesquisas. Por la mañana había llamado al procurador, quien le confirmó que ya disponía de una copia del sumario. No quiso aguardar a que se lo enviara, así que fue por tercera vez a Azulejos para recogerlo ella misma. Un esfuerzo en vano, porque el contenido del sumario no proporcionaba más información que la que a mí me dio Carmen cuando hablé con ella a través del *walkie-talkie*.

El viernes por la noche, algunos camaradas del PTE y de la JGR se congregaron en la taberna de costumbre para especular sobre el programa político del nuevo gobierno Suárez. El gabinete se hallaba enfrascado a esas horas en un intenso debate tras el cual, ya de madrugada, anunciaría su compromiso con la ansiada amnistía. Como cabía esperar, Bastante volvió a interesarse sobre los últimos datos del asunto que seguía Alicia.

—Así que han sobreseído el caso. No me extraña; lo raro habría sido lo contrario —sentenció el activista.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Alicia, y Bastante respondió a su vez con una nueva interrogación:

—¿Tú crees que nuestro obispo iba a quedarse tan tranquilo viendo a uno de sus presbíteros sentado en el banquillo? Vamos, para que le toque un fiscal anticlerical y lo ponga en apuros. ¡Como no andan las cosas revueltas...! Con la Iglesia hemos topado, Sancho. O con algo peor todavía, quién sabe.

En ese momento, a Julia se le ocurrió comentar que tenía nueva compañera de piso (esto no me lo contó Alicia, sino la propia Julia años después). Alicia, que no había querido sacar a relucir el tema, la traspasó con la mirada. Los otros camaradas preguntaron a qué se debía el cambio.

—Ah, ¿pero no os ha contado nada Alicia? —dijo Julia, que después de la segunda copa de vino ya estaba un poco achispada—. El miércoles pasado alguien entró en su apartamento, lo puso patas arriba y se llevó la cámara y unas fotos.

Las sonrisas se borraron de los rostros de los presentes, pero a Bastante se le demudó la expresión.

—¿Cómo es que no nos has dicho nada de eso, Alicia?

—No quería preocuparos. Tampoco tiene tanta importancia —repuso con falsa indiferencia.

—Sí la tiene, compañera. Creo que ha llegado el momento de que te olvides del tema.

—¿Por qué, estás cagado? ¿Te preocupa que puedas verte implicado?

—No voy a negarlo, me preocupa. Tengo muchos más años que tú, y cuando he visto cosas de este tipo siempre han acabado mal. Hay mucho perro rabioso dentro y fuera de la policía. Recuerda lo que pasó el tres de marzo en Vitoria, o lo de Montejurra.

—Todo eso era distinto.

—No tan distinto. Lo mismo que te eché una mano al principio, ahora te pido que lo dejes. Hazme caso.

Pero Alicia no estaba dispuesta a poner fin a aquello. Más allá del compromiso que había adquirido conmigo, y a cuyo cumplimiento la obligaba su innato sentido del

deber, la vertiginosa sensación de riesgo, que yo percibía al otro lado de la línea telefónica, actuaba en su interior como una sustancia peligrosamente estimulante. El siguiente domingo coincidía con el cuadragésimo aniversario del golpe de estado contra la República. Era el primer dieciocho de julio sin Franco y los maoístas Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre, GRAPO, habían hecho explotar veintiocho bombas en distintos puntos del país. Dos días después Alicia me anunció que a la mañana siguiente se marchaba a Teruel para tratar de comprobar si, tal y como se indicaba en el sumario, Laura Martín era oriunda de un pueblo de esta provincia.

La partida de Alicia coincidió con la decisión del doctor que llevaba mi caso de administrarme nuevas sesiones de electroshock. La primera de ellas me fue aplicada la mañana del jueves. Por lo visto tuve un problema respiratorio importante a causa de la anestesia, de manera que me mantuvieron en observación en la enfermería durante el resto de la jornada. El viernes, aunque continuaba fuertemente obnubilado, pude ya moverme libremente por el sanatorio. Tras el almuerzo me dirigí al salón para ver lo que contaba la televisión sobre los últimos acontecimientos políticos. Y fue precisamente en ese telediario donde dieron la noticia: la policía comenzaba a identificar a algunos miembros de los comandos participantes en el múltiple atentado del domingo. Entre ellos figuraba una mujer de veinticinco años que, al tratar de ser detenida en la Nacional 420 a la altura de Salvacañete, había mantenido un tiroteo con las fuerzas de orden público a consecuencia del cual resultó abatida. Esa mujer era Alicia.

Recuerdo que en las horas siguientes mi cerebro se vio inundado por una lucidez espantosa, una sensación extraña hasta lo inconcebible. Incluso en los lugares en penumbra mi vista percibía con suma precisión los perfiles de los objetos, y cualquier ruido, cualquier voz, por muy lejanos que fueran, producían una sonoridad de infinitos matices. Todos los músculos de mi cuerpo respondían con movimientos de exactitud milimétrica. Estuve largo rato en la biblioteca, acariciando la superficie satinada de un volumen enciclopédico elegido al azar, deleitándome con el trazo de los caracteres, con los deslumbrantes colores de las ilustraciones. Luego salí al jardín y me pasé no sé cuánto tiempo vagando entre los fresnos y los abedules, siguiendo las rugosidades de su corteza con la yema de los dedos, escuchando el singular contrapunto del canto de los zorzales con el chirrido de las cigarras, reconociendo los relieves de los guijarros sobre los que se posaban mis zapatos.

A las ocho y media, cuando llegó la hora de la cena, en lugar de encaminarme hacia el comedor di un rodeo para entrar en la enfermería. El día anterior no hubo otros pacientes aparte de mí. En ese momento se encontraba vacía, pues el personal sanitario, como yo bien sabía, solía ocuparse de controlar la comida de los internos críticos. Los medicamentos disponibles en el botiquín de enfermería eran, en comparación con la farmacia general del hospital, una parte mínima. Pese a ello, la agudeza de mis sentidos me permitió localizar en pocos segundos tres frascos de

Valium 50 que introduje en un bolsillo del pantalón antes de poner rumbo a mi dormitorio. Y allí, sin nadie que me molestara, de pie frente al lavabo, maravillado por la suprema dignidad de la escena que había elegido representar, ingerí entre sorbo y sorbo de agua hasta la última cápsula.

Mi excepcional lucidez adolecía no obstante de un fallo imperdonable. Antes de las diez de la noche, mientras preparaban los servicios del desayuno, las camareras cayeron en la cuenta de que no había acudido a cenar. El aviso llegó de inmediato a los enfermeros, y supongo que en apenas unos minutos ya estarían sometién dome a un lavado de estómago.

Lo que ocurrió a partir de entonces carece de interés para tu trabajo. Por otra parte la evocación de tantos horrores, ahora que al fin he conseguido enfrentarme a ellos, me está dejando extenuado. Por resumirlo en pocas palabras, la fase depresiva que siguió a aquello se convirtió en algo parecido a una noche sin fin de la que no consigo recordar prácticamente nada. No aceptaba alimentos, así que tuvieron que mantenerme con sonda nasogástrica. Eso duró más o menos hasta noviembre. Luego permanecí ingresado casi dos años más; me acuerdo porque pude ir a votar en el referéndum de la Constitución, y eso fue en diciembre del setenta y ocho.

Pero las crisis agudas volvieron a presentarse y, aunque mi madre se resistía a aceptarlo, finalmente hube de reingresar en el sanatorio. ¿He dicho «finalmente»? Bueno, para no faltar a la verdad te diré que me dieron el alta por última vez en 1991: todos los años transcurridos hasta entonces me los pasé entre el psiquiátrico y mi casa. Y como ya mencioné antes, nunca más pude volver a trabajar. Sin embargo la incapacidad laboral absoluta solo me fue reconocida doce años después de aquella historia. Una historia, según puedes ver, dibujada con los aterradores trazos de la locura y la muerte.

1. Julio de 2003

Como si de la Grdiva de Jensen se tratara, la etérea silueta de aquella mujer, recortada entre los contraluces del templo faraónico de Karnak, captó por completo mi interés desde el preciso instante en que las desmesuradas columnas de la sala hipóstila permitieron que entrara en mi ángulo de visión. Lo que vino a suceder a partir de entonces no sería ajeno en ningún sentido a aquel breve encuentro; de hecho, aún me invade cierto estupor al considerar cuan remoto y antiguo fue el escenario elegido por el destino para colocarme frente a la sórdida realidad de un pasado, sin embargo, demasiado próximo en tiempo y lugar. Y ahora, cuando lo observo y lo comprendo en toda su extensión, siento retumbar dentro de mi cabeza los gritos de quienes vivieron bajo el horror del silencio.

Era la segunda vez en pocos días que visitaba el Gran Templo de Amón. Trabajaba por encargo de una editorial con escasos recursos, y el contenido de la guía turística que me disponía a elaborar había sido previamente delimitado: solo incluiría los yacimientos cuyas visitas cubren los circuitos comunes. El turismo en Egipto es una industria altamente estandarizada que logra mover a millones de visitantes con cierta eficacia y a precios bajos. Dado que la amenaza terrorista no es un factor desdeñable, el país está literalmente tomado por el ejército; de hecho no se ofrecen demasiadas facilidades para ir por libre. Una incalculable flota de barcos-hotel de dimensiones similares atraca en puntos concretos fuertemente vigilados por policías. Los desplazamientos largos por carretera se hacen en convoyes de autocares que parten a horas determinadas y que van siempre escoltados.

Era, efectivamente, la segunda vez que visitaba el templo amonita, si bien en dicha ocasión me acompañaba Eugenio, un viajero tan solitario como yo —lo que en aquellas latitudes equivalía casi a una *rara avis*—. El desgarbo de su figura, acentuado por el apoyo en un bastón que no parecía serle necesario, su barba descuidada, con canas repartidas de forma desigual, los numerosos capilares que surcaban la piel enrojecida de su rostro, constituían rasgos peculiares que no me habían pasado desapercibidos cuando lo conocí durante la visita a un pueblo nubio, y daban una impresión bastante evidente: no tanto la de un viejo cuanto la de un tipo prematuramente envejecido.

Habíamos comenzado a tratarnos del modo más usual, compartiendo mesa en el comedor del hotel flotante. Al contrario de Eugenio, que optó por permanecer en el mismo barco de regreso a Luxor, la mayoría de su grupo había proseguido la ruta hacia el lago Nasser, ese pantano de quinientos kilómetros de longitud, sin horizontes, contenido por la Gran Presa de Asuán, una obra propia de faraones impulsada en la década de los sesenta por el fundador del nuevo estado egipcio y controlada por numerosos efectivos del ejército, pues un atentado contra ella significaría la práctica devastación del país.

La noche anterior, mientras degustábamos un delicioso plato de pichón al horno y un vino caro y no tan bueno con el que había insistido en obsequiarme, felicité a Eugenio por su decisión. Aunque de enormes dimensiones, el lago Nasser no deja de ser un embalse de áridas orillas. Por el contrario, las riberas naturales del Nilo, y en particular las del tramo que cubren los cruceros entre Luxor y Asuán, ofrecen un atractivo comparable al de los milenarios templos levantados junto a ellas. Contemplarlas durante horas y horas a través del ventanal de la habitación o, mejor aún, desde la terraza del crucero, se convierte en una experiencia *turísticamente* impagable; la visión de inabarcables campos fértiles con palmeras y casas de adobe produce la sensación de estar sumergido en un belén, en ese belén que mis padres me llevaban a ver de pequeño en el hospital de San Juan de Dios.

De los diálogos con Eugenio había extraído la conclusión de que me hallaba ante un superviviente en el sentido más íntimo del término. Bien es verdad que en aquel periplo no me ilustró sobre los pormenores de su tortuosa biografía; pero su discurso balbuciente, de itinerarios sinuosos, plagado de lagunas de memoria y atrapado en una torpeza a menudo fatigosa, no cabía atribuirlo tan solo a una abundante ingestión de alcohol sino, como adiviné desde un primer momento, a su temeraria asociación con algún psicofármaco: un tratamiento a base de Tegretol, según me confesaría más adelante.

Sin embargo la cordialidad y la sincera atención que supo dedicarme, en un tiempo en que ni mi existencia era precisamente grata ni mi carácter, en consecuencia, resultaba apacible, hicieron que su naturaleza de hombre bondadoso se impusiera a mis juicios por encima de cualquier otra consideración. Por ello, lo que a los demás turistas que ese día visitaban Karnak debió de parecerles una escena grotesca, en mí despertó un sentimiento compasivo de una profundidad que ya creía imposible que pudiera darse.

Aquella mañana, apenas abandonamos el barco tuvimos un primer encuentro bastante desagradable. Conforme subimos la rampa que conducía al paseo de la Corniche, cruzamos junto a un grupo de cuatro o cinco nativos que vestían chilaba y que daban conversación al policía encargado de vigilar el acceso al muelle. Uno de ellos, grueso pero recio y con cara de perdonavidas, nos abordó para preguntarnos si queríamos *banana*. En su corto entendimiento, el hecho de que dos hombres fuésemos juntos implicaba obligatoriamente que éramos homosexuales y que, además de serlo, íbamos buscando sexo. Por lo visto el tipo desconocía el límite de su impertinencia, pues a pesar de haberle respondido yo con una mirada cargada de odio, continuó atosigándonos hasta que apareció un taxi que nos apresuramos a tomar.

El taxista nos dejó en las taquillas de Karnak hacia las ocho y media y se comprometió, siguiendo la costumbre, a aguardarnos a la salida. En ese intervalo matinal el número de visitantes del conjunto arqueológico aún era reducido. Casi todos ellos acuden en grupos guiados, y los guías suelen comenzar la jornada por las

necrópolis tebanas, en la margen opuesta del Nilo, donde la imposibilidad de resguardarse del sol hace recomendable la visita durante las primeras horas del día, es decir, entre las siete y las diez.

El itinerario que había previsto para esta ocasión se alejaba en principio del Gran Templo de Amón, del cual había obtenido suficientes notas durante la visita anterior, y se extendía a otras edificaciones periféricas aunque protegidas por su muralla: los propileos del Sur, los templos de Khonsu o de Ptah, el Museo al Aire Libre... Yo le había propuesto a Eugenio que nos separásemos por estimar que el recorrido podría suponerle un esfuerzo excesivo, pero mi acompañante, que ya había visitado el lugar la semana anterior, argumentó que también era su oportunidad de conocer el yacimiento a fondo. Tanto es así que incluso estuvo explorando conmigo, lejos de cualquier presencia humana que no fuese algún miembro solitario de la policía turística, los recintos exteriores de Mut y de Montu, un área que nos defraudó cuando comprobamos que no había sido aún suficientemente excavada.

A mediodía nos sentamos a descansar en el quiosco que hay junto al lago sagrado. Tan insoportable se hacía la sed que el agua de las botellas que llevábamos en nuestros bolsos la habíamos apurado hacía rato, de modo que en menos de diez minutos nos bebimos dos cervezas cada uno. Eugenio no puso inconveniente a mi propuesta de acercarnos, antes de partir, hasta el ala posterior del Gran Templo. Y es que algunas de mis notas relativas a la decoración de la estancia denominada *El jardín botánico*, así como de las capillas que rematan el salón de fiestas de Tutmosis III por el norte, resultaban demasiado escuetas.

El trayecto desde dicho punto a la salida nos obligaba a atravesar longitudinalmente el conjunto de Amón. Al cruzar la sala hipóstila, y a pesar del elevado número de turistas que se arracimaban en grupos acá y allá, resultaba poco menos que inevitable demorarnos en ella unos instantes a fin de entregarnos por última vez a la abrumadora visión de ese bosque de columnas ciclópeas levantado treinta y tres siglos atrás. La recorrimos un par de veces en sentido transversal, tanto para apreciar la profusa decoración de los muros y de los fustes como para admirar el ritmo resultante de sus inmensas perspectivas. Y fue en una de nuestras paradas, al resguardo de las vivificantes sombras, cuando apareció ante mí aquella mujer.

Por más que lo intento, mi mente se muestra torpe al tratar de determinar qué fue lo primero en ella que atrajo mi atención. ¿Era acaso la elegancia que la distinguía por su forma de caminar y de detenerse a observar algún detalle? ¿Era la expresión de unos ojos oscuros que, ajenos a la multitud, parecían percibir la esencia sagrada del lugar con un embelesamiento conmovedor? ¿O era la singular combinación de ciertos rasgos físicos, no tanto inseparables de lo anterior cuanto prodigiosamente resultantes de todo ello?

No aparentaba ser joven; podría incluso tener la misma edad que yo. Pero gracias a la extraordinaria longitud de sus miembros, a la precisa proporción entre sus caderas y su busto y, de manera particular, a la delicada textura de su piel, la derrota

del tiempo apenas se había dejado sentir en ella. Calzaba zapatillas de loneta, llevaba un vestido de tirantes estampado, ceñido y de capa hasta la media pierna, y el cabello recogido en una coleta que formaba amplios bucles ponía al descubierto la esbeltez de su cuello. Sus dedos larguísimos manejaban con soltura las hojas de una guía turística en castellano en la que contrastaba de forma recurrente cuanto iba viendo, sin atender en ningún momento a los tres hombres que la acompañaban, dos de ellos del país y uno occidental. Del hecho de que estos vistieran traje, indumentaria manifiestamente inapropiada para el lugar, deduje que actuaban como guardaespaldas de la dama.

No voy a negar que, llegado un momento, mi permanencia en el monumental recinto se justificaba en menor medida por la apreciación de determinados elementos arquitectónicos que por la angustiada necesidad de dilatar el instante, acaso irrepetible, en que aquella extraña se asomaba a mi triste existencia. Tampoco negaré que mis ojos la perseguían con disimulo entre los movimientos de la gente, pues cierta vergüenza me impedía argumentar ante Eugenio la demora a la que lo estaba sometiendo. En todo caso, mi atención debió de volverse tan exclusiva que incluso perdí la noción de ir acompañado. Y cuando la recobré, cuando una alarma silenciosa pero certera se disparó en mi cerebro, aún tuve tiempo de desviar la vista hacia Eugenio y percatarme del modo en que se transformaba su semblante al conocer el objeto de mi interés. Luego, pero solo unos segundos después, sorteando aparatosamente un grupo de turistas que se cruzaban en su camino, avanzó hacia la desconocida para decirle:

—Tú no serás... Sí, no hay duda, tú eres Carmen, Carmen Garrido. Fíjate bien, ¿no me recuerdas?

La mujer, que había observado con perplejidad el momentáneo alboroto, miró atónita a Eugenio y, casi sin interrupción, a uno y otro lado, como si fuera el temor de ser el centro de otras miradas lo que más le preocupase. Una preocupación no injustificada, pues en esos pocos segundos los guardaespaldas se habían interpuesto entre ambos, y el de piel más clara le recriminó con tono áspero a mi acompañante.

—Oiga, caballero, no moleste usted a la señora.

Eugenio buscó mi rostro entre la gente. Sus mejillas estaban encendidas, y mostraba tal excitación que el temor de verme envuelto en un altercado me asaltó de inmediato. Como era de esperar, no hizo ningún caso de aquella advertencia; es más, cualquiera pensaría que ni siquiera la había oído.

—Ya sé que han pasado muchos años, Carmen, pero soy yo, Eugenio, tu maestro, tu profesor de ciencias naturales, en el pueblo —a la mujer se le estaba descomponiendo la cara por segundos—. No es posible que te hayas olvidado. ¿Cómo puedes olvidarme? ¿Cómo puedes...?

—Bueno, ya está bien de incordiar. ¿No se da cuenta del espectáculo que está dando? —El escolta tomó del brazo a Eugenio, la mujer trató de escabullirse, yo me adelanté como pude a algunos turistas que, entre tanto, se habían concentrado en

aquel sitio. Todo sucedía demasiado rápido.

—¡Suélteme, imbécil! ¡Usted no tiene derecho, qué se ha creído! —Eugenio se zafó de su oponente y le sacudió un bastonazo en la espinilla. Antes de que este reaccionara, uno de los escoltas egipcios embistió por el costado contra Eugenio y lo tiró al suelo. El otro hizo amago de darle una patada en los riñones, pero la mujer soltó un grito.

—*No, please, please! Don't hit him! Let's go, I beg you!*

Era patética la estampa de Eugenio, embadurnado de polvo y sudor, arrastrándose entre la gente para escapar al supuesto acoso de unos agresores que se limitaban a reírse de él con desprecio y a insultarlo con palabras ininteligibles. Los curiosos habían retrocedido al producirse la escaramuza. Llegué hasta él, y me disponía a levantarlo cuando sentí una mano sobre mi hombro que me empujaba a un lado. Dos miembros de la policía turística, de uniforme blanco, alzaron a pulso a mi pobre amigo.

Si lo anterior había resultado grotesco, no lo fue menos lo que ocurrió acto seguido. Los policías pretendían obtener a toda prisa alguna aclaración por parte de Eugenio, agarrándolo incluso por los hombros para zarandearlo, pero este no solo desconocía el inglés, sino que se hallaba sumido en tal conmoción que se veía incapaz de articular una palabra. Por mi parte, intentaba explicarles a los agentes que lo sucedido se reducía a un simple *misunderstanding*, un malentendido —repetía una y otra vez el vocablo en inglés—, aunque mi argumentación resultaba del todo inútil; al parecer aquellos tipos no me consideraban una fuente de información fiable.

El asunto amenazaba con ponerse feo: los guardias mencionaron algo sobre la comisaría y de todos los presentes, nadie salvo yo se había dirigido a ellos todavía, pese a que el murmullo en los grupos de alrededor era incesante. Temí que los escoltas se hubieran apresurado a llevarse a la mujer lejos de aquel lugar, y de hecho me entró un gran alivio al comprobar que aún no se habían marchado. Pero entonces comprendí mi impotencia: solicitarles que ofrecieran una aclaración probablemente habría contribuido a prolongar el conflicto. Desesperado, clavé mi mirada en la de ella por espacio de varios segundos para rogarle que pusiera fin a aquello.

No, ella no intervino; fue una estupidez esperar que lo hiciese. Sin embargo, al cabo de unos minutos durante los cuales los guardaespaldas egipcios proporcionaron toda la información que los policías estaban deseando escuchar de aquellos a quienes querían escuchar, soltaron a mi amigo y me ordenaron que me lo llevara de allí inmediatamente.

Al día siguiente volamos hacia El Cairo. Un microbús de la agencia turística nos recogió al atardecer. Solo entonces volví a encontrarme con Eugenio, pues el día anterior, nada más cruzar las puertas de nuestro barco —después de un trayecto taxi en el que las palabras nos habían abandonado—, mi acompañante se fue dando arcadas en dirección a su camarote, y en él permaneció encerrado durante casi treinta horas.

El asiento que me asignaron en el avión quedaba unas filas por delante del suyo, pero habría dado igual que hubiésemos coincidido, porque tanto en el microbús como durante el tiempo de espera hasta el embarque el mutismo de Eugenio fue absoluto; es más, tuve que dejar de observarlo cuando noté que la ausencia de expresión de su rostro me producía un ligero escalofrío. No obstante no fue esto lo más inquietante de su conducta, sino lo que vino a acontecer tras el aterrizaje en la capital.

Llegado este punto conviene mencionar que el contrato firmado con el editor excluía cualquier porcentaje en concepto de derechos de autor. Se trataba de un acuerdo draconiano por el que solamente percibiría una cantidad fija y bastante ajustada a la entrega del texto. Lo acepté, sin embargo, por dos razones: porque mi situación económica era crítica, y por el hecho de que los honorarios eran, descontados los impuestos, limpios, ya que el viaje corría por cuenta de la empresa. A mi jefe le parecía suficiente con un paquete turístico estándar: cuatro días por el Nilo, tres en el lago Nasser y otros cuatro en El Cairo. Pero al examinar los paquetes comprendí que las visitas resultaban demasiado apresuradas si aspiraba a estudiar con detenimiento los lugares más relevantes, y al final logré sacarle cuatro días más de crucero y otros cuatro adicionales en El Cairo, de los cuales me reservé uno al objeto de hacer una excursión a Alejandría.

La combinación ofrecida por la agencia mayorista para los cuatro días suplementarios entre Asuán y Luxor exigía el regreso en autocar desde los soberbios templos de Abu Simbel, cerca de la frontera sudanesa, hasta Asuán, la bella capital de la Baja Nubia. En aquel itinerario comencé a entender ciertas peculiaridades en la manera de conducir de Egipto. El convoy partió de Abu Simbel a las nueve de la mañana. Los pasajeros, que con mi única excepción realizaban el viaje de ida y vuelta, es decir, que habían salido de Asuán a las cuatro de la madrugada, estaban profundamente dormidos, igual que lo estaba el soldado armado con fusil que formaba parte de la escolta y que ocupaba una de las plazas delanteras.

Junto a él, conversando en voz baja con el conductor, iba otro empleado de la empresa de transportes. La carretera, trazada en rectas interminables, interrumpida de trecho en trecho por puestos de control del ejército, discurría por el hipnótico paisaje del desierto libio, donde innumerables formaciones de arena, similares en cierto modo a las pirámides cuyos constructores se habían inspirado en ellas, se extendían por uno y otro lado hasta los confines del horizonte.

Aunque mis pensamientos se hallaban abandonados a la desolación del territorio que contemplaba a través de la ventanilla, de cuando en cuando volvía la vista hacia la carretera. En una de esas ocasiones presencié algo que me hizo parpadear varias veces. «No, no puede ser», me dije, aun sabiendo que aquello no era un sueño: en el intervalo de unos cuantos segundos pude ver cómo el conductor dejaba el volante, se levantaba de su asiento y, sin que el vehículo perdiera apenas velocidad, el otro empleado ocupaba su puesto con la parsimonia de quien acostumbra a hacerlo.

Esta fue, en suma, mi primera experiencia *excitante* con el tráfico egipcio. La

segunda tuvo lugar, precisamente, en el trayecto que iba desde el aeropuerto de El Cairo hasta el centro de la ciudad, frente a la isla de Gezirat. Un corresponsal de la agencia de viajes se había encargado de distribuir a los turistas en varias furgonetas de diez plazas según el hotel reservado. Eugenio y yo, que íbamos a alojarnos en el Nile Hilton, ocupamos el mismo coche.

No serían aún las nueve de la noche, y el tremendo caos circulatorio a la salida del aparcamiento —donde el cruce de unos vehículos frente a otros, los frenazos y el coro de cláxones componían una estridente coreografía— representaba tan solo un anticipo de lo que nos aguardaba. Buena parte del recorrido atravesaba la ciudad por una red de autovías elevadas que a menudo pasaban a escasos metros de la línea de fachadas, y donde los vehículos circulaban a gran velocidad. Pero lo verdaderamente vertiginoso era que la mayoría de ellos, incluida nuestra furgoneta, cambiaba cada pocos segundos de carril para ocupar un hueco imposible entre otros que, por seguir idéntica estrategia, estaban en un tris de colisionar.

Comparado con dicha experiencia, un videojuego de Fórmula 1 habría resultado lento y monótono. El latido de mi corazón se había vuelto tan apresurado que, aun presintiendo una muerte próxima, me figuraba que esta iba a producirse antes por infarto que por el impacto contra otro coche. Eugenio, por el contrario, experimentaba aquel viaje infernal con una alegría tan desaforada que su actitud no se diferenciaba lo más mínimo de la de un crío revoltoso; de tal magnitud eran sus carcajadas, los gritos de júbilo que emitía sin cesar, las impetuosas sacudidas que daba sobre el asiento. El chofer, vista su lacónica sonrisa reflejada en el retrovisor, debió de tomárselo como una anécdota irrelevante; pero los pasajeros, incluidos dos niños menores de diez años, no nos atrevíamos ni a mirarnos del bochorno que nos embargaba.

Esta transmutación en el carácter de Eugenio podría haber significado una excelente noticia si consideramos la evidente crisis que acababa de sufrir. Por desgracia, el sorpresivo arrebató supuso un mero episodio en medio del ensimismamiento en que continuaba sumido al día siguiente, y que explotó en sentido inverso al anterior cuando estaba a punto de culminar el descenso hasta la cámara mortuoria de la pirámide de Dashur. Ciertamente es que aquel túnel de setenta metros de profundidad, alrededor de cuarenta y cinco grados de inclinación y poco más de un metro de altura y de anchura, constituye una seria prueba para quienes padezcan de claustrofobia. Pero no fue menor la prueba a la que nos vimos sometidos tanto sus propios compañeros de excursión como los dos soldados que acudieron con una camilla, pues al ser sus convulsiones tan intensas no era capaz de sostenerse por sí mismo.

Superado el percance volví a perder de vista a Eugenio, y mientras él se restablecía en su *suite*, yo apenas disfrutaba de la mía; tanto es así que hasta mi segundo día de estancia no descubrí que una de sus puertas correspondía a una cocina completamente equipada y amueblada. A la inagotable visita al vecino Museo

Egipto, que me llevó una jornada completa, le sucedió un periplo no menos agotador por la zona de Bab Zuweila que abarcaba, entre otras exquisiteces, la mezquita de El-Azhar, el palacio Bashtaq y el Museo de Arte Islámico, además de una toma de contacto con el bazar de Kahn El-Khalili.

Al regresar al hotel me puse el bañador, bajé a la piscina y me zambullí en ella. Cuando no nadaba me entretenía en observar con curiosidad, como buen occidental, el contraste entre los niños que entraban y salían del agua y sus madres, quienes sentadas en sillas plegables vigilaban las evoluciones de sus hijos a través de la abertura ocular de su chador negro. Más lejos, en un rincón apartado del recinto, reposaba Eugenio sobre una tumbona con los ojos cubiertos por unas gafas oscuras de dudosa utilidad, pues hacía rato que el sol se había ocultado tras los edificios.

Mi imprevisible compañero de viaje parecía haberse repuesto por completo; de hecho, lo primero que hizo fue proponerme una cena en un restaurante próximo cuya cocina había sido muy elogiada por otros huéspedes españoles. Para llegar a él había que cruzar una amplia y concurrida avenida, prueba más temeraria aún que el citado trayecto en furgoneta, pues a pesar de que existían distintos pasos de peatones regulados por semáforos, ni uno solo de los conductores los tenía en consideración.

El salón comedor, de pulcras paredes blancas, iluminado con luces indirectas y ambientado con hilo musical a base de baladas de *jazz*, resultaba tan acogedor que se habría prestado perfectamente a una conversación, digamos, más *confesional*. En cambio, durante toda la velada no se habló de otro tema que del viaje y de cómo se iba desarrollando, del patrimonio artístico de Egipto y de las singulares costumbres de sus habitantes. Un acusado sentido de la discreción me había impedido mostrarle a Eugenio la preocupación que en efecto sentía por su estado de ánimo; no obstante presuponía que en algún momento me ofrecería, si no una disculpa, al menos una justificación sobre sus crisis histéricas.

Me equivoqué, no hubo la menor referencia a esos ataques repentinos. Y mientras mis ojos, abotagados por el vino y el cansancio, seguían su torpe mascullar, en mi interior no dejaba de preguntarme si aquellos episodios eran tan consustanciales a su carácter que no estimaba precisa la menor alusión a los mismos, o si el trauma que le ocasionaban era de tal magnitud que su mente se protegía expulsándolos de su memoria.

Al día siguiente Eugenio quiso acompañarme, según sus palabras, porque no albergaba dudas de que así aprovecharía mejor su última jornada en El Cairo. Una vez que te acostumbras al tráfico cairota, resulta muy cómodo y económico tomar el primer taxi que pase por la calle y concertar con el conductor el día completo. Gracias a aquel viejo y destartado vehículo pudimos visitar por la mañana la zona cristiana del Viejo Cairo, escuchar la oración del mediodía en la milenaria mezquita de Ibn Tulún, refugiarnos en las exóticas penumbras de la madraza de Hassan cuando el calor se volvía sofocante en las calles, o contemplar desde las terrazas de la Ciudadela el impagable espectáculo de la puesta de sol sobre la ciudad, a esa hora en

que el color ocre de sus edificios los convierte en abigarradas figuraciones de la arena del desierto.

La medianoche nos sorprendió saliendo de Kahn El-Khalili, después de pasar tres o cuatro horas en el café Fishawi fumando narguiles, buscando las huellas del maltrecho Naguib Mahfuz y, en mi caso, llenándole a Eugenio la cabeza con el cúmulo de miserias en que consistía mi vida por entonces. Y cuando atravesamos el vestíbulo del Nile Hilton, una vez que cumplimos con el consabido e inútil ritual del intercambio de direcciones y números de teléfonos, la desgarrada figura de mi confidente desapareció tras las puertas del ascensor. Solo en ese instante caí en la cuenta de que aquel hombre era para mí un perfecto desconocido.

2. Agosto, septiembre y octubre de 2003. 1975-1976

Al regresar a casa me aguardaba un nuevo capítulo en la inagotable cadena de demandas judiciales que venía arrastrando desde cinco años atrás, cuando se produjo la quiebra de mi empresa. Hacía apenas dos años que mi abogado había logrado dejar en suspenso el pago a uno de los bancos acreedores mediante una operación poco ortodoxa pero perfectamente fundamentada. La operación consistía en librar a nombre de mi hermano una letra sin fondos por cuatro millones de las recién desaparecidas pesetas, que era el importe de otro préstamo hipotecario del que él se había hecho cargo con objeto de no perder el inmueble en una subasta. Se trataba este de un piso que nos habían dejado en herencia nuestros padres, pero que no podía venderse mientras lo habitara su anciana inquilina. Con ese método, la demanda interpuesta por mi hermano daba lugar a un embargo de mi nómina que a él le permitía resarcirse al tiempo que a mí me brindaba la oportunidad, con la parte del sueldo no embargada, de atender otro préstamo de una tercera entidad. Y estando trabada mi nómina, el banco al que me he referido en primer lugar no podía hacer nada.

Pero al llegar a mi casa o, mejor dicho, a casa de mi hermana, pues yo había renunciado incluso a vivir de alquiler, me encontré con una notificación del juzgado. El banco cuya deuda continuaba pendiente —y no era el único; quedaba otro más— había interpuesto una tercería de mejor derecho, esto es, un pleito en el que argumentaba que su deuda era más antigua que la letra librada a mi hermano. Acudí al despacho del abogado, y la única solución que me dio fue que me allanase, porque cualquier recurso lo tenía perdido de antemano y generaría además importantes gastos. O sea, que después de invertir casi medio millón de pesetas en aquella estratagema volvíamos al punto de partida.

Como cabe imaginar, resultaba enormemente difícil conservar la calma ante tal situación. Y sin embargo había algo más desagradable aún que tener que acudir al juzgado con la citación, que esperar con los nervios a flor de piel la enésima llamada del abogado, más desagradable incluso que las inútiles negociaciones con el jefe de impagos del banco en las que al final se me negaba una quita porque, según expresaba con cruel sinceridad, tenían asegurado el cobro. Mucho más desagradable que todo eso eran las conversaciones telefónicas con mi antiguo socio.

¿Dónde habían quedado las palabras de buena voluntad pronunciadas repetidamente cuando el hundimiento del negocio ya era irremediable? «Por supuesto, lo que venga lo afrontaremos juntos, igual de juntos que hemos resistido hasta ahora». Pero también había dicho: «No te preocupes, si tal o cual banco no puede cobrar no pasa nada. ¿No ves que la deuda ya está asignada al capítulo de impagos, y eso lo cubre un fondo de compensación interbancaria?». Tal era su inmensa sabiduría, y de ella brotaba la elocuencia que a mí me había empujado a

embarcarme con él en aquella aventura seis años atrás, y a seguir y seguir día tras día, mientras los tres vendedores contratados regresaban por la tarde sin hacer una sola venta; mientras la universidad, nuestro principal cliente, demoraba sus pagos hasta seis meses porque su insigne rector movía el dinero de los proveedores en unos supuestos fondos de pensiones; mientras los bancos cobraban los descubiertos a más del veinte por ciento.

Cuando la bola se hizo de tal magnitud que tuvimos que cerrar, las palabras se estrellaron contra las rocas de la evidencia: yo volvía a ocupar mi plaza en excedencia de profesor de geografía e historia en un instituto; él se puso a trabajar como comisionista sin nómina, dinero negro, invisible para cualquier acreedor. Si en aquel momento él hubiera vendido su piso y su apartamento lo mismo que mi tía —quien figuraba de avalista junto con mi madre— hizo con el suyo, nada de lo que me estaba pasando habría sucedido. Pero no, no fue así. Se hallaba tan convencido de que los bancos ya daban por perdidas nuestras deudas que no tuvo tiempo de reaccionar antes de que le subastaran las dos propiedades. Una subasta que solo dio para pagar la mitad de la deuda del primer banco. Y todos los demás venían a hincarle el diente, claro está, a mi nómina.

«Lo siento, pero no puedo hacer nada. ¿Qué quieres que te diga? Yo tengo que mantener una familia; en cambio tú tienes un pedazo de sueldo». El joven comunista que había sido en el bachillerato, cuando lo conocí, emergía de nuevo dispuesto a defender la estrategia que a él le permitía dormir tranquilo: la socialización del sufrimiento.

La elaboración de la guía de Egipto cumplía en aquella tesitura un doble papel: por un lado me aportaba ciertos ingresos extra que, al igual que los obtenidos impartiendo cursillos, apenas permanecían un par de días en mis manos; por otro, y aunque no las borrara de mi pensamiento, al menos conseguía que la desgracia que estaba viviendo, y la vergüenza de haber implicado en ella a mi propia familia, solo se me viniesen a la cabeza una o dos veces cada hora.

Mi periplo por el país del Nilo había tenido lugar durante las tres primeras semanas de julio de 2003, recién acabado el curso escolar, pues el editor quería lanzar la publicación antes de finales de año y la mayor parte del trabajo de fotografía, infografía y maquetación dependía del cierre del texto. Al desembarcar en Barajas me encontré de inmediato sumergido en una realidad más ardiente aún que las propias arenas del desierto. Y no lo digo solo en sentido figurado, por el referido embate contra mi maltrecha economía, sino también en sentido literal: una brutal oleada de calor estaba provocando ese verano devastadores incendios y miles de fallecimientos en toda Europa. Además, aquello que los Estados Unidos denominaban *la posguerra iraquí* no parecía tal, pues las cifras de muertos no cesaban de crecer. Y mientras España comenzaba a enviar las primeras tropas a la zona en conflicto, el doctor Kelly, acusado por el gobierno británico de filtrar información sobre las falsedades vertidas por este respecto a las armas de Irak, se suicidaba cortándose las venas en un bosque

de Oxfordshire.

Entretanto yo permanecía encerrado en la penumbra de mi habitación, de la que solo salía un rato por las mañanas para ir a nadar, y alguna que otra noche, tan tórrida como el propio día, para despejar un poco mi cabeza, atestada de pirámides colosales, templos faraónicos y mezquitas.

A comienzos de septiembre, conforme volví del instituto, mi tía Trini me dijo que alguien que no quiso identificarse había telefonado preguntando por mí. Tanto ella como mi hermana tenían instrucciones precisas de no informar a ningún desconocido de que aquel era mi domicilio; en mi tesitura, el hecho de que un acreedor me tuviese localizado le brindaba una indiscutible ventaja frente a cualquier demanda. No obstante, quienquiera que fuese dijo que volvería a llamar. Hacia las cuatro y media sonó de nuevo el teléfono. Al ser yo el único que no dormía la siesta, y dado que a esas horas se me antojaba improbable que llamaran desde un despacho bancario, descolgué el auricular.

—Dígame.

—Si no me equivoco, esa voz pertenece a mi ángel de la guarda —dijo mi interlocutor en un tono engolado.

—¡Eugenio!

—O lo que queda de él. Aprovechando que estoy de turismo por Sevilla he creído oportuno llamarte. Solo por el placer de tomar una copa contigo. Si no tuvieses nada mejor que hacer, quiero decir.

Aquel breve párrafo contenía, según pude comprobar más tarde, cuando acudí a la cafetería de hotel de cinco estrellas en el que se alojaba, tres importantes mentiras: ni estaba visitando la ciudad, ni el motivo de su llamada consistía en reunirnos para tomar algo, ni tampoco iba a conformarse con una sola copa. Se hizo de noche y pasamos de la cafetería al restaurante, donde se interesó por las últimas noticias sobre mi morosidad. Y al acabar la cena, mientras se servía el resto que aún quedaba de la segunda botella de vino, me preguntó:

—¿Cómo llevas esa guía?

—Prácticamente acabada. Bueno, falta la presentación, la reseña de la contraportada, preparar los pies de foto cuando se entreguen..., poco más.

—¿Te gusta lo que haces?

Una pregunta absolutamente previsible, y aun así me pilló descolocado. No tenía que haber sucedido. Era el estilo genuino de Eugenio: desconcertante y previsible sin embargo.

—No estoy para elegir. Es un trabajo mal pagado y me fastidia que lo sea, pero necesito ese dinero.

—No has contestado a mi pregunta.

—Es cierto. —Me detuve un instante antes de proseguir— No vas a creértelo, pero aunque está casi acabado, en todo este tiempo no se me ha ocurrido hacerme esa pregunta, y creo que la respuesta es afirmativa. Supongo que sí, que me gusta.

—Te gusta, además, porque te mueves en tu terreno. Es como si a mí me pidieran que escribiese sobre algún tema relacionado con la naturaleza.

—Vaya, no sabía que eras...

—Biólogo, sí. ¿No te lo había dicho? —se trataba de una pregunta retórica. Sabía de sobra que no me lo había contado por la sencilla razón de que nunca hablaba de su vida, y ahora volvía a escabullirse—. Pero, vamos, era solo una comparación. En realidad yo sería incapaz de escribir un libro. Para eso hay que tener la cabeza muy bien amueblada, y la mía es una cacharrería... ¿O sería mejor decir un basurero? —soltó una carcajada que atrajo la atención de los otros comensales. Al darse cuenta volvió a ponerse serio y se limpió el bigote con el doblez de la servilleta— Y no será por falta de interés, porque me gustaría escribir algo.

—¿Te refieres a algo en concreto, o a cualquier cosa?

—Me refiero a algo en concreto, y ese «en concreto» es mi biografía. Bueno, no exactamente mi biografía, sino más bien una parte de mi vida.

—Ajá. —Cogí un cigarrillo y lo encendí— ¿Y se puede saber de qué parte?

—Todo a su tiempo, querido. Al fin y al cabo no voy a ser yo, sino tú, quien se encargue de eso.

Ya lo dije anteriormente: desconcertante y previsible sin embargo. Aquel y no otro había sido el motivo por el que me había citado. A decir verdad no me agradó la propuesta, y menos aún el tono imperativo en que la planteó. Distinto era pasar una tarde con él que verme envuelto de nuevo en sus crisis maníacas. Busqué con rapidez un par de evasivas.

—No creo que sea la persona adecuada; yo solo entiendo de historia y de geografía. Además, estoy pendiente de que me llamen para dar otro cursillo en el centro de profesores, y ya sabes que necesito cualquier fuente de ingresos que me salga al paso.

—¿Y qué te hace pensar que mi encargo no te resultaría rentable? —de repente la modulación de sus palabras había adquirido cierta dureza. Apuró la copa y al ponerla sobre la mesa derribó la mía. Un camarero acudió al instante a secar el mantel—. No estamos hablando de la mierda que te van a dar por la guía. Yo te hablo de esa cantidad multiplicada, digamos..., por diez. Tal vez sea una incorrección mencionarlo después de lo que me has contado, pero mi problema no es precisamente el dinero. Por otro lado, tampoco tengo prisa, si es que quieres impartir el cursillo.

Desde aquella misma noche tuve la convicción de que la oferta de Eugenio era un regalo envenenado, y aun así, ¿qué podía hacer? Tan pronto como iniciase el trabajo recibiría el veinte por ciento del total, cuatro mil euros, una cantidad que, junto con los dos mil de la guía, ofrecía la única salida para escapar del atolladero. Ahora que lo pienso, había una parte semiinconsciente de mi cerebro que trabajaba a toda máquina buscando recursos y ajustando partidas con las que taponar las deudas más acuciantes; jugaba un papel tan destacado allí dentro que cualquier vacilación quedaba sofocada de inmediato.

Mi antiguo socio y gerente de la empresa tenía un concepto un tanto peculiar del negocio. Gracias a él o, más bien, por desgracia, logró convencerme para que nos hiciésemos con dos berlinas de gama media bajo el pretexto de que las costosas letras que tendríamos que afrontar no eran un gasto, sino una inversión, pues al registrar los vehículos a nombre de la sociedad obtendríamos una desgravación íntegra. Poco tiempo después, cuando la empresa se vino abajo, me encontré con un estupendo coche por el que apenas me daban la mitad del importe que aún quedaba por pagar. Con nuevos avales familiares conseguí un préstamo a largo plazo que me permitió refinanciar las letras del maldito automóvil. Si ahora no le hacía ascos al encargo de Eugenio, podía liquidar ese crédito, solicitar uno nuevo por el triple y saldar la deuda con el banco que había trabado mi nómina. Bien es verdad que me esperaban unos cuantos meses en los que prácticamente no dispondría ni para mis gastos personales —tendría que mantener el primer préstamo más las aportaciones a mi hermano—, pero al cabo de los mismos, contando con lo que esperaba ingresar, mi situación mejoraría de modo sustancial.

Los textos de la guía de Egipto quedaron listos a últimos de septiembre, a falta solo de revisar las galeradas. Con la finalización de este trabajo, y con la promesa del banco de condonarme los intereses de demora si saldaba la deuda contraída antes de concluir el año, me trasladé el primer fin de semana de octubre a la ciudad donde vivía Eugenio para trazar con él las líneas generales del periodo de su vida que tendría que narrar.

No fue difícil dar con el domicilio. El piso ocupaba la segunda planta de un soberbio edificio modernista situado en el bulevar más señorial de la ciudad. El profundo desconocimiento de cualquier detalle referente a la vida de aquel individuo justificaba, debo admitirlo, la expectación que me dominaba cuando cerré la cancela del ascensor y me encontré ante aquella vetusta puerta de grandes dimensiones. ¿Estaría casado Eugenio? ¿Tendría a su cargo el cuidado de unos padres ancianos? ¿Me abriría quizá una joven risueña, o tal vez saldría a recibirme una criada de edad indefinible, lo suficientemente diligente para llevar a sus espaldas el excesivo peso de una casa enorme con un propietario tan desequilibrado?

Apreté el pulsador y sonó uno de esos timbres mecánicos que hasta entonces solo conocía por las películas en blanco y negro. Casi medio minuto después oí un chancleteo que fue ganando intensidad hasta que se abrió la puerta y apareció tras ella la estrafalaria figura de mi compañero de viaje, con una bata de casa sin cinturón y un pijama de seda estampado en adamascados. Estaba saludándome con un abrazo tan efusivo como inesperado cuando sentí algo que cruzaba entre mis piernas.

—¡Cleopatra, vuelve adentro ahora mismo! —dijo Eugenio al tiempo que me empujaba a un lado y se lanzaba a recuperar la gata fugitiva—. Eres una vieja puta —le recriminaba mientras acariciaba sus orejas y besaba su hocico en un ademán ridículo.

Seguí a mi anfitrión por un dédalo de pasillos a los que se abrían, de un lado,

amplias y solitarias estancias, y del otro, patios cuya luz llegaba tamizada a través de ventanales decorados con vidrieras de motivos florales *art nouveau*. El salón en el que desembocamos, de dimensiones casi palaciegas, se hallaba atestado de muebles y objetos: un par de tresillos en capitoné, un voluminoso aparador de columnas salomónicas a juego con dos vitrinas repletas de vistosas vajillas, un reloj de péndulo, una chimenea decorada con estucos barrocos. Y entre todo ello, mesas de formas y tamaños diversos con jarrones chinos, estatuillas de motivos taurinos y fotografías en sepia, así como cuatro o cinco lámparas de pie o de sobremesa. Retratos de damas distinguidas y de caballeros con aire de próceres, marinas y paisajes serranos apenas dejaban claros en las paredes, excepto un testero reservado a cabezas de corzos, jabalíes y cornamentas de diversas especies.

—Una casa espléndida, estoy abrumado. —Eugenio me había ofrecido asiento en un sillón junto al mayor de los tres balcones geminados que se abrían hacia la fachada. Los plátanos de gran porte que flanqueaban el paseo habían perdido la mayoría de sus hojas, y el sol del mediodía producía suaves destellos sobre los barnices del mobiliario— No, gracias —aún era temprano para aceptar la copa de Oporto que pretendía servirme, aunque él llenó la suya.

—Forma parte de la herencia que me legaron mis padres. No tuve que compartirla con ningún hermano. Ser hijo único tiene sus ventajas.

—¿Vives solo? —y mientras hacía esta pregunta observaba de reojo una fotografía que ocupaba un lugar destacado en la repisa de la chimenea, una pareja de jóvenes en plano medio. Ella llevaba el pelo corto y vestía un poncho. La sonrisa de sus labios no casaba bien con la expresión melancólica de su mirada. Él, cuya mano descansaba sobre el hombro de la muchacha de forma un tanto tosca, lucía un flequillo que tapaba parcialmente su ojo izquierdo. El cuello de cisne de su jersey blanco contribuía a situar la instantánea en la década de los setenta. Resultaba difícil de creer que un joven tan atractivo pudiera avejentarse de tal manera en apenas tres décadas, pero nadie podría negar que se trataba del dueño de la casa.

—¿No merece consideración la compañía de mis felinos? —y como alertada por aquella alusión, otra gata egipcia se deslizó junto al sofá para ocupar de un salto el cojín sobre el que su dueño dejaba reposar el brazo derecho, en perfecta simetría con Cleopatra—. Claro está que me siento inútil para llevar una casa así; tengo una mujer que viene a hacer las tareas domésticas dos días a la semana. Es bastante mayor y no limpia demasiado bien, ya ves el polvo que hay por cualquier parte —su dedo trazó el inevitable recorrido por el borde de la mesa—, pero ¿qué puedo hacer? También ella estaba incluida en la herencia.

Durante un instante se hizo el silencio. Extraje entonces el cuaderno que guardaba en el bolso, lo que fue interpretado por mi interlocutor como un gesto de apremio.

—Lo siento, discúlpame.

—Oh, no. No pretendía...

—No, es verdad, deberíamos comenzar. Quizá hoy no dé tiempo de todo. No sé

qué idea traías. Vamos, que puedes quedarte a dormir si quieres. ¿Será por falta de camas? —daba la sensación de hablar a la defensiva, o más bien como si cada frase que saliese de su boca se la cuestionara de inmediato.

—¿Te parece que delimitemos primero el periodo sobre el que he de centrarme? Luego iremos entrando en detalles.

—Perfecto, eso es.

Había observado que miraba de soslayo la copa de vino, como intentando disimular la atracción que le producía. En este momento se la llevó a los labios, la apuró y se sirvió de nuevo antes de continuar.

—Bien, el hecho es que hice los estudios de biología por vocación. Desde pequeño me han gustado los animales, ya lo habrás notado —y volvió a acariciar las gatas—. Sin embargo, al finalizar la carrera, incluso antes, me di cuenta de que las salidas profesionales eran prácticamente nulas. Hoy es distinto: la industria alimentaria, los laboratorios de análisis clínicos, las explotaciones agrícolas o ganaderas, la gestión ambiental, todo esto absorbe a muchísimos licenciados. Hay veintitantas facultades en España, y montones de becas para trabajar en las del extranjero. Pero yo acabé en el setenta y tres, en los últimos años de la dictadura. El país funcionaba entonces fatal. Eran unas promociones muy numerosas porque la gente apreciaba los estudios, pero acababas la carrera y decías: «¿y ahora qué hago? ¿Dónde me meto?». ¡Si no había nada! «¿Biólogo?», te decían. «¿Y eso para qué sirve?». Un absoluto desastre, vamos. En realidad no dejábamos de ser unos románticos empedernidos... Creo que me estoy yendo por las ramas.

—Bueno, digamos que me has puesto en situación.

—Perfecto —bebió otro sorbo—. Entonces tomé una determinación que no gustó nada a mi padre, el señor notario. Cuando yo tenía tres años mi madre volvió a quedarse embarazada. El feto se le murió dentro y poco faltó para que ella muriese a la vez. En la intervención que le hicieron para salvarle la vida tuvieron que extirparle la matriz. Ante la perspectiva de no tener más hijos, mi padre esperaba que yo alcanzase una posición al menos tan favorable como la suya. Pero yo estaba harto de él, de sus reproches, de la actitud sumisa que le dispensaba mi madre, siempre a sus pies. Y de esta casa. Porque esta casa, esta casa que a ti te parece magnífica, que hoy por hoy es mi recinto sagrado, ¡el templo del dios Eugenio, y no hace falta que estemos en Egipto, ja, ja! —Casi en el mismo instante se mostró abochornado del chascarrillo. Carraspeó antes de seguir— En aquellos años la casa se me antojaba una cárcel. ¿Quién se iba a imaginar que...? Quiero decir, no sabía apreciar las comodidades que ofrecía.

Aquel lapsus. Apenas había empezado a hablar de su vida y ya había algo que Eugenio me estaba ocultando.

—Pensé entonces en la posibilidad de la docencia. Sí, como tú. Yo también pertenezco al gremio, ¿no te lo había dicho? —pero yo opté por no responder a la pregunta de siempre—. Claro que en aquel momento no sacaban plazas para instituto,

y en cuanto a la universidad, bueno, no se me daba demasiado bien eso de comerle el culo a los catedráticos. En aquellos años los licenciados podíamos presentarnos a las oposiciones de primaria, o de básica, que como sabes era el nuevo plan del setenta, el de Villar Palasí. Tú lo conocerás, supongo.

—Y tanto, la mía fue la primera promoción de EGB.

—Estamos. Pues entonces aún no exigían la carrera de magisterio. Así que me preparé aquellas oposiciones y las saqué. Bueno, tendrías que haber visto a mi padre. Se puso como un energúmeno, «que vaya desperdicio, que si para eso te he pagado la carrera, que no tienes ni idea de adónde vas a ir a parar». La tenía, sin duda que la tenía, y bien clara: lejos de él. El primer destino me lo dieron en Las Cumbres de San Calixto, un pueblo de apenas mil quinientos habitantes perdido en la sierra del norte de la provincia, a unos ciento veinte kilómetros de aquí.

—En plena naturaleza, el paraíso de un biólogo. Estamos hablando del año...

—Mil novecientos setenta y cinco.

—Un año memorable.

—Pues allí estaba yo cuando murió el *Patas cortas*. ¿Te acuerdas de aquel día?

—¿Cómo iba a olvidarlo? Nos dieron tres días de vacaciones, vaya lujo. Vuelvo a mi casa y me encuentro a Arias Navarro diciendo aquello de «Españoles, Franco ha muerto».

—El *Llorón*. ¡Qué grima de tío! Menos mal que el rey le dio boleta, que si no, todavía estaríamos cantando el *Cara al sol*. —Y en esto que se levanta, pone cara de circunstancia, alza el brazo y comienza a cantar— *Cara al sol con la camisa nueva / que tú bordaste en rojo ayer. / Me hallará la muerte si me lleva...*

Sonó el timbre de la puerta. Mi anfitrión se disculpó y salió a abrir. Se oyó el ruido de unas ruedas por los pasillos, la voz amortiguada de un hombre joven, más ruidos de cajas, y de nuevo las ruedas alejándose.

—Disculpa la interrupción —dijo al regresar—, era el chico del supermercado. Procuero hacer una compra grande al mes, y ya no me acordaba de que me la traían esta mañana. ¿Por dónde íbamos?

—Estabas cantando el *Cara al sol*. Pero si te parece podemos retomar lo de tu primer destino.

—Perfecto. Como te decía, Las Cumbres era un pueblo de montaña, pequeño y pintoresco, poco mayor que una aldea. Sin embargo su término municipal aventajaba en extensión incluso al de la capital. La tierra estaba concentrada en tres o cuatro latifundios con la explotación típica: cereales en los valles, ganadería y corcho en las dehesas... Y por supuesto la caza, mucha caza en los montes. No, los trofeos de la pared no son míos, si es lo que tratas de imaginar. Esas reses las abatió mi padre. Soy incapaz hasta de pisar las cucarachas que corren por la cocina.

»A pesar de que la llegada a aquel lugar suponía un giro radical en mi vida, no me costó lo más mínimo adaptarme al cambio. Quizá fuese así porque lo necesitaba. Me incorporé al trabajo con entusiasmo; tenía un alumnado bastante dócil, demasiado

dócil diría yo, y el entorno resultaba de lo más bucólico. Algunas tardes y todos los fines de semana, excepto un par de puentes en los que regresé para no disgustar a mi madre, los ocupaba en pasear por los alrededores. Tomaba notas, hacía fotos, recogía muestras... Buena parte de aquello me servía luego para ampliar los temas de clase. Siempre tuve la idea de que el aprendizaje de los alumnos, al menos en lo que respecta a mi materia, debe incidir en el conocimiento de su propio medio. Perdona —y esta vez sí que dio unos buenos tragos a la copa—. Ah, he perdido la costumbre de hablar tanto y se me seca la boca. ¿De veras no quieres que te sirva?

—Está bien, ponme un poco. Vale. —Había comenzado a tomar algunas notas. Añadí un par de guiones— Ya puedes seguir.

—¿Brindamos?

—Hum, lo olvidaba. Por el éxito de tu historia. —Y mientras paladeaba aquel delicioso Tawny observaba preocupado la acusada dilatación de las pupilas de Eugenio, que ya había vuelto a dejar su copa medio vacía. Sus párpados, además, se veían sometidos a ligeras convulsiones.

—La verdad es que podría haber sido un año cojonudo si no se hubiese jodido el invento.

Hizo una pausa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que todo iba bien hasta que sucedió algo tremendo. Tremendo e incomprensible.

Volvió a quedarse en silencio. Me alarmó verlo tan turbado.

—A mediados de enero... —continuó finalmente—. No, espera, fue en febrero, eso es, a principios de febrero del setenta y seis. Bueno, más o menos por entonces llegó al pueblo un joven pintor austriaco; un tío bastante culto, casi de mi edad, que sabía defenderse con el castellano. Lo conocí una de esas tardes en que me iba directamente desde el colegio al campo. Los días comenzaban a ser más largos, y él estaba junto a un arroyo pintado a la acuarela, porque era pintor paisajista, ¿sabes?

—¿Recuerdas el nombre?

—¿Cómo no lo voy a recordar? Wolfgang Meier, así se llamaba. Un tipo muy sociable, le encantaba hablar con la gente. Enseguida pegaba la hebra con cualquiera, y eso que los paisanos solían ser más cerrados que un candado. Desde aquella misma tarde comenzamos a tratarnos con asiduidad. A veces nos juntábamos en la taberna, y cuando llovía o hacía frío quedábamos en su casa. Él vino en un par de ocasiones a la mía, aunque por lo general lo visitaba yo. Era un artista realmente prolífico, y le encantaba enseñarme lo que hacía, hablar de su trabajo, de los paisajes, de la luz. Además, estaba muy puesto en botánica. Y luego, como derrochaba una curiosidad insaciable, siempre me preguntaba cosas sobre el pueblo, sobre sus vecinos.

—¿Y no tenía más amigos? Quiero decir, ¿no os reuníais con nadie más?

—Pues..., no, la verdad es que no. Aunque resulta bastante comprensible.

—¿Comprensible por qué?

—¿Por qué va a ser? Ya te digo que los lugareños eran poco comunicativos. No estoy diciendo *antipáticos*, que conste, pero se atrincheraban en sus propios vínculos, ya sabes, lo típico de esos núcleos aislados: muchas familias estaban emparentadas, que si los primos, los cuñados, los compadres. Y eso afectaba incluso a los maestros, que por otra parte apenas superábamos la docena.

—Vale. ¿Y qué fue aquello tan terrible que sucedió?

—Pues lo que pasó es que... Bueno, antes de contártelo déjame que mencione a otra persona que también fue protagonista en esta historia. Me refiero a una alumna del colegio o, para ser más exactos, mi alumna predilecta, Carmencita.

—¿De qué edad?

—Cursaba octavo de EGB, luego tendría trece o catorce. No creo que hubiese cumplido los quince aún.

—O sea, una adolescente. Por un instante pensé en una niña pequeña.

—Qué va, una mujercita. ¿Te sirvo? —Le hice un gesto negativo con la mano. Volvió a servirse— Un verdadero encanto en todos los sentidos: guapa no, guapísima, espigada, con un cuerpo bien proporcionado y un cabello moreno que le llegaba por aquí —y se señaló a la altura del codo—. Hablaba con una dulzura que te dejaba fascinado; vamos, que comparada con sus compañeras parecía una princesa. Y por si fuera poco era además muy inteligente, las cogía al vuelo. La mejor alumna, ya digo. Por cierto, le apasionaban las ciencias naturales, en particular lo relacionado con el mundo submarino.

Esta descripción me trajo súbitamente a la memoria otra escena; y con ello mi presencia en el domicilio de Eugenio, es decir, de quien había sido mi compañero de viaje, adquiriría un sentido que hasta entonces no había sabido ver. La pregunta se me hizo ineludible.

—Espera un momento. Aquella mujer que abordaste en Karnak...

—En efecto, lo has adivinado. —Una sonrisa de complicidad se dibujó en las comisuras de sus labios— Aunque no quiso contestarme, ya lo viste, yo sabía muy bien que se trataba de Carmencita Garrido.

—Pero han pasado veintisiete años nada menos. En caso de que fuese ella tendría más de cuarenta. El aspecto de las personas cambia mucho con la edad. Tú mismo habrás notado...

—¿Me estás llamando idiota? —Se puso en pie de repente. Las gatas se escabulleron por la puerta— ¿Me estás llamando viejo idiota? ¡Si te digo que esa mujer es Carmen Garrido es porque estoy seguro de lo que hablo! Jamás me olvidaré de sus rasgos, ni de su voz, ni de... Mi cabeza no estará demasiado bien, pero en este asunto, escucha con atención, en este asunto no me cabe la más mínima duda. Lo siento —su voz recuperó un volumen aceptable—, a veces me dan estos impulsos.

«¿A veces? ¿Cuántas veces?», pensé. Me desagradaba la idea de tener que pasarme los próximos meses lidiando con las chifladuras de aquel tipo. Sin embargo opté por no adelantarme a los acontecimientos y dije en tono conciliador:

—No importa, solo quería cerciorarme de que tenías bastante clara su identidad. Había una pregunta que quería hacerte, a ver... Ah, ya recuerdo. ¿De dónde había salido esa muchacha?, quiero decir, ¿de qué clase de familia procedía?

—Buena pregunta, ahí es adonde yo quería llegar, porque Carmencita pertenecía a la familia más rica del pueblo. Su abuelo poseía la mayor finca de todo el término. Vivían en una casa solariega enorme. Aquello parecía un palacio.

—Como este piso, más o menos.

—No jodas, me estoy refiriendo a una casa que ocupaba casi una manzana. Por otro lado resultaba ser una familia demasiado peculiar. Para empezar, no se hablaban prácticamente con nadie. Bueno, sí, sus tíos, que eran mellizos o gemelos, no lo sé, tenían su propia camarilla. Ellos se encargaban de negociar con los aparceros y de contratar las cuadrillas de jornaleros, aunque disponían de capataces y de un mayoral para las reses bravas, claro está. Al viejo solo se le veía de domingo en domingo en misa de doce, porque además iba en silla de ruedas; y aun así sorprendía por su corpulencia. No se me va su imagen de la cabeza: un rostro inquietante de puro impenetrable, con los ojos ocultos tras las gafas oscuras, ya hiciese sol o nevase; las mandíbulas poderosas y apretadas, el mentón prominente. Llegaba siempre muy bien afeitado, con un traje azul marino impecable. Por lo poco que contaba Carmencita supe que tenían una criada, pero para mí que lo cuidaba su propia hija, la madre de la adolescente. Otro pedazo de mujer, con unos ojazos enormes, que no desmerecía en nada a la chica. Llevaba el pelo recogido. Cuando la vi por primera vez me llamó la atención su vestido con mangas. Te recuerdo que eso fue en septiembre y que aún hacía bastante calor. En todo el tiempo que estuve en Las Cumbres no usó manga corta ni en una sola ocasión. Bueno, en realidad tampoco se dejaba ver demasiado. Ya te digo que formaban un clan muy reservado. Dime —yo había hecho una leve seña con el bolígrafo.

—No, solamente necesito una aclaración. Cuando has dicho que se trataba de una familia peculiar, ¿lo decías por el aspecto de sus miembros?

—Espera un poco, que no he acabado. Carmencita no tenía padre. Cuando le pregunté qué había sido de él, me dijo que falleció a consecuencia de un disparo en una montería antes de nacer ella. En la casa vivían, como te he dicho, el abuelo, la madre, los tíos, la criada, que nunca llegué a ver, y la niña. No tenían más familia, al menos en el pueblo, excepto una abuela.

—¿La conociste?

—No solo no la conocí, sino que además ignoraba que existiera hasta que me llegó la noticia de su muerte. Más tarde me enteré de algunos datos relativos a aquella pobre mujer, no demasiados, entre otras cosas porque vivía sola en una casa que se encontraba en la finca del abuelo. Bueno, sería más acertado hablar de una casucha, una construcción vieja y aislada que antaño había servido de vivienda a los guardeses de la finca, y que para entonces a nadie en el pueblo le interesaba ocupar.

—Me has dicho que murió, supongo que durante el tiempo que permaneciste allí.

¿Cuánto tiempo estuviste trabajando en Las Cumbres?

—Solo aquel curso.

—O sea, que la abuela falleció cuando Carmencita era aún alumna tuya. ¿Te importa que fume?

—Correcto. No, en absoluto —se pasó la lengua por los labios reseco, acabó el vino de un trago y vació en la copa el último resto de la botella.

—¿Y cómo se tomó Carmencita la muerte de su abuela?

—Muy mal, porque fue asesinada. Y no solo mataron a la vieja, sino que además violaron a la nieta —se quedó callado, mirándome fijamente a los ojos.

—Joder, sí que fue tremendo. ¿Pero sucedió en momentos distintos o...?

—No, todo pasó en una tarde.

—¿Se logró averiguar quiénes lo hicieron?

—Bueno, la Guardia Civil se encargó de la investigación. Para ellos todo estaba muy claro, ya te imaginarás cómo se las gastaban los picoletos por aquel entonces. A mí, en cambio, me pareció un completo fraude su *versión oficial*, y tengo mis razones para pensar así.

—Quizá sería mejor que nos centrásemos en los hechos. ¿O hay algo más que debería conocer sobre otra persona?

—No, no es necesario. Considero que te he puesto suficientemente en antecedentes.

—De acuerdo. ¿Recuerdas en qué fecha se produjo aquello?

—Debió de ser a finales de marzo o principios de abril del setenta y seis, poco antes de Semana Santa.

—Explícame entonces cómo sucedió.

—Te lo explicaré, pero que sepas que solo es el cuento que redactó la Benemérita en su atestado.

—Bien, pues cuéntame ese cuento.

—De acuerdo. Aquel era uno de esos días calurosos que se dan con cierta frecuencia por aquí a comienzos de la primavera, antes de que vuelva a refrescar. Ocurrió en fin de semana, porque no había clases. Sí, me parece que fue un sábado. El caso es que la gente dormía la siesta y las calles estaban vacías. Carmencita salió de su casa a eso de las cuatro y media o las cinco en dirección a la finca de El Retamar, en concreto a la casucha donde malvivía la abuela. La nieta, por lo visto, se encargaba de llevarle la compra y de limpiarle la casa, pues la mujer, aunque podía moverse, padecía una artritis severa. O al menos eso se decía.

»A la altura del paseo de los Peligros Carmencita se encontró con Wolfgang, que en ese momento pintaba al óleo un paisaje serrano. Había elegido el sitio adecuado, porque desde el paseo se contemplaba una vista fantástica. La niña, empujada por su curiosidad innata, se detuvo a ver el trabajo del pintor.

—Un momento, ¿conocía Carmencita al austriaco, o era la primera vez que lo veía?

—No, hombre, no. ¡Meier llevaba como dos meses viviendo en el pueblo, todo el mundo lo conocía! En un pueblo tan pequeño ya te puedes imaginar... El pintor poseía un caballito de mar, uno de esos que vendían disecados con una capa de barniz en los comercios de *souvenirs* de la costa. Bueno, la cuestión es que el pintor sabía de la afición de Carmen por el mundo submarino.

—¿Tú le habías hablado a él de la niña? —mi interés por enterarme de todos los pormenores del asunto no admitía duda. Sin embargo comenzaba a sentirme muy incómodo; Eugenio no paraba de beber, su lengua se movía con evidente dificultad y aquella historia se iba pareciendo cada vez más al delirio de un borracho.

—¿Había alguna razón para no hacerlo? Él preguntaba, preguntaba constantemente. Es probable que yo sacase a colación a mis alumnos. Vamos a ver, ¿quieres saber lo que pasó o no quieres?

—Claro que quiero —estaba empezando a exasperarme—. ¿Qué pasó con el caballito de mar?

—Pues que Meier le refirió a la niña lo del hipocampo. ¿Sabes que este es el nombre científico de los caballitos de mar? Bueno, eso vino después. Primero le preguntó adónde se dirigía y tal. Cuando se enteró de que iba a llevarle la comida a la vieja, le preguntó dónde vivía, si vivía sola, si estaba impedida, en fin, todo eso. Luego le dijo que había oído hablar de su afición por la naturaleza marina, y se puso a contarle que a él también le gustaban mucho los peces, los corales, los delfines y demás, y que incluso había practicado submarinismo en una ocasión. A Carmencita se le pusieron los ojos como platos, imagínate.

»Total, que sacó a relucir lo del caballito. Tú sabes lo raros que son esos bichos, bueno, peces, unos peces tan raros que el embarazo lo tiene el macho. Carmencita le dijo que le haría mucha ilusión verlo. “No, yo te lo regalo; si en las tiendas de playa los venden a puñados”, replicó Wolfgang. Bueno, aquella chiquilla, que nunca salía del pueblo, que solo había visto el mar en los libros y en la televisión, se pondría seguramente a dar saltos de alegría. Probablemente pensó a renglón seguido que si la vieran entrar en casa del forastero su familia podría llegar a enterarse, pero Meier debió de notarlo en su expresión y se lo puso fácil. Aunque él vivía al otro extremo del pueblo, a esa hora, como ya te dije, no había ni un alma por las calles. “Mira”, le sugirió, “deja aquí las bolsas si quieres y llégate en un salto a mi casa. La puerta no está cerrada con llave. Enseguida verás el caballito: lo tengo en el estante que hay justo encima del televisor”».

—¿Sabía tu alumna dónde vivía el pintor?

—Lo sabía el pueblo entero, joder. Los lugareños hablarían poco, pero no se les escapaba nada. Total, que la niña no se lo pensó dos veces y salió corriendo. Y conforme se perdió tras la esquina, el pintor soltó la paleta y el pincel y se fue a toda prisa en dirección contraria. ¿Y a dónde crees que fue, eh?

—A casa de la abuela. —¿Por qué le seguía el juego? ¿No era obvio, a esas alturas, que lo que me contaba se parecía demasiado a algo demasiado conocido?

—¡Acertaste, premio extra! —Se llevó la copa a los labios pero estaba vacía. Tomó la botella y al volcarla recordó que no quedaba nada. La lanzó contra la chimenea y se hizo trizas— ¡Tranquilo, ya la recogeré más tarde! ¿Y sabes lo que dijeron los picoletos? ¡Que mi amigo asesinó a la vieja de dos tiros en el corazón para robar sus joyas, y que luego esperó con toda la frialdad del mundo la llegada de la niña para violarla salvajemente!

—Eugenio, por favor, ya vale.

—No, no vale. Todavía no he terminado. Porque entonces, fíjate tú que casualidad, entró fray Venancio, el cura del pueblo, que de vez en cuando se acercaba a visitar a la pobre mujer para darle la comunión. ¡Y en el forcejeo que mantuvo con Wolfgang consiguió arrebatarse el arma y..., y le voló la tapa de los sesos! —Se llevó las manos a la cara, exhaló un largo gemido y rompió a llorar con desesperación.

—¡Estás loco! —le grité— ¡Estás completamente loco! Me has hecho venir hasta aquí para usarme como espectador de este estúpido psicodrama. Conque Carmencita Garrido, ¿eh? ¿Por qué no la has llamado directamente Caperucita Roja? —Metí el cuaderno con furia dentro de la cartera y me puse en pie. Él continuaba sollozando, con el rostro hundido entre las manos— Maldito seas, Eugenio, y maldita sea la asquerosa miseria que me trajo hasta tu casa. ¿Por qué no quise ver lo que me iba a pasar cuando respondí a tu llamada? ¡Ahí te pudras con tus macabras fantasías! —Y con paso acelerado, acosado por una insoportable presión en las sienes, salí huyendo por los corredores, abrí la puerta y bajé a trompicones las escaleras buscando el aire fresco de la calle.

3. Octubre de 2003. 1976

Aquel no fue el único revés que recibí a principios de octubre. Las adversidades nunca vienen solas, y una orden procedente de la delegación de Educación impuso al centro de profesores la prioridad absoluta para los cursos de iniciación a Linux. La administración educativa había hecho una apuesta fuerte por el *software* libre, y requería que el mayor número posible de docentes conociese la distribución que había desarrollado. La iniciativa era loable, pero el cursillo que había preparado se demoraba al menos un año.

La esperanza de obtener nuevos ingresos se evaporó entre mis dedos, y de nuevo la paciencia de mi hermana y de nuestra tía se vio sometida a una prueba que se me antoja durísima al contemplarla desde la distancia: la de tener que compartir mesa a diario con quien solo de tarde en tarde lograba levantar la vista del plato para responder con monosílabos a sus preguntas.

Aquel menguado núcleo familiar constituía, no obstante, mi único apoyo emocional. Los amigos se habían cansado de llamarme ante mis reiteradas evasivas. ¿Para qué acudir a una cita que acababa siendo un angustioso ejercicio de diplomacia? Por un lado, nunca tenía buenas noticias que darles; por otro, cualquier salida comportaba un gasto que, aun siendo escaso, acababa pareciéndome una merma injustificable del dinero reservado a atender pagos urgentes. Y nadie trataba ya de invitarme: dejaron de hacerlo al ver que su generosidad se vencía bajo el peso de la humillación que yo manifestaba.

Mi familia era, por tanto, el único refugio donde se me permitía convivir con el silencio. Un refugio sometido, bien es cierto, a la devastación del tiempo y de la muerte. Siete años antes mi padre, que acababa de jubilarse, moría de un infarto cerebral que le sorprendió mientras dormía. Pudo ser un placentero sueño eterno, aunque sospecho, por las convulsiones que según mi madre precedieron al último estertor, que su experiencia postrera fue más bien la horrorosa pesadilla de una inesperada aniquilación. Qué insignificante había sido el beso que le di la tarde anterior, cuando me crucé con él de vuelta hacia mi casa.

Apenas tres meses más tarde le tocó a mi tío. Su lenta extinción había estado jalonada de obstinadas fugas en pijama camino de la calle y bajo el frío de la madrugada, pero también de espantosas heridas en la cabeza causadas al sobrevenirle aquellos desvanecimientos fulminantes; y, por qué ocultarlo, de injurias y patadas contra su paciente esposa y cuidadora. Así que cuando el alzhéimer se lo llevó una soleada mañana de junio, mi tía lloró su muerte y se vio unida una vez más a su hermana, aunque esta vez fuese por el luto.

De haberse mostrado ecuánime, el destino debería habernos concedido una tregua. Por el contrario, los tres años siguientes los recordaré no solo por el inexorable declive del negocio en el que había cifrado todas mis esperanzas, sino ante

todo por los estragos que la enfermedad causó en mi madre hasta acabar con su vida. El mismo año en que murió mi padre fue sometida a dos operaciones cardiovasculares. Pero aquellas válvulas mecánicas no lograron frenar el desgaste de un corazón flácido e incapaz de bombear la sangre a las extremidades inferiores. Las profundas llagas de sus piernas, cubiertas siempre de apósitos embadurnados en pomadas, eran solo el síntoma más palpable de la hidropesía que la iba ahogando lentamente en sus propios humores. Sus estancias en el hospital se prolongaban cada vez más, pero aún tuvo que oír desde su dormitorio el trasiego ocasionado por la mudanza de los muebles de su hermana a su propia casa. Así se alcanzó el final de una amarga victoria, la de lograr vender un piso amenazado de embargo.

Hay personas cuya figura crece hasta agigantarse con el transcurso del tiempo. Ese fue el caso de nuestra tía Trini. Como no pudo tener hijos, yo, que había nacido unos días antes de su boda, me críe entre mi casa y la suya. Su discreto papel de fiel esposa de mi tío y, sobre todo, de inseparable compañera de mi madre, que era sin lugar a dudas mi principal objeto de devoción, ensombreció ante mis ojos la enorme talla de su personalidad. Pero en el otoño de 2003, cuando al regresar del instituto me ponía al día de las noticias radiofónicas sin perder ni un instante su semblante de inefable serenidad —ella, que había perdido no solo a su marido y a su hermana, sino también su casa y parte de su dinero por ofrecerme su aval—, me estaba lanzando el extremo de ese cabo invisible que me asía a la nave de la vida. Nunca lo hacía explícito, y sin embargo su mensaje, el mensaje de quien había soportado las peores vicisitudes de la guerra y sus secuelas, se volvía irrefutable: estamos vivos, eso es lo que importa.

La recogida de la correspondencia depositada en el buzón era una tarea que yo mismo me había atribuido en algún momento impreciso de mi adolescencia, cuando todavía habitábamos bajo el mismo techo mis padres y sus tres hijos. Ya fuesen cartas del banco, tarjetas de Navidad, envíos publicitarios o postales ilustradas con fotos de alguna población costera, la manipulación y entrega de aquel variopinto material impreso o escrito adquiere especial relieve en el recuerdo ahora que el correo electrónico nos ha privado del placer del tacto.

Aquel rito se mantuvo incluso durante los años en que tuve mi propio piso, pues aun entonces almorzaba con mi familia la mayor parte de los días. Fue de este modo como, tras una semana en la que el cartero parecía haberse tomado vacaciones, a mediados de octubre encontré un aviso de certificado al regresar del trabajo. Ese día no mantuve la vista en el plato. Mientras soplabas las cucharadas de sopa, la misma sopa que la tía Trini tomaba como si fuese un caldo frío, me entretenía escrutando lo que ponía en dicho impreso: «No ha sido posible entregarlo por hallarse ausente el día 16/10/03 a las 11:25 horas». Falso: ni mi tía ni mi hermana habían salido de casa en toda la mañana. «Plazo de recogida en oficina: a partir del día siguiente del aviso y antes de 15 días naturales. Retirar en...», y a renglón seguido la dirección de la oficina postal y el horario. En cuanto al tipo de envío, llevaba marcado el casillero

«carta», y «Madrid» como lugar de origen. Nada más.

La tarde se me fue en preparar un mapa mudo y varios esquemas sobre los dominios de Carlos Quinto, pero también en elaborar conjeturas en torno al remitente de la carta certificada. ¿Volvería Hacienda a reclamar los impuestos que la sociedad dejó de ingresar en los meses previos a la quiebra? ¿O sería tal vez el enésimo intento de la aseguradora de un acreedor para cobrar las dos últimas letras que no habíamos podido abonar en su momento? Daba igual de dónde viniera, el resultado me era de sobra conocido: pérdida del apetito, vueltas y más vueltas en la cama y el inevitable recurso de un hipnótico cuando los números del despertador marcaban las tres de la madrugada.

Al día siguiente, conforme acabaron las clases subí a un autobús que me dejó en el centro de la ciudad. A continuación, y con objeto de no demorarme más, en lugar de hacer trasbordo fui caminando hasta la sucursal de correos. La mano me temblaba de modo ostensible mientras cumplimentaba el recibo, y abrir el sobre, en el que no constaba el remitente, se volvió poco menos que un desafío para mis ingobernables dedos.

Dentro de aquel sobre había dos papeles de pequeño tamaño cosidos por una grapa. El primero era un cheque cruzado a mi nombre por valor de cuatro mil euros; el segundo, una hoja de taco con una anotación lacónica: «El Día de España, 30 de marzo de 1976, pág. 34».

Aunque ya lo iba incubando con anterioridad, aquella misma tarde caí en un estado gripal que me obligó a permanecer en cama todo el fin de semana. A la fiebre se le unió al cansancio acumulado por la tensión previa, y en el sopor de la convalecencia la imagen de Eugenio imponía su obstinada presencia como si de un fantasma impertinente se tratara.

Por fin el lunes por la tarde me sentí con fuerzas suficientes para sentarme frente al ordenador y buscar en internet aquello que vendría a confirmar lo evidente: que *El Día de España* era la cabecera de la cadena Prensa del Movimiento en la provincia donde vivía Eugenio, y que en la actualidad solo podía consultarse en la correspondiente biblioteca provincial y en las dos sedes de la Biblioteca Nacional.

El martes regresé a la rutina de las clases, pero durante toda la jornada, e incluso durante las dos jornadas siguientes, tuve que hacer un serio esfuerzo a fin de no verme desbordado por el conflicto que se estaba librando en mi cabeza. La figura de Eugenio, y la posibilidad de volver a encontrarme con él, me producían una intensa repulsión. Y aunque se trataba de un sentimiento que no lograba dominar, tampoco era capaz de resistirme a la atracción que ejercía sobre mí la sucinta referencia hemerográfica. Esta ganó al cabo la partida, de modo que el sábado por la mañana me levanté muy temprano, tomé el coche y recorrí los aproximadamente doscientos sesenta kilómetros que separaban mi ciudad de aquella que tres semanas antes había abandonado precipitadamente y con la firme voluntad de no volver a pisar.

La bibliotecaria me obsequió con una sonrisa inusitadamente cálida al revisar el

impreso de solicitud que yo había rellenado. No tardaría ni dos minutos en regresar del depósito con el rollo de microfilme que contenía, entre otros muchos, el número de *El Día de España* cuya fecha había anotado Eugenio en el papel. Me pidió que la acompañase hasta el lector, insertó el rollo en él y me preguntó si deseaba alguna explicación de su funcionamiento. Le respondí que ya había usado anteriormente otros aparatos de ese tipo. Hizo una leve inclinación de cortesía con la cabeza, me informó de que podía realizar copias impresas al precio de diez céntimos y se retiró con pasos silenciosos.

Mis tripas se retorcían dolorosamente mientras mantenía pulsado el botón de avance a la búsqueda de la dichosa página 34 del 30 de marzo. Al fin la localicé. Se trataba de la sección de sucesos. La noticia que me interesaba era escueta y aparecía situada en la parte inferior.

Doble homicidio en Las Cumbres de San Calixto

J. A. Morales. El pasado día 27, Laura Martín Ortega, vecina de Las Cumbres de San Calixto, resultó muerta por arma de fuego en su propio domicilio, una casa rural situada en la finca El Retamar. El súbdito austriaco Wolfgang Meier, presunto autor del crimen, residía desde hace dos meses en el pueblo haciéndose pasar por pintor paisajista. Todo apunta a que el móvil del homicidio, según consta en el atestado de la Guardia Civil, fue el robo de algunas joyas de cierto valor que la víctima, de 63 años y gravemente aquejada de artritis reumatoide, guardaba en el falso fondo del cajón de un armario.

Al parecer, el presunto homicida había sido previamente informado del paradero de la víctima por la propia nieta de esta poco antes de cometer el delito. La adolescente, de 14 años de edad y que responde a las iniciales M. C. G. V., se dirigía al domicilio de la finada la tarde del día de autos cuando se encontró con el pintor. Este provocó el retraso de la muchacha al encargarle que fuese a recoger un objeto a su propia casa, ganando de ese modo el tiempo necesario para perpetrar el delito.

El presunto delincuente, que había cubierto su cabeza con un pasamontañas antes de penetrar en el inmueble, tuvo aún la suficiente sangre fría para aguardar la llegada de la niña, anestesiarla con cloroformo y abusar sexualmente de ella. Sin embargo el destino quiso que fray Venancio, párroco del pueblo, que visitaba todos las semanas a Laura Martín, llegara en ese momento a tiempo de sorprender al presunto criminal. Del forcejeo entre ambos resultó muerto accidentalmente este último.

El funeral por el alma de Laura Martín se celebrará esta mañana a las 11 horas en la parroquia de Santa María de Las Cumbres. Entre tanto, las autoridades

se han puesto en contacto con la embajada de Austria en Madrid para proceder a la repatriación del cuerpo del presunto homicida tan pronto como concluyan las diligencias forenses.

Bien, uno a cero a favor de Eugenio. Me seguía asaltando la duda de que él hubiese estado en aquel pueblo por aquellas fechas, pero los hechos parecían ser ciertos. La biblioteca cerraba sus puertas a las dos de la tarde y ya no volvería a abrir hasta el lunes. Aproveché por tanto el resto de la mañana consultando las siguientes ediciones de *El Día de España*, así como otros ejemplares de diarios nacionales del mismo periodo. El resultado fue negativo. Después de la citada noticia, un manto de silencio había caído sobre los trágicos acontecimientos de Las Cumbres y el asunto había sido relegado al olvido.

El edificio que alberga la biblioteca y el archivo provincial está enclavado en un parque. Nada más salir al paseo que lo cruza, advertí cómo se aproximaba apresuradamente hacia mí alguien que procedía de alguno de los bancos situados al margen. Alguien, por tanto, que me estaba aguardando. Y no, aquel encuentro no era previsible.

—Qué, ¿convencido? —preguntó Eugenio mientras me tendía la mano, esa mano sudorosa que aún me provocaba cierta aversión.

—Convencido. Tú ganas.

—Veo que has tardado un poco en decidirte a comprobarlo.

—El fin de semana pasado estuve en cama con gripe. Y tú, ¿trabajas acaso para el CNI, o para la CIA?

—No le busques los tres pies al gato. Esta es una ciudad pequeña, y el director de la biblioteca y yo éramos compañeros de colegio. Le pedí que hicieran el favor de avisarme por teléfono conforme algún lector solicitase la referencia que te di. No es ilegal, ¿verdad?

—Tendré que informarme —se estaba haciendo el interesante, ¿qué podía decirle?—. Ha sido una fantasmada por tu parte. Podría haberlo consultado en otro sitio.

—¿Dónde? ¿En la Nacional? El viaje a Madrid te habría salido mucho más caro. Ya sabes, hay que controlar los gastos. A propósito, luego te pago la gasolina.

—No te molestes, no hace falta.

—¡Coño!, ¿te ha tocado la bonoloto? Todavía estoy esperando que ingreses el cheque.

—No voy a cobrarlo. Lo rompí en la misma oficina de correos.

—Qué nivel, oye. —No había perdido la sonrisa ni un segundo. Me miraba fijamente, como si me apreciara demasiado. Luego me dio una palmada en el hombro— Venga, vamos a comer a un restaurante que hay cerca de aquí. El vino para ti, yo solo beberé cerveza. Te lo prometo.

Era su promesa y la cumplió. De hecho, solo bebió dos vasos durante el almuerzo.

El Eugenio de ese día se mostró de entrada como el conversador más o menos sosegado y complaciente que ya daba por perdido. Al principio optó por conducir el diálogo al terreno personal, aunque únicamente en temas neutrales: su reciente afición por los canales temáticos de televisión dedicados a la naturaleza, la emoción que había experimentado leyendo a Wordsworth, el redescubrimiento de los cuartetos de Haydn.

—Veo que disfrutas hablando de tus aficiones —dije para introducir una reflexión—, pero desde que nos conocemos aún no me has dicho nada de tu trabajo como profesor. ¿Acaso no quieres hablar de él?

La pregunta le llegó mientras trinchaba el entrecot. Transcurrieron algunos segundos antes de que levantase la vista del plato para decir:

—No lo menciono simplemente porque no ejerzo.

—¿Y por qué no ejerces?

—Bueno, ya habrás visto que no me hace falta. Mi patrimonio me permite vivir con holgura.

—¿Hasta el punto de ir a Madrid solo para darte el gusto de que tu carta llevase el matasellos de la capital?

—Mira que eres bobo. Fui a averiguar unos asuntos, y al ver que me sobraban dos horas decidí pasarme por una oficina de correos de allí.

Y enseguida cambió de tema y se puso a contarme que había adoptado una nueva inquilina, una gata de raza *kashmir*. Pero yo era consciente de que sus últimos pasos iban dirigidos a recuperarme como biógrafo o lo que fuese, de modo que, para no gastar mi tiempo en balde, en la primera ocasión que tuve saqué a relucir el asunto.

—¿Sigues pensando en que trabaje como redactor para tu historia?

—Por supuesto. Y espero haberte convencido de que no es ninguna farsa.

—Solo en parte.

—¿Solo en parte? ¿Qué necesitas entonces para convencerte?

—Por lo pronto, que me aclares cuáles son tus razones por las que quieres dejar testimonio público de aquel asunto.

—Joder, parece mentira que me hagas esa pregunta. Yo creo que resulta obvio, ¿no?

—¿Qué es, según tú, lo que parece tan obvio?

—Pues que se trata de un hecho relevante, y que no podemos consentir que su recuerdo se pierda en una mera nota periodística. Al menos yo lo veo de ese modo.

No estaba de acuerdo con él, pero en aquel momento me abstuve de hacer cualquier objeción. Eugenio, sin embargo, interpretó mi silencio igual que si la hubiese planteado, y prosiguió.

—Mira, considera que para mí se ha convertido en una necesidad. O en una obsesión, me da igual cómo quieras llamarlo. ¿Lo entiendes mejor así? Por otra parte, ya sabes que puedo costeármelo —la vehemencia de sus palabras seguía golpeándose contra mi mutismo—. Pero es que..., ¿será posible? Es que piensas que solo me

refiero a lo que pasó en Las Cumbres, y no, no es solo eso. Estaría por jurar que, quiero decir, que sé de sobra que aquello no era nada más que la punta del iceberg de algo mucho más gordo.

¿En qué quedamos, en que estaría por jurarlo o en que lo sabía con certeza? Los titubeos de Eugenio volvían a alimentar las sospechas que no cesaban de asaltarme. Y ahora introducía un nuevo elemento en su discurso.

—¿Qué quieres decir con eso de que había algo *mucho más gordo*?

Otro viraje en su actitud: cortó un trozo de carne, la masticó tranquilamente, bebió un poco de cerveza, se limpió los labios y la barba con parsimonia y compuso una enigmática sonrisa.

—Ya lo irás viendo. Todo a su tiempo.

Su vaguedad hizo que mi atención se volviese hacia el lenguado que me esperaba en el plato. Sin embargo eran demasiadas las dudas que se agolpaban en mi pensamiento, de modo que solté el cubierto y dije:

—Si tan poderosa es tu necesidad de dar a conocerlo, ¿por qué has esperado tantos años?

—¿Olvidas mi encuentro con Carmen? Tú estabas presente.

—¿Eso fue lo que desencadenó tu incontenible necesidad de contarlo?

—Tú lo has dicho.

—Pero, Eugenio, escúchame —puse mi mano en su brazo—. Lo del pueblo sucedió hace veintisiete años, por favor. No puedo creerme que en veintisiete años no te hayas acordado de aquellos acontecimientos.

—¿Quién te dice que no me acordaba?

—No sé, pero da la impresión de que solo el encuentro con esa mujer pudiese explicar tu urgencia. ¿Has vuelto a verla tal vez?

—No, qué más quisiera.

—Da lo mismo. Sigo sin entender por qué has guardado silencio tanto tiempo.

—Oye —su expresión ya no era tan afable—, en la vida siempre pueden surgirnos complicaciones. ¿O crees que eres el único que tiene problemas?

—¿Y se puede saber qué clase de problemas te impidieron hacerlo?

—Bueno... —Volvía a la estrategia de escabullirse— Digamos que no se dieron las circunstancias apropiadas. Ahora, por ejemplo, sí se dan: el encuentro con Carmen, aunque no fuese demasiado afortunado, ¡jo, jo! —dio un palmetazo en la mesa—, lo removió todo. También es verdad que yo dispongo de medios y de tiempo, sin olvidar la suerte que he tenido de conocerte.

—¿Y por qué yo? Quiero decir, podrías haber contactado con cualquier otro escritor. Podrías haber buscado incluso a alguien especializado en este tipo de temas, no sé, quizás un periodista de sucesos.

—No, tú eres la persona que andaba buscando. Cualquier otro podría fallarme, pero tú no lo harás.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Muy sencillo: porque estás muy, pero que muy jodido, amigo. Ese dinero te hace falta como el comer.

A veces necesitamos que alguien nos recuerde el lugar que ocupamos en el mundo, y Eugenio acababa de hacerlo. Su argumento era irrefutable. Además, una vez expuesto, ¿qué importaba todo lo anterior?

De forma tácita dejamos a un lado el tema de las motivaciones que empujaban a Eugenio, y dedicamos el resto del almuerzo a comentar el enrarecido panorama político que se vivía en aquel momento, cuando Madrid servía de escenario a dos acontecimientos casi simultáneos y particularmente vergonzosos. Por un lado, la Conferencia de Donantes para Irak, celebrada el día anterior, solo podía interpretarse como una nueva oportunidad de negocio en un país convertido en ruinas merced a las mentiras orquestadas por el Trío de las Azores. Por otro, aquel era el día de reflexión previo a las elecciones en las que la Comunidad de Madrid volvería a manos del Partido Popular, tras una turbia maniobra de presuntos sobornos obtenidos por los tránsfugas Tamayo y Sáez, quienes frustraron la elección como presidente del socialista Rafael Simancas seis meses atrás.

Al salir del restaurante nos encontramos con una tarde dorada y apacible, de modo que regresamos al parque a dar un paseo entre su arboleda. Yo ignoraba si Eugenio pretendía aprovechar el resto del día como jornada de trabajo, después de constatar mi disposición a reanudarlo. Claro que tampoco me molesté en consultárselo. Si iba a seguir con aquello, no había razones para dilatar la espera.

—Y bien —comencé—, ¿por qué no me cuentas lo que pasó en el pueblo tras los sucesos de la casa de El Retamar?

—Buena pregunta —y durante unos segundos los ojos de Eugenio enfocaron un punto indefinido frente a él—. Lo que pasó fue que..., bueno, lo malo es que prácticamente no pasó nada. Aquel asunto habría sido la oportunidad perfecta de poner a prueba el hermetismo de sus habitantes; sin embargo estaban callados igual que tumbas. Resultaba inconcebible que no corriese el más mínimo rumor. Imagino que tendrían miedo a comentar el suceso en público..., o quizá es que no querían hablar en mi presencia.

—Es evidente, te habían marcado como amigo del asesino. ¿No te dio esa impresión?

—No sé, nunca podías estar seguro de lo que pensaba aquella gente: eran cerrados hasta para mostrarte su afecto o su hostilidad. Pero es probable que fuese así. El caso es que nadie parecía cuestionarse nada. El cura, aun siendo protagonista, se limitó a hacer unas reflexiones superficiales tanto en la homilía del domingo como en el funeral: que si «la terrible desgracia que nos ha tocado vivir», que si «los momentos difíciles con los que nuestro Señor nos pone a prueba», y cosas por el estilo.

—¿Tú eres creyente?

—Ni creo ni creía entonces, aunque acudía a misa los domingos. Yo sabía cuál

era mi lugar. Por más que me adoraran sus hijos, notaba que los lugareños me consideraban un forastero, y no quería significarme. Luego estaba el hecho que tú acabas de señalar. Por supuesto que todos, de algún modo, se sentían engañados. «Vaya, se hacía pasar por pintor y al final resultó ser un criminal», era lo único que se atrevían a decir. Si aplicásemos ese principio, yo tendría que sentirme más dolido que ellos precisamente por ser amigo de Wolfgang. Sin embargo, mis dudas sobre su culpabilidad... —Y dejó la frase sin terminar.

—Vamos a ver, ¿era culpable el austriaco o no lo era?

—No. Quiero decir que seguramente no lo era.

—¿Seguramente o definitivamente? ¿Se llegó a saber o no? Y si no fue él, ¿quién fue? ¿Fue el cura, fue la nieta, o fue otra persona? —Sus imprecisiones me estaban poniendo nervioso, y él no lo estaba menos.

—Tranquilízate. Déjame que te cuente las cosas en orden, es mejor así.

—De acuerdo. Prosigue.

—La situación era la siguiente: yo estaba convencido de la inocencia de Wolfgang, aun cuando los informes oficiales dijeran lo contrario y nadie se atreviese a ponerlos en duda. Obviamente no podía dirigirme a fray Venancio, pues sus declaraciones se ceñían a lo que todos sabíamos.

—Pero sí podías intentar averiguar algo a través de Carmencita.

—Sí pero no. Aguarda —e hizo un gesto con la mano para pedir que lo dejase continuar—. En principio resultaba imposible porque la chica no volvió a salir de su casa después de lo sucedido.

—Hombre, teniendo en cuenta lo que le tocó vivir, el trauma debió de ser enorme.

—Eso ya lo sabemos, pero yo te estoy hablando de otra cosa. Me refiero a que no la dejaron salir más. Vamos, que no regresó al colegio.

—Quieres decir que la mantuvieron encerrada en su casa.

—Exacto.

—¿Y tú cómo sabes que no fue por propia voluntad?

—Porque me lo dijo ella. No, no creas que fui a visitarla; no estaba el horno para bollos. Ni para visitarla ni para hablar con ella por teléfono.

—¿Entonces?

—En aquel tiempo no existían los teléfonos móviles, pero ya había *walkie-talkies*. Yo me hice con un juego y, aunque costó trabajo, al final convencí a su mejor amiga, a la que sí le permitían verla, de que lo llevase oculto en el bolso.

—¿Y sacaste algo en claro?

—Bueno, la verdad es que... —Se detuvo un instante, como si le costara trabajo tragar— No, no me contó demasiado. Tampoco yo quise que aquello sonara a interrogatorio. Me dijo que le gustaría volver a clase, pero que su familia, y sobre todo su abuelo, se negaba por completo. Ya te comenté que el viejo me daba muy mala espina.

—Y en cuanto a lo que pasó en la casa de la abuela, ¿llegó a contar algo?

—Lo poco que dijo venía a coincidir con lo que ya se sabía. Era cierto que había ido a casa de Wolfgang a por el caballito de mar. Al volver al paseo de los Peligros el pintor se había marchado, aunque había dejado el caballete con el lienzo y todos los utensilios de pintura. Le resultó extraño, pero recogió las bolsas y se fue a la casa de la finca. Y al entrar, efectivamente, un hombre cubierto con pasamontañas la atacó. Ella trató de escaparse, pero su agresor la derribó, se colocó encima, le inmovilizó los brazos y apretó contra su rostro un pañuelo empapado en un líquido dulzón. Casi en el mismo instante perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí era de noche y estaba en su cama, con su madre, la criada y el médico a su lado.

—Será mejor que vaya tomando notas. No, no hace falta que nos sentemos —me detuve y apunté algunos detalles que temía olvidar—. Perfecto. Bien, por lo que veo entramos en una fase en la que tú te dedicas a hacer ciertas indagaciones para demostrar la inocencia de tu amigo, una fase en la que ya no se dan nuevos acontecimientos. ¿Es correcto?

Aquella pregunta vino seguida por otro de esos largos silencios en los que a Eugenio parecía desbordarle una secreta turbación. Resulta comprensible, pues, que sus siguientes palabras las recibiera con particular escepticismo.

—En líneas generales podríamos decir que sí.

—¿Acaso hay algo que quieras destacar?

—No, bueno, sí. A lo que yo quería referirme es precisamente a las indagaciones que acabas de mencionar. Porque para entender todo este asunto convendría que nos fijásemos en la familia de Carmen. Eso fue lo que yo hice entonces.

—Ajá, en la familia. Sí, un tanto peculiar, como ya comentaste.

—¿No hay algo que te llame la atención?

En aquel instante era yo quien se había quedado fuera de juego.

—No sé a qué te refieres en concreto.

—¿No sacas ninguna conclusión de la situación en que vivía la abuela de Carmen?... Joder, al final me vas a decepcionar.

—Bueno —respondí de inmediato para no perder terreno—, es cierto que sus condiciones de vida no admitían comparación con las de la familia que vivía en el pueblo. Puestos a suponer, supongo que la mujer no solo habría perdido al hijo, sino que también sería viuda, y que carecería de ingresos. Tal como pintas al abuelo de Carmencita, no me resulta extraño que no quisiera acoger a su consuegra en su propia casa. Imagino que ya consideraría una enorme muestra de bondad el permitirle que habitara esa casucha de su finca.

La sonrisa del que lleva la ventaja volvió a dibujarse en el rostro de Eugenio.

—Qué manera más tonta de complicarlo todo. ¿Qué te hace pensar que tanto la abuela como el abuelo de Carmencita fuesen viudos?

—Hostia, no me digas que se trataba de su mujer —mi interlocutor hizo una señal de asentimiento con la cabeza—. ¡La había repudiado! Pero, bueno, ¿qué clase de familia era aquella? ¿Acaso los hijos no podían haber hecho algo para que tuviese por

lo menos una vivienda en condiciones? ¿Y dices que solo la atendía Carmencita?

—Así es. Y así me lo contó entre sollozos la niña a través del *walkie-talkie*: «Lo que más pena me da es que mi pobre abuela, después de vivir sola y abandonada en medio del campo, haya tenido que morir de ese modo». Vamos, parecía que nadie del pueblo se acordara de la vieja, que no era tan vieja después de todo. De hecho, yo había visto alguna que otra vez a Carmencita cruzar el pueblo por la tarde cargada con bolsas, pero no tenía noticias de la abuela, y mucho menos de donde vivía. Solo me enteré al día siguiente de su muerte.

—¿Tú llegaste a ver la casucha?

—Sí, dos o tres días después de lo ocurrido. No es que fuese una choza, aunque estaba muy deteriorada. Los muros eran de tapial, con tres o cuatro ventanucos, y la puerta se encontraba medio desvencijada. Por lo visto, cuando la parte baja de la finca se puso en explotación ganadera construyeron allí la vivienda de los guardeses, y la antigua fue abandonada hasta que la ocupó la desdichada mujer.

—Vaya personaje el viejo. Envía a su esposa a pudrirse en un tugurio, confina a la nieta en su casa después de haber pasado por aquel trago... Sin embargo, encajaba mal en el prototipo de cacique, pues según me cuentas no se relacionaba con el resto del pueblo. ¿Llegaste a saber si ejercía alguna influencia sobre el alcalde?

—No, o al menos no me constaba. Por otra parte, el alcalde parecía memo; si más que el alcalde tenía pinta de tonto del pueblo... No, tú lo has dicho: el viejo no actuaba como un cacique; al contrario, su interés estaba más bien en pasar desapercibido.

—Pues siendo el más rico del pueblo, difícil lo tendría.

—Ya. Pero una cosa es que te conozcan tus vecinos, y otra muy distinta es que se hable de ti por toda la comarca y más allá. Mira, yo no creo que fuese casual que aquel tipo viviera allí; es más, sospecho que eligió ese sitio porque era el culo del mundo. Y si me apuras, quizá también por la escasa sociabilidad de su gente.

—¿Y no podía ser que él tuviera algo que ver con la introversión de sus paisanos?

—Es posible. —Por un momento pensé que iba a añadir algo, aunque al final no lo hizo.

—Debo entender entonces que el viejo no nació en Las Cumbres. Supongo que llegaste a saber algo más de él. ¿Cómo se llamaba?

—Alfonso Valverde Muñices. Bueno, así constaba. Pero en realidad él no era el tal Alfonso Valverde Muñices.

—¿Qué me estás contando? —Su última afirmación había ido más lejos de lo que hubiera esperado— ¿Estás tratando de decirme que el viejo era...?

—Un farsante, efectivamente.

No lo dijo deleitándose, como en otras ocasiones, por la sorpresa que aquello me había causado. Por el contrario, su semblante mostraba en ese momento una gravedad inusual.

—¿Por qué no nos sentamos? —propuso—. Me siento un poco cansado.

—¿Te encuentras mal?

—No, no es nada. Imagino que querrás saber cómo llegué a esa conclusión. —Y al ver que yo ofrecía con mi silencio una respuesta afirmativa, prosiguió— El hecho es que yo tenía una intuición. Esa intuición consistía en que la muerte de Laura Martín, en algún sentido, pudo tener algo que ver con su marido.

—¿Pero era verdaderamente su esposo?

—Sí. Bueno, parece ser que sí.

—Continúa, continúa.

—Entonces, bueno, a través..., a través de mi padre, al que no le sentó muy bien, dicho sea de paso, conseguí una partida de nacimiento del viudo —con cierto esfuerzo acabó la frase y luego no dijo nada más. Esperé a ver si se decidía a hacerlo. Tenía la vista puesta en el suelo. Acariciaba con nerviosismo la empuñadura del bastón.

—Vayamos por partes, ¿en ese certificado se indicaba su verdadero nombre o el que mencionaste antes?

—Oh, no. Quiero decir, sí. Allí constaba el nombre que conocemos.

—Entonces, ¿cómo lograste averiguar que se servía de un nombre falso?

—Es que eso vino más tarde, cuando..., una vez que conseguí informarme de que había comprado la finca en Las Cumbres.

—¿Y eso en qué año fue? —mantenía el rotulador sobre el cuaderno a la espera de nuevos datos.

—Eso fue, si no me equivoco, creo que en el cuarenta y seis. —Sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se secó la frente. El temblor de su mano me produjo un ligero estremecimiento.

—¿Y a quién le compró la finca, si puede saberse?

—Bueno, en realidad fue algo así como... —Ahora le temblaban los labios.

—Eugenio —dije en el tono más cálido que me fue posible—, si no te encuentras bien lo dejamos para otro momento.

—La verdad es que... ¡Uf! No sé qué me pasa pero... Estoy un poco...

Su rostro, que volvió en ese instante hacia mí, aparecía contraído por la angustia. Sus ojos presentaban toda la expresión de un animal indefenso. Giró de repente la cabeza y dio un par de arcadas. Pasé mi mano por su hombro y le dije:

—Venga, tranquilízate. Vamos a por mi coche y te llevo a tu casa.

—¡No, no! Un taxi, por favor. Vamos a la parada de taxis. Aquí detrás —Se incorporó de un salto tan brusco que estuvo a punto de caerse. Se apoyó en el bastón con su mano izquierda y, cojeando, avanzó apresuradamente en aquella dirección. Salí corriendo tras él mientras guardaba el cuaderno y el rotulador en el bolso.

—Espera, Eugenio. Si tengo el coche muy cerca de aquí.

—No, en taxi... No hace falta. En taxi —volvió a dar dos o tres arcadas sin llegar a vomitar. Iba realmente rápido.

No sabía qué hacer ni qué decir. Lo seguí. Me puse a su lado y traté de que se

sujetara a mi brazo.

—¡Déjame, no me toques! Voy bien, no hace falta que me ayudes. Voy bien.

Y así continuamos hasta alcanzar la salida del parque. En efecto, unos metros a la izquierda se hallaba la parada. Eugenio aceleró la marcha, tropezó con una pareja de señoras que acababa de cruzar el paso de peatones y, sin disculparse, se arrojó precipitadamente a la puerta del primer taxi.

—¡Me voy! Gracias, gracias. Toma —sacó del bolsillo una hoja de papel de periódico arrugada—, escíbeme ahí tu número de cuenta. Ahí mismo. No más cheques, no. Te haré una transferencia. ¡Venga, rápido!

—Pero... Eugenio, por favor —sentía una vergüenza insoportable. La situación era completamente absurda.

—Apunta. Ya. ¡Mierda, no me hagas perder más tiempo! —respiraba con dificultad. Se apoyó en el vehículo y con la otra mano apretó su abdomen mientras daba varias arcadas—. ¡No me mire así, que no estoy enfermo! —le dijo al taxista, que contemplaba la escena con perplejidad. Mi posición me resultaba humillante, pero no quería prolongar ni un segundo aquella situación. Saqué la cartera, copié las cifras de mi cuenta corriente y le entregué el papel a Eugenio, que lo devolvió más arrugado al bolsillo de su cazadora mientras abría la puerta trasera del taxi y se lanzaba al interior— Te llamaré, sí, pronto. Estoy bien, yo te llamo, no te preocupes. ¡Adiós, adiós! Vámonos, conductor. Te llamo, tranquilo. Yo te llamo. ¡No te preocupes!

4. Noviembre de 2003

No hacía falta ejercer el psicoanálisis para comprender que los trágicos sucesos de Las Cumbres habían ocasionado en Eugenio un trauma de enorme intensidad. Lo más patente eran esas brutales crisis de angustia que, antes o después, le asaltaban cada vez que trataba de profundizar en el asunto. No obstante, si consideramos el tiempo que había transcurrido desde entonces, su conflicto interno adquiriría unas dimensiones difícilmente valorables para mí, que no pasaba de ser un mero espectador. Con esto vengo a decir que, si al cabo de veintisiete años mi singular amigo reaccionaba de ese modo, ¿qué habría sido de él inmediatamente después del drama?

Según la información proporcionada, Eugenio no había desempeñado ningún papel en todo aquello. ¿Por qué, entonces, le había afectado tanto? Busqué una aclaración intentando ponerme en su lugar. Cierta persona a la que me une una amistad reciente se ve involucrada en un homicidio, y no puede defender su inocencia porque muere a continuación. ¿Trataría de inquirir los hechos? Probablemente sí, aun sabiendo que los medios y las posibilidades de averiguar algo son bien escasas. ¿Me sentiría angustiado al tener que tomar esa iniciativa? Es posible. Pero lo que no concibo es que casi tres décadas más tarde no pueda ni mencionarlo sin venirme abajo.

De las distintas conjeturas que elaboré por entonces, la que más me dio que pensar fue aquella que colocaba el centro de las obsesiones de Eugenio no en el austriaco, sino en su *alumna predilecta*. A fin de cuentas, lo que desencadenó la necesidad de recuperar tan dolorosos recuerdos fue el fortuito encuentro en Egipto con esa dama que mi compañero de viaje había querido identificar como Carmen Garrido. ¿Se encontraba el joven maestro de 1976 atrapado por los encantos de una adolescente adorable? ¿Se habría visto abocado al delirio ante la imagen de su nuevo amigo violentando el sexo de su inocente amada?

Claro que ese tipo de figuraciones podrían haber sido un mero producto de la extraña fijación a la que yo mismo había sucumbido. ¿Quién me daba derecho a abominar de las conductas irracionales de aquel hombre atormentado, si mi propio inconsciente llevaba cuatro meses entregado a la elaboración de fantasías en torno a alguien que solo había visto durante cinco o seis minutos en el templo faraónico?

Seguro que tal perturbación no se habría dado si mis circunstancias sentimentales hubieran sido distintas. Nunca creí demasiado en el amor, ni siquiera en mi juventud. No obstante, ello no supuso un obstáculo para que mantuviese una relación estable con una mujer a lo largo de casi siete años. Aunque nos habíamos conocido como compañeros de trabajo, y a pesar de que me resultaba atractiva, nuestro trato en aquel tiempo quedó circunscrito a la cordial camaradería de quienes comparten su labor docente. Tres años más tarde, cuando yo había montado mi propia empresa y ella ejercía en otro centro, coincidimos en una fiesta de unos amigos que resultaron ser

comunes. En menos de una hora, la locuacidad derivada de las copas que llevaba encima la empujó a revelarme hasta cuatro hechos significativos: que en la época en que trabajábamos juntos un hombre casado ocupaba su corazón; que recientemente había puesto fin a aquel disparate —esta fue la expresión que empleó—; que pese a lo anteriormente dicho ella siempre sintió algo especial por mí, y que ese sentimiento permanecía intacto en su interior.

De ese modo, alimentado en gran medida por el amor que ella juraba profesarme, mi cariño se hizo firme, y lo que prometía ser solo una aventura postergada acabó prolongándose en el tiempo. Lo peor, sin embargo, fue precisamente que dicha *temporalidad prolongada* carecía de la consistencia necesaria para soportar los momentos más difíciles. Y cuando a la ruina física de mi madre se le sumó el desplome de mi empresa, cuando la acritud de mi carácter devino en una difícil prueba para un amor que había nacido siendo un divertimento, el hechizo se quebró: en un alarde de destrucción inducida, me serví de la impotencia que la embargaba y la acusé de algo que yo interpreté como incapacidad para compartir el sufrimiento. Era la locura de quien, sintiéndose víctima de fuerzas incontrolables, se arroga el derecho a ejercer al mismo tiempo la crueldad más injustificable.

Según cabe suponer, con aquel desenlace daba por cerradas las puertas a cualquier experiencia amorosa, y no tanto porque mis salidas se habían visto reducidas al mínimo sino por la imagen que de mí mismo tenía: la de un ser sentimentalmente pernicioso. Contemplada con la distancia suficiente, la situación no podía ser en cambio más favorable para la aparición de aquella fijación erótica que antes mencionaba, y cuyo objeto, de puro fantasmal, la convertía casi en un espejismo. Bien es verdad que, al contrario de lo que le sucedía a Eugenio, no producía alteraciones en mi conducta ni condicionaba mis relaciones con el mundo exterior. Pero cuando surgía lo hacía de un modo similar al de aquellos sueños que parecen perseguirnos incluso horas después de regresar a la vigilia.

Y en ese sentido, pese a mis reticencias a aceptar la rotunda aseveración de Eugenio de que *ella* era Carmen Garrido, mis ensoñaciones me transformaban en ciertas ocasiones en un espíritu invisible que vagaba por las callejuelas de Las Cumbres al acecho de una adolescente cuya belleza, a juzgar por la que conservaba en plena madurez, habría de resultar poco menos que celestial. En otras, por el contrario, el ensueño me devolvía a una sala hipóstila de Karnak transformada en un espacio paradisíaco con todos los ingredientes de un auténtico plató cinematográfico: el enorme y anaranjado disco solar ocultándose tras el horizonte, la brisa que mece las hojas de las palmeras, el cálido sonido de una flauta de caña procedente de una aldea cercana y, quebrando la apacible soledad vespertina, la etérea figura de Carmen caminando descalza entre el bosque de columnas, apenas cubierta por unos velos transparentes que el suave viento ciñe sobre la redondez de sus senos y la firme curva de sus caderas.

Pensándolo bien, tal vez me hubiese recompensado permanecer sumido todo

aquel tiempo en una alucinación sin límites antes que vivir aguardando, como lo estaba a principios de noviembre, las imprevisibles señales de vida de quien tenía en sus manos la solución a mis problemas más acuciantes. «Yo te llamo, no te preocupes», habían sido sus últimas palabras antes de que arrancara el taxi, y aun así resultaba imposible no preocuparse después de dos semanas sin saber nada de él, máxime cuando en su determinación por implicarme en el trabajo me había conducido hasta su presencia. Por supuesto que aquel intenso ataque de angustia que le sobrevino se había producido en un instante crucial de nuestra comunicación, pero ya estaba acostumbrado a verlo reaparecer cual ave Fénix que se presentara sacudiéndose las plumas con absoluta parsimonia.

Al final opté por telefonarle. No respondió a la llamada. Volví a intentarlo en varias ocasiones a lo largo de la semana y en distintas horas sin ningún resultado. Dado que él no disponía de teléfono móvil ni de correo electrónico, ni siquiera de ordenador —ya en Egipto me expresó su aversión por las nuevas tecnologías, aunque pronto comprendí que se debía a la ansiedad que le ocasionaba su aprendizaje—, no me quedó más remedio que regresar a su ciudad y personarme en su domicilio. Pero también aquel viaje resultó infructuoso: nadie respondió al portero electrónico ni al timbre de la vivienda. Solo una de sus gatas se hizo notar con maullidos lastimeros en el mismo vestíbulo.

Traté de averiguar algo a través de sus vecinos. En la última planta, una pareja de ancianos singularmente asustadizos, pues me hablaron desde el otro lado de la puerta cerrada de su piso, aseguraron no tener el menor trato con *ese señor*. Mayor amabilidad mostró la señora del primero cuando admitió que, efectivamente, hacía casi dos semanas que no lo veía ni se escuchaba ningún trajín en el piso de arriba. En el tercero no respondió nadie. Y en cuanto a los comercios de alrededor, tampoco supieron darme otras informaciones.

Al no tener nada más que hacer en la ciudad, emprendí el camino de regreso con tiempo para almorzar en casa, evitándome de paso, todo hay que decirlo, gastos innecesarios. Tras recoger la cocina, una de las pocas tareas domésticas que mi hermana me dejaba hacer, me duché, me puse el pijama y la bata, encendí el ordenador y me conecté a internet a través del módem, pues en aquel tiempo no estaba generalizada la banda ancha y su coste quedaba muy por encima de mis recursos.

Siguiendo el proceso rutinario, comencé descargando el correo electrónico. Una vez eliminado el *spam* que comprendía la mayor parte del mismo, leí los mensajes válidos y contesté a aquellos a los que obliga la cortesía. Seguidamente hice un rápido repaso a la prensa digital de los últimos días, para entrar a continuación en la *web* de mi caja de ahorros y revisar los movimientos de la cuenta corriente, no fuera a ser que se hubiese producido un descubierto u otro percance imprevisto. Y ciertamente me llevé una sorpresa: el día anterior había recibido una transferencia por importe de veinte mil euros.

El sobresalto me sumió en el mayor estado de confusión de cuantos me había tocado vivir hasta entonces, y no habían sido pocos precisamente. Estuve el resto del fin de semana elaborando conjeturas, hasta que el lunes por la mañana, antes de entrar a clase, me pasé por la sucursal bancaria, donde me confirmaron que no se trataba de ningún error, y que el ordenante de la transferencia era aquel cuyo paradero desconocía. No obstante, pese a que dicha cantidad de dinero hubiese bastado no ya para poner en marcha el plan que había previsto, sino para saldar por completo la deuda con el banco que tenía embargada mi nómina, estimé que disponer de la misma resultaría éticamente cuestionable mientras no se cumpliera el compromiso acordado con Eugenio. En todo caso, y hasta tanto entrásemos en contacto y aclaráramos las razones por las que se había desprendido de tan importante suma, la traspasé a una cuenta que mi hermana tenía en esa oficina. Aunque improbable, no quería correr el riesgo de que a algún acreedor le diese por trabar la mía justo en ese momento.

Sin embargo la ausencia de comunicación con Eugenio estaba llegando a su fin. A mediados de esa misma semana acudí a la consulta del traumatólogo para una revisión de mi espalda, que entre la hernia discal, los cambios de tiempo y las tensiones que arrastraba no dejaba de dolerme. Al volver a casa, mi tía me pasó una nota en la que había escrito el nombre del gran desaparecido y un número de teléfono que no correspondía con el de su domicilio. Marqué el número. La voz de una anciana sonó al otro lado de la línea. Pregunté por mi amigo, a lo que respondió preguntándome a su vez quién lo llamaba. Me identifiqué.

—Enseguida se pone, señor —dijo con especial cortesía.

La oí pronunciar mi nombre desde lejos. Luego se escuchó un golpe seco, como si el auricular hubiese golpeado contra algo, seguido de un rezongo, y al instante llegó a mi oído la voz de Eugenio; su timbre era débil y enronquecido.

—Supongo que habrás estado maldiciéndome por no dar señales de vida, ¿verdad?

—Más o menos.

—Pues un poco más y no las puedo dar —trató de reírse, pero se puso a toser pesadamente.

—¿Y eso? ¿Qué te ha pasado?

—Bah, nada interesante. Solo un infarto. Pero venía a por mí, el muy cabrón, y me he escapado de puro milagro. ¡Aurora, esta almohada me la ha dejado usted torcida! Aguarda un momento —se escucharon más golpetazos contra el auricular—. Te habría llamado desde la UCI si no fuera porque allí te tienen todo el día colocado; joder, eso sí es vida. En cambio ahora...

—O sea, que te han llevado a planta. Fenomenal, eso significa que estás fuera de peligro.

—El médico dice que sí, pero yo no ando muy convencido. Me tuvieron que partir el esternón para hacerme un *by-pass* coronario. Como un pollo asado, vamos. Oye, vendrás a verme, ¿no?

—Tendré que verte, entre otras cosas, para devolverte la calderilla que te dejaste olvidada en mi cuenta corriente.

—Ni hablar, eso es para que te dejen tranquilos los hijos de puta de los banqueros. ¿Cuándo vienes? ¿El fin de semana?

—No, mañana mismo, conforme salga del instituto. Llegaré sobre las seis y media o las siete. ¿Dónde estás?

—En el General, habitación 223. Aquí te espero, suponiendo que siga vivo. Si no es así pregunta por mí en el tanatorio. Allí hay cafetería y a lo mejor hasta nos sirven unos *whiskies*.

La tarde siguiente, nada más cruzar la puerta del ala de cardiovascular me encontré al paciente dándole conversación a las enfermeras que había al otro lado del mostrador. En contraste con la voz sarcásticamente lúgubre del día anterior, el Eugenio de ese día, aunque sometido a reparaciones de urgencia, parecía de gozar de mejor salud que nunca. Me recibió con un abrazo, me presentó a las jóvenes sanitarias como *su biógrafo particular* y propuso que diésemos un paseo por los corredores. Al principio, mi interés por su enfermedad le obligó a informarme sobre el modo en que había experimentado el ataque cardíaco: el desasosiego de verse solo en la casa, la dificultad de resistir un dolor tan lacerante, los eternos minutos transcurridos hasta la llegada de la ambulancia, la paradójica sensación de indefensión ante los tratamientos y siempre, en todo momento, esa ineludible certeza de que la muerte no andaba lejos.

Pero como acabo de decir, aquella tarde Eugenio mostraba una faceta asombrosamente saludable, y ello alcanzaba incluso a su estado de ánimo. Nadie diría que el histérico con el que había tenido que lidiar en tantas ocasiones y el individuo con quien charlaba eran la misma persona.

—No lo creerás —dijo para cambiar de tema—, pero la convalecencia me ha servido para meditar sobre tu trabajo, y he llegado a la conclusión de que deberíamos modificar la forma de comunicarnos. ¿Para qué darle más vueltas? Ya habrás advertido que no ando muy bien de la cabeza. El problema dio la cara justo tras el asunto de Las Cumbres, aunque cabe suponer que venía de mucho antes. ¿Que si es un defecto congénito? Los médicos que me trataron no me daban siempre la misma respuesta. Tal vez lo sea.

—¿Y coincidían en el diagnóstico, o tampoco en eso?

—Oh, sí. El diagnóstico era claro: síndrome maniaco depresivo. Ahora lo llaman trastorno bipolar. —Me miró fijamente, supongo que esperando algún signo de asombro, pero en esta ocasión me cuidé de mantener solo la expresión atenta con la que lo seguía— Bien, creo que has podido constatar con creces la ansiedad que me sobreviene cuando mi memoria se remonta a aquellos días. Me di cuenta de que así no había forma de trabajar. Entonces se me ocurrió que podría dártelo por escrito. ¡Valiente estupidez! Si te he contratado para que escribas es precisamente porque me falta la capacidad necesaria para hacerlo yo mismo. De modo que al final di con la

mejor solución posible, y este es el resultado —introdujo su mano en el bolsillo de la bata, sacó un sobre de cierto grosor sin ninguna indicación y me lo tendió.

—¿Qué es?

—Cógelo, narices. ¿No lo notas por el tacto? ¿Tan moderno te has vuelto que no lo identificas?

—A ver... —Lo palpé despacio— ¿Una cinta de casete?

—Vaya, qué alivio. En efecto, es una cinta de casete.

—¿Y todo lo que tengo que escribir está aquí?

Ignoro si se esperaba aquella pregunta. El caso es que incluso antes de contestarme, y no tardó en hacerlo, un intenso rubor invadió sus mejillas.

—Bueno..., por ahora sí. —Sin embargo la falta de convicción con la que lo dijo invalidaba la respuesta; de hecho se fue por otros derroteros— No esperes una narración perfecta, te lo aviso. A mí ese puto chisme de la grabadora me pone más atacado que si estuviera ante un tribunal, pero, en fin, como podía pararla y demás, disponía de cierto margen para pensar un poco lo que quería decir. ¡No abras el sobre ahora! —no se me había ocurrido, tan solo le daba vueltas entre las manos. Aun así lo guardé en el bolso para que se tranquilizara.

Acto seguido traje a colación el tema del dinero que había transferido a mi cuenta. Le recordé que nuestro trato fijaba el abono del veinte por ciento al principio y el ochenta restante a la entrega del trabajo. Su posición, en cambio, era inamovible.

—Quiero asegurarme de que esto sigue adelante aunque a mí me pase algo —fueron sus palabras. Y agregó— Si tal cosa ocurriese te iba a resultar más complicado cobrarlo.

Llegó un punto en el cual opté por no insistir, sobre todo porque había un detalle fundamental que había omitido: a quién habría de entregarle el original en caso de que él falleciera. Y no, no tuve la suficiente sangre fría para hacerle esta pregunta.

5. Noviembre de 2003 a enero de 2004. 1976-1977

Durante el viaje de regreso no cesó de llover. La persistente oscuridad del habitáculo del coche, apenas interrumpida por los faros de los escasos vehículos con los que me cruzaba en la carretera, hizo posible que una luminosa certeza se abriera camino en mi pensamiento: al igual que sucediera con el fracaso del negocio, de nuevo me estaba viendo arrastrado por unas circunstancias que, por más que me resistiese, no podía controlar. No se trataba de una simple cuestión de lealtad hacia un compromiso; aquel dinero que iba a permitirme solventar mi subsistencia, al menos temporalmente, venía acompañado por el vértigo ante lo desconocido. La experiencia me decía que los encuentros con Eugenio tendían a concluir de forma abrupta; nuestra despedida en el hospital, en cambio, había sido tranquila y sin complicaciones. Pero ¿cómo podía estar seguro de que tras la escucha de aquella cinta no volvería a encontrarme frente a incógnitas mucho mayores que las que venía sembrando?

Con ese presagio, y con un deseo más profundo aún de equivocarme, me senté al filo de la medianoche delante del sobre cerrado. La lámpara del escritorio acentuaba su blancura contra la superficie de la mesa. No había querido abrirlo hasta ese instante, e incluso me demoré varios minutos, como si de ese modo cumpliera con el ritual preparatorio de lo que en mi imaginación venía a ser la apertura de la caja de Pandora. Lo primero que asomó conforme lo rasgué por el lateral fue una fotografía. Era una copia reducida de aquella que había llamado mi atención en el hogar de Eugenio y en la que él, cuando era todavía un joven atractivo, abrazaba a una muchacha ataviada con un poncho.

La foto, cuya presencia en el paquete evidenciaba una clara intención sentimental, anticipaba dos hechos significativos que pronto se verían confirmados por la grabación: que entre la chica y Eugenio había existido una relación por aquel tiempo, y que ella había desempeñado un papel fundamental en la historia que era objeto de mi trabajo. Extraje la cinta de su caja, la metí en mi viejo *walkman* —previamente limpiado de polvo y provisto de pilas—, me puse los auriculares y pulsé el botón de reproducción.

Tal y como anunció Eugenio, la locución de la grabación se veía interrumpida a menudo por cortes en los que su discurso trataba de recomponerse. Dichos cortes eran obligados en algunos casos por lo farragoso de sus exposiciones, y en otros al verse desbordado por sus ya conocidos asaltos de ansiedad. Pero tampoco faltaban aquellas interrupciones originadas al revivir situaciones tan emotivas que, de manera irreprimible, lo empujaban al borde del llanto. En todo caso, la información contenida en la casete era de tal relevancia que, aunque sometida a las necesarias correcciones, opté por transcribirla íntegramente para incorporarla luego al comienzo de estas páginas.

A las tres de la madrugada, cuando me quité los auriculares después de haber escuchado dos veces la grabación, mi pensamiento no hallaba la manera de escapar a aquel torbellino de escenas que se estrellaban contra las sombras del cuarto como azotadas por un huracán. No, yo no quería tener nada que ver con aquello, me repetía una y otra vez. Y al mismo tiempo sentía no una voz, sino todo un coro siniestro de voces susurrantes casi tan reales que parecían hablarme a mis espaldas, unas voces obstinadas en recordarme que el destino me había legado en herencia la persecución de aquella pista tortuosa.

Lo que voy a decir me produce cierto pudor, pero debo confesar que la pesadumbre experimentada ante el relato de la tragedia de Alicia se había diluido tan solo unas horas más tarde. Al mismo tiempo que explicaba a mis alumnos las causas que dieron lugar al asalto de la Bastilla, un profundo sentimiento de indignación contra Eugenio se sublevaba dentro de mí. Tan pronto acabaron las clases, encendí el móvil y llamé al hospital.

—Vaya hora de llamar que tienes —dijo conforme le pasaron el teléfono—. Me has pillado durmiendo la siesta. ¿Qué pasa ahora? ¿No se grabó la cinta?

—No es ese el problema, y tú lo sabes.

—Espera un momento a que reaccione. —Se tomó una pausa— ¿Qué me vas a decir, que lo de Alicia es una trola? ¿Tú sabes los años que yo pasé hasta que...?

—Te estás confundiendo, Eugenio. No te estoy hablando de eso. La desgracia de Alicia me ha dejado consternado, no te engaño, y lo siento tanto por ti como por ella. Pero entre nosotros hay, hablemos claro, una relación comercial. Tú me has contratado para escribir unos hechos que se supone que me ibas a contar. Mi trabajo consistía, o al menos eso creía yo, en dar forma literaria a tu relato. Sin embargo ahora me encuentro con que solo sabemos el principio de la historia, quiero decir, el final. Pero no sabemos el principio. Eso no me lo dijiste.

—¿Y qué, no eres historiador? Venga, no me toques los cojones. Te he pagado más de tres millones de pesetas. Ponte a trabajar, joder.

—Pero lo que tú necesitas es un investigador, un detective, no sé qué nombre darle. Y yo no soy eso.

—¡Pues si no lo eres, aprende, coño! Te estoy salvando el pescuezo y encima me despiertas de la siesta para pegarme la bronca, me cago en Dios. Escúchame un momento porque no voy a repetírtelo. Tú puedes hacer perfectamente este trabajo, lo sé de sobra, tienes un coco que para mí lo quisiera yo, no creas que no me he dado cuenta. Además, te voy a decir otra cosa: yo estaré loco, pero también soy medio brujo, y anoche, mientras trataba de dormirme sin conseguirlo, sentí una voz en mi cabeza diciéndome que tú averiguarías quién era ese cabrón que vivía en Las Cumbres y si es cierto que él estaba detrás de las muertes de su mujer, del austriaco y de Alicia. De modo que síguele la pista.

—Pero cómo...

—¡Ni peros ni hostias! Mueve el culo, y cuando creas que te has currado los tres

millones me llamas y me dices: Eugenio, dame más pasta. Y si me he muerto, que no lo creo con la mala leche que tengo encima, no te preocupes que ya te llamarán para lo que necesites. ¿Algo más?

—Sí.

—¿El qué?

—Que estás más loco ahora que entonces —y le di al botón de colgar.

La experiencia me dice que los seres humanos necesitamos a veces que alguien nos haga ver lo que tenemos delante de nuestros propios ojos. Las palabras de Eugenio cumplieron en aquel momento esa función. La narración grabada en la casete apuraba, salvo algún detalle, toda la información de que disponía, pero de poco habría servido dicho relato sin la conversación que acabábamos de mantener. Hasta entonces resultaba obvio que él y solo él había inventado el juego. A partir de ese instante ya no cabían más dudas: también él imponía las reglas.

El fin de semana no me sirvió precisamente para descansar, pues tuve que repartir mi tiempo entre la corrección de galeradas de la guía turística y la preparación de los exámenes que había programado para la siguiente semana. No obstante, cada vez que me descuidaba perdía la atención que requería lo que estaba haciendo y me ponía a pensar en lo que iba a suponer esa nueva faceta de investigador. Mi experiencia previa en ese campo se reducía a una monografía de temática urbanística que, como trabajo de fin de carrera, había elaborado sobre el polígono de San Pablo, un barrio de viviendas sociales de mi ciudad impulsado en la década de 1960 por el entonces gobernador civil y posterior ministro José Utrera Molina. Nada que ver, pues, con el desafío que se me planteaba.

Esta rotunda falta de preparación implicaba ante todo una carencia grave de estrategias. O dicho de otro modo: no tenía la menor idea de por dónde empezar. No era nada extraño, pues, que mientras cumplía con las tareas habituales una parte de mi cerebro funcionase en paralelo elaborando eso que los gestores llaman *líneas de actuación*, y que en mi caso, al apagar la lámpara de la mesilla el domingo por la noche, se reducían a un par de ocurrencias insustanciales: seguir los pasos de Alicia poniéndome en contacto con un procurador para obtener los datos del sumario, y darme una vuelta por Las Cumbres, por si a alguno de los vecinos de entonces que aún viviesen se le hubiera soltado la lengua con la vejez.

Sin embargo, el azar quiso manifestar su caprichoso proceder el mismo lunes. Lo hizo, además, de un modo tan grotesco que a la mente más retorcida le habría faltado ingenio para inventar algo así. Aquella mañana había muerto de un cáncer el más célebre de los iconos zoológicos del país, el gorila albino *Copito de Nieve*. Todos los informativos de la sobremesa se lanzaron al unísono a emitir dilatados reportajes sobre el primate, sus orígenes ecuatoguineanos, su albinismo como carácter hereditario recesivo, la inexistencia de ejemplares blancos entre sus descendientes, etcétera, etcétera, etcétera. Como yo había salido tarde del instituto, la noticia la dieron cuando me disponía a almorzar. El telediario de La 1 conectó con el zoológico

de Barcelona, donde había vivido el animal desde que fue capturado con dos años de vida. Tras la introducción de rigor, en la que destacaba su condición de directora del equipo veterinario y de experta en las peculiaridades del gorila fallecido, la reportera procedió a entrevistar a la conservadora del zoo. Pues bien, la entrevistada, y los rótulos al pie de la pantalla no dejaban lugar a dudas, no era otra que Carmen Garrido, la misma mujer cuya imagen y cuyo remoto pasado estaban en el origen de las dos obsesiones que me venían dominando en los últimos meses.

Pensando que quizá mi inconsciente me hubiese jugado una mala pasada, tan pronto acabó la entrevista cambié de canal a Antena 3, donde apenas un par de minutos más tarde volvió a aparecer el semblante cálido y sereno que había provocado mi repentina fascinación en aquel bosque de columnas de la antigua Tebas. Llevaba puesta una bata blanca. El atractivo de su aspecto superaba incluso la idealización que yo había ido forjando a lo largo de la incontable suma de momentos en que asomaba a mi memoria. Las estilizadas gafas de montura transparente, el cabello suelto cuyo moldeado se perdía en el suave rizo de las puntas, el brillo ligeramente violeta del carmín de sus labios, todos estos detalles aportaban a su rostro unos matices que mi limitada imaginación no habría llegado a trazar si hubiese tenido que conformarse con la prolongación de su recuerdo.

La reaparición de aquella mujer, junto a la constatación de su identidad, introducía un elemento esperanzador en las decepcionantes perspectivas que hasta ese momento había tenido de ampliar por algún lado mi conocimiento del caso. Por supuesto que no aspiraba a lograr una información de primera mano sobre lo que pasó en la casa de la finca. Eugenio lo había intentado sin éxito, con independencia de que casi le cuesta la vida. Pero ¿y si lograba que Carmen me contara algo significativo de su familia, algún cabo del que poder tirar para desenvolver aquel maldito ovillo? Y acto seguido se imponía la autocrítica hacia aquella estúpida reflexión: ¿cómo iba ella a ofrecer una información tan personal a un extraño, teniendo en cuenta además lo vinculada que estaba a una época de la que, con toda seguridad, no querría saber nada?

Aunque traté de descartar esa posibilidad de inmediato, la realidad es que siguió martilleándome la cabeza día tras día. Obviamente, el componente afectivo de aquel imaginado encuentro tenía gran parte de la culpa, así que para dejar de darle vueltas me puse a trabajar en las dos únicas ideas con que contaba. Primero busqué en la página web del Consejo General de Procuradores los que ejercían en el partido judicial de Azulejos, y encargué a uno de ellos un informe del expediente que Alicia había llegado a manejar. Después preparé el equipaje para el fin de semana, y a las cinco de la mañana del sábado tomé el coche y me puse en camino hacia Las Cumbres de San Calixto.

Una de las manifestaciones más curiosas de la ley de Murphy concernientes a los viajes podría enunciarse en los siguientes términos: para cualquiera de ellos siempre llevarás algo que no te hará falta y, al mismo tiempo, necesitarás algo que has

olvidado llevar. En esta ocasión, la minuciosidad con que preparé la maleta tuvo su contrapartida: me olvidé de coger el mapa de carreteras. «No importa», pensé cuando ya iba por la autovía. «Solo tengo que llegar a la capital, continuar en dirección norte hacia Azulejos y preguntar allí».

En el recorrido entre la capital provincial y la comarcal el paisaje se veía sometido a una acusada modificación del relieve orográfico. En unos cuantos kilómetros abandoné las llanuras aluviales de la vega para introducirme por una sinuosa carretera que, ciñéndose a las curvas de nivel, discurría entre montes cubiertos de espesa vegetación. Más adelante, después de coronar un puerto de montaña, el panorama descubría el amplio valle fluvial que ocupaba un embalse cuya extensión se perdía tras una colina al fondo del horizonte. A partir de este punto, la carretera descendía zigzagueando en pronunciada pendiente para cruzar luego al otro lado del valle por el borde de la presa, en cuyo extremo hacía un quiebro a la izquierda. Desde allí, pegada a las faldas de las montañas, corría paralela al cauce del río durante unos diez kilómetros, de los cuales el último tramo se abría paso entre los sauces y los álamos que crecían en las tierras húmedas de la ribera.

Nada más entrar en Azulejos, pregunté a dos muchachas que esperaban en la parada del autobús de línea por dónde se iba a Las Cumbres de San Calixto.

—¿Las Cumbres de San Calixto? —preguntó a su vez una de ellas—. A mí no me suena ese nombre. ¿Y a ti? —le dijo a la otra joven.

—Ni idea —arqueó las cejas—. ¿Seguro que está por aquí?

Como aún era temprano no había prácticamente nadie por la calle. Seguí las indicaciones que marcaban el centro de la población, aparqué en la plaza principal y entré en un bar a tomarme un café. Empecé a escamarme al ver que ni el chico que atendía la barra ni otro que, ataviado con un mono azul, atacaba una enorme tostada con manteca de cerdo, tenían noticia de aquel pueblo.

—Espere usted un momento —dijo el camarero acercándose al velador donde un jubilado, cigarrillo y copa de aguardiente en mano, leía concentradamente el periódico—. ¡Eh, Matías! —el volumen de voz no dejaba dudas sobre su sordera—, ¿sabe usted algo de un pueblo que se llama Las Cumbres de San Calixto?

—¡Pues claro, coño! —contestó el anciano con mayor intensidad—. No me digas que tú no lo sabes... Claro que sí, hombre, Las Cumbres era uno de esos pueblecillos de sierra adentro que se quedaron bajo el agua cuando hicieron el pantano.

—Bueno —dije reuniéndome con ellos—, supongo que en ese caso construirían nuevos pueblos para alojar a la población, ¿no?

—Bah, eso es lo que hubiesen querido los vecinos. Mire usted, la presa la levantaron a prisa y corriendo hace veintitantos años. A los propietarios los expropiaron por cuatro perras y cada cual se marchó a vivir a donde pudo.

Aunque procuré disimularlo, sentía tanto coraje que me bebí el café quemándome la lengua, salí a la plaza, abrí el móvil y marqué el número de la habitación de Eugenio en el hospital. Una señora me dijo que en esa habitación no había nadie que

se llamara así. Temiéndome lo peor, le rogué que hiciera el favor de preguntar a algún enfermero qué había sido de aquel paciente. El encargo no debió de gustarle porque no dijo nada, pero un par de minutos más tarde me respondió que le habían dado el alta. Le di las gracias, pulsé el botón rojo y llamé a continuación al número del domicilio de Eugenio. Se puso Aurora, quien contestó con gran circunspección que su señor estaba durmiendo todavía. Le mentí contándole que estaba en un apuro y que necesitaba hablar con él urgentemente. Esperé otros cuantos minutos hasta que oí una voz que sonaba como si procediera del fondo de una caverna.

—A ver qué clase de problema es ese para que no dejes ni descansar a un enfermo. Ya es la segunda vez que me haces lo mismo.

—No estarás tan enfermo cuando te han echado del hospital. ¿Por qué no me dijiste que Las Cumbres desapareció bajo las aguas del pantano?

—Ah, ¿no te lo dije? Se me habrá pasado, no sé —lanzó un bostezo prolongado—. Uf, qué sueño tengo. ¿Dónde estás?

—¿Que dónde estoy? ¡En Azulejos, buscando el puto pueblo que no existe!

—Bueno, tampoco es para tanto, no te pongas así. Anda, déjame dormir. ¿Quieres algo más?

—¡Sí, que se te parta la cama y te aplastes los sesos contra el cabecero!

—Vale, gracias —y colgó.

Qué estupidez; aquella pataleta solo había servido para desahogarme, y ahora me encontraba a casi cuatrocientos kilómetros de mi casa un sábado por la mañana y sin nada que hacer. Me senté en un banco, encendí un cigarrillo y estuve observando durante un buen rato el ajetreo de los gorriones. Al final decidí que me daría un paseo por la sierra que rodeaba el embalse para el caso, cada vez menos probable, de que tuviese que describirla en el libro.

Regresé por la carretera que me había traído hasta Azulejos, y en una bifurcación que recordaba haber visto poco antes de cruzar el puerto de montaña tomé una desviación a mano izquierda por un camino vecinal. Salvo un núcleo de no más de una docena de casas surgidas junto a la carretera, no encontré ninguna aldea. Era de suponer que las que existieron hasta la realización de la obra hidráulica hubieron de formarse en las márgenes del río, cuyo antiguo cauce estaría ahora a más de cincuenta metros bajo la superficie del agua. Tras atravesar un puente, el camino tomaba un derrotero que seguía en todo momento el trazado del valle bordeando las laderas de su flanco meridional. Si las dimensiones del embalse resultaban impresionantes desde el dique, al alcanzar la colina que dominaba el meandro pude descubrir que su extensión se prolongaba por detrás de esta tanto o más de lo que se podía ver hasta aquí. El panorama serrano era admirable, considerando además que la luz de la mañana, tras los últimos días de lluvia, producía unos tonos verde y ocre de excepcional intensidad.

Aparqué el coche en un rellano de tierra, saqué la cámara fotográfica de la maleta y subí trepando por las rocas que asomaban entre los claros de monte bajo hasta la

cima de la colina. Desde ella pude ver que la vertiente opuesta descendía en un largo y suave declive, al fondo del cual cruzaba un collado donde pastaba un rebaño de ovejas. Localicé un peñasco de superficie plana, me encaramé a él y me senté en el borde para entregarme a la pura contemplación del paisaje. El grave contrapunto de los cencerros, mezclado con los balidos de las reses, otorgaba a la escena un fondo casi musical tan apacible que los párpados se me cerraban sin darme cuenta. Por eso me pasó desapercibido el hecho de que aquel rumor crecía paulatinamente en intensidad, hasta tal punto que un rato más tarde las ovejas comían de los matorrales que había a mis pies.

—Buenos días nos dé Dios —escuché a mis espaldas. Al volverme me encontré con la figura del pastor, un tipejo menudo, enjuto y cabezón. Los profundos surcos en la piel curtida de su rostro dejaban adivinar que, pese a la agilidad con la que tomó asiento a mi lado, ya no tendría que cumplir los sesenta años—. Vaya día. Cualquiera diría que estamos en primavera, ¿no es cierto? Este tiempo anda loco.

—Ya lo creo —contesté reponiéndome de la modorra.

—Para mí que usted no es de por aquí, ¿me equivoco? Tiene usted aspecto de forastero. No se ven muchos forasteros por estos montes. Bueno, la verdad es que por estos lares, como no sean los señoritos esos que llegan con sus cochazos para pegar tiros sin acertarle ni a una codorniz, no viene casi nadie.

La locuacidad del ovejero quedaba fuera de duda. De inmediato comprendí que aquella circunstancia podía resultarme favorable si sabía manejarla con habilidad, siempre y cuando la suerte se pusiera de mi parte, claro está. Le ofrecí un cigarrillo y, tras darle unas cuantas caladas al mío, le hablé con franqueza, informándole de que andaba tras la pista de un crimen misterioso que, según las noticias de que disponía, había sucedido en las proximidades de Las Cumbres de San Calixto pocos años antes de que el pueblo quedase oculto bajo las aguas. Bien es verdad que no me identifiqué como historiador, una profesión que para aquel campesino no tendría probablemente ninguna significación. En lugar de ello, y haciendo gala de una despreocupación calculada, le dejé caer que trabajaba como reportero para una importante revista de difusión nacional.

La jugada me salió perfecta. Aun sin ser vecino de la localidad en cuestión, Fermín, que así se llamaba el propietario del rebaño, no solo recordaba el luctuoso hecho, sino que conocía también a la primera víctima del mismo.

—Una pena, señor periodista, una verdadera pena —se compadeció el pastor—, porque no encontrará usted mujer más buena que la señora Laura. A mí me daba mucha lástima cuando la veía por las tardes regando todas esas macetas que se amontonaban a la puerta de su casa. Yo procuraba darle conversación, porque se le veía tan sola... Le decía: «pero, mujer, ¿por qué no se busca usted una casita en el pueblo, o se va a vivir con algunos parientes a otro sitio? A sus años no le conviene estar aquí, en medio del campo». Ella agachaba la cabeza, como si no quisiera encontrarse con mis ojos, y contestaba siempre más o menos lo mismo: «A ver,

Fermín, así son las cosas».

—¿Y no le contó por qué razón vivía allí?

—Jamás, amigo, jamás. Y no se quejaba, ni siquiera de sus achaques, porque apenas podía moverse. Se ve que era cosa del reuma. Lo mismo se ponía a hablar del color de las hojas secas que del «pupu» que hacen los mochuelos. Pero nunca le oí decir ni esto de su desgracia.

—¿Qué desgracia? —pregunté con curiosidad, haciéndole ver la trascendencia de sus declaraciones.

—Ah, ¿no lo sabe usted? Claro, no me extraña que no lo sepa. En el pueblo lo sabían todos, pero se callaban como putas. Pero yo se lo voy a contar a usted, hombre —dijo señalándose a sí mismo en el pecho—, para que se entere usted de lo que pasaba allí. Resulta que el marido, el viejo aquel que iba en silla de ruedas, la echó de la casa como veinte años antes porque le había dado por amancebarse con su propia hija. El muy hijo de puta no quería que la mujer le estorbase en aquel *emporcamiento*.

Aunque procuré que no se me notara, este detalle sí que me dejó atónito. En otras circunstancias habría dudado de lo que estaba oyendo, pero el tono del pastor no sonaba de ningún modo a una fanfarronada. De hecho, cuanto más preguntas le hacía más parecían encajar las piezas.

—Pero..., vamos a ver, ¿no pudo negarse esa mujer a vivir como una ermitaña? Podía haber montado un escándalo, haberlo denunciado, qué se yo, cualquier cosa antes que callarse y aguantar aquello. ¿Y los hijos, no tenía hijos que la defendieran?

—Sí, por supuesto, pero ahí pasaba algo raro. Mire usted, señor periodista, ese canalla no había nacido en Las Cumbres. Unos años antes había comprado El Retamar y la casona y se había venido a vivir al pueblo. No sé si sería un nuevo rico o qué, pero desde su llegada quiso dejar bien claro que no quería relacionarse con la gente de aquí. ¿Ve usted eso normal? Allí vivía encerrado, con esos mellizos perdonavidas y esa hija que, según se decía, tardó menos en enviudar que en casarse. Y la niña, la nieta; bueno, la nieta..., que a lo mejor también era su propia hija, vaya usted a saber. Pobrecilla, con lo apañada que era. Si no fuera por ella, la abuela se habría muerto antes, pero de miseria.

—Entonces, ¿el viejo no se relacionaba con nadie?

—Así es. Bueno, sin contar al cura, que ese sí que andaba todo el día metido en la casa, no sé qué se traería con ellos... De todos modos, tampoco le sirvió de mucho el cura.

—No entiendo lo que quiere usted decir.

—Sí, bueno, el caso es que Dios debía de tenérsela guardada a aquel canalla, porque no tardó ni un año en palmarla.

Este comentario hizo saltar la alarma en mi imaginación.

—Así que murió pronto. ¿Y cuál fue la causa?

—Ah, no, mire usted, yo de enfermedades no entiendo. No sé, se moriría de viejo,

digo yo.

No logré averiguar más, pues el resto del diálogo carecía de relevancia. Tomé algunas fotos panorámicas, además de un par de retratos de Fermín para ilustrar aquel inexistente reportaje, y regresé a casa con la convicción de que el viaje no había sido tan infructuoso como llegué a temer en un principio. La difusa figura del impostor que se ocultaba tras el nombre del falangista desaparecido iba adquiriendo relieves siniestros. Para empezar, no solo se había hecho con un nombre falso, sino también con sustanciosas propiedades en circunstancias un tanto turbias, aunque más grave aún resultaba la inaudita crueldad que ejercía sobre las mujeres de su propia familia. Y si todo esto no fuera bastante, ¿qué decir de esa capacidad sin límites aparentes para imponer a cualquier precio la ley del silencio, desde su discreto y misterioso retiro, a Laura, a Carmen, a Eugenio, a Alicia...? ¿Y a cuántos otros que yo desconocía?

De la suma de estos elementos podían deducirse dos rasgos significativos de aquel individuo: por un lado, su profunda aberración moral; por otro, como resultado de lo anterior, el modo de reaccionar propio de una fiera acorralada. Sus mecanismos se volvían poco a poco comprensibles, regidos en todo momento por la obsesión de no dejar cabos sueltos. Esa prematura orfandad de Carmencita, por ejemplo. Ya no me cabía la menor duda de que, tras dejar embarazada a su propia hija, el incestuoso padre había tramado una boda apresurada entre la muchacha y algún joven infeliz al que atribuir la paternidad. Salvadas las apariencias y el honor de la futura madre, conseguir que la bala perdida en medio del bosque acabase con la vida del padre legal se reducía a un mero trámite.

Por todo ello, no me causó ningún asombro el contenido de la llamada que recibí del procurador de Azulejos cuando se cumplía una semana desde que recibiese mi encargo.

—Siento decirle que las noticias que tengo para usted no le van a agradar —me anunció tras los saludos de rigor.

—Ya me imagino lo que me va a decir. ¿De qué se trata?

—El expediente del sumario que usted busca no se encuentra en los archivos del juzgado. Se esfumó. ¿Coincide con su presentimiento?

—Sí. En fin, era de esperar. ¿Tenemos alguna posibilidad de saber cuándo se lo llevaron?

—El archivo comenzó a informatizarse a mediados de los noventa. Fue entonces cuando lo echaron en falta.

—Y yo apostaría a que lo robaron incluso poco después de ser archivado. ¿Podría hacerme un par de gestiones más? Quizá no sea de su competencia, pero quisiera un certificado literal de defunción de Alfonso Valverde Muñices. Era el viudo de la primera víctima del caso y, por lo que he podido saber, debió de morir en 1977. Lo que no sé es si falleció en el pueblo, pero es cuestión de probar. Siempre y cuando no se hayan llevado también este documento, claro está.

—Sin problema. ¿Cuál es la otra?

—Obtener un certificado de nacimiento de la anciana fallecida. Según tengo entendido era oriunda de Teruel. A lo mejor el de defunción le indica...

—Descuide, que yo me encargo.

Cumplidas las primeras tareas de mi investigación, el deseo de entrar en contacto con Carmen Garrido no tardó en emerger de nuevo en mi conciencia, aunque esta vez lo hizo con una energía irrefrenable. Si en aquellos momentos no llegué a reconocerlo, con el tiempo pude darme cuenta de que mi deseo por ella crecía más y más empujado por una pulsión malsana, la que emanaba de concebirla como la propia hija del monstruo cuya sombra se me escapaba confundida en las tinieblas de un tiempo remoto y turbulento. Tal era la presión bajo la que vivía que una mañana me sorprendí a mí mismo marcando el número de teléfono del Zoo de Barcelona. El corazón me latía como si quisiera escaparse a través de la garganta.

—*Zoològic de Barcelona. Digui'm?* —dijo la voz cantarina de la telefonista.

—Por favor, quisiera hablar con doña Carmen Garrido.

—Le paso con su secretaria, no cuelgue.

El auricular reprodujo un hilo musical de estilo *New Age*. Los segundos transcurrían con una lentitud casi dolorosa.

—*Departament de Conservació. En què puc servir-li?*

Me aparté el auricular y hundí el dedo en el botón que cortaba la comunicación. No pude seguir, mis nervios me habían jugado una mala pasada. Sentí una gran vergüenza frente a mí mismo, y eso no era una buena señal.

Las ocupaciones de las dos semanas previas a las vacaciones de Navidad me mantuvieron alejado del asunto. En el instituto, la corrección de exámenes y la introducción de notas en la aplicación informática, junto con las sesiones de evaluación, de equipo técnico, de departamento, de claustro y de consejo escolar no me concedieron el menor respiro. Y la siguiente semana no fue menos intensa. El abono del dinero ingresado por Eugenio, que finalmente asumí destinarlo a la cancelación de la deuda con el banco acreedor, exigió un par de reuniones preparatorias con mi abogado antes de la entrega del talón y la firma de la liquidación en las oficinas centrales de la entidad bancaria, donde recibí, por fin, la carta de pago que tanto había deseado.

Aunque cobrado de antemano, yo tenía bien claro que el desembolso de aquel importe me iba a suponer un esfuerzo igual o superior al valor de lo recibido; por ello consideré de justicia dar cuenta a mi antiguo socio de lo que a mí me estaba costando su pésima gestión de nuestra fracasada empresa. Lo llamé y concertamos una cita en un bar a mitad de camino entre su casa y la mía. Nuevamente me tocó soportar sus manidas argumentaciones: la falta de estabilidad en su trabajo frente a la seguridad de mi puesto de funcionario; el hecho de tener que mantener a una familia, de lo que yo, afortunado de mí, me había librado; la imposibilidad que tuvo de vender sus propiedades porque los acreedores le habían mentido respecto a los plazos del

embargo; y —esto sí era nuevo— el arreglo de sus dientes, algo que no podía aplazarse por más tiempo y que según él se llevaría una parte no despreciable de sus ingresos.

Al final, tras hacer un resumen de las deudas saldadas, me marché con su promesa de que él asumía toda la responsabilidad frente a nuestro último acreedor pendiente, uno de los principales bancos del país, donde teníamos en impago un préstamo de más de treinta mil euros, más de sesenta mil si contábamos los intereses de demora. «Pero no te preocupes», apostilló, «que yo tengo un amigo trabajando en la dirección territorial y me ha asegurado que esa deuda está provisionada porque la tienen dada como fallida». Tal era su convicción que aceptó suscribir dicho compromiso mediante un documento privado, documento que él mismo tuvo preparado para la vuelta de las vacaciones.

Este encuentro tuvo lugar el día 29 de diciembre. Justo al día siguiente me llamó el procurador para darme los datos que figuraban en el certificado de defunción del ilegítimo Alfonso Valverde. No parecía haber nada sospechoso en aquella muerte, ocurrida el 3 de abril de 1977: parada cardiorrespiratoria provocada por insuficiencia respiratoria aguda. Acordamos, no obstante, que en el correo electrónico que me enviaría con la minuta y el número de cuenta donde ingresar sus honorarios incluiría también una copia escaneada del documento. En cuanto a Laura Martín, el certificado declaraba que nació en Campillo el año 1911, aunque por desgracia la partida de nacimiento había sido destruida, junto con otras miles, durante la batalla de Teruel: un recurso idóneo con el que ocultar su verdadera identidad. Lo más triste, sin embargo, era que Alicia había perdido la vida en balde.

Colgué y me dispuse a salir para recoger de una tienda de confección del centro un vestido de mi tía que habían tenido que arreglar. Pero justo en el momento de abrir la puerta del piso me sobrevino de nuevo aquel impulso que había sentido tres semanas antes. Solté el abrigo, encendí un cigarrillo, me llevé el teléfono inalámbrico a mi cuarto y, tras marcar el número del zoo barcelonés, me entretuve en observar la delicadeza con que las gotas de lluvia iban empapando las hojas secas de los plátanos esparcidas sobre la acera.

Tan pronto me pasaron con la secretaria de la conservadora, me presenté sin más rodeos como profesor de Biología y coordinador de APEAPEX, la Asociación para la Protección de Especies Animales en Peligro de Extinción.

—El principal objetivo de nuestra recién creada ONG —pasé a exponer—, es la concienciación de la sociedad civil del peligro que supondría la pérdida de la biodiversidad en nuestro planeta y, en particular, en el territorio peninsular. Para ello hemos puesto en marcha la elaboración de varias guías didácticas orientadas al alumnado de Secundaria y Bachillerato. Nuestra apuesta por este proyecto es, qué duda cabe, muy ambiciosa, y en ese sentido nos gustaría que en el primer número de esta serie de publicaciones pudiera aparecer una entrevista con una prestigiosa autoridad en la materia, un papel que a nivel nacional le corresponde por derecho a la

doctora Garrido. Ahora bien —proseguí diciendo—, dado que contamos con sacar las seis guías entre enero y junio para aprovechar una subvención, sería muy importante que si la doctora nos concediese dicha entrevista, esta pudiera tener lugar cuanto antes. De hecho —dije para finalizar—, me veo obligado a viajar a Barcelona por otros motivos profesionales el próximo lunes. Comprenderá que sería una magnífica ocasión para realizar la entrevista, una entrevista, puedo prometérselo, que no duraría más de quince o veinte minutos.

—Bueno —dijo la abrumada secretaria cuando halló la oportunidad de abrir la boca—, vamos a ver lo que se puede hacer. No le aseguro nada. Tenga usted en cuenta que al enorme trabajo de la doctora se le suma ahora lo del proyecto de la Beca Floquet de Neu. Por mi parte haré todo lo que pueda, pero ya le digo que...

—Si no le importa —le interrumpí— le doy mi número de móvil. Así me puede contestar usted conforme sepa la respuesta. Insístale por favor en la difusión que estas guías van a tener. Son cientos de centros los que las recibirán. ¿Tiene para apuntar?

Al final de la mañana recibí la contestación: Carmen Garrido me recibiría en su despacho el mismo lunes a las cuatro y media de la tarde.

Aunque disponía de una combinación de trenes que me permitía llegar a Barcelona poco después del mediodía, preferí hacer el viaje el domingo y acudir a la reunión con la cabeza despejada. De ese modo empleé la mañana del lunes para ver cómo iban las obras de la Sagrada Familia. Hacía siete años que no visitaba aquella delirante y megalómana creación inacabada de Gaudí, y sentía curiosidad por saber cómo estaba llevando el proyecto Joan Margarit, con quien había mantenido una amena conversación el año anterior al término de una lectura de sus poemas en mi ciudad. No habían dado aún las diez cuando bajaba los últimos peldaños de las torres del templo, así que tomé el metro hasta la plaza de España. Desde allí subí a pie al parque del Montjuïc para darme otra vuelta por el Poble Espanyol, cuya inusitada concentración de reproducciones arquitectónicas tan diversas me ha resultado, desde que lo vi por primera vez en unas postales antiguas de mi padre, deliciosamente *naif*.

Aproveché para almorzar en uno de los restaurantes de su plaza mayor y luego cogí otro metro que me llevó al parque de la Ciudadela, donde hice tiempo deleitándome en un lento transitar entre las plantas exóticas de gran porte de su invernadero decimonónico. La verdad es que el efecto relajante de aquel espacio húmedo y sombrío me resultó muy beneficioso, pues no fue hasta las cuatro y veinticinco, mientras cruzaba la entrada del módulo de administración del zoológico, cuando comencé a notar un fuerte pellizco en el estómago.

La primera impresión desagradable la tuve al encontrarme con el vigilante que custodiaba la entrada del departamento de conservación.

—¿Me permite su bolso, por favor? —dijo señalándolo antes de examinar el contenido, aunque ahí no acababa todo, porque continuó— Espero que no se moleste, pero por razones de seguridad estoy obligado a registrarlo, así que, si no le importa, separe las piernas y levante los brazos.

Obedecí a sus indicaciones y procedió a cachearme, lo que por inesperado me resultó particularmente violento.

—Perfecto, puede usted pasar —fueron sus palabras antes de franquearme la entrada.

La secretaria de la conservadora, una mujer de escasa estatura, gruesa y mayor de cincuenta años, me recibió con una sonrisa aparentemente estudiada para compensar la aspereza del trámite previo. Cotejó mi nombre con el que tenía apuntado en su agenda, me rogó que la acompañara por un corredor flanqueado por un par de puertas a cada lado y, tras abrir la del fondo, me invitó a entrar.

La conservadora no se encontraba allí en ese momento. El mobiliario del despacho mostraba un diseño marcadamente funcional. Dos lámparas, una de pie y otra de sobremesa, sumaban su luz a la del atardecer invernal que se filtraba por las persianas venecianas del ventanal del fondo. Estaba dudando entre permanecer de pie o sentarme en uno de los sillones confidentes cuando se abrió la puerta y apareció Carmen Garrido.

—Encantada —dijo estrechándome la mano con perfecta delicadeza. Respecto al brillo que advertí en su primera mirada, no supe precisar si se debía a la posibilidad de que me hubiera reconocido o solo fue producto de mi imaginación—. Discúlpeme por el retraso; hemos tenido un pequeño percance con un mandril. Siéntese, por favor —me indicó al tiempo que rodeaba la mesa y ocupaba su sillón. Se reclinó un poco hacia delante para apoyar los brazos sobre el borde del tablero. Observé que sus mejillas mostraban un tono sonrosado y que la piel de su frente, de la que apartó un mechón de cabello castaño, estaba levemente humedecida por el sudor; quizá el mandril le había dado más problemas de la cuenta—. Bien, ya estoy a su disposición —esta última frase, debo confesarlo, me produjo un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Aunque no tiene nada que ver con el motivo de mi visita —aclaré—, siento una curiosidad: ¿es necesaria tanta protección en las oficinas de conservación de un zoológico?

—¿Lo dice por...? —e hizo una señal con el pulgar en dirección a la puerta—. Oh, créame que lo lamento, estos muchachos se toman su trabajo demasiado en serio. No, no tiene nada que ver con las labores del zoológico. Mi marido es el delegado del gobierno en Cataluña y..., bueno, ya sabe cómo andamos de preocupados con las amenazas terroristas. A mí también me supone cierta incomodidad, se lo prometo.

Al acabar esta frase se produjo un lapso de varios segundos durante los cuales yo no acertaba a elegir las palabras con las que iniciar mi exposición. El semblante de Carmen, y en particular la elevación de sus finas cejas, expresaban de manera ostensible su curiosidad ante mi actitud vacilante.

—Bien —dije por fin—, antes de nada quisiera agradecerle la deferencia que ha tenido de recibirme con tanta prontitud, y más sabiendo lo ocupada que se encuentra.

—No tiene por qué hacerlo. Su proyecto me parece lo suficientemente interesante como para dedicarle el tiempo que precise —la modulación de su voz y la sutileza

con que elegía las palabras me seducían más incluso que la elegancia de sus suaves movimientos.

—De acuerdo. Sin embargo, desearía aclararle antes de nada que no soy biólogo, como le expliqué a su secretaria en la conversación que mantuvimos el pasado martes.

—Ah, ¿no? —De repente sus cejas cambiaron de orientación.

—No, soy historiador.

—¡Historiador! —Su gesto se modificaba cada pocos segundos— ¿Y qué tiene que ver su profesión con la protección de especies?

—En realidad digamos que tiene poco que ver, por no decir nada. Pero si me permite que le explique lo que me trae hasta aquí podrá entenderlo.

—Está bien, adelante —hizo una señal de ofrecimiento con las manos antes de retrepase sobre el respaldo del asiento, poner los codos en los reposabrazos y apoyar la barbilla en los dedos cruzados.

—La cuestión es que estoy investigando unos hechos sucedidos en nuestro país a comienzos de la Transición. Unos hechos, por lo que he podido saber hasta este momento, que causaron la muerte de una persona y que estuvieron a punto de costarle la vida a otra. Estoy refiriéndome solo a aquello de lo que existe una certeza casi absoluta, porque sospecho que aún hubo un par de muertes más relacionadas con el mismo asunto.

—Pero..., vamos a ver —volvió a incorporarse. La expresión de simpatía de su rostro se había perdido por completo—. Lo que me está usted contando no guarda la más mínima relación con esa supuesta entrevista sobre la biodiversidad. Usted me ha engañado, la explicación que le dio a mi secretaria era totalmente falsa.

—Es cierto, no se lo voy a negar. No obstante, si me deja usted continuar tal vez pueda ayudarme a esclarecer tales acontecimientos. Todo hace pensar que poseen una significativa relevancia histórica.

—¿Sabe qué le digo? Que esto no me gusta nada. —Se puso en pie, tomó algunos documentos que estaban desperdigados sobre el escritorio, los apiló juntos— ¿Quiénes eran esas personas que murieron o estuvieron a punto de morir? Su cara no me es desconocida, y no sé si me estoy equivocando o puedo temerme lo peor. Dígame, ¿de quién me habla? —Las facciones se le habían desencajado.

—No creo que se equivoque —sabía que aquello iba a terminar pronto, y tenía que hablar rápido—. El hombre que estuvo a punto de morir, porque casi lo matan sus tíos gemelos, Carmen, no es otro que Eugenio, el profesor de Las Cumbres con quien se encontró en Egipto el verano pasado cuando yo lo acompañaba. Y a Alicia, la novia de Eugenio, que estaba investigando el pasado de sus abuelos, la cosieron a balazos en el setenta y seis unos agentes de la Guardia Civil bajo el pretexto de que era miembro de los GRAPO.

Pero el tiempo se me estaba acabando, porque mientras yo le recordaba aquellos hechos de su pasado, Carmen Garrido había descolgado el teléfono para ordenar a su

secretaria que acudiese el vigilante de inmediato. Había que aprovechar los últimos segundos. No quise detenerme.

—Cada día que pasa oigo con más claridad una voz interior asegurándome que la muerte de su abuela y la del pintor guardaban relación con las otras. Usted estuvo allí, Carmen; es imposible que no sepa nada —el vigilante irrumpió en el despacho. Yo quería hablar más y más—. Su información es fundamental para conocer las razones de tanta muerte y tanta violencia. ¡Tiene que ayudarme, por favor!

Carmen había retrocedido hasta el ventanal. Sus ojos estaban despavoridos. La secretaria no se atrevía a cruzar el umbral de la puerta. El guarda jurado se echó mano a la pistolera. Carmen dio un grito.

—¡No, no le hagas nada! No ha intentado atacarme, solo quiero que se marche, ¡ahora mismo! ¡Llévatelo!

Dejarme arrastrar por aquel gorila de uniforme entre familias con niños que habían apurado la visita hasta la hora del cierre no fue una experiencia precisamente agradable. Pero cuando me soltó de un empujón en el parque de la Ciudadela sentí el reconfortante alivio del deber cumplido.

En el camino de regreso al hotel me vi atrapado entre la muchedumbre que se dirigía a presenciar la cabalgata de reyes magos. Confieso que aquella singular soledad hizo que me sintiera ridículo, pero más adelante, cuando logré salir al paseo de Gracia, mi pensamiento se hallaba tan sumido en el reciente encuentro que apenas me daba cuenta de lo que sucedía a mi alrededor. Era cierto que al fin había entrado en contacto con la protagonista de mi deseo; el resultado, en cambio, no podía ser más decepcionante: no solo estaba casada con un hombre de gran influencia política sino que, además, no querría saber nada de mí después de apartarme de su lado como si padeciese la peste.

Sin embargo me resistía a asumir que había perdido la partida al primer asalto; era preciso buscar una nueva oportunidad. No podía contar con el día siguiente por ser festivo, y el jueves tenía que incorporarme al trabajo, de modo que me dispuse a llevar a cabo aquel segundo intento el mismo miércoles. Entre tanto, anticipándome a la más que probable circunstancia de que se negara a entablar otra conversación, preparé una breve carta para entregársela en mano; en ella insistía sobre la trascendencia de su testimonio y apuntaba mis datos por si finalmente aceptaba colaborar.

Al zoológico se accede por dos entradas, la que yo había utilizado y la que da a la calle de Wellington. Descarté que Carmen pudiera usar esta última por encontrarse en el extremo opuesto al de la zona de administración, y a las siete y media, cuando aún no había amanecido, monté guardia frente a la primera, en un lugar discreto del parque. Mi desilusión fue en aumento conforme se incrementaban los centenares de personas que entraban y salían a lo largo de la mañana. Alrededor de la una de la tarde abandoné mi puesto de vigilancia para comerme un bocadillo en un bar próximo, y regresé a toda prisa pensando que, si no la había visto, ello se debía a que

tal vez llegaba a su trabajo a las siete, en cuyo caso saldría del zoo entre las dos y las tres.

A las cinco y media las esperanzas de encontrarme nuevamente con Carmen Garrido se habían diluido junto al sol en su ocaso. Tratando de entender dónde estaba el error, salí del parque y giré a la izquierda por el paseo de Circunvalación para examinar el perímetro del recinto zoológico. Como me temía, a la altura de la zona de administración existía una puerta de servicio, una vía de acceso perfecta para no mezclarse con el público.

¿Cómo podía haber estado tan ciego que ni siquiera se me pasó por la cabeza lo que era absolutamente previsible? No solo había desperdiciado un día entero, sino también la última ocasión de encontrarme con Carmen, con *ella*. Me sentí tan estúpido y tan humillado que se me saltaron las lágrimas. El tren salía a las nueve y aún debía recoger el equipaje en el hotel, pero carecía del ánimo suficiente para tomar el metro y verme rodeado de caras desconocidas que trataran de leer la amargura de mi rostro. Decidí volver sobre mis pasos y seguir caminando hasta que lograra digerir al menos una mínima parte de aquel fracaso.

Entonces sucedió algo inesperado, un hecho que, sin tener nada de insólito, resultó providencial para mí. Pocos metros más allá de la entrada del parque, al comienzo del paseo de Picasso, percibí esa sensación tan común de que alguien me observaba. Volví la cabeza y distinguí, entre los pasajeros que aguardaban en la parada del autobús, a la secretaria de Carmen. Me saludó de lejos levantando solo la palma de la mano, pero dicho movimiento lo interpreté con una felicidad no menor que la de un niño perdido al encontrar a sus padres. Sin pensarlo dos veces crucé sorteando el tráfico.

—¿Estaba usted buscando a doña Carmen? —preguntó con una sonrisa complaciente—. Hoy se marchó pronto.

—Ya me lo temía —respondí hipócritamente con el gesto de decepción de quien acabara de llegar tarde a una cita—. ¿Sería usted tan amable de entregarle este sobre?

—Cómo no —dijo al tiempo que lo cogía para guardarlo en el bolso.

—No sabe usted cuánto se lo agradezco.

—No tiene importancia.

Me pareció que hablaba más con su mirada que con sus escuetas frases.

—¿Cuál es su nombre? —le dije, tratando de prolongar el diálogo.

—Montse. Pero no intente contarme ningún chiste sobre él porque me los sé todos —y soltó una carcajada.

—Yo solo me sé uno. Quizá en otra ocasión...

—Sí, me temo que no es este el momento ni el lugar más oportuno. Además, aquí llega mi autobús.

—Ha sido un placer, Montse —y le ofrecí la mano.

—Lo mismo le digo —la estrechó y se retiró para ponerse en la cola de los viajeros. Me despedí con otra sonrisa y proseguí mi camino. Apenas había dado unos

pasos cuando noté que me llamaba. Tenía ya un pie en la plataforma del vehículo—. ¿Sabe una cosa? Ella no quería que pasara aquello, la conozco demasiado bien. Llevaba los ojos enrojecidos cuando se marchó; y hoy, aunque tratara de ocultarlo, estaba mucho más triste que de costumbre —concluyó antes de adentrarse por el pasillo con la imagen grabada de mi boca abierta.

6. Enero de 2004. 1936-1946

Cuando el sábado 10 de enero, recién reanudadas las clases, el presidente Aznar anunció la convocatoria de elecciones para el 14 de marzo, el país se hallaba sumido en un permanente estado de crispación. Hechos como la censura de Urdaci, el director de informativos de RTVE, a la cobertura sobre la huelga general de junio de 2002, o la nefasta gestión de la catástrofe del Prestige, el petrolero hundido frente a las costas gallegas en noviembre del mismo año, dejaron entrever hasta dónde alcanzaba la insolencia y la hipocresía de su gobierno.

Tres meses más tarde, millones de manifestantes en todo el mundo, entre ellos tres millones de españoles, nos lanzamos a las calles para mostrar nuestro rechazo al inminente ataque contra Irak. Ello no impidió que George W. Bush invadiese aquel país el 20 de marzo bajo el pretexto de que su gobierno almacenaba unas armas de destrucción masiva que jamás se encontraron. El ultimátum para ese imposible desarme tuvo lugar cinco días antes en la Cumbre de las Azores con Bush, Blair, Durão Barroso como anfitrión y un Aznar que pretendía demostrar su vocación atlantista buscando un lugar en la foto. Y por si fuera poco, un destartalado Yakolev se estrellaba en mayo causando la muerte de doce tripulantes y sesenta y dos militares españoles, cuyos cadáveres fueron identificados de forma apresurada y errónea para tratar de zanjar el asunto cuanto antes.

La crispación social terminó extendiéndose incluso a los centros educativos. Uno de los aspectos más polémicos de la nueva Ley Orgánica de la Educación, impulsada por la ferviente *neocon* y excomunista Pilar del Castillo, consistía en la implantación del área de Sociedad, Cultura y Religión con carácter obligatorio, satisfaciendo así las exigencias de la Conferencia Episcopal Española, cuya cruzada de *recristianización* respondía al desesperado intento de frenar la imparable pérdida de alumnos que cursaban la materia. Las organizaciones laicistas canalizaron la irritación que se palpaba dentro del colectivo docente y yo, como miembro de la Plataforma por la Escuela Laica de Sevilla, presenté ante el claustro un formulario para la recogida de firmas contra la presencia de la enseñanza religiosa en el currículo de los centros públicos, formulario que por acuerdo mayoritario quedó expuesto en la sala de profesores. La profesora del ramo, que tenía por norma no acudir a dichas reuniones y cuya labor se limitaba a ponerles cintas de video a sus grupos —imagino que tendría una colección inagotable—, me acusó a la mañana siguiente de «andar conspirando contra ella a sus espaldas». Y a pesar de mis argumentaciones sobre el beneficio que le acarrearía nuestra iniciativa, pues no faltarían sindicatos que defendiesen su incorporación a la bolsa de trabajo de interinos, quiso mostrarme su desprecio ausentándose también de las guardias de recreo a fin de no coincidir conmigo en el patio, todo ello sin el menor apercebimiento de la jefa de estudios. El tiempo acabaría por darme la razón: tres años después comenzó a pasar apuros para

pagar su hipoteca cuando el obispado le redujo la jornada laboral.

Confieso que la irritación causada por las inclinaciones nacionalcatolicistas del PP empezaba a proyectarse en mi actitud frente a la indagación histórica que se me había encomendado. Aunque apartado en un lugar remoto, el individuo cuya identidad se ocultaba tras la del divisionario desaparecido todavía disponía en el año 76 de contactos suficientes para mantener intacto el espeso muro de silencio tejido en torno a él. Esta circunstancia me llevó a conjeturar que tales apoyos solo podían obtenerlos quienes en algún momento habían pertenecido a la élite franquista. De ahí a desarrollar hacia su persona una aversión que desbordaba por completo la objetividad propia del investigador solo había un paso, y el relato de Eugenio me había empujado a darlo. Ya no era un asunto de dinero o de compromiso, ni siquiera de profesionalidad. Poner al descubierto la naturaleza y las fechorías de aquella alimaña se había convertido en una cuestión personal.

Tan pronto volví de Barcelona, y ante la evidencia de que no podría contar con el testimonio oral de Carmen, me sumergí de lleno en el trabajo de biblioteca. Mi línea de investigación partía del siguiente supuesto: el hecho de que aquel enigmático personaje se escondiera bajo un nombre falso en un pueblo remoto podía deberse a que con anterioridad había estado implicado en algo lo suficientemente grave como para hacer de él un fugitivo, y ese *algo* tenía un nombre concreto: conspiración. Sin embargo no había optado por la solución aparentemente más fácil, la de huir del país. ¿Por qué? La experiencia del exilio es en cualquier caso traumática, pero más traumático debía de ser aquel exilio interior que se veía obligado a defender con la sangre ajena. Mi impresión era que no podía marcharse porque fuera de España corría peligro, como si se hubiera visto sometido a unas condiciones impuestas, más o menos, en los siguientes términos: «de acuerdo, vamos a salvarte el pescuezo, pero queremos tenerte controlado». Es la proposición que se le haría a quien sabe demasiado, y lo que a su vez explicaría que al cabo de más de treinta años todavía encontrase ayuda dentro del aparato gubernamental.

A base de ir revisando las monografías de mi propia biblioteca, de buscar artículos en las diversas colecciones de revistas de historia que mi padre me dejó en herencia, y de consultar un buen número de títulos y publicaciones periódicas tanto en la biblioteca universitaria como en las públicas de la ciudad, hacia final de mes acabé de elaborar un completo archivo sobre aquellos que, pese a su complicidad con la insurrección antirrepublicana, antes o después, intrigando o a cara descubierta, se pusieron en contra de Franco o de la élite de su gobierno con anterioridad a 1946, año en que el impostor cuya pista iba siguiendo aparece como vecino de Las Cumbres y propietario de la casona y de la finca.

Y aquí surgió el primer problema, pues lo difícil no era encontrar quién había conspirado, sino más bien todo lo contrario: quién no lo había hecho. «No tengo de quien fiarme», confiesa el tirano al pretendiente a la corona, don Juan, en una carta fechada en el citado año. La dictadura franquista fue consolidándose a lo largo de una

guerra civil que, para asegurar su puesto, Franco se había encargado de prolongar hasta abril de 1939. En la rebelión del 18 de julio de 1936 convergieron diversos partidos, sectores y grupos reaccionarios a los que les unía la voluntad de derribar el gobierno legítimo de la República, pero cuya concepción del nuevo estado que habría de surgir al final de la contienda distaba mucho de ser la misma. Y si no se enfrentaron entre ellos en una lucha encarnizada no fue por falta de iniciativa. Mientras duró la guerra se abstuvieron de hacerlo con objeto de no debilitar la retaguardia. Al finalizar esta, el temor a una invasión, ya fuera por parte del Eje o de los aliados, los llevó a cerrar filas en torno al Caudillo, algo que requería enorme dosis de voluntad pues, a decir verdad, todos salvo la Iglesia se sentían engañados por él. Pero Franco, que estaba aprendiendo a gobernar sobre la marcha, sabía que la mejor medicina contra las irritaciones ideológicas consistía en un buen cargo en la maquinaria estatal.

Claro está es que no era fácil contentar a tanta gente. Extraigo del archivo una breve nota correspondiente a los primeros meses de la conflagración.

Una vez que, gracias a las maquinaciones de su hermano Nicolás y de Alfredo Kindelán en Salamanca, Franco se hace con la jefatura del gobierno en octubre del 36 —aunque él se consideró a sí mismo jefe de Estado desde su primer decreto—, los gestos de hostilidad entre sus compañeros de viaje apenas se demoran. El anuncio hecho por el sevillano Fal Conde, secretario general de la Comunión Tradicionalista, de crear una academia militar carlista se salda con su fulminante exilio en Lisboa. No obstante, esto supuso un percance sin importancia comparado con la respuesta de los falangistas al Decreto de Unificación de abril de 1937, que imponía a todas las fuerzas políticas participantes en el levantamiento su disolución dentro de un único partido presidido por el propio Generalísimo, la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, luego llamado Movimiento Nacional. Franco ofrece entonces a Manuel Hedilla, jefe nacional de Falange, la secretaría general del nuevo partido único, pero este lo desaira rechazando la oferta. Detenido pocos días más tarde, Hedilla es acusado de conspiración, lo que probablemente era cierto, y condenado a dos penas de muerte que le serían conmutadas por veinte años de cárcel.

En realidad Falange era un partido de corte fascista tan minoritario que en las elecciones generales del 36 no había obtenido ni un solo diputado. El relevante papel que desempeñó a partir del alzamiento se debió particularmente al activismo político que había conducido a su ilegalización cuatro meses antes, lo que en términos prácticos, es decir, tras el fracaso del golpe de estado y el consiguiente desarrollo bélico, equivalía a una firme disposición para la *caza de rojos* en las zonas que iban tomando los rebeldes. Su violencia actuó como reclamo entre decenas de miles de

resentidos; resulta obvio, pues, que los militares que provocaron la guerra estuvieran encantados de contar con aquella gente encargada del trabajo sucio en la retaguardia.

Pero no es menos cierto que los falangistas tenían su propia idiosincrasia. Ello explica que la unificación fuese interpretada por algunos *camisas viejas* —los que militaban en Falange antes de la sublevación— en clave de *robo* político. Pronto comenzaron a surgir facciones clandestinas que pretendían salvaguardar la pureza doctrinal del desaparecido fundador José Antonio Primo de Rivera. Incluso desde la mayoría que optó por no perder la oportunidad de conquistar el Estado no tardarían en escucharse voces disidentes. Véase, si no, el siguiente apunte:

Ya en 1938 Dionisio Ridruejo le reprocha a Franco las excesivas concesiones que la Iglesia había obtenido en el ámbito educativo, mientras los consejeros nacionales Agustín Aznar y Fernando González Vélez son destituidos y desterrados a provincias lejanas. Las reacciones no se hacen esperar: entrado el otoño se origina en Sevilla un choque entre jóvenes falangistas y una procesión religiosa, incidente que el gobierno silencia con presteza.

Cuesta trabajo imaginar que un general africanista, curtido en el exterminio de moros, necesitara contar con la cercanía de miembros de su familia que le ofreciesen apoyo en su papel de dictador, pero aquel tirano tenía efectivamente ese concepto provinciano del poder. Aunque su último fichaje dentro del clan sería su primo Francisco Franco Salgado-Araujo, comenzó sirviéndose, como ya dije, de Nicolás, su hermano mayor. Las desavenencias entre las esposas de ambos hicieron que el Caudillo buscara entonces el amparo de su cuñado Ramón Serrano Suñer. La mujer de este, Zita Polo, y la del Caudillo, Carmen, eran hermanas. Recojo unas líneas sobre su perfil.

Abogado del Estado, poseedor de un destacado historial académico, el cuñadísimo Serrano había ejercido de diputado por la CEDA y mantenía excelentes contactos entre la derecha. El hecho de no haber militado en Falange no le impide sin embargo erigirse en máximo dirigente de FET y de las JONS tras la unificación. Al año siguiente ocupa también la cartera de Interior en el primer gobierno oficial de Franco, a la que sumará a finales del 38 la de Gobernación. Dos años más tarde, ya como ministro de Asuntos Exteriores en los primeros tiempos de la II Guerra Mundial, pilota el acercamiento a los gobiernos del Eje y dota de rasgos plenamente fascistas al gobierno de su cuñado. En palabras del jefe de inteligencia alemán, Serrano es «el hombre más odiado de España»: el líder del fascismo español para los antifalangistas y un simple advenedizo para los camisas viejas.

Y otras sobre las disidencias de Juan Yagüe y de Gonzalo Queipo de Llano:

Uno de los elementos claves del alzamiento, en su doble categoría de militar y de falangista, es el general Yagüe, quien no obstante se dedica a intrigar desde el mismo inicio de la guerra. Defiende a Hedilla, critica a la camarilla franquista y figura entre los opositores al Decreto de Unificación pese a formar parte de su primer consejo. Aunque llegará a detentar la cartera de ministro del Aire gracias a los éxitos bélicos logrados, su inquina hacia Serrano, junto a una irrefutable posición germanófila —posturas que en su caso no resultan incompatibles— le acarrearán la destitución en apenas un año, acaso por recibir sobornos de Berlín, antes de ser condenado a un destierro temporal.

Gonzalo Queipo de Llano tampoco acabará demasiado bien. Su alzamiento en Sevilla, que Franco refrenda al nombrarlo Jefe del Ejército de Operaciones del Sur, le otorga un auténtico virreinato sobre esta zona. Pronto se hace célebre por sus famosas charlas radiofónicas, donde anima a los legionarios y a los regulares a exterminar a los rojos y a violar a sus mujeres. Sin embargo su lenguaje soez, el «¡Viva la República!» que usa como colofón y, sobre todo, su excesiva autonomía, acaban disgustando tanto al Caudillo que este lo envía en 1939 a una misión militar en Italia que en la práctica supone un destierro, seguida de un confinamiento en Málaga y del pase a la reserva en el 43. No es extraño, por tanto, que se adhiera a alguna de las conspiraciones fraguadas desde el estamento militar. Pese a ello obtendrá sustanciales beneficios en especie, cual es el caso del cortijo Gamboraz, nada menos que 550 hectáreas de los municipios de Sevilla, Camas y Santiponce.

Puestos a buscar conspiraciones propiamente dichas, el periodo comprendido entre 1939 y 1945 constituye una auténtica sucesión de complots. Finalizada la guerra civil, los falangistas consideraron que ya no existían excusas para llevar a cabo una revolución nacionalsindicalista; los monárquicos, fueran alfonsinos o carlistas, entendieron a su vez que no cabían más demoras para acometer la restauración monárquica, sobre todo desde que en enero del 41, un mes antes de fallecer, Alfonso XIII hubiese abdicado en favor de su hijo Juan. Y en cuanto a los compañeros de armas del Generalísimo, se daba una pugna entre quienes apostaban por la participación en la guerra mundial junto al Eje como un acto de lealtad y de coherencia y aquellos que, ya fuese por convicción aliadófila o por puro reconocimiento de las pésimas condiciones de nuestro país, defendían la neutralidad. Y por si fuera poco, espías extranjeros pertenecientes a uno u otro bando se empleaban a fondo con el objetivo de ganarse las simpatías de quienes podían influir en la política exterior del régimen. Llegados a 1945, la definitiva victoria aliada proporcionaría a la larga un respaldo internacional al dictador que, aun sometido

durante algunos años a un bloqueo económico, había superado con éxito la difícil fase de aprendizaje político y, en consecuencia, sabía emplear su mejor baza: la de erigirse en paladín anticomunista justamente en los comienzos de la Guerra Fría. El tiempo de las conspiraciones había pasado. O casi.

La primera suficientemente documentada se fraguó, con más voluntad que habilidad, a finales del 39 en la Junta Política clandestina dirigida por el coronel falangista Rodríguez Tarduchy. La sombra de Yagüe también está aquí presente.

Los conjurados proyectan asesinar a Serrano Suñer, y ya en 1941 al propio Generalísimo, si bien la falta de apoyo tanto en las provincias como en el exterior —las conversaciones con el jefe del partido nazi en España fracasan ante sus condiciones intervencionistas— los lleva a disolverse. El gobierno conoce dicho complot, pero le ha dado tan poca credibilidad que únicamente ordena ejecutar a uno de sus componentes, y bajo la insólita acusación de estraperlista. Cuando Franco se entera de que Yagüe ha mantenido contactos con la Junta lo llama a su despacho para recriminarle. Yagüe se echa a llorar y Franco, en un acto de suprema perspicacia, no solo no lo castiga sino que le otorga un ascenso; de ese modo lo convierte en una marioneta a los ojos de los conspiradores.

Dentro del sector militar los monárquicos conformaban el grupo mayoritario, y como artífices de la victoria bélica no podían disimular su aversión hacia la Falange, un partido que, aun descafeinado, controlaba en gran medida la maquinaria estatal. Además, aquellos altos jefes consideraban a Franco, con toda razón, *primus inter pares*, el principal entre iguales, y en ese sentido estaban profundamente molestos porque el Generalísimo no les consultara las decisiones más importantes. El primer disidente monárquico fue, sin embargo, un catedrático.

El reaccionario filólogo y viejo amigo de Franco, Pedro Sainz Rodríguez, logra convencer a este en 1938 para que disuelva la Junta Técnica de Estado y constituya un verdadero gobierno, al cual se incorpora con la cartera de Educación. Pero el Caudillo ha debido de sentirse muy molesto por su supuesta falta de respeto —según se dice, incluso hace chistes sobre él—, de modo que al año siguiente decreta su destierro a Canarias. Por fortuna para Sainz, su amigo Juan Vigón lo pone en aviso y tiene tiempo de escapar sin pasaporte hacia Lisboa, donde actuará como consejero de don Juan de Borbón.

La actitud irreverente del escritor resulta ser, no obstante, solo la punta del iceberg de un profundo descontento que en 1941 desembocaría en una seria crisis de

gobierno con la II Guerra Mundial como telón de fondo. Recopilo algunas anotaciones al respecto.

Prueba de la indignación de los militares es el panfleto anónimo que circula a finales del 39, donde se denuncia el abuso de poder del tándem Franco-Serrano. Apenas comenzado el siguiente año, Antonio Aranda, capitán general de Valencia, se enfrenta con contundencia a los falangistas de aquella región con motivo de las sacas que estos se dedican a practicar en las cárceles para liquidar por su cuenta a presos republicanos. Aranda, que ha conseguido mantener el orden en una zona donde el hambre constituye un auténtico problema social, no lo duda y ordena la ejecución de algunos camisas azules. Dentro del gobierno se desata una crisis política: el general falangista Muñoz Grandes pierde la secretaría general del Movimiento al tiempo que Serrano ve reforzado su papel. Los miembros del Consejo Superior del Ejército, bajo el pretexto de adoptar una postura ante la implicación en el conflicto bélico internacional, aprueban un documento donde se critica duramente las luchas intestinas de una Falange disgregada en diversos círculos.

En mayo del 41 las tensiones entre falangistas y militares dan lugar a una pugna de tales dimensiones que, de no ser por la cautela de Franco, podría haber acabado en un baño de sangre. El subsecretario de Prensa Antonio Tovar, con la connivencia de Ridruejo y de Serrano, impulsa una orden destinada a constituir una prensa fascista independiente. Al mismo tiempo Serrano logra la cartera de Trabajo para José Antonio Girón de Velasco, un joven camisa vieja que tiempo atrás había ejercido como terrorista contrarrevolucionario, quien permanecerá en el cargo durante quince años. Franco procura compensar al estamento militar colocando a Galarza en Gobernación y otorgando la subsecretaría de Presidencia al ultracatólico y discreto capitán de la Armada Luis Carrero Blanco, el cual, tras la caída de Serrano en el 42, se convertirá en el definitivo hombre de confianza del Caudillo. Tanto es así que tres décadas después, cuando en junio de 1973 el dictador comience a ver próximo el fin de sus días, lo nombrará presidente del Gobierno, y de hecho la Transición a la democracia habría sido muy difícil si no llega a morir seis meses más tarde en un atentado preparado por ETA.

Galarza era, según los falangistas, un burócrata infame dedicado a intrigar contra el partido desde los salones del Casino Militar. Ello explica que el diario Arriba publique El hombre y el currinche, un artículo críptico escrito, según Tovar, entre Ridruejo y Serrano, en el que se contraponen la autenticidad de este a la necedad de Galarza. Franco decreta el cese fulminante de Ridruejo, que ya estaba decidido a marcharse, y de Tovar. Los

falangistas presionan entonces mediante una dimisión colectiva a la que el Caudillo acaba cediendo, dejando entrar en el gobierno a Miguel Primo de Rivera y a su pariente político José Luis Arrese. Aunque el pulso lo ha ganado aparentemente la Falange más pura, el verdadero vencedor es Franco: el camino para lograr la completa domesticación del partido está casi allanado.

Es por estas fechas cuando se pone en marcha la División Azul. Si bien es cierto que en junio de 1940 el consejo de ministros español ha escenificado el alineamiento con el Eje haciendo oficial su posición de no beligerancia, ni en la entrevista de Serrano con Ribbentrop y Hitler, ni en la que el Führer y el Caudillo mantienen en Hendaya, se obtiene un compromiso firme de nuestro país. La Operación Félix diseñada por Berlín, cuyo objetivo es la toma de Gibraltar, permitiría a Alemania estrangular el paso de los buques ingleses por el estrecho. Para Falange, en cambio, la recuperación del peñón mediante tropas españolas es una cuestión de honor. España quiere además que la entrada en la guerra se vea recompensada con el dominio de una importante zona de Marruecos, el «espacio vital» de nuestro país según Serrano. Pero ello supondría un conflicto con la Francia de Vichy, aliada de Hitler, que entonces ostenta el dominio de dicha región. El asunto se complica más aún por la pretensión alemana de adjudicarse una de las Islas Canarias como base, y de situar otras en territorio marroquí.

En fin, pese al desacuerdo entre los supuestos *países amigos* —al volver de Hendaya, Hitler calificó a Franco de «hombrecillo ingrato y cobarde que casi daba pena», y sus colaboradores lo tacharon de «judío» y «beato»—, resulta innegable que España prestó su colaboración al Tripartito formado por Alemania, Italia y Japón. A modo de ejemplo puedo señalar cómo mi padre, que cumplió el servicio militar durante los años 42 y 43, tuvo uno de sus destinos en el faro del cabo Espartel, a las afueras de Tánger, aquella ciudad de la costa marroquí que el ejército español tomó el mismo día que la Wehrmacht entraba en París. Allí trabajó como telegrafista dando cuenta a los alemanes de todos los barcos avistados desde tan estratégico enclave. Pero añado algunos párrafos relativos a la contienda internacional, porque en ella podré situar las maquinaciones de otro de los altos militares falangistas.

La Operación Barbarroja, es decir, el ataque germano a Rusia, no solo deja en suspenso la posibilidad de llevar a cabo la Operación Félix, sino que quiebra definitivamente lo que según los franquistas venía suponiendo una alianza contra natura entre nazis y soviéticos. En palabras de Serrano Suñer, «Rusia era culpable», y en ese sentido el envío de la División Azul no cabe ser interpretada como una demanda por parte de Alemania, sino más bien como una respuesta espontánea del anticomunismo propio del régimen

español.

Al final, respondiendo a la voluntad del partido, la división se nutre fundamentalmente de voluntarios reclutados a través de banderines de enganche en todas las provincias, otorgándosele a Agustín Muñoz Grandes el cargo de comandante en jefe. Los alemanes pronto reconocen en él su valor como oficial de combate —lo que compensa en parte su escasa capacitación para jefe de estado mayor—, y Hitler le concede la Gran Cruz de Caballero. El general falangista comienza entonces a perder los papeles, y en julio del 42 declara a los nazis que, tan pronto como se produzca la victoria en el frente ruso, volverá a España dispuesto a encabezar un golpe de estado y a hacerse con la jefatura del gobierno. Incluso Serrano Suñer admite que el Führer lo considera «posible pieza de recambio para sustituir cuando sea preciso al clerical Franco».

Conforme llegan a Madrid los ecos de dichas declaraciones, el Generalísimo decreta que Esteban Infantes reemplace a Muñoz Grandes, aunque este boicotea durante algunos meses su propia destitución. A su regreso a España el Caudillo, en otra de sus maniobras maestras, lo asciende a teniente general y lo nombra jefe de su Casa Militar. Así queda a salvo el honor del héroe de guerra y se aborta todo tipo de suspicacias por parte de sus amigos falangistas, al tiempo que se neutraliza a aquel torpe conspirador colocándolo en un puesto donde carece de mando sobre las tropas. Por cierto, acabada la II Guerra Mundial el tribunal de Núremberg lo reclamará sin éxito como criminal del guerra.

¿Y qué sucedía mientras tanto dentro de las filas carlistas? Franco aprovechó el Decreto de Unificación para confiscar sus sedes y cerrar sus publicaciones, aunque luego los recompensara, por ejemplo, con el ministerio de Justicia. Aporto otros datos del archivo:

No podemos olvidar que el pretendiente al trono, Javier de Borbón-Parma, ha sido internado en un campo de concentración nazi. Por ello y por otras razones, los miembros de la disuelta Comunión Tradicionalista son entonces esencialmente aliadófilos y, como tales, opuestos a los germanófilos falangistas. De hecho Fal Conde prohíbe tras su regreso a España que cualquier carlista se aliste a la División Azul, y prepara la formación de un tercio de requetés que se unan en África al general británico Montgomery, lo que a punto está de costarle un consejo de guerra de no haber intercedido el cardenal primado. Si a ello le añadimos los contactos mantenidos entre emisarios de los servicios secretos ingleses y sacerdotes navarros y vascos, reuniones destinadas a organizar patrullas de guerrilleros carlistas en el caso de que los alemanes traten de avanzar desde Hendaya, podremos hacernos

una idea de cuál es la situación.

Es posible deducir, por tanto, que el conflicto bélico internacional estaba teniendo una acentuada proyección nacional en forma de tensiones dentro del aparato franquista. En el verano del 42, una vez que la victoria alemana había dejado de ser clara y el Caudillo ya había iniciado su aproximación a los aliados a través del dictador portugués Oliveira Salazar, las tensiones condujeron a un brote de violencia. En el centro de la misma aparecía la figura del general Varela, poderoso ministro del Ejército, valioso elemento del carlismo y reconocido antifalangista.

Se le consideraba el miembro más notable del Consejo Superior del Ejército cuando en 1940 este órgano reclama al Generalísimo una actuación firme contra Falange, y en abril del 42 vuelve a dirigirse personalmente a Franco con otra petición: que cese a su cuñado. Es difícil calcular hasta qué extremo ha podido influir en sus correligionarios; el hecho es que en el desfile carlista conmemorativo del 18 de julio en Bilbao se oyen gritos de «¡muera Franco!». Mientras, las escaramuzas entre los falangistas y sus rivales se reproducen en otros puntos del país.

El gobierno teme que dichas manifestaciones se recrudezcan con motivo de la concentración carlista del 16 de agosto en la basílica de Begoña de la capital vizcaína, donde viene celebrándose desde 1940 una misa por las almas de los requetés caídos durante la guerra. De quién ha sido la idea no está muy claro, pero el caso es que ese día acude un grupo de jóvenes falangistas para vigilar el desarrollo del acto. Poco después de concluir la ceremonia religiosa, cuando los carlistas se agrupan ante el santuario y comienzan a corear consignas monárquicas y antifranquistas, se produce un choque con los vigilantes. Estos temen por su integridad, y uno de ellos responde lanzando dos granadas que causan más de un centenar de heridos.

Varela, que ha asistido con su esposa y que estaba dentro del templo al producirse el incidente, tergiversa lo sucedido al interpretarlo como un atentado contra su persona durante la conversación telefónica que mantiene poco después con el Generalísimo. Luego se apresura a enviar telegramas a todas las capitánías generales, aunque en ellos ya se refiere a un ataque contra el ejército. Otro tanto hace Galarza, quien en calidad de ministro de Gobernación remite comunicados similares a los gobernadores civiles.

Al día siguiente los carlistas distribuyen un panfleto en el que se acusa a José Luna, vicesecretario general del Movimiento, de estar detrás del atentado, pidiendo incluso al ejército que acabe con él (cabe recordar que Luna, en una alocución pronunciada dos meses antes, había aconsejado contra los disidentes llevar «la estaca en la mano y a romper costillas»). Pero el panfleto va más lejos: califica al régimen franquista como «el más

repugnante que ha padecido nuestro pueblo, [...] una farsa sangrienta que está hundiendo a España en la vergüenza».

Los militares muestran su solidaridad con Varela. A los siete falangistas detenidos en Begoña, viejas para más señas, se les somete rápidamente a un consejo de guerra y uno de ellos es fusilado, aunque los altos cargos falangistas se abstienen de manifestarse en defensa de los convictos. Si a lo mencionado sumamos la fuerte discusión que se produce entre Franco y Varela en el momento en que este le exige un castigo íntegro contra Falange, ya contamos con todos los ingredientes para la crisis ministerial de principios de septiembre. Varela, Galarza y Luna son cesados, y cuando Carrero Blanco alerta a Franco de que la destitución de los dos ministros será interpretada como una victoria falangista si no va acompañada de contrapartidas, Serrano, que lleva dos años en declive y que además ha mostrado cierta condescendencia con los activistas de Begoña, es definitivamente apartado del gobierno.

Pero de todos los que ejercieron la conspiración durante el primer periodo del franquismo, quien destacó por su tenacidad fue sin duda el general Antonio Aranda Mata, una tenacidad que le hizo ganarse el sobrenombre de *El Tábano*. En su empeño por liquidar el sistema caudillista estableció contactos de lo más variado, y entre ellos sobresalen los que mantuvo con el astuto embajador británico y exministro Sir Samuel Hoare. Trataré de sintetizar el abundante material en torno a este apasionante asunto.

Considerado liberal y masón, se dice que meses antes del levantamiento, siendo gobernador civil en Oviedo, Aranda advierte de su preparación al presidente interino de la República, Diego Martínez Barrio, aunque al serle denegado el cargo de Director General de Seguridad por motivos de faldas determina unirse a los sublevados, y probablemente sea cierto que había dado aviso para que los 3000 mineros armados que el 18 de julio parten hacia Madrid sean detenidos en León y fusilados sus cabecillas. Tras una sospechosa demora de dos días se hace fuerte en la capital asturiana, manteniendo a lo largo de casi tres meses una perseverante resistencia en la que queda sordo como consecuencia de un disparo. Una vez conectada la capital asturiana con la retaguardia gallega a través de un estrecho pasillo, aún ha de resistir la ofensiva hasta octubre de 1937. En el 39 conquista Valencia y es nombrado capitán general de esta región donde, según vimos antes, da pruebas de su resentimiento hacia la Falange.

El notorio papel de intrigante que se atribuye Aranda es en buena parte responsabilidad del gobierno británico. Esto no significa que Inglaterra pretenda derrocar al dictador español, pues de hecho su embajador en

España, el exministro sir Samuel Hoare, ha demostrado durante la Guerra Civil una clara postura pro-franquista colaborando en la evacuación de perseguidos de la zona republicana. Poco después de formar el primer gabinete, en mayo de 1940, Winston Churchill lo destina a Madrid porque necesita a toda costa garantizarse la neutralidad de nuestro país. Hoare no pierde ni un segundo, y a base de cócteles y banquetes se va ganando la confianza de los miembros del aparato que le pueden ser más favorables. Cabe señalar que la embajada inglesa juega de entrada con una importante baza, el permiso para fletar barcos cargados de alimentos con destino a España, algo que los alemanes solo prometían en el caso de que Franco se uniese a ellos en la guerra. Al mismo tiempo Hoare trabaja para convencer a la diplomacia norteamericana, mucho más antifranquista, de la importancia de mantener a España al margen de la contienda.

El duque de Alba, homólogo de Hoare en Londres, le ha expresado por carta al coronel Juan Luis Beigbeder su admiración hacia el nuevo diplomático, lo que sin duda favorece que el entonces ministro de Exteriores se convierta en el primer contacto de alto nivel logrado por el embajador. Buenas son también las relaciones que establece con Varela, todavía ministro del Ejército. El frente antigermanófilo —o lo que es lo mismo, antiserranista— que tiene proyectado se completa con Aranda, quien llega a confesarle su intención de preparar un golpe de estado. Este aserto parece venir corroborado por Cipriano Mera, dirigente anarquista exiliado y antiguo comandante republicano, según el cual Aranda trataba incluso de contactar con la clandestina CNT en su desesperada búsqueda de apoyos para la sublevación.

Los contactos antes citados entre la inteligencia británica y los requetés navarros fueron planteados, según Hoare, por el propio Beigbeder tras su salida del gobierno en octubre, cuando lo desbanca Serrano Suñer. Dicho plan queda completamente preparado en agosto del 41, una vez que el embajador se asegura de que en él no intervendrán antiguos republicanos. De su organización se encargará Alan Hillgarth, agregado naval y coordinador de los servicios secretos en Madrid. Este capitán de navío, hombre clave para Churchill, había desempeñado un importante papel en la conquista de Menorca por Franco, evitando así que cayese en manos italianas.

Pero las operaciones que más nos interesan de las llevadas a cabo por Hillgarth son las relativas al soborno. Hoy sabemos que repartió unos diez millones de dólares de entonces entre determinados generales franquistas para impedir a toda costa la incorporación de España al conflicto mundial junto al Eje. En las negociaciones cuenta con la ayuda del capitán de fragata Ian Fleming, que más tarde se hará célebre como creador del personaje literario de James Bond. La intermediación corre a cargo de un individuo

cuya biografía podría parecer extraída también de una novela, el mallorquín Juan March. Banquero, armador, contrabandista, diputado de Izquierda Liberal y luego financiero de la sublevación contra la República —costeó el alquiler del Dragon Rapide, el avión que transportó a Franco desde Las Palmas hasta Tetuán—, March es el responsable de hacer llegar los fondos depositados en la Swiss Bank Corporation de Nueva York a sus beneficiarios. De aquella inmensa fortuna, más de la quinta parte va a parar al bolsillo de Antonio Aranda.

A comienzos de 1941 la abdicación de Alfonso XIII en don Juan de Borbón introduce un nuevo núcleo conspiratorio en la política nacional, si bien sus apoyos iniciales son reducidos. La perspectiva de una restauración monárquica resulta confusa durante este año y el siguiente, y hay quienes llegan a plantearse incluso la posibilidad de un reino con apoyo falangista y alemán, como es el caso de Juan Vigón mientras ostenta la cartera de Aviación, o el del propio Serrano. El mismo Sainz Rodríguez recibe promesas de Goering en el sentido de apoyar al heredero si este pacta con Alemania. Mientras tanto Franco saca buen provecho de tal estado de confusión dándole largas a sus aspiraciones.

Por otra parte no es menos cierto que, al igual que Alemania, la alianza angloamericana tiene puestos sus ojos en las islas Canarias, donde proyecta la instauración de un gobierno antifranquista en previsión de que Hitler ocupe la península ibérica y, por ende, se haga con el control de Gibraltar. Para la llamada Operación Pilgrim (Peregrino) Churchill ha preparado más de cinco mil efectivos, al tiempo que los aliados se mantienen en contacto con militares republicanos en el exilio como el general José Miaja o el coronel Asensio. De creer a Sainz Rodríguez, a él se le encargaría poner en marcha la junta monárquica insular mientras Antonio Aranda encabezaría otra junta militar desde Barcelona.

Entre tanto, Aranda ve esfumarse ante sus ojos cada uno de los nombramientos que cree merecer: la jefatura del Alto Estado Mayor, el ministerio de Asuntos Exteriores, o el supuesto ministerio de Defensa que agruparía los tres ejércitos, y que Franco jamás quiso crear a fin de no perder el control absoluto sobre el estamento militar. En octubre del 41 Aranda organiza una reunión con sus antiguos compañeros de armas. En ella se proyecta una regencia con Kindelán, Luis Orgaz, Miguel Ponte o Fidel Dávila, y un gobierno presidido por el propio Aranda en el que estarían también Varela, Vigón y Jordana. Un ambicioso proyecto en suma para acabar con Serrano Suñer, donde Franco solo tendría cabida si aceptase las condiciones de aquella junta militar que, en todo caso, controlaría el poder.

La noticia circula por distintas embajadas. Los ingleses comienzan a impacientarse, pero los promotores del golpe de estado no se ponen de

acuerdo ni en la forma ni en el momento, ni siquiera en los participantes. Días antes de Navidad Franco se reúne con el Consejo Superior del Ejército. Kindelán, que actúa de portavoz de los generales, se queja de que no los tiene en cuenta, poniendo como modelo consultivo la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Finalmente obtienen del Caudillo la promesa de que les pedirá opinión sobre las decisiones más relevantes, pero la reunión acaba sin que nadie mencione la destitución de Serrano.

En marzo del 42 el comité monárquico logra importantes apoyos entre los capitanes militares; no obstante siguen sin estar claros los pasos para hacerse con el gobierno. Tras los sucesos de Begoña, Aranda, Kindelán y Orgaz vuelven a presionar a Franco con la intención de que se aleje de Falange y refuerce sus vínculos con el ejército. Franco responde en octubre con la oferta a Aranda de la cartera de Gobernación. Aranda pone el listón demasiado alto: quiere la supresión del partido y un cambio completo de gobierno, un gobierno en el que él mismo habría de ostentar la presidencia, reservando la jefatura de Estado para el Caudillo.

En noviembre don Juan acaba decantándose por la neutralidad y en contra de Falange, hacia un horizonte parlamentarista confirmado por Gil Robles seis meses después. Aranda, que mantiene contactos incluso con la izquierda, aprueba la iniciativa, y en junio de 1943 comunica a la embajada británica la consolidación de un frente, la Unión de Fuerzas Democráticas y Monárquicas, dispuesto a derribar el gobierno de Franco. Los acontecimientos se precipitan: al mes siguiente un golpe de estado impulsado por el rey italiano Víctor Manuel III lleva a Benito Mussolini a la cárcel —aunque será liberado en septiembre por paracaidistas alemanes—. En España 26 procuradores de las recién creadas Cortes presentan al dictador un escrito solicitando una rápida restauración monárquica. Este se enfurece, y en una junta política de Falange expresamente convocada en El Pardo resuelve destituirlos por rebelión, además de confinar o deportar a algunos de ellos. Los norteamericanos y los británicos se ponen nerviosos. Aranda les asegura que Franco solo cuenta con el respaldo del diez por ciento de los generales, y que ha llegado el momento de actuar contra él.

El 8 de septiembre Antonio Aranda entrega a Carlos Asensio, ministro del Ejército, una carta para Franco firmada por casi todos los tenientes generales en la que le recuerdan al Caudillo que es a ellos a quienes les debe su cargo, al tiempo que le exigen la restauración borbónica. Franco, que está ya acostumbrado a salir de apuros, propone a Asensio un acuerdo: si este niega haber entregado el documento, él no se dará por enterado. Acabar con la trama no le es difícil; se guarda de dar audiencia a la comisión de intrigantes, y cuando más adelante los va recibiendo a uno por uno, saca a relucir la supuesta condición de masón de don Juan. Luego les asignará

destinos carentes de operatividad.

Pese a que El Tábano Aranda continuó conspirando en los siguientes años, había perdido credibilidad tanto entre los militares y los monárquicos como en las cancillerías aliadas. Destituido del cargo que ostentaba hasta 1946, la dirección de la Escuela Superior del Ejército, a comienzos del año siguiente fue arrestado durante dos meses en Mallorca. En el 49 la llamada Ley Aranda le obligaba a pasar a la reserva sin posibilidad de reclamar su ascenso a teniente general, un ascenso que le sería concedido en 1976 por el rey Juan Carlos, próximo al fin de sus días.

La investigación del periodo descrito me proporcionó cierta perspectiva del turbulento clima político durante el cual cambió de identidad el misterioso personaje que fue a ocultarse a Las Cumbres. La posibilidad de encontrar cualquier pista resultó, sin embargo, completamente infructuosa. Esta afirmación tan rotunda se sustenta en un hecho palmario: de todos aquellos que estuvieron implicados en las conspiraciones o conflictos gubernamentales relatados, ninguno cuya fecha de nacimiento fuese próxima a la de Valverde Muñices había muerto o desaparecido en los años previamente anteriores a aquel en que nuestro impostor se sirve de un nombre falso.

Con ello no pretendo afirmar que no existieran muertes sospechosas. El propio control del bando rebelde por parte del general Franco se debió en buena medida a la desaparición de dos miembros claves del alzamiento, los generales Sanjurjo y Mola, en sendos accidentes de aviación. Incluyo tres párrafos al respecto:

José Sanjurjo, que había apoyado tanto el golpe de estado de Miguel Primo de Rivera como el advenimiento de la II República, protagonizó él mismo un levantamiento contra esta desde Sevilla en agosto del 32. El fracaso de la llamada sanjurjada le supuso una condena a muerte que le fue conmutada por la cadena perpetua. Gracias a la victoria de las derechas en las elecciones del 33 se benefició de una amnistía, y tras abandonar la prisión se exilió en Estoril. Allí va a buscarlo el 20 de julio del 36 el aviador Juan Antonio Ansaldo, que ha sido enviado por Mola para llevarlo a Burgos a bordo de su avioneta. Al despegar se produce un accidente, y aunque Ansaldo solo resulta herido, el general pierde la vida en él. Contra la tesis de un posible sabotaje se elevan dos importantes circunstancias: que el despegue hubo de realizarse desde un campo inadecuado, y que la enorme maleta repleta de uniformes que Sanjurjo se empeñó en cargar pudo desestabilizar el pequeño aeroplano.

Menos de un año después, en junio del 37, el avión en el que viaja Emilio Mola se estrella a 30 kilómetros de Burgos. Cabe recordar que fue precisamente este general quien cocinó la rebelión desde Pamplona, a donde

había sido destinado por el Frente Popular como gobernador militar para alejarlo de los centros neurálgicos. Sus eficaces negociaciones con Falange y, en particular, con los requetés, lo auparon al cargo de general en jefe de aquellas operaciones en las que era fundamental, y cito sus propias palabras, «propagar una atmósfera de terror».

No existen datos que permitan aseverar una clara desavenencia entre Mola y Franco. Ambos son los verdaderos artífices del avance de las tropas rebeldes, el primero desde el norte y el segundo desde el sur. Mola ha constituido una junta militar a la semana del alzamiento, y Franco se incorpora a la misma pocos días más tarde. Cuando a comienzos de otoño del 36 la junta se reúne a las afueras de Salamanca, Mola apoya la propuesta de Kindelán de nombrar Generalísimo a Franco, situándose en contra de su presidente, el veterano y único general de división Miguel Cabanellas. Este defiende la fórmula de un directorio de tres generales como mecanismo para evitar la dictadura que se avecina. En ese sentido sus advertencias resultan proféticas: «Y si, como quieren, va a dársele en estos momentos España, va a creerse que es suya y no dejará que nadie lo sustituya en la guerra y después de ella, hasta su muerte».

En suma, tampoco concurren los fundamentos suficientes que induzcan a suponer cualquier intencionalidad en el siniestro que acabó con la vida de Mola, el cual, dicho sea de paso, se desplazaba continuamente en avión. Y puestos a fabular con la idea de que Sanjurjo no hubiese muerto en el referido accidente, es decir, que fuese el falso Valverde Muñices, ¿cuántos años habría de tener este en 1976? ¿Ciento cuatro? ¿Veintisiete más que el divisionario desaparecido en el frente ruso? Lo mismo cabría decir de Gómez-Jordana, que falleció en 1944, o de Luis Orgaz, que murió justamente en el 46, el primero con sesenta y ocho años, y el segundo con sesenta y cinco.

Sin embargo, todavía contaba con un tercer fallecido en accidente aéreo durante la guerra civil, alguien cuyo nacimiento había tenido lugar tan solo tres años antes que el de Alfonso Valverde y cuyo vínculo con el Caudillo no podía ser más estrecho. Me refiero a su otro hermano, el menor de los tres.

Ramón Franco, militar de Aviación, aclamado héroe nacional en 1926 por haber sido comandante de la primera aeronave en cruzar el Atlántico Sur, el hidroavión Plus Ultra, era un personaje de rasgos casi épicos. Implicado en diversas intentonas antimonárquicas, jugó un destacado papel en la Asociación Militar Republicana. Tras sufrir varias detenciones, en octubre de 1930 es enviado a prisión, de la que logra fugarse un mes más tarde para participar a continuación en una sublevación militar dirigida por Queipo de Llano: despegó del aeródromo de Cuatro Vientos en un bombardero con el

que sobrevuela el Palacio de Oriente, aunque no llega a lanzar las bombas, según afirmarí­a posteriormente, porque en los jardines del palacio había niños «que no eran culpables de la monarquía».

Con el advenimiento de la II República retorna de su breve exilio y es nombrado Director General de Aviación, pero Azaña lo destituye y lo sanciona poco después debido a su más que probable participación en una sublevación anarquista. Acto seguido solicita la baja del ejército y logra un escaño en el Congreso de Diputados por Esquerra Republicana de Catalunya.

Al producirse el levantamiento militar del 36, Ramón Franco ocupa el puesto de agregado aéreo en la embajada española en Washington. Tras unos meses de dudas regresa a España para ponerse al servicio de los sublevados. Este sorprendente giro político podría explicarse no tanto por lealtad a sus hermanos cuanto por el hecho de que los republicanos han ordenado ejecutar a su amigo y compañero en el Plus Ultra Julio Ruiz de Alda, que había sido uno de los fundadores de la Falange joseantoniana. El caso es que el Caudillo lo destina a la Jefatura de Aviación en Mallorca, desde donde participa en diversos bombardeos contra ciudades mediterráneas. Tal nombramiento provoca la protesta de un Kindelán que, además de ser responsable de los servicios de Aire, no oculta su inquina hacia aquel veleidoso alborotador.

En octubre de 1938 el hidroavión que pilota Ramón Franco desaparece en el mar, aunque su cadáver será encontrado posteriormente en las proximidades del cabo Formentor. Su muerte ha dado lugar a múltiples especulaciones, considerando que tanto para los republicanos como para cierto sector del ejército rebelde resultaba un indeseable. Es difícil concebir que aquel aventurero que cruzó el Atlántico en 1926, que fue además rescatado por un portaaviones británico en 1929, tras pasar una semana desaparecido cuando intentaba llegar a Washington, no pudiera ser salvado por ninguna de las escuadrillas españolas e italianas que acudieron en su búsqueda.

Aun así, la posibilidad de identificar al hombre cuyo pasado intentaba encontrar con la singular figura de Ramón Franco carecía de todo fundamento. La personalidad de este se situaba en las antípodas de la que cabría deducir de aquel sombrío individuo encerrado en Las Cumbres. El aviador era un seductor irresistible, un aventurero juerguista, pendenciero y tahúr, que cuando se emborrachaba se ponía a cantar aquellos versos anticlericales del Himno de Riego: *Si los curas y frailes supieran / la paliza que van a llevar / subirían al coro cantando / libertad, libertad, libertad*. En fin, cuesta trabajo creer que fuese hermano del rancio dictador. Y sin embargo, no quise dejar pasar la oportunidad de imprimir un retrato suyo en sepia

que había encontrado en la web y de enviárselo a Eugenio en un sobre con una breve nota: «¿Le encuentras algún parecido con el abuelo de Carmencita?». La respuesta de mi amigo no era menos lacónica: «Está claro que andas un poco perdido».

7. Febrero de 2004

A pesar de mis escasas esperanzas, la evidencia de que aquella tarea de investigación no había logrado arrojar luz alguna sobre lo que iba buscando me ocasionó tal frustración que acabó afectándome física y mentalmente. No niego que yo mismo me empeñara en infligirme ese daño conforme el fracaso se hacía evidente, pero su resultado fue un peligroso cóctel de estrés y abatimiento, y una sensación de adversidad ante el menor percance.

De un modo absurdo comencé entonces a identificarme con Alicia y con su trágico destino. Poco importaba que entre sus indagaciones y las mías hubieran transcurrido veintiocho años, o que las circunstancias políticas con las que ella tuvo que lidiar no admitieran comparación con las que yo estaba viviendo, por grande que fuera la indignación que sentía en esos días. En mi cabeza había empezado a desarrollarse como una larva el temor de que también a mí pudiesen estar vigilándome, sobre todo a raíz de los encargos que le había hecho al procurador de Azulejos. Una fobia que me llevó a telefonearle, bastantes semanas después de haberle abonado la minuta por sus servicios, solo para saber si en las solicitudes del informe y del certificado constaba el nombre del solicitante. «Por supuesto —afirmó—; los procuradores actuamos únicamente como representantes de nuestros clientes ante la administración judicial».

Aunque mi raciocinio iba manteniendo a raya esa incipiente manía persecutoria, debo reconocer que no eran pocas las veces en que, caminando por la calle, me volvía con disimulo tratando de identificar algún rostro extraño que ya hubiera visto antes, o que estando en mi habitación apagara la luz y apartara el borde de la cortina para buscar una silueta sospechosa en algún rincón sombrío de la plaza. Confieso que llegué incluso a tomar la costumbre de situarme a tres o cuatro metros del bordillo mientras aguardaba para cruzar un paso de peatones; con ello creía evitar que una mano homicida pudiera lanzarme bajo las ruedas de algún vehículo.

Esa actitud expectante frente a mis propios fantasmas —al menos por el momento— no era sino el escape nocivo de una imaginación cuya conciencia había quedado varada en medio de la niebla. Como no sabía adónde ir, como no vislumbraba el camino, había optado por refugiarse en el delirio de la cobardía.

Todas estas reflexiones las iba desgranando mientras permanecía tumbado en la cama, con los ojos cerrados, en una tarde desapacible de domingo. La sensación de impotencia me condujo a un pensamiento recurrente: el tiempo que había transcurrido sin que Carmen diera respuesta a la carta que le entregué a su secretaria. Lo cual, por otra parte, resultaba más que previsible. Pero ¿había hecho yo algo más para lograr ese contacto? ¿Realmente estaban agotados todos los caminos que podían conducirme hasta ella, a pesar de los más de mil kilómetros que nos separaban?

De repente me asaltó una idea. Era algo tan elemental que al mismo tiempo me

pregunté cómo no se me había ocurrido hasta aquel instante. Encendí el ordenador, pulsé el icono del navegador y aguardé a que el cese del ruido del módem confirmase el establecimiento de la conexión. Tan pronto se cargó el buscador que tenía como página de inicio escribí «Carmen Garrido» y le di a la tecla de retorno. Demasiados resultados: la combinación del nombre y del apellido era más común de lo que suponía, y si le agregaba el segundo apellido, Valverde, presentaba enlaces poco o nada relevantes. Borré este último, añadí en su lugar el término «zoología» y ejecuté una nueva búsqueda. Allí estaba. La primera decena de entradas no tenía demasiado interés: eran las consabidas noticias de los grandes medios relativas a la muerte del gorila albino. Trataba de encontrar alguna biografía profesional más o menos amplia cuando a mitad de la segunda pantalla me llamó la atención una serie de palabras: «jornadas», «Cádiz», «conferencia», «13 marzo».

Piqué sobre aquel enlace y aguardé con el corazón acelerado a que se cargase la página a la que apuntaba. Finalmente vi que me encontraba en la sección de noticias de la web de AIZA, la Asociación Ibérica de Zoos y Acuarios. En efecto, la asociación había convocado unas jornadas bajo el título de *Bienestar animal* que tendrían lugar en el palacio de congresos de Cádiz durante los días 13, 14 y 15 de febrero de 2004. El programa del primer día se cerraba con una conferencia que bien podía versar sobre mí: *Prevención del estrés en animales en cautividad*, dictada por doña Carmen Garrido Valverde, doctora en Zoología y conservadora del Zoológico de Barcelona. Eso sería el viernes siguiente. Estaba claro que la fortuna me había brindado una nueva oportunidad que no podía desperdiciar.

La conferencia comenzaba a las siete de la tarde. A la vista de cómo se habían desarrollado los acontecimientos en Barcelona consideré necesario evitar en principio cualquier situación tensa, de modo que opté por incorporarme media hora después. Procuré entrar en la sala con el mayor sigilo posible y tomé asiento en un extremo de la última fila. Aun así, mi llegada no pasó desapercibida para la protagonista del acto, cuya disertación se volvió titubeante durante los pocos segundos en que su mirada y la mía se cruzaron. Aunque lo interpreté como un mal augurio, respiré hondo tras comprobar que apenas tres o cuatro oyentes parecían haber relacionado ambos hechos, y que ella había recuperado enseguida su tono apaciguado y proseguía la exposición con normalidad.

Pese a no ser el tema del acto el objeto de mi interés, debo admitir sin embargo que la forma en que lo desarrollaba resultaba atractiva y no poco didáctica. Pero también es cierto que a veces se me escapaba el hilo del discurso, pues las inflexiones de su voz grave y aterciopelada ejercían sobre mí tal fascinación que el significado de las palabras acababa diluyéndose bajo el componente melódico de su retórica.

De igual manera que el deleite que nos brinda un viaje puede ser tal que no deseáramos llegar jamás a nuestro destino, yo hubiese preferido que la conferencia no tocara a su fin. Cuando, tras un breve turno de preguntas, la coordinadora de las jornadas expresó su agradecimiento a la conferenciante y el público hizo otro tanto

con un prolongado aplauso, empecé a ponerme nervioso. Yo había acudido hasta allí con la idea de abordar a Carmen Garrido al término del acto. Necesitaba, ante todo, disculparme por la estúpida argucia que empleé para obtener nuestra malograda entrevista, pero también pensaba rogarle que me concediese al menos unos minutos, en esa o en otra ocasión, para tratar de convencerla de lo crucial que resultaba su declaración. Obviamente había *algo más* que me hubiese gustado expresarle, pero si en lo anterior ya pecaba de ingenuo, esto último pertenecía al territorio de la más pura fantasía.

En todo caso aquel plan resultaba fallido porque no había tenido en cuenta lo que era previsible, es decir, lo que en ese momento estaba sucediendo: que numerosos asistentes se habían acercado al estrado para felicitar a la prestigiosa conferenciante y departir con ella sobre asuntos propios de la asociación. Yo, que había abandonado mi rincón y me había ido aproximando discretamente por el pasillo hasta más o menos la mitad, trataba de sobrellevar con estoicismo la tremenda sensación de ridículo que me estaba retorciendo los intestinos. Y aunque no podía ver mi propio semblante, su descomposición quedaba perfectamente reflejada en los esfuerzos de Carmen para mantener la atención hacia lo que le decían sus interlocutores. Los dedos de su mano derecha no cesaban de recorrer el borde de la carpeta que sostenía sobre el pecho, mientras se ajustaba una y otra vez en el hombro la correa del bolso con los de la izquierda. Si mostraba una sonrisa, esta resultaba tan forzada que se borraba de sus labios en apenas unos segundos. Mientras tanto sus pupilas, incapaces de mantenerse fijadas, vigilaban con frecuentes miradas furtivas mi estatismo.

Era la última baza y me resistía a admitirlo, pero llegó un punto en que la situación se hizo insoportable. Busqué sus ojos con una amarga sensación de despedida, y al encontrarme con ellos agaché la cabeza, volví sobre mis pasos y abandoné la sala sin detenerme. Tan pronto alcancé la calle, la brisa me secó las lágrimas que no había logrado contener.

Una vez que entré en la autopista y pude desocuparme de las indicaciones comencé a digerir lo que había sucedido o, para ser más exactos, lo que no había llegado a suceder: el lance que yo mismo había abortado, la derrota autoinfligida, fulminante, definitiva. Todos los caminos estaban agotados; era necesario aceptarlo así. En el fondo suponía un alivio, porque ya no tendría que seguir devanándome los sesos tras la pista invisible de aquel impostor. Podría al fin regresar a la realidad y recuperar el sosiego que tanto necesitaba.

Se me presentaba, claro está, un grave dilema de índole moral y económico. ¿Cómo iba a devolverle a Eugenio el dinero que me ingresó si ya no disponía del mismo y había apurado hasta la última gota de mis recursos? La solución más drástica pasaba por olvidarme de él, no atender a sus llamadas ni a sus cartas. Al fin y al cabo nunca me obligó a firmar un contrato o cualquier otro tipo de documento que me vinculase a su encargo. La transferencia bancaria estaba registrada, de acuerdo, pero en ella no constaba ningún concepto. Y si planteaba una demanda, ¿podría

ganarla? Difícil de creer: con su escasa entereza era hartamente improbable que lo hiciese.

Tal vez podría haberme entretenido consolidando esta ruindad en lo que restaba de camino si no hubiese sido por un hecho que captó toda mi atención poco después de pasar el peaje de Las Cabezas de San Juan. Era viernes por la noche, había cierta densidad de tráfico y si exceptuamos los camiones, los autobuses y alguna que otra furgoneta que fui dejando atrás, mi automóvil parecía ser el único que no superaba el límite de velocidad. Sin embargo, en un momento dado me dio la impresión de que otro coche me iba siguiendo. Aunque al principio quise interpretarlo como el enésimo episodio de la fobia que venía atormentándome, aminoré la marcha a la espera de que me adelantara enseguida. No fue así. Aumenté la distancia con el tráiler que llevaba delante para fijarme detenidamente en aquel vehículo. Era un turismo de gama media, más o menos nuevo —la matrícula de tres letras imposibilitaba conocer su origen—, sin otros ocupantes que el conductor. Por desgracia la oscuridad de la noche cerrada me impedía ver su figura.

Opté entonces por seguir la táctica inversa. Tan pronto hallé un claro en el carril izquierdo reduje a cuarta y pisé a fondo el acelerador. Adelanté no solo a todos los vehículos que había dejado pasar antes, sino también a otros muchos que iban rápido y que preferían cederme el paso al ver el modo en que me aproximaba. De todas formas, más que el riesgo de sufrir un accidente fue el componente económico de mi escapada —el derroche de gasolina y el coste de una posible multa— lo que me hizo recuperar la cordura y buscarme un hueco entre dos camiones pesados.

Según cabe imaginar, a partir de ese instante no quité ojo del retrovisor izquierdo. La estrategia no tardó en dar sus frutos. Aquellos mastodontes, cuya idéntica rotulación dejaba patente que seguían la misma ruta, iban muy despacio. Todos los vehículos nos adelantaban con ligereza, algunos de ellos del mismo modelo que el que trataba de evitar. Como en ocasiones pasaban a tal velocidad y en grupos tan ceñidos que resultaba imposible comprobar sus matrículas, acabé convenciéndome de que mi perseguidor me había tomado la delantera. Una vez repuesto del susto, y dado que no pensaba abandonar mi refugio, puse la carátula de la radio, sintonicé una emisora musical y me obligué a olvidar lo sucedido.

Poco después de la salida de Dos Hermanas advertí una interrupción momentánea en la fila de coches que circulaban por el carril izquierdo. El hecho me llamó la atención, pues conforme nos acercábamos a Sevilla el tráfico se hacía más denso aún. Medio minuto después supe la causa: una fila de vehículos se acercaba despacio por ese carril. Algunas ráfagas de luz larga me hicieron comprender que el primero de ellos no dejaba paso a los demás. Cuando faltaban pocos metros para que me rebasara, aquel auto se colocó rápidamente detrás del camión que yo llevaba a mi espalda y el resto pudo acelerar sin trabas. La maniobra me hizo perder los nervios, porque ese coche no era otro que el que me perseguía.

Los intentos de escapar a su acoso fueron inútiles. Por más adelantamientos que realizara, aquel conductor me iba pisando los talones. Al llegar a Sevilla traté de

burlarlo haciéndole creer que iba a incorporarme a la SE-30 en sentido este y cruzándome bruscamente de carril en el último momento en dirección a Huelva. Imposible. Quienquiera que llevase ese coche sabía adónde iba.

En el momento de tomar la salida 14 me dominaba tal crispación que solo pensaba en una cosa: en lugar de dirigirme a mi casa iría directamente a la comisaría más próxima. Renuncié a seguir mirando atrás. Desde la carretera del Muro de Defensa doblé hacia la avenida de Coria. La circulación se fue espesando según avanzaba por la calle de San Jacinto, y aún más en la de Pureza. Al fin pude girar para meterme por Duarte. Frené en seco frente a la comisaría y salté del vehículo. Fue entonces cuando oí aquella voz que me llamaba.

—¡No entres! ¡Espera, soy yo!

* * *

Media hora más tarde me encontraba viviendo una situación que ni por asomo habría logrado imaginar: estaba sentado en un rincón de una vieja taberna de Triana compartiendo mesa con Carmen Garrido. La prueba del giro providencial que habían tomado los acontecimientos es que nos invadía una risa floja al recordar los pormenores de la dichosa persecución. Los efectos del fino se dejaban notar en la locuacidad de Carmen.

—Y yo no hacía más que decirme: «pero, bueno, ¿dónde demonios se ha metido este hombre?». Y venga a revisar coches y que no te encontraba. Vamos, que parecía una ITV rodante. Me metí incluso en el área de servicio del Cerro del Fantasma y nada, ni rastro. «A lo mejor es que lo han abducido los extraterrestres», pensé. Oye, no te rías, que yo tenía una amiga que presumía de eso.

—¿Conoces aquello de «marcar distancias»? Pues era justo lo que yo trataba de hacer. Así, textual. Sin embargo me quedé con las ganas de despistarte al entrar en la SE-30. ¿Cómo te diste cuenta?

—Bah, fue un error por tu parte. Yo sabía dónde quedaba tu casa. Recuerda que anotaste la dirección en la carta que le diste a Montse. Y como ya me había percatado de tus intenciones —lanzó un guiño— no mordí el anzuelo.

—Desde luego tenía razón Eugenio al alabar tu inteligencia. —De inmediato advertí que aquel comentario no había sido de su agrado.

—Dejemos eso ahora, si no te importa. —Se mantuvo pensativa durante unos segundos— Lo que no acabo de entender es... No sé, ¿quién creías que te estaba siguiendo? —dijo poniendo ojos de asombro y abriendo las manos— ¿Un psicópata? ¿Un miembro de la mafia? No será que la policía tiene una orden de búsqueda contra ti, ¿es eso? —Se le escapó una carcajada que hizo que me ruborizara. El camarero buscó un hueco en la mesa para depositar la segunda ración que habíamos pedido—

Gracias.

—Cómo eres. Está claro que lo has hecho para poder reírte de mí ahora.

—No lo dirás en serio —y fue ella misma la que adquirió un aire de falsa seriedad al decirlo mientras repartía los cubiertos.

—De acuerdo, lo dije por pura provocación. Aunque tú tampoco has aclarado todavía por qué me has seguido.

Bajó los ojos. Pinchó un trozo de cazón y se lo llevó a la boca. Lo saboreó con delicadeza, cerrando los párpados para deleitarse con el sabor, y luego bebió un sorbo de vino. Volvió a mirarme con los ojos chispeantes.

—Oye, está muy bueno. Me gusta que me hayas traído a este sitio.

—Carmen... —Mi entonación reprobatoria le obligó a renunciar a la evasiva.

—No me porté bien contigo y el remordimiento me pasó factura. Soy así, qué le voy a hacer. Necesitaba pedirte disculpas.

—No nos equivoquemos, era yo quien había acudido esta tarde para disculparme contigo.

—Es cierto que mentiste sobre el motivo de la entrevista, pero mi respuesta fue desproporcionada. Cuando vi cómo te sacaba a empellones aquel cafe...

Había escorado demasiado rápido hacia la tristeza. Le lancé un cabo.

—A propósito, ¿dónde te has dejado a tus guardaespaldas?

—No me lo recuerdes. Tuve una discusión con..., vamos, con mi marido, por el tema de los de seguridad. Estoy harta y se lo dije bien claro: «Si me vas a colocar *seguratas* no me muevo de Barcelona».

—Y otra cosa que no entiendo es cómo llegaste a identificar mi coche.

—¡Vaya pregunta! Cuando te vi marcharte solté la primera excusa que se me ocurrió y me fui detrás de ti. Ibas muy deprisa. Por suerte me dio tiempo a localizarte cerca del aparcamiento de la estación, pero cuando llegué ya estabas saliendo. Yo tenía mi coche en otro sitio y tuve que...

—¿Has venido en coche desde Barcelona?

—No, vine en avión. Pero alquilé uno porque voy a aprovechar estos días para visitar los zoos andaluces, que aún no los conozco, qué vergüenza. Oye, ¿no crees que estás haciendo demasiadas preguntas? A mí también me gustaría enterarme de ciertas cosas.

—Hum, me encanta que alguien se interese por mí. Ya sé que no es ese tu problema precisamente —en ese instante fui yo quien hizo el guiño mientras apuraba el catavino. Carmen agotó el suyo y avisé al camarero para que los rellenara—. Adelante, pregunta lo que quieras.

—¿Por qué aceptaste el encargo de Eugenio? Porque fue él quien te metió en esto, ¿no es cierto?

Estar allí con Carmen, al filo de la medianoche, sentados frente a frente y ajenos a cuanto nos rodeaba, representaba para mí un regalo inimaginable. Su presencia resultaba tan cálida, ponía tanta atención a mis palabras, que no tuve reparo en

contarle la verdad sobre el rosario de vicisitudes económicas por el que estaba pasando, el motivo que me había empujado a hacerme cargo del trabajo. Pero lo más fascinante de todo aquello era esa peculiar expresión de su rostro, pues traslucía la zozobra que me embargaba al recordarlo con mayor fidelidad que mis propias palabras. Un pensamiento cruzó de pronto por mi cabeza: Carmen aparentaba experimentar hacia mí —y es probable que fuera auténtico— el mismo sentimiento de compasión que le habría provocado un animal desamparado. Esto me causó cierto desasosiego, de modo que terminé resumiendo aquel relato que se estaba prolongando más de la cuenta. En su boca se dibujó entonces una sonrisa de consuelo antes de decir:

—¿Te enfadarás si te hago un comentario sobre lo que acabas de contarme?

—Supongo que no. ¿De qué se trata?

—Ya me imaginaba que no andas muy bien de dinero.

—¿Por qué? —Admito que me molestó su afirmación. Saqué el paquete de tabaco, le ofrecí un cigarrillo y me puse otro entre los labios.

—Oh, bueno —y mostró un gesto teatral. Le di fuego. Dio una calada y giró la cabeza para expulsar el humo—. Generalmente me invitan a comer en restaurantes de cierta categoría.

—Eso es un golpe bajo, Carmen.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Es una broma, tonto, ¿no te has dado cuenta? —Buscó mi indulgencia colocando la palma de su mano sobre el dorso de la mía— Me producen empacho los sitios lujosos; en cambio aquí me encuentro muy a gusto. Me encanta estar aquí...

¿Iba a decir «contigo», o solo era el deseo de oírlo, el eco del Deseo, con mayúsculas, quien se aprestaba a engañarme de nuevo? La mano de Carmen había retrocedido con el mismo descuido con que se posó, dejándome un vacío cuyos límites no alcanzaba a precisar: así de perdido me sentía.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Carmen. Mi silencio me había delatado.

—En absoluto, todo lo contrario. Lo que no sé es si tú...

—Vaya, me vas a tener que perdonar. —Al sacar el móvil del bolso advertí que estaba vibrando. Pulsó el botón de llamada y con mímica dio a entender que debía salir a la calle para hablar.

Casi a continuación unos cuantos parroquianos que bebían frente a la barra, y cuya afición por los cantes a voz sola conocía de ocasiones anteriores, se enfrascaron en un mano a mano por tonás y por deblas. La demora de Carmen me brindó la oportunidad de concentrarme en la apreciación de su arte, lo que hizo que, al volver, mi acompañante tomara asiento en silencio y prestase atención al cantaor de turno hasta que este concluyó.

—Qué sentimiento —dijo tras un suspiro—. Lamento haberte interrumpido. Estabas hablándome cuando tuve la llamada.

—Sí, bueno, solo quería decirte que, aunque es un placer poder disfrutar de tu

compañía...

—Ya sé —esbozó una mueca de contrariedad—: me vas a recordar que aún no hemos hablado de lo que te interesa.

—Ah, no, no es eso. Me refería a la preocupación por tu hora de regreso. Se está haciendo muy tarde y la carretera...

—Olvídalo, no tenía pensado volver a Cádiz esta noche.

—Oh, perfecto. La cuestión es que... —no sabía cómo planteárselo—, verás, me gustaría ofrecerte mi casa, pero..., bueno, en realidad tampoco tengo casa, quiero decir casa propia. Vivo con mi hermana y con una tía anciana y..., espero que lo entiendas, el piso es pequeño, no disponemos de..., ¿cómo se dice? —con los nervios no me salían las palabras.

—Habitación para invitados.

—De habitación para invitados, eso es.

—¿Y ese era el problema? —acabó la copa al tiempo que me observaba con ojos de niña traviesa—. ¿Y si te dijera que he tardado un poco porque estaba reservando habitación en un hotel cercano, eh?

—Pero entonces las jornadas...

—¡Al diablo con las jornadas! Venga, relájate de una vez, que te veo muy tenso.

—Descuida, que no vas a tener que repetírmelo. ¿Pido la cuenta y nos vamos a otro sitio? ¡Camarero!

—¿Para una vez que puedo escuchar flamenco puro? —Otro de los aficionados se había arrancado por martinetes— Si estamos en la gloria, hombre. —Se la veía exultante— ¡Camarero, que sean dos copas más! ¿Quieres algo más de comer?

Eran las tres de la mañana cuando salimos del mesón. Las dos últimas horas habían pasado volando: tal fue el entusiasmo de Carmen ante mis limitados conocimientos sobre el cante jondo que de repente, no sé cómo, nos encontramos confraternizando con aquella peña de artistas sin pretensiones.

Lógicamente la animada tertulia vino acompañada de unas cuantas copas, de modo que nada más pisar la calle resolvimos dejar los coches en el aparcamiento. En el paseo que nos llevó al Altozano, y desde allí, por la calle Castilla, hasta Chapina, la embriaguez no solo no lo impedía, sino que contribuía a percibir la frialdad de la noche invernal, de la luz de las farolas, del silencio que hería nuestros pasos, como la solemne envoltura de una travesía mítica. De Tebas a Triana, mi Gradiva egipcia, la hija del monstruo oculto entre las sombras, la virgen desflorada sobre el charco de sangre de su propia abuela, caminaba en ese momento cogida de mi brazo. El lienzo de la palabra había cedido ante el ciclón de sensaciones que me azotaba. Tanto tiempo aguardando la partida, y ahora, cuando al fin comenzaba el ansiado viaje sin retorno, tal vez faltaban solo unos cuantos minutos para su final. El dolor o la felicidad, la incógnita o la revelación: la respuesta a todo estaba en ella, en su inquietante proximidad.

Llegamos a la puerta del hotel. Se dio la vuelta con aire soñoliento y valoré su

atractivo por última vez.

—Bueno —dije para acabar con tan insufrible tribulación—. Ha sido una noche maravillosa. Habrás podido comprobar que no te he acosado con preguntas. ¿Me he portado bien?

—Has demostrado ser un buen chico. Estaba segura de que sería así.

—¿Quizá en otra ocasión...?

—Quizá.

No quería alargar la despedida. Le di un beso en cada mejilla, apreté el dorso de la mano que ella había puesto horas antes sobre la mía y dije:

—Gracias.

Me di la vuelta y comencé a caminar sin esperar a que entrara. Cuando había recorrido veinte o treinta metros con un nudo en la garganta sentí su voz a lo lejos. Hablaba fuerte.

—¿Por qué?

Me volví.

—¿Por qué *qué*?

—¿Por qué te vas? Lo has hecho tres veces en menos de ocho horas.

—No es por gusto. Para serte sincero es lo último que quisiera hacer en este mundo.

—Vuelve entonces.

—Cuidado con las bromas. Lo pone aquí delante —y me señalé en el pecho—: «Fragil».

—Yo también llevo un letrero aquí en mi frente. Dice «Atención al pasado: zona peligrosa». ¿Se ve desde ahí?

—Un poco borroso, la verdad.

—Es que está en letras pequeñas. Tienes que acercarte.

Cerró los ojos y dejó los brazos abiertos. Corrí hasta ella y la apreté muy fuerte contra mí.

* * *

Los días siguientes transcurrieron dentro de una singular normalidad. El sábado, después de almorzar juntos, Carmen se marchó a Cádiz para incorporarse a los actos de la asociación. Lo mismo hizo el domingo por la mañana, pues la clausura de las jornadas tenía lugar a mediodía y ya se había comprometido a asistir al banquete de despedida. Su agenda se completaba con las visitas que me anunció en la taberna. El lunes recorrió tres centros en la Costa del Sol malagueña: Selwo Aventura y Selwo Marina —que acababan de inaugurar la temporada—, más el zoo de Fuengirola. La mañana del martes la pasó en el zoo de Jerez, y la del miércoles en el de Sevilla,

cerca de Guillena. Desistió de acudir al zoo de Córdoba porque aún estaba en fase de remodelación.

Ese era su programa. Tan pronto concluían sus obligaciones profesionales regresaba al hotel de Triana, donde yo la esperaba leyendo el diario en la terraza o en la cafetería. Excepto el sábado, cuando no pudo volver antes de las diez, los restantes días teníamos a nuestra disposición casi toda la tarde y la noche para estar juntos. De manera espontánea se fraguó una deliciosa rutina con los ingredientes propios de un idilio. La dulce urgencia del amor nos conducía primero al lecho, y solo cuando el deseo se apaciguaba con las últimas caricias a lo largo de nuestra rezagada desnudez, encendía un cigarrillo y me entretenía siguiendo frente al ventanal el delgado trazo que las piraguas dibujaban en el río, dejando así que mi amada se preparase para deslumbrarme de nuevo con su belleza.

Otra Sevilla diferente, despojada del tedio con el que la venía habitando en los últimos años, se ofrecía a nuestros ojos nada más traspasar el umbral del hotel. La noche podía sorprendernos admirando la diversidad de pabellones de la Exposición Iberoamericana, o imaginando el trasiego de carrozas dieciochescas en la alameda de Hércules, o incluso saliendo desde el callejón del Agua a la plaza de Alfaro, a la búsqueda del balcón por el que el conde Almaviva y Fígaro habían accedido a la mansión de Bartolo para raptar a Rosina. Eran momentos de una magia particular, no solo por la admiración que lograban despertar en Carmen, sino porque mi insignificante papel de cicerone parecía otorgarme un relieve profesional que, al menos por unos minutos, aliviaba el profundo complejo de inferioridad que me separaba de ella.

La placidez con que se desenvolvían aquellos serenos y prolongados paseos por la ciudad se explicaba en buena parte por una razón nada baladí: mientras me hallase ocupado revelándole mis paisajes urbanos predilectos, la obsesión por tratar de descubrir en Carmen cualquier detalle que me aportara una pista sobre su pasado caía en el olvido. Sus condiciones se habían impuesto con la mayor naturalidad; nuestro amor se alimentaba única y exclusivamente del presente, es más, nos pasábamos las horas acariciándonos con la mirada, reinventábamos el don de la felicidad allá donde estuviésemos, nos amábamos, nos dormíamos y nos despertábamos, apurábamos hasta el último segundo juntos dentro de una burbuja de puro presente, aislados de todo lo que nos fuese ajeno por una tenue película de despreocupación.

Bien es cierto que el carácter subrepticio de nuestra relación nos obligaba de forma tácita a evitar la más leve muestra de cariño en público, pero no lo es menos que tarde o temprano habría de producirse el primer contacto con ese *mundo exterior*, y cuando sucedió se hizo evidente que la burbuja con la que creíamos aislarnos no era tal.

Fue el miércoles por la noche, la última que pasábamos juntos, pues Carmen tenía billete para el vuelo de la mañana siguiente. Al entrar en el restaurante donde quise invitarla a cenar —desde que aboné la cuenta de la taberna no me dejaba pagar en

ningún sitio— nos encontramos con Amelia, una profesora de derecho y miembro como yo de la Plataforma por la Escuela Laica. Amelia, que acababa de cenar con unos amigos, dio muestras de su habitual cordialidad al presentarle a Carmen. No obstante, no quiso dejar pasar la ocasión de comentar conmigo el eco que habían tenido en los medios locales nuestras jornadas, celebradas en el centro de profesores de Sevilla justo el fin de semana anterior al de las de AIZA en Cádiz.

—Si te soy sincero, no he estado al tanto —admití—. ¿Tú has seguido las noticias?

—Yo también te voy a ser sincera: lo he hecho por curiosidad malsana —en su voz aguda asomaba un deje de ironía—, solo para ver si se cumplían mis expectativas.

—¿Y?

—Pues que todos los periódicos cubrían la noticia, ya fuese en la sección de local o en la de educación. Todos menos uno, claro está.

—Supongo que te refieres a...

—Al ABC, faltaría más. Oye, por cierto, ¿qué te parece el manifiesto que presentaron el viernes pasado los de Intervención Democrática?

—Me parece perfecto. Que todo el mundo haga como nosotros y muestre su indignación. Las elecciones están aquí mismo; la sociedad civil debe movilizarse en el mayor número posible de frentes, y cuanto antes —miré de reojo a Carmen; aunque conservaba la expresión atenta, no lograba ocultar su más que probable falta de sintonía con mi opinión.

—Yo creo que puede ser un buen revulsivo. Me ha gustado en particular que entre ellos haya seis rectores; además, de universidades tan potentes como la Complutense o la Autónoma. A ver si conseguimos tumbar al nacionalcatolicismo de una puñetera vez. Yo he renunciado ya a ver el telediario de La 1; me pone enferma.

—Tienes razón, es igual que el Nodo pero en colores.

—Tú lo has dicho. Bueno —quizás Amelia estaba percibiendo cierta incomodidad en la situación—, no quiero entreteneros más, que estaréis hambrientos.

Apenas tomamos asiento comprendí que me encontraba ante una Carmen ligeramente distinta. Al comienzo no manifestó mal humor ni me castigó con reproches. No percibí que se resintiese el trato cariñoso que me reservaba; sin embargo daba la impresión de que este se hubiera teñido con una fría pátina de mordacidad. El hecho es que al calor del vino nuestra conversación había ido derivando de lo intrascendente a lo personal. Incluso salieron a relucir los motivos por los que nos habíamos encontrado aquel 12 de julio en el templo de Karnak. Su marido, el tema tabú, el elemento omitido en nuestras conversaciones hasta entonces, aparecía al fin en sus palabras.

—Tomás no hacía nada más que darme largas. Llevaba cuatro años proponiéndoselo, pero al final siempre volvíamos al chalet de Cadaqués. Así que le dije: «de acuerdo, si hace falta ir a Cadaqués», ya sabes, lo de las relaciones públicas,

«iremos a Cadaqués, pero de este año no pasa que yo me haga mi viaje a Egipto». «Por mí como si quieres irte a Nueva Zelanda», me contestó.

—¿Y por qué hiciste el viaje sola? ¿No tenías a nadie que fuese contigo?

—Caramba, mira quién fue a hablar, El Llanero Solitario.

—Mujer, lo mío era un asunto de trabajo. Creo que te lo he explicado.

—Bueno, ya viste que no iba sola, más bien *demasiado* acompañada —entrecomilló el adverbio con el movimiento simétrico de dos dedos de cada mano. Aborrezco ese gesto—. Lo de mi marido con el tema de la protección es algo obsesivo. De hecho creo que ha terminado por contagiármelo. ¿Sabes?, a veces tengo la sensación de que empiezo a padecer manía persecutoria. ¡Claro que lo tuyo sí que es grave! —y soltó una carcajada.

—Pero también responde a una razón concreta..., aunque tú no quieres que te hable de eso, ya lo sé —no se dio por aludida—. En cualquier caso debes reconocer que tus ángeles de la guarda te van sacando de más de un apuro: primero en Karnak, luego en tu oficina...

—¿Otra vez? Yo también te he explicado cómo me sentí en el zoo —de repente se le agrió el carácter— Respecto a lo de Eugenio, ¿qué te crees, que aquello no fue otro mal trago?

—Lo sé, no dejaba de observarte. ¿Pero te has parado a pensar qué habría sucedido si tus esbirros no hubieran estado allí? Quiero decir, si nadie te lo hubiese quitado de encima.

—Contestar a esa pregunta implicaría entrar en tu juego, y ya te dije que no iba a hacerlo. ¿Adónde quieres llegar?

—A ninguna parte. ¿Qué te pasa, Carmen? ¿Estás muy susceptible esta noche o solo son imaginaciones mías?

Una sombra de hostilidad cruzó su semblante. Abrió la boca para contestarme pero se arrepintió, tomó los cubiertos y centró su atención en el plato.

—Lo siento —dije—. No era mi intención enojarte.

—Pues si no lo era has tardado más de la cuenta en reaccionar —respondió mirándome fijamente a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a la falta de tacto que has tenido ahí en la puerta —y señaló con el dedo en aquella dirección—, a esos comentarios que has hecho con tu amiga. Ella no sabe nada de mí, pero tú sí.

Aunque el volumen de su voz no era excesivo, consiguió llamar la atención de dos señoras de avanzada edad que se volvieron discretamente para mirarnos. Puse mi mano sobre su hombro y dije en tono conciliador:

—No te pongas así, Carmen. Yo entiendo que el cargo de tu marido te haga ver la situación de otro modo pero...

—Caramba, ahora va a resultar que tú también eres de los que piensan que las mujeres carecemos de ideas políticas, que las tomamos prestadas de nuestros esposos.

—Eso es sacar las cosas de quicio. La ideología de una persona suele estar condicionada por su entorno familiar. Yo soy de izquierdas, como has podido ver, y no es casual que mi padre militara en las Juventudes Socialistas durante la República (aunque luego, siendo yo un niño, no abriese la boca porque estaba muerto de miedo, pero esa es otra historia). Mi abuelo materno también era proletario; murió al final de la guerra, así que no llegué a conocerlo. Sin embargo mi madre me transmitió algo muy importante para él: su conciencia de clase. Un concepto, por cierto, que parece haber sucumbido a la amnesia colectiva.

—Tu discurso está trasnochado, suena como..., como si trataras de resumir *El capital* en cuatro palabras. La guerra finalizó hace sesenta y cinco años, ¿o no te das cuenta? Vivimos en el siglo veintiuno, España goza de una prosperidad que jamás hasta ahora había tenido y los niveles de desempleo son más bajos que nunca. Nuestro país se ha ganado el respeto que le corresponde a una nación de más de cuarenta millones de habitantes; se acabaron los complejos. Y no estoy de acuerdo con vuestras campañas laicistas; la Ley de Calidad, aparte de arreglar un buen número de entuertos provocados por la LOGSE que vosotros mismos estáis padeciendo, da respuesta a la multiconfesionalidad. Cualquier niño, cualquier niña puede recibir la educación religiosa que sus padres crean conveniente; y si no quiere, estudiará solo la religión como un hecho cultural.

—Ya lo hacen; yo mismo hago referencia a ella continuamente. Claro que aquí termina imponiéndose lo que mandan los obispos: que sus catequistas, nombrados a dedo y vigilados para que no se salgan de la senda de la virtud, sean los que impartan esa cultura religiosa. Y si de paso se benefician los centros católicos, los que hacen *casting* para escoger a los alumnos de *buenas familias*, mejor que mejor.

—Lo tergiversas todo. Se te olvida que los padres tienen derecho a elegir qué educación desean para sus hijos. No lo digo yo, lo dice la constitución.

—Sería más correcto hablar de los padres de cierta posición económica, porque las cuotas complementarias por conceptos varios que exigen esos centros no las pueden asumir las familias pobres. ¿Y de la televisión estatal? ¿Qué me dices de la televisión, o vas a contarme que es un modelo de imparcialidad política? Precisamente anteayer leí la noticia de que más de quinientos periodistas de TVE han creado un comité contra la manipulación de la cadena.

—Cuidado con eso, porque igual sucedía con los gobiernos socialistas. Piensa en este dato: el PSOE gana sus primeras elecciones en 1982, y transcurren siete años hasta que se autorizan los tres canales privados.

—Aun así no tiene ni punto de comparación. Este gobierno que a ti te parece tan meritorio...

—Y al que mi marido representa en Cataluña, dilo claro.

—Lo digo: este gobierno al que tu marido representa en Cataluña se sirve de la televisión que pagamos todos justo para el uso contrario al que le correspondería, la utiliza para desinformar y para mentir. Ahora hace un año que más de un millón de

personas, cientos de millones en todo el mundo, se manifestaron por las calles de tu ciudad contra una guerra inminente e injustificada. El presidente de este gobierno, sin embargo, aparecía en televisión para repetir una y otra vez que Irak contaba con armas de destrucción masiva, aunque los inspectores y los servicios de espionaje lo negaban y así se demostró en poco tiempo. Afirmaba que la resolución 1441 de la ONU autorizaba el ataque a dicho país cuando eso era falso, y de hecho la invasión se llevó a cabo con el apoyo español pero sin el consentimiento de Naciones Unidas. Irak es ahora una gigantesca carnicería, y allí estamos nosotros metidos pese a todo, sin saber siquiera el coste que podría suponernos.

Carmen optó por tirar la toalla: hizo con la mano un movimiento de hastío y se refugió en el silencio. La cena se había enfriado. Le pregunté si quería que llamase al camarero para que calentaran los platos. Me contestó que no con la cabeza y sin mirarme. Yo acabé el mío con desgana mientras ella fumaba y daba vueltas a la copa de vino entre sorbo y sorbo. Ese era el precio de mi victoria dialéctica.

Tampoco quiso tomar postre. Pagué la cuenta y salimos sin cruzar palabra. El encuentro con la soledad de la calle provocó en mí una pulsión urgente e incontenible; la pesadumbre que me atenazaba se había convertido en un deseo desmesurado. Tomé a Carmen por las caderas, la arrinconé contra un muro y cubrí de besos sus mejillas, sus labios, su garganta, al tiempo que mis manos desabotonaban la chaqueta de su traje sastre y se internaban entre los pliegues de la camisa. Ella se había entregado a aquella impetuosa incursión con la respiración contenida, pero cuando liberé en un rápido giro el broche del sujetador y abarqué con los dedos el volumen de sus senos lanzó un gemido apagado, tiró de mis muñecas y me atravesó con una mirada febril al tiempo que susurraba:

—No sigas, por favor. Vamos a coger un taxi.

Aquella noche hicimos el amor internándonos en la frontera de la furia animal. Era como si el abismo que habíamos cavado entre nosotros una hora antes fuese la justificación perfecta para dejar de lado cualquier atisbo de sentimentalidad. Dos cuerpos desnudos, nada más. Los cuerpos de dos desconocidos, arrastrados por el destino a través de senderos tortuosos, confluían al borde de la medianoche invernal buscándose con avidez, incrustándose a empujones para extraer de su carne hasta la última gota de placer antes de alcanzar la extenuación.

Caímos luego en un sueño profundo del que nos despertó temprano el servicio de habitaciones con el desayuno. Afortunadamente ese jueves se iban de excursión varios grupos de alumnos, por lo que no empezaba a trabajar hasta las doce; y aunque Carmen se mostraba reticente a que la acompañase al aeropuerto, fue tal mi insistencia que al final no tuvo más remedio que ceder.

Mi interés en prolongar la despedida obedecía a una razón bien concreta: durante aquellos seis días tan intensos habíamos soslayado tantos temas que ni siquiera se llegó a mencionar el porvenir de nuestra secreta relación. Ello me hizo temer que para Carmen constituyese solo una aventura efímera —¿una más?—. El vértigo ante dicha

posibilidad me atormentó durante aquel breve trayecto que, sin embargo, se me hizo eterno, de modo que conforme regresó del mostrador de facturación le hablé con claridad.

—Quizá no sea el momento ni el lugar apropiado —dije—, pero necesito decirte algo muy importante.

—Si me vas a pedir perdón por la discusión de anoche, déjame que yo lo haga antes.

—Mi impertinencia fue mucho mayor. No, no me refería a eso.

—En ese caso creo que sé de qué se trata —sentí cómo enlazaba su meñique con el mío, aunque no me atrevía a apartar la mirada de su rostro— ¡Uf! Qué difícil es todo esto, ¿verdad? Sobre todo para mí, que ejerzo el papel más vergonzoso, el de la esposa infiel.

—No nos engañemos; hubiera preferido que tus circunstancias fuesen otras. Pero las cosas son como son, y para mí esto es mil veces mejor que no tenerte. —Me detuve. Trataba de elegir las palabras— ¿Sabes? Creo que al final la vida ha mostrado un poco de compasión conmigo y me ha conducido hasta ti.

—No debes decirme estas cosas en público. Te comería a besos y ahora me veo obligada a aguantarme las ganas. ¿Entiendes por qué no quería que vinieses?

Nos quedamos en silencio. Sus ojos y los míos, en cambio, no podían dejar de expresar lo que sentíamos. Pero el tiempo se acababa. Tenía que decírselo ya.

—La semana próxima me toca un puente, el del Día de la Educación y el Día de Andalucía. Yo acabo el miércoles a las tres de la tarde. Podría tomar el Trenhotel y llegar a Barcelona a primera hora del jueves. ¿Crees que habría alguna posibilidad...?

—De haberlo sabido... —mostró un gesto de decepción—. Llevo un montón de trabajo atrasado. Aunque lo peor de todo no es eso, sino los dichosos guardaespaldas.

—Que puedan ejercer de detectives tal vez.

—Exacto —se mordió los labios—. Oh, cariño, qué difícil resulta despedirse después de los días que hemos pasado. Déjame que lo piense. Te llamaré.

Miró a un lado y a otro. Cerró los ojos, puso un beso en mis labios y salió de prisa hacia la zona de embarque. Sentí una leve humedad en el pómulo derecho. Al pasar las yemas de mis dedos por él se mojaron con la lágrima que había escapado entre sus párpados.

8. Febrero de 2004. 1976-1992

Carmen tardó en responder a mi propuesta menos de lo que yo esperaba, y su respuesta fue afirmativa.

—Lo que no sé concretarte aún es qué días podré verte ni de cuántas horas dispondremos, pero te prometo que haré todo lo posible por estar contigo, vida —comentó al término de una breve llamada al móvil que me hizo el sábado por la tarde. Y aclaró a continuación sin pedirle yo explicaciones— Conforme se acerque la fecha lo iré sabiendo. Tal vez me haya precipitado, pero si me demoraba más de la cuenta corríamos el riesgo de que no encontrases billetes. Además, ¡qué diablos!, necesitaba decírtelo.

Volver a escuchar su voz y recibir de ella la noticia que tanto deseaba transformó mi incertidumbre en una agitación de distinta índole. Las escenas inventadas sobre nuestro reencuentro acudieron en tropel a mi mente, aunque debía atender en primer lugar a otros aspectos más triviales del viaje. Su financiación, por ejemplo. El traslado y la estancia en la ciudad condal iban a comportar unos gastos inasumibles por mi precaria economía. Bien es verdad que yo había pecado de inconsciente al plantear con tanta ligereza nuestra próxima cita, pero ¿qué cabe esperar de un hombre perdidamente enamorado cuya ficción erótica acaba de convertirse en la más deslumbrante realidad?

La cuestión pecuniaria ocupó de inmediato mis cavilaciones. Si los fondos de mi cuenta corriente apenas alcanzaban los cien euros y la nómina del mes siguiente estaba consignada, según era habitual, al pago de deudas, resultaba evidente que habiendo rechazado el ofrecimiento de Carmen de correr con mis gastos —mi amor propio jamás me lo habría perdonado— tendría que pedir dinero prestado. No podía recurrir al banco, donde había apurado el crédito, pero tampoco a mi familia: mi hermano ya tenía bastante con las dos hipotecas que estaba amortizando —la del piso ocupado por la inquilina anciana y la de su propia casa—, mi hermana seguía sin encontrar empleo, y en cuanto a la pensión de la tía Trini daba de sí lo justo para atender los gastos de la casa. Tampoco había entre mis amigos, a los que veía muy de cuando en cuando por las razones que expuse en otro lugar, alguno al que me uniese la confianza necesaria para sablearlo, más aun a sabiendas del tiempo que habría tardado en devolverle el montante del sablazo.

Solo quedaba un camino. El sentimiento de mezquindad que experimentara al regresar de Cádiz me asaltaba de nuevo. Aunque al fin y al cabo era *él*, *él* y nadie más, el responsable de todo lo que me estaba sucediendo últimamente. «Y cuando creas que te has currado los tres millones me llamas y me pides más pasta», había dicho desde el otro lado del teléfono. Bueno, ganarlos, lo que se dice ganarlos, aún no lo había hecho, pero ¿quién podría aseverar que mi relación amorosa con Carmen no me estaba conduciendo en esa dirección, por más que de momento tales motivos se

hubieran visto relegados ante el impulso de nuestro apasionamiento? Sí, ya sé: aquello suponía una mera autojustificación. Le había dado la vuelta a todo, y ahora pretendía que el móvil principal actuase al servicio de mi deseo. El juego imponía sus propias leyes.

Llamé a Eugenio el domingo por la noche. Antes de nada me interesé por su salud.

—Si lo que quieres es saber es si estoy vivo —respondió—, ya me estás oyendo. Por lo demás, prefiero no contestar.

—¿Tan mal te encuentras?

—Bastante tocado, para qué te voy a engañar. ¿Qué es lo que querías?

—Hacerte una visita. Aunque si no te sientes bien quizá...

—Oh, bueno, tampoco es para tanto —por su voz se diría que había recuperado de pronto la fortaleza—. ¿Cuándo vienes?

Le anuncié mi visita para la tarde del día siguiente. Al llamar a la puerta salió a abrirme Aurora. De mediana estatura, corpulenta, con ojos pequeños de color grisáceo, por su edad y por la autoridad con la que se movía por la casa, maldiciendo a las gatas que se cruzaban en su camino, parecía más la madre de Eugenio que su sirvienta. Su señor, envuelto en una bata de paño de color bermellón, me ofreció la mano sin levantarse del sofá más próximo a la chimenea donde crepitaban gruesos troncos candentes.

—¿No decía usted esta mañana que ya le tocaba arreglarse el pelo? —Dijo este mirándome a mí en lugar de volverse hacia ella— Ande, váyase a la peluquería, que mi amigo se queda conmigo hasta que usted vuelva.

La criada mostró una expresión contrariada, como si el planeta corriera peligro de desintegrarse en su ausencia. Eugenio volvió a la carga.

—No ponga usted esa cara, mujer, que él sabe cuidar a las personas enfermas. ¿No ve que vive con su tía?

Aurora dio media vuelta sin decir nada más y se perdió por el pasillo.

—¡Y no le meta prisa a la peluquera, que luego viene usted quejándose de lo mal que la peina!

Esperó hasta oír cerrarse la puerta. Luego se asomó a la cristalera del balcón, y cuando se aseguró de que la mujer seguía sus instrucciones sacó un billete de veinte euros del bolsillo y lo puso en mi mano.

—Toma, ve al supermercado que hay en la primera bocacalle a la izquierda y te traes una botella de oporto. Entre el médico, que no quiere que salga con el frío, y la puñetera vieja, que ha impuesto la Ley Seca, estoy que me subo por las paredes.

Al regresar de hacer el recado pude ver que Eugenio ya tenía preparadas sobre la mesa un par de copas y una pequeña fuente con pastas. A su lado coloqué dos botellas de Sandeman.

—¡Coño! —Abrió los ojos desmesuradamente— ¿Te encargué dos?

—No, la segunda es para mí. Creo que la voy a necesitar.

—¡Qué jodido eres! Venga, cuéntame, que se me pase el aburrimiento.

—Ante todo quiero serte sincero —dije al tiempo que servía el vino—. El motivo de mi visita no tiene nada de altruista. Vengo a pedirte dinero.

—Joder, ¿ya te has fundido el que te di? ¡Vaya tren de vida que llevas!

—No creas. El caso es que lo he..., lo he invertido, sí, lo he invertido en saldar cuentas con uno de los banqueros chacales que me siguen la pista. Supuse que no iba a necesitarlo, pero ha surgido un asunto que me obliga a viajar esta misma semana a Barcelona, y es posible que no sea el único viaje. Erré en mis cálculos, lo siento.

—¿Y de cuánto hablamos?

—Yo había pensado en dos mil euros —la saliva se me atragantaba; aquello me recordaba otros momentos muy desagradables.

—Te daré tres mil, no te preocupes —y lo decía mientras sacaba el talonario de cheques de un cajón—. Claro que tendrás que contarme algo sobre ese asunto tan importante, porque no me vas a dejar en ascuas, ¿no es cierto?

Por supuesto que se lo conté; es más, sentía verdadera necesidad de hacerlo. Aunque no hubiese logrado resolver el enigma que dejó a mi cargo, el hecho de haber llegado hasta la alumna predilecta de Eugenio y de haber sido merecedor de sus caricias me confería en ese instante un protagonismo poco menos que heroico frente a su viejo profesor. A la vez que exponía el relato de nuestro flamante amor, mis pensamientos se fueron contaminando de un espejismo singular, una figuración jactanciosa que cabría interpretar en los siguientes términos: aquel cuerpo de mujer, por cuyos relieves se deslizaban vertiginosas mis manos días antes, había pertenecido a la ninfa elevada por el joven maestro de Las Cumbres a la categoría de objeto prohibido del deseo. Era ese, y no otro, el origen del grave trastorno que desencadenaron en Eugenio los sucesos de El Retamar, el germen de la crisis a la que tuvo que enfrentarse Alicia nada más arribar al pueblo.

Estimuladas por los efectos del alcohol, tales conjeturas fueron aflorando en mi discurso; de una forma velada al principio, a través de circunloquios, terminaron concretándose en una interpelación directa y bien explícita.

—Porque tú estabas profundamente enamorado de Carmencita. ¿Me equivoco?

Eugenio, que había seguido mi disertación casi sin pestañear, no respondió de inmediato. Optó por deleitarse con el trago de vino que acababa de tomar y luego, apartando lentamente la vista que había fijado en el fuego hipnotizador de la chimenea, me miró con unos ojos velados de nostalgia.

—Te equivocas a medias.

—¿Qué quieres decir? —pregunté arrugando el entrecejo.

—Quiero decir que te equivocas de persona. Es cierto que yo me había enamorado. Fue una pasión espontánea, una relación secreta y arrebatadora, algo bastante parecido a lo que tú estás viviendo ahora. Y, en efecto, no pude sobreponerme al golpe que supuso para mí su muerte. Bueno, no solo su muerte, sino el horror en que esta estuvo envuelta. Ya habrás comprendido que me estoy refiriendo

al pintor.

Ocultó el rostro entre sus manos y rompió a llorar desconsoladamente.

No dije nada. Mi circunstancia de hombre enamorado contribuyó a que se me contagiara su tristeza, y entendí que aquel dolor merecía todo mi silencio. Sin embargo, una voz interior reprobaba al mismo tiempo mi ineptitud para adivinar lo que de pronto se había vuelto evidente, el dato que completaba el círculo interior de mi investigación: que su motivación constituía un genuino acto de amor, la deuda contraída con la memoria de un ser querido. Una deuda que para Eugenio, que había depositado en mí una confianza sin límites, no tenía precio, según acababa de demostrarme de nuevo.

Aún hubo de transcurrir un buen rato antes de que mi anfitrión se sosegara. Al fin extrajo de un paquete tres o cuatro pañuelos de papel, se sonó la nariz, secó su rostro y exclamó con una sonrisa surgida de su propia distensión:

—Vaya, otra vez doy el espectáculo. Creíste que hoy te ibas a librar, ¿eh?

—No tiene importancia. Además, es posible que te hiciera falta, ¿no? —interpreté su encogimiento de hombros como un «quizás»— ¿Te apetece seguir hablándome de él?

—Puedo hacerlo si es eso lo que quieres.

—¿Qué te contó de su vida?

—No mucho. Al terminar la carrera se puso a trabajar como ilustrador para editoriales de revistas y de libros. Todo lo que ahorraba lo invertía en viajar buscando localizaciones para sus paisajes.

—¿Te dijo qué países había visitado?

—Solía referirse a un área concreta: Suiza, la Selva Negra, el norte y el centro de Italia...

—¿Y España? ¿La conocía bien? ¿Cómo fue a parar a un sitio tan remoto como Las Cumbres?

—Por lo visto llevaba varios meses viviendo aquí. Trataba de encontrar un territorio montañoso y poco poblado pero que tuviera un clima apacible (ya sabes cómo huyen del frío los centroeuropeos), y unos amigos le recomendaron aquella comarca.

—¿Y se manejaba bien con el castellano?

—Fenomenal. Nada de errores gramaticales, un vocabulario amplio... Lo hablaba con verdadera soltura.

Aquello hizo saltar una alarma dentro de mí.

—¿Y no se te pasó por la cabeza que pudiera tratarse de un español que se hacía pasar por extranjero?

—Ni por asomo.

—Veo que lo tienes muy claro, ¿por qué?

—Porque también hablaba perfectamente el alemán. Jamás olvidaré aquella noche en la que estuvo leyéndome sus poemas preferidos de Rilke, de Hölderlin, de

Heinrich Heine, de Novalis. Me sorprendió que un idioma que siempre me ha parecido excesivamente seco pudiera resultar tan musical en su voz. Por supuesto, tuvo la amabilidad de traducírmelos a continuación.

—¿Y no sentiste curiosidad por saber cómo había adquirido ese nivel de español?

—Fue casi lo primero que le pregunté. Dijo que lo había estudiado en su país mientras cursaba Bellas Artes. Su proyecto más ambicioso era viajar algún día a América. Quería recorrer los Andes, los bosques de Costa Rica y de Honduras, las Antillas... No creo que mintiera; demostraba verdadero entusiasmo cada vez que mencionaba aquello.

—Aun así, no debemos olvidar que se servía de un nombre falso. Es probable que mintiera igualmente sobre otros aspectos.

—Ya lo sé, pero quiero que entiendas mi reticencia a admitirlo. Yo creía ciegamente en él; no me cabe en la cabeza que su cariño fuese fingido.

—No pretendo insinuar que su impostura tuviera nada que ver con vuestra relación, sino más bien con el motivo que lo había llevado a instalarse en el pueblo. El supuesto móvil del robo fue un torpe pretexto que al juzgado le vino de perlas para echar tierra sobre el asunto cuanto antes, aunque igual de inverosímil era lo del pintoresquismo de la comarca que argumentaba tu amigo. Tal vez convendría poner en duda ciertas cosas que te contó. ¿Llegó a hablarte de su familia?

—Sí, se le veía muy ligado a ella. Tenía un hermano menor. Su madre había enviudado poco tiempo atrás..., o al menos eso fue lo que me dijo. —En su expresión se advertía lo difícil que le resultaba cuestionarse aquello a pesar del tiempo transcurrido.

—¿Te mostró alguna foto de ellos?

—Nunca. Despreciaba la fotografía. Para él la pintura reflejaba con mayor fidelidad el mundo, «porque capta tanto lo visible como lo invisible». Esas palabras se me quedaron grabadas.

—Luego no usaba cámara.

—Yo no llegué a verla.

—¿Y retratos? ¿No te enseñó ningún retrato de algún miembro de la familia?

—No, lo que llevaba consigo era lo que había ido realizando en España. —Percibió mi interés por ese particular y se apresuró a aclararlo— Aunque tampoco lo vi todo. Solía mostrarme lo último que hacía: acuarelas, carboncillos, algún que otro óleo... Le cundía bastante. Un día sacó unas marinas preciosas; me parece que las había pintado en la costa de Málaga o en la de Granada, pero no me hagas mucho caso.

—¿Nunca te regaló una obra suya?

Un rubor más intenso que el producido por el oporto asomó a su rostro. Ya sabía la respuesta.

—No será alguno de estos cuadros —y me volví para señalar la pared que quedaba a mi izquierda.

—Qué va. Lo tengo guardado. Es solo un dibujo.

—Vamos, no te hagas de rogar y sácalo, que quiero verlo.

Mientras lo sentía trastear en la habitación de al lado di un rápido repaso mental a lo que acabábamos de hablar. Cierta asociación de ideas me asaltó justo antes de que Eugenio regresara y depositase sobre mis rodillas una carpeta grande con lazos. Al abrirla pude ver que contenía un único pliego de papel marquilla. En él aparecía dibujado a la sanguina un joven recostado contra el tronco de un árbol en actitud melancólica. El retrato, cuyo modelo era sin duda alguna el propio Eugenio a los veintitantos años, había sido realizado con asombrosa maestría. Dos grandes trazos quebrados en disposición opuesta componían, en el ángulo inferior derecho, las iniciales del nombre falso del autor.

—Vaya, al menos está claro que no mentía en lo referente a su condición de artista —dictaminé. Observé la hoja al trasluz—. La marca al agua es de Guarró. No nos dice mucho, es el papel que se vendía por aquellos tiempos en cualquier papelería de nuestro país. ¿No tienes otras pertenencias tuyas?

—No, solo este dibujo. Recuerda, además, que cuando Alicia se instaló en la casa que ocupaba no encontró ni rastro de sus cosas.

—¿Sabes? Cuando volvías con la carpeta me estaba viniendo a la cabeza una idea. Tu..., bueno, el pintor afirmaba ser ciudadano austriaco, y tú, de hecho, reconoces que hablaba alemán a la perfección. Pero esto implica que podría haber sido igualmente alemán...

—O suizo, o luxemburgués, o de Liechtenstein.

—O alemán, insisto. ¿No te dice nada ese dato? —Abrí la segunda botella de Sandeman y rellené las copas. Estaba convencido de que iba a necesitarlo.

—No sé adónde quieres ir a parar.

—Pues que el falso Wolfgang Meier, un perfecto germanoparlante, se había establecido en el mismo pueblo donde vivía el falso Alfonso Valverde Muñices. Y el verdadero Alfonso Valverde Muñices, antes de ser trasladado a Polonia para incorporarse al frente de Leningrado, había permanecido cinco semanas haciendo instrucción con el resto de los divisionarios en Grafenwohr, al este de Baviera. Estamos hablando del verano del cuarenta y uno. Imagínate que durante ese tiempo tiene una aventura con una joven alemana y que esta queda embarazada. En ese caso su hijo habría nacido más o menos en abril del cuarenta y dos, o sea, que en febrero de mil novecientos setenta y seis estaría a punto de cumplir treinta y cuatro años. ¿Cuántos tenía tu amigo?

—Según él me llevaba tres años. Eso significa que habría nacido en el cuarenta y siete.

—Yo no sería capaz de distinguir si un hombre tiene veintinueve o treinta y tres años. Es muy poca la diferencia.

—Entonces tú crees que...

—Creo que sería posible que tu amigo fuese hijo del auténtico Alfonso Valverde.

Pongámonos en su lugar. La madre, que jamás volvió a tener noticias del oficial, logra saber a través de la embajada española que consta como desaparecido, así que renuncia a proseguir el rastreo. Pero pasan los años y aquel hijo natural, que ahora es pintor, se encuentra viajando por España, el país de su padre. Es un hombre inquieto, con una gran curiosidad, según tú mismo me contaste, y por algún medio llega a averiguar que el supuestamente desaparecido progenitor no ha muerto, sino que vive en Las Cumbres de San Calixto. Acude entonces al pueblo para conocerlo. No lleva ninguna foto de él, pero gracias a las que guarda la madre tiene perfectamente grabada su imagen en la memoria. Sin embargo, al encontrárselo en una de sus salidas dominicales descubre que no es la misma persona. Comprende que el viejo es un impostor y decide quedarse un tiempo para investigar las razones de la suplantación.

—Todo eso está muy bien, aunque no justifica la falsa identidad del pintor. No estoy seguro, pero creo que puedo mejorar tu hipótesis, ofrecerte otra más firme, que explicaría incluso el dominio que mi *amante* (y no tienes por qué seguir eludiendo esta palabra) tenía del castellano.

—Adelante. Esto se va animando.

—Efectivamente aquella alemana, que podría no ser tan joven, pues recuerda que Alfonso Valverde tenía en mil novecientos cuarenta y uno unos cuarenta y dos años, se queda embarazada. El divisionario marcha a Rusia. Poco después recibe la carta en la que ella le comunica la noticia. El conflicto está servido: por una parte se ha comprometido a luchar contra el comunismo en nombre de la gloriosa patria; por otra, está locamente enamorado de una mujer que espera un hijo suyo, un hijo que tal vez no llegue a conocer pues la campaña está siendo terrible. En aquellas circunstancias su porvenir como padre y esposo rompe con el dilema. Aprovecha el caos de la batalla para desertar, y después de incontables vicisitudes logra encontrarse con la mujer que ama y con el hijo recién nacido. Aún tienen que sufrir no pocas penalidades antes de que concluya la guerra, pero al fin consiguen formar un hogar en Alemania, en Austria o en Suiza, que para el caso es lo mismo, y la familia se incrementa con un nuevo hijo que crecerá, al igual que su hermano, hablando tanto el alemán como la lengua paterna.

»Años después, viajando por España, el primogénito utiliza sus contactos para indagar sobre la situación legal del padre ya fallecido en su país de origen. Cuál no será su sorpresa al descubrir que no solo no consta como desaparecido, sino que alguien se ha aprovechado de su identidad. Tan pronto averigua que el suplantador vive plácidamente en un pueblecito recóndito, decide desplazarse allí para investigar bajo un nombre falso quién es ese misterioso sujeto que se hace pasar por su padre y, lo más importante, por qué. Y esa obstinación por querer saberlo todo, ese empecinamiento que le lleva a meter las narices donde no debe, termina costándole la vida.

Al concluir Eugenio su disertación advertí que me había dejado literalmente

boquiabierto. Ignoro qué estúpido prejuicio me llevó no sé cuándo a suponer que el trastorno bipolar que padecía mermaba sus capacidades intelectuales pues, para ser sincero, me sentía como si acabase de vapulear mi pobre imaginación.

No obstante, aún guardaba energías para lanzarme el último gancho de su elocuencia y obligarme a morder el polvo. Y es que cuando exclamé:

—¡Eres formidable, con tu argumentación consigues que encaje todo! ¿Cómo no me di cuenta hasta ahora?

Él respondió con una mueca de escepticismo, al tiempo que su índice izquierdo me señalaba repetidamente:

—Me parece que olvidas lo esencial. Si te paras a reflexionar solo unos segundos podrás percatarte de que no hemos abandonado ni por un instante el territorio de la más pura especulación. Tampoco pases por alto que los pocos personajes reales de esta fábula no podrán corroborar nada porque llevan muertos demasiado tiempo. De modo que cuando dentro de un rato salgas por esa puerta, si todavía persistes en darle vueltas a nuestras ingeniosas ocurrencias, es que eres un...

—¿Iluso?

—Mejor así; no quisiera ofenderte. Por cierto, no me has preguntado si llegué a hacerle alguna fotografía a mi amante.

—¡No! No me digas que tienes fotos de él. ¿Podría verlas?

—El caso es que con todo lo que pasó ni siquiera saqué el rollo de la cámara. Y cuando Alicia lo llevó al laboratorio resultó que estaba velado.

* * *

El jueves por la mañana me encontré con un fuerte aguacero al salir desde la estación de Barcelona Sants a la plaza de los Países Catalanes. Había comenzado el temporal que azotaría la mitad norte de la península durante cinco días. No era precisamente el clima idóneo para dedicarme a pasear hasta la hora de la cita con Carmen, pero tampoco me apetecía quedarme leyendo en el hotel, así que ocupé la mañana en visitar dos museos que aún no conocía: el marítimo, alojado en las gigantescas naves de las Reales Atarazanas, y el de Historia de la Ciudad, del que me llamó la atención el yacimiento arqueológico que se extendía por todo el subsuelo de la plaza del Rey.

Carmen había quedado en recogerme a las cinco y veinte frente a la estación de Francia. Pasados tres o cuatro minutos, un coche cruzó ante mí haciendo notar su presencia con un ligero toque de claxon y se detuvo algunos metros más adelante. Llegué hasta él a paso ligero bajo la lluvia y me deslicé adentro aprovechando que la conductora había abierto la puerta. Encontrarme de nuevo junto a ella me causaba tal agitación que sentía la sangre agolpándose en mi frente. Nos saludamos con un beso tan breve como apasionado. Al mismo tiempo que me abrochaba el cinturón arrancó

y dijo:

—De aquí a un momento vas a ver lo que soy capaz de hacer por ti.

—¡No puedo creerlo! —exclamé— ¿Vamos a casarnos ahora mismo?

Se le escapó una risotada y a continuación hundió sus dedos en mi costado. Aquel pellizco me hizo tantas cosquillas que di un respingo.

—No digas *pegos*, no me refería a eso —respondió apretando los dientes—. Pero seguro que te vas a divertir.

Viró a la derecha para entrar en el paseo de Circunvalación, avanzamos unos cien metros y luego frenó en seco a escasa distancia de la puerta de servicio que yo desconocía cuando monté guardia frente al zoológico.

—Estate atento. —Extrajo el móvil del bolso y marcó un número. Cambió el tono festivo por otro desabrido— Salgo para casa. Hoy no iré a ninguna parte. —Apretó el botón de colgar, eligió un nuevo número y esta vez empleó una entonación más apacible— Todo listo. Ya puedes irte.

La verdad es que no acababa de entender lo que estaba tramando. Le dirigí una mirada de extrañeza y me sugirió con la palma de la mano que aguardase. Poco después se abrió el postigo del zoo y apareció una mujer esbelta, arropada hasta los tobillos con un impermeable negro. Entre las solapas de este, sus gafas oscuras y el cabello suelto resultaba difícil adivinar sus rasgos. Desplegó el paraguas y, siguiendo la misma acera en dirección opuesta a donde nos encontrábamos, caminó apresuradamente junto a los automóviles que había aparcados antes de subir a uno de ellos. Conforme puso el intermitente y se incorporó al carril de circulación, otro vehículo conducido por un hombre joven salió tras el suyo. Me di la vuelta y continué observándolos hasta que se perdieron a lo lejos.

—¿Quién era? —dije intrigado.

Ella se sonrió empleando la comisura derecha de su boca.

—Soy yo. No me digas que no te has dado cuenta.

Aunque no había sido concretado de forma explícita, yo era consciente de que nuestro encuentro barcelonés tendría que estar sometido a un régimen bien distinto al de aquella especie de *luna de miel* sevillana. Tanto por su notoriedad profesional como por su vinculación a un alto cargo público, Carmen estaba muy lejos de gozar del anonimato en su propia tierra, así que dispuso, con la diligencia que le era característica, un nido de amor a las afueras de la ciudad.

La media hora que tardamos en llegar fue suficiente para que Carmen me pusiese al día sobre esas artimañas tuyas que nos permitían estar juntos nuevamente. Como cabría esperar, mi primera pregunta se refería a la misteriosa doble.

—Te prometo que nos divertimos de lo lindo. —Y antes de que pudiera pedirle explicaciones sobre el plural que había empleado prosiguió— La idea se le ocurrió a Montse. Me extraña mucho que exista otra secretaria igual. No solo tiene recursos para todo, sino que además es mi mejor amiga, mi confidente, mi madre, mi hermana, qué te podría decir, un encanto en todos los sentidos. Además, como es tan romántica

—enfaticó la esdrújula—, se desvivía por preparar el enredo. Que sepas que tienes en ella una firme valedora.

—Le daré las gracias si vuelvo a verla. Aquella vez que la encontré en la parada de autobús me pareció que poseía un gran sentido del humor. Nada más presentarse me previno de que se sabía todos los chistes sobre su nombre.

—¿Solo su nombre? ¿No te dijo los apellidos?

—No, ¿por qué?

—Anda, qué pudorosa. Pues porque lo verdaderamente gracioso son los apellidos que le ha tocado llevar: Blanco del Valle. ¿Te das cuenta de qué contradicciones tan grandes? —Ella misma no era capaz de contener la risa— «Montserrat», «Blanco» y «del Valle». ¿No lo pillas?

—Claro, la virgen de Montserrat, la patrona de Cataluña, es *La Moreneta*, una de esas vírgenes negras.

—Y encima «del Valle», cuando Montserrat es justo todo lo contrario, un macizo montañoso.

—Mujer, es comprensible que no vaya pregonándolo a los cuatro vientos. Oye —le di una palmada en el muslo—, estás desviando la conversación.

—¿Quién, yo?

—A ver, todavía no me has dicho quién era la mujer que se hizo pasar por ti.

—Ah, es una vecina de Montse. Silvia creo que se llama. Me ha contado que de joven trabajó de *vedette* y luego fue actriz de reparto. La he conocido esta misma tarde, que conste. Adorable. Espero que sea también buena conductora; me compré el coche hace poco y no me haría ninguna gracia que le hiciese un bollo.

—Entonces Silvia va en estos momentos hacia tu casa. ¿Y cómo piensa apañárselas para no encontrarse con tu marido?

—Hombre, no hace falta que suba al piso. Ella mete el coche en el aparcamiento, espera un par de minutos para darle tiempo de marcharse al guardaespaldas y luego sube al portal, echa las llaves en el buzón y sale por la puerta principal. Aparte de que mi marido no está en casa. Dios sabe a qué hora llegará esta noche.

—¿Y eso?

—No me creo que lo hayas olvidado. Esta medianoche arranca la campaña electoral. Además, dentro de un rato es la manifestación por lo del comunicado de ETA. Así que hoy y mañana, entre la delegación y la sede del partido, va a estar liado hasta bien tarde.

Efectivamente, si el clima político llevaba ya un tiempo enrarecido, en Cataluña hacía más de dos meses que se había enfangado por completo. La formación en diciembre de 2003 de un gobierno tripartito integrado por los socialistas catalanes, Esquerra Republicana e IC-V había desencadenado una oleada de críticas: desde *Convergència i Unió*, que perdía el poder por primera vez en veintitrés años; desde el PP, que veía alzarse a los socialistas con una victoria estratégica a solo tres meses de las generales, e incluso desde ciertos sectores del PSOE, por entender el pacto con los

independentistas como una alianza contra natura.

Aquel gobierno de coalición se vería sometido a múltiples campañas de acoso desde su propia gestación. Y en una situación tan delicada, el líder de ERC y *conseller en cap* Josep Lluís Carod-Rovira cometió la torpeza de acudir el 3 de enero a Perpiñán para mantener una entrevista secreta con Josu Ternera, dirigente del aparato político de ETA. Pese a que, según Carod, el encuentro no tenía como objetivo ningún acuerdo, el gobierno popular se valió de la información manejada por el Centro Nacional de Inteligencia y la filtró a los medios a finales de enero, al borde de la precampaña electoral. Rodríguez Zapatero, secretario general de los socialistas y candidato a la presidencia del gobierno, exigió a Pasqual Maragall, presidente de la Generalitat, que aceptase de inmediato el cese del republicano. Maragall pretendía únicamente recortar sus competencias, pero al final tuvo que dar su brazo a torcer, manteniendo a su socio de gobierno, bien es cierto, como consejero sin cartera hasta las elecciones parlamentarias de marzo.

Una semana antes de mi llegada a Barcelona, ETA había difundido un comunicado cuya onda expansiva no sería menor que la de cualquier atentado: declaraba la tregua solo para Cataluña. La maquiavélica estrategia de la banda armada provocó una más que previsible reacción de repulsa en todo el país y en particular entre los catalanes, a los que les repugnaba aquel armisticio selectivo. No obstante, el PP se había desmarcado de la concentración que tendría lugar esa noche en la plaza de Sant Jaume, alegando que en la misma no se iba a cuestionar lo que para ellos había sido una negociación entre ETA y Carod-Rovira.

Tras salir del túnel de Vallvidrera llegamos a La Floresta, un barrio residencial de casas de recreo perteneciente al municipio de Sant Cugat del Vallés y situado en la vertiente norte de la sierra de la Collserola. Carmen detuvo el coche ante una cancela que yo mismo abrí con las llaves que ella tenía preparadas. Nuestro destino era un antiguo chalé de muros encalados y zócalo de pizarra, con un amplio soportal abierto por arcadas en dos de sus lados. La abigarrada vegetación de la parcela, poblada al igual que su entorno por robles y pinos carrascos, velaba la última luz del atardecer. La puerta de entrada daba a una sala de estar de gran amplitud cuyo centro estaba ocupado por la chimenea y un banco de obra en forma de U, con asientos y respaldos acolchados.

Carmen me indicó dónde estaban la leña y las pastillas de encendido y me dejó a cargo del fuego mientras ella preparaba en la cocina las copas y algo para picar. Aún me encontraba agachado frente a la lumbre cuando la sentí regresar, arrodillarse tras de mí y abrazarme por detrás. La presión de su busto contra mi espalda y el roce de sus labios en la nuca fueron suficientes para desatar mi arrebató, de modo que la despojé de su ropa a tirones y le hice el amor allí mismo.

Pasado un rato, una vez que el torrente del deseo parecía haber vuelto a su cauce, la curiosidad volvió a asaltarme. Aunque debía reconocer que mi amante había cuidado hasta el más mínimo detalle de nuestra cita, sus aclaraciones al respecto

—salvo en lo relativo a su suplente— estaban siendo parcas en exceso. Le ofrecí un cigarrillo y tras encender el mío dije:

—No recuerdo que me hayas contado de quién es esta casa.

—Es alquilada. La utilizo para traer a mis conquistas.

Lo dijo con una seriedad tan deliberada que sonaba a pura fanfarronería.

—Si lo que intentas es excitarme, ten cuidado porque lo estás consiguiendo.

—No me lo creo —pasó su dedo índice por mi pecho.

Tiré el cigarrillo a la hoguera, me abalancé sobre ella y mientras mordisqueaba sus labios la penetré una y otra vez hasta hacerla gemir.

Todavía permanecemos un tiempo demorándonos en caricias y susurros antes de ducharnos, vestirnos y servirnos una copa de *bourbon*.

—¿Vas a decirme ahora de quién es la casa? —pregunté con un deje desafiante al tiempo que paladeaba el licor.

—Es de mi suegro. Bien es verdad que él apenas logra valerse por sí mismo; fue morirle mi suegra y dar un bajonazo tremendo. Ahora vive con una de mis cuñadas. Durante el verano se lo trae mi otra cuñada para aliviarle la carga a su hermana, y la Nochevieja la pasamos juntos aquí si no surgen inconvenientes. Aparte de esas fechas, y de algún que otro puente, el chalé no lo utiliza nadie, así que puedes estar tranquilo. Si te apetece quedarte... Yo tengo que volver a casa, ya lo habrás supuesto.

—Te lo agradezco, aunque prefiero irme contigo. No quiero que regreses sola con este tiempo.

Apretó mi mano en señal de gratitud. La encontré particularmente relajada, y eso me dio pie a plantearle una nueva cuestión.

—Al final voy a saber más de la familia de tu marido que de la tuya propia —esperaba una tensión repentina en sus dedos, pero esta no apareció, de manera que proseguí—. Me llegaron noticias de que tu abuelo falleció hacia mil novecientos setenta y siete, pero no sé nada de tu madre ni de tus tíos.

Hubo un largo silencio, un silencio en nuestras voces, porque el viento silbaba contra los postigos de las ventanas, y el ladrido de algunos perros se percibía desde lugares más o menos próximos. El salón se alumbraba con dos lámparas de pie que, en rincones opuestos, acorralaban las sombras con su luz amarillenta. Pero las anomalías del suministro eléctrico la hacían parpadear a ratos, como tratando de imitar el trémulo fulgor de la fogata.

—No me queda familia —dijo finalmente, y lo dijo sin enojo alguno, con un tono neutro—. Cuando falleció mi abuelo vendieron la casa y la finca y se repartieron la herencia, incluida una suma importante de dinero. Mi madre y yo nos establecimos en Madrid. Allí pude terminar la Básica que, según sabrás, había dejado interrumpida, y saqué adelante el bachillerato y el COU en dos años para recuperar el tiempo perdido. La carrera la cursé en la Complutense, aunque mamá murió antes de que me licenciara. Padecía una insuficiencia hepática. —Se detuvo en ese punto. Sospeché que trataba de eludir la mención a un posible cuadro de alcoholismo.

—¿Y tus tíos? ¿Qué fue de ellos?

—Mi tío Rodrigo compró unas tierras cerca de Azulejos y se casó con una muchacha de aquel lugar. Mi tío Santiago comenzó instalándose en Madrid, pero no con nosotras. No nos veíamos, aunque mi madre hablaba con él por teléfono de vez en cuando, igual que con su hermano. Se aficionó al juego y en un par de años había dilapidado toda su fortuna. Entonces se enredó en negocios sucios. A comienzos de los ochenta la cocaína se había convertido en Madrid en un negocio boyante. Eran los tiempos locos de la *movida*; no había *pub* ni discoteca en la que no vieras un trasiego constante de gente entrando y saliendo de los servicios para meterse rayas. Un día pillaron a mi tío con un alijo importante en el coche, diez kilos, creo. Le cayeron quince años. No he vuelto a saber de él.

—Pero sí sabrás de tu tío Rodrigo, ¿no?

—Tampoco. Las fechorías de mi tío Santiago acabaron salpicándole. Alguien con quien tenía una cuenta pendiente consiguió enterarse de dónde venía, pensó que había buscado refugio allí y fue a buscarlo. Entonces encontró a Rodrigo en una taberna y, creyendo que era él, lo esperó a la salida y le disparó varios tiros. Le alcanzó en el estómago y en un pulmón, pero logró salvarse. Mientras él se restablecía en el hospital su mujer, que ya había tenido un hijo, vendió el terreno, y tan pronto estuvo recuperado se fueron a vivir a Chile.

—Caray, vaya historia.

—No creas que voy contándola por ahí. La culpa es del *bourbon*. ¿Se han agotado las preguntas?

—Si estás incómoda...

—No, venga —dijo a la vez que se inclinaba para encender un cigarrillo en las brasas.

—¿Fue en Madrid donde conociste a tu marido?

—No, eso fue en Zaragoza. Yo había concluido el doctorado en el ochenta y ocho, y ese mismo año me dieron un contrato en aquella universidad. Allí estuve tres cursos. A comienzos del segundo conocí a Tomás, que por entonces trabajaba en el Instituto Nacional de Estadística, en la delegación provincial de Zaragoza, claro. Nos casamos poco después de finalizar las olimpiadas, el día de la Mercé.

—Vaya, qué casualidad; precisamente ese día me encontraba yo en Barcelona instalando una red local para una empresa de diseño gráfico. No te lo he preguntado hasta ahora, pero como nunca lo has mencionado debo imaginar que no tenéis hijos.

—Tuvimos una niña preciosa, Carolina. Con cuatro años le detectaron un meduloblastoma, un tumor cerebral, y murió en pocos meses. En enero hizo cinco años.

Carmen hizo esta última declaración manteniendo la frialdad que empleó para contarme lo anterior. Era evidente que no se sentía cómoda hablándome de todo aquello, que lo estaba haciendo como una concesión y que, en lo relativo a su hija, se había ido acostumbrando con el tiempo a usar prácticamente las mismas palabras de

una vez para otra, a dar la información precisa para superar cuanto antes el mal trago de tener que recordarlo sin venirse abajo. Continuar el interrogatorio habría constituido una falta de delicadeza por mi parte, y dado que las alusiones a la actualidad política podían originar nuevos roces entre nosotros preferí reconducir la conversación hacia temas intrascendentes.

Sin embargo debo admitir que la noticia de la pérdida de aquella hija me causó cierta turbación. No, no me refiero solo a la enorme desgracia que hubo de suponer para la mujer que yo amaba. La muerte de Carolina parecía sugerir una lectura de mayor alcance; daba la impresión de haber sido meticulosamente urdida por el destino a modo de soberbio colofón de una vasta tragedia, una tragedia protagonizada por cuatro generaciones de mujeres y cuyo primer acto seguía estando oculto tras las brumas del misterio. Claro que, puestos a especular en torno a las maniobras de la fortuna, el fallecimiento de la niña poseía un poderoso sentido liberador: su prematura desaparición truncaba toda posibilidad de perpetuar la descendencia y, con ella, el maleficio que arrastraba.

Aquella noche, sobre las cuatro de la mañana, el estampido de un trueno me sacó del sueño. La lluvia azotaba con furia los cristales. En la soledad de la habitación del hotel, las inclemencias del tiempo pusieron un fondo dramático a la duermevela en que me debatí después durante largo rato. Un pensamiento tan obsesivo como irracional tuvo la culpa de tal agitación: mi dependencia hacia Carmen constituía un síntoma inequívoco de que estaba condenado a ser partícipe de la fatalidad que había marcado su existencia. Eugenio había abierto la puerta y esta acababa de cerrarse a mi espalda. No tenía escapatoria.

Por fortuna el sueño logró vencerme, llevándose de paso aquel delirio transitorio, y con la luz del día su rastro se había perdido por completo. Al descorrer las cortinas me encontré con un tiempo más desapacible aún que el de la jornada anterior. Nevaba copiosamente en las montañas, y en Barcelona caía una llovizna gélida y persistente. Tuve que renunciar por tanto a mi proyecto de pasear por las obras del Fórum, que iba a inaugurarse diez semanas más tarde. En lugar de ello tomé un autobús que me dejó frente a la sede de la Fundación Joan Miró, donde ocupé la mañana visitando una exposición colectiva de autores internacionales compuesta por trabajos de los sesenta y los setenta.

Carmen había quedado en recogerme a las tres en la plaza de Tetuán. Menos mal que tuve la precaución de salir del museo con suficiente antelación, pues el tráfico era denso y la Gran Vía estaba colapsada. Cerca de la rambla de Cataluña vi desde el autobús cómo un grupo de cuatro o cinco individuos con la cabeza rapada y cazadoras de cuero se divertían asediando a un joven negro. Aunque no pude hacer otra cosa que llamar desde el móvil al 091 mientras los perdía de vista, el amargor de la impotencia me estuvo atormentando durante todo el trayecto en coche hasta La Floresta.

El prolongado deleite que nos brindaron las horas siguientes —el repentino

abandono del almuerzo para saciar el hambre de sexo, la apacible respiración de Carmen dormitando sobre mi pecho, el tacto suave de esa piel caliente entre las sábanas, el lánguido susurro de su voz al despertar con la caída de la tarde, el tránsito hacia la noche mientras contemplábamos abrazados las llamas del hogar— constituía el contrapunto perfecto a lo anterior, la quintaesencia del bienestar burgués frente a la desdicha de los que, tras huir del hambre o de la guerra, pueden llegar a recibir una paliza en pleno centro de una ciudad del primer mundo y a plena luz del día.

Pero aquel bienestar, aunque pretendiese olvidarlo, era solo la ceremonia de un amor prohibido, una ocasión voluptuosa que tocaba a su fin. Tal vez hubiese preferido que mi amante me lo recordara desde un principio. No fue así. Y al término de la cena, cuando me comunicó que no podría contar con ella para el fin de semana, me resistí a encajarlo.

—¿Ni siquiera un rato? Estoy dispuesto a esperarte donde me digas, a la hora que sea.

—Compréndelo, cariño. Tomás y yo procuramos pasar juntos los fines de semana porque de lunes a viernes nos vemos poquísimo. Había previsto escaparme mañana un rato a la hora del café, pero se da la circunstancia de que va a haber un acto electoral al que no debo faltar; vendrán personas del partido que sé que me estiman. Lo siento, me he enterado hoy mismo.

—¿Un mitin?

—En realidad se trata de una reunión entre los candidatos al parlamento por Barcelona y los militantes y simpatizantes, nada multitudinario. De hecho se va a celebrar en uno de los salones del hotel Meliá.

Apenas pasaban de las once y media cuando Carmen detuvo el coche frente a mi hotel. Aproveché que no había nadie cerca y le di un beso tan intenso como mi necesidad de permanecer a su lado. Luego nos despedimos con un «hasta pronto», pues ella no había querido poner fecha a nuestra próxima cita. Sin embargo, nada más cerrar la puerta de la habitación y tenderme boca arriba en la cama ya había tomado la determinación de acudir al día siguiente a aquel encuentro de los populares.

Ese tipo de resoluciones temerarias suelen desvanecerse una vez que, llegado el nuevo día, la razón las sopesa en frío. Pero si gracias al arrojo de Carmen se logró aquello que mi indecisión había echado a perder en Cádiz, aquel sábado me levanté dispuesto a combatir la cobardía a toda costa, por muy peligroso que fuese el territorio donde pensaba internarme. Evidentemente la situación no era extrapolable; aquí tendría que encontrarme con su marido. Además, ¿cuál iba a ser la reacción de Carmen al verme aparecer si había dejado bien claro que era *su* compromiso?

Una llamada a la sede del PP me permitió saber que el acto comenzaría a las siete. Luego empleé la mañana en recorrer innumerables tiendas y almacenes hasta dar con un traje que me quedaba perfecto sin ser nada caro, y después de almorzar regresé al establecimiento donde recordaba haber visto la corbata que mejor le venía.

A pesar de su gran capacidad, el salón Barcelona del Meliá estaba prácticamente

lleno cuando entré en él a las siete y veinte. Ocupé uno de los últimos asientos disponibles y me dediqué a examinar la concurrencia mientras Rafael Luna, entonces secretario general del Partido Popular de Cataluña, concluía con la presentación de las candidaturas y cedía la palabra a Dolors Nadal, cabeza de lista al congreso de los diputados. A su intervención siguió la de Alberto Fernández Díaz, primer candidato al senado. Finalmente tomó la palabra Josep Piqué, en su condición de presidente del PP catalán.

En todo ese tiempo no había logrado localizar a Carmen. Sin embargo, cuando al término del acto los asistentes se levantaron y empezaron a cruzarse los saludos entre ellos, distinguí el perfil de su figura no lejos del estrado. Vestía un conjunto color canela y lucía un collar corto de perlas pequeñas que realzaba la delgadez de su cuello. Participaba en la conversación de un grupo en el que había otra mujer y tres hombres, uno de ellos muy joven. No lo pensé dos veces. Me encaminé con paso resuelto a aquel lugar y, entrometiéndome adrede en la tertulia, exclamé empleando un matiz ligeramente afeminado:

—¡No me lo puedo creer! Pero si es la mismísima Carmen Garrido. —Y di dos besos al aire rozando mis mejillas con las suyas, que de repente habían adquirido una palidez inusual— ¿Cómo tú por aquí? Oh, discúlpenme —dije con una rápida mirada a los contertulios—, me parece que he interrumpido su charla.

—No se preocupe —dijo en mi descargo el más alto de los caballeros. Tampoco estábamos decidiendo el destino del país en este momento..., aunque quién sabe.

Los demás se echaron a reír al unísono. Carmen se limitó a mostrar una sonrisa a medias. Carraspeó antes de excusarse.

—Perdón, no os he presentado. Él es...

—Me llamo... —me apresuré a pronunciar mi nombre y mi primer apellido—. Soy uno de los veterinarios del zoo de Sevilla. No se pueden imaginar la ilusión que nos hizo la visita de la doctora Garrido la semana pasada. La reunión que mantuvimos con ella se nos antojó cortísima. Es, vamos, una eminencia.

Carmen estaba tan perpleja que tardó unos segundos antes de continuar con las presentaciones. La señora y el hombre de mayor edad eran los padres del muchacho, mientras que aquel que se había dirigido a mí resultó ser, como ya imaginaba, el esposo de mi amante. A pesar de las circunstancias, la primera impresión que tuve de él no fue nada desfavorable. Estaba claro que superaba a su mujer en edad, quizá unos diez años, aunque conservaba un cabello espeso y tan uniformemente oscuro que delataba el uso del tinte. Su estatura coincidía con la mía; era en cambio más corpulento y la americana no lograba ocultar la moderada redondez de su vientre. Discreta era asimismo la papada que enmarcaba sus fuertes mandíbulas, lo que le otorgaba ese aire de autoridad acentuada por el timbre grave de su voz. Haciendo gala de una franca sonrisa demostró que no estaba dispuesto a perder protagonismo en la situación cuando retomó la palabra.

—Ya que mi esposa no ha respondido le contestaré en su lugar. Efectivamente

somos militantes del Partido Popular de Cataluña, y yo ocupo además el cargo de delegado del gobierno central —se detuvo a observar hasta qué punto era espontáneo mi gesto de admiración—. Claro que igual dentro de dos semanas no puedo decir lo mismo —nuevas risas de aprobación—. Y a usted, ¿qué es lo que le trae hasta este lugar a un sevillano? Porque es usted natural de Sevilla, ¿o no?

—Sí, por supuesto. Para serle sincero, no pinto mucho aquí; he venido solo por acompañar a Jorge, un amigo barcelonés que me invitó a su casa hace más de cuatro años, cuando nos conocimos en Torremolinos, y he aprovechado el puente del Día de Andalucía para visitarlo. El pobre no hacía más que insistirme. A propósito, ¿dónde se habrá metido?

—No será Jorge Moragas, porque lo estoy viendo al otro lado de la sala.

—Oh, no —respondí volviéndome distraídamente—. Se llama Jorge Cansino, pero él no milita en el partido, tan solo es un gran admirador de Josep Piqué.

—Siendo así, ¿por qué no se quedan con nosotros al cóctel? —y señaló al fondo de la sala, donde los empleados del hotel plegaban en ese instante unas mamparas para dejar al descubierto la zona posterior del mismo. En ella se distribuía un buen número de mesas cubiertas con manteles blancos, y sobre ellas platos con canapés, botellas de vino y copas de distintos tamaños—. Tal vez sea una excelente oportunidad de presentarle su amigo a Pepe Piqué.

Miré de reojo a Carmen tratando de adivinar cómo reaccionaba. Su semblante flemático me dio a entender lo que no podía expresar con palabras: «Tú has montado este lío y tú sabrás de qué forma lo resuelves».

—Por mí, encantado, y él supongo que mucho más. De paso podré plantearle a su esposa algunas dudas que el otro día se me quedaron en el tintero; si no tiene inconveniente, claro está.

—En absoluto —afirmó Carmen.

—Perfecto. Voy a ver si lo localizo.

Di media vuelta y comencé a pasearme entre los asistentes que se estaban acercando a las mesas al tiempo que giraba la cabeza en todas direcciones. Siguiendo ese itinerario en zigzag conseguí alcanzar el vestíbulo. Busqué a continuación los aseos, me remojé la cara para limpiarme el sudor de la frente y después de unas cuantas inspiraciones profundas encendí un pitillo y regresé al salón. Encontré a Carmen junto a una mesa, enfrascada con un señor mayor en una conversación al parecer de gran trascendencia. Detrás estaba su marido sirviéndose una copa de vino.

—Lo siento, mi amigo ha tenido que ir a recoger a unos compañeros que le habían dejado un mensaje en el buzón de voz.

—En ese caso —adujo Carmen—, si tienes que marcharte no vayas a sentirte obligado por nosotros.

—Por supuesto, pero no hay problema. Me ha dicho que iban a tomarse una cerveza por la zona de Gràcia, que lo llame cuando quiera para ir a cenar.

—¿Le apetece un poco de vino? —propuso Tomás con tono jovial mostrándome

la botella—. Este Penedés no está nada mal.

—Cómo no, adelante.

—De camino me cuenta usted qué tal van las cosas allá por Andalucía. —Y me entregó la copa al tiempo que me asía por el brazo para alejarme de Carmen. Luego prosiguió en voz baja— Ese juez que anda de cháchara con mi mujer es un auténtico pelmazo, créame. —Recuperó el volumen habitual para continuar— ¿Sabe usted que mi abuelo era malagueño?

No tardé en comprobar que el delegado catalán poseía un don de gentes que le hacía merecedor del cargo que ocupaba. Con aquella capacidad de persuasión, pensé, hasta podría propiciar una tertulia en medio de un velatorio. De entrada evitó exasperarme con la típica arenga antisocialista. Por el contrario, una vez analizada mi posición ideológica —que yo atemperé, todo hay que decirlo, al extremo—, tuvo el tacto suficiente para argumentar con fundamentos sólidos su visión liberal del complejo período que nos tocaba vivir. Tanto es así que no tuvo reparos en manifestar ciertas críticas contra los miembros más reaccionarios de su partido, quizá —pensé ingenuamente— con la intención de mostrar una actitud abierta frente a mi presumible condición homosexual.

Por supuesto no toda nuestra conversación giró en torno a los asuntos políticos. Tomás hizo gala de un bagaje intelectual nada despreciable en el diálogo que nos llevó desde el urbanismo y la arquitectura —unos ámbitos que, al parecer, le apasionaban— al patrimonio artístico, y desde este a la gestión cultural y a la educación, lo que en un momento dado le trajo a la memoria el recuerdo de la hija que había perdido.

A la vista de lo referido no es difícil concebir que en el plazo de veinte minutos la pareja legítima de la mujer que yo amaba se hubiese ganado mi respeto y, para qué ocultarlo, mi confianza. No obstante, todo ello formaba parte de una estrategia fríamente calculada. Él me había concedido el margen suficiente para poder representar mi papel de manera distendida, invitándome a transitar por aquellos lugares de la cultura y del pensamiento que en nada me comprometían. Una vez logrado dicho objetivo, y apoyándose en mis elogios por el hecho de que alguien con un puesto de tanta responsabilidad pudiera estar al día en tantos campos del conocimiento, declaró:

—Bueno, si supiera la multitud de asuntos de toda índole en los que estamos implicados los delegados en la comunidades seguramente no diría eso. Tenemos que vérnoslas hasta con problemas veterinarios. Antes fue lo de las vacas locas, y ahora lo de la gripe aviar. Por cierto, ¿cómo llevan ustedes las vacunaciones en el zoo de Sevilla?

Iba a cazarme, no me cabía la menor duda. Traté de zafarme como pude, pero solo contaba con las informaciones que daban los telediarios, y eso me servía de poco.

—La verdad es que yo estoy a cargo de los mamíferos y el asunto no es de mi

competencia, aunque creo que están a punto de comenzar.

Tomás hizo un leve gesto de asentimiento y cambió de tema. ¿Qué más necesitaba? A partir de ese instante tuve la presunción de que el marido de Carmen no se había tragado absolutamente nada: ni mi puesto de veterinario en la misma ciudad donde su mujer se había alojado días antes, ni la naturalidad de mis afeminados aspavientos, ni la repentina ausencia del amigo inventado, ni mucho menos el carácter fortuito de mi presencia en el lugar al que ellos habían acudido aquella tarde, justo después de dos jornadas en las que Carmen había regresado a su casa a medianoche. Y en efecto, ella misma me lo confirmó más tarde, en los escasos minutos de los que dispusimos para hablar a solas.

—Madre de Dios, pero si en los zoológicos no se ha vacunado ningún ave. Esas medidas tienen que determinarlas una comisión de la Comunidad Europea. Ya me temía yo que algo así iba a pasar.

No, por aquel entonces no se habían dictado órdenes de vacunación. Y aún tardarían dos años en darse.

9. Marzo de 2004. 1968-1975

Al contrario de lo sucedido después de que Carmen regresara a Barcelona, en los días posteriores a mi estancia en aquella ciudad no tuve noticias suyas. La tentación de llamarla al móvil resultaba difícil de contener, pero aunque no me lo había prohibido tampoco lo había sugerido de forma expresa en ninguna ocasión. Ante tal tesitura, el viernes siguiente le envié un mensaje escueto e impersonal: «¿Qué tal van las cosas por Barcelona?». «Algo enrarecidas. Te llamo de aquí al lunes», fue la respuesta que me llegó al rato.

La tarde del lunes me la pasé entera mirando la pantalla del móvil cada pocos minutos, como si mi insistencia contribuyera a hacer sonar el maldito aparato. Sobre las once de la noche recibí un mensaje: «Hablamos mañana. Te lo prometo». Cuando al día siguiente, después de anochecer, sonó el timbre de llamada, la preocupación que me atenazaba se transmutó súbitamente en un alegre nerviosismo.

—¿Te apetece que nos veamos este fin de semana? —propuso tras los saludos iniciales.

—Esa pregunta es retórica, cariño. Pero ¿cómo vamos a hacerlo? ¿No tienes que estar con tu marido?

—Me he inventado una excusa para ir a Madrid. Hay un curso sobre cirugía equina en San Agustín de Guadalix, cerca de la capital. No es que vaya a seguirlo, porque dura dos fines de semana, y además el domingo tengo que regresar con tiempo para votar. Aun así sería una buena oportunidad para conocer el hospital veterinario Sierra de Madrid, que es el que lo organiza.

—Fantástico. ¿Cuándo crees que estarías libre?

—Supongo que el viernes a las siete es una buena hora. Montse me ha reservado habitación en un hotel próximo al museo Thyssen. Queda relativamente cerca de la estación de Atocha; de ese modo, si tu tren llega más tarde no tengo que esperarte mucho tiempo.

—Descuida, que procuraré estar antes que tú. —Me quedé callado mientras las escenas de nuestro inminente reencuentro venían en tropel a mi imaginación— ¿Vas a contarme algo sobre lo que ponías en el mensaje?

—Uf, es un tanto complicado... No sé cómo describirlo —su voz denotaba cierto desaliento.

—Tomás y tú habéis discutido. ¿Es eso lo que quieres decirme? Fue una insensatez presentarme en aquel acto, lo sé. Me traicionaron las ganas de volver a verte.

—No creas que todo se debe a tu error. En realidad se trata de un problema antiguo, un conflicto que se desencadenó con la pérdida de Carolina. La desgracia de su enfermedad nos mantuvo muy unidos. Sin embargo tras su muerte nos encontramos separados por un abismo; era como si la pequeña hubiese sido nuestro

único puente de comunicación. La ilusión que yo tenía de contar por fin con una familia de verdad quedó destrozada. De repente Tomás era para mí solo un hombre débil, abatido. No sentía nada por él, ni siquiera un residuo de compasión, de modo que lo abandoné.

—Imagino que aquello no debió de durar demasiado.

—Duró aproximadamente un año. Yo estaba entregada plenamente a mi trabajo; de hecho fue entonces cuando obtuve la plaza de conservadora. Mientras tanto Tomás andaba enfrascado en las labores del partido, sobre todo en las campañas electorales, y cuando vencieron por mayoría absoluta en las generales de marzo de dos mil no tardaron en proponerle el cargo. Fui yo la primera persona a quien llamó. Me habló con sinceridad: si aceptaba el puesto, nuestra separación podía perjudicar su imagen, o al menos él lo veía así. En suma, me rogaba que rehiciésemos nuestro matrimonio. Me tomé un par de días para reflexionar y al final le contesté afirmativamente. ¿Que por qué lo hice? No estoy segura. Ahora bien, si piensas que me encandilé con la notoriedad que había alcanzado lamento decirte que te equivocas.

—No se me había ocurrido siquiera. ¿Cuál fue la razón?

—Imagino que acepté porque ya le había hecho demasiado daño. El caso es que nuestra convivencia desde entonces no ha sido tan cálida como en los primeros tiempos. Digamos que, oficialmente, somos una pareja bien avenida. Tengo el carné de militante, asisto con frecuencia a actos institucionales, solemos aparecer juntos en sociedad... En cambio, de puertas para dentro el trato se mantiene más o menos en los límites de las buenas formas. —Se detuvo. Yo sabía que estaba adelantándose a mis pensamientos— Claro que dormimos juntos, incluso hacemos el amor de vez en cuando.

—Todo eso lo he supuesto. Aunque aún no me has explicado lo del ambiente enrarecido.

—Ciertamente tengo compromisos profesionales que me obligan a viajar sola con frecuencia. Él también los tiene, es obvio, pero la duración de mi viaje a Andalucía lo dejó un tanto escamado. Y que conste que se lo había anunciado antes de marcharme. Además, ¿cómo podía yo imaginar que iba a verte? Total, que el jueves de la semana pasada ya estaba acostada cuando él apareció. El viernes, en cambio, al llegar a casa después de dejarte en el hotel me lo encontré con la bata puesta. Me preguntó muy secamente que de dónde venía, algo que jamás había hecho, al menos que yo recuerde. Le contesté que, como él estaba tan ocupado, me apeteció ir al cine en el último momento y que no vi oportuno molestar al guardaespaldas a esas horas. Menos mal que tuve la precaución de informarme por internet del argumento de la película, porque hasta de eso quiso enterarse.

»Y ahora atiende al siguiente detalle. El sábado, tras el cóctel, fuimos a un restaurante con los amigos que te presenté. Pues bien, para mi sorpresa, ni en aquella velada ni en todos estos días se ha molestado en hacerme el más mínimo comentario sobre ti.

—Eso es muy raro. Precisamente cuando había logrado ponerme en un aprieto...

—No concurda una cosa con la otra, ¿verdad? No voy a ocultarte que he visto a mi marido actuar con doblez en más de una ocasión, pero solo lo ha hecho en el ámbito político y siempre ha procurado justificarse. Esta última semana, en cambio, su conducta hacia mí ha supuesto un continuo alarde de hipocresía. Sus palabras son... ¿Cómo te diría? Están cargadas de insidia. Me enferma.

—Entonces, ¿cómo se ha tomado lo del viaje a Madrid?

—¿Que cómo se lo ha tomado? —Lo remedó con entonación impostada— «Es una idea magnífica, querida. No puedes permanecer encerrada tanto tiempo en ese zoo». Y lo dice sabiendo de sobra que procuro no faltar a ningún congreso. Se está volviendo realmente odioso.

—Déjalo. Si no lo quieres...

No contestó de inmediato.

—Dejémoslo estar. Nos vemos el viernes. Avísame si no encuentras billete.

* * *

En aquel curso académico el jueves era mi día con mayor carga lectiva: cinco horas de clase más la guardia de recreo. El instituto está en una pedanía de la capital, y aprovechaba los trayectos en automóvil para escuchar los cedés de música que en casa, por una u otra razón, nunca tenía ocasión de oír. Si consideramos que el jueves siguiente tuve que hacer yo solo la guardia de recreo porque la profesora de religión no se dignaba a aparecer por allí, puede entenderse que las primeras noticias de lo que había sucedido durante la mañana me llegaron al finalizar la jornada. Dos compañeras interinas, recién incorporadas al centro para cubrir sendas bajas, me preguntaron si podían venirse en mi coche hasta Sevilla. Conforme dejábamos atrás el instituto, una de ellas exclamó:

—Vaya palo lo del atentado de Madrid. ¡Qué pasada!

—¿Atentado? —pregunté— ¿Cuándo ha sido eso?

—Esta mañana temprano —dijo la otra—. Me pilló desayunando cuando lo dijeron en la tele. Por lo visto han muerto veintitantas personas.

—Qué va, son muchísimas más —replicó la primera—. Yo puse la radio en el último cambio de clase y hablaban ya de ciento setenta muertos.

Coloqué a toda prisa la carátula del radiocédé y pulsé el botón de onda media. En ese momento se estaba reemitiendo un extracto de las declaraciones que Ángel Acebes, ministro de Interior, acababa de hacer en su primera rueda de prensa. Acebes no solo culpaba taxativamente a ETA de la masacre, sino que tachaba de miserables a quienes tratasen de desviar la atención sobre los responsables del mismo.

Durante el almuerzo, entre las noticias que iban dando por televisión y las

aclaraciones de mi familia fui conociendo lo que había sucedido. En un despliegue de crueldad sin precedentes en nuestro país, diez artefactos repartidos entre cuatro trenes de cercanías —tres en uno detenido en la estación de Atocha, cuatro en otro convoy que se aproximaba allí, dos en el que partía de la estación de El Pozo del Tío Raimundo, y un último en el que empezaba a ponerse en marcha en la de Santa Eugenia— habían explotado en plena hora punta, entre las 7:36 y las 7:40, causando la muerte de casi doscientas personas y más de dos mil heridos.

Todos los medios sin excepción interrumpieron su programación habitual para dar cobertura a la avalancha informativa que se había originado: la movilización masiva tanto de recursos oficiales como de ciudadanos anónimos, el traslado de heridos a los hospitales de campaña y a distintos centros sanitarios, la rápida intervención de los artificieros de la policía, la habilitación de un pabellón de la feria de muestras como tanatorio, las visitas de autoridades y de figuras políticas a los escenarios de la catástrofe, el colapso de los transportes dentro y fuera de la capital. Al mismo tiempo se originaba un aluvión de declaraciones de líderes políticos, que de forma tácita daban por concluida la campaña electoral, mientras se sucedían las concentraciones silenciosas por todo el país y un número incalculable de mandatarios extranjeros transmitían sus mensajes de condolencia al presidente del gobierno.

Desde primera hora la crónica de aquella enorme matanza se vio unida a una angustia tan grande como la propia devastación que había causado. Todo el mundo se hacía la misma pregunta: ¿por qué?, o dicho de otro modo, ¿quién lo había hecho?

Por un lado se sabía que ETA tenía la intención de atacar en Madrid en vísperas de las elecciones. La prueba es que el último día de febrero, horas después de la presentación a la que acudí en el Meliá Barcelona, dos etarras eran detenidos en la provincia de Cuenca con media tonelada de explosivos que pretendían hacer estallar en un parque empresarial junto a la Nacional II. Por supuesto el PP no dejó pasar la ocasión, y se sirvió de la operación policial para arremeter en sus actos de campaña contra Carod-Rovira, de quien decía que «estaría muy satisfecho porque la banda no actuase en Cataluña», y de paso contra los socialistas, culpables de mantener su coalición con «los amigos de los terroristas».

Sin embargo, nadie podía obviar que la implicación de España en la guerra de Irak había convertido a nuestro país en objetivo prioritario para la franquicia terrorista de Al Qaida. En mayo de 2003 perecieron 45 personas en un atentado contra la Casa de España en Casablanca. Aunque la entonces ministra de Exteriores Ana Palacio quiso interpretarlo como un cruento golpe contra Marruecos en el que murieron cuatro españoles, la realidad era que se trataba de un ataque hacia intereses españoles en el que perdió la vida un gran número de súbditos marroquíes. Cinco meses después, Osama Bin Laden lanzaba a través de la cadena Al Yazira una amenaza contra los países participantes en la guerra de Irak, citando a España en segundo lugar. Según apuntaría posteriormente el ministerio fiscal en el juicio sobre el atentado de Madrid, dicho mensaje fue el detonante que instigó a la célula

yihadista a preparar la masacre.

Que el ataque a los trenes se perpetrara tres días antes de las elecciones con la intención de influir en las mismas nadie lo ponía en duda; en cambio, el hecho de que su autoría se debiese al terrorismo vasco o al islamista podía tener consecuencias diametralmente opuestas. Más allá de que ETA había intentado acabar con su vida en 1995, cuando aún era jefe de la oposición, el empeño de Aznar en su lucha contra la banda armada se justificaba en gran medida por los importantes réditos políticos que obtenía de ello. Si ETA fuese la causante del tremendo atentado, el voto bascularía con toda probabilidad hacia la derecha. Por el contrario, la autoría de la *yihad* internacional sería interpretada entre el electorado como el coste inasumible que el país pagaba por haber participado en una guerra injusta, construida sobre grandes mentiras y contestada por más del ochenta por ciento de la población. Además, de ser así el pueblo español no podría perdonar al gobierno popular su negligencia en materia de seguridad precisamente cuando la nación estaba en el punto de mira de criminales fanáticos.

Bien es verdad que en las primeras horas muchos dirigieron sus sospechas hacia los terroristas vascos. Antes de que lo hiciera el candidato socialista, José Luis Rodríguez Zapatero, o el coordinador de Izquierda Unida, Gaspar Llamazares, el propio *lehendakari* Ibarretxe, pendiente como estaba de la presentación de un plan cuyo horizonte era la independencia de Euskadi, se apresuró a comparecer a las nueve y media ante la prensa para tachar de monstruos a los etarras y negarles su condición de vascos. Sin embargo, al cabo de una hora lo hacía Arnaldo Otegui, jefe de la ilegalizada Batasuna, el brazo político de ETA. En unas declaraciones sin precedentes, Otegui no solo condenaba el atentado y desmentía cualquier implicación de la banda en él, sino que expresaba su solidaridad con las víctimas y con el pueblo madrileño. Y quiso dejarlo claro: «a lo largo de su historia ETA siempre ha avisado de la colocación de explosivos». Lo que Otegui omitió citar era que el brazo armado de la izquierda abertzale se veía tan sometido al cerco policial que carecía de infraestructura para un múltiple atentado de esas características.

Siguiendo la estrategia censora a la que ya nos tenía acostumbrados, Alfredo Urdaci, jefe de informativos de TVE, no dio cobertura a las palabras de Otegui ni a las de Carod-Rovira, y solo de forma sucinta y a destiempo a las de Ibarretxe y a las de Maragall. Algo parecido sucedía en el gabinete de crisis de La Moncloa. Las informaciones recibidas de la CIA, la Interpol y los servicios secretos de Gran Bretaña y de Israel apuntaban inequívocamente al terrorismo islámico. Las primeras pesquisas del Centro Nacional de Inteligencia contemplaban dicha posibilidad. En cambio, pasadas las diez de la mañana el gobierno convocaba para el viernes a las siete de la tarde manifestaciones en toda España bajo el lema *Con las víctimas, con la Constitución, por la derrota del terrorismo*. Obviamente la mención a la Constitución, que poco tenía que ver con este asunto, se incluía como alusión expresa a la supuesta obra de ETA y, al mismo tiempo, como reproche a sus supuestos

«colaboradores» nacionalistas.

Pronto empezaron a aparecer las primeras pruebas que confirmaban la hipótesis yihadista. Ya no se trataba solo de especulaciones respecto a la fecha del atentado —justo dos años y medio después de los atentados del 11-S en Nueva York, justo 911 días después de aquel 9-11, con toda la carga simbólica que ello podría tener para Al Qaida—. Los artificieros de la policía encontraron en Atocha y en El Pozo varias bombas sin detonar cuya elaboración era distinta por completo a las de ETA. Mientras tanto, la llamada de un vecino de Alcalá de Henares permitía localizar una furgoneta sospechosa cerca de la estación. En su interior había, entre otros objetos, una cinta de casete con grabaciones en árabe, siete detonadores de cobre y un cartucho de explosivo de fabricación española Goma 2 ECO. ETA usaba, en cambio, dinamita Titadyne francesa y detonadores de aluminio. Pese a que la información oficial sobre el hallazgo no se hizo pública hasta media tarde, no cabe duda de que Acebes la conocía bastante antes de la comparecencia que escuchamos al regresar del instituto, y de hecho ya les habían llegado filtraciones a los medios.

Los periódicos preparaban ediciones especiales y la tesis islamista iba tomando forma. A la una de la tarde el propio Aznar hacía una ronda de llamadas a los directores de los principales diarios, comenzando por los más críticos al gobierno, para asegurarles que todas las pistas apuntaban de forma categórica hacia ETA; de ese modo, mediante un imperdonable abuso de poder, lograba que el nombre de la banda apareciese en los titulares de las portadas. Sin embargo, en su primera comparecencia pública, pasadas las dos y media, el presidente pronunció un discurso plagado de alusiones indirectas al terrorismo abertzale pero en el cual no mencionaba el nombre de la banda. ¿Por qué? Sin duda debido a que los últimos datos confirmaban inequívocamente la mano yihadista. Con ello eludía perseverar en la mentira al tiempo que ocultaba la verdad.

Claro que mientras Aznar y el candidato popular Mariano Rajoy jugaban a la ambigüedad, en el ministerio de Asuntos Exteriores se buscaba hacer frente a los medios extranjeros. Sus corresponsales en nuestro país habían optado por desatender las comunicaciones que durante la mañana les remitieron desde Moncloa confirmando el uso de Titadyne en las bombas, y elaboraban sus crónicas basándose en la más que presumible autoría de un comando islamista. En un soberbio ejercicio de contrainformación, Ana Palacio envió a las cinco y media un mensaje urgente a las embajadas españolas ordenando que se aprovechara cualquier ocasión para sostener la autoría etarra. Y por si fuera poco, forzó al Consejo de Seguridad de la ONU a emitir en la sesión de ese día una resolución de condena de los atentados que incluía la mención expresa a ETA, algo que al día siguiente se convertiría en uno de los asuntos más bochornosos de la diplomacia española.

Al igual que cualquier ciudadano español, yo me había pasado toda la tarde pegado al televisor, a la radio, conectándome de cuando en cuando a internet e intercambiando rumores con mis amigos a través del teléfono para tratar de conocer

esa verdad que el gobierno y sus medios afines se empeñaban en ocultar a toda costa. Por ello mismo, la comparecencia de Acebes a las ocho y veinte me pareció que rozaba el límite de la ignominia. A esa hora las pesquisas de la policía habían dejado claro que la matanza se debía a una rama de Al Qaida. El ministro de Interior, presionado por la oposición y, probablemente, por la propia Casa Real, reconoció ante el país que el hallazgo de la furgoneta obligaba a abrir una nueva línea de investigación, aunque a renglón seguido restaba importancia al hecho y afirmaba con empeñamiento que todos los indicios llevaban la marca característica de ETA.

A continuación se emitió un mensaje institucional del rey Juan Carlos —el primero de carácter extraordinario desde el intento de golpe de estado de 1981— en el que el monarca eligió con cuidado sus palabras, evitando alentar la crispación que comenzaba a percibirse en el país. Y unos cuantos minutos después llegaba una nueva noticia: cierto grupo islamista acababa de enviar un correo electrónico a un diario musulmán londinense en el que reivindicaba el atentado de Madrid. Los servicios de inteligencia, sin embargo, no le dieron demasiada credibilidad.

Cerca de la medianoche sonó el móvil. A la pregunta que le había mandado a Carmen después del almuerzo, «¿Sigue en pie lo de mañana?», ella respondía al fin: «Sigue. Yo acabo de llegar al hotel».

Aunque el viernes no entraba temprano a clase y la maleta la tenía preparada desde la tarde anterior, puse el despertador a las ocho para seguir con detalle la evolución de los acontecimientos. Pude así saber que los artificieros habían conseguido desactivar durante la madrugada una bomba contenida en una bolsa de deporte procedente del equipaje retirado de los trenes. El artefacto se componía de doce kilos de dinamita Goma 2 ECO, dos detonadores de cobre, un kilo de metralla y un teléfono móvil configurado en árabe cuya función como activador había fallado. El hallazgo coincidía con las características del material encontrado en la furgoneta de Alcalá de Henares. El círculo se estaba cerrando.

A las nueve y media de la mañana José Blanco, secretario de Organización del PSOE, rompía el silencio que había mantenido su partido hasta ese momento y reconocía que el atentado presentaba características claramente distintas a las de los cometidos por ETA, lo que le hacía sospechar que el gobierno ocultaba información. Los titulares de la prensa extranjera se decantaban en gran medida por la tesis del terrorismo islamista. No obstante, camino del trabajo tuve ocasión de escuchar cómo Aznar, al término del consejo de ministros, se erigía en portavoz del mismo para dejar bien claro que el gobierno seguía la línea de investigación de ETA. Y atrincherándose en el engaño apostillaba: «Nosotros jugamos sobre hechos constatados», cuando en realidad los hechos constataban lo contrario.

Las tertulias televisivas y radiofónicas atestiguaban la polarización que, con inusitada rapidez, se estaba produciendo en la opinión pública. El país se hallaba dividido en dos bandos, la enésima edición de las dos Españas: los que creían con fe ciega en la autoría de ETA, y los que no teníamos duda de que era una acción de la

Yihad internacional. La indignación que experimentaba me había impedido caer en la cuenta de que ese mismo panorama iba a encontrármelo al llegar al instituto. Mi compañero de química, que me había retirado el saludo dos meses antes a raíz de la campaña laicista, se había puesto a confeccionar con algunos de sus alumnos una gran pancarta para colgarla en la fachada del centro. El lema no era otro que el que José María Aznar había impuesto para encabezar las manifestaciones de aquella misma tarde.

Para el viaje en AVE tuve la precaución de llevarme una radio de bolsillo y unos auriculares. De ese modo me enteré, mientras el tren dejaba atrás las extensas llanuras de La Mancha, de que ETA había telefonado a las redacciones del diario Gara y de Euskal Telebista asegurando no tener relación alguna con el atentado del día anterior. Como prueba de la veracidad de las llamadas, el comunicante solicitó que se comparara su voz con la de aquella grabación en vídeo realizada tres semanas antes, cuando dos encapuchados habían declarado la venenosa tregua selectiva en Cataluña. El contraste de ambas grabaciones confirmó que se trataba del mismo individuo. A pesar de ello, el ministro de Interior compareció poco después ante los micrófonos y aseguró de nuevo que la investigación se orientaba prioritariamente hacia ETA. Resultaba el colmo del cinismo que el gobierno, después de haber aireado en todos los medios la voz de aquel etarra para arremeter contra Carod, Maragall y Zapatero, de repente ya no le otorgase la más mínima credibilidad.

A las seis y media de la tarde descendí del tren. Los andenes de las líneas de largo recorrido y los de cercanías están separados, por lo que no advertí ningún indicio de las brutales explosiones que se habían producido en la mañana del día anterior. Sin embargo, al cruzar la zona de tránsito me sobrecogió la enorme pila de velas, ramos de flores y dedicatorias a los fallecidos que la ciudadanía había ido depositando. Mi intención era llegar cuanto antes al hotel, pues sabía que la hora de la cita con Carmen era la misma en que tendría comienzo la manifestación, pero cubrir aquel corto trayecto me llevó bastante tiempo. Riadas de viajeros procedentes de los trenes y del metro avanzaban con dificultad hacia las distintas salidas, y en sus rostros se repetía el mismo gesto de consternación.

Cuando al fin logré alcanzar la calle comprendí la dificultad que iba a tener la manifestación para discurrir según su itinerario oficial. Aunque estaba previsto que comenzase en la plaza de Colón y acabase en la glorieta de Atocha, la aglomeración humana era tal que no solo abarrotaba todo el recorrido, sino también las calles adyacentes. Aún no habían dado las siete y dos millones de personas, resguardadas bajo un inabarcable manto de paraguas, parecían sentir la copiosa lluvia que estaba cayendo como si fuese el llanto de la ciudad ferozmente golpeada a primera hora de la víspera.

En aquellas condiciones, tratar de caminar con el paraguas abierto resultaba imposible, de manera que extraje la capucha del anorak, cogí la maleta a pulso y me interné en la muchedumbre. Al tiempo que avanzaba sorteando grupos portadores de

pancartas y carteles clamando por la paz, la prisa por acudir a un lugar tan ajeno a la expresión del duelo multitudinario hizo que me sintiera un intruso. «¿Qué estoy haciendo aquí?», me preguntaba al tiempo que mis ojos se encontraban con los de aquellos ciudadanos sumidos en la conmoción. Mientras el país entero se echaba a la calle para hacer oír su clamor de angustia y de incertidumbre, yo marchaba con urgencia hacia el siguiente encuentro de un amorío adúltero.

Nada más cruzar el umbral del vestíbulo, un policía procedió a pasar a mi alrededor un detector de metales portátil y me indicó que depositara el equipaje sobre una mesa pequeña para poder examinar su contenido. Tras el examen, un conserje del hotel se apresuró a atenderme, lo que me hizo reparar en mi aspecto, con los pantalones empapados y los zapatos encharcados por completo. Me disculpé torpemente y le dije que mi mujer me aguardaba en la habitación.

—¿Desea que le avise? —preguntó de inmediato. Dadas las circunstancias resultaba comprensible que la suspicacia de aquel empleado se viese acentuada.

—Por supuesto. Es la habitación trescientos catorce —lo sabía por el mensaje que Carmen me había enviado una hora antes.

—Tenga la amabilidad de acompañarme, caballero.

Lo seguí hasta el mostrador, mientras un individuo que aparentaba leer el periódico en uno de los sillones no nos quitaba ojo de encima. El conserje pasó al otro lado y susurró las instrucciones a una recepcionista. Esta hizo la correspondiente llamada y confirmó con una sonrisa profesional que, en efecto, mi esposa ya había llegado. Le di las gracias y me deslicé en dirección a los ascensores sin que el botones tuviera ocasión de hacerse con la maleta. Mi mirada se cruzó con la del tipo del periódico.

Encontré entornada la puerta de la habitación. La luz discontinua del televisor sin volumen, junto a la que penetraba desde la calle a través de los cristales con las cortinas descorridas, proporcionaban una fría penumbra al interior de la estancia. Todas las lámparas permanecían apagadas. Cerré la puerta, solté la maleta, puse el anorak sobre ella y me aproximé despacio a Carmen, cuya silueta de espaldas se recortaba contra el ventanal. Estaba sentada en el sillón del escritorio. No se había vuelto cuando me oyó entrar, de modo que la abracé por detrás y busqué un hueco entre el cabello húmedo para acariciar su cuello con mis labios. Ella respondió rodeando mi cabeza con un brazo.

—Hola, mi amor —musité en su oído.

—Hola —fue su única respuesta. El doble acristalamiento amortiguaba el fragor producido por el tumulto de la gigantesca manifestación. El horizonte de paraguas abiertos se perdía en la lejanía.

—¿Qué tal te ha ido tu visita?

—No muy bien. Un mulo me coceó. —Se apartó el albornoz y dejó al descubierto un hematoma casi negro que abarcaba toda la pantorrilla derecha.

—¡Dios! —exclamé después de observar en cuclillas el alcance de la

contusión—. Podía haberte partido la pierna.

—Poco faltó. Pensé que estaba más sedado y me confié. No ha sido mi mejor día.
—Volvió a cubrirse.

—Eso nos pasa a todos. ¿Te has fijado en la gente? Aunque deje aflorar la rabia que lleva dentro, en sus rostros solo se adivina el vacío. Se me antojan animales acorralados.

—Así llevamos mucho tiempo. ¿O es que crees que yo no vivo con el alma en vilo, esperando que en cualquier momento lleguen unos encapuchados y cosan a balazos a mi marido? Y luego se permiten la desfachatez de contarnos que en Cataluña, como sus amigos controlan la Generalitat, no nos van a hacer nada. No les hacía falta, aquí ya estaban bastante ocupados.

—¿Tú también con la misma cantilena, Carmen? Por favor, si ETA ha reconocido esta tarde que no tiene nada que ver con esto, si todas las pruebas que van apareciendo señalan a Al Qaida. ¿Es que estáis ciegos? —no quería mostrarle mi irritación, pero me lo había puesto difícil, porque la sentía a flor de piel.

—¿Ciegos nosotros? ¡Ciegos tú y los que creéis a pie juntillas lo que sale por la boca de esos canallas! Qué mala memoria la tuya. ¿Ya se te ha olvidado el atentado que habían previsto cometer la Nochebuena pasada en el tren Madrid-Irún? ¿Y las doce mochilas que iban a colocar en Baqueira Beret? ¿Y los que capturaron en Cuenca hace pocos días con media tonelada de explosivos, también eso se te ha olvidado?

—Pero ETA siempre avisa de los atentados. Lo hizo incluso cuando lo del Hipercor de Barcelona, en el ochenta y siete.

—Parece mentira que seas tan ingenuo. El radicalismo abertzale no funciona como un ejército; entre ellos hay más fracturas de lo que aparentan, y yo lo sé de buena tinta. Esos que han llamado esta tarde seguramente desconocían lo que otro sector estaba tramando.

—Las disidencias en la izquierda independentista vasca siempre han existido, no es ninguna novedad. —Extraje el paquete de cigarrillos del bolso y encendí uno. Me encontraba muy alterado, los dedos me temblaban— Pero otra cosa es el aparato militar, donde hay una cúpula única que se recompone cada vez que es desarticulada la anterior. No sé, Carmen. Te veo esforzándote por autoconvencerte de algo que ni tú misma te crees.

—Oh, claro, faltaría más. —Se levantó del asiento y se puso a caminar con una leve cojera y una mueca de dolor— Ese es vuestro problema, el de los que vais por ahí presumiendo de *progresistas*. Os las dais de tolerantes cuando en el fondo solo sabéis funcionar bajo consignas así de rígidas —y golpeó con los nudillos el pilar que sobresalía del muro—. Y hoy toca la consigna de atribuirle la matanza al islamismo y así poder echarle la culpa al gobierno por apoyar la invasión de Irak. Os da igual que aquel país estuviese subyugado por un dictador sanguinario. Vamos, que si Estados Unidos hubiera intervenido en España para derrocar a Franco seguro que no habríais

puesto ningún reparo. Usáis un doble rasero, y eso tiene un nombre: hipocresía.

—Caramba, ahora eres tú la que tienes mala memoria. González apoyó la Guerra del Golfo porque Saddam había invadido Kuwait y la ONU autorizó la intervención. Pero esto no es una guerra, sino una invasión ilegal sostenida a base de grandes mentiras, las de unas armas de destrucción masiva que nunca aparecieron. Eso sí es hipocresía, Carmen. *Liberar al pueblo oprimido*, nos contaban. ¿Por qué no dijeron a las claras que lo que querían era el petróleo iraquí? Mira el resultado: un país convertido en una permanente carnicería. Y no me hables de los dictadores, Carmen, no me hables. ¿A cuántos dictadores ha mantenido en el poder Estados Unidos, eh? África, Centroamérica y Sudamérica... ¿Se te olvidan los acuerdos que firmó con Franco para instalar las bases? Sí, se te olvidan demasiadas cosas, Carmen, demasiadas. A ti y a tu partido.

—Si tantas cosas tienes que reprochar al Partido Popular, deberías reconocer al menos que el gobierno de Aznar ha combatido a ETA desde la legalidad, no como Felipe González y sus GAL. ¿Qué me dices de las condenas de Barrionuevo, Vera y Sancristóbal por el secuestro de Segundo Marey? Con ese historial hay que ser muy cándido para no sospechar que el PSOE ha podido tener algo que ver con lo que pasó ayer aquí. No, no pongas cara de ofendido y mírame a los ojos, porque vamos a hablar claro. ¿Quién está detrás de la masacre? Obviamente, quienes buscan sacar tajada de todo lo que está sucediendo a dos días de las elecciones. Y no creas que se me ha pasado por alto la forma en que están moviendo sus fichas desde esta mañana Pérez Rubalcaba y Blanco. Zapatero no, por favor, él es demasiado correcto. ¿Cómo se va a mojar? Para eso tiene sus chacales, en los micrófonos de la SER y en los restaurantes franceses donde confabulan con los etarras. Porque Zapatero va a por todas, y si mueren doscientos inocentes pensará que no es un coste excesivo con tal de sacar al PP del gobierno.

—Estás desvariando, Carmen.

—¿Qué yo estoy desvariando? Y tú, ¿no desvarías tú, que has entrado por esa puerta tachándome de ciega y hablándome como si fueras un mensajero de Otegui? —su mirada estaba cargada de ira. No paraba de andar de acá para allá. El clamor del gentío crecía por momentos y volvía más espesa la tensión que se respiraba dentro de la estancia.

—A mí no me hace falta salir en defensa de nadie, a ver si te enteras. No tengo carné, nunca lo tuve, y durante la última legislatura socialista fui igual de crítico que lo soy ahora con los populares. También yo sentí vergüenza por la fuga de Roldán después de enriquecerse con los fondos reservados. Pero eso no me impide reconocer el cinismo de quienes airearon las actividades de los GAL olvidando que el terrorismo de estado se había practicado igualmente durante la Transición y con la UCD, cuando Interior estaba en manos de Fraga o de Martín Villa, que ahora, por cierto, militan en vuestras filas. Incluso sé por fuentes cercanas que Anguita, siendo aún coordinador de Izquierda Unida, cuando colaboraba con Aznar en la pinza

antisocialista, llegó a comentar en *petit comité* que lo único malo de los GAL es que habían sido excesivamente chapuceros.

—Vamos, que según tú va a resultar que las víctimas son los *pobrechitos* etarras —de nuevo entrecomillaba el adjetivo con el estúpido gesto de los dedos doblados.

—¿Qué pretendes, dejarme por imbécil? Que ETA se dedique a matar dentro de España no significa que ostente el monopolio del terrorismo en nuestro país.

—Cómo se te nota —se dejó caer en el sofá. Su voz destilaba una amarga acritud—. No puedes ocultar ese deseo malsano, lo veo en tu rostro. Si en este instante apareciese Bin Laden en esa pantalla y afirmara que él mismo había ordenado la matanza para vengar al pueblo iraquí, darías saltos de alegría.

—En algo tienes razón. Antes creería sus palabras que la sarta de mentiras que lleva soltando desde ayer el fascista de Acebes. Jugar a la política con dos centenares de cadáveres, con los que gimen preguntándose ahora mismo en los hospitales cuál es su culpa: eso sí que es repugnante.

La semioscuridad de la habitación. La lluvia escurriéndose por el cristal de la ventana. Mis calcetines, dos charcos helados. El coro de los gritos cada vez más claros que se elevaban desde las calles. El resplandor fosforescente del televisor contra el semblante endurecido de Carmen. Sus labios contraídos. Y una vez más, en el aparato, el interminable álbum de imágenes de la devastación.

Qué sórdido resultaba todo aquello. Mientras el país entero clamaba contra la barbarie nosotros, encerrados en nuestra torre de marfil, nos dedicábamos a arrojarnos a la cara la podredumbre de la historia más reciente.

Las voces se escuchaban con mayor nitidez aún. Abrí la ventana. El aire frío y húmedo de la noche se coló en la habitación. Allá abajo, casi a mis pies, distinguía ahora la extensa pancarta blanca —«Con las víctimas, con la Constitución, por la derrota del terrorismo»— a la que se le abría paso en medio de la multitud. Resultaba difícil contar las manos que la sujetaban. Apretados unos contra otros iban el príncipe Felipe y las infantas, el presidente Aznar, los expresidentes González y Calvo Sotelo, los candidatos Rajoy y Zapatero, los dirigentes de la UE, los primeros ministros de Francia, Italia y Portugal, nuestro ministro de Interior y el de Exteriores marroquí, los líderes de los partidos nacionalistas y de los sindicatos.

Pese a haber asistido a la manifestación en compañía de los miembros de la Casa Real, José María Aznar no logró evitar que algunos manifestantes lo increpasen con pitidos e insultos. Pero aún le aguardaba lo peor. Al tiempo que avanzaba la cabecera con las personalidades, el público no cesaba de corear la misma pregunta una y otra vez: «¿Quién ha sido? ¿Quién ha sido? ¿Quién ha sido?». Los gritos resonaban en mi cerebro igual que un eco originado en su interior. La rabia me corroía las entrañas; necesitaba dejarla escapar, entregarme a la aniquilación de lo poco que me unía ya a aquel lugar. Carmen permanecía acurrucada en el sofá. Me volví hacia ella.

—¿No piensas asomarte a ver a tu jefe? —dije comido por la hiel—. ¿Vas a perderte su último momento de gloria? —Pero Carmen permaneció inmutable, con la

vista extraviada en el vacío, y ello me empujó a zaherirla más todavía— Qué mal perder tenéis los fascistas de nuevo cuño. Nostálgicos del franquismo, eso es lo que sois, en eso os convertís cuando ensalzáis sus logros económicos, cuando lo justificáis como la venturosa salvación al supuesto caos que hizo inevitable la guerra. Vivís con el sueño imposible del retorno a la vieja dictadura, a la obediencia ciega al jefe. Oír y callar, que nadie alce la voz, que nadie pregunte por qué. ¡Cuidado con salirse del camino marcado! Hay que acatar las reglas, someterse, someterse.

—¡Déjame en paz, no sigas!

—Solo con el sometimiento lograréis manteneros a salvo de las artimañas del enemigo, de esas hordas subversivas que acechan incansables a vuestro alrededor, dispuestas de nuevo a ocasionar disturbios, a sembrar el desconcierto. —Paso a paso me iba aproximando hasta Carmen— La libertad es un abismo, es preciso huir de ella. El pueblo es ignorante, desconoce lo que le conviene; por eso necesita una mano firme que lo dirija, que imponga severos castigos a los comunistas, a los rebeldes, a los pervertidos, a los ateos, a los separatistas, a los que corroen la sociedad desde sus cimientos.

—¡Basta! ¡He dicho que basta ya!

—¿Por qué? ¿No quieres oír la verdad? —estaba de pie frente al sofá. La miraba desafiante desde mi altura—. ¿Te incomoda que te recuerde los miles y miles de hombres y mujeres que fueron torturados, fusilados, abandonados en las cárceles hasta morir por resistirse al sometimiento, por pensar de otro modo, por ser sospechosos sin más? ¿Te desagrade recordar toda la sangre que se derramó para encumbrar al tirano? Era necesario, no había otro remedio. ¿Verdad, Carmen?, ¿verdad que tenía que ser así?

—¡Eres un retorcido miserable! —se incorporó de golpe y me cruzó la cara de una bofetada—. ¿Cómo es posible que haya llegado a quererte, Dios mío? ¿Cómo puedes humillarme de un modo tan ruin? —oprimía su frente con las manos temblorosas—. ¿Qué sabes tú lo que es la sumisión, si te criaste entre algodones? ¿Quién te has creído que eres para hablarme a mí, precisamente a mí, de la tiranía, con esa oratoria barata de profesor de instituto? ¿Acaso te imaginas que soy una alumna de quince años que se embelesa con tus relatos truculentos de posguerra? Yo tenía esa edad cuando conseguí escapar del infierno que viví durante toda mi infancia, encerrada en aquella maldita casa de la que no podía salir salvo para ir al colegio o a la iglesia. Mientras mis amigas jugaban en la calle yo las escuchaba a través de la ventana de mi cuarto. Pero tenía que tragarme las lágrimas, porque si mi abuelo me oía llorar aparecía con la fusta y no paraba de azotarme hasta que se le acababan las fuerzas. En una ocasión, no tendría ni nueve años, me sorprendió hablando con aquellas niñas por el balcón. Vi cómo me hacía señas desde el fondo del pasillo para que fuese hasta él. Entré y cerré la puerta, pero estaba tan asustada, estaba tan aterrorizada, que no pude dar un paso más. Vino hasta mí, me agarró del pelo y me bajó poco menos que a rastras hasta el sótano. No tenía a mano el látigo,

así que la emprendió a golpes. Me pegaba por todas partes, como si hubiese perdido la razón. Creí que me mataba. Conseguí ponerme de rodillas frente a él, abracé sus tobillos y le supliqué gimiendo que me perdonara, que no volvería a hacerlo. «Está bien», dijo, «pero vas a quedarte aquí abajo hasta que yo te diga». Me pasé ese día y otros seis más sin salir del sótano, sin poder lavarme, durmiendo sobre un colchón viejo que me bajó la criada y haciendo mis necesidades en un orinal. Menos mal que a partir del segundo día consintió que me llevaran la comida. Sentía tal pánico que no me atrevía a acercarme a las escaleras ni en plena madrugada.

Me había quedado sin palabras. La humedad de los pantalones me producía ligeros escalofríos. Cerré la ventana y el griterío volvió a ser el ruido amortiguado y oscuro de antes. Mientras tanto Carmen había vuelto al refugio del sofá, con las piernas recogidas en posición fetal. Yo también tomé asiento, en el extremo opuesto. Ella dejó aflorar una breve risa de sarcasmo.

—Todo tiene su lado positivo. A lo largo de aquellos largos años de confinamiento me volví muy estudiosa. Un hábito que ya no perdí después.

—Sin embargo llegó un momento en que tu abuelo ni siquiera podía caminar.

—Sí, es cierto. Le sobrevino una atrofia muscular en un periodo de tiempo bastante corto. Quizá se le hubiese diagnosticado y tratado convenientemente de haber acudido a un centro especializado, pero se negaba a abandonar el pueblo, y el médico rural poco podía hacer. ¿Lo dices acaso porque en su estado era incapaz de agredirme? Bueno, las cosas..., las cosas cambiaron algo entonces, aunque no demasiado. Aquello coincidió además con el agravamiento de la abuela, y para serte sincera no me vino nada mal hacerme cargo de ella. Es verdad que me daba mucha pena verla en esas condiciones, pero no dejaba de ser otra oportunidad más de salir de casa. Eso sí, tan pronto acababa debía volverme de inmediato, tenía absolutamente prohibido entretenerme. Luego dejaron que Elena, la hija del capataz, viniera a visitarme de vez en cuando. Claro que los malos tratos no se terminaron con la enfermedad del abuelo.

—Tus tíos ocuparon su puesto. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, de modo que ya lo sabes: Eugenio no fue, ni mucho menos, la única víctima de su sadismo. A decir verdad se tomaron muy en serio el legado de la crueldad, si es que puede llamarse así. El tío Rodrigo, que pasaba más tiempo en casa, me atizaba una guantada cada vez que se le cruzaban los cables. Y si Santiago llegaba a la cena borracho había que echarse a temblar. Una vez, tratando de soltarme, me partí el brazo. Estuve más de un mes escayolada. A partir de ese punto entendí que era mejor guardar silencio y obedecer a sus caprichos. Me trataban peor que a una esclava. Y en cuanto a sus insultos..., en fin, prefiero no mencionarlos.

—¿Y tu madre? ¿No intervenía para defenderte?

—¿Mi madre? —arqueó la cejas y dejó escapar un resoplido por la nariz—. Ese es otro asunto. Lo mío lo he superado, pero lo de mi madre...

Estaba tocando un punto demasiado delicado, no cabía duda, y no obstante me

empujaba el apremio de saber algo más.

—A ella le sucedía lo mismo que a ti, claro.

—¿Te refieres a lo de..., las agresiones físicas? Oh, no, no era eso. Al menos yo no llegué a verlo.

—Entonces...

—Era..., bueno, era distinto —no sabía cómo decirlo. Ni siquiera estaba segura de lo que debía contar. Ella misma se había metido en un callejón sin salida—. En principio llevaba una vida más o menos normal, quiero decir, la propia de su situación familiar: hacía la comida, cosía, alimentaba las gallinas y los conejos que teníamos en el corral... Al enfermar el abuelo fue ella, claro está, quien se ocupó de atenderlo. Pero la mayor parte de las tareas domésticas las hacía Rosario, la criada. En fin, lo que trato de decirte es que desempeñaba un papel común y corriente.

Estaba saliéndose por la tangente. Le cerré el paso.

—En ese caso, ¿qué le impedía hacer frente a su padre y a sus hermanos?

—Es que... Estaba mal. Estaba realmente mal. No estaba loca, no me malinterpretes. Se encontraba sumergida en un estado de tristeza permanente, como un alma en pena. Casi no hablaba, se mantenía todo el tiempo cabizbaja. Cuando yo era pequeña imaginaba que se debía a su viudez tan prematura. No sé si sabrás que mi padre murió antes de que yo naciera.

—Lo sabía, sí —respondí lacónicamente cerrando los párpados. Sabía algo más, aunque preferí que no lo advirtiese.

—Eso era lo que pensaba. Hasta que fui conociendo en el colegio a otros niños huérfanos, y me asombraba que tanto ellos como sus madres, que los esperaban a la salida, se comportaran como los demás. No parecía que su desgracia los hubiese transformado.

—Pero sigo sin comprenderlo. A pesar de todo, de su aflicción, ¿cómo podía mantenerse tu madre al margen de tanta brutalidad? ¿No decía nada? Es inimaginable que no hubiera ocasión de discutir sobre aquello.

Hubo una pausa larga. Encendí un cigarrillo. La ventana estaba cerrada y sentía más frío que antes.

—Ya sé que te va a costar trabajo creerlo, pero en aquella casa apenas se hablaba.

—Quieres decir que...

—Quiero decir lo que estoy diciendo. —Bajó las piernas y metió los pies en las zapatillas— Dentro del caserón flotaba todo el tiempo una especie de atmósfera plomiza de silencio. El trajín de cacharros en la cocina, algunas palabras entre mis tíos y el abuelo sobre el pago de jornales o la compra de reses a la hora del almuerzo, la vieja radio que se escuchaba por las tardes en el despacho. Poco más.

—Pero...

—Sí, ya lo sé. Te crees que estoy exagerando, y no, no era únicamente aquella norma de «en la mesa no se habla». Fuera de las comidas *tampoco* se hablaba, salvo lo imprescindible para la buena marcha del hogar y de las propiedades del abuelo,

instrucciones, órdenes tuyas que nunca necesitaba repetir, ahora haces esto y después lo otro, esa voz áspera, reseca, que solo sabía articular imperativos —Carmen no cesaba de gesticular con las manos ni un segundo, tal era su excitación—. Si jamás te daba la oportunidad de elegir, si ni siquiera contemplaba la posibilidad de una objeción, ¿cómo íbamos a cuestionarnos cualquier decisión que tomase? ¿Discutir con él?, ¿llevarle la contraria? ¡Eso, eso sí que era inimaginable!

—Pero quizá..., no sé, digo yo que en ocasiones comentaríais algo que os hubiese ocurrido, el fallecimiento de algún vecino del pueblo, el estado del tiempo, cualquier noticia de la tele...

—La tele prácticamente no se encendía. ¿Adónde quieres llegar?

—No sé, tu abuelo... No acabo de entenderlo —intentaba hacerme el ignorante; me estaba arriesgando demasiado—. Al fin y al cabo se trataba de un anciano, y los ancianos se pasan el tiempo contando batallitas. Lo siento, pero no me cabe en la cabeza que se resistiera a relatar al menos ciertos episodios de su vida.

—De modo que era eso lo que pretendías. —Se puso en pie. Avanzó hasta el televisor, lo apagó, se dio media vuelta y cruzó los brazos. Su mirada anunciaba lo que me iba a decir a continuación— Has estado jugando conmigo. Has aguardado pacientemente todas estas semanas sabiendo que tarde o temprano llegaría el momento en que te confesaría la parte más oscura de mi vida. ¿He dicho «pacientemente»? Ahora caigo en la cuenta: no ha sido cuestión de paciencia. Has entrado por esa puerta simulando un arrebato de indignación, pero en realidad venías dispuesto a sonsacarme cuanto pudieras.

—No hables así, Carmen. Estás ofuscada por completo. —Lo estaba, pero yo mismo me había delatado.

—¡Da igual lo que me digas porque ya no me creo nada de ti! —Me increpaba con el dedo índice. Me hablaba poco menos que a gritos, cruzando la alcoba en todas direcciones— No eres distinto a los demás, me has estado utilizando. Y yo creyendo que era verdad, que te habías enamorado, cuando no has dejado de buscarme las vueltas ni un solo instante con tal de obtener alguna información para encajar la jodida historia que te encargó ese chiflado. ¿Te has parado a pensar en el calvario que *aquello* supuso para mí, eh? ¿Tan podrida tienes el alma que no sientes la menor compasión ante tanto sufrimiento? ¡Cielo santo, aquella niña era yo, yo misma! ¿No has considerado el tremendo daño que me ocasionarías si eso saliese a la luz? ¡Pondrías mi cabeza en la picota, me destruirías!

—¿Sabes qué te digo? —apreté la colilla contra el cenicero—. Tal y como lo cuentas yo también podría suponer que me has seducido para apartarme del proyecto que me encomendó Eugenio. ¿Acaso esperabas esta oportunidad para amenazarme? ¿Crees que siendo tu amante lograrás que renuncie a indagar en el pasado de tu abuelo con tal de no perderte? Bueno, todo el mundo tiene un precio. Eugenio me ha entregado hasta la fecha veintitrés mil euros. ¿Cuánto me das tú?

Me dirigió una mirada cargada de veneno y dijo, articulando sílaba por sílaba:

—Eres verdaderamente nauseabundo. —Se abalanzó hacia el pomo de la puerta y la abrió de par en par— ¡Sal ahora mismo de aquí! ¡Y ten por seguro que no volverás a verme el resto de tu vida!

* * *

Salí a la calle y me adentré en la multitud que la abarrotaba, pero aquellos cuerpos se habían convertido en incontables obstáculos en mi camino hacia no sabía dónde. No sentía tristeza ni coraje ni angustia ni vergüenza, sino una indescriptible confusión y frío, mucho frío. Recordé de pronto una modesta casa de huéspedes donde años atrás había parado algunas veces y remonté rumbo a ella la carrera de San Jerónimo, avanzando por los intersticios que dejaba la gente, tirando de la maleta empapada y guareciéndome de la lluvia pertinaz con aquel paraguas cuya tela, picada de poros, traspasaba el agua.

Al penetrar en el enorme y decrepito portal del edificio decimonónico experimenté un ligero alivio, pero este dio paso a un repentino malestar mientras el ascensor subía renqueando a la tercera planta, la que ocupaba la pensión. El hospedero, un gallego menudo y discreto, bastante más envejecido de como lo recordaba, se hizo cargo del estado febril en el que me hallaba y se aprestó a llevarme a la habitación algo caliente para cenar, además de procurarme unos cuantos comprimidos de analgésico y un termómetro. Entre tanto tuve tiempo de desprenderme con torpeza de la ropa mojada, darme una ducha y ponerme el pijama, de modo que en menos de una hora me encontraba metido en la cama, con treinta y nueve grados y un dolor de cabeza tan tremendo que parecía que me iba a estallar cada vez que me venía un golpe de tos. Aun así tuve el ánimo suficiente para zapear. No había otras noticias que las altísimas cifras de asistentes a las manifestaciones convocadas en todas las capitales de provincia. Y en La Primera, como no podía ser de otro modo, un antiguo reportaje de Informe Semanal sobre las víctimas de ETA desempolvado por Urdaci para la ocasión.

El sábado 13 de marzo de 2004 fue una de las jornadas más difíciles en la política española de las últimas décadas. Mi experiencia de aquel día resultó, en cambio, un tanto extravagante. Por una parte la gripe me mantenía atado a la cama de aquella fonda del viejo Madrid, con la mente aturdida y el cuerpo vapuleado. Por otra, deseaba con todas mis fuerzas saltar de la cama, vestirme y salir a la calle para unirme a quienes, convocados a través de una cadena de mensajes de móvil —y yo era uno de ellos—, se estaban concentrando frente a las sedes del Partido Popular para denunciar la vergonzosa operación de fraude informativo que llevaban simultáneamente los miembros del ejecutivo y los medios estatales y afines a la derecha.

Bien es cierto que aquellas concentraciones espontáneas desbordaban la legalidad que impone la jornada de reflexión previa al día de las elecciones, pero no lo es menos que dicha legalidad había sido quebrada por el propio candidato popular, al ofrecer esa misma mañana una entrevista al diario *El Mundo* en la que no solo reiteraba su convicción moral —¿moral hasta qué punto?— de que los atentados eran obra de ETA, sino que reclamaba veladamente el voto para su partido.

A mediodía, y a pesar de las trabas del gobierno, la pericia de la policía había permitido identificar a los primeros sospechosos de participar en la masacre, tres ciudadanos marroquíes y dos indios musulmanes. La evidencia de la autoría yihadista se mostraba irrefutable. No obstante Eduardo Zaplana, en su condición de portavoz del gobierno, declaraba a la una y media de la tarde en la Moncloa que todas las pruebas apuntaban a ETA. Como al mismo tiempo llegaban a la sede del Partido Socialista las filtraciones de la operación policial, antes de las tres Acebes tuvo que salir al paso argumentando la posibilidad de una inverosímil colaboración entre ETA y Al Qaida —léase: entre comunistas vascos e integristas islámicos—. A su vez Urdaci reforzaba la tesis etarra en la primera edición del telediario y seleccionaba las imágenes de las pancartas contra el terrorismo vasco que se habían dejado ver en las manifestaciones.

Eran las cuatro de la tarde y ya habían sido detenidos los primeros implicados en la célula extremista islámica. Sin embargo, el director de Información de la agencia gubernamental de noticias EFE, Miguel Platón, emitía bajo su propia firma —sus redactores se habían negado a respaldarlo— un teletipo a todas las redacciones del mundo en el que aseguraba que la policía y los servicios de inteligencia descartaban definitivamente la pista islamista. Pero como la cadena SER había difundido entre tanto la noticia de que Inteligencia trabajaba casi con total rotundidad sobre dicha opción, volvió al ataque a la hora siguiente para divulgar las palabras de Dezcállar, director del CNI, que desmentían tal información. La mentira hacía aguas por todas partes. De hecho, fue la presión del PSOE sobre Interior lo que finalmente forzó la desmotivada comparecencia de Acebes pasadas las ocho. En ella el recalcitrante ministro porfiaba en sostener que la hipótesis de una intervención etarra no debía rechazarse.

Desde las seis de la tarde estaban acudiendo ciudadanos a la puerta de la sede madrileña del PP para clamar contra la estafa informativa del gobierno, lo que no tardaría en repetirse frente a otras sedes provinciales del partido. La cadena de televisión CNN y la radiofónica SER informaron sobre dicha movilización. Era la respuesta natural, ilegal aunque no ilegítima, de la población contra un gobierno irresponsable y falsario. No era, hay que decirlo claro, una respuesta agresiva, porque no hubo ni el más mínimo brote de violencia a pesar de la macabra falacia que venía practicando la derecha de este país.

Sí se produjo en cambio una contestación tácticamente desastrosa. A las nueve y cuarto fueron emitidas unas declaraciones desde la propia sede del PP en las que se

acusaba a algunos dirigentes de ciertos partidos de incitar a la ciudadanía a manifestarse contra la fuerza política que ocupaba el gobierno. No llegaban a mencionar los nombres de esos dirigentes ni de sus organizaciones, pero lo más grave es que dichas palabras las pronunciase el mismísimo candidato popular Mariano Rajoy a pocas horas de la apertura de los colegios electorales. El PSOE, que llevaba todo el día guardando silencio, no pudo soportar aquella provocación y lanzó su réplica a los quince minutos. No lo hizo, evidentemente, el candidato socialista, sino el vicecoordinador de la campaña. Rubalcaba lo dejó bien claro: a pesar de saber cuál era la línea de trabajo de la policía, el partido de la oposición había guardado silencio, pero no podía consentir que se vertiesen acusaciones contra él. «Los ciudadanos españoles», afirmó, «merecen un gobierno que no les mienta».

Todavía se atrevió Zaplana a hacer una última comparecencia poco antes de la medianoche. En ella el ministro portavoz realizaba una pirueta de suprema desfachatez e incriminaba a los socialistas por embusteros. Por cierto, para dar paso a la conexión la cadena televisiva estatal había interrumpido momentáneamente la emisión del documental *Asesinato en febrero*, que trataba sobre la muerte del portavoz socialista alavés Fernando Buesa y de su escolta en manos de ETA cuatro años antes.

En medio de tal vorágine había tenido lugar un hecho destacado. A las ocho menos veinte una llamada a Telemadrid informaba sobre una cinta de vídeo depositada cerca de la mezquita de la M-30. En la grabación, un supuesto portavoz de Al Qaida en Europa reconocía la responsabilidad de dicha organización terrorista en los atentados, al tiempo que anunciaba nuevas amenazas. El ministro de Interior no dio noticia del hallazgo hasta pasadas las doce, y le restaba, por supuesto, toda credibilidad. Pero en realidad era él y su gobierno quienes la habían perdido por completo.

Igual que yo con Carmen. Exactamente igual.

10. Marzo y abril de 2004

Llegó al fin el catorce de marzo y el Partido Popular fue derrotado en las urnas. Mientras los supervivientes de los atentados se preguntaban cuándo y en qué condiciones volverían a recuperar una existencia lo más parecida posible a la anterior, a los familiares de quienes perdieron la vida les quedaba por delante un largo y difícil camino antes de asumir que la suya jamás llegaría a ser como la imaginaron.

Me sentía orgulloso de esos conciudadanos que habían logrado movilizarse contra la descarada impostura de la derecha, y aunque el engaño solo había servido para desacreditar a los que lo ejercieron, durante la semana posterior no se respiraba precisamente un ambiente de triunfo. Lo impedía en primer lugar el luto general, la sensación de vulnerabilidad compartida por toda una nación. Luego estaba ese poso amargo que nos dejaba la mentira institucional y sus secuelas: tener que oír las declaraciones de los populares alegando que habían sido víctimas de una traición, poco menos que de un golpe de estado, cuando eran ellos mismos los que habían puesto en peligro los propios cimientos de la democracia.

Ni el lunes ni el martes fui a trabajar. El domingo a mediodía, haciendo un gran esfuerzo, había tomado un taxi que me llevó a la estación, y allí encontré billete para el tren de la una de la tarde. Por supuesto, conforme bajé de ese tren en Santa Justa me subí a otro taxi y le indiqué al conductor que parase un momento en el colegio electoral antes de seguir hacia mi casa.

Tenía ante mí una tarea ímproba, la de digerir el cúmulo de insensateces que había llevado a la ruina nuestra relación. Es preciso admitir que la situación nos empujaba irremediamente al enfrentamiento. Pero si hubiera primado el sentido común, si hubiésemos salvaguardado la pasión que nos unía de la que nos colocaba en bandos enemigos, tal vez la discusión no habría pasado de una riña sin importancia.

Y sin embargo la gota que colmó el vaso, la que llevó a Carmen a ordenarme que desapareciera de su vista, provenía de un grave dilema moral, de un conflicto entre dos fidelidades que, aun siendo antagónicas, intentaba mantener yo a toda costa de forma simultánea. Por un lado estaba el compromiso con Eugenio, cuyo pago por adelantado, no podía olvidarlo, me había librado de un apuro económico insalvable; por el otro, el derecho de mi amante a ver protegido su doloroso pasado del conocimiento público, una condición previa expresamente asumida al inicio de nuestro idilio y que tampoco debía olvidar.

¿Su presente o su pasado? Mi ambición me hizo creer que el primero me llevaría al segundo, y aquel imperdonable error terminó costándome demasiado caro. De haber sido más cauto, de haberle dado a Carmen la oportunidad de ir desgranando poco a poco, en posteriores encuentros, algún que otro fragmento de sus primeros años, quizá tarde o temprano se habría abierto un resquicio de luz en la tiniebla en

que se hallaba sumida mi investigación. Pero ya no había remedio; todo estaba perdido y no contaba con ninguna posibilidad de descubrir el menor indicio sobre el pasado de su estirpe.

La sensación de fracaso, esa vieja compañera, volvía de nuevo a mí con la intención de quedarse por mucho tiempo, de socavar mi entereza hasta envilecerme. Regresé a las clases de mala gana y dejé de mostrarme paciente con las dificultades que mis alumnos encontraban en la materia que impartía. Ni mis propios compañeros supieron disimular su perplejidad al conocer, en las sesiones de evaluación, el acusado incremento de suspensos en Geografía e Historia que se daba respecto al primer trimestre. Evidentemente yo era responsable en gran parte de aquel desastre, pero no solo no había hecho nada por evitarlo, sino que además me sentía culpable de lo sucedido.

Vinieron las vacaciones de Semana Santa y lo que menos me apetecía era permanecer en Sevilla. La ciudad enloquece durante esos días con las procesiones, acuden decenas de miles de visitantes y no hay lugar adonde vayas que no esté atestado de gente o de vehículos. Por dicha razón se me antojó providencial la llamada que el viernes de Dolores me hizo José Ángel, un antiguo compañero de facultad con el cual, aunque de forma intermitente, he seguido manteniendo la amistad hasta hoy, y eso que ocupaba en aquel tiempo una concejalía por el PP en el ayuntamiento sevillano.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamé al oír su voz—. El señor concejal se digna telefonar en persona a sus antiguos camaradas. ¿Qué tal llevas la derrota de Rajoy en las generales?

—Si crees que me vas a tocar las narices andas equivocado, chaval —respondió en tono optimista—. Sabes que soy un independiente, y además tengo alma de ácrata. ¿Que se les ha acabado el chollo? Qué le vamos a hacer, son las reglas del juego, ¿no? —Y prosiguió sin esperar respuesta— Oye, que no te llamaba para eso.

—Dime entonces.

—Eli y yo nos vamos mañana a Torre del Mar, al apartamento de sus padres. Ellos no van a estar, solo nosotros y Vero —Vero es la hermana de Eli, su pareja—. ¿Por qué no te vienes? Iremos en coche y comeremos en casa, así que no te va a suponer ningún gasto. Venga, no te lo pienses más, que te conozco.

Obviamente José Ángel conocía la historia de la quiebra de mi negocio, las estrecheces económicas por las que estaba pasando y mi consiguiente propensión a declinar cualquier propuesta que implicase cierto desembolso. Por eso se apresuró a servírmelo en bandeja. No me hice de rogar; habían transcurrido varios meses desde que nos viésemos por última vez, los rifirrafes que mantenían Eli y él resultaban muy entretenidos y, más que nada, necesitaba despejarme, olvidar por un tiempo el sinfín de fracasos que arrastraba y que no cesaba de crecer. No obstante, aunque ellos iban a permanecer los nueve días en la costa, convinimos en que me dejarían regresar el miércoles por la tarde; sabía que el jueves santo la playa se pondría de bote en bote, y

en cuanto a lo de comer y cenar en el apartamento..., bueno, representaba una promesa difícil de cumplir, con lo que los gastos serían mayores.

La estancia en Torre del Mar se me hizo agradable. Es un lugar con escaso atractivo, pero cuenta a su favor con una playa de enorme extensión en cuyas aguas me atreví a bañarme según fueron subiendo las temperaturas, a partir del lunes. Las dos hermanas se zambulleron en cambio nada más llegar, todo lo contrario de José Ángel, al que no le vi la menor intención de mojarse los pies (sospecho que ni siquiera sabe nadar, aunque él jamás lo ha reconocido). A mediodía y por la tarde dábamos largos paseos junto a la orilla, seguidos en todo momento y a una distancia prudencial por el guardaespaldas de José Ángel. En una de aquellas caminatas se me ocurrió plantearles a mis amigos cierta duda al respecto, cuidándome por supuesto de desvelar el motivo.

—Y tú, Eli, ¿no tienes guardaespaldas?

—¿Quién, yo? Claro que no. Y no sería mala idea, ¿verdad, Jose? Un tío cachas, guapetón, así de alto como tú... Ese de ahí atrás no, no me gusta. Es muy feo.

—Pues yo lo encuentro resultón —apostilló Vero.

—¿Y por qué habría de llevarlo? —preguntó Eli recuperando la seriedad.

—No sé —dije—, imagino que en tu condición de consorte de un cargo público. Aunque no estéis casados no dejás de ser su mujer.

—Pero, hombre, la protección solo se le proporciona a los cargos —intervino José Ángel—. Con la pasta que eso supone, si encima tuvieran que extenderla a los familiares sería ya imposible de costear. Menudo despilfarro.

—Bueno —traté de matizar—, también dependerá de qué tipo de cargos.

—De ninguno —debió de verme la cara que puse, porque se mostró categórico—. Vamos, que ni siquiera las esposas de los ministros la llevan. Te lo digo porque lo sé con certeza.

Aquello me mantuvo pensativo durante un buen rato. Si las esposas de los delegados del gobierno carecen de protección, ¿de dónde salían esos vigilantes que no dejaban ni a sol ni a sombra a Carmen? ¿Quién se los había puesto?

Nuestros paseos vespertinos se prolongaban hasta el ocaso. Ese día, en cambio, volvimos al apartamento apenas dieron las siete. Era sábado, José Ángel había llamado por la mañana a un amigo, un redactor del diario malagueño *Sur*, y le había invitado a cenar con nosotros. El apartamento era en realidad un piso con cuatro dormitorios y, lo más importante, dos cuartos de baño, lo que redujo en gran medida el tiempo necesario para asearnos y arreglarnos, de modo que poco después de anochecer tomábamos el coche y poníamos rumbo a la capital.

Mateo, que así se llamaba el periodista, nos esperaba a la puerta del bloque donde vivía. Los saludos quedaron en un segundo plano a causa de la impactante noticia de última hora que nos dio nada más entrar en el coche: cuando los Grupos de Operaciones Especiales de la Policía se disponían a asaltar un piso de Leganés ocupado por miembros del comando yihadista implicado en los atentados del 11-M,

estos se habían autoinmolado haciendo estallar veinte kilos de explosivo. La deflagración fue de tal magnitud que no solo acabó con la vida de los terroristas —posteriormente se sabría que fueron siete, a uno de los cuales, el *Tunecino*, se le consideraba el coordinador de la masacre de los trenes—, sino también con la de un policía, además de herir a otros cuantos y de dejar prácticamente en ruinas el edificio.

El relato del reportero y el seguimiento de las novedades que sobre el suceso iban dando por la radio ocuparon nuestra atención durante todo el trayecto hasta El Palo, una popular barriada en el extremo oriental de Málaga cuyo modesto paseo marítimo se halla bordeado por numerosas terrazas de restaurantes especializados en frituras de pescado. El que elegimos presentaba además la peculiaridad de servir las raciones por el sistema de subasta: los camareros discurren entre las mesas anunciando en voz alta el producto que en ese instante acaban de sacar de la cocina, y los comensales a los que les apetezca piden un plato; llevan a la vez cinco, seis, siete, es admirable su habilidad para sostenerlos.

Superada la conmoción inicial, el hambre que arrastrábamos hizo posible que la cena resultase apetitosa a la vez que muy animada, sobre todo gracias a la locuacidad de Mateo, un tipo dicharachero y vivaz, capaz de derrochar ingenio sin caer en la petulancia. A decir verdad, la conversación se volvió tan amena que no reparamos en el vino que estábamos trasegando, de modo que al levantarnos, cuando Vero confesó sentirse algo achispada, respondimos casi a coro que no era ella la única. Menos mal que José Ángel, nuestro chófer, solo bebía agua mineral.

Iba a dar la una, estábamos en fin de semana y la costumbre obligaba a buscar un lugar apropiado para tomar unas copas. Eli propuso acercarnos hasta Pedregalejo, otro barrio del este de Málaga más próximo al centro, ocupado en buena parte por mansiones levantadas entre los montes y la costa a finales del siglo XIX y comienzos del XX. De hecho, el *pub* en el que recalamos había sido instalado en una de ellas.

Por suerte no estaba abarrotado y pudimos tomar asiento en el porche sin esperar demasiado. El lugar que yo ocupaba, de espaldas a la pared, era lo suficientemente discreto para permitirme observar con detenimiento a la clientela que entraba o salía. Ellos y ellas, todos muy chic, venían a tener edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta y algo. Quizá la escasa desviación sobre dicho estándar pudo influir en la impresión que me causó una pareja a la que vi llegar cuando íbamos por la segunda copa. Lo primero que sentí fue un vuelco en el corazón, y no precisamente por la circunstancia de que ella fuese demasiado joven y bella y él demasiado maduro y feo, sino por el extraordinario parecido que creí encontrarle a este último con Eugenio, hasta el punto de confundirlo con mi amigo.

No era yo el único que se fijó en él. Nuestro acompañante, el reportero, se levantó del sillón nada más verlo, lo estrechó en un efusivo abrazo e invitó a ambos a sentarse con nosotros.

Lo que sucedió tras las oportunas presentaciones se conserva en mi memoria con los rasgos propios de uno de esos sueños en los que la bruma de la irrealidad no logra

ocultar el deslumbrante resplandor de la fantasía. Que el encanto de la chica pudo contribuir a ello no lo niego, pero en todo caso no fue decisivo. Tampoco lo fue el hecho de que la aparente semejanza física entre Eugenio y aquel individuo, según daba rienda suelta a su verborrea, hubiera ido diluyéndose hasta consumirse por completo, hasta hacer que me cuestionara la facultad de mi conciencia. He llegado a pensar incluso que mi imaginación me jugó una mala pasada, que aquella noche no nos presentaron a nadie en el bar, que mi mente caprichosa, como una válvula de escape, reelaboró y situó dentro de esa parcela temporal una estampa alternativa de la adolescente de Las Cumbres y de su profesor de ciencias naturales, justo en un periodo en que me dominaba el desaliento y la confusión más extrema.

Al contrario que su acompañante —invariablemente erguida, callada, moviendo sus manos lo preciso para apartar de su rostro un mechón del cabello sedoso que le llegaba a la cintura—, el tipo mostraba un aspecto de lo más descuidado: el dorado de sus gafas de grandes lentes había perdido el brillo, llevaba la barba sin recortar y una cazadora de ante desgastada que no se quitó ni un solo instante. Fumaba uno tras otro cigarrillos sin filtro de una marca desconocida para mí. Como no paraba de hablar, con ese acento cantarín del Río de la Plata, las volutas de humo se escapaban entre sus dientes manchados. Tanto es así que Mateo quedó relegado a un papel de mero oyente, cautivado también él por la singular elocuencia de su amigo.

Debo admitir mi limitada capacidad para reproducir tan solo las líneas generales de la disertación de aquel Zoroastro contemporáneo, su inflamada beligerancia contra la posmodernidad. Embriagado por el alcohol y la derrota, me arrojé en un principio al raudal de imágenes con las que el discurso iba dibujando un mundo en descomposición, un escenario de dimensiones planetarias donde atentados similares a los del reciente 11-M recibían en las cadenas de televisión el tratamiento de inofensivos ensayos con replicantes, donde las campañas políticas abandonaban todos los medios conocidos para concentrarse en los anuncios de automóviles y de yogures adelgazantes, donde las ovaciones y los abucheos de los estadios eran grabados y elogiados por la crítica como la música clásica del porvenir, donde los centros comerciales y las promociones de adosados con piscina y vigilancia privada proliferaban hasta convertir en guetos intransitables el resto de las ciudades, donde los dictados de la moda marcaban los trozos de carne que había que cortar o rellenar cada temporada en los quirófanos de los cirujanos estéticos, donde la información canalizada por internet adquiría paulatinamente la viscosidad y la pestilencia de los detritos que corren por las cloacas, donde el rumbo de los cruceros componía una maraña de trazos legibles únicamente desde el espacio interplanetario, donde los minutos del día no fotografiados o filmados dejaban de ser considerados parte de la vigilia según los criterios de las nuevas corrientes de la psicología.

Todo esto constituía sin embargo solo el preludeo de lo que nos deparaba. A continuación hizo una dilatada exposición sobre la influencia que la entrada en la Era de Acuario había tenido en la precipitación de los acontecimientos políticos, en la

voráGINE individualista, en el enloquecido impulso tecnológico de nuestra época. Fue muy crítico con la candidez de los adeptos a la Nueva Era, esa corriente espiritual surgida en la década de los sesenta de la mano del movimiento *hippie* y de la contracultura, que anunciaba la aparición de una nueva conciencia humana, más armoniosa, más pacífica, más mística en suma. Según él, el tránsito zodiacal desde piscis a acuario ocasionaría, estaba ocasionando ya de hecho, una conmoción terrible en la humanidad. Se trataba de una metamorfosis dolorosa ante la cual solo cabía una visión catastrofista de nuestro futuro en el plazo de las dos próximas centurias.

Demasiado. Bastante mal me iban las cosas para que encima me lo pintara todo tan negro y por tanto tiempo. La fascinación inicial se había ido transformando paulatinamente en escepticismo, y en un momento dado debió de asomar en mi expresión pues, sin venir a cuento, aquel estafalario profeta se volvió hacia mí, dobló las cejas en una mueca compasiva y dijo con tono vivaracho:

—Che, amigo, ¿te estoy estufando? Dale, decime tu fecha de nacimiento y el lugar. Y la hora, ¿sabés la hora también?

¿Por qué le respondí? ¿Por qué me presté al juego? Durante unos minutos interminables el tipo se entretuvo en diseccionar mi vida ante todo el grupo, y no precisamente con esa broza ambigua tan al uso en los horóscopos de las revistas del corazón. Comenzó aludiendo a la influencia que ejercía Venus sobre mi decanato para referirse en términos eufemísticos a «ciertas cuentas a medio saldar» que se remontaban a algunos años atrás. Acto seguido se apresuró a aclarar que las pérdidas sufridas, en las que incluyó tanto el fallecimiento de familiares «muy próximos» como el reciente alejamiento de un «ser querido», guardaban una estrecha relación con una casa zodiacal —creo que citó la octava— que, según mi nulo entender en materia astrológica, estaba haciéndome la vida imposible. Sin embargo, esto no implicaba que mi destino estuviera marcado por la huella de la fatalidad. Por el contrario, el «proyecto» en el que me encontraba embarcado se vería culminado tan pronto como Marte transitara de nuevo por mi constelación, si bien aún tendría que superar las últimas dificultades que quedaban por sobrevenir.

—El lenguaje de las estrellas nunca miente, gomía —afirmó sentencioso. Luego añadió dándome una palmada en el hombro— Qué, ¿cómo te quedaste, viejo?

Le confesé, no podía ser de otro modo, que me había dejado atónito, y aun así mi sentido común me exhortaba a no dejarme influir por la palabrería del gaucho charlatán. El azar quiso traerlo a aquel sitio del brazo de una ninfa en una noche de primavera, su pensamiento existencial rayaba en el delirio, y no digamos de su capacidad para vislumbrar el pasado, que resultaba cuando menos turbadora. Todo ello contribuía a que flotara en el ambiente algo etéreo, una energía anómala que otorgaba a dicho encuentro cierto significado impenetrable. El tiempo vendría a confirmar mis presentimientos aunque, para mayor sorpresa, ocurrió en un sentido inverso al que esperaba: ese hombre no me hizo encontrar nada dentro de mí; fui yo quien lo encontró en él o, al menos, a través de él, por medio de un detalle

absolutamente trivial. El hecho fue el siguiente: nada más marcharse el barbudo con su náyade, Eli dijo:

—¡Vaya con el argentino! Menuda labia tiene.

—Argentino no, uruguayo —le corrigió José Ángel.

—¡La madre que te parió! —Exclamó sorprendido Mateo— ¿Cómo lo has adivinado?

—Porque no vosea. No ha dicho, por ejemplo, «vos tenés una voz muy linda», sino «tú tenés». Eso no sucede en Argentina.

El comentario de mi amigo me pareció una prueba más de su vasta cultura, pero no me indujo entonces a ulteriores reflexiones. Digamos que, larvado en un rincón de mi cerebro, se mantuvo a la espera de encontrarse con otras palabras oídas durante aquella velada para poder eclosionar.

El martes por la noche mis anfitriones propusieron acudir al cine para ver *La pasión de Cristo*. A ellos les picaba la curiosidad por conocer aquella adaptación *gore* de la narración bíblica; para mí, en cambio, pesaba más la antipatía hacia el integrismo político y religioso del director de la cinta, de modo que preferí quedarme en el apartamento. Me serví un *whisky* y, como hacía una noche apacible, me puse a leer en la terraza. En los diez minutos que tardé en tomarme la copa no había pasado del primer párrafo del libro, así que me vestí, bajé al paseo marítimo y comencé a caminar alejándome de la zona más concurrida.

Iluminadas por la luna llena, las suaves olas que se formaban frente a la playa producían ligeros destellos que captaron mi atención. Me descalcé, descendí a la arena desde la última rampa y me acerqué con los zapatos en la mano hasta la orilla, después de dar un rodeo para no importunar a una pareja de chicas a las que vi muy amarteladas.

El rumor del oleaje se dejaba sentir como una caricia en los oídos. «Si me lanzo ahora mismo al agua», me dije en un monólogo interior, «si nado mar adentro un buen rato y luego me sumerjo hasta el fondo, con la firme determinación de no volver a subir, enseguida habrá finalizado todo». Pero acto seguido imaginé la desagradable sensación del agua salada inundando mis pulmones, la prolongada tardanza en perder el conocimiento para siempre, el terror ante la soledad más extrema, el asco por la tortura causada a quienes me habían traído allí y a quienes aguardaban mi regreso.

«Será mejor que lo deje para otra ocasión», concluí en voz alta. Saqué el paquete de tabaco, encendí un cigarrillo y me senté en la arena fresca con la espalda apoyada en el tronco de una sombrilla de cañizo. Fijé la vista en el horizonte, allá donde el reflejo plateado de la superficie líquida se perdía bajo un cielo profundamente azul, un telón salpicado por débiles estrellas medio ocultas tras el fulgor lunar. Entonces comprendí que estaba haciendo lo que necesitaba desde no sabía cuándo: nada. No hacer nada. Estar allí sin fin alguno, dejar tan solo que el tiempo discurriese sin intervenir en lo más mínimo. Olvidarme incluso de quién era, de mi lugar en el mundo.

Me deleitaba sintiendo cómo me invadía una laxitud cuyo efecto ya no recordaba. La imaginación echó a volar y le di rienda suelta. No me pertenecía, no era parte de mí, sino un ente independiente e inefable, meros corpúsculos inconexos de imágenes, ruidos, escenas fugaces, formas vagas, sensaciones, deseos sin objeto, frases deslavazadas.

Aquellas frases fueron poco a poco a acumulándose, rebotando en una bóveda inmaterial, y sus ecos se entrelazaban dando lugar a un coro de voces discordantes. «¿Por qué no se quedan con nosotros al cóctel?». «Yo no he oído ni hablar de ese pueblo». «Le cayeron quince años». «¿Por qué te vas? Lo has hecho tres veces en menos de ocho horas». «La puerta no está cerrada con llave». «Fue una pasión espontánea, una relación secreta». «¿Le pego el tiro entonces?». «Con cuatro años le detectaron un meduloblastoma». «¿Has notado si te seguía alguien últimamente?». «Todo pasó en una tarde». «¡Usted no tiene derecho, qué se ha creído!». «Es alquilada. La utilizo para traer a mis conquistas». «Cielo santo, ¿cuántos kilos has perdido?». «Vi cómo me hacía señas desde el fondo del pasillo». «Este señor no se parece a mi hermano ni por asomo». «¿Qué sabes tú lo que es la sumisión, si te criaste entre algodones?». «Y hablaban ya de ciento setenta muertos». «El lenguaje de las estrellas nunca miente».

El firmamento ante mis ojos: una profusión de astros expectantes, silenciosos. No, las estrellas no decían nada. Aquellas palabras brotaban desde lo más profundo del inconsciente, constituían reflejos fragmentarios de la realidad. De eso se trataba, de descubrir la verdad a base de recomponer el espejo roto en mil pedazos. La clave estaba justo ahí: «El lenguaje nunca miente». El lenguaje, nada más que el lenguaje.

No creo que me engañe al afirmar que todo sucedió en menos de un segundo, como un vehículo que ves llegar y ya te está lanzando por los aires, como el fogonazo del arma cuya bala te atraviesa al mismo tiempo el corazón. Aquel tipo era uruguayo, José Ángel lo supo nada más oírle decir «tú tenés una voz muy linda». ¿Y qué me contestó Carmen junto a la estación de Francia, cuando bromeé con una hipotética boda? «No digas *pegos*, no me refería a eso». Dijo «pegos»: esta palabra solo se la había oído a mi madre y a mis tíos, se trataba de un localismo. Supuse que provendría de Alicante, donde ellos nacieron. Pero también podía ser de Córdoba, la ciudad natal de mis abuelos maternos.

Fuese de uno u otro lugar, la suerte estaba echada. Aquel farsante que se instaló en Las Cumbres de San Calixto trató por todos los medios de sepultar su pasado. Sin embargo hubo algo que escapó a su control, un detalle aparentemente insignificante: una sola palabra camuflada entre miles de ellas, la aguja del pajar con la que acababa de pincharme.

* * *

Salí temprano de Torre del Mar con la excusa de evitar las aglomeraciones, aunque la verdadera razón era saber qué podía contarme mi tía. Confieso que me sentí tentado de llamarla la noche anterior, estando aún en la playa; luego deseché la idea al recordar lo sensible que se había vuelto a los sobresaltos. A quien sí le hice una llamada desde la estación de Málaga fue a Eugenio.

—Bueno, ¿qué hay de lo mío? —fue lo primero que me dijo—. Espero que no andes tirando el dinero que te he dado.

—Va bien, va bien, está empezando a dar sus frutos. A ver, haz memoria. ¿Recuerdas con qué miembros de la familia de Carmencita llegaste a hablar?

—Claro. Con la madre dos o tres veces, lo justo; mientras yo elogiaba las capacidades de su hija, ella parecía estar con la mente en otra parte. Si te digo la verdad, todo lo que tenía de atractiva lo tenía de reservada. Y con los tíos apenas crucé algunos saludos antes de su visita *de cortesía*.

—¿Cuántos años calculas que tendrían la madre y sus hermanos por entonces?

—La madre podría tener..., no sé, treinta y tantos. No creo que llegase a los cuarenta. En cuanto a los tíos supongo que andarían por los treinta.

—¿Y con los abuelos, tuviste alguna conversación con los abuelos?

—A la abuela no llegué a conocerla, solo me llegaron noticias de ella a través de la nieta..., eso creo que te lo he contado ya. Y al abuelo no tuve ocasión de dirigirme. Bueno, ni yo ni nadie, no era lo que se dice un tipo sociable. Oye, ¿a qué vienen estas preguntas?

—Necesito saber si podrías identificar el acento de Carmen y de los suyos con alguna zona en concreto.

—¿Para eso me llamas? ¡Vaya gilipollez! Hablaban como yo, como la gente de la comarca más o menos... Bueno, salvo la jota, que no la aspiraban.

—¿Podían ser valencianos?

—¿Valencianos? Ni de coña.

—¿Y andaluces?

—*Psa*. Hombre, cecear no ceceaban, aunque ahora que lo dices creo que sí hablaban con un ligero seseo; además aspiraban las eses y otras consonantes finales.

—Eso no nos dice mucho, son rasgos muy comunes en la mitad sur de la península.

—Por supuesto. ¿No se te ha ocurrido pensar que si no fuese así ya te lo habría contado?

—Supongo. En fin, solo pretendía asegurarme. Seguimos en contacto. Te dejo, que pierdo el tren.

Y le colgué. En realidad faltaba aún media hora para la salida, pero le mentí en lugar de reconocer que lo que estaba perdiendo era el tiempo. Por eso, nada más llegar a casa me fui directo al salón y desperté con un beso a mi tía, sumida en su asiduo letargo en la mecedora, frente al televisor a todo volumen. Abandonó repentinamente la somnolencia, con esa facilidad que siempre me dejó atónito, para

responder a mi pregunta.

—No, lo del *pego* no es de Alicante. La primera vez que lo solté delante de mis amigas se partieron de risa. «¿*Pego*? ¿Eso qué es?». «¿Pues qué va a ser?», contesté, «Un *pegolete*, una tontería». Era incapaz de entender que ellas no conociesen una palabra que yo estaba harta de oír en casa, que para mí era de lo más normal. Hasta que la abuela me lo aclaró: «No es solamente la pronunciación, hija mía. También hay ciertas palabras que son propias de un lugar y que no se conocen en otros sitios. Lo de *pego*, o *pegote*, o *pegolete*, solo lo dicen en Córdoba».

—Ah, ¿tú no sabías que *pego* solo se usa en Córdoba? —en ese momento era mi hermana, que acababa de entrar en la habitación, la que me dejaba en evidencia—. Pues mamá lo comentó en varias ocasiones, no sé cómo no te acuerdas.

Tan pronto deshice la maleta y pasé por la ducha me conecté a internet con la expectativa de localizar alguna referencia sobre el término en el que había puesto todas mis esperanzas. La búsqueda de *pego* en Google arrojaba en primer lugar varios enlaces que apuntaban, qué coincidencia, a una localidad alicantina con ese nombre. Pronto comprendí que no había razón para relacionar el nombre del pueblo con el significado que se le atribuía al sustantivo, de modo que incluí la palabra *córdoba* en el campo de entrada y me topé de inmediato con una columna relativamente reciente en la edición digital del principal diario de esta ciudad.

El periodista se hacía eco de una tradición popular según la cual dicha expresión tendría su origen en la vulgarización del apellido francés Perea. Por lo visto fue hacia finales del siglo XIX o principios del XX cuando se afincó en Córdoba el tal *monsieur Perea*, cuyo entusiasmo por el progreso tecnológico le condujo a proponer en aquella rancia ciudad de provincias la construcción de un globo aerostático tripulado. Después de diversos avatares se hizo posible el ensamblaje de la aeronave, pero al llegar el día señalado para el vuelo inaugural el aparato ni siquiera logró despegarse del suelo.

La decepción debió de calar hondo en la sociedad local, pues a partir de entonces, siempre que algo no funcionaba, se lo comparaba acto seguido con «lo del Pegó». Ya solo faltaba que el vocablo tomase la más común acentuación llana, y que su significado se extendiese del fiasco a la necedad en sentido genérico, para quedar plenamente incorporado al habla coloquial de esa vecindad entre cuyos miembros figuraba mi familia materna.

Al contrario de su padre, mi abuelo no sentía la menor inclinación por las tareas agrícolas, de modo que hacia 1920 solicitó el ingreso en la compañía de ferrocarriles MZA. Al año siguiente se casó con la abuela, y cuando ya había nacido su primer hijo le fue aprobada la admisión. Su resolución era tan firme que sin pensarlo dos veces se trasladó con la familia a Alicante, el destino menos lejano de entre todos los que le ofrecieron. Allí montaron la nueva casa, y allí nacieron mi tía Trini y mi madre.

Luego vino la guerra y con ella las privaciones, aunque el abuelo, como ocurría

con los ferroviarios en general, sacó provecho de su estratégico empleo abasteciendo a su familia y a sus vecinos de ciertos alimentos y artículos de primera necesidad. Aquello suponía un privilegio en la castigada zona de Levante, donde el racionamiento apenas daba para sobrevivir. Sin embargo la suerte no iba a durar para siempre: a mediados del 38 una bomba estalló cerca de él, camino del refugio. El proyectil no le causó heridas, pero a principios de 1939, recién cumplidos los cuarenta y dos años, contrajo un cáncer fulminante —¿pudo tener relación con lo anterior?— que acabó con su vida en un hospital de Madrid en los días en que los rebeldes lanzaban su último asedio sobre la capital. Mientras su cadáver era arrojado a una fosa común, mi abuela se reencontraba con sus hijos en Alicante la misma mañana en que la ciudad asistía al desfile triunfal de las tropas italianas.

Mi tío tuvo que abandonar los estudios de delineación y ponerse a trabajar como fogonero, pero entonces comenzaron a dejarse notar los efectos de la derrota republicana. Concluida la guerra, el dictador se mostró implacable a la hora de estrangular el aprovisionamiento de la ciudad donde había sido fusilado José Antonio, y aunque en la familia de mi madre no llegó a faltar el dinero, ¿de qué podía servir si no había productos a la venta? Lejos quedaban los días en que se sentían desgraciados por disponer solo de boniatos para alimentarse. Hartos de tumbarse en la cama boca abajo con tal de soportar el hambre, malvendieron la casa, metieron los muebles en un vagón y se marcharon a Sevilla, desde donde a mi tío se le ofrecía la oportunidad de hacer la mayor parte de sus servicios.

Tanto mi tía como mi madre lograron pronto un empleo en sendas librerías pertenecientes a la misma propietaria. Encontrar un piso en alquiler resultó en cambio bastante complicado, por lo que hubieron de permanecer alojados ocho meses en aquel vagón —relativamente amplio, al menos— que fue situado en un apartadero próximo a la estación de Plaza de Armas. De no haber sido así no estaría escribiendo estas líneas ahora mismo, y es que la ubicación de aquella vivienda tan *sui generis* hizo posible que mi padre, en aquel tiempo un jovencísimo factor de circulación, conociera a mi madre, diecinueve años antes de que yo viniera al mundo.

¿Quién me iba a decir, en suma, que el encargo del chiflado con el que trabé amistad surcando el Nilo acabaría por conducirme, Guadalquivir arriba, hasta mis remotos orígenes? La geografía del enigma, la forma en que el destino sembraba de símbolos mi investigación, se volvía cada vez más inquietante. Sin embargo mis preocupaciones discurrían en ese momento por otros derroteros. Yo andaba tras el rastro de un desconocido cuya sombra siniestra esperaba encontrar en Córdoba a lo largo de la década comprendida entre 1936 y 1946. Diez años para una población próxima a los 150 000 habitantes. Solo imaginarlo me producía vértigo.

11. Abril de 2004. 1936-1942

El descubrimiento del localismo cordobés resultó crucial cuando mis recursos para la búsqueda estaban agotados. Se trataba, no obstante, de una pista débil, apenas un punto de luz en medio de la oscuridad, lo que me obligaría a caminar apoyándome únicamente en hipótesis que se sostenían más por mi deseo de llegar a alguna parte que por su propia solidez.

Si Carmen había integrado en su léxico aquella palabra, esto implicaba que uno o más miembros de su familia procedían de Córdoba o habían vivido allí el tiempo suficiente para asimilarlo. Tanto por el vínculo que las unía como por la posible fecha de nacimiento, fue en su madre donde fijé mi atención en un primer instante. En 1976 podría tener, según Eugenio, más de treinta y cinco y menos de cuarenta años, es decir, que en tal caso habría nacido entre 1937 y 1940. Dado que la familia se instaló en Las Cumbres de San Calixto en 1946, la edad de aquella niña al llegar al pueblo oscilaría entre los seis y los nueve años. Las diferencias podían ser importantes, pues de tener nueve años habría asistido a la escuela en Córdoba —si es que la familia residió allí hasta entonces— durante el periodo necesario para incorporar el *pego* a su lenguaje, cosa que no habría sucedido si su nacimiento se hubiese producido en 1940, pues en aquel tiempo no era común la escolarización antes de los seis años. Claro que también podría haber crecido al cuidado de un aya cordobesa.

Esta reflexión inicial no tenía en cuenta, sin embargo, algo perfectamente presumible, esto es, que bien la abuela de Carmen, bien el abuelo o bien ambos fuesen naturales de aquella localidad, pero no la madre. Ello abría la posibilidad a la transmisión del vocablo por vía familiar, aunque al mismo tiempo supondría cerrarme de golpe el camino que yo había imaginado cuando el indicio lingüístico asomó en mi mente: que la familia del falso Alfonso Valverde se hubiese trasladado desde Córdoba a Las Cumbres, o que al menos tuvo allí su residencia cuando nació su hija, en plena Guerra Civil o poco después.

Lo sucedido en el pueblo, el trágico final de Alicia y la subsiguiente desaparición de documentos: todo apuntaba a que el abuelo de Carmen mantenía importantes contactos entre las altas instancias del aparato franquista. Siendo así, me preguntaba, ¿no era posible que hubiese ocupado un cargo relevante en Córdoba tras el levantamiento del 36? Existían, por supuesto, las mismas posibilidades de que no fuese tal y como yo lo imaginaba, pero como no contaba con otra alternativa, nada más concluir el puente de Semana Santa me dispuse a pasarme las tardes encerrado en las bibliotecas cordobesas, consultando la prensa local de la época y las monografías existentes sobre aquella etapa en dicha provincia.

La primera impresión que obtuve durante esta fase de documentación fue que el levantamiento del 18 de julio del 36 fraguó de inmediato en Córdoba gracias a su concienzuda preparación. En ella los protagonistas no fueron únicamente, contra lo

que pudiera creerse, oficiales en activo del ejército, sino elementos de la oligarquía latifundista —algunos pertenecientes a la aristocracia; otros, militares retirados— que pasaron del ejercicio político durante la dictadura de Primo de Rivera a la pura y dura confabulación contra la República. Miembros, en suma, del poder fáctico opuesto por principio a la Reforma Agraria, señoritos absentistas resueltos a mantener su status.

Esta derecha reaccionaria, cuyos epígonos revisionistas gozan hoy día de amplio eco en los expositores de novedades de las librerías y en ciertas tertulias radiofónicas o televisivas, lleva más de setenta años tratando de justificar el levantamiento contra un régimen legítimo por los supuestos desórdenes que sucedieron a la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de aquel año, cuando lo cierto es que hubo periodos significativamente más conflictivos bajo la monarquía sin que ello condujese a ninguna guerra. Si de lo que se trataba era de acabar con la violencia izquierdista, que en los cinco meses previos al alzamiento había provocado tres muertos y dos heridos en la provincia de Córdoba, ¿qué cabría decir entonces de los cinco muertos y los siete heridos resultantes de los actos violentos de la derecha? De hecho en la jornada del 18 de julio solo murió en Córdoba uno de sus miembros, el joven abogado cedista y dueño de los almacenes *El metro* José María Herrero. ¿Cómo se explica, pues, que siendo escasa la conflictividad de la izquierda en esta provincia, su población fuese masacrada por los rebeldes hasta el extremo de que el historiador y militar franquista Ramón Salas Larrazábal la situase, junto a la de Málaga, a la cabeza del país en cuanto a ejecuciones y homicidios cometidos por el bando sublevado?

La Guerra Civil española, al igual que la Guerra de Irak del 2003 y tantas otras, fue impulsada mediante una campaña de intoxicación informativa orquestada por quienes disponían de los medios para ello. De niño, cuando estudiábamos con la *Enciclopedia Álvarez*, nos enseñaron que el conflicto se desencadenó tras el asesinato del líder derechista José Calvo Sotelo la madrugada del 13 de julio. No nos dijeron, sin embargo, que sus ejecutores actuaron en venganza por la muerte del teniente José del Castillo, integrante de la Unión Militar Republicana Antifascista, a manos de unos pistoleros ultraderechistas tan solo unas horas antes.

Sabemos que Calvo Sotelo no era ajeno a la preparación de la conjura en Córdoba. Uno de los principales conjurados fue el abogado, terrateniente y antiguo alcalde de Priego de Córdoba José Tomás Valverde Castilla, quien dejó testimonio en su obra *Memorias de un alcalde* de sus contactos en Madrid con el fundador del Bloque Nacional, con el intrigante militar Valentín Galarza y con José Cruz Conde. De este último supe que se trataba de un acaudalado bodeguero cordobés que por aquel entonces residía en la capital. En su condición de político primorriverista había ostentado, al igual que otros miembros de su estirpe antes y después de él, la alcaldía de Córdoba. Posteriormente ejerció de gobernador civil en Sevilla y de comisario regio en la Exposición Iberoamericana celebrada en esta ciudad en 1929. Cruz Conde fue el principal enlace entre Madrid y Córdoba, adonde viajó en varias ocasiones en

los meses previos al levantamiento.

De entre los miembros civiles del complot destacaba el también abogado, terrateniente y exalcalde de Córdoba Salvador Muñoz Pérez, que se haría de nuevo con la alcaldía tras la insurrección, cumpliéndose así el deseo de su fallecido amigo Calvo Sotelo. Otro elemento muy activo fue el falangista madrileño y antiguo militar africanista Rogelio Vignote, quien en 1934 recibió el encargo de José Antonio de montar la sede de Falange y del SEU en la capital cordobesa. Su activismo antirrepublicano era tan evidente que acabó siendo deportado a Madrid en febrero de 1936, aunque regresó en marzo, al día siguiente de que su partido fuese ilegalizado. Encarcelado en abril, obtuvo la libertad solo cuarenta días más tarde —al contrario que el fundador— y continuó conspirando en la ciudad hasta ser reclamado en la capital el 12 de julio, justo en el momento en que se descubría la documentación sobre la trama golpista que escondía en la pensión donde se alojaba.

Pero quien actuó como verdadero coordinador, poniendo para ello a disposición su propio domicilio, fue Eduardo Quero Goldoni, un teniente coronel de Caballería retirado. Mientras Vignote preparaba a los efectivos falangistas para actuar en la provincia llegado el momento, Quero se dedicaba a tejer una sólida red de conjurados en los casinos de la burguesía y en los cuarteles de Córdoba. Y en estos últimos, a falta de apoyo entre la Guardia Civil o la de Asalto, encontró un aliado perfecto en el coronel de Artillería Ciriaco Cascajo Ruiz, que mantenía un enlace continuo con Queipo de Llano. Por otra parte, Quero y Queipo estaban vinculados por una estrecha amistad.

Llegado el sábado 18 de julio, mientras Franco, Mola, Queipo o Saliquet neutralizaban a la mayoría de la cúpula del ejército, que se mantuvo fiel a la República, mientras ordenaban detener y fusilar a numerosos generales y altos oficiales para presentarse a sí mismos como *el ejército salvador*, Cascajo permanecía en su despacho durante la mañana a la espera de recibir la orden de Sevilla. Cuando esta se produjo a las 14:30 horas, el coronel puso en marcha el dispositivo para hacerse con la ciudad y lo comunicó al gobierno civil.

Y aquí nos encontramos ante otro de los elementos clave en la insurrección, y no precisamente por su actividad, sino por todo lo contrario. La sospechosa indeterminación del gobernador Antonio Rodríguez de León pudo constatarla la comisión del Frente Popular que el martes anterior se había entrevistado con él para exigirle que actuara con rapidez. Los movimientos de los golpistas comenzaban a ser bien conocidos, pero aquel que poseía los medios para controlarlos no movió ni un solo dedo.

Periodista, crítico teatral y amigo de Diego Martínez Barrio —quien luego sería presidente del gobierno republicano en el exilio—, de Rodríguez de León era consabido su enfrentamiento con el alcalde socialista Manuel Sánchez Badajoz, que se había atrincherado en el ayuntamiento junto a un grupo de colaboradores con la idea de resistir a la inminente ocupación. La ambigüedad del gobernador hacia lo que

se avecinaba hizo que un importante número de miembros del Frente Popular se personasen en sus dependencias. Le exigían que entregara a las organizaciones dispuestas a defender la República las armas incautadas días antes en los comercios del ramo y depositadas en el cuartel de la Benemérita, pero él se opuso en redondo.

Entre tanto, el patio del cuartel de Artillería se iba llenando de voluntarios ansiosos por participar en la revuelta. Falangistas, requetés, antiguos militares, terratenientes o señoritos, a quienes venían sin armas Eduardo Quero se las proporcionaba e iba distribuyendo los contingentes de acuerdo a los puntos estratégicos que había establecido sobre el plano de la ciudad, con el fin de enfrentarse a las patrullas de obreros que, según esperaba, se echarían a la calle. Por desgracia aquellas fuerzas de resistencia no acababan de cuajar, mientras los amotinados crecieron en número a lo largo de la tarde y la noche.

A Cascajo le preocupaba que la Guardia Civil no se les uniera. Ni siquiera lo hizo el teniente coronel Mariano Rivero, que aun habiendo participado en las reuniones conspiratorias acabó negándole su apoyo. El golpista puso entonces al frente de la comandancia de la Benemérita al comandante Luis Zurdo, quien pronto se convertiría en el verdugo de Córdoba, y desplegó las baterías por el centro de la ciudad.

El objetivo principal era, según cabe suponer, la toma del gobierno civil. Para exigir su rendición Cascajo envió a dos emisarios, primero al comandante de la batería situada ante el mismo y más tarde al propio comandante Zurdo. Tanto uno como el otro pudieron comprobar las dificultades que ello entrañaba. A Rodríguez de León lo acompañaban numerosos políticos que no se fiaban de él: el alcalde, el presidente de la diputación, el fiscal y diversos diputados y concejales, además del coronel y el teniente coronel de la Benemérita. Pero también había allí algunos intrigantes que trataban de convencerlo de lo inútil de su resistencia. El más recalcitrante fue Fernando Fernández de Córdoba, uno de los actores de CIFESA que por aquellos días se encontraban en la ciudad con motivo del rodaje de la película *El genio alegre* en un cortijo próximo a la misma, y que se pasó la tarde entre el cuartel de Artillería y el gobierno civil. Posteriormente, ya en su faceta de locutor, sería el encargado de emitir por radio el célebre parte final de guerra.

El mayor impedimento estaba, sin embargo, en los más de doscientos efectivos que el jefe de la Guardia de Asalto, Manuel Tarazona, había concentrado en el interior del edificio, un número superior al de los artilleros de Cascajo. Este le conminó a deponer las armas desde las ondas de Radio Córdoba, donde uno de sus tenientes actuaba de improvisado locutor. La amenaza no tuvo efecto, iniciándose entonces un intenso tiroteo entre las fuerzas defensoras y las atacantes. Al final los insurrectos renunciaron a dicha estrategia y echaron mano a la artillería pesada. Poco después de las ocho estallaron dos obuses contra el gobierno civil, y a pesar de que el ministro de Gobernación prometía por teléfono al gobernador que pronto recibiría refuerzos, todo estaba perdido. Los facciosos, civiles y militares, asaltaron el edificio y obligaron a salir con las manos en alto a los políticos republicanos. Estos, así como

unos cuantos que lograron escapar por un boquete y fueron capturados posteriormente, serían fusilados en los días siguientes, algunos después de ser torturados. Igual suerte corrió el capitán Tarazona, mientras sus guardias eran adoctrinados y puestos bajo el mando de unos tenientes afines a los rebeldes. Nada que ver con el trato dispensado a Rodríguez de León, al que se le proporcionó alojamiento junto a su familia en un céntrico hotel.

Culminada la toma del gobierno civil, los sublevados se hicieron con el control de los centros neurálgicos de la ciudad sin hallar la menor oposición, al tiempo que liberaban a los pocos falangistas que permanecían encarcelados y saqueaban e incendiaban las sedes de los partidos de izquierda. Algunos de sus miembros se conformaron con destrozar varios altares de un par de iglesias. El gobierno central, en una imperdonable falta de diligencia, se limitó a enviar cuarenta guardias de Asalto de la guarnición de Linares, destacamento que llegó en la madrugada del domingo a las proximidades de Córdoba y que regresó al saber que la suerte estaba echada.

¿Habría cambiado el curso de la historia de haber reaccionado con prontitud el gobierno republicano ante la toma de Córdoba? Especular en torno a lo que no llegó a ser queda al margen de la historia. Quizá sea demasiado esperar que en un país de medio millón de kilómetros cuadrados —sin incluir las colonias—, sacudido por una insurrección con numerosos focos, un gobierno debilitado pueda concentrar sus esfuerzos en uno de ellos. No puede negarse, sin embargo, que el triunfo de los rebeldes en Córdoba contribuyó a afianzar las posiciones del ejército del Sur, una zona particularmente vulnerable debido a su proximidad con África, de donde procedían los generales más levantiscos al mando de las tropas indígenas de regulares y de legionarios, caracterizadas unas y otras por la inusitada violencia ejercida contra la población civil.

Reconquistar Córdoba debió haber sido una prioridad para la República desde el primer día. De hecho en los meses siguientes al alzamiento asistimos a continuas escaramuzas entre los dos bandos en los pueblos de la campiña, de la vega y de la sierra, lo que demuestra que el rotundo triunfo rebelde en la capital no tenía su reflejo en la provincia. Sin embargo, la historiografía se muestra unánime al censurar el error cometido por el general republicano José Miaja en su operación contra Córdoba del 20 de agosto del 36, cuando atacó la ciudad desde la campiña. Miaja no pareció entender que este territorio descampado dejaba a sus tropas a merced de la aviación enemiga, sin contar con que el Guadalquivir era una frontera natural que solo podía salvarse a través de tres puentes que apenas requerían unos cuantos efectivos rebeldes para su defensa. Hay quienes piensan que Miaja eludió el triunfo porque Cascajo amenazó con fusilar a sus familiares residentes en la ciudad; incluso se sospecha de su ayudante, el capitán Fernández Castañeda, quien acabaría pasándose al otro bando seis meses después.

Mientras tanto el gobernador civil José Marín Alcázar le transmitía a su primo Marín Echevarría, miembro del cuartel general de Franco, la preocupación ante un

posible ataque por la sierra. Desde su altura, y a resguardo de la vegetación, el dominio de la ciudad por las tropas gubernamentales habría estado garantizado; en cambio Miaja asignó este flanco a una débil columna de soldados regulares y a unas cuantas milicias inexpertas. El resultado de aquel estrepitoso fracaso fue que el frente bélico se enquistó en el norte de la provincia, en los valles de los Pedroches y del Guadiato, hasta 1939.

Esta fue, a grandes líneas, la repercusión que tuvo la consolidación del alzamiento contra la República en Córdoba en la tarde del 18 de julio. Pero mi principal interés, según dije antes, radicaba en conocer a quiénes habían correspondido los cargos de mayor relevancia en la ciudad tras el reparto de poder subsiguiente. Conviene insistir en un hecho significativo: aunque el golpe de mano debía correr a cargo de un militar como Cascajo, su preparación se llevó a cabo principalmente por el estamento civil. Salvo excepciones, los componentes de aquella trama no eran miembros en activo de la derecha republicana, sino viejos políticos y militares monárquicos pertenecientes en su mayoría a la oligarquía agraria y, en menor medida, a la burguesía industrial y mercantil. Políticos, en suma, marginales, que se habían refugiado en los conciliábulos conspiratorios desde el advenimiento de la República. Gracias a ellos, a las patrullas paramilitares formadas con el centenar y medio de facciosos que se presentaron aquella tarde al cuartel de Artillería, pudo asegurarse además el control de la ciudad tras la caída del gobierno civil, pues la tropa de que disponía Cascajo no era demasiado abundante.

Alcanzado su objetivo, el reparto del pastel tenía que hacerse necesariamente entre quienes trabajaron por su consecución. Eduardo Quero fue nombrado presidente de la diputación provincial, y Salvador Muñoz Pérez recuperaba la alcaldía que había ostentado en tiempos de Alfonso XIII. Ambos equipos de gobierno se completaban con terratenientes, comerciantes y militares retirados, además de un miembro de la CEDA. El gobierno civil quedaba en manos del ya citado capitán de Caballería Marín Alcázar, y Luis Zurdo Martín era confirmado como jefe de Orden Público. Todos ellos estaban sometidos al mando de Ciriaco Cascajo, que en su calidad de gobernador militar se entregó en cuerpo y alma a dirigir desde un despacho la brutal represión a la que fue sometida la capital y la provincia. Curiosamente ello le permitió librarse de participar en cualquier campaña del frente que pudiera poner en riesgo su vida.

Mi primer intento de encontrar el rastro del oscuro impostor de Las Cumbres entre aquellos sediciosos resultó escasamente fructífero. La mayoría de ellos no eran precisamente jóvenes cuando se produjo el levantamiento. José Cruz Conde, que murió poco antes de acabar la guerra, había nacido en 1878; Zurdo, hacia 1884. Muñoz Pérez fue alcalde en 1912, luego estaba descartado. Otro tanto sucedía con José Tomás Valverde, un antiguo alcalde primorriverista que por otra parte aún vivía en 1961, cuando publicó sus citadas memorias. En cuanto a Eduardo Quero, fallecido en 1942, se trataba de un militar ya retirado en 1936 y con un hijo médico que

disponía de clínica propia.

Igualmente descartado quedaba el Coronel Cascajo, de la misma edad que Cruz Conde y exaltado a la categoría de héroe local entre los franquistas cordobeses por los dos cañonazos que ordenó lanzar contra el gobierno civil. Las reiteradas peticiones de estos para que fuese ascendido a general llegaron a incomodar a Franco; sin embargo alcanzó dicho rango antes de concluir la contienda, y se vio laureado en dos ocasiones. Una de las *suscripciones patrióticas* más sonadas en la ciudad tuvo como objetivo erigir un chalé para el insigne golpista. A los albañiles se les ofrecía dos opciones: o trabajar en la obra una jornada cada semana o bien entregar para la causa la parte correspondiente de su sueldo. El último rastro de Cascajo en el BOE data de 1952, momento en que pasó a la reserva.

Tentado estuve de seguirle la pista a ese personaje de actitud imprecisa, por no decir turbia: el gobernador civil y militante de Unión Republicana Antonio Rodríguez de León. Pero un rastreo exhaustivo por los buscadores bibliográficos me permitió identificarlo como autor de la novela *Edipo padre*, editada en Sevilla en 1939, y como prologuista en tres publicaciones: un libro de viajes de 1947, una colección de artículos de 1955, y una biografía de 1963.

Si lo que pretendía era circunscribirme a aquel censo de conspiradores solo me quedaba una opción, la que apuntaba al falangista Rogelio Vignote Vignote. En su biografía vi confluír algunas circunstancias que podrían identificarlo con el ficticio Alfonso Valverde. Había nacido en Madrid en 1891, ocho años antes que el divisionista desaparecido en Rusia, y según las fuentes hemerográficas su fallecimiento se produjo el 16 de septiembre de 1942, dieciséis meses después de acceder al cargo de gobernador civil precisamente en Córdoba. Si aquella muerte hubiera sido fingida, es decir, si cuatro años más tarde se hubiese ocultado en Las Cumbres de San Calixto con una falsa identidad —y quedaba por saber qué habría hecho durante todo ese tiempo—, contaría ochenta y cinco años en el 76. De creer las habladurías de Fermín, el pastor, aquel hombre tendría setenta años cuando dejó embarazada a su hija. Aunque este supuesto resultaba admisible, me costaba en cambio imaginar a un octogenario sometiendo a palizas a su nieta.

Y aun así no podía negar que el perfil de Vignote casaba bastante bien con el que le suponía al abuelo de Carmen. Por un lado se hallaba vinculado en origen al núcleo duro del sector golpista del ejército; por otro, se inscribía en la línea de aquellos falangistas que, como Girón de Velasco, transitaron desde un radical activismo fascista hasta la sumisa integración en la maquinaria burocrática de Franco. En el caso de que Vignote fuera el hombre que tuvo que borrar sus huellas, ¿a cuál de los dos sectores acabó traicionando, al de los militares o al de la Falange?

Cuando elaboré esta reflexión aún carecía de elementos suficientes para saber si dicho conspirador era o no el mismo que concluyó sus días escondido en un pueblo de montaña. Sin embargo, esa doble condición a la que he hecho referencia me iluminó en lo que respecta al motivo político subyacente. No podía ser de otro modo:

en algún momento anterior a 1946 aquel enigmático personaje debió de desempeñar un papel crítico en las frecuentes luchas intestinas entre falangistas y militares. Algo no salió bien, y los de su bando le ofrecieron como única opción el confinamiento en un lugar remoto de la geografía española y el amparo de una identidad nada sospechosa..., hasta que el joven pintor extranjero metió las narices donde no debía.

Hasta aquí alcanzaban mis pesquisas sobre los participantes en el levantamiento de Córdoba. Claro que la indagación no podía agotarse tras este momento, pues quedaba por analizar un dilatado periodo, toda una década comprendida entre el alzamiento y la llegada del misterioso personaje y de su familia a Las Cumbres. No tardé en comprobar, sin embargo, que se trataba de una época de menor relieve desde el punto de vista historiográfico. Si bien es cierto que la crónica de la actividad bélica en la provincia, y en particular en el frente que se estabiliza en el norte de la misma durante 1937, ha sido abundantemente documentada en relación al desarrollo de la contienda, la situación en Córdoba capital, en tanto que retaguardia firmemente consolidada, apenas reviste interés. La prensa local ofrece un reflejo fiel en cierto grado de estos años grises en los que la actualidad ciudadana se reduce a nombramientos de cargos más o menos efímeros, visitas de próceres del nuevo régimen, cuestaciones para diversos fines solo aparentemente benéficos, celebraciones y homenajes para el mediocre relumbrón de las autoridades políticas y eclesiásticas. Poco más, salvo los inevitables comunicados a la población, a menudo de carácter conminatorio, y esas someras listas de detenidos durante la jornada anterior, apenas una parte del total, cuyo destino no es difícil imaginar.

La feroz represión y el ensañamiento contra la población civil constituye, en ese sentido, el elemento que se significa justamente por su omisión en los medios. Una vez que los rebeldes se aseguraron el control de la ciudad, y sobre todo a raíz del bombardeo del 17 de agosto y del ataque del general Miaja, las reuniones diarias de los miembros de la oligarquía en los casinos de la ciudad —el Círculo de Labradores, el Mercantil y el Círculo de la Amistad— tienen como objetivo elaborar las listas negras de elementos supuestamente *subversivos*, listas que son entregadas a continuación a la jefatura de Orden Público para proceder a la detención y, en la mayoría de los casos, al fusilamiento inmediato de quienes figuran en las mismas. Entre las víctimas, cuyo cómputo oficial superaba en ciertas jornadas la centena, hallamos políticos, sindicalistas, intelectuales, librepensadores o profesores, pero también simples funcionarios u obreros acusados por chivatos que en ocasiones habían militado en la izquierda y que corrieron a ponerse al servicio de los rebeldes. A veces aquellas listas procedían de ciertos párrocos muy suspicaces con los feligreses que no asistían a misa.

El estudio pormenorizado del régimen de terror implantado en la ciudad me permitió constatar hasta qué extremo destacó en él la actuación del teniente coronel de la Guardia Civil Bruno Ibáñez. Durante las cinco semanas en las que el comandante Zurdo ostentó las funciones de jefe de Orden Público, la ciudad se había

visto sometida a la puesta en marcha de la maquinaria de exterminio ordenada por Queipo de Llano. A partir del 22 de septiembre de 1936, fecha en la que Ibáñez ocupa ese cargo, el baño de sangre adquiere una dimensión genocida difícilmente imaginable.

El hecho de que no me haya referido anteriormente a este siniestro aragonés obedece a una razón palmaria. En su condición de pagador del Tercio de Ciudad Real y Córdoba, Don Bruno —que así sería conocido y recordado por sus fechorías— se encontraba en esta capital cuando estalló el levantamiento, pero en lugar de acudir al cuartel de la Benemérita o de unirse a los facciosos, se mantuvo escondido en su habitación de hotel hasta ver qué cariz tomaban los acontecimientos, incluso cuando las autoridades golpistas ordenaron la concurrencia inmediata de todos los militares.

Al parecer fue la presión de Evaristo Peñalver, un coronel del cuerpo que le amenazó con delatarlo, lo que le hizo salir de su madriguera y presentarse ante Cascajo. Como necesitaba recuperar la confianza de este, se mostró tan resuelto a participar en la limpieza de *rojos* de la ciudad que en poco tiempo el gobernador militar lo colocó al frente de la jefatura de Orden Público. Para entonces ya había ordenado el fusilamiento del camarero del hotel que estuvo a su servicio mientras permaneció oculto.

Los registros domiciliarios, las detenciones y las ejecuciones con ametralladora sembraron el pánico entre los ciudadanos, muchos de los cuales tomaron la determinación de evadirse. Entre los sectores profesionales más acosados —los ferroviarios, los metalúrgicos, los albañiles, los carteros— se organizaron partidas que escapaban de madrugada y marchaban hacia el norte de la provincia, monte a través por Sierra Morena, tratando de cruzar el frente para ponerse a salvo en la zona republicana. La escasez de mano de obra adquirió tales dimensiones que el día 1 de octubre Ibáñez publicó un bando con el que pretendía tranquilizar a la población, e invitaba a los desertores a volver a sus puestos «sin temor alguno». Al mismo tiempo, los indígenas marroquíes de las tropas de regulares vendían los bienes de los asesinados en un mercadillo de la plaza de toros.

La detención de obreros no se regía necesariamente por un procedimiento oficial. De todos era sabido que el *camión de la muerte* podía aguardar a la salida de los centros de trabajo, siendo obligados a subir en él incluso quienes no aparecían inscritos en las célebres listas negras. En sus memorias, el abogado Francisco Poyatos narra un suceso que raya en el surrealismo más macabro y que a su vez le fue contado por su protagonista, el conde de Cañete de las Torres. A este terrateniente le llegó la noticia de que en uno de aquellos camiones iba un amigo suyo, y que el vehículo se dirigía al alcázar —habilitado desde varios siglos atrás como prisión— para recoger a otros cuantos presos. El conde, que tenía bastante trato con don Bruno, salió corriendo hacia el lugar y ordenó a uno de los guardias que bajaran de inmediato a su amigo. «No puede ser, don Antonio. Llevo dieciocho y tengo que entregar dieciocho», respondió el guardia. Entonces el aristócrata se abalanzó sobre un

viandante que pasaba por allí, lo subió a empujones al camión y con la misma presteza bajó al otro. «Ale, ya tienes los dieciocho que necesitabas», dijo antes de alejarse del lugar con el amigo rescatado.

Los fusilamientos de miles de cordobeses ante las tapias de los cementerios y al borde de las carreteras que partían de la ciudad constituyeron sin duda alguna la vertiente más cruel de la represión, aunque no fue ni mucho menos la única. La Asociación Provincial del Magisterio, una organización integrista que había hecho de la enseñanza religiosa su estandarte, consiguió que a través de las Comisiones Depuradoras de Instrucción Pública fuesen expulsados del cuerpo no solo los docentes afiliados al sindicato socialista FETE, sino también aquellos que aceptaron de buen grado el impulso educativo de la República. Mientras tanto, Bruno Ibáñez ordenaba el saqueo de librerías, quioscos y bibliotecas escolares, y exigía bajo amenazas, a través de sus habituales bandos, la entrega de todos los libros «pornográficos, revolucionarios o antipatrióticos» que estuvieran en manos particulares para proceder a la quema de los mismos. Uno de sus bandos más singulares fue el que publicó poco antes del día de difuntos, cuando ya había prohibido el uso de prendas de luto en la ciudad: alegando que en años anteriores la gran afluencia de personas a los cementerios degeneraba en «invasiones poco respetuosas para la paz que debe existir en estos lugares de meditación y máximo respeto», ordenó su cierre temporal. Probablemente no se le ocurrió otra justificación más cínica para evitar que se hiciera patente la masacre que estaba cometiendo.

El caso de don Bruno en Córdoba terminó por convertirse en un ejemplo paradigmático de borrachera de poder. Una vez que había diezmado al proletariado, al profesorado y a los intelectuales, su prepotencia se concentró en el expolio de la burguesía. Ya fuese mediante exorbitadas multas impuestas a determinados empresarios que en el pasado habían mostrado veleidades liberales, o a través de suscripciones populares con fines religiosos o patrióticos —una forma de extorsión practicada por otros muchos fascistas, como Queipo de Llano—, el resultado de todo ello supuso el saqueo metódico de los bienes de quienes habían contribuido al triunfo de los suyos y elogiaron su labor en los primeros tiempos. En el plazo de un mes pone en marcha tres colectas, que él mismo abre con dinero supuestamente propio: dinero para reparar el templo de San Rafael, plata para unos candelabros del arcángel, plata para unas andas de la virgen de los Dolores. Los ricos no responden como él desea. El gobierno franquista reclama oro y está dispuesto a pagarlo, pero en Córdoba se recauda menos que en otras provincias. Los bandos intimidatorios se suceden. El jefe de Orden Público amenaza con registros domiciliarios y duras condenas a los que escondan metales preciosos. En noviembre ordena además la concentración de ganado en fincas controladas por la Benemérita y prohíbe su venta sin el permiso oficial.

Ciriaco Cascajo cometió un serio error otorgando el ascenso de Bruno Ibáñez a gobernador civil a finales de enero, porque para entonces tenía contra él al grueso de

la oligarquía cordobesa. Un miembro destacado de la misma al que Ibáñez le había exigido un *donativo* de cien mil pesetas —el banquero Pedro López según unos, el industrial aceitero Carbonell según otros— movió sus resortes para denunciar ante el Caudillo la insostenible situación. De ese modo la prensa local anuncia el 5 de marzo que el gobernador de Cádiz, Eduardo Valera Valverde —implicado en la sanjurjada cuando lo era de Sevilla— ocupará el mismo cargo en Córdoba, volviendo así al puesto que ostentó entre 1931 y 1932. Por supuesto, nada se dice en los periódicos del motivo del relevo, aunque sabemos que el propio Queipo viajó a Cádiz para vencer las reticencias de Valera alegando que la labor de don Bruno era desastrosa.

Todavía quedaban en la ciudad algunos incondicionales del verdugo cesante, entre ellos el coadjutor de la parroquia de San Andrés, de modo que el día previo a su partida se improvisó un banquete de homenaje en el Círculo de la Amistad. Allí le manifestaron su agradecimiento por la limpieza de rojos que había llevado a cabo, a lo que don Bruno dio una respuesta que, si bien era incompleta, no faltaba a la verdad: «Cuando llegué a Córdoba no conocía a nadie. Me he limitado a firmar las listas que me entregabais».

La suma de todos estos datos me indujo a preguntarme si no sería Bruno Ibáñez el individuo cuyo rastro andaba buscando. Su actitud taimada y cobarde durante la sublevación, oculto en aquella habitación de hotel, me trajo a la memoria el sigiloso encierro del viejo que apenas salía de la casona de Las Cumbres; la crueldad sin límites que ejerció desde el momento en que se vio obligado a abandonar la madriguera, comenzando por la maquiavélica ejecución del camarero que había sido testigo de su vergonzosa indecisión; la ambición sin escrúpulos de quien se cree dueño de las vidas y los bienes ajenos, incapaz de reconocer los límites de su dominio... Me hallaba ante los síntomas inequívocos de una grave enfermedad moral. Evidentemente no era el único, tan solo un miembro destacado en medio de aquella horda de sádicos, pero su conducta poseía unas peculiaridades tan acusadas que resultaba difícil no sentirse impresionado ante el horror con que era descrita.

En ese sentido, las memorias de Poyatos López añadían algunas claves sobre su ilimitada maldad. Poyatos, que había alcanzado cierto prestigio como fiscal de la Audiencia de Madrid durante la República, tuvo que huir a París en 1936 tras conocer que pesaba sobre él una orden de detención motivada por la delación de alguien cuya identidad nunca logró desvelar. Confiado por el hecho de ser un proscrito para los republicanos, determinó regresar con su familia a España meses más tarde y entrar en la zona franquista desde Gibraltar para instalarse de nuevo en Córdoba, donde había ejercido varios años antes de trasladarse a la capital de la nación.

Para su sorpresa, al llegar a La Línea fue detenido porque un evadido de Almería lo había acusado de marxista ante los rebeldes. Afortunadamente llevaba una carta de recomendación dirigida a Queipo de Llano por su hija Ernestina, a quien había conocido en París con motivo de una visita al domicilio de Niceto Alcalá Zamora —cabe recordar que el militar y el expresidente republicano, oriundo de Priego de

Córdoba, eran consuegros—, de modo que tras una fugaz estancia en la cárcel sevillana acudió a ver al general. Su esposa Genoveva le comunicó que sería bien recibido por las autoridades cordobesas. «He hablado con Quero y con don Bruno. Ambos le visitarán para ofrecerle sus servicios. El segundo es una fiera, pero no tema usted nada de él». Unos días más tarde, cuando Francisco Poyatos ya se había instalado en Córdoba, Gonzalo Queipo se desplazaría a esta ciudad. El abogado se encontró con él a la salida del gobierno militar, y quien era jefe del Ejército del Sur se le aproximó y lo estrechó con un abrazo. «Apriete», dijo, «que todos vean la amistad que tenemos». Resultaba obvio que su protector deseaba dejar bien claro cuál era su grado de amistad para protegerlo ante posibles amenazas.

Poyatos tenía un enemigo declarado en la ciudad, el fiscal Granfelón, una cucaracha según el memoriógrafo pues, pese a haber intercedido por él cuando ejercía en Córdoba, se dedicó a segar la hierba bajo sus pies tan pronto como supo que regresaba a la ciudad. «He leído con mis ojos el oficio que puso a Burgos pidiendo que me fusilaran», escribe Poyatos. Y ciertamente el antiguo fiscal de Madrid fue víctima de una depuración kafkiana que lo inhabilitó durante casi tres décadas. Por ello, y aun cuando gozase de la protección del virrey sevillano, no podía bajar la guardia.

No cabe duda de que era don Bruno quien le infundía verdadero pánico. El mismo día en que Poyatos se entrevistó en Sevilla con los Queipo almorzó a continuación con el juez decano de la capital andaluza, Joaquín Pérez Romero. Este consideraba una temeridad que el recién llegado y su familia se trasladasen a Córdoba, argumentando que don Bruno era un criminal y que podía hacerle «una trastada». Tal era su insistencia que el ex fiscal volvió a consultarlo con la señora de Queipo. «Vaya usted tranquilo», le dijo esta. «Además de mis gestiones, Gonzalo acaba de hablar con don Bruno para hacerle responsable de la seguridad personal de usted. Don Bruno le ha prometido que mañana mismo le visitará».

Ibáñez cumplió con su palabra y fue a ver al recién llegado a primera hora. «Era un hombre sencillamente repugnante, viscoso», escribe el autobiógrafo. «Me relató, entre risotadas, sus hazañas. “¿Estalla un petardo en la vía férrea? Pues fusilo a todos los obreros que trabajan en cinco kilómetros a uno u otro lado. ¿Que un abogado me visita para protestar por la detención de un cliente suyo? Pues fusilo al abogado y a su cliente. Hay que tener la mano dura, pues los enemigos son muy numerosos y únicamente pueden ser dominados por el terror”. Le oigo impasible, interiormente avergonzado de mi silencio. Es probable que él percibiera mi cobardía y que la anotara en la lista de sus éxitos». Por mi parte debo confesar que la mera descripción de aquel monólogo me causó un profundo estupor.

Pero continúa Poyatos: «Después llegó don Eduardo Quero, buen amigo mío e íntimo del matrimonio Queipo de Llano. Con sinceridad y señorío me ratificó su amistad y me ofreció su servicio. “He hablado con don Bruno, pero no se fíe usted de ese hombre. A una simple pregunta que le haga, avíseme inmediatamente”». Hacia el

mediodía el abogado recibió la visita de Cascajo. Hablan sobre el fusilamiento de un joven amigo suyo, y a continuación el golpista le cuenta que Granfelón le ha pedido su cabeza. «Es un cretino, mas no hay que olvidarle», añade el artillero. «Todos los días, después de almorzar, vendré a buscarle y nos daremos un gran paseo, para que todo el mundo conozca la amistad que nos une».

Llama la atención el celo que tanto el presidente de la Diputación como el gobernador militar, por no hablar del propio general, ponían en demostrar su amistad con el protegido. ¿Hasta qué extremo, me pregunté al leer esto, el mando ejecutor de don Bruno actuaba de manera independiente? Poyatos López hizo seguidamente un viaje a Burgos con su esposa para conocer de primera mano los detalles de su expediente de depuración. El viaje resultó infructuoso y, por si fuera poco, fue retenido en aquella localidad durante unos días. Un antiguo amigo le confesó que cierto coronel de la Benemérita había solicitado informes sobre él.

Al regresar de nuevo a Córdoba recibió numerosas visitas de antiguos compañeros y de las ya mencionadas autoridades, una de ellas la de Bruno Ibáñez. De aquel encuentro escribe el abogado: «Cuando don Bruno me visitó por segunda vez, entre las mil barbaridades de que se jactaba, me dijo que había fusilado a cuantos fueron vocales-obreros de los Comités Paritarios. Me acordé de aquel medio centenar de hombres razonables que me ayudaron a restablecer la concordia, y aunque mis labios siguieron sellados por la cobardía, mis ojos ardían y mi corazón se acongojaba. Después me enteré de que bastaba una mera indicación patronal para que don Bruno ordenase el fusilamiento del obrero malquisto». Unas líneas más abajo, Poyatos nos ofrece una estampa patibularia de aquella oligarquía homicida, cuando comenta que el Círculo Mercantil había devenido tras el levantamiento, y cito textualmente, en un *areópago de inquisidores*. «Si algún sospechoso pasaba por allí», prosigue, «no faltaba una voz que comentase: “Yo creía que este hombre había pasado ya a mejor vida”. Para muchos fue este comentario una condena a muerte inmediata».

En fin, esta serie de estampas relatadas por un testigo excepcional me permitió conocer de primera mano el clima de terror que infundió en la ciudad aquel *monstruo*, pues ese es el adjetivo que emplea Poyatos para referirse a quien ejerció como jefe de Orden Público en Córdoba. En dicho sentido son reveladoras las últimas palabras que le dedica el autor: «Recordándolo, a mediados de 1937, me dijo Queipo: “Cuando me enteré de las atrocidades de don Bruno quise darle una satisfacción a los cordobeses fusilándolo en las Tendillas. Pero Mola lo impidió reclamando a don Bruno desde el Cuartel General”». Y eso lo decía nada menos que aquel a quien los sevillanos recordamos con el sobrenombre de *El carnicero de Triana*.

Mi intención en este punto era seguirle la pista al teniente coronel Ibáñez Gálvez. No habían transcurrido ni tres semanas de su cese como gobernador cuando el BOE del 25 de marzo de 1937 publica su nuevo destino, la Comandancia de la Guardia Civil en Logroño. A través de un préstamo interbibliotecario consulté tres monografías dedicadas a la represión en La Rioja durante la guerra.

Desgraciadamente el periodo principal de dicha represión se circunscribe al segundo semestre de 1936, de manera que no pude localizar la menor referencia al papel ejercido por el efímero gobernador civil de Córdoba en aquella provincia. De haber contado con la proximidad de unas vacaciones, o al menos de un puente, lo habría preparado todo para desplazarme hasta la capital riojana a consultar la prensa histórica, pero como no era el caso hube de conformarme con solicitar al Servicio de Archivo de la Guardia Civil el expediente de aquel miembro del cuerpo y cruzar los dedos a la espera de una respuesta favorable. Entre tanto me dediqué a husmear en los diarios y en los archivos a la caza de datos de mayor relevancia sobre mi primer sospechoso, el falangista Rogelio Vignote.

Gracias a ello supe que Vignote conoció a José Antonio cuando llevaba un tiempo viviendo en Córdoba con su esposa Carmen Tovar y sus hijos Carlos, Carmen y Manuel, el primero de los cuales, por cierto, contribuyó a la difusión del ideario nacionalsindicalista entre sus amigos adolescentes. Elegido consejero nacional de la formación el año 1935, en las elecciones de febrero del 36 Rogelio Vignote y su camarada Pedro Antonio Vaquerizo concurren como candidatos independientes, pero no llegaron a sumar ni tres mil votos entre ambos.

Ya mencioné anteriormente que el jefe provincial de Falange viajó a Madrid el 12 de julio del 36 para informar sobre la situación en Córdoba, si bien tuvo que hacerlo a través del pasante de José Antonio, pues este había sido encarcelado en la Modelo. En aquel momento la familia Vignote residía en la capital, y la policía se dirigió a la casa para arrestarlo. Advertido por su hijo Carlos, Rogelio huyó a El Escorial. Allí se encontraba cuando estalló el levantamiento, aunque posteriormente sería detenido y enviado al Hospital Francés de Madrid. Así pues, si hemos de creer lo publicado en las noticias de prensa, Rogelio Vignote habría contraído una enfermedad que en ninguna fuente se precisa —¿tuberculosis?— y que acabaría con su vida en 1942. Pero hasta ese momento la trayectoria del activista conspirador aún daría mucho de sí.

En octubre de 1939 regresa a Córdoba como jefe provincial de FET-JONS. Para entonces se había iniciado un periodo de fuertes tensiones entre la Falange y el gobierno civil que presidía el comandante Joaquín Cárdenas Llavaneras, quien no tuvo reparos en manejar los ayuntamientos con el firme objetivo de evitar que los falangistas pudieran imponer en ellos su dominio. Uno de los más significativos combates soterrados entre el círculo de Cárdenas y el de Vignote tuvo como pretexto el control de *Azul*, cabecera de la prensa del Movimiento en Córdoba. La redacción del diario había estado formada desde su fundación por periodistas advenedizos que fueron cesados como consecuencia de la depuración impuesta por la Ley de Prensa de 1938. Entre los caídos en desgracia figuraba Marcelino Durán de Velilla, autor del opúsculo *18 de julio: episodios del glorioso Movimiento Nacional en Córdoba*.

Estos mismos redactores lanzaron en julio de 1940 una campaña difamatoria contra el periódico con motivo de un hecho banal: desde su columna, el cronista de la

ciudad Rey Díaz animaba a los ciudadanos a costear una corona de oro y plata para la Virgen de los Dolores —por lo visto don Bruno no era el único que lo hacía—. En el artículo se coló una errata, pues donde tenía que aparecer escrito «joya», la jota había sido sustituida por una pe. Lo que no pasaba de ser una anécdota fue vivamente aireado por el sector antifalangista, comenzando por el jefe provincial de Prensa y hermano del alcalde. Claro que también él era el encargado de la censura, y por tanto responsable último de lo sucedido.

Sin embargo no todos los enfrentamientos entre ambos bandos se debían a cuestiones tan triviales como la mencionada. Tras concluir la contienda, un alto número de excombatientes republicanos se refugiaron en Sierra Morena y constituyeron partidas guerrilleras que asaltaban cortijos y acosaban a los terratenientes, a los miembros de la Benemérita y a las nuevas autoridades locales. Apoyados por ciertos habitantes de los núcleos rurales que les servían de espías o de enlaces —familiares, antiguos vecinos o meros resentidos por la violencia y la penuria causada por quienes provocaron la guerra—, dichos partisanos realizaron numerosas incursiones que se prolongaron hasta 1943 y cuyo ámbito no se circunscribió solo a la mitad norte de la provincia, pues sus ataques alcanzaron a pueblos de la vega y de la campiña. En Hinojosa del Duque llegaron incluso a asaltar la cárcel, consiguiendo así que los condenados a muerte se unieran a ellos. También se les unieron algunos desertores llamados a filas, y existía el temor de que pudiera producirse un incremento masivo de milicianos si España se incorporaba al conflicto internacional junto al Eje. Por supuesto no faltaron nombres legendarios entre aquellos bandidos antifascistas, cual fue el caso de los hermanos *Jubiles*.

La Falange cordobesa no se mostró indiferente ante tal fenómeno, y menos aun cuando cuatro de sus miembros resultaron abatidos en un encontronazo con otros tantos guerrilleros en las proximidades de Obejo. Rogelio Vignote reclamó entonces a la Delegación Nacional de Provincias el reparto de armas como medio de autodefensa entre sus afiliados pertenecientes a los pueblos serranos. Pese a ello no dejó de criticar los desmanes cometidos por los legionarios destacados en la sierra cordobesa para combatir a la guerrilla, citando casos concretos de campesinos de probada inocencia que habían sido torturados hasta la muerte. Espeluznante me pareció el caso de aquel hombre en cuyos oídos vertieron aceite hirviendo con el fin de lograr que confesara el paradero de quienes ni siquiera conocía.

La lucha sorda entre los falangistas y la derecha más reaccionaria se saldó a favor de los primeros una vez que su vicesecretario general, Pedro Gamero del Castillo, logró en febrero de 1941 la unificación de los cargos de gobernador civil y de jefe provincial del Movimiento. Aunque a medio plazo esta medida implicase que las jefaturas provinciales quedaran vacías de contenido, para la Falange cordobesa supuso en aquel instante una doble satisfacción: no solo asistían a la caída de Cárdenas Llavaneras, sino que Vignote ocupaba el cargo de su enemigo tres meses más tarde. Actuando de secretario local encontramos nada menos que al actor y vivaz

correvedile del 18 de julio Fernando Fernández de Córdoba.

Pero los tropiezos también se extendían por otros frentes. Los requetés, que de un modo más o menos cauteloso perseveraban en su encono hacia una Falange que los había fagocitado con el Decreto de Unificación del 37, volvieron a dar pruebas de ese talante turbulento que culminaría con los sucesos de Begoña en agosto de 1942. No olvidemos que Manuel Fal Conde, el indomable jefe de la Comunión, la había dirigido desde Sevilla, que se encontraba allí desde 1939, entre destierro y destierro, y que contaba con un buen número de fieles en la provincia vecina. Si a ello le añadimos que los falangistas pretendían que Franco se decantase inequívocamente por el Eje, en tanto que los carlistas se sentían profundamente aliadófilos, podemos entender que el conflicto estuviese servido. Así, en la madrugada del 13 de septiembre de 1940 los habitantes de algunos barrios populares cordobeses se habían encontrado con pintadas en las que se decía «muera la Falange», «abajo el fascio», «viva Cristo Rey» y otras consignas por el estilo.

En febrero del 41 Vignote envía a la Delegación Nacional de Provincias varias muestras de los panfletos que la central sevillana de la AET —Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas— había repartido en Córdoba, libelos en los que se tachaba de masones antirreligiosos a los miembros del SEU. Otro tanto volvió a suceder a comienzos de 1942 con octavillas que defendían la restauración monárquica. Mientras tanto el imparable goteo de bajas en la Falange cordobesa, producto de las escasas expectativas que el partido ofrecía a la militancia, le ahorró bastante trabajo a Arrese cuando este, en su calidad de secretario general del Movimiento, impulsó en noviembre de 1941 aquella depuración contra «criptoizquierdistas, masones e inmorales» que a su entender estaban minando la organización. Y por si fuera poco, la epidemia de tifus exantemático transmitida por los piojos causó ese año medio millar de muertes entre los presos que malvivían hacinados y desnutridos en la nueva cárcel de la capital, un edificio que los propios prisioneros iban construyendo y que no se concluyó hasta 1944.

Conviene matizar por tanto el aparente triunfo de la FET en Córdoba. De hecho la victoria de Vignote corría paralela al agravamiento de la enfermedad que padecía: a lo largo del verano del 42 se suceden en la prensa diversas informaciones que lo mismo citan la mejoría de su salud como sus nuevas recaídas, hasta que el 16 de septiembre, tras el regreso desde Madrid de su hija Carmina, se produce el presagiado fallecimiento.

El estudio de la política cordobesa a comienzos de los cuarenta me proporcionó una información de primera mano sobre el alcance de la pugna que mantenían falangistas y antifalangistas. Resultaba evidente que este sector del aparato burocrático, en el que habían confluido colectivos reaccionarios de diverso pelaje, no iba a consentir que los fascistas hispanos contaminaran el nuevo régimen con sus aspiraciones sospechosamente socializantes; al fin y al cabo, antes del estallido bélico eran solo una fuerza muy minoritaria. Finalizada la guerra, unos y otros andaban a la

greña por ocupar hasta los puestos más insignificantes de la naciente administración, pues era bien sabido que la malversación, práctica común en ellos, constituía la forma más directa de escapar a la miseria general aun cuando contribuyese a perpetuarla. Trece años transcurrieron desde el final de la guerra hasta la supresión del racionamiento, un periodo innecesariamente dilatado durante el cual los jefes se llenaron los bolsillos con las rentas subrepticias del estraperlo.

Este panorama no me aportó sin embargo ninguna pista relacionada con lo que buscaba. Que Vignote tuviera una hija llamada Carmen y dos hijos varones venía a ser una mera coincidencia intrascendente, ya que sus edades superaban con mucho a la de la madre y los tíos de Carmen Garrido. Las sospechas en torno a la figura del jefe falangista se diluyeron definitivamente después de conocer la cobertura mediática que había tenido su frágil salud: resultaba inverosímil que una muerte fingida pudiera venirse anunciando desde tanto tiempo atrás, y que implicara a su vez a tantos personajes públicos que acudían a visitarlo.

Mi labor de rata de biblioteca no daba por el momento mucho más de sí. Me había pasado diez días escudriñando microfichas, legajos y volúmenes de índole histórica, y todo lo que podían ofrecerme era lo mencionado hasta el momento. Trataba sin embargo de encontrar algún dato de menor relevancia cuando recibí una llamada de mi hermana: nuestra tía, que llevaba varios días con una falta de apetito inusual, había sufrido un coma diabético y acababa de ingresar en la unidad de cuidados intensivos del hospital.

Aunque los pensamientos no cesaban de torturarme durante el viaje de regreso, fue al entrar en la sala de espera cuando adquirí plena consciencia de lo frágil de nuestra circunstancia familiar, la de tres solteros maduros sin otros parientes próximos que una anciana, el último vestigio de la infancia perdida, que en esos momentos se debatía entre la vida y la muerte tras aquellas puertas metálicas. Tres extraños atrapados en una singular zozobra, pues lejos de unirnos en el dolor de la incertidumbre nos incomunicaba por medio de palabras opacas: «la primera visita de mañana es a las ocho», «habría que pensar en cenar algo», «me han dicho que el médico que la vio la otra vez se ha jubilado», «al enfermo que llegó después ya lo han subido a planta», «hace demasiado calor, ¿habrán puesto la calefacción?».

La tía Trini logró superar aquel trance en menos de veinticuatro horas, tras las cuales fue trasladada a la sección de medicina interna. Mi hermana se brindó a cuidarla por la noche, y las mañanas y las tardes nos las repartimos entre mi hermano y yo. La primera noche que pasé solo en casa llegué tan extenuado que caí redondo en la cama y no desperté hasta diez horas más tarde; la segunda, en cambio, me dejó sumido en un profundo abatimiento. Privado del amparo que me aportaba la rutina doméstica y su fondo de *reality shows*, de ollas a presión, de centrifugado de coladas, de intercambio de cotilleos entre mi hermana y sus amigas a través del inalámbrico, la frustración por las escasas perspectivas que ofrecían mis pesquisas me asaltó con el ímpetu de una llamarada. Todo proyecto sólido se forja a partir de una planificación

de estrategias cuidadosamente sopesadas; el mío, en cambio, consistía en un desastroso deambular sin rumbo por los arrabales del pasado, saliendo al encuentro de cuantos fantasmas se cruzaban en mi camino para formularles las mismas preguntas, y siempre con el mismo resultado: proseguían su marcha sin atender siquiera a mi presencia.

Desesperado, avergonzado además por el hecho de que mi derrumbe tuviera lugar al mismo tiempo que mi segunda madre —pues ese había sido su papel en mi vida— remontaba aquella crisis que a punto había estado de ser fatal, sucumbí a una tentación en la que seis semanas antes me había prometido a mí mismo no incurrir jamás. Con el corazón desbocado encendí el ordenador, abrí el explorador de archivos y localicé la carpeta donde guardaba las fotografías más recientes. Volví así a encontrarme con la imagen de Carmen, cuya presencia en los lugares de nuestros días más felices me provocaba una nostalgia punzante. Allí estaba, asomada a la *loggia* de la Casa de Pilatos, recostada sobre el muro convexo de una chimenea de la Cartuja, mojándose los dedos en el aljibe de los baños de María Padilla. Más adelante la encontraba sentada en uno de los bancos ilustrados con cerámicas de la Plaza de España, o bien en el muelle de la Sal, iluminado su semblante por la anaranjada luz del atardecer contra el viejo armazón del puente de Isabel II. Y luego estaba aquella otra foto de Carmen accediendo a la arena del anfiteatro de Itálica: de nuevo la estilizada figura de la Gradiva que hallé en el templo tebano.

Su atractivo se resarcía al fin del imposible olvido al que pretendí someterlo a duras penas, y mi derrota adquiría por momentos el carácter de un tempestuoso apetito carnal, una avidez sin límites por hundirme dentro de ella. Privado por completo del juicio, me sorprendí acariciando con voluptuosidad la superficie de la pantalla. A continuación cerré los ojos e imaginé con extraordinaria nitidez cómo abría sigilosamente la puerta de su cuarto de baño mientras oía caer el agua de la ducha, cómo descorría de golpe la mampara y, sin darle tiempo a reaccionar, apretaba sus labios con la palma de mi mano y la derribaba sobre el suelo. Sus quejidos, sus gritos, los insultos que me dirigía solo servían para acrecentar mi excitación. A fuerza de soportar sus embates lograba amordazarla y atarle las muñecas tras la peana del lavabo con cinta de embalar. No había resultado fácil, pero a cambio ahora podía desnudarme sin prisa, echarme sobre su cuerpo húmedo de agua y sudor, deleitarme mordisqueándole la mandíbula, el perímetro de los senos, el vientre, los pliegues de su vulva, antes de anclar las palmas de mis manos en sus firmes caderas y penetrarla a fuertes empellones. Después, al recuperar la lucidez, lo primero que sentí fue la viscosidad de la secreción que se derramaba lentamente entre mis dedos.

12. Abril de 2004. 1923-1947

Aquella noche iba a ser más larga de lo que había previsto. Conforme regresé a mi cuarto y vi el último retrato de Carmen, cerré el visor de imágenes, hiberné el ordenador y me dirigí a la cocina. Abrí el frigorífico, saqué una botella de cava que no habíamos gastado en Navidad, la descorché, me serví en el primer vaso que encontré en el escurridor, tomé un par de tragos y me encaminé con el vaso y la botella a la sala de estar. Prendí un cigarrillo y pulsé el botón de encendido del televisor, pero al ver que estaban emitiendo un resumen de los goles de la jornada lo dejé otra vez apagado. Ni siquiera le di al interruptor de la lámpara, pues las persianas estaban levantadas y la claridad de las farolas de la plaza me pareció más que suficiente.

Descorrí las cortinas y abrí las ventanas. El día había sido caluroso y a esas horas, pasada la medianoche, el termómetro marcaba veintidós grados. La presencia humana en la plaza se reducía a un vecino que volvía de sacar el perro. Había perdido a un hijo meses antes en un accidente de moto y, sin embargo, cualquiera que se cruzara con él habría pensado que era un hombre sin preocupaciones.

La situación resultaba de lo más paradójico: por un lado necesitaba olvidarme de todo, entregarme al sueño para dejar atrás mi tristeza y la degradación a la que me había conducido; por otro, deseaba con ansias prolongar la vigilia porque eran muchos los días que llevaba aguardando la oportunidad de desenredar la maraña de mis pensamientos. A falta de datos fehacientes, quería creer que el mero ejercicio de la reflexión podría arrojar alguna luz sobre el enigma, aunque al mismo tiempo carecía de la más mínima convicción.

Apuré el cigarro, encendí el siguiente y vacié de un trago el vaso para llenarlo de nuevo. Me tumbé en el sofá y cerré los párpados. La imagen de Carmen en el monitor se manifestó igual de vívida que si la tuviese ante mis ojos. Era evidente que se había transformado en una obsesión, y la culpa residía en mi incapacidad para conservarla. La ensoñación que había experimentado podía ser vergonzosa, pero no arbitraria. No, no conseguía ocultarme a mí mismo que habría intentado cualquier cosa con tal de tenerla, incluso en contra de sus deseos. No era el afán de recuperar su amor lo que me impulsaba, sino ella, el cuerpo de ella, al margen de su voluntad.

Me incorporé porque necesitaba seguir fumando y bebiendo. Habría continuado haciéndolo hasta perder la conciencia, pues el recuerdo de Carmen, de su voz, de sus movimientos, incluso de su nombre, *Carmen*, me estaba envenenando la sangre. No, no me incorporé por eso. De repente comprendí que no se trataba de un trastorno interno: era ella quien poseía la capacidad de provocarlo. Y podía sucederle a cualquiera, «es un maleficio innato a su estirpe», pensé. Quizás el hecho de saberlo la empujó a dejar morir a Carolina.

Semejante desvarío me ocasionó una intensa angustia; sin embargo mi mente ya

se había desbocado, y apenas unos segundos bastaron para rememorar el suplicio de su madre. ¿Habría llegado a enloquecer su abuelo frente a la belleza de la hija adolescente? Y la abuela, ¿habría sucedido otro tanto con la abuela cuando su cuerpo irradiaba el fulgor de la juventud? Me tendí otra vez, volví a cerrar los ojos y jugué a proyectar en la tiniebla el imaginario instante en que aquel peligroso canalla se dejaba arrebatar por la hermosura en su grado más superlativo. Tal vez la había conocido en una fiesta de alto copete, o bien tomando té en el domicilio de algún miembro de la burguesía reaccionaria, o en los salones de un casino militar, o incluso en uno de los numerosos mítines que el fundador de Falange iba dando en 1935 por todo el país. Pero en ese caso era improbable que aquella desgraciada mujer hubiese pasado sus últimos años en una casucha aislada en medio del campo. Aun siendo partícipe de la impostura de su marido, tras verse privada incluso del contacto con sus hijos podría haber buscado ayuda entre sus familiares que, a buen seguro, dispondrían de rentas más o menos desahogadas.

Claro que cabía otra hipótesis: que la abuela de Carmen no hubiese aceptado el cortejo de tan odioso personaje, que lo hubiera desdeñado, en cuyo caso él se habría servido de su posición de dominio —y ya sabíamos lo propenso que era a hacer uso de la misma— para obligarla a someterse mediante coacción. Un chantaje que al prolongarse en el tiempo instauraría un inequívoco régimen de esclavitud sexual similar al que, según el pastor, impuso posteriormente a su hija. En ese supuesto la abuela de Carmen podría responder a un perfil más amplio; se trataría solo de una represaliada, una víctima más de las repugnantes arbitrariedades a las que dio lugar el terrorismo de estado consagrado por el levantamiento de 1936.

Aunque mis reflexiones no iban más allá de la simple conjetura, había en ellas cierto grado de verosimilitud. La depravación con la que el falso Alfonso Valverde actuó en las postrimerías de su existencia dejaba entrever una condición profundamente amoral. Resultaba inconcebible que la hubiese desarrollado a una edad tardía. No, la falta de escrúpulos, la crueldad, la ambición, el desprecio hacia las vidas ajenas, la facilidad con que daba rienda suelta a sus instintos más bajos, el deseo de poseer todo lo que se le antojase incluso en el ámbito de lo privado, eran sin duda rasgos innatos de su personalidad.

Acto seguido abrí los ojos, miré fijamente al techo y me formulé en voz alta una sola pregunta:

—¿En quién estás pensando, en el abuelo de Carmen o en don Bruno?

No tenía ninguna certeza, pero no podía ser de otro modo. Me puse en pie, alcé la botella de aquel vino tibio y casi sin burbujas y bebí sus restos de un sorbo largo, igual que una medicina. De pronto me invadió la urgencia de hacer algo al respecto. Aún no había recibido el informe solicitado a la Guardia Civil, así que por ese lado solo cabía esperar. Disponía, bien es cierto, de una fotografía en la que figuraba Bruno Ibáñez junto al coronel Cascajo, Marín Alcázar y el capitán Gracia Benítez, quien sucedió a Ibáñez en la jefatura de Orden Público cuando aquel ocupó el

efímero puesto de gobernador civil. La instantánea, que aparecía en el número correspondiente al 29 de enero de 1937 del diario *Azul*, había sido tomada precisamente con motivo de dicho nombramiento. La impresión era de muy mala calidad, y además solo contaba con la fotocopia del microfilm. A pesar de ello salí dando trompicones hacia mi cuarto, puse de nuevo en marcha el ordenador, escané la hoja por si necesitaba revisarla más adelante, garabateé en ella la escueta pregunta que acompañaba al retrato de Ramón Franco enviado casi tres meses antes a Eugenio y la metí en un sobre con sus señas para mandársela sin falta por la mañana. Luego regresé a por el tabaco, abrí el navegador de internet y me dediqué a rastrear la posible existencia de algún colectivo dedicado a la recuperación de la memoria histórica en Córdoba. Al cabo de una hora me convencí de que estaba perdiendo el tiempo.

Eran casi las dos, al día siguiente entraba a trabajar temprano y, no obstante, me resistía a acostarme sin haber logrado avanzar ni un solo paso. Dando vueltas y más vueltas por el piso concebí una idea descabellada. Ponerla en práctica no solo suponía una insensatez, no solo no iba a servir de nada, sino que incluso me envilecería en mayor medida de lo que ya lo estaba. Finalmente, y después de ponderarla hasta la extenuación, me di por vencido. Pero tras meterme en la cama y apagar la luz de la lamparilla la idea se volvió a instalar en mi cerebro insomne para apremiarme a darle cumplimiento. Así transcurrió cerca de una hora, y cuando la tensión se hizo tan insoportable que parecía que iba a estallarme la cabeza, me levanté de un salto, eché mano al móvil y escribí el mensaje que tenía grabado con nítidos relieves en el pensamiento: «No volveré a importunarte nunca más. Lo único que te pido es la fecha de nacimiento de tu madre. Solo eso, te lo prometo». A continuación busqué en la lista de contactos y seleccioné el de Carmen Garrido.

Tan pronto como lo envié sentí un gran alivio. Si no me hubiese atrevido a hacerlo, el remordimiento por la indecisión habría seguido atormentándome. Al mismo tiempo comprendí que suponía un acto inútil que en nada podía perjudicarme, pues entre Carmen y yo estaba todo perdido.

Naturalmente no esperaba la respuesta de aquel mensaje. Liberado de tanta agitación, fue volver a la cama y caer profundamente dormido. Cuando pocas horas más tarde sonó el radiodespertador, bajé el volumen y me di los tres minutos reglamentarios de margen. Antes de dirigirme al baño se me ocurrió mirar la pantalla del teléfono. Cuál no sería mi sorpresa al ver que había recibido un mensaje: «15 agosto 1937». Un agudo cosquilleo recorrió mis extremidades: Carmen me había concedido una nueva oportunidad, y con ello mi hipótesis iba cobrando forma.

Pese al malestar provocado por la resaca y la falta de sueño, el Paracetamol que ingerí en el desayuno me ayudó a remontar el trajín de las clases. Concluidas estas enfilé directamente hacia el hospital para que mi hermano pudiese almorzar en su casa, y aprovechando que la enferma dormitaba me llegué a la cafetería a tomar un plato combinado. De regreso me dejé caer en el sillón reclinable, y ni siquiera los

ronquidos de las dos pacientes que compartían habitación —los de tía Trini de una potencia netamente superior— impidieron que me invadiese una modorra viscosa. Hacia las cinco trajeron la bandeja de la merienda. Poco después comenzaron a desfilar las visitas, muy numerosas ese día por una razón bien obvia: a medianoche se inauguraba la feria de abril, y a partir del día siguiente todos estarían en las casetas del real.

Pero no fue aquella tarde, sino durante la mañana del día siguiente, cuando nuestra convaleciente tía recibió una visita que resultaría providencial en el curso de mi investigación. Me refiero a la de su prima Luisa, que venía acompañada por su marido Gabriel y por Rafael, el menor de sus hijos. No obstante considero oportuno precisar antes de nada la relación que nos une con dichos parientes.

Ya dije en otro lugar que mi abuelo buscó empleo en los ferrocarriles porque no quería trabajar junto a su padre en el campo. Convendría añadir además que mi bisabuelo había enviudado bastante años atrás, que volvió a contraer matrimonio poco antes de hacerlo mi abuelo y que este no sentía demasiado aprecio por su madrastra, una razón que de seguro lo empujó a casarse con tal de abandonar el hogar paterno. Si a esto le sumamos el hecho de que estableció una distancia tanto geográfica como familiar marchándose a vivir a Alicante, no es difícil entender que los vínculos con su padre, aun cuando no se rompieran por completo, sí se enfriaron en gran medida. Ello explica a su vez que mi tía segunda fuese casi veinte años más joven que la tía Trini, pues la madre de aquella nació solo dos años antes que esta y cinco antes que mi madre.

Tal vez parezca un razonamiento prejuicioso, y sin embargo quiero creer que la circunstancia de que la única descendiente del segundo matrimonio de mi bisabuelo fuese una hembra contribuyó a que los lazos entre ambas líneas familiares no se diluyeran por completo. Aunque solo se encontraran con ocasión de una boda, un bautizo o un entierro, la madre de mi tía Luisa y mi abuela —mucho más que mi abuelo, a pesar de ser él su hermano por parte de padre— mantuvieron la comunicación a lo largo de los años, primero a través de cartas y luego por teléfono. Y cuando nuestra abuela y luego su cuñada dejaron este mundo, sus respectivas hijas —mi tía Luisa tuvo un hermano, pero murió con catorce años— conservaron ese trato alimentado de tarjetas de felicitación navideñas y de llamadas telefónicas semestrales, pese a vivir en ciudades próximas. La muerte de mi madre debió de llevar a la tía Luisa a comprender que los lazos con la familia sevillana se extinguirían tras la desaparición de la tía Trini, pues entre nosotros y sus hijos no existía otro contacto que el protocolario. Sin ir más lejos, yo mismo había cometido una pequeña ruindad no acudiendo a visitarlos ni una sola vez durante las dos semanas que pasé investigando los fondos documentales cordobeses.

Y lo peor de todo es que la tía Luisa me guardaba un gran aprecio. Cuando monté la empresa no escatimó elogios hacia mí por el coraje que, según ella, jamás tendrían ninguno de sus hijos. Tras la quiebra del negocio, la tía Trini tuvo que tragarse el

orgullo y confesarle que había tenido que volver a la enseñanza. Pero en su afán por reparar mi imagen de fracasado, en un momento determinado de aquel reencuentro hospitalario se lanzó a encomiar la laboriosidad con que llevaba *el estudio de la Guerra Civil en Córdoba*. Cuando advertí que se disponía a mencionar mis reiteradas visitas a las bibliotecas locales, y con ello a dejar al descubierto la descortesía en que había incurrido, salí al paso diciendo:

—Bueno, la tía le está dando más importancia de la que tiene. En realidad se trata solo de un trabajo que estoy preparando con los alumnos de bachillerato sobre las víctimas de la guerra en Andalucía —y al tiempo que lo decía observaba de soslayo la expresión perpleja de la enferma—. Nada del otro mundo: me limito a buscar algunos libros y páginas de internet que puedan consultar los chicos, y a diseñarles un guion para entrevistar a ancianos de sus familias que vivieron aquella época.

—Tampoco hace falta que sean precisamente ancianos —repuso el tío Gabriel—, porque yo aún no he cumplido los sesenta y seis y te podría contar muchas, pero que muchas cosas.

—¡No me digas! —exclamé con ostensible curiosidad—. A ver, cuenta, cuenta.

—¿Tú ves? Si le preguntas a tu tía Luisa —y señaló con el pulgar a su esposa— te dirá que la guerra no fue tan mala para su familia. ¡Claro! ¿Cómo iba a ser mala, si tu bisabuelo era un terrateniente? No es que tuviese muchas tierras, ya lo sabrás por tu madre, pero a él y a mi suegro, que entró como capataz conforme se casó con mi suegra, los fascistas le solucionaron a golpe de fusil los problemas que estaban teniendo con los jornaleros. ¿Es o no es, Luisa?

—No exageres, Gabriel, que mi padre nunca se llevó a mal con sus peones.

—Vale, de acuerdo. ¡Pero jamás tuvo problemas con los franquistas, y eso que se quedaba con buena parte de sus cosechas para venderlas de estraperlo! —El tío Gabriel es siempre igual de vehemente en su expresión—. En cambio el mío, fíjate —dijo dirigiéndose a mí—. No era de ningún partido político. Lo único que hizo el pobre fue actuar de interventor por el Partido Socialista en una mesa electoral en el treinta y seis, y que conste que estuvo en ella por hacerle un favor a su primo Herminio. Bueno, pues llega el alzamiento, que en Córdoba se despachó en la misma tarde del dieciocho de julio, y enseguida empiezan a fusilar a un montón de gente. Pues nada, no había pasado ni una semana cuando detienen a Herminio. «¿Cómo ha sido eso? ¿Qué podemos hacer?», decía la familia. ¿Que qué podemos hacer? Como que a la mañana siguiente lo mataron junto al cementerio de la Salud.

—Así, sin más ni más —comenté.

—Visto y no visto. Pero espera, que ahí no acaba la cosa. Mi padre, que el año anterior se había establecido por su cuenta montando un taller de calderería cerca de la antigua carretera de Madrid, sigue con su trabajo, y un día, a comienzos de septiembre, recibe la visita de dos guardias de asalto. «¿José Guerrero Buendía?», preguntaron. «Para servirles», contestó mi padre. «Haga usted el favor de acompañarnos». Mi padre, que ni siquiera se acordaba de lo de su puesto en la mesa

electoral, preguntó extrañado: «¿Ha pasado algo?». Sin mostrarle documento alguno los policías dijeron: «Tenemos orden de detenerle. Al parecer se ha recibido un informe en el que se le acusa de colaborar con organizaciones marxistas».

»Se llevaron a mi padre al cuartel, y allí lo encerraron en los calabozos una semana mientras el abuelo removía cielo y tierra entre sus numerosos clientes, pues estaba considerado uno de los mejores plateros de la ciudad. Al final consiguió que lo soltaran. Papá volvió a su taller, con más miedo que once viejas, y se puso a acabar los encargos que había dejado pendientes. Pero en esos días entró en escena don Bruno, un guardia civil con más mala leche que un gato romano, y entonces sí, entonces fue cuando empezaron a fusilar a gente a troche y moche. Mi padre trataba de tranquilizarse pensando “bueno, si me soltaron es porque no tienen nada contra mí”, y ni con esas se le iba de la cabeza lo que le había pasado a su primo.

»Total, que un domingo, ya entrada la noche, estaba jugando una partida de dominó con tres vecinos en la taberna de El Seis cuando se asoma por la ventana Mariano Luque, un viejo orfebre, muy amigo de mi abuelo, que recibía muchos encargos de las parroquias. El hombre le hace una señal con los ojos para que salga. “¿Qué se le ofrece, don Mariano?”, dijo mi padre estrechándole la mano ya en la calle. El anciano se la soltó enseguida, miró a uno y otro lado para asegurarse de que nadie los veía y lo empujó hasta el zaguán de la casa de al lado. Una vez allí le habló quedo en estos términos: “Tú sabes la estima en que os tengo a tu padre y a ti, ¿verdad, Pepín?”. “La misma que nosotros le tenemos, don Mariano. Pero ¿por qué lo dice?”, contestó mi padre. “Mira, te voy a hablar con sinceridad”, prosiguió el orfebre. “Yo no sé lo que has hecho o lo que has dejado de hacer, ni me importa. Y vaya por delante que lo que te voy a contar tampoco pienso decirte a quién se lo he oído, ¿estamos? Tentado me sentí de hablarlo con tu padre, pero luego me arrepentí porque no quería ser yo el que le diese el disgusto, que uno está muy mayor para los malos tragos”. “No se preocupe, dígamelo usted a mí y ya lo hablaré yo con él cuando vea el momento”, respondió mi padre. “Ni momento ni leches, Pepín”, le contestó. “Vete ahora mismo para tu casa, haz el petate y lárgate de la ciudad cuanto antes. Tu nombre está en las listas de los que van a fusilar a partir de mañana”. Mi padre tomó las manos del viejo y se las besó. Cuando se disponía a salir corriendo, don Mariano lo retuvo un instante. “Cuidado, muchacho. Que no te vean correr porque podrías llamar la atención”. “Si consigo salvarme”, le dijo mi padre, “jamás olvidaré que le debo la vida”. El anciano le dio un guantazo y agregó con un temblor en los labios: “Tú no tienes nada que recordar. Nosotros no nos hemos visto esta noche, ¿has entendido?”.

—¿Y cómo se las apañó tu padre para huir?

—Lo primero que hizo mi abuelo fue buscarle escondite en el chalé de un amigo que le debía grandes favores. Luego contactó con unos ferroviarios que trabajaban en el depósito y supo que el siguiente domingo partía de madrugada un grupo desde la fuente de La Palomera, junto al arroyo Pedroches. Con ellos marchó mi padre por la

sierra, dando un gran rodeo para mantenerse lejos de la carretera, claro está, hasta llegar a Obejo, el primer pueblo que aún estaba en manos de los republicanos. Desde allí hasta Pozoblanco tuvieron que avanzar siguiendo veredas, porque los fascistas acababan de tomar el Vacar y Villaharta y habían estrangulado toda la comunicación con el norte. No creas que fueron los únicos que andaban por el campo, ni mucho menos. Era una riada interminable de gente la que huía por aquellas trochas tortuosas.

»Al llegar a Pozoblanco, mi padre buscó acomodo en un camión que iba hacia Villanueva, y conforme llegó fue directamente a la casa de su hermana, que estaba casada con un maestro del pueblo. ¿Y sabes qué? Pues que se la encontró viuda, porque una patrulla de milicianos lo habían ejecutado dos o tres días antes. No sé si exageraría, pero según él me contaba entró en la Casa del Pueblo y los puso a parir: “De modo que he tenido que salir por pies de Córdoba para que no me maten y vosotros hacéis aquí lo mismo con un hombre que no ha hecho mal a nadie. Sois unos canallas”, les dijo.

»Aunque era poco mayor que su hermano, mi tía tenía nada menos que cuatro hijos. Mi padre se sentía indignado con la gente del pueblo, y no solo por lo de su cuñado, sino también porque muchos de ellos se negaban a aceptar a la masa de refugiados que había ido llegando a la comarca. Así que se llevó a toda la familia a Murcia, se puso a trabajar de inmediato y consiguió sacarlos adelante. De paso conoció a mi madre, todo hay que decirlo. Se casaron en menos de un año y al siguiente nació yo. Mis dos hermanos vinieron al mundo algunos años más tarde, una vez que regresó a Córdoba.

—Vaya, no sabía que eras murciano.

—No digas eso —dijo en tono de reproche la tía Trini—. Vamos, como si no te lo hubiera contado en más de una ocasión.

Al margen de mi mala memoria, el testimonio ofrecido por el tío Gabriel de la odisea de su padre ilustra con gran fidelidad el drama que padecieron las víctimas civiles en la contienda. Sin embargo no arrojaba nuevas luces sobre la biografía del inicuo jefe de Orden Público. Empujado por un interés puramente egoísta, quise entonces hurgar en sus recuerdos llevándolo a mi propio terreno cuando le pregunté sin más preámbulos:

—A propósito, ¿no sabrías darme otros datos referentes al hombre que estuvo a punto de acabar con la vida de tu padre? Me refiero al tal don Bruno.

—Solo sé que se cargó a muchísima gente y que luego se fue a no sé dónde. Si el abuelo hubiese vivido más años quizá sabríamos más de él, pues como te dije estaba muy bien relacionado. Yo ni siquiera llegué a conocerlo, porque murió recién acabada la guerra, con sesenta y pocos años.

—¿Y a través de tu abuela, o de alguno de tus tíos?

—La cuestión es que mi familia venía de Lucena. Mis abuelos eran los únicos que se establecieron en la capital, y no tuvieron más hijos que mi padre y mi tía Araceli, la viuda del maestro. Cuando la abuela fue a dar a luz a otro niño, el parto se le

complicó y murieron los dos. Así que mi padre era huérfano. Eso no te lo he dicho, ¿verdad?

No me lo había contado, pero en cualquier caso resultaba irrelevante. En lo que respecta a mi tía Luisa, que acababa de entablar una conversación simultánea con la prima convaleciente sobre achaques de diverso género, cualquiera podría pensar que en su hogar paterno la guerra ni siquiera había pasado por la puerta. Entre tanto mi primo Rafa, con esa candidez que le caracteriza, se explayó desglosando punto por punto los complejos preparativos de su boda mientras su padre, que estaría hastiado de oír tantas veces lo mismo, cruzaba arriba y abajo por el corredor con las manos cogidas a la espalda.

En un momento dado la tía Luisa miró su reloj, puso cara de asombro e interrumpió la verborrea de su retoño.

—Chico —dijo al tiempo que apoyaba una mano en su brazo—, vamos a tener que ir yéndonos, que me he dejado la comida sin hacer. Anda, llama a papá.

Tras despedirse los tres de la tía Trini me ofrecí a acompañarlos hasta el aparcamiento. En el momento en que mi primo buscaba en sus bolsillos las llaves del coche, su padre, que había mantenido una actitud un tanto meditabunda durante aquel corto trayecto, se volvió hacia mí. Y cuando creía que me iba a dar los dos besos de rigor, percutió su dedo contra mi esternón y dijo con el semblante avivado:

—¿Sabes? He estado dándole vueltas a lo de don Bruno y me ha venido a la cabeza quién podría saber algo de él. A que no adivinas en quién estoy pensando, niña —añadió mirando a su mujer.

—Como no sea Paco *El carnicero*...

—¿Te has dado cuenta? Pero si esta mujer me lee hasta el pensamiento —se acercó a ella y le dio un beso en la frente—. Como para ponerle los cuernos, vaya.

—Anda, no digas *pegos*. ¿Quién te va a querer a ti, con lo viejo que estás?

—¿Un carnicero? —pregunté—. ¿Y por qué un carnicero?

—No te confundas. Es un vecino que vive dos casas por encima de la nuestra. Ese sí que es viejo, no yo —y miró de reojo a la tía Luisa—. ¿Cuántos años podrá tener Paco? Si andará por los cien.

—Noventa y cinco —apuntó Rafa—. La semana pasada los cumplió. Cuando me crucé con él fue lo primero que me dijo.

—Ese hombre se sabe la vida y milagros de toda Córdoba; imagínate la de cosas de las que te da tiempo a enterarte mientras cortas filetes a mano. Para mí que la suya llegó a ser la carnicería más antigua de Córdoba, más incluso que los puestos del mercado de la Corredera. No me he pasado yo horas con mi madre allí...

—Anda, y yo —añadió su mujer—. Además, tenía el mejor género de la ciudad. Como el negocio estaba en la calle Mayor de Santa Marina, el barrio de los toreros...

—Y muy cerca del barrio del matadero —dijo mi tío Gabriel.

—A la vuelta estaba, es verdad. Bueno, no sé qué clase de acuerdo mantendría con la plaza de toros, pero el caso es que toda la carne de lidia se la quedaba él. En

los días de feria se formaban verdaderas colas en la calle. Se la quitaban de las manos. Tanto es así que con el tiempo abrió otro establecimiento en el Campo de la Verdad que lo llevaba su hermana.

—¿Cómo está de la cabeza? —pregunté.

—¡Uy! Mejor que tú y que yo —contestó mi tío—. Ahora que como te pille no para de contarte batallitas mientras te vea despierto.

La idea de escuchar los relatos de aquella enciclopedia popular me produjo una excitación casi infantil. Existía, por supuesto, la posibilidad de que el encuentro no me deparase lo que yo esperaba, de que el anciano saturase mis neuronas con una sarta de chismes de vecindario. Y no obstante, como en ocasiones anteriores, volvía a encontrarme ante una puerta entreabierta después de transitar largo tiempo bordeando un muro infranqueable.

—Estoy deseando conocerlo. Si me voy con vosotros a Córdoba a lo mejor podría hablar con él hoy mismo. ¿Qué os parece?

—Me temo que hoy no va a ser posible —objetó el tío Gabriel—, porque ahora nos vamos directamente para la feria, a dar una vuelta.

Con el rabillo del ojo alcancé a apreciar el rubor que tiñó los pómulos de mi tía y de su hijo. La balanza de la mezquindad se inclinaba al fin de su lado: no solo habían sido sorprendidos en el engaño, sino que su visita a la tía Trini quedaba reducida a un mero pretexto con el que justificar una jornada de diversión, perfectamente legítima por otra parte.

Quedamos en que los llamaría al día siguiente, una vez que hubiesen consultado con el anciano si accedería a recibirme por la tarde. Acto seguido, y en previsión de que todo marchara según mis expectativas, llamé a mi hermana y le cambié el turno de noche para disponer así de la horas diurnas, un cambio precipitado ante el cual, sin embargo, no ocultó su satisfacción, pues le brindaba la oportunidad de darse también ella una escapada a la feria con sus amigas. Yo sabía de antemano que me iba a costar mucho trabajo conciliar el sueño en aquel sillón de acompañante, por muy reclinable que fuese, pero como las vacaciones de feria ya habían comenzado, conté con echar una cabezada en casa por la mañana.

Volví a la habitación. Las confesiones de una mujer enemistada con su hija sonaban en el televisor a todo volumen mientras mi tía roncaba a pierna suelta. Estaba sola, porque a la paciente de la cama de al lado le habían dado el alta ese mismo día y aún no se había producido otro ingreso. Apagué el aparato y me puse a hojear una historia de la Guardia Civil. La ligera brisa que entraba por la ventana atemperaba el calor concentrado en la habitación. Poco a poco y contra todo pronóstico me fue invadiendo una somnolencia que me obligó a dejar el libro abierto sobre las piernas. En algún momento impreciso perdí la conciencia, pero me desperté sobresaltado por la llamada de mi tía. Me acerqué y noté que tenía la frente empapada de sudor.

—¿Qué te pasa? —dije, y le cogí una mano en la que advertí también el tacto

húmedo.

—No sé, no me siento bien. No sé lo que me pasa.

Su rostro había adquirido un tono pálido que no era habitual en ella. Luego añadió:

—Será una bajada de azúcar. Dame uno de los terrones que hay en el cajón.

—Tienes la frente fría —observé después de desliar el azucarillo y de ponérselo en la boca—. Voy a mojar una toalla con agua caliente y te la paso por la cara.

Me hizo una señal afirmativa con la cabeza. Cuando salí del baño descubrí un rictus de dolor en sus facciones que me causó gran alarma, pues la tía Trini era poco dada a quejarse a pesar de sufrir una artrosis severa. Al tiempo que le enjugaba la cabeza y el cuello iba notando que su respiración se tornaba más fatigosa. Me senté en el borde de la cama, tomé sus dos manos y le pregunté qué le dolía.

—Uf, es una punzada en el pecho que no se me quita. Y duele bastante —sus ojos expresaban una desazón terrible.

Apreté el pulsador de llamada y conforme escuché el «dígame» a través del altavoz le comuniqué a la enfermera la aparición de aquel alarmante dolor. Mientras acudía a la habitación traté de encontrar algunas palabras de consuelo para mi desdichada tía, y me sorprendió que por unos instantes las aceptara de buen grado, como si el inmenso cariño que intentaba transmitirle contuviese el remedio para el difícil trance por el que estaba pasando. Sin embargo el agudo tormento que la azotaba, las náuseas que comenzaban a sobrevenirle y la transformación de su aliento en un jadeo cada vez más acusado la volvieron insensible a mis caricias.

Quizá no transcurrió ni un minuto hasta que la enfermera entró con el carrito del electrocardiógrafo, pero ese intervalo se me hizo eterno. Por el contrario, en el momento en que la joven sanitaria se disponía a aplicarle los electrodos a mi tía, esta empezó a convulsionar, y a partir de ahí todo se precipitó: a la llamada de auxilio que lanzó a través del intercomunicador sucedió casi de inmediato la vertiginosa llegada de tres o cuatro miembros del equipo con un desfibrilador. Uno de ellos, una mujer de mi edad, me ordenó que me fuera de allí sin atender siquiera al espanto que se proyectaba en mis ojos y luego cerró de un portazo. Apreté los puños hasta clavarme las uñas en las palmas y me puse a dar vueltas frenéticamente ante la habitación. La tía Trini estaba muriéndose al otro lado de la puerta y yo era un estorbo en su partida definitiva.

Aún entraron o salieron varias veces aquellos y otros miembros del equipo médico, sin que en ningún caso se atreviesen a mirarme, y en todas las ocasiones solo pude ver un remolino de batas y uniformes verdes alrededor de la cama antes de que la puerta me ocultara de nuevo la visión. Al cabo de un rato que no sabría precisar apareció la médica que me había expulsado del cuarto y se dirigió a mí en tono sobrio.

—Lo lamento, ha sufrido una fibrilación ventricular, un fallo cardiaco irreversible. ¿Es su madre?

—Mi tía.

—Ha sido consecuencia de la propia diabetes que le causó el coma. Tenía el organismo muy deteriorado, ya lo habría supuesto.

No tenía nada que decirle. Pasé a la habitación. El cuerpo inerte de la tía Trini estaba tapado por completo con una sábana. El personal sanitario recogía el instrumental.

—Enseguida vendrán a prepararla —dijo la enfermera que se presentó en primer lugar, llevando de regreso el electrocardiógrafo portátil.

Aparté el lienzo para evaluar con detalle la acusada transformación que la muerte había impreso sobre el semblante. Me senté en la otra cama, cogí el móvil, llamé a mi hermana y le dije:

—La tita se ha muerto. Avisa tú al hermano.

No le di la oportunidad de contestarme. Pulsé el botón de colgar y me quedé mirando fijamente a la ventana.

Me sorprendió el hecho de que no se me escapase ni una lágrima, y aquella circunstancia adquirió un carácter tan obsesivo que cuando aparecieron mis hermanos y se abrazaron a mí, rotos por el llanto, yo seguía preguntándome lo mismo: «¿por qué no lloro? Van a pensar que soy un desalmado, cuando la realidad es tan simple como que no encuentro la forma de hacerlo».

Nada de ello cambió en las horas posteriores, una vez que trasladaron el féretro al tanatorio. Pocos vinieron entonces a darnos el pésame, aunque al día siguiente, después de que mis hermanos y yo hiciéramos las pertinentes rondas de llamadas, se produjo un desfile incesante de vecinos, compañeros y amigos tanto nuestros como de nuestra tía, así como de numerosos familiares indirectos, pues la tía Trini era muy querida incluso entre la familia de mi padre. Y más que por la fallecida, cuya imagen de criatura acorralada ante su propia extinción no lograba borrar de mi cabeza, lo que me producía una pena mayor era el desconsuelo de mi hermana que sus amigas más íntimas trataban en vano de aliviar; al fin y al cabo fue ella quien había cuidado a la tía desde que esta se vio privada de nuestra madre, su compañera inseparable.

Sentía, como digo, una tristeza enorme, y sin embargo solo se exteriorizaba bajo la apariencia de un ademán grave y reservado. Lo que sucedía tras aquella fachada era algo sumamente extraño: por un lado no cesaba de mortificarme con mi aparente insensibilidad, pero al mismo tiempo me producía un exasperante hastío el papel que estaba obligado a desempeñar. Hacia las once de la noche, media hora después de marcharse la última visita, mi hermano y yo convencimos a nuestra hermana de que no tenía sentido permanecer allí, así que tomamos el coche y nos volvimos a nuestras respectivas casas. Primero dejé a mi hermano en la suya, y tras guardar el vehículo en la cochera le dije a mi hermana que no iba a subir con ella.

—¿No vienes? —preguntó con la cara descompuesta.

—Voy a darte una vuelta. Volveré dentro de un rato.

—Pero..., ¿vas a dejarme sola en el piso? No puedes hacerme eso, ¿no ves cómo

estoy?

—¿Prefieres que te lleve con el hermano?

Me atravesó con la mirada y se echó a llorar. Saqué un pañuelo de papel y lo puse en su mano. Luego di media vuelta y me alejé de allí.

Caminé hasta la parada de autobús y llegué justo a tiempo de montarme en el que hacía el servicio especial de feria. Durante el trayecto estuve revisando la agenda de contactos del móvil. Necesitaba localizar a alguien ajeno a los amigos íntimos que habían acudido al tanatorio para darme el pésame. Después de cuatro o cinco intentos fallidos me contestó Nacho, el compañero de Educación Física del instituto. Con gran dificultad, pues el autobús estaba abarrotado y el ruido de la feria resultaba ensordecedor, consiguió indicarme la caseta en la que se encontraba y acordamos que le mandaría un mensaje cuando llegase a la puerta para que saliera a buscarme.

Había tratado de no pensar en ello, pero conforme me incorporé a la pandilla de Nacho o, mejor dicho, de su novia, el oprobio que me había conducido hasta allí comenzó a pasarme factura en forma de ligeros asaltos de angustia. Al principio pretendí silenciarlos bebiendo en menos de media hora lo que los demás habían trasegado a lo largo de la velada, acompañándolo tan solo con dos minúsculas lonchas de jamón y unos pocos taquitos de tortilla. Pronto me sentí achispado, de manera que saqué a bailar a una chica menuda cuyos bonitos ojos me pareció que habían estado bastante pendientes de mis movimientos. Si la chica siguió el juego por mera cortesía es algo que ni siquiera me planteé. Entre sevillanas y sevillanas busqué en todo momento hacerme un hueco a la mesa junto a ella, ignorando casi por completo al resto del grupo salvo para rellenar sus copas con las botellas de fino que pedía en la barra cada poco tiempo.

Mis avances sobre ella, ya fuera apartando un mechón de su rostro, posando mi mano sobre su rodilla o acercando su hombro al mío con un abrazo no siempre efímero, se hacían cada vez más frecuentes según se incrementaba mi embriaguez, lo que sucedía a un ritmo mucho más acusado que el suyo. Aunque no rehuía tales contactos ni aparentaba mostrar ningún gesto de disgusto —o acaso yo carecía de la lucidez suficiente para percibirlo—, también es cierto que aquella mujer no respondía con una aproximación hacia mí en el mismo sentido. Y cuando pusieron unas sevillanas lentas que me trajeron buenos recuerdos, insistí sobremanera en que las bailase conmigo a pesar de que, según me confesó, se encontraba demasiado cansada.

La experiencia de este último baile resultó un tanto esperpéntica. Los quiebros de su cuerpo me fascinaban, pero no lograba mantener mi atención en ellos porque entonces todo me daba vueltas. Por otro lado, su sonrisa se desdibujaba a menudo, como si el hechizo de la noche se viese sometido a pequeños cortes de energía. Y al final vino lo peor: aprovechando la posición en la que concluimos la cuarta sevillana rodeé su cintura con el brazo derecho, forcé un leve vuelco de su tronco y traté de darle un beso en los labios, maniobra que ella cortó en seco de un empujón que me hizo caer de espaldas contra el suelo.

Me incorporé balbuciente y rechacé la ayuda que el gimnasta y sus amigos pretendían ofrecerme sin dejar de partirse de risa. Acto seguido recompuse mi figura con arrogancia, y mientras Nacho me sacudía por detrás para limpiar el polvo que llevaba adherido desde los talones hasta la coronilla me encaminé a nuestra mesa. A continuación agarré el bolso y la última botella que había dejado allí poco antes, aún sin abrir, y tras despedirme con un lacónico «ha sido un placer» abandoné la caseta.

Lo sucedido en las horas siguientes permanece en su mayor parte oculto a mi memoria por una densa niebla. Sé que anduve dando vueltas sin rumbo por la calle del infierno, extasiado ante los gritos y las expresiones de terror de quienes no podían soportar los vaivenes, los violentos zarandeos, los giros repentinos o las caídas en picado en aquellas máquinas diabólicas concebidas por alguna mente enferma. El incremento de mi placer al observar aquellas víctimas deliberadas corría paralela a sus incontenibles ansias de alcanzar el fin de la tortura, y yo lo celebraba alzando la botella para brindarles mi próximo trago de vino. Luego volvía a repetir la misma ceremonia en la siguiente atracción, así una y otra vez hasta apurar la última gota con la lengua. Me viene también la imagen de una escena muy borrosa: trato de acceder a una caseta y el portero me lo impide; convengo a alguien, o alguien se ofrece, no sé, a conseguirme una botella a cambio de un billete de veinte euros. El contenido de la botella y la botella misma son incoloros, acaso vodka o ginebra o anís seco o vaya usted a saber. Bebemos y cantamos juntos, cogidos del hombro, bajo un cielo de farolillos blancos y rojos. Avanzamos dando tumbos. La gente se hace a un lado para dejarnos paso, pero a veces tropezamos con un cuerpo, un obstáculo en nuestro camino que puede reaccionar con agresividad. Claro que también puede tratarse de una mera suposición, no sé. Es lo último que recuerdo.

Al cabo de ese lapso de tiempo irrecuperable me vienen sensaciones distintas por completo. Estoy recostado en una cama reclinable. Aún no soy capaz de abrir los ojos; sin embargo oigo que repiten mi nombre, siento una mano que me aprieta las mejillas y zarandea mi cabeza. Me duele como si estuviesen sometiéndome a una trepanación en vivo. Por fin logro despegar un párpado y un fogonazo de luz procedente de la ventana me ciega por un instante.

—¿Dónde estoy? —pregunto.

—En el Virgen del Rocío, en urgencias.

«¡No, otra vez en el hospital no!», me digo a mí mismo.

—¿Qué me ha ocurrido?

—Ha sufrido un coma etílico. Pero puede estar tranquilo, se está recuperando bien.

—¿Y mi familia? ¿Han llamado a mi familia? —poco a poco iba abriendo ambos párpados y enfocando al médico que me atendía.

—No ha hecho falta, están en la sala de espera. Son ellos quienes se han pasado la noche llamando hasta que lo encontramos. Si no llega a ser así no habríamos podido localizarlos.

—¿Por qué?

—Le robaron la cartera antes de que lo recogiésemos. Sucede a veces —respondió apuntando hacia el perchero donde estaba colgado el bolso—. Alguno de los que lo socorrieron quiso cobrarse la molestia —y en este caso probablemente fue mi propio compañero de borrachera—. Aunque está de suerte: lleva un móvil demasiado antiguo y no les interesaba. Por cierto, se había quedado sin batería. Tiene que ser más previsor —me hizo un guiño nada oportuno.

—¿Qué hora es?

—Las ocho menos cuarto.

—¡Dios! El funeral de nuestra tía es a las diez.

—No va a llegar usted en las mejores condiciones, desde luego.

—¿Tan mal me encuentro?

—Eso me lo dirá usted a mí. En cualquier caso debería esperar un poco antes de marcharse. ¿Le apetece un café?

Respondí afirmativamente con un leve gesto de cabeza. Al levantarme sentí como si la densidad de mi cuerpo se hubiera multiplicado por diez, a pesar de lo cual hice un esfuerzo por desentumecer las piernas. El médico regresó poco después con el café y seguido de mis hermanos. En sus rostros se reflejaba el agotamiento causado por tantas horas de incertidumbre. Temí que me atosigaran con reproches; por el contrario se limitaron a mirarme fijamente, como si aún no creyeran que continuaba vivo. De repente mi hermana se dirigió al doctor.

—No vaya a pensar que esto le ocurre todos los días, que es la primera vez y ya sabe usted por qué.

El médico se echó a reír.

—No tiene que darme explicaciones, señora. Yo también he pasado por eso. —Y añadió con cierto retintín— Claro que entonces era más joven.

Ignoro de dónde pude sacar fuerzas, pero el caso es que tuve el tiempo justo para ducharme, afeitarme y cambiarme de ropa antes de llegar a la iglesia. Durante el funeral mis hermanos y yo, debido a nuestra convicción atea, nos vimos obligados una vez más a seguir con incómoda hipocresía aquel ceremonial que para nosotros solo tenía razón de ser por la voluntad de la fallecida. Ello significaba que nos levantábamos y nos sentábamos a instancias del párroco, pero que aun estando en primera fila habíamos de soportar la vergüenza de mantener la boca cerrada y la cabeza gacha mientras la feligresía pronunciaba sus habituales rezos y plegarias.

Luego vino ese momento particularmente embarazoso del rito de la comunión, poco después del padrenuestro, cuando el oficiante dice «daos fraternalmente la paz» y los fieles se saludan besándose en la mejilla o estrechándose la mano, y tienes cuanto menos que musitar «la paz sea contigo» para no quedar al margen de aquella farsa. Y al final te aguarda lo peor: el interminable desfile de asistentes, algunos de ellos perfectos desconocidos, ante los cuales has de mantener la entereza mientras recibes un pésame no siempre inteligible que, sin embargo, debe merecer toda tu

gratitud.

La tía Luisa y su esposo se habían incorporado tarde al funeral y prefirieron esperarnos a la salida del templo. Yo me percaté de su presencia cuando estaba atendiendo a José Ángel y a Eli, y me llamó la atención que junto a ellos y a mi hermana, muy agradecida por la visita que hicieron a la enferma poco antes de su fallecimiento, había también un anciano cuyo rostro me era desconocido. Tan pronto como tuve la oportunidad de unirme a ellos para recibir su afectuoso abrazo, me presentaron a aquel longevo señor, el cual no era otro que su vecino Paco *El carnicero*.

Considerando el estado de confusión en el que me hallaba sumido, puede entenderse que aquel encuentro se me antojara por un instante el producto de una alucinación. El súbito desenlace de la enfermedad de la tía Trini, cuando todos creíamos que su vida ya no corría peligro, hizo que olvidara las esperanzas puestas en dicho contacto con la misma celeridad con la que surgieron. No obstante, la perspectiva que proporciona el tiempo transcurrido desde entonces me induce a sospechar que si hubo tal olvido, este afectó solo a la corteza consciente de mi cerebro. Sé lo denigrante que resulta, y aun así no me queda más remedio que admitirlo: el frenesí de la noche anterior fue, antes que nada, la consecuencia de una frustración desmedida y abominable, aquella que el destino había provocado al enfrentarme cara a cara a la muerte justo en el momento en que la luz parecía abrirse en mi camino.

En ese sentido, la figura arrugada y enclenque del anciano asido al brazo de tía Luisa, a la puerta de una iglesia en aquella soleada mañana de feria, escrutándome con ojos chispeantes tras sus gruesas lentes mientras el ataúd cruzaba a sus espaldas para ser depositado en el coche fúnebre, constituía una verdadera extravagancia existencial. Incapaz de manejar la situación, lo único que se me ocurrió fue anunciar cómo se desarrollaría la jornada.

—Bueno, por lo pronto en el tanatorio nos han dado hora para la incineración a las doce y media, así que...

—¿También arrojaréis sus cenizas al mar, como hicisteis con las de vuestra madre? —preguntó interrumpiéndome la tía Luisa.

—No, eso fue porque mamá tenía una querencia muy fuerte con Alicante —precisó mi hermana—. Es cierto que las dos nacieron allí, pero además nosotros íbamos casi todos los veranos. La tita solo pudo volver después de morir su marido. Con lo que le gustaba bañarse en la playa, qué poco lo ha disfrutado —y se echó a llorar por enésima vez.

—La tía Trini era más tradicional —apunté—. Quería que sus restos reposaran con los de la abuela, de modo que los pondrán en su columbario esta misma tarde. Será sobre las cuatro y media, porque la cremación dura más de tres horas y el cementerio cierra a las cinco. Vosotros regresáis ya, supongo.

—No, hombre. ¿Cómo os vamos a dejar solos? —dijo el tío Gabriel, y en ese

momento volvía mi hermano de pagarle la misa al párroco—. A nosotros también nos gustaría darle el último adiós a la prima, ¿verdad, Luisa?

—Por supuesto, si no tenemos nada que hacer. ¿No es así, Paco? —apretó su mano con dulzura.

—Claro, ya que hemos venido no vamos a salir corriendo. ¿Qué pensarían estos muchachos de nosotros?

Mientras mis hermanos se despedían de los últimos asistentes que aún quedaban, yo me acerqué al chófer de la funeraria para comunicarle que estábamos preparados. Mi hermana subió al coche de mi hermano, y el tío Gabriel y la tía Luisa fueron a buscar el suyo, pues Paco quiso acompañarme en el mío para que no fuese solo. Si hubiera sabido qué clase de resaca arrastraba tal vez no se habría atrevido.

—Se conserva usted estupendamente para tener noventa y cinco años —le dije al anciano cuando enfilé la avenida de la Palmera.

—¿Noventa y cinco? ¿Quién te ha dicho eso?

—Mi primo Rafa lo comentó anteayer.

—Mira, esto que te cuento no vayas a ir diciéndolo por ahí —noté sus dedos sarmentosos sobre mi brazo—, pero tengo ciento dos años. Lo que pasa es que me quito unos cuantos para que nadie sepa que soy tan viejo. Quien quiera saber, que vaya a Salamanca, qué coño.

Al oír aquello no pude evitar que se me escapara una risotada. Sentí una enorme vergüenza y ensayé un tono más discreto.

—Pero si ser centenario es un privilegio.

—No te equivoques, muchacho. El privilegio es morir de repente, como se ha muerto tu tía, que en paz descanse. Pero esto de apagarse uno tan despacito, que parece que no va a acabar nunca, es una jodienda. Procura no vivir tanto como yo, hazme caso, que luego todo son goteras.

—Me temo que no voy a necesitar sus consejos. A propósito, aún no le he agradecido la amabilidad que ha tenido de acompañarnos hoy. Usted no conocía a la tía Trini, ¿no es cierto?

—La vi una sola vez, cuando fue con tu tío al bautizo de tu primo Rafa. Qué pedazo de mujer, parecía una marquesa. Que conste que tu tío tenía muy buena planta, pero ella era guapísima.

—Y el caso es que nunca nos habló de usted.

—Porque aquel día había mucha gente. Vamos, como para acordarse de todos.

—Sin embargo usted sí la recuerda. ¿Ha venido por eso? —desvié la mirada durante un segundo para analizar su expresión. La conversación llegaba por fin al punto que yo esperaba.

—Por eso y por más razones. ¿No tienes calor? Anda, dime dónde puedo bajar la ventanilla. Lo malo de los coches modernos es que nunca tienen los botones en el mismo sitio.

—Es este —le indiqué cómo usarlo—. Pero si lo prefiere pongo el aire

acondicionado.

—Deja, deja. Donde esté el fresquito de la calle... —Manipuló durante unos segundos el pulsador hasta conseguir la abertura adecuada— ¿Por dónde íbamos? Ah, ya, las razones. La primera es que tanto tu tía Luisa como tu tío Gabriel han echado los dientes en mi carnicería, así que los quiero igual que si fuesen mis hijos... —Advertí un ligero temblor en su voz— Eso es lo malo de ser tan viejo, ¿tú ves? De los tres que tuve solo me vive mi Paula, la que me cuida.

—Lo siento de veras.

—A ver, son las cosas de la vida —se apartó las gafas para secarse una lágrima con el dorso de la mano—. Bueno, esa es la primera razón. La segunda: porque me aburro tanto que hasta un funeral me distrae. —El semáforo donde estábamos detenidos se puso en verde. Al arrancar vi de reojo cómo se le iluminaba de pronto la cara con una sonrisa. Volvió a tocarme el brazo— Oye, no te lo tomes a mal, ¿eh?

—Ni mucho menos. Siga, siga.

—Y la tercera... A ver cómo te la explico yo. Bueno, resulta que Gabriel se llegó anoche por casa para decirme que estabas haciendo averiguaciones sobre lo que pasó en Córdoba en el treinta y seis, y que por lo visto le habías preguntado si sabía algo de don Bruno. ¿No es así?

—Totalmente —me tenía en vilo.

—A continuación me dijo que vuestra tía había muerto al rato de marcharse ellos del hospital, y me recordó quién era. Entonces me dije: «Paco, todas esas cosas que tú sabes del cabrón de don Bruno deberías contárselas a alguien que las escriba y las publique antes de que te mueras». ¿Sabes adónde quiero llegar?

—Lo supongo. Continúe, por favor.

—Pues que entonces me vino a la cabeza la estampa de tu tía y pensé: «Con lo que era esta mujer y fíjate cómo se la ha llevado la parca. Igual que se llevó a tu mujer y a tus dos varones, igualito. ¿Y quién te dice que mañana mismo no viene a por ti, Paco? Pero si te mueres, todo lo que sabes se va a ir contigo al hoyo». Así que me quedé mirando a tu tío y le dije: «Gabriel, mañana me voy con vosotros a Sevilla, que tengo que hablar con ese muchacho» —según el criterio del centenario carnicero, era joven todo aquel que no había alcanzado la mitad de su edad—. «Mal día vas a elegir, Paco. Aguarda un poco, que él quiere venir a visitarte», me recomendó, y yo le contesté: «Mira, Gabriel, que con mis años nunca se sabe las majaderías que te tiene preparadas el demonio de un día para otro. Además, qué coño, así distraigo al muchacho, que ya sabemos lo malas que son las penas». ¿No es verdad?

—Ya lo creo. Lo que pasa es que vamos a llegar al tanatorio, y ahora mismo no va a poder ser.

—Pierde cuidado, que ya encontraremos la ocasión a lo largo del día. Oye, qué bonita está Sevilla. Hay que ver cómo ha cambiado desde la última vez que vine. ¿Cuándo fue eso? Si hará como treinta años o más. Ay, esta memoria...

—¿Llegó usted a conocer en persona a don Bruno? —fue la primera y única pregunta que le formulé al anciano de cuantas tenía previstas. Faltaba poco para la una de la tarde. Mis hermanos y mis tíos se habían quedado en la sala de espera del tanatorio, haciendo tiempo hasta la hora del almuerzo. Paco me había rogado que lo acompañase a la cafetería para tomarse un café con el pretexto de que notaba una ligera bajada de tensión, pero al aproximarse el camarero pidió sin vacilar dos copas de vino a la vez que me hacía un guiño—. Yo prefiero agua mineral si no le importa —me apresuré a corregir. Luego extraje del bolsillo de la chaqueta una pitillera, cogió dos cigarrillos, me ofreció uno y le di fuego. Tras aspirar con deleite la primera calada, en lugar de responder a mi pregunta sacó a relucir una justificación que, según supuse, estaría acostumbrado a dar.

—Es el único del día, que conste. Me ayuda a abrir el apetito, siempre que venga acompañado del vino, por supuesto. ¿Decías...? Ah, sí. Me lo presentaron en el coso de Los Tejares, al finalizar el festival taurino organizado por Falange el día de la Inmaculada del treinta y seis.

—Veo que tiene usted una memoria excelente.

—Como para olvidarlo. Fue la primera corrida benéfica que se celebró en España después de empezar la guerra. La estuvieron anunciando casi tres meses, porque querían darla para San Rafael, el veinticuatro de octubre, pero no debían de estar muy bien atados los cabos cuando tardó tanto en prepararse. Imagínate: una corrida a las puertas de la Navidad. El cartel estaba formado exclusivamente por diestros cordobeses: *Machaquito*, que había colgado la muleta siendo yo un chiquillo; *Platerito* y *Camará*, que también estaban retirados; Antonio de la Haba *Zurito*, y *Manolete*, que entonces era solo novillero. No sé si sabrás que Camará era el apoderado de Manolete; lo tomó a su cargo siendo todavía un chavalín. Yo viví aquello muy de cerca; ten en cuenta que el padre de Manolete, que también fue matador e hijo de matador y se llamaba igual que su hijo en nombre y apellidos, murió cuando él no había cumplido ni seis años. La madre, doña Angustias, tenía cuatro hijas más, dos de ellas de su primer matrimonio con otro torero, *Lagartijo Chico*. Al verse sin ingresos tuvo que dejar la casa de la calle Torres Cabrera, una casa de postín, y mudarse a una mucho más humilde en la plaza de la Lagunilla, a pocos metros de mi carnicería.

—Eso fue en...

—Pues sería..., a ver..., un par de años después de abrir mi negocio, sobre el veintitrés o el veinticuatro. El caso es que el niño comenzó a juntarse con otros cuantos chavales del barrio que se dedicaban a colarse en las fincas a dar capotazos a las becerras, y aunque se llevó alguna que otra cornada nada más empezar, puso tanto tesón en pulir los pases que en el verano del treinta y uno, con apenas catorce años,

entró en un espectáculo cómico-aurino, y desde entonces ya no paró. Él tenía muy claro que debía sacar a la familia de la miseria. ¡Vaya si se salió con la suya! Ni te cuento la de veces que me decía doña Angustias: «Paco, apúntamelo, anda». Así me quería tanto su hijo. Recuerdo aquella vez que me dijo: «Señor Paco, si no fuera por usted no habría llegado a ser torero». «No digas eso, Manolo. ¿Qué tengo yo que ver?». «Hombre, que sin la carne que usted nos fiaba no hubiese crecido más de esto», y señalaba con la mano a la altura de la cadera. Ahora que, las cosas como son, a las cuentas de doña Angustias y de otras cuantas como ella les saqué provecho con creces.

—¿Cómo es eso?

—Hombre, pues que gracias a estos favores me labré un nombre en poco tiempo, hasta quedarme con la exclusiva de las reses que se mataban en Los Tejares. Y no me perdía ni una corrida.

—Tenía usted abono.

—¿Qué abono ni qué abono? Yo llegaba y me decían los porteros «Buenas tardes, don Francisco, pase usted», igual que si aquello fuese el hotel Simón y yo un huésped vitalicio. Luego me iba al patio de cuadrillas, donde pegaba la hebra con unos y con otros hasta que sonaban los clarines y me subía a alguno de los palcos de protocolo.

—¿Cómo fue entonces aquel encuentro con don Bruno?

—Pues como te iba diciendo, había acabado la corrida y bajé a felicitar a los diestros, sobre todo a Camará, que me apreciaba una barbaridad y, dicho sea de paso, fue el que hizo la mejor faena. Estaba de palique con él y con los miembros de su cuadrilla cuando de repente aparecen las autoridades, que venían a darle las gracias a los participantes, y sin darme cuenta me veo rodeado por el alcalde Sarazá, el coronel Cascajo, el gobernador civil, Marín Alcázar, el tal don Bruno y unos cuantos gerifaltes de Falange muy bien uniformados. No sé decirte si aquello estaba preparado, pero el caso es que en un instante los toreros habían formado algo parecido a una fila para recibir las felicitaciones de los mandamases, y como no quería hacerme notar me mantuve entre Camará y Manolete pero un paso por detrás de ellos.

»Total, que van pasando uno tras otro los jefes y llega hasta nosotros don Bruno, sacando pecho igual que si fuese el mismísimo Franco, y mientras estrecha la mano de Camará, en lugar de mirarlo a la cara, fija en mí sus ojos azules, me señala con un gesto de la cabeza y dice: “Y este hombre, ¿quién es?”. “Es Francisco Posadas, mi coronel, el carnicero que tiene la concesión de la carne de lidia de la plaza y buen amigo nuestro”, responde Manolete. “¿Carnicero?”, pregunta examinándome con desdén. Luego se hace un hueco entre los dos matadores y continua: “No estará usted enriqueciéndose con esa concesión”. “Ni mucho menos”, le contesto, “es verdad que se vende bien, pero tengo que pagarla a un precio bastante mayor que la de matadero”. “De acuerdo. Si no le importa, mándeme mañana unos buenos filetes de solomillo, que tengo curiosidad por conocer la calidad de la carne de toro”. “Mañana

por la mañana los tiene usted sin falta, mi coronel”, respondí cuadrándome casi instintivamente. Iba a proseguir con los saludos cuando de pronto volvió a clavarme la mirada al tiempo que murmuraba con una sonrisa burlona: “Y otra cosa: cuando empiece la cuaresma, ni se le ocurra levantar la persiana del negocio los viernes, que voy y le corto las manos con su propia hacha, ¿estamos?”.

»Asentí agachando la cabeza. De haber tenido que contestarle no habría podido hacerlo, porque mi boca estaba seca como un estropajo. Sin embargo lo seguí de lejos con la vista. Fue él el primero en salir a la calle sin importarle el protocolo. El público se encogía aterrorizado al verlo llegar; vamos, que con tal de dejarle paso se habría incrustado contra la pared.

—Menos mal que abandonó la jefatura de Orden Público a finales de enero.

—Ya, pero después lo nombraron gobernador civil.

—Y solo duró un mes.

—¿Un mes? Coño, tienes razón; para la Semana Santa ya se lo habían llevado de Córdoba. Lo recuerdo porque hubo otra novillada de Falange el domingo de Resurrección, con Sánchez Mejías y el hijo de Belmonte, y ya no estaba don Bruno... Pues a mí me pareció una eternidad. No le tenía yo miedo al canalla de don Bruno... Cada vez que los republicanos saboteaban la línea del tren se ponía *El Mascota* con el *camión de la muerte* a la puerta de la estación y cargaba a todos los ferroviarios que salían del relevo.

—¿Quién era el *Mascota*? —para entonces había extraído un puñado de servilletas del dispensador y me dispuse a tomar notas.

—Un falangista llamado Paco González Bueno, vaya apellido para un hijoputa de ese calibre. En realidad actuaba como mano derecha de Luis Velasco, la peor de las sabandijas. Velasco había militado durante la República en varios partidos de izquierda, incluido el Partido Comunista, y siempre acababan echándolo. Luego lo encarcelaron por falangista, y cuando llegó el dieciocho de julio y lo soltaron se dedicó a denunciar a toda la gente que conocía, que no era poca. Mandó matar a Alvariño, el poeta; a Dolores Muñoz, la de la tienda de bolsos, y hasta a su mismísima cuñada. Los propios franquistas volvieron a mandarlo a prisión, pero qué clase de chantaje no les haría que tuvieron que soltarlo. No vayas a creer que era el único comunista que se cambió la chaqueta; Berenguer o Alfonso Ruiz, dos de los pistoleros más violentos, habían sido comunistas renegados. Y de los toreros tampoco podías fiarte.

—¿También ellos participaron en la represión?

—De todo hubo. Ahí tenías al rejoneador Antonio Cañero, el que luego donó parte del terreno (que no fue todo, solo una parte) donde Fray Albino levantó el barrio de casas sociales que lleva su nombre. Ese señorito encabezaba una partida de caballistas que patrullaban por los alrededores de la ciudad y por las faldas de la sierra, quemando chozas y matando a cualquiera que les pareciese sospechoso; decía que había que acabar con los descamisados y los de las alpargatas. Pero también

había criminales entre los subalternos, que conste. Allí en Santa Marina se destacó un banderillero, *El Virutas*. Se presentó una noche con su camarilla en la casa de Fernando Redondo, el barbero; lo sacaron de la cama, lo obligaron a que los afeitara a todos y luego se lo cargaron.

—Caray con los toreros. Bueno, hay que reconocer que ha sido un gremio tradicionalmente vinculado a lo más rancio de nuestra sociedad.

—No te digo que no. Sin embargo entre ellos hubo víctimas como *Granito de Oro*. Joder, esa fue una de las mayores atrocidades cometidas por don Bruno. ¿Sabes de qué te hablo? —Al adivinar la ignorancia en mi semblante continuó— No creas que conozco la historia por mis contactos con la gente del toreo, qué va; aquello era un secreto a voces. Espera a que beba un trago, que se me seca la boca.

»Bueno, te cuento. *Granito de Oro* era el sobrenombre taurino de Rafael Moreno Mena, un picador muy bien considerado que había trabajado, entre otras, en las cuadrillas de *Guerrita* y de *Machaquito*. El hombre invirtió sus ahorrillos en abrir una venta a la que le puso su apodo en la carretera del Brillante, la que conduce a Villaviciosa, una zona que por ocupar las faldas de la sierra se fue llenando de chalés durante el siglo pasado. Parece ser que don Bruno la frecuentaba antes de estallar la guerra, porque era pagador de la Guardia Civil y viajaba a menudo entre Córdoba y Ciudad Real. *Granito de Oro* tenía una hija preciosa en edad de merecer, Angelita, que ayudaba al padre a llevar el negocio, y don Bruno se encaprichó con la muchacha.

—Pero ¿estaba casado don Bruno?

—Sí, por supuesto. Aunque la familia no residía en Córdoba. Si te soy sincero nunca llegué a enterarme de dónde vivía.

—De acuerdo. Siga, por favor —aquella petición era casi una exigencia.

—Pues nada, que don Bruno intentó ganarse el favor de Ángela a base de lisonjas y regalos, pero la muchacha, claro está, no estaba por la labor. Aunque él fuese un alto rango de la Benemérita, la realidad es que le superaba con mucho en edad, que estaba casado y, lo más importante, que ella tenía novio formal. Y él lo sabía, ¿eh?, que conste. Bueno, pues llega el alzamiento y don Bruno, después de los días que estuvo escondido en el hotel España y Francia, se presenta a las nuevas autoridades, y a fuerza de tejemanejes por aquí y por allá consigue quitarle la jefatura de Orden Público al comandante Zurdo, otro verdugo de su misma calaña.

—Esos datos sí los conocía.

—Bueno, pues lo dicho, que como don Bruno se sentía prepotente y no podía sacarse a la muchacha del sentido, no se le ocurrió otra cosa que ir y ofrecerle dinero a Rafael Moreno por acostarse con la hija. El padre, ya te lo puedes imaginar, se echó las manos a la cabeza. «Tú lo has querido; si no es por las buenas será por las malas», le dijo. Así que metió en la cárcel al hombre y a continuación mandó llamar a la hija a su despacho. La joven, que iba acompañada de la madre, entró hecha un mar de lágrimas, se arrodilló, le suplicó, pero el otro le habló muy claro: «Mira, niña, esto es

lo que hay, y es tontería que le des más vueltas: o te acuestas conmigo o mando fusilar a tu padre. Ahora vete con tu madre y consúltalo con ella, a ver qué te dice». Y así fue como la consiguió.

—¿Lo soltó después?

—¿Soltarlo? ¡No digas *pegos*! ¿Cómo lo iba a soltar, cuando tenía a la hija bien amarrada? No, hijo, no. Aquello fue el comienzo de un amancebamiento que no tendría fin. Además, tú ni te puedes hacer una idea de cómo era don Bruno. Mira, don Bruno funcionaba igual que un capo siciliano, con su propia banda de falangistas que le comían el culo —y contaba con los dedos—: Velasco, *El Mascota*, *El Quico*, que era su chófer particular, *El Chato*, Antonio *El de la Pirra*, *El jorobado*... Esa gente se juntaba en un bar de Puerta Gallegos con *Ricardito*, un chivato que les suministraba las listas negras, y al caer la noche se ponían a hacer la ronda para detener a los que estaban apuntados..., y a alguno más si se encartaba. Bueno, pues con esas alimañas acostumbraba don Bruno a aparecer por la venta, de manera que mientras el jefe subía al piso de arriba a trajinarse a la joven y la madre se metía en la alacena para que no se escuchasen sus gemidos, ellos se divertían sirviéndose por su cuenta e intimidando a la clientela con sus pistolas. Y a la mañana siguiente, don Bruno abría una suscripción para San Rafael o para la Virgen de los Dolores, o sacaba un bando amenazando a los que soltaran tacos. ¿Cómo te explicas tú eso?

El anciano hizo aquí una pausa larga. Su mirada se clavaba en la mía con la misma intensidad con la que un náufrago se aferraría a una tabla en medio del océano; tal era la zozobra que le ocasionaba la evocación de aquel sórdido episodio. Mis pensamientos, sin embargo, se habían vuelto tan atropellados que ni siquiera atendían a la imagen horrenda, ineludible, de mi tía peleando contra la muerte sus últimas bocanadas de aire. La necesidad de saber, de hallar el hilo conductor en mi obsesión, se imponía a la voluntad de preservar la licitud del duelo al que me debía.

—¿Qué fue entonces de Ángela Moreno cuando don Bruno tuvo que dejar la ciudad?

—Se la llevó con él —no pudo ser más escueto.

—¿Así, sin más?

—Pero, bueno, ¿tú qué crees, que había un libro de reclamaciones en el gobierno civil o qué? —aquella pregunta airada no admitía respuesta—. De él se supo que lo mandaron al norte, no sé si a las Vascongadas o a La Rioja. ¿Que si ella fue a parar al mismo sitio? Imagino que sí, no olvides que era su esclava. Sí, sí, su esclava, vamos a llamar las cosas por su nombre. A ver, si tu padre está en la cárcel y lo pueden ejecutar con una simple llamada de teléfono, ¿tú qué harías?

—Claro, lo entiendo. ¿Cuántos años permaneció en prisión?

—Hum, déjame que lo piense. Si yo estuve... —Movía el dedo índice a la vez que hacía sus cálculos mentales— Serían como once o doce. Se ve que era un hombre fuerte; con la edad que tenía y la de gente que la palmó en la cárcel vieja... Bueno, y en la nueva lo mismo.

—Lo que me interesaría saber..., claro que quizá no esté usted enterado de eso.

—A ver, a ver, dime.

—Me refería a si Rafael Moreno o su mujer llegaron a tener noticias de su hija.

—Hombre, comprenderás que era un tema demasiado delicado como para preguntárselo sin más ni más. Pero..., —se adelantó a mi asentimiento— a mí me consta que no volvieron a saber nada de ella. Vamos, que se perdió su rastro por completo. De todas formas él murió sobre el cincuenta y pocos, y la mujer falleció mucho antes, estando su marido encerrado.

—Ya. —Permanecí un instante pensativo— ¿Y el novio? ¿No hizo nada para impedirlo?

—Anda, se me olvidaba lo del novio. No, si yo te digo que con esta memoria... ¡Qué desgracia también la de ese muchacho! Jacinto se llamaba, Jacinto Lozano, igual que el padre. Una bellísima persona, no te engaño, aunque le traicionaron los nervios. Yo lo conocía porque se había criado con mi mujer en la plaza de la Almagra, al final de la calle Almonas, una calle que entonces se encontraba llena de tiendas, entre ellas la droguería de su padre. Trabajaba como pintor de brocha gorda, pero era tan fino que podía permitirse el lujo de coger solo los encargos de la gente adinerada, así que estaba muy bien pagado. Cuando se enteró de lo de don Bruno y su novia, porque ella trató de ocultárselo, perdió los estribos, subió a la venta y la puso a la muchacha de puta para arriba delante de la clientela. Imagínate el disgusto que le dio a Angelita, después de lo que venía pasando la pobre. Entre la madre, que trabajaba en la cocina, y un camarero eventual que tenían consiguieron llevárselo al piso de arriba y explicarle por qué había sucedido. Trabajo les costó convencerlo, pues como te digo se comportaba como un loco y no atendía a razones. Después subió la muchacha y él se tiró a sus pies, gimiendo y berreando igual que un becerro y pidiéndole que lo perdonara.

—¿No intentó hacer nada?

—Ya lo creo, se pasó dos o tres días visitando a las familias más influyentes de aquellas a las que les trabajaba. El muy ingenuo pretendía que hablasen con Cascajo para que interviniera en el asunto.

—De poco le serviría, ¿verdad?

—¿De poco? Uno de ellos, y yo sospecho que pudo ser alguno de los Hoces, le fue con la copla directamente a don Bruno, de modo que esa misma noche se presentaron en la casa de la plaza de la Almagra sus esbirros, lo metieron en el *coche fantasma*, se lo llevaron a la carretera de la Electromecánica y le dieron una tunda de palos que ni te cuento. «Y ahora», le dijeron, «coge la trocha y ni se te ocurra asomar por la ciudad, que como nos enteremos de que vuelves te llevamos a la tienda de tu padre, le sacamos el hígado y no paras hasta que te lo tragues entero». Esto me lo contó el mismo Lozano padre poco tiempo después. El hombre estaba destrozado, qué pena.

—¿Y qué fue del muchacho?

—Corría el rumor de que se enroló con los *Niños de la noche*, aquellos milicianos que atacaron durante el otoño y el invierno siguiente varios cortijos próximos a la capital, principalmente por la parte de Alcolea. Robaron todo el ganado que podían, y de paso mataron a unos cuantos requetés. El teniente *Parrita*, que por cierto había sido novillero, era uno de los que más huevos le echaban. Una vez entraron hasta el Campo de la Verdad, el barrio donde puse yo luego la segunda carnicería, allí al otro lado del río, y arramblaron con treinta mulos.

—Perdone, Paco. Entonces Jacinto mantuvo el contacto con el padre, ¿no? ¿Cómo lo hacía? ¿Le escribía, lo llamaba por teléfono? Porque supongo que no se atrevería a volver.

—Huy, qué va. Lo que me contó el hombre lo supo por una carta que el hijo le envió con remitente falso a Maruja, la que tenía la panadería en el local de al lado del suyo. No, el muchacho se guardó mucho de poner en peligro a su padre, porque los falangistas revisaban la correspondencia en la oficina de correos. De todos modos, conforme empezó cundir la noticia de que estaba con *Parrita*, don Jacinto no tardó ni dos semanas en traspasar el negocio y largarse de Córdoba con su mujer y sus dos hijas. Bastante tenía.

—¿Adónde fue?

—Ah, no sé —contestó antes de apurar la copa—. Creo que al pueblo de la familia de su esposa, por ahí por Cádiz, pero no me hagas mucho caso.

Por un momento tuve la impresión de que el anciano se sentía dispuesto a dilatar la crónica de aquellos días horribles; pero había llegado la hora de almorzar y yo, además, había obtenido la información que necesitaba, así que me apresuré a aclararle que había cumplido con creces su objetivo.

Más tarde, mientras los enterradores depositaban la urna con las cenizas de la tía Trini junto a los huesos descarnados de la abuela, mientras las lágrimas de mi hermana empapaban el hombro contra el cual yo la estrechaba, una evidencia luminosa se apoderó súbitamente de mi pensamiento: la inusitada grandeza que la figura de nuestra tía proyectaba en mi memoria apenas transcurridos dos días desde su extinción. La contenida mansedumbre con la que enfrentó una existencia plagada de íntimas desgracias —la guerra, la orfandad, el destierro, la frustración de no concebir un hijo, la temprana quiebra de su salud, la lenta y terrible aniquilación de sus seres más próximos, a cuyo cuidado se entregó con silenciosa entereza, primero su madre, después su marido, finalmente su hermana—; la admirable discreción, en suma, frente a tanta desdicha, le otorgó desde ese mismo instante una categoría moral a mi juicio más elevada que la del resto de los mortales.

Recordé entonces su escena final, la ausencia de crispación que había en su semblante cuando dentro del pecho el corazón le estaba reventando. ¿Intentaba acaso, en este último combate con la vida, atenuar mi angustia de ver cómo se me escapaba su pulso entre las manos? Percibí el sabor salado de mis primeras lágrimas entre los labios, me las sequé con pudor y volví a continuación la cabeza hacia mi izquierda

para encontrarme con aquella silueta encorvada que se me antojaba un árbol seco vencido por el viento. El anciano apretaba el sombrero contra su regazo, y las arrugas de su rostro devastado por el tiempo reflejaban, bajo la cegadora luz de la tarde, el dolor por todos aquellos que había ido despidiendo a lo largo de su vida.

«Probablemente el secreto de su longevidad resida en esa obstinación por no rendirse al olvido», me dije para mis adentros.

13. Mayo de 2004

La muerte de la tía Trini tuvo importantes repercusiones familiares, y la primera que se hizo notar fue el grave desequilibrio emocional que acarreó a nuestra hermana. No pretendo afirmar que su fortaleza psíquica fuese menor que la de cualquiera de nosotros, pero resulta evidente que se hallaba más desprotegida. Al fin y al cabo mi hermano y yo teníamos unas obligaciones laborales que nos mantenían ocupados buena parte del día; en cambio ella, al verse privada de quien era objeto de sus cuidados, viviendo además una situación de desempleo prolongado, se encontró de repente asediada por la peor de entre todas las compañías posibles, la del espectro de la soledad.

Se daba asimismo otra circunstancia que contribuyó a acrecentar su tribulación, si bien esta nos afectaba de un modo u otro a los tres. Me refiero a la pérdida de los ingresos procedentes del subsidio de nuestra tía, unos ingresos modestos con los cuales, sin embargo, quedaba cubierta buena parte de los gastos de la casa. Al día siguiente del funeral mi hermano nos convocó en su domicilio a la hora del café para tratar el asunto, pues aunque nuestra hermana, consciente de mis estrecheces económicas, no había querido sacar a relucir el problema delante de mí, sí lo había hecho ante él, y no en una, sino en varias ocasiones, con la desazón que cabe suponer.

La situación de mi hermano no era demasiado boyante si consideramos que debía mantener dos préstamos, la hipoteca de su vivienda y la de aquel piso de nuestros padres con el que quise contribuir a financiar mi empresa, y que él se subrogó hasta tanto falleciera la inquilina que lo ocupaba por una renta poco menos que simbólica. Conviene subrayar que el hijo de la arrendataria, una anciana que apenas se podía valer por sí misma, ejercía de director en una importante sucursal bancaria. No se podía negar que a dicho individuo le cuadraban muy bien las cuentas manteniendo a su madre en tales condiciones, lo que hacía inevitable acordarnos de él ante esta tesitura.

Mi hermano lanzó entonces la siguiente propuesta: se comprometía a entregar a nuestra hermana una cantidad mensual superior a la mitad de la pensión de tía Trini a cambio de almorzar con nosotros, en lugar de hacerlo en el restaurante al que acudía habitualmente por estar próximo a su trabajo. Como era lógico su oferta debía completarse con un incremento de mi aportación a los gastos domésticos, y aunque ignoraba qué clase de malabarismos tendría que hacer para lograrlo —en aquel momento solo se me ocurrió echar mano al resto de los últimos fondos que me había dado Eugenio—, acepté participar en el acuerdo pidiendo, eso sí, unos días de plazo en los que vería el modo de ajustar dicha contribución. Por supuesto que se habló de la necesidad de buscar un trabajo para nuestra hermana. Puestos a imaginar se nos pudieron ocurrir infinidad de posibilidades, pero con su estado de ánimo, con su distanciamiento del mercado laboral y, lo más importante, con su edad, la

probabilidad de lograrlo no era mucho mayor que la de resucitar a la tía Trini.

Ciertamente no fue sino tras su muerte cuando percibimos con nitidez hasta qué punto su precaria pensión soportaba el difícil equilibrio económico al que dio lugar el desmoronamiento de mi empresa. No obstante, constituiría una imperdonable crueldad circunscribir aquella pérdida al ámbito de lo pecuniario. La partida de nuestra segunda madre al reino de los muertos supuso ante todo la ruptura definitiva con los orígenes familiares. Ella había sido el último baluarte, y su derrumbe nos desterraba a un territorio donde la espesa bruma de la madurez impedía vislumbrar cualquier porvenir.

En ese aspecto podía considerarme afortunado. El relato del entrañable anciano estrechó más aún el nudo que me ataba al pasado, de manera que incluso los recientes infortunios se me antojaban meros ecos de sombras pretéritas. O expresado en otros términos: no tuve la oportunidad de experimentar la defunción de mi tía como una *quiebra histórica* por la sencilla razón de que mi raciocinio constituía en aquel momento un trasunto de la historia en su acepción más enfermiza.

Y es que el perfil de Bruno Ibáñez, a falta de esa ratificación por parte de Eugenio que tanto deseaba yo y cuya demora quise atribuir a la lentitud del correo postal, se solapaba cada vez más con el del impostor que se estableció en Las Cumbres de San Calixto. La conducta inicua, la lujuria más impúdica y soez, la propensión a servirse de su cargo en el ejercicio de la violencia, la destreza en la manipulación sibilina de los resortes del poder sin renunciar, al mismo tiempo, a la ayuda de sicarios para imponer la ley del silencio: todos estos rasgos podían caracterizar a gran parte de aquellos facciosos que participaron en la consolidación de la dictadura y medraron bajo el amparo del régimen impuesto por la fuerza. No podía negarse, sin embargo, que las piezas que encontraba a mi paso iban encajando en aquel puzle. El abuso de poder contra sus propios benefactores, por ejemplo, había obligado a don Bruno a abandonar el gobierno civil escasas semanas después de alcanzarlo. ¿No podría esa ambición sin límites explicar su definitivo destierro en aquella remota geografía?

Además, puestos a buscar una conexión sólida, ¿qué cabría decir de la figura de Ángela Moreno? Su identificación con Laura Martín haría posible ensamblar algunas de las piezas principales: la presencia del *pego* en el vocabulario de Carmen, la fecha del nacimiento de la madre de esta a los diez meses de ocupar don Bruno la jefatura de Orden Público, incluso la cruel marginación que hubo de soportar la abuela en sus últimos años, después de que el abuelo obligara a su hija a una sumisión incestuosa igual de abominable que el amancebamiento de Ángela bajo coacción.

La pista cordobesa contenía en efecto importantes visos de verosimilitud, aunque las zonas oscuras seguían siendo mucho mayores. ¿Qué había sido, por ejemplo, de la familia *oficial* de Bruno Ibáñez? ¿Cuál fue el motivo concreto que pudo obligarlo a cambiar de identidad? ¿Estaba efectivamente relacionado, como yo había supuesto, con las profundas rivalidades entre las facciones que convivían dentro del aparato político franquista? Y lo más importante: ¿cómo se explicaban las muertes de la

abuela de Carmen y del pintor que se estableció en el pueblo con un nombre falso?

Resultaba inconcebible que siendo este el hecho que motivaba la investigación, hubiera quedado al margen de mis conjeturas después de aquella tarde de febrero en la que Eugenio me confesó su relación con el supuesto asesino. No se podía descartar que el pintor fuera hijo del verdadero Alfonso Valverde, según especulamos en aquel momento, pero tal hipótesis partía de una premisa a la que Eugenio jamás renunciaría, y me refiero a la inocencia del que fue su amante. Ahora bien, en caso de que se confirmara que el viudo de la víctima no era otro que Bruno Ibáñez Gálvez, estaríamos frente a un individuo cuyo historial se caracterizaba precisamente por el incalculable número de órdenes de ejecución que había dictado en apenas unos meses. A principios de 1976, cuando el sistema político que fomentó aquella masacre comenzaba a desintegrarse, quizá la supuesta Ángela Moreno consideró llegado el momento de tomarse la revancha y hacer pública la identidad del impostor y sus atrocidades. Si dicha decisión hubiese sido conocida por el viejo criminal, este no habría dudado en servirse de su enésimo sicario, otro hombre de oscuros orígenes, para evitar que tal cosa sucediera.

Salvo los largos paseos que, a excepción del lluvioso lunes, estuve dando con mi hermana por las tardes para ayudarla a despejarse, la redacción de estas reflexiones y de las informaciones obtenidas de Paco *El carnicero* me ocuparon los ratos libres del fin de semana y de los primeros días de la siguiente. Seguramente habría seguido haciendo lo mismo durante más tiempo si no fuera por otro hecho nefasto que aconteció el miércoles.

Como no tenía que estar en el instituto hasta la guardia de recreo, salí temprano de casa y me dediqué a realizar las gestiones oportunas para solicitar los documentos y las tarjetas que había perdido cuando me robaron la cartera. Por suerte no me encontré con colas importantes, así que llegué al centro satisfecho de lo que me había cundido la mañana. Pero nada más entrar el conserje me avisó de que la directora necesitaba verme urgentemente. Al presentarme en su despacho alzó la vista de los papeles, me miró por encima de las gafas con gesto grave y dijo:

—Lo siento, tengo una mala noticia para ti. Anda, siéntate.

—¿Otra? No, por favor —respondí derrumbándome en el sillón.

Abrió un cajón y sacó de él un puñado de hojas, todas ellas grapadas excepto la primera. Las puso sobre la mesa, frente a mí. Aquel extenso rótulo me trajo recuerdos amargos. Por desgracia ya no se trataba de meros recuerdos, sino de la cruda realidad. Allí estaba otra vez: «Diligencia de requerimiento de pago, embargo y citación de remate».

—¿Por qué lo han traído aquí? —pregunté con el orgullo por los suelos.

—Ah, no sé, hijo mío. Esta mañana llegaron tres señores buscándote. Al saber que no estabas dijeron que querían hablar conmigo, se sentaron ahí después de identificarse, me pidieron mi *deneí* y se pusieron a rellenar esa hoja de arriba. Luego me comunicaron que yo era la responsable de entregarte la documentación y se

fueron.

Le di la vuelta a la hoja. Bajo el epígrafe «Bienes que se declaran embargados» habían escrito dos párrafos: «1. Parte legal del sueldo y demás emolumentos que percibe el demandado... como profesor del...», y «2. Cuenta corriente a nombre del demandado... en la entidad...». Volví a colocar la hoja sobre las demás y las guardé en la carpeta que llevaba.

—Has cumplido perfectamente con tu obligación. Puedes estar tranquila —comenté.

—No me hables así. Lo dices como si yo tuviera la culpa.

—Perdóname —puse mi mano sobre la suya—. Me siento demasiado mal y no sé ni lo que digo.

—No levantas cabeza. Hace una semana lo de tu tía..., —una ligera inflexión de su voz me hizo sospechar que Nacho le había contado lo que me pasó en la feria— y ahora esto. Anda —su otra mano apretó la mía—, vete a ver si puedes solucionar algo, que yo te hago las guardias.

—Te lo agradezco, pero prefiero quedarme.

Me marché al patio de recreo. El cielo se había ido encapotando y comenzaba a soplar un viento desapacible. Afortunadamente no tuve que hablar con nadie, porque aquel día me tocaba guardia con la profesora de religión, y como ya era habitual no apareció. Supuse que pronto le llegaría la noticia, aunque sus profundas convicciones cristianas le impedirían frotarse las manos al conocer mi calamidad. Tal vez lo interpretaría como un castigo divino.

No pude resistir la tentación de echarle un vistazo a la documentación. El importe de la deuda declarada en el ejecutivo me produjo cierto vértigo: 33 831 euros por la cantidad principal más 32 000 en concepto de intereses, gastos y costas.

Impartí las tres sesiones de clase con una irritante ansiedad. «Ellos no tienen la culpa de todo lo que me ocurre», pensaba mientras analizábamos los procesos de globalización económica en el mundo actual o la pervivencia del caciquismo bajo la Restauración. Mi incapacidad para suscitar el interés por estos temas entre mis alumnos se reflejaba en su actitud ausente. Aunque tratásemos asuntos relevantes de geopolítica o de historia social, en realidad todo quedaba reducido a un reguero de palabras huecas que fluían sin que nadie las tuviera en cuenta.

Y es que mi cerebro actuaba como el de un antílope que, despavorido por el acoso de su depredador, se hubiera lanzado a una frenética carrera a través de la espesura. Volvía en coche a casa, después de haber logrado cruzar la meta psicológica del timbre de salida, y trataba de redactar de memoria los detalles del anuncio que pondría para vender el vehículo. Pero a continuación imaginaba qué clase de explicación ofrecería al compañero de trabajo que, al verme esperando el autobús, detuviera su automóvil frente a la parada, abriese la puerta y me invitara a subir. Luego calculé los mensajes que tendría que enviar a quienes conocían mi número de móvil avisándoles de que iba a dar de baja el contrato, y sentí una aguda punzada al

darme cuenta de que Carmen se encontraba entre ellos. La tristeza se tornó en enojo al recordar lo que me había costado el ordenador en su momento, cuando apenas me darían algo por él en cualquiera de las casas de compraventa de segunda mano. Seguidamente me puse a memorizar el estado del calzado del que disponía, por hacerme un cálculo de las temporadas que podría aprovecharlo. Y cuando reconstruía mentalmente la expresión de aquel librero de viejo, el padre de una antigua compañera de estudios, retrepándose impasible en su sillón al otro lado de la mesa para pronunciar la cifra irrisoria en que había tasado mi biblioteca, las luces de freno de los vehículos detenidos en la glorieta a la que me aproximaba a toda velocidad me impulsaron a pisar el pedal, y lo hice con tal ímpetu que el coche derrapó unos instantes sobre el asfalto mojado por la llovizna antes de quedarse cruzado en medio de la calzada.

Fue una suerte que no viniese otro detrás de mí, porque entonces habría provocado con toda probabilidad un serio accidente. Sobreponiéndome a la parálisis momentánea que me había originado el susto, logré llevar el auto hasta el arcén, adónde un conductor humanitario se acercó para preguntarme si me encontraba bien mientras entraba por la ventanilla ese tufo característico a caucho quemado. Solo pude responderle con una estúpida mueca de agradecimiento, pues la voz no me salía del cuerpo.

Al llegar a casa cogí el inalámbrico, me encerré en mi cuarto y obligué a mi exsocio a interrumpir el almuerzo para darle a conocer la noticia del embargo. Le propuse mantener una entrevista aquella misma tarde, entrevista que hizo posponer al día siguiente debido a cierto compromiso que no quiso precisar. Acto seguido escondí los papeles entre otros que había ido apilando en el escritorio, me lavé las manos y entré en el comedor, donde mis hermanos iban por el segundo plato. Aunque el ambiente reinante no era precisamente festivo, resultaba tan difícil enmascarar el desaliento que mi hermano, al verme, soltó los cubiertos y preguntó sin más qué había sucedido.

—En realidad nada importante —respondí sentándome a la mesa—, solo una alumna insoportable que nos ha tocado este año. Está en el grupo que tenía a última hora y no había dios que le aguantase. No os podéis ni imaginar la cantidad de barbaridades que ha soltado cuando me ha visto rellenar el parte de expulsión. Vaya, el cabreo me ha abierto el apetito.

Mi hermana pasó toda la tarde fuera de casa, celebrando con sus amigas el cumpleaños de una de ellas. Aproveché entonces la soledad para permanecer tumbado en la cama con los ojos cerrados, intentando anticipar —ya sin el volante en las manos— el escenario en el que habría de desenvolverme a partir del día siguiente. Bien es verdad que obraba en mi poder el documento, suscrito a finales del año anterior, por el cual mi antiguo socio se comprometía a asumir aquella deuda en caso de que el banco la reclamara. No obstante albergaba serias dudas de que fuese a cumplir con una obligación que había contraído tan a la ligera y sin disponer de los

recursos suficientes. De hecho, hasta en el mismo instante de estampar su firma porfiaba en sostener que jamás se cursaría la demanda porque la deuda ya estaba provisionada. ¿Jamás? Bien, aquí teníamos la última prueba de que ningún banco renuncia a resarcirse si encuentra el más mínimo resquicio para sacarte lo que le debes, ...al menos mientras no pertenezcas a la categoría de los morosos influyentes.

Llegó el jueves y a la hora convenida aparecí por aquel bar a medio camino entre nuestros respectivos domicilios. Comprobé que no había llegado aún. Me acerqué a la barra, pedí una caña y me puse a hojear el periódico. Diez minutos más tarde entró en el local y me estrechó la mano.

—Perdona el retraso. He tenido que recoger a mis hijos en la academia de inglés y el tráfico estaba fatal. —Pidió un refresco al camarero— ¿Te parece que nos sentemos?

Lo seguí hasta una mesa apartada.

—Bueno, como podrás ver no se han cumplido tus pronósticos —dije soltando sobre la mesa el montón de hojas grapadas del ejecutivo.

—Ya —puso cara de fastidio—. ¿Sabes? Te dije de quedar hoy para poder hablar con mi amigo, el que trabaja en la dirección territorial. Me ha contado que no es normal que pase esto después del tiempo transcurrido y no habiendo bienes inmuebles de por medio, pero ha estado preguntando en la asesoría jurídica y le han dicho que la orden ha venido de arriba.

—Vamos a ver, ¿era una orden para revisar todas las deudas fallidas o para ejecutar esta en concreto?

—Ni idea. Lo que sé es que prescriben a los quince años, pero la nuestra, como solo tiene seis...

—Oye, no te veo demasiado preocupado teniendo en cuenta la que nos ha caído encima. Porque supongo que no te habrás olvidado de esto, ¿verdad? —saqué de la carpeta una fotocopia del documento privado que firmamos en diciembre y la puse junto a los otros papeles.

—Comprenderás que no estoy ahora mismo en condiciones de cumplir ese acuerdo. No tengo un sueldo como tú, trabajo a comisión. Mi mujer, ya lo sabes, no trabaja, y vivimos en un piso que nos han dejado mis suegros. Estoy pagando el préstamo de tres millones de pesetas que pedí para arreglarme la dentadura. Y tengo que mantener una familia, recuérdalo.

—Espera un momento —repuse procurando no dejarme arrastrar por el coraje que me mordía las entrañas—. ¿Intentas decirme que después de todos los millones que llevo soltando todos estos años, después de haber tenido que vender el piso de mi tía mientras tú dejabas que subastasen los tuyos por una miseria, después de que mi hermano haya tenido que echarse a la espalda la hipoteca del otro piso nuestro y que yo le haya tenido que pagar la parte que me corresponde, después de pagar ese coche que tú considerabas una excelente inversión para la empresa, después de toda esa mierda que me estoy tragando por no haber hecho tú las cosas como debías, también

voy a tener que apenar con *tu* trampa, a la que tú te comprometiste por escrito, y aquí lo pone bien claro, a hacerte cargo?

—Pero es que yo pensaba que esto no iba a saltar. A ver si es que tú has hecho alguna operación con este banco y has levantado la liebre. No habrás domiciliado la nómina en él, ¿verdad?

—No, no la he domiciliado, pero tendría todo el derecho a hacerlo, porque en este papel —golpeé el dedo sobre él con todas mis fuerzas— dice expresamente que no soy yo el que debe dinero ahora, sino tú. Tú, ¿entiendes? De modo que suponías que esto no iba a saltar, ¿eh? Acabas de desenmascararte, sí, no pongas esa cara. Firmaste aquí con la idea de ahorrarte más de cinco millones de pesetas. Trataste de timarme, porque mientras decías con la boca chica que tú, mediante este maldito papel, asumías la mitad de nuestras deudas, en tu fuero interno dabas por sentado que te ibas a librar. Eso es: yo soy el imbécil que no ha dejado de pagar y pagar en los últimos seis años, y tú quedas como un señor despachando treinta y pico mil euros ilusorios con una simple firma.

—Si lo que pretendes es montarme el numerito no te va a servir de nada.

—Claro, como no tienes bienes a tu nombre y además cobras en negro, no hay por dónde meterte mano. Así se puede dormir tranquilo.

—Te equivocas. No es que no tenga bienes a mi nombre, es que no tengo bienes.

—Vives en un piso sin cargas. Hipotécalo.

—Ya te he dicho que es de mis suegros.

—No me vengas con monsergas. Ese piso os lo regalaron cuando te subastaron el anterior y el apartamento.

—Será nuestro cuando ellos mueran y mi mujer herede. Pero al día de hoy mis suegros están bien sanos y no quieren ni oír hablar de hipotecas. No creas que no lo he intentado.

—¿Y qué me dices del que heredasteis tu hermano y tú de tu padre? ¿Por qué no lo vendéis? Con lo grande que es te llevarías un buen pellizco. Podrías pagar con creces esta deuda.

—Vale, ¿y qué hacemos con mi hermano, si vive en él?

—Pues que se compre otro más pequeño con su parte.

—Cualquier piso le costaría mucho más que la mitad de lo que le ganásemos a ese, y él tampoco está muy boyante que digamos. Además, yo debería ir pensando en disponer de alguna reserva con la que poder costearles una carrera a mis hijos. Aunque falten todavía unos cuantos años, el tiempo pasa corriendo.

Evidentemente no iba a conseguir nada, y con tanto hurgar en las propiedades de su familia sentía que me estaba comportando de un modo miserable.

—De todos modos estamos llevando las cosas demasiado lejos —prosiguió en tono conciliador—. Es cierto que carezco de recursos para cumplir este acuerdo —tomó la fotocopia por el margen—, pero tampoco tenemos que situarnos en el extremo contrario, o todo o nada. Mi intención es contribuir en lo que pueda a

liquidar el débito.

En ese momento comprendí que estaba en sus manos. ¿Para qué seguir peleando, si iba a hacer conmigo lo que le diera la gana? Me limité a escuchar.

—Veamos. —Le echó un vistazo al auto del procedimiento— Aquí está: el principal supone casi treinta y cuatro mil, eso es. Recuerdo que nos dieron seis millones de pesetas y solo llegamos a abonar los primeros plazos. Bueno, de los treinta y dos mil por las demoras y otras zarandajas podemos olvidarnos siempre que logremos pagarles al contado. Además, cuenta con que negociemos una buena quita si no tardamos mucho. Mira, yo estaría por asegurar que les soltamos veinticuatro mil sobre la mesa y los cogen.

—No seas iluso, parece mentira que no escarmientes con tus fantasmadas. He calculado a cuánto asciende el bocado a la nómina, y anda por los seiscientos euros. Contando con las extraordinarias, tendrían cobrado todo el capital en cuatro años, y los intereses seguirían incrementándose. Los banqueros viven del dinero que venden, ¿cuándo te enterarás? Conseguirán sacarle más o menos beneficio, según los casos, pero no lo van a perder.

Permaneció callado unos segundos, con la mirada puesta sobre los papeles. Finalmente se decidió a descubrir sus cartas.

—Bueno, esta mañana he visitado también al director de la sucursal de mi banco para sondearlo. La única solución que me ofrece, y habría que estudiarla muy bien, consiste en refinanciar el crédito personal que pedí cuando lo de los implantes. Claro que con mis ingresos podría obtener como mucho unos doce mil euros, quince en el mejor de los casos. Y todo eso suponiendo que mi hermano acepte poner el piso como aval.

—¿Quince mil? Pero...

—Ten en cuenta que no dan personales a más de ocho años, y embarcarme en una cantidad mayor significaría apretarme demasiado el cinturón.

Advertí con qué descaro se contradecía. De entrada había negado rotundamente poseer bienes; en cambio se permitía dilatar la venta del piso de su padre bajo el pretexto de no perjudicar a su hermano, cuando en realidad buscaba beneficiarse de su revalorización para el día en que sus hijos, de siete y cinco años, llegaran a la universidad. Pero si no cotizaba por sus ingresos, ¿tan difícil era que aquellos lejanos estudios pudieran sufragarse mediante becas? Minutos después declaraba que su director bancario le había impuesto un límite estricto, pero a renglón seguido sostenía que un préstamo mayor le sería un tanto gravoso —no podría, por ejemplo, costear la academia particular de los niños, incluso su esposa tendría que buscar empleo—, luego tal limitación era inventada.

Me había dado de bruces contra un muro infranqueable: el empeño por preservar su status, más allá de las obligaciones morales contraídas por escrito. Por si albergaba alguna duda, mi propio abogado las despejó al día siguiente, cuando me entrevisté con él en su despacho.

—Este documento privado carece de cualquier validez si él es insolvente —dijo alejándolo de sí al tiempo que se desprendía de las lentes—. Con esto no tenemos nada que hacer.

—Pero hay un inmueble, el piso donde él se crio. Su madre falleció hace mucho tiempo, y su padre el año pasado.

—¿Se ha hecho la partición de la herencia?

—Si te digo la verdad, no lo sé.

—¿Conoces al menos la dirección de ese piso?

Se la di. Yo había estado allí en varias ocasiones, cuando éramos estudiantes.

—Me enteraré de la situación en la que se encuentra, aunque sospecho que será en balde. Si el banco no lo ha reclamado, y si él está tan seguro, es porque no se ha llevado a cabo la partición. Es lógico, no le interesa. ¿Está deshabitado?

—No, su hermano sigue ocupándolo.

—Entonces olvídate. Tu nómina está trabada, y esa es la única evidencia con la que contamos. —Coincidiendo con aquellas palabras se escucharon varios pitidos dentro de mi bolso— ¿Te están llamando al móvil?

—Solo es un mensaje. Ya lo leeré después.

—¿Cuánto me dijiste que estaba dispuesto a ofrecer este hombre?

—Entre doce y quince mil euros.

—Pues tómale la palabra y reza para que no se arrepienta. Y no te hagas ilusiones de reclamarle más adelante porque lo primero que te exigirá será un finiquito. Yo intentaré tantear a los del banco; no veo imposible que te condonen al menos parte de los intereses, aunque lo de las costas es poco probable que lo admitan, porque los honorarios del letrado son gastos reales que han tenido que desembolsar. Con un poco de suerte puede que nos lo dejen en unos cuarenta mil, tal vez algo menos. Tú tendrías que poner en vereda alrededor de veinticinco. ¿Podrías conseguirlos?

—En este momento no veo cómo.

—En fin, habrá que esperar hasta que se pueda. —Se incorporó y me tendió la mano— Yo, por si acaso, dejo aquí apuntadas las gestiones de las que hemos hablado. Suerte y paciencia.

Salí a la calle y, como era viernes, me la encontré tomada por pandillas de adolescentes resueltos a representar sus primeros sainetes románticos a la luz de las doradas candilejas de la tarde primaveral. Melías de gran porte bordeaban las aceras, y sus bayas desprendidas se arracimaban por el suelo. Un trío de muchachitas que paseaban ante mí se repartieron un buen puñado para entretenerse arrojándoselas a los chicos que las precedían. Por fortuna no se les ocurrió comérselas, pues los frutos del árbol del paraíso son muy tóxicos.

Me invadió una profunda nostalgia de aquel tiempo en que yo también era alegre y desconfiado, cuando mis aspiraciones, si resultaban inalcanzables, acababan en el peor de los casos en desengaños tan pueriles como efímeros. «En cambio», contrasté con pesadumbre, «mi vida se reduce ahora a un cúmulo de obligaciones que no cesa

de crecer, y que tampoco puedo eludir sin desencadenar el daño a mi alrededor».

Entonces recordé que había olvidado atender la última, acaso la más trivial: el mensaje que llegó cuando aún estaba en el bufete. Desbloquéé el teclado del móvil, pulsé con desgana el botón central y apareció como remitente Carmen Garrido. «¿Puedo llamarte?», decía el texto.

Tembloroso por el sobresalto, busqué en la agenda su nombre y marqué mientras tomaba asiento en el primer banco libre.

—Hola, ¿qué tal? —dijo con una voz ronca y apagada.

—Bien..., más o menos. ¿Y tú?

—Bueno, como siempre.

Era obvio que ambos mentíamos. Se produjo una pausa tensa, al cabo de la cual continuó:

—Iba a llamarte porque me tienes preocupada. ¿Has tenido algún problema últimamente? —su pronunciación denotaba cierta pesadez.

—¿Un problema de qué tipo?

—Con el banco, por ejemplo.

—Anteayer me vino el embargo de la nómina y de la cuenta corriente. ¿Cómo lo sabes?

—Porque ha sido Tomás quien ha pedido que lo pongan en marcha.

—¿Tomás? —aquella afirmación tan categórica me dejó atónito—. ¿Qué tiene que ver Tomás en todo esto?

Dejó salir una risa sardónica antes de continuar.

—Tomás es el causante de muchos más estragos de los que imaginas.

—Pero..., vamos a ver, Carmen, ¿cuál es su relación con el banco?

—Forma parte del consejo de administración. Entró en él nada más cesar en el cargo. Por cierto, nos hemos separado.

No acababa de sobreponerme a la primera noticia y esta última me causó un choque más fuerte. Me detuve a escoger las palabras que debía pronunciar.

—Créeme que lo siento. ¿Tan mal iban las cosas?

—Fue inmediatamente después de las elecciones. No supo encajar la derrota. Claro que no era ese el motivo; ya te figurarás por qué ha sido.

—Sabía lo nuestro.

—Lo supo casi desde el principio. ¿Recuerdas mi fastidio de tener que ir con guardaespaldas a todas partes? —Prosiguió sin esperar respuesta— Al final le obligué a reconocerlo: esos tipos me vigilaban. No era por temor a un atentado, sino por puros celos, se lo comían los celos. Después de nuestra primera ruptura, desde que volvimos a vivir juntos, estaba obsesionado. Imaginaba que durante aquel periodo yo había tenido un amante, y que seguíamos viéndonos.

—¿Y era cierto que lo hubo? —esa pregunta representaba una injustificable crueldad, pero solo supe ponderarla cuando ya la había formulado.

—Oh, cariño, ¿tú también? ¿Cómo puedes pensar...? —sabía que estaba a punto

de hacerlo, y en ese instante rompió a llorar. Me incorporé del asiento y ocupé un discreto espacio entre dos coches aparcados cuando advertí que mis ojos se humedecían. Me pareció que su tristeza, proyectada a través del teléfono, constituía un elemento discordante en aquella animada tarde de mayo, aunque esta reflexión derivó hacia una inquietud por el estado de Carmen tras ese lapso en que su llanto se prolongaba sin que llegara a agotarse.

—Lo lamento —dije al fin—, he cometido una estupidez. No era mi intención ofenderte, y menos aun cuando estás pasando por un trance tan duro.

—No puedes hacerte una idea. Ese hombre ha convertido mi vida en un infierno, y lo de quitarme a mi hija es la mayor monstruosidad que se le podía ocurrir.

Esta frase me descolocó de repente.

—¿Quitarte a tu hija? ¿Qué pretendes decir con eso?

—Sí, como lo oyes. Se ha servido de sus malas artes para que el juez me retire la custodia de la niña.

Noté un escalofrío bajándome desde la nuca.

—¿Qué niña, Carmen?

—Carolina, ¿qué niña va a ser? No tengo otra.

—Aguarda un momento. —No daba con la manera de proseguir ese diálogo que me estaba situando al límite de lo imaginable— Tú me contaste en la casa de La Floresta que Carolina murió hace cinco años.

—¿Que yo te dije eso? —Intercaló una risa nerviosa— No digas tonterías, lo habrás soñado. La niña está ahora con su padre, ¡y el muy canalla no me deja verla! Tanto es así que los guardaespaldas que me impuso son los mismos que la llevan y la traen del colegio en un coche con las lunas tintadas.

¿Cómo iba a estar preparado para enfrentar la espantosa evidencia que se me venía encima? Hice un tremendo esfuerzo por mantener la serenidad y llevé la conversación hacia otros derroteros.

—Comprendo lo mal que debes sentirte. ¿Estás viviendo sola?

—Claro, ¿qué voy a hacer? Sabes que no tengo más familia.

—No sé, pensé que quizá te habrías mudado a casa de alguna amiga.

—Qué va, sigo en mi propio piso. Tomás se ha buscado una torre en Pedralbes. Debería haberme marchado de aquí, porque ahora me asedian los recuerdos. Es como si escuchara los ecos de la voz de mi pequeña por toda la casa.

—Y si yo... —dudé—. Si yo te dijera que desearía verte de nuevo, ¿estarías dispuesta?

El teléfono enmudeció durante unos segundos.

—No sé, tendría que pensarlo. Me encuentro fatal y no creo que mi compañía resulte agradable para nadie.

—Si te lo propongo es justo por eso, porque seguro que te ayudaría a recuperar los ánimos. Te vendría bien. Además, como ya se acabaron los escoltas podríamos dedicarnos a dar largos paseos. Podríamos pasarnos el día tirados en la calle,

disfrutando del buen tiempo. ¿Cómo lo ves?

—Uf, me angustia que me exijas una respuesta inmediata. Y luego está este dichoso mareo que no se me pasa. ¿Te importa que hablemos en otro momento?

—advertí que lo decía con cierta urgencia.

—En absoluto. ¿Mañana, por ejemplo?

—Sí, vale, mañana.

—Yo te llamo. Cuídate.

La situación de Carmen era demasiado grave como para entregarme a mi propia aflicción, de modo que conforme nos despedimos me puse a cavilar sobre la forma de averiguar qué le estaba sucediendo. La solución pasaba indudablemente por preguntárselo a alguien de su entorno. Me encontraba tan ofuscado que no se me ocurría a quién podía recurrir, pero al llegar al barrio crucé la avenida junto a la parada de autobús, y entonces me vino a la memoria la imagen de su secretaria bajo la marquesina de aquella otra parada frente al parque de la Ciudadela. «Montse es tu defensora incondicional», había dicho Carmen. Siendo así, quizá fuese también mi confidente. Claro que si pretendía localizarla en el zoológico tendría que esperar hasta el lunes, y yo precisaba esa información enseguida.

Un nuevo recuerdo me asaltó mientras subía las escaleras: el regocijo de Carmen camino de La Floresta, cuando sacó a relucir la paradoja que se daba entre el nombre de pila y los apellidos de su ayudante. Abrí la puerta a toda prisa y tomé asiento ante el ordenador para buscar en la web de las Páginas Blancas su número de teléfono. No encontré ninguna Montserrat Blanco del Valle, aunque sí un tal Jordi con los mismos apellidos. Marqué el número correspondiente y me respondió la voz de una joven que resultó ser la sobrina de Montse. Me presenté como redactor jefe de una empresa de publicaciones con la que AIZA, la Asociación Ibérica de Zoos y Acuarios que tan familiar me era ya, tenía contratada la elaboración de sus boletines. Le conté que estábamos comprometidos a entregar el lunes a primera hora el número de mayo, que para cerrarlo nos hacía falta un dato concreto sobre el departamento de Conservación del zoo barcelonés y que me habían proporcionado como nombre de contacto el de su tía. Tan convincente debí de mostrarme que la chica me explicó con toda confianza que su tía vivía justo en el piso de al lado, pero que había salido al cine y que luego cenaría fuera. Después de dictarme el número de su móvil me recomendó llamarla a partir de las diez y media, pues ella —esas fueron sus palabras— había visto precisamente esa película el día anterior y duraba una barbaridad.

El sentido de la cortesía exigía respetar el tiempo de ocio de aquella empleada, y así lo decidí en un primer instante. Sin embargo, mientras cenaba solo en la cocina —también mi hermana se había marchado con sus amigas, quienes se habían tomado muy en serio lo de mantenerla distraída el mayor tiempo posible— la preocupación por la mujer a la que seguía queriendo me hizo cambiar de opinión. A las diez y media, ni un minuto después, telefoneé a Montse Blanco. Fue un breve diálogo en el que me limité a expresarle mi inquietud tras la reciente conversación que había tenido

con Carmen y a preguntarle cuándo podíamos hablar con tranquilidad sobre dicho tema.

—¿Piensas acostarte pronto? —preguntó una vez que acordamos tutearnos.

—Todo lo contrario. Mañana no tengo nada que hacer.

—En ese caso te llamo en cuanto regrese a casa. Descuida, que tampoco será muy tarde; el gusto por trasnochar se me pasó hace bastante tiempo.

Según pude comprobar después, la prontitud de su respuesta se debía principalmente a la necesidad de compartir conmigo el desasosiego ante el naufragio emocional de su jefa y amiga, un hundimiento cuyos perfiles me parecieron tan insólitos que acabé descubriendo hasta qué punto ignoraba los conflictos internos de Carmen. Esta fue la razón por la que comencé resumiéndole a Montse nuestra conversación telefónica para, acto seguido, rogarle que me aclarase cuánto había de real y cuánto de ilusorio en lo que aquella me había contado.

—Sí, es verdad que se han separado. Y en lo concerniente a las maldades cometidas por Tomás... —percibí en esa pausa un ligero pudor a entrar en el terreno de la difamación—. Bueno, no veo razón alguna para dudar de lo que ha dicho. Él está muy bien relacionado; es astuto, sabe jugar sus bazas y domina a la perfección la distancia corta. Pero no creo que sea, ni mucho menos, lo que entendemos como una buena persona. Esa dichosa manía con la seguridad de su mujer, por ejemplo, ha llegado a ser enfermiza. En cierto modo se lo tenía merecido que... Perdona, iba a decir una barbaridad.

—Que le fuera infiel conmigo. Adelante, no te avergüences.

—Claro, para ella era una liberación. Lo necesitaba, qué demonios; ese hombre la ha hecho sufrir demasiado, y al parecer trata de hacérselo ahora perjudicándote a ti —lanzó un suspiro—. No sé, pero si tuviese que extraer una conclusión de lo que Carmen me ha ido confiando en estos últimos años, yo diría que a Tomás le sobra tanta ambición como escrúpulos le faltan.

El retrato que se iba perfilando de este individuo me llevó a preguntarme si el inconsciente de Carmen no le había jugado una mala pasada tres lustros atrás, cuando eligió como pareja a un hombre que compartía bastantes rasgos aquel otro que había sido su abuelo, su verdugo y, probablemente, también su padre. Sin embargo no era esa la cuestión que más me urgía, sino la que mi interlocutora me reveló a continuación.

—Otra cosa bien distinta es lo que te ha contado sobre su hija.

—Porque efectivamente Carolina murió a los cuatro años, ¿no es así?

Aguardé unos instantes a que Montse me ofreciera una respuesta, y para ser sincero no fue la que yo esperaba.

—Carmen se encuentra muy mal, ya lo habrás supuesto. Desde Semana Santa no ha vuelto al trabajo; de hecho yo misma me estoy encargando de tramitarle las bajas, porque se ha abandonado por completo. La asistenta que tenían se la llevó el marido, y ahora es la mujer que limpia en casa de mi hermano quien se ocupa de hacerle la

compra y de arreglarle el piso. Yo voy algunas tardes, le preparo comida y me quedo a cenar con ella. Esta vez sí que ha tocado fondo.

—Pero ¿qué es exactamente lo que tiene? —dije alarmado—. ¿Por qué se empeña en creer que su hija está viva?

—Es un delirio, un puro delirio, ¿no te das cuenta? Se le ha ido la mano con la ketamina.

—¿Con la qué?

—Con la... ¡Ay, dios mío! O sea, que nunca te mencionó ese asunto.

—No sé de qué me hablas. Cuéntamelo, por favor.

Un nuevo y desesperante silencio.

—De acuerdo, a ver cómo te lo explico. La ketamina es un anestésico de uso común en veterinaria y en medicina, aunque muchos la emplean para colocarse. Lo mismo puede estimularte que sedarte, depende de la dosis y la forma en que se administre. Se considera también una droga psicodélica por sus efectos alucinógenos. Claro que este efecto es mucho menor cuando se alcanza determinado nivel de hábito, como es el caso de Carmen. Pero el problema no es ese.

—¿Entonces?

—El problema es la enorme indiferencia que uno tiene frente a sus consecuencias fisiológicas. Ten en cuenta que la ketamina te deja indefenso: estás aturdido, te cuesta trabajo andar y mantener el equilibrio, se reduce tu tono muscular... Y la visión, la agudeza visual también disminuye. Puedes caerte por las escaleras o ser atropellado; puedes ahogarte en la bañera o quemarte sin darte cuenta. Además, llega a provocar espasmos, temblores, vértigo, náuseas incluso.

—¿Y ese es el estado de Carmen?

—Bueno, yo creo que ha desarrollado cierta tolerancia a la droga. Aun así se la ve muy pero que muy tocada, y no lo digo por alarmarte, que conste. No olvides que su adicción es al fin y al cabo el resultado de la grave depresión por la que está pasando. Sin embargo eso no impide que en algunos momentos reaccione con una agresividad injustificada.

—Perdona que insista, pero no acabo de entenderlo. ¿Desde cuándo consume esa sustancia?

—No te sabría decir con certeza. Piensa que nuestra confianza mutua ha ido creciendo con el tiempo. ¿Que cuándo me lo contó? Puede que haga dos años como mucho. Supongo que no la ha estado tomando de forma habitual ni en grandes dosis, pues de ser así no habría podido mantener un régimen de trabajo tan tremendo.

—O sí —le corregí—. Tú misma has mencionado los efectos estimulantes de la ketamina. Seguramente se la dosificó con precisión para soportar toda esa actividad. Ya sabes lo metódica que es.

—Tienes razón, no había caído en eso. Carmen lo sacó a colación en contadas ocasiones, y siempre en tono jovial, como si se tratara de una veleidad sin importancia. Aunque te prometo que a mí no me hacía ninguna gracia; mira al final lo

que ha pasado.

—Me habías dicho que Carmen lleva un mes de baja. Si no aparece por el zoológico, ¿dónde se provee de la droga?

—Bah, hacerse de ella no supone ningún obstáculo; tiras de internet y encuentras mil ofertas, sobre todo de la producida en Asia. Además, eso de que no haya vuelto a asomar por el zoo es relativo: ayer mismo me comentó una empleada que el sábado se cruzó con ella por los pasillos.

—¿Le dio algún pretexto?

—Ninguno, no es nada raro que vaya a deshoras para recoger cualquier cosa.

—A propósito, ¿corren rumores en el trabajo sobre su estado de salud?

—Ya lo creo. Lo relacionan con su separación, que no tardó en saberse. También hay quienes dicen que ha sido por el estrés, como ese colaborador suyo que la acusa de hiperactiva; claro, como él es un holgazán... Ahora bien, si alguien ha podido advertir un descenso en las provisiones de ketamina, a mis oídos no ha llegado desde luego.

Mientras conversaba con Montse me fui convenciendo de que tenía una obligación moral con Carmen. No se trataba únicamente del imperioso deseo de volver a encontrarme con ella, ni tampoco de acudir en su auxilio. En realidad yo me consideraba causante en buena medida de su sufrimiento, y después de saber lo que le sucedía me importaban bastante poco los reparos que había mostrado ante la posibilidad de reencontrarnos.

—Decidido, Montse —le confesé con resolución—. Mañana mismo tomo un avión para Barcelona. Ni siquiera se lo voy a consultar, porque sospecho que se opondría. ¿Qué piensas?

—Esperaba oírtelo decir, para qué te voy a engañar. Por mucho que intentemos especular sobre su trastorno, tengo la certeza de que el motivo fundamental no es otro que el haberte perdido, y lo sé porque me ha tocado vivirlo de cerca. La prueba está en que nunca, ni aun tras la muerte de su hija, había caído en una postración igual. No va a negarse a recibirte, estoy segura. Anda, apunta la dirección.

De modo que antes de amanecer me presenté en el aeropuerto para conseguir un billete en el primer vuelo disponible. No tuve oportunidad de comprarlo por internet, pues aparte de estar trabada la cuenta corriente debido al embargo, su saldo constituía ya una cantidad simbólica a principios de mes, una vez descontada la mensualidad del préstamo, la transferencia a mi hermano y la contribución recién incrementada para los gastos domésticos. No obstante, había tenido la precaución de guardar en un escondrijo de mi casa el dinero en efectivo correspondiente al último cheque de Eugenio, y disponía de casi dos mil euros.

Cuando descendí del taxi frente a aquel elegante bloque de pisos de La Bonanova, pasadas las doce del mediodía, supuse que sería la asistenta enviada por Montse quien respondería al portero electrónico, lo que podría coartar nuestro encuentro. Pero al llamar repetidamente sin obtener respuesta deduje que descansaría el fin de

semana. Lo extraño es que tampoco contestase Carmen. «¿Habrá ido otra vez al zoo a buscar más ketamina?», pensé. La idea de que llegara a pasarle algo me aterrorizó. Localicé su nombre en el móvil y lo marqué.

—Vaya, qué cumplidor; no has faltado a tu promesa —se oía el televisor de fondo—. De todas formas lo he estado meditando y..., en fin, creo que será mejor que no nos veamos por ahora.

—Qué desilusión. Esperaba otra respuesta.

—Ya te lo dije: tengo el ánimo por los suelos.

—O sea, que no te apetece ver a nadie.

—Tú lo has dicho.

—Y por eso no te molestas ni en contestar al timbre del portero.

—¿Qué quieres decir con...? ¡Ay, no, por favor! No puede ser, dime que es una broma.

—Está bien, abre y compruébalo por ti misma.

14. Mayo de 2004

Un abrazo. Tan solo un abrazo, largo, muy largo, sin nada en el universo que lo interrumpa. El tiempo detenido, el instante infinito, el presente sin hipotecas, la realidad en estado puro, la plena permanencia. Un abrazo que hacía innecesarias todas esas palabras que nos debíamos: perdóname, mi ignorancia, tanto daño, por qué, sin olvidarte, desde entonces, esa soledad, yo no tuve, lo que sentía, éramos tan, nos marchábamos, aquella noche, por decirlo, si hubiésemos, cuando, te prometo, siempre quise, y así decenas de miles de palabras manando en silencio a través de nuestros cuerpos adheridos, corriendo escaleras abajo, derramándose desde el portal hacia las aceras para desaparecer engullidas por los imbornales del alcantarillado.

* * *

—De modo que Montse te lo ha contado.

Con movimientos vacilantes Carmen encendió un cigarrillo y se recostó de lado sobre el sofá. Acababa de ducharse. Llevaba puesto el albornoz —igual que en nuestra última cita— y el cabello envuelto en una toalla a modo de turbante. Estaba más delgada. La melancolía había trazado en su facciones unas sombras difusas. Aunque hubiera preferido que no fuese así, me pareció que aquellos ligeros estragos causados por su pesadumbre acentuaban el excepcional atractivo que siempre le encontré.

—Sí, me lo ha contado; pero descuida, no voy a reprochártelo. También yo me pasé unos cuantos años enganchado a la marihuana, y la dejé cuando comprendí que sus perjuicios no me compensaban.

—“Enganchado» no sería una expresión adecuada para el *cannabis*, porque no crea dependencia. En mi caso es distinto. ¿Recuerdas lo que te comenté respecto a la cocaína que corría por Madrid en los años de la *movida*, cuando pillaron a mi tío con aquel alijo? Pues bien, en ese momento yo era ya una consumidora habitual.

—¿Pretendes decirme que siempre has tomado drogas?

—No, no siempre, aunque tengo asumido que soy propensa a recurrir a ellas. Si todo marcha bien no las necesito, y he comprobado que tengo una capacidad para soportar el síndrome de abstinencia que ya quisieran otros. Lo malo es que cuando se tuercen las cosas recaigo con la misma facilidad, y llevo unos cuantos años en que se tuercen demasiado a menudo. No sé, quizás sea una anomalía hereditaria.

—¿Por qué lo dices?

—Porque mi madre se pasó la mayor parte de su vida tomando barbitúricos. De hecho fue lo que terminó destrozándole el hígado.

—¿Y cómo los conseguía?

—Mientras vivíamos en Las Cumbres no hubo problema; el farmacéutico, uno de los pocos habitantes del pueblo con los que mantenía cierto trato mi abuelo, se los dispensaba con una prodigalidad que hoy día me resulta inconcebible. Al llegar a Madrid le suspendieron el tratamiento, y entonces los buscó en el mercado negro. No voy a criticarla; su vida fue un absoluto tormento. Claro que mi papel de hija tampoco resultó nada fácil.

Permanecí unos segundos mirándola fijamente a los ojos. Sus labios dibujaron una precaria sonrisa.

—Por cierto, fue lamentable mi desvarío de ayer con lo de Carolina. La pobre Montse se plantó aquí tras hablar contigo y no se marchó hasta que me dormí. Serían al menos las cuatro.

Evité hacer cualquier comentario al respecto.

—¿Cómo te administras la ketamina? —me atreví al fin a preguntarle.

—Antes la cocía para esnifar el polvo. Ahora me la bebo diluida. El efecto es más duradero.

—¿Cuándo ingeriste la última dosis, si puede saberse?

—Esta mañana, después del desayuno.

—¿Y no te haría ilusión dejar pasar el día entero sin probarla? —le sugerí eludiendo cualquier tono dramático.

—¿Para eso has venido?

Me arrodillé frente al sofá, puse mis manos sobre sus mejillas y la estuve besando hasta que la ceniza del cigarrillo se le cayó sobre el albornoz. Intenté soltarlo para sacudirlo pero ella me retuvo por la muñeca.

—¿No me llamaste tú ayer porque estabas preocupada por mí? —dije con sorna—. Pues por la misma razón estoy yo aquí. Considérala una mera visita de cortesía.

—Vaya chasco, creí que lo hacías porque tenías ganas de verme.

—Ah, bueno... Claro, también era por eso. —Hice rebotar mis dedos contra la frente— Lo había olvidado.

Aquel aire de ingenuidad surtió el efecto deseado. Carmen se apoyó contra el brazo del sofá para quedar sentada, atrapándome entre sus rodillas por los costados. Luego abrazó mi cabeza y la oprimió contra el blando relieve de su pecho. Y entonces, entonces sí, acercó su boca a mi oído para susurrarme que había llegado el momento de desatar la cinta del albornoz.

* * *

He de confesarlo: desde que hablamos por teléfono la tarde anterior, mi propósito era

convencer a Carmen para que viniese conmigo a Sevilla y así poder ocuparme de ella hasta su recuperación. Yo era consciente del rechazo inicial que iba a mostrar a mi invitación, y preferí dejar que el sábado fuese transcurriendo por su propio cauce. Por lo pronto, supuso todo un éxito que consintiera salir a almorzar en uno de los tantos restaurantes marineros de La Barceloneta, donde degustamos un sabroso arroz mientras veíamos cruzar los barcos por el horizonte.

Con resignación se avino después a caminar de mi brazo por el paseo marítimo, pero se encontraba tan débil que al final pasamos la tarde sentados en una terraza, jugando a ver cuál de los dos inventaba una personalidad más estrambótica para aquellos que desfilaban frente a nosotros.

Según se aproximaba la hora del atardecer y la brisa se convertía en un levante menos apacible, Carmen comenzó a quejarse de una fuerte jaqueca. Volvimos al coche y regresamos a su casa —evidentemente era yo quien conducía— para que pudiera tomarse un analgésico. La dejé echada sobre la cama, con la luz apagada, y aproveché para contarle por teléfono a Montse cómo había transcurrido el día, así como mi pretensión de que su jefa pasara una temporada conmigo. Yo temía que el médico que cursaba sus bajas pusiera objeciones legales a dicho traslado, pero la secretaria se mostró convencida de que no las habría.

Luego preparé una cena fría que nos servimos sin apartar los ojos del televisor, pues precisamente aquella tarde había tenido lugar la apertura oficial del Fórum Universal de las Culturas, y en esos instantes estaban retransmitiendo desde el puerto anexo al recinto el inicio del deslumbrante espectáculo inaugural, cuando doce estructuras de hierro surgidas de las aguas se elevaban hasta formar una esfera de veinticinco metros de diámetro.

Al agotamiento de Carmen se le sumó el que yo arrastraba debido a la falta de sueño, por lo que al dar las once nos marchamos a la cama. Tendido junto a ella, apenas tuve ocasión de acariciar su cuerpo durante unos momentos antes de que se durmiese en mis brazos. Tampoco tardé mucho más en hacerlo yo mismo; sin embargo, algún tipo de instancia en mi interior recelaba de su aparente sosiego y prefirió mantenerse alerta. Fue así como noté que a mitad de la noche, tras cambiar varias veces de posición en pocos minutos, se levantaba para dirigirse sigilosamente a la cocina.

A poco de regresar se quedó dormida de nuevo. Alrededor de una hora más tarde me despertó una brusca sacudida de sus piernas. Mantuve los ojos cerrados, convencido de que si le hablaba quizá se sentiría peor, pero como los espasmos se repetían de forma intermitente decidí posar mi mano sobre su brazo. Tenía la piel humedecida por el sudor, y su respiración se iba acelerando por segundos. Pronto se puso a emitir un gemido agudo y entrecortado que me sobrecogió, y aquel gemido fue derivando en un balbuceo, casi ininteligible al principio, que al crecer en intensidad se me hizo comprensible: llamaba a Carolina, le suplicaba que volviese corriendo porque estaba todo preparado para su fiesta de cumpleaños.

—Ya están aquí los payasos del circo, mi cielo —decía con voz lastimera—. Y esas bailarinas que bailan de puntillas porque son bajitas. Y tu amiga Mimi con su perrito Napo. ¿Y sabes qué? Que te he comprado una casa de muñecas tan grande como tu cuarto, con un jardín lleno de margaritas y un estanque con patitos... ¿Que no puedes venir, mi amor? Pero..., ¿cómo no vas a venir si estamos todos esperándote? No, no digas eso, hija mía. No... Claro que te quiero, mucho más que papá. Muchísimo, mi vida, más que nada en el mundo... No cuelgues, espera... ¡Espera, escúchame...! ¡Oh, no, Dios mío!

Rompió a llorar a lágrima viva. Sus sacudidas se hicieron más intensas y empezó a dar arcadas. Incapaz de soportarlo, encendí la lamparilla y me sobrevino un escalofrío al ver el espanto grabado en su rostro. Entonces se incorporó bruscamente y fue dando traspiés hasta el baño. Acudí en su búsqueda. La encontré arrodillada en el suelo, con la cabeza encima del inodoro.

Después de que arrojara todo el vómito le pasé una toalla húmeda por la cara y las manos y me la llevé cogida del hombro hasta el sofá. La mantuve abrazada no sé cuánto rato, poniendo de vez en cuando mis labios sobre su frente temblorosa, sin atreverme a decirle lo más mínimo. El agitado jadeo inicial fue aplacándose hasta alcanzar poco a poco la cadencia de un aliento pausado. La expresión de animal acorralado había al fin desaparecido, y sus párpados fueron cerrándose lentamente bajo el peso de la somnolencia. Entonces me retiré despacio, puse su cabeza sobre un cojín y la tapé con una manta. Al otro lado de los cristales el cielo comenzaba a clarear.

* * *

Fue al concluir el desayuno. No pude contenerme por más tiempo y le expuse a Carmen mi propuesta. Sabía de sobra que no era el momento más adecuado, justo a la vuelta de una noche tan lamentable, y suponía cuál iba a ser su respuesta. Lo que no llegué a prever, en cambio, fue aquello que me dijo a continuación.

—Ayer me pasé todo el día aguardando que me lo dijeras. Adiviné tu intención desde el mismo instante en que te vi salir del ascensor. Y ahora contéstame, ¿crees que en mi situación —y se tocó los hombros— estoy para ir a ninguna parte? ¿Lo crees en serio?

—No veo por qué no.

—Ya has visto lo que puede pasarme; y cosas aún peores que no me atrevo a contarte.

—Por eso mismo. Mi autoconfianza también anda por los suelos, no vayas a pensar. Pero si de algo me siento seguro, además de saber cuidar de ti, es de que puedo ayudarte, Carmen. Puedo hacerlo.

—Te veo muy convencido —insinuó con cierto escepticismo.

—Sigo estando enamorado, ¿o no te habías dado cuenta?

Volvió la vista a la terraza. Comprendí que sentía vergüenza de mirarme a los ojos. No me respondió.

—Sé lo que te estás figurando —proseguí—: que pretendo obligarte a escoger entre la ketamina y yo, ¿verdad? —Permaneció en silencio—. Bien, escucha lo que te digo: si consideras que no vas a ser capaz de vivir sin ella, llévatela, adelante. No puedo ser más claro: quiero que la dejes, por supuesto, pero si soy yo quien ha de elegir prefiero tenerte enganchada a eso que estar sin ti.

Al fin se decidió a contestarme.

—Te lo agradezco, pero no te esfuerces. No voy a ir.

* * *

Carmen no se planteaba dejar Barcelona; en cambio aceptó de buen grado mi deseo de subir en coche hasta el punto más alto de la Collserola, la montaña del Tibidabo, para volver a disfrutar de aquel fascinante panorama de la ciudad que tan grato recuerdo me había dejado cuando lo contemplé bastantes años atrás. Considerando la debilidad de mi acompañante, renuncié a sugerirle un paseo por el viejo parque de atracciones, uno de los más genuinos tributos a la nostalgia que he podido conocer, y me conformé con deambular por el interior de la basílica neogótica del Sagrado Corazón, examinando con detenimiento su exuberante decoración modernista, mientras ella rezaba ante el altar.

—Y ahora vámonos a comer a un sitio que te va a encantar —dijo Carmen con una modulación de voz alegre a la salida del templo—. Venga, yo te indico.

Continuando por la misma carretera, rodeamos la basílica y en dos minutos escasos aparcamos frente a un hotel con toda la apariencia de una gran mansión californiana de los años veinte. A Carmen no se le pasó por alto el gesto de apuro que puse al cruzar el umbral y contemplar aquel lujoso vestíbulo.

—¿Cómo lo ves? Ha estado abandonado mucho tiempo y lo abrieron de nuevo hace un año. Aquí se alojó Hemingway. No me digas que no te gusta.

—Ya lo creo. ¿Pero no te parece que...?

—Ah, ¿es por eso? Olvídate, hoy invito yo.

El *maître* saludó a Carmen con la cordialidad que solo se dispensa a los clientes conocidos y nos acomodó en una mesa de la terraza. Las vistas eran más espectaculares si cabe que las anteriores, y el menú resultó delicioso. Sin embargo mi atención se centraba por completo en Carmen, o mejor dicho, en el giro asombroso que había experimentado su estado de ánimo, una transformación que yo me resistía a relacionar con su instante de recogimiento en la iglesia.

Nos hallábamos enfrascados en una amena charla sobre la próxima boda del príncipe de Asturias cuando sonó su móvil. Echó mano al bolso, lo sacó y al mirar la pantalla hizo una mueca de fastidio y presionó el botón de colgar. La discreta melodía volvió a repetirse a los pocos segundos. Comprobó que se trataba del mismo comunicante, frunció el ceño y se dispuso a apagar el aparato, pero de pronto cambió de opinión, me pidió que la disculpase y contestó la llamada sin levantarse del asiento.

—Yo bien, ¿y tú?... No tienes por qué. ... No, la he dejado. ... No, aún sigo de baja. ... Ya, pero me apetece descansar. ... Es verdad, no fue demasiado agradable. ... Creo que va a ser imposible. ... Porque sigues dedicándote a joderme. ... Vamos, no te hagas el inocente. Sabes a lo que me refiero. ... Exactamente. ... Claro que lo sé; de primera mano. ... Caramba, has acertado —me lanzó un guiño—. ... Ajá. ... Ahora mismo lo tengo enfrente —atrapó mis dedos por debajo de la mesa—. ... No, pero me marchó hoy. ... ¿Por qué no? ¿Quién me lo impide?... Bueno, no deja de ser una opinión como otra cualquiera. ... Eso está por ver. ... Vale. ¿Alguna cosa más?... ¿Cuántas veces piensas repetirlo?... Descuida, que no lo necesitaré. Adiós. —Pulsó el botón rojo y depositó con toda la parsimonia el teléfono sobre el mantel. Luego alzó las cejas y dijo— Bueno, ya habrás advertido que he cambiado de parecer.

—Entonces no era ningún farol.

—En absoluto. Ahora bien... —Se mordió el labio inferior— Me voy siempre y cuando se mantenga en pie tu oferta.

—¿Te refieres a lo de llevarte alguna reserva de *eso*?

—Compréndelo, cariño. Trataré de aguantar sin tomarla, pero si se me hace insoportable y me veo sin una sola dosis podría hundirme más todavía. O perder el control, lo que sería más grave incluso.

—De acuerdo —asentí con un nudo en la garganta—. Respetemos las reglas del juego.

—Eres un sol —me pellizcó la barbilla—. Tendremos que pasarnos un momento por el zoo para..., en fin, ya sabes. ¿A qué hora sale el vuelo?

—A las diez menos diez. Es de Iberia.

—Veremos si quedan billetes. Con esto del Fórum...

Buscó en la agenda del móvil el servicio de venta telefónica de la compañía, y en menos de cinco minutos había conseguido una plaza en preferente. A continuación habló con el hotel de Sevilla donde se había alojado, cuyo número aún guardaba, y reservó una habitación.

A media tarde estacioné frente a la puerta de servicio del zoológico. «Tardaré lo justo», dijo Carmen antes de bajar del auto con el manojito de llaves en la mano. Durante la espera no cesaba de darle vueltas a los insólitos matices que mi existencia había adquirido en apenas dos semanas, un periodo demasiado breve en el que se habían sucedido circunstancias de toda índole: aquella que tarde o temprano habría de darse —la muerte de tía Trini—, aquella que siempre pendió sobre mi cabeza por más

que la ignorara —el último embargo— y, de repente, esta otra que tanto deseé —el reencuentro con el amor de mi vida, al fin libre de ataduras familiares—, aunque su horizonte apareciese cubierto por los sombríos nubarrones de un veneno aparentemente necesario.

Un veneno cuya obtención le estaba suponiendo más tiempo del que yo había previsto. Al cabo de un cuarto de hora, cuando mi impaciencia se encontraba al límite y ya imaginaba algún percance desagradable, apareció con una bolsa de viaje de unos cincuenta centímetros de largo. Abrió rápidamente la puerta, se sentó y colocó la bolsa sobre su regazo.

—¡Cielo santo! —exclamé señalando el bulto—. ¿Toda esa ketamina te vas a llevar?

—Ya lo creo —respondió con una mueca de satisfacción—. ¿Quieres verla?

Asentí con la cabeza. Descorrió la cremallera y dejó al descubierto lo que a primera vista me pareció una urna transparente. Abusando de mi expectación separó la tapa despacio, metió la mano con delicadeza y al sacarla sostenía en ella un pequeño roedor.

—¡Un hámster!

—¡Que no, hombre! Es un jerbo. ¿No ves que las patitas delanteras son mucho menores que las traseras? Si parece un canguro en miniatura... El pobrecillo tiene conjuntivitis en este ojo, ¿ves? —Me acerqué para comprobarlo, volví la cabeza y la besé en los labios. Prosiguió la explicación con las mejillas sonrojadas— Hay que ponerle un poco de antibiótico, y un terrario más grande no le vendría mal, porque esto es lo máximo que permiten de equipaje de mano. Bueno, ¿a qué esperas? Arranca ya, que soy muy lenta haciendo la maleta.

Ciertamente en el rato que empleó en prepararla me dio tiempo de ducharme, afeitarme, recoger mis cosas y curiosear —con su permiso— los títulos de la biblioteca que cubría tres de las cuatro paredes de su despacho. En medio de tantas idas y venidas entró a recoger el ordenador portátil y de camino me devolvió el beso anterior, esta vez más prolongado. Tenía cerrados los ojos, pero repentinamente los abrió de forma desmesurada y dijo:

—¡Ay!, aguarda un momento, que acabo de acordarme de una cosa.

Desplegó un escabel oculto tras las cortinas, se subió en él y extrajo de uno de los anaqueles superiores un viejo maletín de madera. Rebuscó en su interior hasta dar con un pequeño objeto que se apresuró a colocar ante mis ojos. Era un bloque de metacrilato que encerraba un caballito de mar.

—¿Te suena?

—No será... —dudé—. ¿Es el mismo que te dio el pintor?

—Acertaste. Entonces llevaba solo barniz; el embutido en Plexiglás lo encargué hace algunos años. ¿Lo quieres? Te lo regalo.

—Oh, no. Para ti debe poseer un gran valor sentimental.

—Y también me trae recuerdos muy dolorosos —sus ojos lo reflejaban con mayor

claridad—. Anda, cógelo, por favor.

—De acuerdo, formará parte de mi valiosa colección de antigüedades. Por cierto, ¿te acuerdas de lo célebre que se hizo esta figura cuando éramos pequeños?

—¡Sí! Ahora que lo dices... Era el anagrama de Sofico, aquel emporio inmobiliario y financiero que quebró... ¿En qué año fue?

—En 1974. Un escándalo en el que aparecían implicados altos cargos franquistas.

—Pues es posible que esa fuera la primera imagen que yo tuve de un hipocampo. Qué curioso.

Carmen salió satisfecha a proseguir con la tarea. Me senté en el sillón, coloqué el pez disecado sobre el escritorio y me quedé observándolo fijamente. No podía negar que el ofrecimiento de este obsequio escondía un significado un tanto ambiguo. Si Carmen pretendía deshacerse de él por su vinculación a una experiencia terrible, ¿por qué lo había conservado tanto tiempo? ¿Y por qué me lo entregaba a mí? ¿Acaso como una prueba de que aceptaba mi inexorable voluntad de escudriñar en su pasado, o tal vez como el símbolo de aquel nebuloso destino que nos unió a la sombra de las milenarias piedras del tiempo tebano?

Luego volví a fijarme en el maletín donde había estado guardado. No me pareció lícito hurgar en su interior; sin embargo me atrajo poderosamente su aspecto: la madera con la pintura gris descascarillada, los cantos reforzados de metal herrumbroso, el asa de cuero grueso. Me deslicé al salón, saqué la cámara de la maleta y le hice un par de fotos furtivas. Por último llamé a mi hermana, y en un nuevo acto de iniquidad le conté que tomaría el primer vuelo de la mañana y que me iría directamente desde el aeropuerto al trabajo.

Al igual que me había sucedido con anterioridad respecto a Eugenio, comenzaba a ser consciente del potencial conflicto de lealtades al que me enfrentaba tras recuperar nuestra relación. Tratar de ignorarlo resultaba inútil, de modo que mientras hacíamos tiempo en el área de embarque de El Prat aproveché para exponerle a Carmen la situación familiar. Lo malo es que mis propios temores no cesaban de asediarme.

—Necesito que lo entiendas, cariño. Perder a nuestra tía nos ha supuesto una especie de orfandad en plena madurez, porque ella nos quería lo mismo que si fuésemos esos hijos que nunca pudo tener. Lo comprendes, ¿no? Pues imagínate cómo le habrá afectado a mi hermana, que en los últimos años la ha cuidado y que ha estado a su lado en todo momento.

—Ya me lo imagino. A ella sí le va a costar trabajo superarlo —dijo acariciando distraídamente el jerbo.

—Sin embargo, no sé de qué forma plantearte... Me aterroriza pensar que puedas... Uf, qué difícil se me hace. No encuentro las palabras.

—Tranquilízate, vida. Ni que yo fuese un juez. Vamos, háblame con sinceridad.

—Es que temo defraudarte —confesé desalentado.

—Bueno, si te refieres a tu elocuencia ya lo has conseguido —me espoleó con su ironía.

—Tienes razón. Bien, partamos del hecho primordial de que deseo compartir todo mi tiempo disponible contigo, ¿de acuerdo? Pero además es preciso contar con lo de mi hermana. Cometería una crueldad imperdonable si ahora la dejase sola. ¿Me sigues? —Asintió cerrando los párpados—. Por otra parte, no creo que te apetezca demasiado quedarte con nosotros en casa aunque haya sitio. ¿Me equivoco?

—No me encontraría nada cómoda, la verdad.

—Correcto. En ese caso permíteme proponerte un plan alternativo. Mañana mismo por la tarde nos llegamos a una inmobiliaria y buscamos un apartamento amueblado en alquiler que no pille lejos del piso de mi hermana. Y que te guste, claro está —iba a añadir «y que puedas costear tú sola, porque yo estoy hasta el cuello», aunque preferí posponerlo—. Así podrías venirte a almorzar a casa, ahora que también acude mi hermano. Pasaríamos un rato haciéndole compañía a mi hermana, y luego volveríamos a la tuya o, mejor aún, saldríamos a pasear. Por supuesto, me quedaría a dormir contigo. Ea, ya lo he soltado. —Marqué una pausa— No te seduce mucho la idea, ¿no es cierto? Se te nota en la cara.

Se tomó unos segundos antes de responder. Al final dejó asomar un gesto de resignación y dijo:

—Hombre, no es la solución idónea pero... Bueno, se trata del coste que debo asumir si quiero que estemos juntos.

—¿Lo habrías aceptado de haberlo sabido antes de comprar el billete?

—Seguramente. Tú me has demostrado que estabas dispuesto a transigir con la ketamina. Eso nunca lo olvidaré.

—¿Sabes? —Enredé un mechón de su cabello con el dedo— Tengo una sensación un tanto peculiar; como si este fin de semana hubiésemos madurado de repente.

—Es justo lo que yo iba a decirte. Me lo has quitado de la boca.

* * *

Aquella noche, en la oscuridad de la habitación del hotel, mientras sentía contra mi cuello la respiración profunda de Carmen abandonada al olvido del sueño, quise abrigar la esperanza de que la vida nos deparaba algo mejor.

15. Mayo de 2004. 1898-1946

¿Qué sabía mi familia de Carmen? En realidad casi nada: su nombre, su profesión, el lugar donde trabajaba —pero no su cargo—..., poco más. Tanto mi hermana como mi difunta tía habían tratado en vano de sondearme desde hacía tres meses sobre aquella subrepticia amante, aunque solo llegaron a conocer lo evidente: que nos encontrábamos en distintas ciudades y que desapareció de mi existencia tal y como vino, es decir, sin explicación, pues yo procuraba ocultar lo nuestro tras ese aire taciturno que había adquirido a raíz de mi fracaso empresarial.

Cabe entender así la expectación que desperté en mi hermana cuando el lunes, antes de empezar las clases, le pedí por teléfono que preparase cuatro cubiertos a la hora del almuerzo, y no solo ese día, sino también los siguientes hasta una fecha que me era imposible determinar. A continuación le aclaré que el gasto adicional que ello suponía corría de mi cuenta —o lo que es lo mismo, del último fondo aportado por Eugenio—.

Recogí a Carmen en su hotel al acabar la jornada lectiva. En el trayecto hasta mi casa me disculpé por no poder acompañarla esa misma tarde a buscar apartamento, dado que debía regresar al instituto para asistir a una sesión del equipo técnico, cuya convocatoria olvidé con el trastorno de la notificación judicial.

Sin embargo mi preocupación no residía tanto en la imposibilidad de cumplir con mi palabra, que Carmen aceptó de buen grado, cuanto en el ambiente en que se iba a desarrollar el inmediato encuentro familiar, sobre todo por el hecho de reunir ante la misma mesa a dos desconocidas sometidas a un importante desgaste emocional. En ese sentido me entró un gran alivio cuando, tras servir las espinacas esparragadas, mi hermana se entregó a esa locuacidad que ya echaba de menos para hacernos una prolija descripción del itinerario que le había llevado de tienda en tienda durante la mañana. Si bien mi hermano procuraba disimular su hastío, Carmen seguía con sumo interés aquella interminable enumeración de detalles insustanciales, y no necesariamente porque le resultase amena sino, como llegó a revelar en un momento dado, por el marcado gracejo meridional con que se expresaba mi hermana.

Lo peor de dicho refuerzo positivo fue que el asunto dio pie a la anfitriona para sacar a colación la diferencia de precios entre unos establecimientos y otros, las ventajas que obtenía comprando en un superdescuento y, ya puesta, los encajes de bolillo que se veía obligada a hacer con un presupuesto tan limitado y una cesta de la compra que no paraba de subir. Aun siendo las propias de un ama de casa, tales confidencias lograron abochornarme, pues subrayaban con toda crudeza algo que mi hermana ignoraba: el abismo existente entre nuestro nivel de vida y el de nuestra invitada.

Pero la situación se volvió más engorrosa todavía cuando yo retiraba los platos sucios al tiempo que mi hermana colocaba los limpios para servir el pastel de carne.

En ese momento dijo:

—Anda, casi se me pasa. —Tomó un trozo de papel sujeto bajo la peana de uno de los candelabros del aparador y me lo alargó. En él aparecía escrito un número de teléfono— Esto me lo ha dado Conchita, la de enfrente. Por lo visto, mientras yo estaba fuera han venido unos guardias civiles preguntando por ti.

—¿La Guardia Civil preguntando por mí? Qué raro. —Me esforzaba en componer un ademán perplejo a la vez que el nerviosismo me comía las tripas; pero ¿cómo podía reconocer ante Carmen, en un instante tan delicado, que por fin iba a tener entre mis manos el expediente de aquel verdugo que de confirmarse mis sospechas no sería otro que su abuelo?

—Creo que te traían unos papeles, y como no estabas le han dado ese número para que llames y te digan dónde debes recogerlos.

—¿Tendrá algo que ver con el embargo? —sugirió Carmen, y de inmediato se desdijo—. No, imposible; ellos no pintan nada en eso.

—¿Otro embargo? —preguntó mi hermano con el semblante demudado—. No nos habías dicho nada.

A mi hermana también se le transformó la cara. La escena se había vuelto particularmente tensa: el silencio era espeso, ambos aguardaban una aclaración y las mejillas de Carmen se teñían de rubor por un comentario inocente, un cabo que yo había dejado suelto.

—De acuerdo, debí contároslo y no lo hice; lo siento. Se trata de la última deuda pendiente, esa de la que se supone que respondería mi ex socio.

—¿Por qué dices «se supone»? ¿Acaso no lo va a hacer? —me apremió mi hermano a informarle.

—Me ha dicho que lo intentará, aunque es posible que sus recursos no den para cubrir el cien por cien.

—¡Ya estamos de nuevo con lo mismo! —dijo estallando mi hermana. Se secó una lágrima incontrolada y miró a Carmen buscando su adhesión— ¿Será posible? Este tío termina siempre escaqueándose.

—¿Y qué ha sido, la nómina otra vez..., o hay algo más? —continuó preguntando mi hermano.

—No, solo la nómina. Bueno, y mi cuenta corriente, pero apenas disponía de saldo.

Me volví a Carmen. Sentí un tremendo apuro viéndola en medio de semejante escena. Entonces levantó la vista del plato y se dirigió a ellos.

—¿No os parece que lo estáis atosigando? Si no os lo ha confesado hasta ahora ha sido porque se encontraba demasiado ocupado con mis problemas. Vamos, solo una persona con un corazón como el suyo es capaz de decidir de la noche a la mañana, y nunca mejor dicho, hacer un viaje de mil kilómetros para sacarme del agujero en el que me encontraba. Y esto no me importa confesarlo, que conste.

—Ya está bien, Carmen. No sigas —le rogué cogiéndole el brazo.

—No, no me importa decirlo: estoy casada, mi matrimonio se ha roto y por si fuera poco soy adicta a los estupefacientes.

Lejos de lo que me temía, aquella espontánea declaración diluyó por ensalmo toda la tensión que se había generado. Yo lo atribuyo al hecho de que, de pronto, mis hermanos comprendieron que la desgracia no era una circunstancia exclusiva de nuestra familia; muy al contrario, nos vinculaba a ese universo exterior encarnado en alguien tan ajeno a ellos como Carmen. Así pues, llegó la hora de marcharme y mi amante se encontraba tan distraída que prefirió prolongar la sobremesa en lugar de volver al hotel, de modo que acordamos que la llamaría al finalizar la reunión.

Esta se alargó hasta después de las ocho, lo que venía siendo habitual. Carmen me contestó desde la terraza de una cafetería en la que, según manifestó, llevaba más de dos horas complaciéndose con los chismes autobiográficos de mi hermana. Al unirme a ellas no pude evitar acordarme de las propiedades de la estructura de anillo que había estudiado en bachillerato: la suma de dos números negativos es otro negativo; en cambio el producto arroja un resultado positivo. Evidentemente yo carecía de la intuición necesaria para anticiparme a tal efecto y, sin embargo, la conjunción de dos personas deprimidas había funcionado, al menos en este caso, del mismo modo que la multiplicación: nadie se atrevería a pensar que lo estaban después de verlas tan animadas.

—¿Sabes? Tu hermana me ha convencido —dijo Carmen conforme le pedí una cerveza al camarero—. Es una tontería que me ponga a buscar un piso pudiéndome quedar en vuestra casa.

—Es natural —añadió mi hermana—. Nada hay mejor contra la tristeza que sentirse acompañada. Y si es por vuestro..., ¿cómo dijiste antes? Ya me acuerdo: por vuestro *idilio*, bueno, tú tranquilo, que yo no voy a molestaros lo más mínimo. Salid y entrad cuando os apetezca. Podéis dormir en la cama grande de la tita.

—Eso sí —apuntó Carmen—, yo me reservo las mañanas de los días laborables para ir a la compra con tu hermana. Bueno, la compra y lo que se tercié: un paseo en barca, o mejor, en coche de caballos, unos tintos de verano, qué sé yo..., tal vez alguna *rayita* de coca... Estaba de guasa, hombre, no me mires con esa cara.

No era cosa de desperdiciar la simpatía reinante, de manera que nos fuimos los tres a tomar unas tapas a aquella entrañable taberna de Triana donde se había fraguado la complicidad entre Carmen y yo, y donde mi hermana, en esa nueva visita, instituyó con su desenvuelta conversación lo que nosotros no nos habíamos atrevido a formular hasta entonces: nuestro status de *novios*.

A la salida acompañamos a mi hermana y recogí lo necesario para asearme y cambiarme de ropa en la habitación del hotel. Con cierta sensación de nostalgia transcurrió frente a sus amplios ventanales nuestra última noche fuera de casa.

Aunque yo me había ofrecido a llevar a Carmen en coche antes de comenzar las clases, ella prefirió quedarse a desayunar, hacer sin prisa la maleta y tomar luego un taxi. Su decisión me permitió acudir al trabajo con antelación suficiente para poder

telefonar al número de la Guardia Civil que había apuntado mi vecina. Durante varios minutos fueron pasándome de un departamento a otro, y en cada ocasión me veía obligado a explicar punto por punto las razones de mi llamada. Finalmente supieron responderme en la oficina del puesto de Sevilla, donde quedé en personarme al día siguiente. Naturalmente no le comenté a Carmen lo más mínimo respecto a aquello, y ella no se acordó o no quiso preguntarme nada sobre la inexplicable visita de la Benemérita a mi domicilio.

Nuestra primera tarde de excursión primaveral por Sevilla resultó tan amena que nos hizo olvidarnos de cualquier problema. Mi temor era que, tras la dilatada jornada de relaciones familiares que Carmen había vivido el día anterior, una crisis de abstinencia pudiera dar la cara. Sin embargo, viéndola tan abstraída en la contemplación del trampantojo con el que Valdés Leal decoró la sacristía del Hospital de los Venerables, o tratando de interpretar los amores de Zeus plasmados en el mosaico italicense que ocupa el patio del Palacio de Lebrija, me dije a mí mismo que el estado del que la rescaté solo había sido un mal sueño.

Tras salir de la casa de la condesa entramos en una librería próxima y muy bien surtida, pues a Carmen, con las precipitaciones, se le había pasado incluir algo de lectura en su equipaje, y de los títulos de mi biblioteca ninguno le seducía. Mientras ella buscaba en la zona de ficción, a mí se me ocurrió darme una vuelta por la sección de guías turísticas.

Debo mencionar en este punto que a principios de febrero había estado hablando por teléfono con mi editor, porque aún no tenía noticias de la publicación sobre Egipto pese a que su intención era sacarla a la venta a finales de 2003.

—La fecha se ha retrasado un poco a causa de ciertos problemas con la imprenta —me aclaró («vete a saber si esos *problemas* son en realidad pagos pendientes», pensé), y prosiguió en tono contundente—, pero no te preocupes, que tan pronto esté lista serás tú el primero en recibir los ejemplares. Quedamos en que serían cinco, ¿verdad?

Su memoria no le fallaba en lo referente a aquella cifra tan ridícula; en cambio sí olvidó avisarme del lanzamiento de la guía, como lo probaba el hecho de que en ese momento tenía ante mis ojos una decena de ejemplares. El entusiasmo que me invadió al tomar uno de ellos del anaquel, abrirlo por una página al azar y acariciarla con delicadeza, igual que si de un cantoral miniado se tratase, pudo más que mi resentimiento hacia aquel empresario cicatero e informal. Los siguientes minutos me entretuve en hojearlo de principio a fin, comprobando cuan diferente resultaba la experiencia de ver mi obra, mi primera obra en el mercado, ilustrada con preciosas fotografías en color, impresa en papel satinado y perfectamente encuadernada.

No podía irme sin ella. Por un instante estuve tentado de comprar ese ejemplar, pero acto seguido me dije: «qué narices». Eché mano al móvil, llamé al editor y le solté tal filípica que me pidió tres minutos para solucionarlo. A los tres minutos exactos me indicó que llevara dos a la caja y me identificase. De esa forma los

registrarían como devoluciones y no tendría que abonarlos.

—En cuanto a los otros tres que te prometí, pásate por aquí a recogerlos el día que te apetezca. Compréndelo, muchacho; ahora empieza la temporada fuerte de ventas y no quiero ni pensar que puedan faltar libros en las tiendas. ¿Te gusta cómo han quedado?

—Bah, no están mal —contesté con desdén, intentando hacerle ver que me duraba el enojo.

—Hay que ver cómo eres. Por cierto, ¿qué perspectivas tienes para el verano?

—Todavía no lo sé. ¿Por qué lo dices, por otra guía?

—Ajajá.

—¿Dónde?

—Ya lo hablaremos cuando vengas —respondió haciéndose el interesante.

—Pero las condiciones económicas habría que revisarlas.

—Hum..., ya lo hablaremos cuando vengas. No me lo dejes mucho, ¿va?

Carmen llegó a la caja acarreando cuatro novelas voluminosas a la vez que me entregaban la bolsa con el par de guías.

—¿Crees que vas a tener tiempo de leerte todo eso?

—No, pero si la que escojo no me gusta siempre tengo otras dos de reserva. Esta no, esta es para ti —se trataba de *Suave es la noche*, de Fitzgerald—. ¿La conoces?

—Oh, no. ¡Muchas gracias! —lo corroboré con un beso discreto.

—¿Y tú, qué has comprado?

—Es una sorpresa. Conforme salgamos a la calle lo verás.

—Vamos —dijo nada más abandonar el establecimiento—, déjame ver esos libros tan misteriosos.

Extraje un ejemplar y se lo ofrecí.

—Este es para ti. Los dos son iguales.

Separó exageradamente los párpados.

—No me digas que es tu... Madre mía, qué ilusión. Bueno, bueno, está..., pero sensacional de verdad —comentó mientras pasaba las hojas con celeridad. Al alzar la cabeza su mirada era radiante— ¿No te hace feliz? Es *tu* propia obra.

—Imagínate. Aunque hubiese preferido que me pagaran más.

Quizá no escuchó aquella objeción, porque para entonces había localizado las páginas correspondientes a los templos tebanos y leía con avidez los párrafos dedicados a la sala hipóstila del de Amón. Y al tiempo que lo hacía sus pómulos se iban empapando de lágrimas, hasta que llegó un momento en que rompió a sollozar, me abrazó ocultando el rostro en el hueco de mi cuello y dijo

—Dios, qué fuerte. Me ha venido todo de golpe. Sácame de aquí, por favor.

* * *

Tener a Carmen de invitada en casa representaba la culminación de mis mayores esperanzas; en cambio comportaba un serio obstáculo respecto a la privacidad de esa investigación a la que se había opuesto con todas sus fuerzas. Por dicha razón me guardé de darle detalles sobre mi horario en el centro y, tal como había previsto, acudí a primera hora del miércoles al cuartel de la Benemérita, retiré la documentación y me la llevé directamente al instituto. Previamente había copiado desde el disco duro de mi ordenador a un *pen drive* el archivo que contenía, punto por punto, la información de diversa índole que había logrado recabar. A solas en el departamento, entre las nueve y las once y media me volqué en completarlo con una síntesis de las cincuenta páginas que constituían la hoja de servicios de Bruno Ibáñez Gálvez.

Supe que había nacido en Zaragoza en octubre de 1898, que ingresó con dieciséis años en la academia de Infantería y que obtuvo la graduación de segundo teniente a los veinte, cuando su estatura había alcanzado los 170 centímetros. Poco después resultaría condecorado con una Cruz del Mérito Militar por su participación, como miembro del Regimiento de Infantería del Príncipe, en la defensa de Melilla y la recuperación de la línea de Dar Drius, tras el desastre de Annual. La visión dantesca de aquellos millares de esqueletos pelados por los buitres a lo largo del camino —los cadáveres de los soldados de reemplazo masacrados y mutilados en las operaciones suicidas contra el caudillo rifeño Abd el-Krim— debió de contribuir significativamente a fermentar en el suboficial un odio visceral hacia el enemigo. Una sensación que sin duda comparte el joven comandante Francisco Franco, encargado de dirigir en esta contraofensiva la recién creada Legión Española por haber resultado herido su fundador, el teniente coronel Millán Astray.

Ascendido al rango de primer teniente, Ibáñez consigue ingresar en la Guardia Civil a mediados de 1922, imagino que para distanciarse en lo posible de ulteriores experiencias africanistas. Precisamente en estas fechas me encontré con una información familiar relevante: Bruno Ibáñez contrae matrimonio el 3 de agosto con Elvira Jordano Espinosa, natural de Daimiel. Se le conceden dos meses de licencia para viajar a este municipio conocido por sus humedales, donde supuse que se celebraría la boda, y para realizar un periplo andaluz por Córdoba, Sevilla, Granada y Cádiz. La hoja de servicios recoge también la apertura de un expediente disciplinario por «insultos de palabra y obra» —¿a qué clase de eufemismo responden esos «insultos de obra»?— cometidos en diciembre de 1923 contra unos paisanos de Daimiel, expediente que se cierra sin responsabilidades un año más tarde.

Durante los tres lustros comprendidos entre 1922 y 1936 ocupará distintos destinos, aunque en su mayor parte se circunscriben a las provincias colindantes de Ciudad Real y de Toledo. No obstante, el ascenso a capitán va seguido del traslado a otras más orientales: Castellón, Cuenca, Teruel. A partir de 1927 comienza a desempeñar en la Plana Mayor los cargos de cajero, habilitado y auxiliar de mayoría. Sus temporadas de permiso por asuntos propios, por lo general de dos meses en

verano, suele pasarlas en Daimiel, para donde logra además breves pero frecuentes comisiones de servicio, lo que me llevó a pensar en los fuertes vínculos familiares que le unían a dicha localidad, algo que no sucedía con su Zaragoza natal. Tanto es así que en 1929 se le adjudica la comandancia de Ciudad Real, a unos 30 kilómetros del pueblo de su esposa, cuando el padre de esta acaba de fallecer.

Ese mismo año se le otorga la Medalla de la Paz de Marruecos. Posteriormente recibirá el reconocimiento del gobierno por su defensa del orden público durante la rebelión de diciembre de 1930, aquella que encabezó Fermín Galán desde Jaca. En enero de 1931 asciende a comandante y es destinado a Oviedo, una plaza que no llega a consolidar, ya que tras la enésima comisión de servicio en Daimiel se incorpora a la comandancia de Toledo. Don Bruno promete fidelidad a la República; sin embargo, buena parte del año se consume entre recurrentes comisiones, permisos y licencias por enfermedad. Y más llamativa es su situación en 1932, pues desde febrero queda en disposición de supernumerario sin sueldo todo un año.

Llegado febrero de 1933 regresa a la situación de activo como disponible forzoso. Lo envían a Huesca, pero acumula permisos hasta volver en calidad de segundo jefe a la comandancia de Ciudad Real, donde a menudo ostenta el mando por enfermedad del titular. Es en febrero del 35 cuando ocupa el cargo de ordenador de pagos, que sigue alternando o simultaneando con la jefatura de la comandancia e incluso con el mando del tercio.

De nuevo en condición de disponible forzoso, en abril del 36 se le asigna el puesto de la comandancia de Teruel, y el de la de Córdoba en junio. Es así como, tras su tardía presentación a las autoridades golpistas, alcanza la dirección de esta comandancia el 28 de julio y la del tercio al día siguiente, cargo que ocupa entre tanto tiene lugar su ya conocido nombramiento de jefe de Orden Público. Aún lo ostentaba cuando el Caudillo le otorga el ascenso a teniente coronel, a mediados de enero de 1937.

¿Pero qué fue de Bruno Ibáñez tras su traslado a la comandancia logroñesa dos meses después? El gobierno de Burgos parece tener en cuenta sus dotes para la cirugía política: a finales de agosto, recién concluida la Batalla de Santander, es enviado a esta provincia, donde se le encomienda la jefatura de la Columna de Policía y Limpieza, una misión de vanguardia que se verá continuada cuando en abril de 1938 se le confíe no solo la organización de la comandancia de Zaragoza, sino también de las fuerzas de la Benemérita en las áreas que van siendo ocupadas en Cataluña. Finalmente asume, en marzo del 39, el mando de tres Batallones de Orden Público.

Concluida la contienda, y una vez logrado el reconocimiento de sus méritos como verdugo, a don Bruno le ha llegado la hora de disfrutar de las prebendas que ofrece la burocracia del régimen triunfante. Así pues, en los meses siguientes consigue una vocalía en la junta ejecutiva de la Asociación de Socorros Mutuos, otra en el consejo de gobierno de la Asociación de Huérfanos del Cuerpo y, entre tanto, el puesto de

Delegado General de Recuperación Mobiliaria del Ejército del Centro.

El ascenso al grado de coronel en 1940 —siempre por antigüedad— le lleva al frente de dos tercios, el de San Sebastián, en marzo, y el de Barcelona, en octubre. En este mismo año es llamado a Sevilla para declarar ante el juez militar de Córdoba sobre el destino dado a los fondos procedentes de las suscripciones patrióticas abiertas cuando detentaba la jefatura de Orden Público de dicha ciudad. Al igual que sucediera con el expediente de 1916, la instrucción concluye sin declaración de responsabilidades.

La ley de 15 de marzo de 1940, que establecía la reorganización de la Guardia Civil, implicó la desaparición del Cuerpo de Carabineros, denostado por los franquistas en razón a que el gobierno republicano había empleado este nombre para sus unidades de combatientes. El control de costas y fronteras pasó de ese modo a depender de la Benemérita, para lo cual se crearon tercios específicos destinados a dichas misiones. Enardecido por el cierre de la instrucción informativa sin cargo alguno, don Bruno intuyó seguramente la oportunidad de obtener pingües beneficios mediante el cohecho de los contrabandistas. La hoja de servicios da cuenta de un par de permisos para viajar a Madrid durante el otoño de 1940. No me cabe la menor duda de que ello tuvo que ver con la asignación de su nuevo destino en Málaga, del cual tomó posesión en marzo de 1941.

En los siguientes años apenas encontramos anotaciones de interés en el documento. Ibáñez se mantiene al mando de la comandancia malacitana, puesto que solo abandona en dos ocasiones: en diciembre de 1943, fecha en la que actúa en Burgos como vocal de un consejo de guerra, y doce meses más tarde, al ser llamado a Logroño para diligenciar un exhorto con carácter de juez instructor.

Y al fin pude recoger el dato que me interesaba: el día 19 de enero de 1946 don Bruno navega a bordo del guardacostas Alcaraván, dirigiendo una importante operación de decomiso, cuando un fuerte temporal hace naufragar el barco en medio del mar de Alborán. El rescate de la tripulación resulta infructuoso. El coronel Ibáñez Gálvez es ascendido a título póstumo al rango de general de brigada y condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando, justo el mismo año en que aquel siniestro individuo de falsa identidad se establece con su familia en Las Cumbres de San Calixto. La probabilidad de que uno y otro no fueran la misma persona había quedado reducida prácticamente a la nada.

El entusiasmo por ver confirmadas mis conjeturas me causó una excitación que, a buen seguro, no debió de pasar desapercibida a los alumnos con los que tuve clase las horas siguientes, habituados últimamente a soportar el contraste entre el fastidioso abatimiento de su profesor y la euforia primaveral que los dominaba. Pero tan pronto subí al coche y giré la llave de contacto —lo que equivalía a sumergirme en el inviolable ámbito de la abstracción— me vi de nuevo enfrentado al incómodo deber de ocultarle a Carmen cuanto sabía sobre su progenitor. A decir verdad, igual de poderosa era la apremiante necesidad de compartir con ella mi descubrimiento como

el miedo a que el rebrote de sus dramáticos recuerdos pudiera devolverla al pozo del que comenzaba a salir.

Cuando giré la última llave, la que abría la puerta del piso, el conflicto permanecía sin resolverse. En el comedor encontré la mesa preparada con un esmero inusual. Mi hermana seguía por el telediario las novedades sobre los preparativos de la boda del príncipe de Asturias.

—¿Y Carmen? —le pregunté.

—Curando el hámster.

—No es un hámster, es un jerbo —le corregí.

—Bueno, pues el jerbo —respondió sin apartar los ojos de la pantalla.

Entré en mi cuarto. Mi novia estaba sentada en el borde de la cama acariciando la larga cola del roedor, que apoyaba las pequeñas patas anteriores en su pulgar al tiempo que la olisqueaba con curiosidad. El día anterior habíamos decidido colocar el terrario sobre mi mesa de trabajo, junto a la pantalla del ordenador. La razón fundamental era que este dormitorio no iba a usarse temporalmente como tal; y es que la incesante actividad nocturna del jerbo podía perturbar el sueño del más pintado.

Cuando besé a Carmen advertí un leve rasgo de melancolía en sus ojos que ella se apresuró a disimular con una pregunta de cumplido. Atrapé al jerbo para observar de cerca su ojo izquierdo.

—Oye, está casi curado —comenté.

—¿Has visto? El colirio le ha hecho efecto enseguida. —Se oyó cerrarse la puerta del piso— Ya está ahí tu hermano. Venga, vamos a comer, que tengo hambre.

Depositó el animal en su habitáculo y coloqué la tapa. Carmen salió delante de mí en dirección a la cocina. Yo me volví un instante para calcular el espacio disponible en la mesa. Una idea pujante me asaltó de repente.

A lo largo del almuerzo la idea fue cuajando a escondidas en el interior de mi cerebro, igual que si se tratase de la estrategia decisiva en una partida de ajedrez. El objetivo consistía en lograr que Carmen *lo supiera*, y tal era la obsesión por conseguirlo que incluso desdeñaba el efecto pernicioso que para ella podía tener. Se diría que una pulsión obscena de mi inconsciente me inducía a no considerarlo, una pulsión que, sin embargo, no era capaz de doblegar el pavor que me provocaba el verme en el aprieto de *decírselo*. Se trataba, por expresarlo sin ambages, de dejar que ella misma se enterase de cuánto había logrado yo averiguar sobre sus orígenes aun contra su voluntad.

Mi hermano se marchó nada más acabar la crema catalana que había elaborado nuestra invitada. Conforme vi que esta le ofrecía un cigarrillo a mi hermana supe que la sobremesa iba a dilatarse, momento que aproveché para dejarlas solas con la excusa de preparar unos exámenes. No era este, evidentemente, mi propósito. Sentado frente al ordenador, empecé copiando el archivo actualizado esa misma mañana desde el lápiz de memoria a la carpeta del disco duro dedicada

específicamente a la investigación. Acto seguido hice un duplicado de dicho archivo y lo abrí con la intención de suprimir en él las conjeturas de Fermín, el pastor que conocí en mi visita a la comarca de Azulejos, sobre la paternidad incestuosa de Carmen, así como otras anotaciones relativas a este particular. Pero cuando me encontraba espulgando del documento las alusiones a aquella lacerante circunstancia, la voz opaca que gobernaba mis decisiones impuso de nuevo su criterio, de manera que cancelé las modificaciones, borré el duplicado y sin escrúpulo alguno pulsé el botón derecho del ratón sobre el icono del archivo original para elegir directamente la opción de imprimir: un guion de sesenta y ocho páginas sobre los horrores de aquel verdugo y fugitivo que había engendrado no solo a la madre de la mujer que yo amaba, sino probablemente a ella misma.

A continuación saqué por impresora la imagen escaneada de la portada del diario *Azul* en la que aparecía el sanguinario personaje con otros tres golpistas, tracé con un rotulador rojo de punta gruesa un círculo en torno a la cabeza del primero, coloqué la fotocopia sobre su expediente y este, a su vez, sobre el guion que acababa de imprimir. En el lote incluí también las copias que guardaba de sus amedrentadores bandos publicados en el citado periódico. Por último situé el rimerero de hojas justo a mi izquierda, es decir, ante la urna desde donde el jerbo seguía mi ajetreo. No me cabía la menor duda de que Carmen acabaría examinando aquella documentación.

La foto de don Bruno me hizo recordar que habían transcurrido más de dos semanas desde que se la envié a Eugenio. Su confirmación ya no resultaba imprescindible a esas alturas, pero me preocupaba no haber recibido respuesta. Regresé al comedor pretextando buscar el tabaco, y al ver que mi hermana había conducido el coloquio con Carmen hacía el terreno que más le complacía, el de sus confidencias más íntimas, entendí que todavía contaba con un buen rato de margen. Tomé con disimulo el inalámbrico, me lo llevé al cuarto y marqué el número de mi cliente literario. Nadie contestó, aunque al menos había activado un buzón de voz donde dejé constancia de mi inquietud por carecer de noticias suyas. La misma operación volví a realizarla en los días siguientes con el mismo resultado. De hecho llamé incluso al hospital imaginando que pudiera haber sufrido un nuevo accidente cardiovascular, a lo cual me respondieron que ese paciente no había tenido más ingresos después de su alta en noviembre del año anterior.

En otra coyuntura, la pérdida de contacto con Eugenio habría acaparado mis preocupaciones. No obstante, este y todos los demás problemas quedaron eclipsados por el potencial conflicto que mi insensatez había puesto en marcha. Y lo que era peor: en el afán por revelar a Carmen mis descubrimientos no sopesé hasta qué extremo me iba a pasar factura la cobarde perfidia que estaba cometiendo. A partir de ese momento puede decirse que la convivencia con ella se volvió expectante, algo así como una convivencia *a la defensiva*.

No sucedió la misma tarde del miércoles. A las cinco en punto nos encaminamos al Arenal para satisfacer una curiosidad de Carmen que yo mismo, como cicerone,

había alimentado: la de conocer el Hospital de la Caridad —tan vinculado a aquel Miguel de Mañara que la leyenda identificó erróneamente con el personaje de don Juan—, y en particular las macabras *Postrimerías* de Valdés Leal expuestas en su iglesia. A la salida visitamos las contiguas atarazanas medievales, parte de las cuales se emplearon, adaptadas, en la construcción del hospital. Finamente regresamos a la calle de Santander, donde Carmen pudo ver la poco conocida torre de la Plata, desembocamos en el paseo de Colón y descendimos al muelle del Marqués de Contadero para contratar, en uno de los quioscos próximos a la torre del Oro, la excursión fluvial que habíamos acordado hacer el sábado siguiente.

No sucedió, como digo, aquella tarde. Pero el jueves por la mañana, mientras bajaba las escaleras del bloque con la sensación de tener aún adherido al mío el cuerpo recién estrechado, las tripas se me anudaron, y este irritante malestar ya no me abandonaría. En la mesa justifiqué mi escaso apetito con la falsa excusa de haberme comido en el instituto un gran trozo de la tarta a la que Fátima, nuestra compañera de Dibujo, nos había invitado con motivo de su santo. Mis intervenciones en la conversación eran escasas, y evitaba en lo posible encontrarme con los ojos de Carmen. Horas después, cada vez que se detenía a comentar alguno de los lienzos exhibidos en el museo de Bellas Artes, apenas se me ocurría otra cosa que corroborar sus observaciones. Y durante la cena que tomamos en un restaurante italiano, el vocerío de la numerosa clientela impidió, para mi propio alivio, que nuestro diálogo rebasara los límites de lo escueto.

La densa normalidad del jueves se prolongó al viernes, y con ello mi espera se iba ahogando en su propia paradoja: tan grande era la impaciencia por conocer la reacción de Carmen como el temor que me inspiraba. Era del todo imposible que no hubiese leído lo que dejé junto a la caseta del jerbo; aunque evitaba entrar en mi cuarto cuando ella se encontraba allí, sabía que acudía al menos tres o cuatro veces cada día para ponerle el colirio, cambiarle el agua, echarle de comer o simplemente sacarlo de su encierro y jugar con él. Por otra parte, los folios amontonados no estaban en la misma posición en que los dejé; además, presentaban ligeras señales de haber sido examinados, algo que mi hermana jamás había hecho con los papeles que a menudo se acumulaban en el escritorio. Y sin embargo Carmen continuaba comportándose igual que si le hubiesen pasado desapercibidos.

El sábado madrugamos para poder embarcar a las ocho y media en el pequeño crucero que nos llevaría río abajo hasta su desembocadura en Sanlúcar de Barrameda. Aún se mantenía el aire fresco del amanecer, pero el sol radiante invitaba a permanecer en cubierta, de modo que el paulatino ascenso de la temperatura nos obligó a quedarnos en mangas de camisa cuando navegábamos entre Coria y La Puebla del Río. Pese a su monotonía paisajística, las agrestes riberas de las marismas del Guadalquivir sedujeron a Carmen hasta un extremo que yo no imaginaba, especialmente en esos últimos kilómetros en los que el barco, tras haber dejado atrás los feraces arrozales de Isla Mayor, avanzaba paralelo a las orillas del parque de

Doñana. Su cámara réflex, que hasta entonces había captado solo panorámicas de Sevilla y de los pueblos ribereños, más algún que otro retrato suyo o mío en calidad de turistas accidentales ávidos de sol, se ponía al servicio de la fotógrafa naturalista para plasmar llamativas colonias de garzas, cormoranes, flamencos o patos de diversas especies.

Cuando a la dos menos cuarto abandonamos el barco en el pantalán instalado en la playa de Bajo de Guía, la urgencia por calmar el hambre nos condujo a toda prisa y sorteando obstáculos a lo largo del paseo, donde se alineaban las casetas a medio montar de la feria que se celebraría la semana siguiente. Yo tenía interés en llevar a Carmen a un minúsculo bar de la céntrica plaza del Cabildo muy conocido por su excelente manzanilla pasada, y de hecho fue providencial encontrar una mesa libre en su terraza. Después de saciarnos con las tortillas de camarones, las patatas con melva y los célebres langostinos, estuvimos deambulando largo rato por el Barrio Alto, pues allí se concentran los palacios, las fortificaciones, las iglesias y los conventos de este milenario enclave portuario.

Concluida prácticamente la digestión en aquel recorrido monumental, iniciamos el regreso a la playa dispuestos a darnos un baño. El dilatado horizonte del estuario, la incomparable frontera vegetal de Doñana, el sosegado tránsito de barcos apareciendo u ocultándose tras el meandro de Bonanza, la dorada luz de la tarde, el murmullo apacible de los escasos bañistas dispersos en aquella inabarcable extensión de arena... Un entorno perfecto, relegado sin embargo a la condición de mero plató para una sensual puesta en escena. Y es que, si bien es cierto que nos habíamos zambullido juntos, después de nadar apenas tres o cuatro minutos me dirigí yo solo a la orilla inducido por un impulso casi mítico: el de ver emerger de las aguas —«cual una venus tartesia», formuló mi voz pagana— la esbelta figura de Carmen con un bañador blanco ceñido a las rotundas formas de su cuerpo húmedo.

Soltó las gafas de natación a la vez que se colocaba las de sol. A continuación separó con los dedos los mechones de su cabello y, tras secarse con la toalla, se dejó caer en la esterilla, acodándose contra ella para ofrecerme su perfil. Embriagado del atractivo que irradiaba, la empujé por los hombros hacia atrás, me senté a horcajadas sobre sus fuertes muslos y sembré de besos el sinuoso relieve de su piel hasta que la vergüenza provocada por su excitación la obligó a apartarme de sí. Permanecimos tendidos boca arriba por un tiempo indeterminado, con la vista perdida en el infinito azul y sin cruzar ni una sola palabra. Fue Carmen la que rompió al fin el silencio cuando dijo:

—Qué lástima que esto tenga que acabarse.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a mis improvisadas vacaciones. Mañana regreso a Barcelona.

Me incorporé de un respingo y estudié su semblante, pues el matiz neutro de aquella declaración no permitía deducir el significado que encerraba.

—¿Tan rápida ha sido tu recuperación? —lo dije con un tono que no denotaba

precisamente júbilo.

—No me encuentro demasiado bien, para qué te voy a mentir —volvió la cabeza hacia mí, dobló una pierna y cruzó la otra por encima—. De hecho llevo tres días tirando con los antidepresivos de tu hermana. Imagino que no te lo habrá contado.

—No, no me lo ha contado. ¿Debo suponer que tiene algo que ver con lo que se recoge en los apuntes de la investigación y demás?

—Cariño —se acodó de nuevo y apoyó momentáneamente su mano en mi antebrazo—, ¿tú me quieres de verdad?... Perdona, no era esta la pregunta que pretendía hacerte. Quiero decir, ¿te has detenido a recapacitar sobre lo que yo siento, lo que sucede dentro de mí, lo que me preocupa y lo que me hace sufrir, o acaso es cierto que eso nunca se puede esperar de ningún hombre, ni siquiera de ti?

Su interpelación constituía un desafío que rebasaba lo puramente personal e involucraba mi naturaleza masculina. Rehusé defenderme en aquel territorio, donde a buen seguro habría caído en el ridículo.

—Te podría contestar afirmativamente, pero tal como lo planteas presiento que no me ibas a creer.

—¿Por qué?

—Demasiado difícil de explicar, sobre todo porque aún no has contestado a la pregunta que te hice antes.

—¿Sabes? Al empezar a leerlos me dio por pensar que los habías dejado allí a propósito. Qué mente tan retorcida la mía, ¿verdad? —por lo visto su debilidad de ánimo no le impedía mostrarse mordaz. Traté entonces de colocarme a su nivel.

—Es probable que mi inconsciente me jugara esa mala pasada. Aunque ya que hablamos de ello te agradecería que me expresases tus impresiones.

Puso un dedo en su frente y mantuvo el gesto durante unos segundos. A continuación se incorporó, buscó en la bolsa el paquete de cigarrillos y me ofreció uno mientras yo le daba fuego. Permaneció sentada, con las piernas cruzadas y la vista fija en la orilla opuesta.

—De acuerdo. Sospecho que esperas oírme decir: «¡Oh, cuántas cosas de mi vida que desconocía me has revelado!». ¿No es así?

—Eso me lo dirás tú.

—Bueno, yo no tuve la oportunidad de enterarme. Pero no es menos cierto que mi existencia ha transcurrido en una permanente disyuntiva: por un lado se hallaba la necesidad de olvidar aquel infierno para poder sobrevivir; por el otro, la interpretación que con el transcurso de los años he logrado elaborar. Y en ese sentido tanto tu investigación como mis amargas reflexiones han girado alrededor de *él*, de mi abuelo, mi padre, mi carcelero, mi verdugo: cualquiera de esos calificativos puedes darle. No sabía que usaba un nombre falso, y sin embargo no me cupo duda alguna respecto al hecho de que mi abuela había sido una de sus víctimas. Me refiero a las víctimas de su pasado, ese pasado que nos estaba vetado mencionar siquiera.

—¿Cuál era entonces la versión oficial?

—¿Por qué te empeñas en presumir que la había? Te lo diré una y mil veces y seguirás sin entenderlo. ¿Cómo podría explicártelo? No se trataba del cuento de la cigüeña; sencillamente no existía la noción de «nacer».

—En tal caso cuéntame al menos la visión que tenías de tu familia. ¿Nunca te preguntaste, por ejemplo, por qué tu abuela vivía sola en aquella casucha?

—No sé, cuando tuve uso de razón llevaba ya bastantes años apartada. Entonces me daba pánico cuestionarme cualquier hecho familiar; ten en cuenta que reprimieron mi curiosidad a fuerza de golpes y castigos. Continuamente escuchaba las mismas palabras de mi abuelo: «eso no te importa», «ni se te ocurra decirlo», «te lo prohíbo», «ya te guardarás»... Luego, con el tiempo, comprendí que era una de sus incontables crueldades. Quizá te parezca que miento, pero la abuela jamás me confesó lo más mínimo.

—¿Por qué va a ser mentira? Su biografía fue tan horrible que la vergüenza le impedía referir sus pormenores a pesar de ser ella misma la víctima. Es la típica autocensura del oprimido.

—A mí me sucedía otro tanto, así que tampoco me atreví a sonsacarle nada. Y aunque me resistía a admitir los escasos rumores que llegaban a mis oídos, al final no me quedó más remedio que aceptar el vínculo entre el alejamiento de la abuela y aquella extraña relación del abuelo con mamá que él, por supuesto, ocultaba con todo celo. Créeme si te digo que no me sorprendió lo más mínimo verlo retratado con su uniforme en la portada de ese viejo periódico. Desde mi juventud he tenido la certeza de que había sido militar, o policía, o incluso un alto cargo falangista. Evidentemente tampoco me sorprendió el sangriento papel que ejerció en Córdoba.

—¿Sabes? Me cuesta trabajo concebir que con un historial como el tuyo, quiero decir, después de soportar el yugo de una represión tan brutal y sistemática durante tu infancia, hayas acabado siendo de derechas.

—¡Vaya dictamen! Ya estamos de nuevo con la típica visión simplista del marxismo de salón. ¿Y dónde te dejas la tradición liberal que se remonta a la Ilustración?

—El Partido Popular tiene hoy día bien poco de liberal y demasiados resabios franquistas.

—¿Volvemos a la carga? —el volumen de su voz se iba elevando por momentos—. Si quieres discutir, ¿por qué no hablamos mejor de esa reciente obsesión enfermiza por hacerte un hueco en la historiografía de la Guerra Civil? Tú no eres un investigador, no posees la menor trayectoria universitaria. Acaban de editarte una estupenda guía de Egipto. Para mí se ha convertido en un regalo precioso, nada menos que el primer libro del hombre al que quiero. Y aun así debes entender que solo es eso, cariño: una guía turística. ¿Dónde están publicados tus ensayos, tus ponencias, eh? Anda, dímelo. Cuando finalizaste la carrera te faltó tiempo para sacarte las oposiciones de Secundaria, y ahora que te has apoltronado impartiendo clases a adolescentes pretendes crearte una reputación como historiador

a costa de airear toda la mierda que arrastra mi linaje. Y encima dices que me amas. ¿Cómo puedes tener tanta desfachatez? —encendió otro cigarrillo apresuradamente.

—No pretendo crearme ningún nombre. Es solo un encargo, y lo acepté porque necesito ese dinero, bien lo sabes.

—Ese pudo ser el motivo inicial, pero últimamente las cosas se han vuelto distintas. Estas trastornado, pareces un hurón. No, un hurón no, un buitre, oteando desde las alturas la carroña con la que alimentar tu ego. Te regodeas desenmascarando a aquel monstruo como si te importara un bledo que fuese mi propio padre. ¿Acaso no te das cuenta de lo que supone para mí estar en este mundo por culpa de una depravación tan grande? Dios mío, ¿tan fácil te resulta olvidar el trauma que arrastro desde..., desde aquella espantosa tarde del setenta y seis? —mostraba unos ojos desencajados—. ¿Qué clase de sangre corre por tus venas si te sientes capaz de poner en letra impresa estos y otros tantos horrores que forman parte de mi intimidad?

—No te pongas así. Bastaría con omitir los datos relativos a tu identidad y el problema quedaría resuelto. ¿Y si Eugenio aceptase cambiar el nombre del pueblo y su localización por otros ficticios?

—Qué ingenuidad. Vamos, que en toda España no va a haber nadie que conozca lo que sucedió en El Retamar. ¿No ves que desde finales de los setenta son centenares las familias de aquella comarca que han emigrado, y en su mayoría se marcharon a Cataluña? Si solo con la construcción del pantano desaparecieron ocho pueblos. Imagínate.

—Pero esas personas no tienen por qué relacionarte con aquello.

—¿Que no? Mira: el año pasado se presentó en el zoo una antigua compañera de colegio que no había vuelto a ver desde entonces. Pretendía que usara mis *influencias* para colocar a su sobrino, que es veterinario y se encontraba en paro. Además, olvidas que Tomás está dispuesto a hacerme la vida imposible. Ya se encargaría él de promocionar tu libro. Anda, llámalo y se lo cuentas, verás qué ilusión le hace.

La situación resultaba especialmente tensa, y lo más grave era que, incluso sabiendo que tarde o temprano habría de darse, yo no había elaborado una defensa adecuada a mi causa.

—Bueno, todavía disponemos de tiempo más que suficiente para llegar a un acuerdo. Aún quedan muchos aspectos por investigar. Necesito saber qué fue de la familia..., digamos *oficial* de tu padre; necesito saber cuál fue exactamente su papel en Málaga. Es fundamental conocer también con exactitud el motivo por el cual tuvo que ocultarse en Las Cumbres y cambiar su identidad y la de tu abuela. Y lo más importante: averiguar qué pasó realmente en El Retamar aquel terrible día. Por cierto, ¿no consideras que mi trabajo sería una oportunidad de rendirle justicia a la memoria de esa mujer? Después de la vida y la muerte que tuvo es lo menos que merecería.

—Hay que ver cómo tratas de llevar las aguas a tu propio molino. No, no me vas a convencer —dijo con los labios contraídos por la tensión—. Bastante padeció mi

abuela para que encima te dediques a hacer sensacionalismo barato con sus infinitas desgracias. Ella ya se ganó el cielo, y la compañía de Dios es todo cuanto necesita. Déjala en paz, por favor, déjala en paz.

El paso de un grupo de caballistas por la orilla coincidió con el silencio fatigoso que se había creado entre nosotros. Conforme se alejaban las cabalgaduras, y con ellas el ruido sordo de sus cascos sobre la arena, volvía a sentirse el rumor de las suaves olas que traía la brisa de poniente.

—Por lo que veo —dije al fin— te niegas en redondo a ofrecerme cualquier salida. Te has cerrado en banda y...

—La pelota está en tu tejado. —Levantó las cejas— Te toca elegir: o la investigación o yo. Tú dirás.

Nuevo tiempo muerto. Y con él la angustia clavándose como la hoja de un cuchillo en el estómago. Evidentemente no podía tomar una determinación. Se me hacía imposible.

—Renuncio. Andamos malgastando la tarde en un melodrama absurdo que no conduce a ninguna parte. Además, dentro de media hora sale el autocar de regreso. Será mejor que vayamos recogiendo, porque nos espera junto al embarcadero y llegar allí nos puede llevar un cuarto de hora perfectamente.

—No sé. —Me observó con aire de desprecio. Luego giró la cabeza y añadió en tono desabrido— Creo que voy a darme otro baño. Ahora vuelvo.

Se desprendió de las gafas de sol y las tiró a un lado. Cogió las de natación de un manotazo y se encaminó con paso resuelto hacia el agua. Cuando le llegaba a la cintura se ajustó las gafas y comenzó a nadar a crol alejándose de la orilla. Yo no le quitaba ojo de encima, y supuse que daría media vuelta conforme se desfagara. Por el contrario, mantuvo el rumbo adentrándose cada vez más en el estuario. Su estela se iba difuminando, y tuve que recurrir al *zoom* de la *réflex* para cerciorarme de que no se le presentaba ningún percance.

Pronto comprendí que esa asidua asistencia a una piscina cubierta, que en alguna ocasión había mencionado de pasada, no era tanto una mera distracción cuanto un entrenamiento en toda regla. De hecho no habrían transcurrido ni cinco minutos y, según mis cálculos, llevaría recorridos alrededor de doscientos metros. Poco después se detuvo. Temí que hubiera sufrido un calambre; sin embargo el objetivo de la cámara me permitió comprobar que tan solo se había tomado un descanso. Tras un momento prosiguió a un ritmo algo menor aunque constante.

Cuando me parecía que había cubierto la mitad de la distancia entre las dos orillas experimenté un enorme sobresalto: un carguero procedente del Atlántico, al que no le había prestado atención hasta ese instante, navegaba río adentro, y su trayectoria y la de la nadadora iban a coincidir, si ninguna de las dos variaba, en escasos minutos. «Ella lo habrá visto ya y se volverá, o al menos esperará a que pase», me dije para tranquilizarme. Pero los segundos transcurrían, Carmen mantenía su imparable avance y yo estaba perdiendo los nervios. Un pensamiento antagónico acudió

entonces a mi mente: «Carmen se ha lanzado al agua en su búsqueda, pretende suicidarse».

La exasperación me indujo a lanzarle unos gritos tan desaforados que desperté la atención de los bañistas, quienes miraban en todas direcciones tratando de adivinar la causa. El chico que alquilaba las sombrillas vino corriendo a mi lado y me apretó el hombro.

—¿Qué le ocurre, caballero?

—¡Mi..., mi mujer! ¡Que se le echa el barco encima! Va por allí —apunté con el dedo—. ¿No la ves?

El joven usó su mano a modo de visera y oteó la superficie fulgente del río hasta que localizó el bulto de Carmen braceando en plena desembocadura.

—Pero, hombre, no se me alarme. ¿No ve que ella anda ya bastante más lejos del sitio por donde va a cruzar el buque?

—¿Seguro? —pregunté con ansioso escepticismo.

—Vamos, si lo sabré yo, que estoy harto de salir a pescar. Lo que pasa, mire usted, es que en el agua las distancias confunden mucho cuando no se está acostumbrado, porque es todo llano. Espere un momento y verá como la tapa el casco. —Y mientras llegaba a ese punto le pasé la cámara para que lo comprobara— Lo que le decía, le lleva ganados por lo menos cincuenta metros. Oiga, ¿y dice usted que es su mujer? Pues le pega fuerte la señora, ¿eh? Vaya hembra. Ya quisiera yo casarme con una así.

El muchacho se mantuvo en silencio hasta que la popa del navío rebasó nuestra perpendicular. Entre tanto Carmen había cubierto una distancia considerable. Tan solo le faltaba un cuarto de la travesía.

—Ea —me dio una palmada en la espalda—. ¿Se ha quedado usted más tranquilo?

—Ya lo creo —contesté al final de una larga exhalación, aunque el bochorno provocado por mi atolondramiento me impedía mirarlo a la cara.

—Bueno —continuó sin atender a mi sonrojo—, si no le importa le acompaño para ver cuánto tarda en llegar. Porque esto no es algo que pase todos los días, no crea. Yo le calculo unos cinco o seis minutos. Qué envidia, si yo supiera nadar así...

Mi parlanchín acompañante se extendió en un monólogo propio del mismísimo cronista de la villa. De la descripción de las carreras hípicas de agosto en la playa pasó a la historia del herrumbroso buque encallado y partido en dos —el *barco del arroz*— cuya silueta se divisaba en lontananza. Y mientras sacaba a relucir a la *duquesa roja*, la propietaria del palacio de Medina Sidonia, Carmen alcanzó por fin la orilla opuesta.

—Ale, ya está allí. —Miró su reloj— Ocho minutos, dos más de lo que pensaba. Pero, bueno, no andaba yo descaminado. Qué portento. ¿Y ahora qué hace? Me parece que va hacia el búnker —se refería a una de esas casamatas de hormigón diseminadas por toda la costa del estrecho que el ejército español y los presos

políticos, dirigidos por ingenieros alemanes, instalaron al principio de la Segunda Guerra Mundial para defender el país de un eventual desembarco inglés—. Coño, que se está subiendo encima. Juraría que hace señas... Sí, está saludando, no es para menos —el chaval lo narraba con verdadero entusiasmo.

Volví a acoplarme el visor de la réflex al ojo y apuré el *zoom*. Lo que Carmen trataba de comunicarme con sus gestos es que acudiera yo adonde ella se encontraba. Rechacé su invitación mediante un amplio vaivén del brazo. En respuesta a mi negativa se encogió de hombros y tomó asiento en el borde de la fortificación, con las piernas colgando. La muy inconsciente me había metido en un apuro que no acertaba a solventar.

—¿No hay barcos que crucen a la otra orilla? —pregunté al chico.

—Hay un transbordador, *Las Siete Hermandades*, que va y viene varias veces, pero atraca más arriba, y además el último viaje me parece que lo da a las cinco o cinco y media.

—¿Ni barcas?

—¿*Juanelos*? Ni hablar, están faenando o a punto de salir. Aunque ahora que lo dice..., tengo un colega que quizá se prestaría. —Se quedó pensando— Lo malo es que los fines de semana se junta con la familia de su mujer y no lo ve ni dios. Podría llamarlo. Eso sí, suponiendo que quiera venir, menos de ciento cincuenta euros no le va a cobrar, seguro.

La tarde avanzaba, habíamos perdido el autobús y aquel extraño al que le debía su socorro durante el ataque de histeria era en ese instante testigo de mi abrumadora indecisión. Miré a un lado y a otro: la mayoría de los bañistas se preparaban para marcharse. Y allá, en la ribera del coto, Carmen continuaba en el mismo lugar, balanceando las piernas. «No puedes seguir así. Algo tendrás que hacer», me dije.

—Bueno, con su permiso voy a ir recogiendo, que me queda mucha tarea por delante —anunció el joven.

—¿Hasta qué hora vas a estar por aquí?

—Huy, eso ni se sabe. Conforme acabe con las sombrillas me voy a echarle una mano a mi primo, que es el dueño del chiringuito de ahí detrás, y allí me pueden dar las tantas.

—Perfecto, en ese caso te dejo al cuidado de nuestras cosas. Toma, por las molestias —y le puse en la mano un billete de diez euros que a pesar de su reticencia acabó aceptando.

—Entonces va usted a cruzar también el río.

—A ver, ¿qué puedo hacer si no?

—Desde luego, con una mujer así seguro que no se aburre.

—No te puedes hacer una idea de cómo me divierto —comenté con irónico fastidio al tiempo que me encaminaba al agua.

Por desgracia mi capacidad natatoria no admitía comparación con la de Carmen. Tratándose de fondo, la braza es mi espacio natural; puedo ejecutarla con cierta

potencia sin cansarme y, no obstante, la velocidad que logro nunca será la misma que en estilo libre. Por ello, aunque a ratos empleaba este último, invertí casi una hora en atravesar la desembocadura, teniendo además que soportar el empuje del poniente que con el atardecer se había acentuado.

Al alcanzar la ribera norte me sentía extenuado. Mas siendo intensa la fatiga, no podía igualarse sin embargo a la rabia que había alimentado mi resistencia durante la travesía, una rabia que al pisar tierra firme estaba a punto de estallar contra aquella mujer frívola que mi propia necedad me había impulsado a amar. Cuando me dirigía con paso vacilante hacia la casamata di un traspies y me caí. Al levantarme advertí que Carmen ya no estaba sentada en su techumbre. Por si no fuera bastante, su intención de jugar al escondite me hizo perder los estribos. La increpé a voces, le lancé a gritos toda clase de amenazas mientras rodeaba la vieja defensa. Y al pasar por tercera o cuarta vez tras su cara posterior se arrojó sobre mi espalda y me derribó.

En los primeros segundos del forcejeo que mantuvimos no me había dado cuenta, pero al quedar inmovilizado boca arriba sacudí la cabeza para despejar aquella cabellera revuelta que se interponía entre su rostro y el mío, y entonces descubrí que estaba completamente desnuda.

Jadeando, sin emitir ni una sola palabra, se lanzó a morderme el cuello, la mandíbula, las pómulos. Eran unos mordiscos frenéticos que me causaban dolor y, según pude comprobar después, algunas magulladuras. Ni siquiera le importaba que mi piel húmeda llevase adherida la arena. Sentí los finos granos mezclados con su saliva en el momento en que introdujo, lo mismo que si tratara de representar una violación bucal, su tensa lengua en el fondo del paladar. La brutalidad con que actuaba me provocó una excitación súbita y de una intensidad casi insoportable. Mis manos eran igual que zarpas, comprimiendo el volumen enloquecedor de sus pechos, pero ella atrapó mi puño izquierdo, lo deslizó por su vientre, apretó mi palma sobre la gruesa alfombra del pubis y presionó el índice y el corazón hasta encajarlos totalmente en su vagina al tiempo que exhalaba un hondo suspiro. La concurrencia de ese lamento animal con la sensación del flujo rebosando y empapándome la mano hizo que el corazón se me desbocara, como si una gigantesca ola de sangre rompiera contra mi piel y me anegara el cerebro. Tomé impulso y me revolqué contra ella, aunque a continuación logró hacer otro tanto conmigo.

Tras dar varias vueltas sobre la arena conseguí dejarla boca arriba, y mientras la agarraba por el cuello me quité el bañador a tirones. La dificultad de la operación le permitió zafarse por un instante huyendo a gatas; sin embargo, unos metros más adelante la enganché por el tobillo y la arrastré hacia mí. Ya no me afectaban sus patadas ni los puñetazos que descargaba contra mi cabeza. Una vez que pude darle la vuelta y encajar mi torso entre sus muslos todo fue cuestión de inmovilizarle los brazos en cruz, apoyarme en ellos y penetrarla con ímpetu insaciable. Sus crecientes gemidos, la elevación de su cabeza buscando mi boca y los ojos inyectados de deseo eran pruebas evidentes de que el agotador juego de la repulsión había concluido.

Liberé sus muñecas y sus uñas se clavaron de inmediato entre mis omóplatos antes de trazar hirientes surcos a lo largo de la espalda. Luego posó las manos en mis nalgas para empujarlas repetidamente contra sí, y con la misma cadencia imprimía un vaivén a sus caderas que aumentó mi goce hasta un límite imposible de contener. De un tirón me separé.

—Espera un poco, cariño, espera un poco —dije con el resuello entrecortado.

—No me hagas eso, sigue inmediatamente —exigió con libidinosa rudeza— ¿Qué te crees, que estoy haciendo el amor contigo? No te equivoques; solo me interesa tu cuerpo, tenerte aquí adentro —y se acarició la vulva—. Esta tarde te toca a ti. A partir de mañana buscaré a otros que aguanten más que tú, con penes enormes que me hagan chillar de placer.

Al servirse de aquellas palabras denigrantes su perversión me proyectó más allá de la frontera del delirio. Trastornado por completo, me puse de rodillas, la volteeé por los tobillos, levanté su pelvis y atrapando con furia la poderosa redondez de sus nalgas descargué varias embestidas seguidas dentro de ella.

—¿Te gusta así?

—Sí, sí..., sigue —contestó con la voz ronca.

Espacié algo más la frecuencia de las penetraciones. Conduje entonces mi mano derecha hacia su clítoris y me puse a acariciarlo con premeditada lentitud mientras la izquierda propinaba enérgicos guantazos contra su culo. Su respiración se volvió progresivamente más acelerada. Al aumentar la presión y la rapidez de mis dedos, su garganta comenzó a emitir lamentos prolongados. De cuando en cuando me detenía de repente para oírla rogándome que continuase. Mi deseo, que había estado al borde del clímax, se dobléaba al fin ante mi voluntad: una potencia exaltada, una lujuria contenida y, al mismo tiempo, al borde del estallido. Así, una y otra vez regresaba imprimiéndole un movimiento vibrátil a la yema de mi dedo corazón, paraba unos cuantos segundos conforme ella empezaba a expresar con quejidos su creciente arrebató, y aguardaba expectante hasta percibir el temblor de su desesperación antes de reanudar el movimiento trémulo de mi mano en tanto que mi verga arremetía con violentos empujones.

No sabría decir cuántos minutos pudo durar aquel frenesí. Sus chillidos se entremezclaron con soeces apremios a que la llevara al orgasmo. Friccionando sin cesar la falange, me aferré con el antebrazo izquierdo a su cintura y la sacudí vertiginosamente, impelido por la fantasía de meterme por completo dentro de ella. Y cuando sus aullidos se volvieron desgarradores, extraje de golpe el pene y le hundí el glande en el ano.

—¡No, eso no! —gritó.

Pero no le hice caso. Ya la tenía atrapada por las caderas y empujé todo lo fuerte que pude. Y a pesar de que su esfínter trataba de contraerse, la fluidez del semen que se escapaba me permitió introducirlo hasta el fondo.

Carmen rompió a llorar. La solté y cayó de bruces en la arena.

—Eres... Eres un hijo de puta —dijo entre sollozos—. Me has hecho mucho daño.

—Tú también me lo has hecho a mí. ¿Dónde estaban los límites?

—Pero esto es humillante. Me siento igual que..., igual que cuando sucedió *aquello*. ¿Así quieres hacerme revivir el pasado? Dios santo, ¿en qué te has convertido?

16. Mayo de 2004. 1936-1946

Pasaba de la medianoche cuando abandonamos el restaurante de Bajo de Guía donde habíamos ido a cenar. Tal era nuestro agotamiento al volver a pisar la playa sanluqueña que, apenas nos entregó la carta el camarero, comenzamos a pedir platos y más platos de pescado y acabamos dándonos una cena pantagruélica. Y ya puestos, no íbamos a renunciar a acompañarlos con un par de botellas de manzanilla, de modo que al enfilear el paseo en busca de un hotel, entre la melopea y la lasitud por el cansancio prolongado, avanzábamos poco menos que a rastras.

Teniendo en cuenta la hora y el estado en que llegamos, fue una suerte conseguir habitación en el elegante hotel modernista que frecuentaba un viejo amigo y profesor ya fallecido, si bien hube de someterme previamente a las miradas suspicaces que el recepcionista dirigía a las magulladuras de mi rostro. Lo ocurrido durante de la tarde exigía, cuanto menos, poner las cartas boca arriba, analizar nuestros impulsos con el fin de determinar los errores cometidos antes de volver a enfrentarnos al abismo que nos separaba. Sin embargo nada de esto sucedió. Comimos y bebimos con el mismo desenfreno con que actuamos en las horas previas, eludiendo cualquier reflexión; anduvimos igual que vagabundos encadenados al hastío; y al salir de la ducha caímos sumidos en un profundo sueño imposible de aplazar.

El vuelo de Carmen estaba programado para las seis y media, así que después de haber desayunado tarde tomamos el autobús de las doce y cuarto. Y aunque el trayecto no duró ni ochenta minutos, la monotonía del pasaje nos brindó la ocasión de entablar ese diálogo confidencial que aún teníamos pendiente. De hecho fui yo mismo quien lo inició rogándole que pospusiera su regreso.

—¿Por qué motivo iba a hacerlo? —me preguntó empleando una entonación glacial.

—Porque esto no puede acabar así. No soportaría volver a perderte. ¿Acaso a ti no te importa?

—Tengo demasiado trabajo acumulado. Estoy abusando de la baja. —Fijó la vista en los cultivos remolacheros de Lebrija.

—¿O es que echas de menos la ketamina? —Y a renglón seguido traté de corregir mi sarcasmo cogiendo su mano— Venga, Carmen, solo te pido unos días más. No somos niños; seguro que logramos resolver este conflicto. Lo único que nos hace falta es un poco de voluntad.

—Oh, sí, por supuesto —añadió volviéndose rápidamente antes de remarcar lo que iba a decir—. Todo es cuestión de buena voluntad, claro está. ¿Y qué te lleva a pensar que no la hay por mi parte?

—¿La hay? ¿Es cierto? —la interpele.

—No te quepa la menor duda. Vamos a ver, ¿a cuánto asciende tu deuda con el banco?

—¿Te refieres a...?

—A lo del embargo, sí.

—Bueno, suponiendo que el otro consiga aportar los quince mil que me prometió, y si los cálculos del abogado se cumplieren, estaríamos hablando de veinticinco mil euros aproximadamente. ¿Por qué?

—Aguarda un segundo. ¿Cuánto te ha pagado Eugenio hasta ahora?

—Veintitrés mil. —Me puse en alerta— ¿Qué estás tramando, Carmen? No quiero ni imaginármelo.

—Eso hace un total de cuarenta y ocho mil euros —se dijo para sí a la vez. No me escuchaba—. Ocho millones de pesetas. ¿Ocho millones...? Ajá, creo que podría reunirlos. Perfecto. Esta es mi oferta: desde el momento en que yo salde tus trampas ya no necesitas seguir con tu investigación. ¿Cómo lo ves?

—Pero... —me sentía apabullado—. Yo no..., yo no puedo permitir que tú...

—En fin —contrajo la comisura izquierda de los labios—, no será porque no lo he intentado. —Miró su reloj— Tendremos que almorzar conforme llegemos, porque aún he de recoger el equipaje y estar en el aeropuerto alrededor de las cinco. ¿Me llevarás?

Me tenía entre la espada y la pared. Busqué un trato a la desesperada.

—Hagamos una cosa: déjame tres días para ver si asimilo tu proposición. Tres días. A cambio tú te quedas conmigo tres días más. Dame esa oportunidad.

—Hum... De acuerdo. Pero ya sabes la respuesta que espero de ti. No me defraudes, por favor.

* * *

No resultó nada fácil mentalizarme durante aquellos tres días de la renuncia que Carmen trataba de imponer a mi proyecto. Bien es verdad que el final de mes se iba aproximando, y que pronto se haría realidad el cobro de la primera nómina con la correspondiente detracción. A partir de ese instante, la merma de mis ingresos me colocaría en una situación tan insostenible que apenas dispondría de liquidez para continuar amortizando el préstamo, algo que no podía permitirme habida cuenta de que mi hermano era avalista del mismo. Pero si atendía a las mensualidades no solo tendría que dejar de abonarle las cantidades que le ayudaban a sostener la hipoteca del piso ocupado por la inmortal inquilina, sino que, además, lo obligaría literalmente a mantenernos a mí y a mi hermana. Y yo sabía que su sueldo no daba mucho más de sí.

Por otro lado, el ofrecimiento de Carmen elevaba mi posición de dependencia hacia ella a una categoría absoluta. Si mi orgullo se resentía cada vez que la veía echar mano a su tarjeta para pagar las cuentas de los restaurantes o del hotel, el hecho

de saberme definitivamente liberado de mi último acreedor gracias a su caridad constituía una humillación difícil de soportar, y ello a pesar de que solo aceptaría ese dinero —quise dejárselo bien claro— a condición de devolvérselo a largo plazo.

En este contexto llegó el miércoles sin que yo hubiese tomado una determinación en uno u otro sentido, y temía en consecuencia que al volver del instituto Carmen me anunciase su partida ese mismo día. Para mi sorpresa no hizo la más mínima alusión al agotamiento del plazo pactado, aunque a la caída de la tarde, mientras nos distraíamos con el trasiego de viandantes y vehículos desde una terraza del Altozano, me dijo de un modo igualmente inesperado:

—Oye, ¿tienes el teléfono de tu abogado en el móvil?

—Me parece que sí —lo busqué en la lista de contactos—. Aquí está, es el del fijo de su despacho. A estas horas se habrá marchado. —Y por pura retórica proseguí— ¿Por qué lo preguntabas?

—Déjame que lo apunte —copió el número y el nombre—. Creo que va siendo el momento de que hable con él para ver cómo podemos levantar ese embargo.

—Pero aún no te he contestado sobre mi decisión.

—Bueno, ya han transcurrido los tres días que necesitabas para asumir el plan que te propuse. Al ver que no te has manifestado, debo entender...

El tono de mi teléfono la interrumpió. Aquella llamada llevaba esperándola demasiado tiempo; que se produjera en ese preciso instante representaba, en cambio, una extravagante coincidencia.

—¿Puedo? —pregunté señalando el aparato.

—Adelante.

—O sea, que mi querido amigo Eugenio sigue vivo —afirmé tras pulsar el botón.

—Ese es el razonamiento característico de los obsesos de las telecomunicaciones —salió al paso—: si no estás disponible es que estás muerto.

—Probablemente no te falte razón, pero ¿tanto esfuerzo suponía contestar a mi carta o a mi llamada?

—Ninguno. Ninguno si en lugar de andar viajando me hubiera quedado en casa.

—¿Dónde has estado, si puede saberse?

—En Turquía, aunque eso es lo de menos. Escucha, ¿por qué no vienes a verme? Esta vez creo que te interesaría bastante.

—¿Que vaya a verte? —repetí mirando a Carmen a los ojos—. No sé, ¿tan importante es lo que me tienes que contar?

—¿Lo que quiero que oigas? —me corrigió—. Sin duda.

—¿Y no me lo puedes explicar por teléfono? —yo ya sabía la respuesta. Claro que mi pregunta iba dirigida a que Carmen se fuera percatando del empeño de Eugenio.

—Imposible.

—Vaya —dije con marcada contrariedad—. ¿Tampoco me puedes adelantar de qué se trata?

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? Hace apenas dos meses te faltaba tiempo para presentarte en mi casa a sablearme, y ahora parece que te cuesta la misma vida acudir.

—Bueno, es que me pillas a final de curso, con una cantidad de trabajo pendiente que...

—Déjate de monsergas. ¿Nos vemos este fin de semana?

—¿Este mismo fin de semana? Tendría que ser el domingo, porque el sábado es la boda del príncipe y no quisiera perdérmela.

—Joder, ¿qué clase de progre eres tú que te ponen las ceremonias reales? Desde luego no hay quien te entienda. ¿Quedamos el domingo?

—Hum —nuevas miradas de soslayo—, veré lo que puedo hacer. Dame hasta mañana antes de responderte, ¿vale?

—Vale, pero solo aceptaré una contestación afirmativa —repuso cortante. Era obvio que no entendía la causa de mi reticencia; sin embargo mi margen resultaba prácticamente nulo.

—Hablamos mañana pues. —Me despedí de él, dejé el teléfono sobre la mesa y observé con detenimiento el semblante de mi pareja antes de preguntarle— Qué, ¿cómo lo ves?

—Me rompes los esquemas —contestó disgustada—. ¿Tan difícil hubiera sido explicarle que renuncias al encargo y que vas a devolverle todo lo que te adelantó?

—Descuida, que lo haré. Eso sí, dando la cara. Despedirme por teléfono habría sido una bajeza imperdonable.

—No sé, pero en lo que concierne a este asunto me da la sensación de que eres demasiado exigente contigo mismo; más incluso que el propio Eugenio.

—No solo conmigo.

—¿A qué te refieres?

Di un par de tragos a la cerveza para contrarrestar la sequedad de boca que me estaba provocando la tensión.

—A que lo lícito sería que tú me acompañaras.

—¿Yo? —Soltó una risotada— Ya me dirás qué pinto yo en esa reunión.

—Que eres tú, al fin y al cabo, quien financia la ruptura de nuestro acuerdo. Se trata de argumentarlo con claridad, ¿y quién mejor que tú a la hora de ayudarme a exponer las razones?

—Lo siento. Sospecho que no iba a ser nada agradable.

Me detuve unos segundos antes de replicarle. Luego me apoyé en la mesa, tomé su barbilla entre mis dedos y le hablé con una sonrisa cauta.

—Está bien, no vengas si no quieres. Eso sí; después no te quejes si el chiflado ese vuelve a convencerme.

—Me doy por vencida: iré contigo —dijo de inmediato.

Faltaban unos minutos para el mediodía del domingo cuando pulsé el timbre de latón situado junto a la puerta de Eugenio. El maullido de Cleopatra precedió en algunos segundos al chancleteo característico de su dueño. La expresión risueña que llevaba puesta al abrir se demudó de repente al ver a Carmen a mi lado, pero de igual modo logró transformarla en un ademán de asombro sin demasiadas posibilidades de resultar espontáneo.

—Caramba, esto no me lo esperaba. Qué sorpresa, Carmen; me has dejado de piedra —tomó su cabeza entre las manos y le besó las mejillas como si fuera aún una jovencita adorable. Tras estrecharme la mano se hizo a un lado— Pasad, por favor. —Cerró la puerta, y antes de precedernos en el largo trayecto de pasillos murmuró en el mismo vestíbulo en tono confidencial— No es cuestión de desafiarnos respecto a quién sorprende a quién, así que os anuncio que no estaremos los tres solos en la reunión. He invitado a dos personas más.

Al entrar en el salón nos encontramos con una pareja de ancianos que aguardaban nuestra llegada, ella en una silla de ruedas eléctrica y él de pie, a su lado. De haber podido levantarse, probablemente la dama valetudinaria superaría en diez o doce centímetros a la de aquel viejo regordete y de ojos vivarachos.

—Ellos son Elfriede y Juan Manuel —indicó Eugenio.

Seguidamente nos presentó sin omitir la condición de *antigua alumna* de Carmen. La repentina alteración que aquella referencia genérica produjo en el semblante de los octogenarios nos permitió constatar, aun sin cruzar palabra, que ambos conocían en profundidad los sucesos de El Retamar y sus secuelas. Nuestro anfitrión continuó con sus explicaciones.

—Dejando a un lado la comparecencia tan inesperada como oportuna de Carmen, el hecho de haberte convocado ahora se debe a una circunstancia fortuita: la de encontrarme con Juan Manuel y con Elfriede en la estación, al regreso de mi viaje por Estambul y la Capadocia.

—Nosotros volvíamos del balneario de Caldas de Besaya, cerca de Santander —especificó el anciano—, y habíamos hecho transbordo en Madrid, así que desde allí veníamos incluso en el mismo tren.

—A ella la conocí en ese momento. A Juan Manuel lo vi por última vez hace la friolera de...

—Veintinueve años justos —apuntó este completando la frase—. Fue en mayo del setenta y cinco; lo recuerdo porque esa noche estuvimos comentando el final de la guerra de Vietnam.

—¿Habéis visto? Los ochenta ya no los cumple y fijaos qué memoria tiene. Bueno, a lo mejor has caído en la cuenta —y se dirigió a mí en concreto— de que acabo de presentarte al camarada Bastante, el mentor político de Alicia.

Evidentemente fui yo quien lo reconoció a él; mi atractivo juvenil se perdió hace tiempo —soltó una de sus características risotadas—. ¿Qué os parece si nos sentamos? ¡Aurora!... —llamó gritando a la asistenta—. Le he pedido a Aurora que prepare almuerzo para todos. Espero que no tengáis inconveniente en quedaros, así podremos charlar sin prisa.

El anciano activista dejó espacio a su esposa junto a un sillón de orejas y se acomodó en él. Mientras ocupábamos el sofá contiguo volví la cabeza hacia Carmen, que dio su resignada conformidad mediante una ligera elevación de hombros. Entre tanto apareció la doméstica y Eugenio le comunicó que serían cinco a la mesa. Luego nos preguntó qué queríamos tomar, repitió lo que habíamos pedido y completó la lista con una tónica.

—Con lo rico que estaba el oporto, ¿verdad? Qué le vamos a hacer, la salud es lo primero. Bien, antes de entrar en materia permíteme felicitarte por tus avances. —Tomó de la encimera de la chimenea una hoja doblada bajo un pisapapeles, se hizo sitio entre las tres gatas que se arrellanaban en el sofá de costumbre y desplegó el papel: era la copia de la portada de *Azul* que yo le había enviado cuatro semanas atrás— Efectivamente no tengo dudas de que el señor de la izquierda y el abuelo de Carmen son la misma persona. Cuando he visto que ella te acompañaba he supuesto que...

—¿Que yo le he dado la información? —le interrumpió la aludida—. Supones mal. Lo creas o no, desconocía por completo su pasado. Tampoco imaginaba que se servía de una identidad falsa.

—En ese caso —dijo dirigiéndose a mí— te reitero mis elogios por tus indagaciones en solitario; ya me contarás en otro momento cómo lo has conseguido. Deberías saber sin embargo, y no te lo tomes a mal, que a estas alturas conozco casi todo lo relativo al asunto que te encargué investigar. Tranquilo, no te estoy reclamando ninguna parte del dinero entregado ni mucho menos. Es más, creo que hoy saldrás de aquí con la mayoría de los datos que te faltan para acometer la redacción del libro, si es que no lo has hecho aún. A propósito, ¿sabes que ya disponemos de editor? Me ha garantizado que tendremos la difusión que se merece.

Debo admitir que tardé unos instantes en reaccionar a aquellas abrumadoras declaraciones, y aunque llegué a temer que Carmen pudiera adelantármeme, lo cierto es que permaneció sumida en el mayor mutismo mientras Aurora servía las bebidas y los aperitivos.

—En fin —prosiguió Eugenio después de la interrupción—, me parece que estoy hablando demasiado, cuando en realidad son Elfriede y Juan Manuel quienes deberían contaros todo. Bueno, no sé, porque a lo mejor Carmen viene dispuesta a aportarnos algún dato esclarecedor.

—No, la verdad es que no he venido por eso —replicó con aspereza.

—¿Te sientes molesta conmigo, Carmen? Ah, no digas más, qué fallo tan enorme por mi parte: tendría que haberte pedido disculpas conforme llegasteis. —Luego se

dirigió a la pareja mayor y agregó— Se da la circunstancia de que nuestro encuentro en Egipto del verano pasado resultó un tanto..., ¿cómo diría...? Deplorable. Yo perdí los nervios y demás y..., bueno, con vuestro permiso... —Se levantó, y tras colocarse ante mi pareja logró arrodillarse con cierto esfuerzo— Carmen, te ruego que me...

—¿Pero qué haces? —dijo ella con un rictus a medio camino entre el bochorno y la risa. Le dio una palmada en el hombro—. Anda, déjate de tonterías y vuelve a sentarte.

—Sí, creo que será lo mejor —añadí—. Estoy deseando escuchar a tus invitados.

Eugenio ponderó su salida de tono, regresó al sofá y depositó una de las gatas sobre su regazo para acariciarla.

—Adelante, adelante —señaló a los ancianos con la mano abierta—. ¿Empiezas tú, Elfriede?

—Oh, no, todo esto es demasiado emotivo para mí —expuso la señora con un acento inequívocamente germánico—. Si no os importa prefiero que comience Juan. ¿Querido?...

—De acuerdo. Confieso que a la vuelta de tantos años soy el primer interesado en que la verdad salga a la luz. Esto... ¿Le has contado a tus amigos —consultó al anfitrión— algo de Elfriede?

—Absolutamente nada.

—Ajá. Correcto. Bueno, pues Elfriede —dirigió la mirada hacia Carmen— era la madre del joven pintor que se instaló en Las Cumbres de San Calixto a comienzos del setenta y seis.

Tanto Eugenio como yo observamos de reojo la reacción de su supuesta víctima; sin embargo ella logró mantener una expresión neutra y atenta.

—Como sabéis no se llamaba Wolfgang Meier, ni tampoco era austriaco, sino alemán. Antes de viajar a España consideró conveniente hacerse con un pasaporte falso. Su verdadero nombre era Wilfried, Wilfried Lozano.

—Un momento, ¿ha dicho «Lozano»? —le interrumpí. El hombre asintió con la cabeza. Me volví hacia su esposa—. Entonces usted...

—En efecto, soy la viuda de Jacinto Lozano Alba. Pero preferiría que nos tuteáramos, si no te importa.

—Yo también lo prefiero —añadió el anciano—; tenemos bastante de qué hablar y el tratarnos de usted crea una distancia incómoda.

—Pienso que «bastante» no es la expresión adecuada —objeté—. Por lo pronto se me vienen tres grandes dudas a la cabeza: cómo se conocieron Jacinto y Elfriede, cómo llegó Wilfried hasta Las Cumbres y cómo conoció, perdón, conociste a Elfriede.

—¿Comprendes ahora por qué quería invitaros a almorzar? —dijo Eugenio—. Si te hace falta puedo traer mi vieja grabadora.

—No creo que la necesite —apuntó Carmen—, tiene una memoria de elefante.

—Yo no estaría tan seguro —le corregí. Y mientras me levantaba en busca del

bolso le lancé un guiño y añadí—: he traído una libreta con la que puedo apañarme. Adelante, Juan Manuel.

—Reconozco que has sabido sintetizar muy bien las líneas principales de lo que venimos a contarte. Permíteme felicitarte por haber dado con la pista de Bruno Ibáñez si, como dice Carmen, y confío en su palabra, ella no te ha podido contar nada. Insisto en que hay aspectos que nosotros aún desconocemos, ya lo dijo Eugenio. ¿Hasta dónde has llegado tú?

—Hasta la supuesta desaparición de don Bruno en el naufragio del Alcaraván, a principios del cuarenta y seis.

—¿Era ese el nombre del barco? Ignoraba el dato. ¿Y de su labor como jefe de Orden Público en Córdoba?

—Creo que sé lo suficiente. Tampoco me cabe la menor duda de que la abuela de Carmen era Ángela Moreno, y conozco la forma tan poco *ortodoxa* en que don Bruno obligó al destierro a Jacinto. ¿Qué hay de cierto en los rumores que apuntaban a que formaba parte de los *Niños de la noche*?

—¿Los *qué*?

—Los milicianos que se dedicaban a asaltar cortijos y a realizar actos de sabotaje en las proximidades de la ciudad.

—Era verdad —aseveró Elfriede—. Después de la paliza que le dieron aquellos matones escapó a la sierra y anduvo maltrecho por allí tres o cuatro días hasta que entró en contacto con un grupo de partisanos. Se alistó en el batallón Villafranca, el destacamento más próximo a la capital, porque albergaba la esperanza de forzar una operación para llegar hasta la carretera del Brillante y rescatar a Ángela. «Ojalá estuviera en nuestras manos salvar a tu novia de ese infierno», le dijo Pedro Garfias, el poeta que actuaba como comisario político de aquel destacamento; «pero tienes que entenderlo, Jacinto: esa escaramuza supondría una misión suicida». Jacinto era un idealista, lo fue toda su vida y por desgracia le contagió ese idealismo a nuestros hijos.

—¿Cuántos tuvisteis?

—Dos, los dos varones. Wilfried era el mayor.

Pese a su reparo inicial, Elfriede fue componiendo en la siguiente hora, auxiliada por el bagaje histórico de Juan Manuel, la epopeya de su primer marido en los casi nueve años que transcurrieron antes de conocerse. Aunque no lograra su sueño de internarse en la ciudad, Lozano participó ciertamente en un buen número de acciones guerrilleras en los alrededores, sobre todo en asaltos a cortijos y sabotajes contra la vía férrea que unía la capital con Peñarroya. Con la reorganización del Ejército del Sur a principios de 1937 fue encuadrado en el sector de Córdoba, dirigido desde Andújar por el teniente coronel Joaquín Pérez Salas.

Enardecido por la toma de Málaga, Queipo de Llano lanzaba el 6 de marzo una ofensiva en el norte de la provincia de Córdoba, persuadido de lograr despacharla en menos de una semana. Su objetivo principal era controlar la cuenca minera de

Almadén. Pérez Salas, que contaba con autorización para evacuar Pozoblanco, hace frente sin embargo a las cinco columnas franquistas en una tenaz contraofensiva que se prolonga hasta el 24 de abril, y que impone a las tropas rebeldes un retroceso hacia la línea preliminar. La semana anterior, en uno de los arduos combates cuerpo a cuerpo por dominar el puerto del Calatraveño, Jacinto Lozano resultaba gravemente herido en ambas piernas, por lo que fue evacuado al hospital de Villanueva de Córdoba.

La convalecencia se prolonga hasta bien entrado el otoño. Entre tanto, y gracias a un servicio postal clandestino que opera mediante los barcos ingleses atracados en Gibraltar, el ya ascendido a sargento por méritos de guerra vuelve a contactar con su vecina, tras un infructuoso intento de comunicarse con la propia Ángela. Maruja le responde notificándole el traslado de la familia Lozano Alba a la localidad natal de la madre, Antequera, plaza conquistada en agosto del año anterior por las tropas de Queipo. Aunque haya huido de Córdoba por temor a posibles represalias, Jacinto Lozano padre continúa recabando novedades de esa ciudad, de modo que en la primera carta que su hijo recibe de él, un año después del atroz exilio, le hace saber que el rastro de su prometida se ha perdido con el traslado del coronel Ibáñez.

Es evidente que al antiguo droguero de la calle Almonas le supone un serio disgusto tener que informar al joven de tan trágica noticia, y de hecho lo sopesa varios días antes de escribirle, según reconocerá años después en una conversación telefónica. Sin embargo existe una razón de peso que lo induce a tal resolución: el temor a que su hijo pierda la vida combatiendo ciegamente en pos de ese sueño inalcanzable de liberar a Ángela.

Al término de su restablecimiento, Jacinto Lozano ha adquirido plena conciencia de que la causa por la que pelea no es de índole meramente personal. Ni su familia ni Ángela se encuentran ya en Córdoba, y el frente donde luchaba cuando fue alcanzado por la metralla no tiene visos de ganar terreno, así que aprovecha el prestigio adquirido para obtener su incorporación como artillero a la undécima división, considerada la unidad de élite del Ejército Popular Republicano.

Comandado por el comunista Enrique Lister, principal artífice de la defensa de Madrid en los primeros meses de la contienda con su Quinto Regimiento de voluntarios, el llamado *batallón Lister* se sitúa a la vanguardia en la batalla de Teruel. Se trata esta de una ambiciosa ofensiva lanzada a mediados de diciembre de 1937, tras la pérdida del frente norte, por el ministro de Defensa Indalecio Prieto, cuyo objetivo es adelantarse al golpe que Franco proyecta sobre Madrid y lograr una posición favorable de cara a un armisticio. Si bien al principio la superioridad numérica de los efectivos republicanos parece vaticinar la victoria, el ejército rebelde responde con una contundente contraofensiva, la de los cuerpos Galicia y Castilla al mando de Varela y de Aranda, amparados desde el aire por la Legión Cóndor, cuyos cazas alemanes se imponen a los Polikarpov republicanos.

El 22 de febrero, después de diez semanas lidiando con el fuego enemigo y con

las tormentas de nieve, las últimas fuerzas republicanas se ven obligadas a retirarse. Atrás queda una ciudad arrasada, miles de soldados muertos y un ejército enemigo que prosigue su avance imparable hacia el Mediterráneo, un avance que culmina el 15 de abril, cuando el teniente coronel Alonso Vega llega con la cuarta división Navarra a las playas de Vinaroz. El territorio controlado por el Frente Popular queda partido en dos.

El general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor republicano, diseña entonces un desesperado ataque contra el pasillo abierto por el ejército franquista. Su intención es aliviar la presión que este ejerce sobre Valencia, prolongando así la conflagración hasta el estallido del conflicto europeo que se prevé inminente tras la invasión de Checoslovaquia. De hecho, el gobierno Negrín ordenará la evacuación de las Brigadas Internacionales con la esperanza de que Francia e Inglaterra lo consideren su aliado.

Para el ataque se crea el llamado Ejército del Ebro, una gran unidad de cien mil efectivos dirigida por el coronel de milicias Juan Modesto, el cual, por cierto, mantiene importantes desavenencias con Líster, quien en esta ocasión lleva el mando del Quinto Cuerpo. El 25 de julio las fuerzas republicanas comienzan a cruzar el río. Ante la resistencia de las tropas franquistas, las órdenes de Líster a los sargentos son tajantes: deben fusilar a cualquier oficial que disponga la retirada sin la correspondiente orden escrita. Jacinto, que a punto estuvo de perecer congelado en Teruel, soporta ahora frente a Gandesa el sofocante ardor estival mientras intenta en vano cañonear los aeroplanos de la invulnerable Legión Cóndor.

Al igual que sucediera en Brunete, en Belchite o en Teruel, la superioridad de medios aportados por Alemania e Italia y la perseverancia estratégica de los mandos permiten al ejército sublevado no solo defender sus posiciones, sino acabar desgastando a las fuerzas atacantes. Con la entrada del general Yagüe en Ribarroja el 18 de noviembre, la batalla más cruenta de la Guerra Civil —casi cuatro meses de duración, alrededor de cien mil bajas— toca a su fin, y el camino para la ofensiva contra Cataluña queda expedito.

La defensa republicana es poco más que la crónica de una debacle. Los hombres de Líster apenas contienen el avance enemigo durante dos semanas, limitándose a partir de entonces a cubrir la retirada. En menos de un mes Yagüe conquista Tarragona, donde se une a las fuerzas de Solchaga. La represión que los comunistas habían ejercido contra los anarquistas y los disidentes del POUM da como resultado que la capital catalana sea ocupada diez días más tarde, el 26 de enero, sin apenas resistencia. Mientras tanto la carretera hacia Francia se ve abarrotada por una incesante multitud que huye en cualquier medio, una masa de hombres y mujeres que en muchos casos son ya refugiados de provincias lejanas y que aún han de sufrir el último acoso de los cazas alemanes.

En este punto la historia de Jacinto Lozano no difiere de la de tantos otros exiliados españoles. El gobierno francés se ve desbordado: no se trata solo de los

noventa mil civiles que cruzan la frontera solo en los primeros días; pese a su reticencia debe admitir finalmente a unos doscientos veinte mil militares republicanos. Unos y otros van siendo distribuidos por los gendarmes en los quince campos de refugiados improvisados ante la avalancha humana, simples terrenos acotados por alambradas y custodiados por guardianes senegaleses, sin techo para guarecerse de las inclemencias invernales ni servicios sanitarios de ningún tipo, donde las epidemias están a la orden del día. Ante tales condiciones, evidentemente disuasorias, unos ochenta mil deciden regresar. A Lozano, que ha sido confinado en el campo de Saint Cyprien, ni se le pasa por la cabeza: sabe de sobra que su adscripción al batallón Líster le supondría la ejecución inmediata.

El gobierno de París necesita rentabilizar los millones de francos que gasta en alimentar a toda aquella población, y en abril decreta que los asilados de entre veinte y cuarenta y ocho años habrán de alistarse a la Legión Extranjera o bien incorporarse a una de las Compañías de Trabajadores Extranjeros. Jacinto se inclina por esta segunda opción y es destinado a Touët-sur-Var, un pueblo de los Alpes Marítimos donde trabaja en la construcción de defensas para repeler un posible ataque italiano. Es un trabajo duro y miserablemente remunerado, pero más duras son las condiciones cuando su compañía se une a los contingentes enviados a reforzar a toda prisa la línea Maginot, el costoso sistema de fortificaciones que Francia desarrolló después de la Gran Guerra en su frontera con Alemania.

El esfuerzo, sin embargo, resulta inútil. En mayo de 1940 la Wehrmacht lanza un ataque sobre Holanda y Bélgica, y en pocos días se adentra en territorio galo a través de las Árdenas, una región montañosa considerada erróneamente inexpugnable habida cuenta de que los alemanes ya penetraron por ella durante el anterior conflicto. El mariscal Philippe Pétain asume el poder y firma el 22 de junio un armisticio que en realidad es una capitulación: la mitad norte del país y toda su costa atlántica queda bajo control de Hitler, otorgándosele a él un gobierno títere sobre el resto del territorio, con capital en Vichy.

Los componentes de las CTE que se encuentran en la zona de ataque colaboran en el repliegue aliado. La armada británica pone en marcha un operativo espectacular, la Operación Dynamo, con la que logra evacuar desde Dunkerque a trescientos cuarenta mil combatientes ingleses, franceses y belgas en una semana. Pero en sus planes no se contempla el salvamento de los trabajadores, de modo que las tropas aliadas llegan incluso a abrir fuego contra Jacinto y sus compañeros, quienes en medio de la desesperación han tratado de subir a las embarcaciones.

Más de cien mil españoles se encuentran ahora en manos de los nazis. La embajada alemana en Madrid consulta en repetidas ocasiones al ministerio de Asuntos Exteriores qué hacer con ellos, recibiendo el silencio por respuesta. Finalmente Serrano Suñer, en una conversación cara a cara con Himmler, declara que «no existen españoles fuera de sus fronteras». Unos siete mil son enviados a los campos de concentración nazis, bien directamente o después de aguardar su turno en

algún *stalag* —campo de prisioneros—, y alrededor de veintiséis mil pasan a depender de la Organización Todt, el grupo de ingeniería del Reich que usa como esclavos a los prisioneros capturados en los países invadidos.

La compañía a la que pertenece Jacinto es destinada al campo de trabajo de Saint Pierre en Brest, una ciudad costera de la Bretaña donde los alemanes levantan una base para submarinos. A pesar de los frecuentes bombardeos de la aviación aliada, los operarios completan el armazón de la descomunal cubierta de cuatro metros de grosor. Lozano es testigo entonces de una escena terrible: un cabo de las SS ordena a un joven prisionero retirar la cuerda que ha quedado adherida al hormigón recién vertido. El joven se sirve de un gancho pero no lo consigue. El vigilante lo amenaza: o saca la cuerda o lo arroja a la mezcla. Entonces el chico se tiende en el suelo, le pide a Lozano que lo sujete por los tobillos e intenta alcanzarla reptando hasta quedar su torso casi en contacto con la superficie del cemento fresco. Finalmente se da por vencido y se incorpora. El alemán monta en cólera y empuja al muchacho hacia el hormigón, pero en su caída este lo agarra de un brazo y cae con él. Al tiempo que forcejean se van hundiendo más y más, llegando el momento en que ambos desaparecen engullidos por la masa viscosa.

La consternación que invade a Jacinto le hace reaccionar de un modo inesperado para él mismo: aprovechando el alboroto desciende sigiloso por el gigantesco andamiaje montado sobre el agua y se encamina hacia la salida de la obra, cruzándose a su paso con obreros y vigilantes que acuden al lugar. Hay uno apostado en la cancela de entrada, con la ametralladora al hombro y la correa de un pastor alemán en la mano izquierda. Jacinto sabe que le va a dar el alto, no tiene con qué enfrentarse al hombre ni al animal y aun así aprieta el paso mientras observa aterrorizado la reacción de ambos. Quedan pocos metros y el perro comienza a emitir un gruñido inquietante. El soldado da un fuerte tirón para acallarlo y acto seguido fija la vista en un punto lejano, manteniéndola incluso cuando el fugitivo traspasa la cancela y deja atrás el edificio en construcción.

Jacinto se esconde entre las ruinas de un almacén bombardeado y aguarda allí hasta bien entrada la noche. Se adentra entonces por un arrabal. Han dado el toque de queda y las calles están desiertas. Oye aproximarse un coche, probablemente de una patrulla alemana, y sale corriendo a ocultarse en un callejón próximo, donde tropieza con un bidón. Conforme se va perdiendo el ruido del motor siente sobre su cabeza un silbido apagado. Lo primero que vislumbra al mirar hacia arriba es el cabello cano de una mujer que, asomada a una ventana oscura, le indica con el dedo que guarde silencio. Seguidamente percibe el tintineo de una llave al caer sobre el adoquinado.

Es de ese modo involuntario, sobrevenido, como Jacinto Lozano se integra en la red de la resistencia francesa. A la mañana siguiente, aseado y vestido con traje civil, toma en la estación de Brest un tren que le lleva hasta Burdeos. Estamos en el otoño de 1941, y el que fuera sargento republicano revive sus experiencias de sabotaje de cinco años atrás: coloca bombas en la línea ferroviaria, incendia trenes de

mercancías, asalta cuarteles ocupados por tropas alemanas. La delación de un chivato de la policía francesa le lleva a ser detenido en las proximidades de Clemont-Ferrant con un vehículo cargado de explosivos. Condenado a veinte años de prisión, es enviado a la Central de Eysses, una antigua abadía de Aquitania donde el gobierno colaboracionista de Vichy concentra a los miembros más peligrosos de la resistencia. Es curiosa la habilidad con la que Francia reescribiría posteriormente la historia para figurar entre los aliados.

Dentro de aquella siniestra cárcel se fragua pronto una fuerte organización clandestina, el *Batallón de Eysses*, dirigido por el antiguo oficial de las Brigadas Internacionales Fernand Bernard. El 19 de febrero de 1944 se pone en marcha un espectacular motín. Los presos capturan al director y a algunos agentes y van apoderándose de sus uniformes. Las granadas lanzadas por los grupos especiales de la policía les son temerariamente devueltas sin estallar, mientras se intenta excavar un túnel bajo las murallas.

Al final llegan refuerzos de las SS que logran sofocar la rebelión, fusilan a algunos de los amotinados y reemplazan a los carceleros franceses en la vigilancia del penal. En mayo toman la determinación de trasladar a todos los reclusos políticos al campo de selección de Compiègne, al norte de París. Pero el 6 de junio se produce el desembarco aliado en Normandía, por lo que en las semanas posteriores son evacuados a campos de concentración en territorio alemán, principalmente en Dachau. No es este el caso de Lozano, que ingresa en el de Neuengamme, a veinte kilómetros de Hamburgo.

Neuengamme, que incluye un complejo de noventa y seis subcampos repartidos por el norte del país, aloja por entonces unos cincuenta mil prisioneros entre deportados de diversos países y alemanes de izquierdas, homosexuales, prostitutas, judíos, gitanos. En su mayoría trabajan como esclavos en fábricas de armamento o en la construcción, y a menudo sirven de cobayas para experimentos médicos. El tifus y otras epidemias causan alrededor de un centenar de muertes cada día. Si las penalidades sufridas por Jacinto han sido innumerables, su resistencia física llega aquí tan al límite que se arrepiente de haber escapado de Brest: desnutrido y debilitado por la fiebre, ataviado tan solo con el uniforme a rayas empapado por la nieve, vigilado sin descanso, desde el amanecer hasta el ocaso se esfuerza con un pico en arrancar lascas del duro suelo para la construcción del maldito canal Dove-Elbe.

No obstante aún le aguarda lo peor. En abril de 1945 las tropas británicas se aproximan a Hamburgo; mientras tanto las SS ordenan la evacuación del campo. Una parte de los reclusos son trasladados al de Bergen-Belse, aunque muchos son ejecutados por el camino. Pero la necesidad de borrar los restos de su barbarie empuja a la organización militar a idear un plan más ambicioso, de manera que en el plazo de una semana más de once mil prisioneros van llegando en vagones o a pie hasta el puerto de Lübeck, a setenta kilómetros, y desde allí son transportados a tres buques

anclados en medio de la bahía: el gigantesco trasatlántico Cap Arcona y los cargueros Thielbek y Athen. El objetivo secreto es hundirlos lejos de la costa con torpedos submarinos.

Jacinto experimenta la pesadilla de aquel espectáculo dantesco, el de los camarotes, los salones y las cubiertas del lujoso crucero donde se hacina días y días una multitud famélica, sedienta y gravemente enferma, donde los muertos acaban amontonándose y el hedor se vuelve insoportable. La intervención de la Cruz Roja sueca permite rescatar hasta dos mil franceses. Lozano, que puede pasar perfectamente por uno de ellos, se une en cambio a quienes desconfían del traslado y optan por aguardar una operación de salvamento aliado.

La mañana del 3 de mayo los deportados creen llegado ese momento. Los tanques británicos irrumpen en la bahía. Nuestro hombre escucha el fragor de los cañonazos. Un avión de la Royal Air Force sobrevuela la zona mientras las baterías antiaéreas del Thielbek tratan de derribarlo. Los cautivos agitan sus brazos desde las cubiertas del Cap Arcona. A mediodía dos oficiales británicos contactan con la Cruz Roja y se les informa de la existencia de los buques prisión. Pero la operación ya está en marcha: dos horas más tarde los barcos son bombardeados y ametrallados por los Typhoons, y en menos de media hora perecen siete mil quinientas personas. Al día de hoy Gran Bretaña sigue sin reconocer la masacre, que ha sido sistemáticamente silenciada en las crónicas de la contienda. Los restos humanos continuaron llegando a las orillas del Báltico hasta los años setenta.

Los reclusos del Athen fueron con diferencia los más afortunados, pues se salvaron todos. Del Thielbek solo hubo cincuenta supervivientes, y trescientos dieciséis del Cap Arcona. Envuelto en llamas, el trasatlántico va hundiéndose poco a poco en el mar. Los soldados alemanes han inutilizado todos los botes salvavidas excepto el que les sirve para huir. Jacinto Lozano, que ha sufrido serias quemaduras en el costado derecho, consume sus últimas fuerzas braceando agónicamente a fin de alejarse cuanto antes de este infierno. Se pregunta por qué los ingleses le han sido tan funestos: lo repelieron a tiros en Dunkerque, en Brest cayó una de sus bombas a pocos metros de donde trabajaba y ahora, después de haber estado a punto de perecer abrasado en el siniestro navío, los cazas de la RAF todavía sobrevuelan la bahía descargando sus ametralladoras contra los náufragos.

Tan grande es su extenuación que empieza a faltarle el aliento, y el efecto de las gélidas aguas va dejándose notar en unos músculos que responden cada vez peor a la acuciante necesidad de alcanzar una costa demasiado lejana. No le queda más remedio que detenerse. El frío le produce convulsiones que no logra controlar. A su alrededor percibe con dificultad un turbio vaivén de objetos flotantes; ni siquiera acierta a distinguir si son fragmentos de barco, cuerpos sin vida o náufragos agonizantes. La imagen de Ángela llorando a sus pies mientras él la increpa se vuelve vívida, pero casi en el mismo instante siente el líquido salado penetrando por sus fosas nasales. Sus ojos están rodeados de burbujas: acaba de desvanecerse. De un

impulso vuelve a alcanzar la superficie. Sus pulmones se debaten entre bocanadas de aire y toses con las que expulsar el agua.

Un brazo lo aferra por el mentón antes de que otros tiren de él por las axilas. Luego viene ese golpe pesado de su espalda contra un suelo de madera. Desde Neustadt in Holstein, el pueblo marineró más próximo al lugar de la tragedia, las barcas de pescadores han acudido a socorrer a los supervivientes. Una vez en tierra firme el personal de la Cruz Roja va evaluando las condiciones físicas de cada uno de ellos. Después de recibir los primeros auxilios, Jacinto es conducido a la mañana siguiente al hospital del Santo Espiritu de Lübeck.

—Supongo que lo que viene ahora se parecerá a esas películas en las que la enfermera se enamora del soldado herido —traté de adivinar.

—No exactamente —me corrigió Elfriede—. Yo estaba en la barca con mi padre y mis hermanos. Aquel hombre moribundo y casi helado me trajo de repente a la memoria la imagen de mi novio, al que habían abatido los rusos pocos meses atrás en el frente de Varsovia. Me eché a llorar, y seguí llorando mientras rescatábamos a otros náufragos. Hasta catorce conseguimos salvar; bueno, trece, porque una de las mujeres no llegó a tierra con vida. Cuando supe que Jacinto estaba ingresado en Lübeck fui a visitarlo. Creo que la primera vez lo hice por orgullo, para sentirme mejor con su gratitud, pero luego se fueron repitiendo las visitas y... —se sonrojó—. En fin.

—¿Os quedasteis a vivir allí?

—Sí. Ten en cuenta que Lübeck se encuentra junto a los confines de Mecklemburgo, justo por donde trazaron la frontera que mantuvo dividido el país hasta el año noventa. Fueron decenas de miles los emigrantes del Este que se instalaron en la ciudad, y eso contribuyó a su desarrollo industrial. Yo me puse a trabajar en una fábrica de productos lácteos y Jacinto se colocó como pintor en los astilleros. Aquello acabaría siendo su perdición: aunque no se pudiese demostrar, nadie me quita de la cabeza que el cáncer de pulmón que se lo llevó de este mundo con sesenta años fue provocado por la exposición a los vapores de los disolventes.

—¿En qué año falleció?

—En el setenta y tres.

—¿En Alemania? —Elfriede hizo una señal de asentimiento—. Supongo que al menos volvería a España en alguna ocasión.

—Durante muchos años se mantuvo reacio. Tenía miedo, no quería reconocerlo pero lo tenía, porque sospechaba que estaba fichado por la policía.

—¿Y lo estaba?

—Sin ninguna duda —intervino Juan Manuel—. Pero piensa que entonces no había redes informáticas ni nada parecido, así que cuando le tocó venir no le pusieron pegas en la frontera. Además, eso fue ya en los sesenta, ¿verdad?

—A ver... Exacto, en el sesenta y dos —concretó la alemana.

—¿Lo ves? Coincidió con los primeros años del *boom* de la emigración.

Acordaos del continuo trasiego de españoles, yendo y viniendo de Alemania, que hubo en aquella época. Por cierto, también coincidió con el tirón turístico en la costa del Sol. Porque aterrizó en Málaga, ¿no?

—Así es. De todos modos Jacinto tenía pasaporte alemán; adquirió la nacionalidad cuando nos casamos.

—¿Y qué fue lo que le animó a regresar? —pregunté.

—Lo único inevitable: la muerte de su padre. Sucedió demasiado rápido, como la suya propia; solo llegó a tiempo de asistir al funeral. Por eso en los siguientes años se obligó a volver. La salud de Consuelo, su madre, tampoco era buena, y no estaba dispuesto a que ocurriese otra vez lo mismo. A decir verdad fui yo quien le empujó a que pasásemos las vacaciones con ella. Un gasto nada despreciable, porque veníamos con nuestros hijos; pero, en fin, todo era cuestión de apretarse un poco el cinturón. Yo sabía lo que aquello significaba para mi marido. Y para mi suegra, por supuesto.

—¿Seguía viviendo en Antequera?

—Sí. Bueno, en realidad repartíamos la estancia entre Antequera y Torremolinos. Aprovechábamos la oportunidad para que los niños disfrutasen del mar. Como podrás imaginar, la temperatura del Báltico no es la del Mediterráneo.

—Me decías que tuvisteis dos hijos, ¿verdad?

—Exacto, Wilfried y Franz. Wilfried nació en junio del cuarenta y siete, trece meses después de casarnos, y tres años más tarde llegó Franz.

—O sea, que Wilfried vino por primera vez a España cuando tenía dieciséis años, ¿no es así?

Lo pensó unos cuantos segundos.

—Correcto.

—¿Y cuándo falleció su abuela?

—Huy, la pobre solo sobrevivió tres años a su esposo.

—Estamos hablando entonces de 1965. ¿Seguisteis veraneando en España tras su muerte?

—Un año más. Jacinto tenía dos hermanas más pequeñas, Rosa y Hortensia, con las que se llevaba... Espera. —Se puso a contar con los dedos— Jacinto nació en el trece y yo en el veintiuno. Rosa creo que era del veintidós, y Hortensia, que todavía vive, aunque tiene la cabeza fatal, me parece que es del veinticinco. Todo esto lo hago para demostrarme a mí misma que estoy mejor que ella, claro está. Rosa no llegó a casarse, y al enviudar la madre se fueron a vivir las dos con Hortensia y su familia. En resumen, Jacinto trataba de mantener con ellas el vínculo recompuesto después de veintitantos años de separación, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que le desagradaba estar aquí. Eso de volver a la España franquista, de convivir con la dictadura contra la que había combatido, y más aun sabiendo que el canalla que fue la causa de su desgracia podría estar viviendo tranquilamente en alguna parte del país, eso no lo llevaba nada bien. Yo notaba cómo se le descomponía la cara cada vez que bajábamos del avión y nos aproximábamos a la cola de la aduana.

—Un momento —dije excitado—. ¿Intentas decirme que Jacinto sabía lo de la falsa desaparición del abuelo de Carmen?

—Así es. Por ello dejamos de venir. Y nunca olvidaré lo primero que expresó cuando supo la gravedad de su dolencia: la rabia de ver que se moría mientras el criminal de Franco seguía vivo.

—Perdona, Elfriede; dame un momento para recapitular. Por una parte nos cuentas que Jacinto tenía conocimiento de los pasos de Bruno Ibáñez; por otra, que Wilfried vino con vosotros en el periodo comprendido entre 1963 y 1966, es decir, entre los dieciséis y los diecinueve años. ¿Puedo suponer que Wilfried se enteró de aquello durante estas visitas, o aún no sabía nada?

—Hay además otro detalle que no me pasa desapercibido —intervino Carmen—. Antequera y Torremolinos se encuentran en la provincia de Málaga, y mi abuelo trabajó en Málaga durante la primera mitad de los cuarenta, más o menos. Si me apuras, yo también me siento tentada a relacionar este hecho con lo que estoy oyendo aquí.

—Ninguno de los dos andáis descaminados —añadió Eugenio—. Pero es la hora del almuerzo. ¿Qué os parece si lo hablamos en la mesa?

El deseo de la anciana de responder a nuestras dudas se había vuelto tan urgente que mientras Aurora servía los entremeses prosiguió con su exposición.

—Todo cuanto necesitáis averiguar está relacionado, diría que por desgracia, con un miembro de la familia materna de Jacinto. Una familia numerosa la de los Alba: su abuela tuvo seis hijos, tres de cada sexo. El segundo de ellos, Sebastián, hizo fortuna como contratista aprovechando el impulso urbanístico que experimentó la capital malagueña durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Era, por decirlo en pocas palabras, el *tío rico* de Jacinto. Pero no me voy a referir a él, sino a su hijo Enrique.

En la semblanza que Jacinto había ido construyendo de su familia desde que conoció a Elfriede hasta que ella vino por primera vez a España, la figura del primo Enrique aparecía dotada de un aura especial. Durante la infancia y la adolescencia, cuando los Alba se reunían por agosto en la casa de los abuelos, Enrique desempeñaba invariablemente el papel de *director*, como a él mismo le gustaba identificarse, en los juegos, las travesuras y las excursiones por los alrededores con los que aquel heterogéneo grupo de primos consumía las dilatadas jornadas estivales. Pero conforme se hicieron adultos, las obligaciones profesionales acabaron con estos felices encuentros, y las noticias que Jacinto tenía de Enrique quedaron circunscritas a las novedades que su madre le proporcionaba, ya fuese tras la visita a los abuelos o mediante la lectura de un breve párrafo de alguna carta: que acabó con buenas notas el peritaje mercantil, que su padre había encontrado en él un eficaz gestor para la pujante constructora de su propiedad y que, por el momento, no existía ninguna joven que hubiera obtenido de él cualquier compromiso formal.

Enrique, por su parte, procuraba mantenerse al tanto del rumbo que seguían las

vidas de los miembros de su antigua pandilla antequerana, y en ese sentido no fue ajeno a la conmoción familiar que supuso la desgracia de Jacinto, en unos tiempos en que la tragedia se volvió un vendaval que soplabá en todas direcciones. De manera que al término de la contienda mundial, cuando su padre le contó que el primogénito de los tíos Jacinto y Consuelo no solo había sobrevivido a tantas adversidades, sino que estaba a punto de fundar una familia al otro extremo del continente, se dijo a sí mismo que Dios, aunque tarde, supo rectificar sabiamente el destino que parecía tenerle deparado.

El deceso de tío Jacinto, ocurrido a los tres años del de su cuñado Sebastián, coincidió con una severa fractura de peroné que Enrique sufrió al rodar por las escaleras de un edificio en construcción. Para él, que tenía por costumbre no faltar a los compromisos, su ausencia en el funeral se le antojó una incorrección pese a su estado. Pero lo que le produjo mayor decepción, como confesaría más adelante, fue enterarse de que su primo el héroe había regresado, sí, aunque solo con el tiempo justo de acudir al sepelio.

Meses después, cuando no habían transcurrido ni tres días desde que Jacinto y los suyos iniciaran las primeras vacaciones en Antequera, una niña se presentó en la casa de Hortensia a la hora en que la familia Lozano almorzaba apiñada alrededor de la mesa extensible del salón. Era la hija de los únicos vecinos que por entonces poseían teléfono, un lujo que las normas de cortesía obligaban a ofrecer en casos concretos. La pequeña traía un recado para el padre del niño alemán que había conocido la tarde anterior: que el señor Enrique preguntaba por él y que estaba al aparato. Jacinto miró extrañado a su madre, a sus hermanas y a su cuñado, pero ninguno de ellos alzó la vista del plato. Cuando el pintor de los astilleros tomó el auricular de baquelita para identificarse escuchó una voz estentórea al otro lado de la línea.

—¡Jacinto! ¡Qué alegría me da oírte, muchacho! ¿No te han dicho las primas que había preguntado por ti?

—No, no me han dicho nada, Enrique. Y el caso es que ayer les pregunté qué tal te iba. Me comentaron que estás forrado.

—Bah, puras exageraciones. Entonces tu padre tampoco... Oye, cuánto lo siento, con lo cariñoso que era conmigo. Supongo que te mencionaría algo en sus cartas.

—Te prometo que no sé de qué me hablas, primo.

—La hostia, ya me lo temía. ¿Tú ves?, ese es el problema de este puñetero país: el miedo. Hace casi un cuarto de siglo que acabó la guerra y seguimos acojonados. Ay, Dios mío. En fin... Oye, me he enterado de que has venido con la mujer y los chicos, dos varones por lo visto. Las nuestras son tres hembras, a cada cual más guapa. Me hubiese gustado tener un muchacho, pero Gloria dice que ya parió lo que tenía que parir. Ah, las mujeres de hoy no son como nuestras abuelas: seis, siete...; ale, a traer criaturas al mundo. Por cierto, ¿cómo se llama tu esposa?

—Elfriede.

—Bonito nombre, aunque un poco raro. Debe de ser una buena jaca, porque las

alemanas que llegan ahora a la costa están para quitar el hipo. Bueno, vamos al grano. ¿Cuándo podemos vernos?

—No sé, Enrique. Acabamos de aterrizar, como quien dice. Teníamos previsto darnos una escapada a la playa, pero han sido tantos los años lejos de mi gente que ahora...

—Mira, no se hable más: veníos el domingo. Nosotros acudimos a misa de diez, y luego ya no tenemos nada que hacer en todo el día. La cocinera libra los festivos, pero Mila le supera con creces. Os vais a chupar los dedos.

La dirección que Enrique le proporcionó a su primo correspondía a la de un magnífico chalet de estilo inglés con vistas al mar, situado en una de las zonas predilectas de la alta burguesía malacitana, el paseo del Limonar. Elfriede, cuyo castellano era en aquel tiempo solo el resultado de la voluntad de Jacinto por ejercitar su lengua natal, quedó encantada con la abrumadora hospitalidad que les brindaron aquellos acaudalados parientes. Tanto es así que Mila no se separó de ella ni un instante. Por lo pronto comenzó enviando a sus hijas con los nuevos primos a la pista de tenis. A continuación condujo a los visitantes adultos en un periplo por toda la mansión, y tras dejar a los hombres fumando en el porche se fue con Elfriede a dar un largo paseo por el jardín, donde la alemana llegó a pronunciar, que no a recordar, el nombre de veinte o treinta especies vegetales. Pasado el mediodía la anfitriona sirvió unos aperitivos y se encerró con la invitada en la cocina bajo el pretexto de tomarla como pinche, aunque en realidad la comida estaba preparada y solo quedaba calentarla y servir los platos. Allí siguieron charlando hasta la hora del almuerzo, una hora inusitadamente tardía para las costumbres germanas. No obstante fue este el único periodo prolongado en que se congregaron todos los miembros, ya que tras la sobremesa, cuando Mila consideró que habían hecho la digestión, se llevó a los chicos y a su madre a la piscina, y allí permanecieron hasta la hora de marcharse.

De vuelta a Antequera Jacinto, que iba conduciendo el *dos caballos* del marido de Hortensia, mantenía la mirada fija en las curvas del camino. Desde que dejara atrás la residencia de los Alba apenas había cruzado unas cuantas frases con sus hijos y su mujer. Esta era consciente de que el encuentro entre su esposo y aquel primo que tantas veces nombrase en su exilio alemán vendría cargado de emotividad, pero en los últimos días los encuentros emotivos se sucedían sin cesar, y ninguno de ellos le había causado un efecto semejante. Conforme remontaban el puerto de las Pedrizas Elfriede empezó a atar cabos: el incesante agasajo que Milagros le había dedicado a lo largo del día, así como la acogida de sus hijas hacia Wilfried y Franz, respondían a un objetivo preciso: permitir que Enrique y Jacinto dialogaran a solas. No, no le cabía la menor duda de que aquel acicalado fortachón, cuyo traje de lino blanco contrastaba con el cabello y el fino bigote teñidos de negro, tenía demasiados asuntos particulares de los que tratar. Pronto se enteraría del contenido de la conversación, tan pronto como estuviesen solos en la oscuridad del dormitorio, después de una cena en la que, sorprendentemente, ni las hermanas ni la madre de Jacinto se interesaron por la visita.

El ensimismamiento que embargaba a Jacinto no tenía su origen en la evocación del rosario de vicisitudes cuyos pormenores anhelaba conocer Enrique; por el contrario, lo que lo había producido era algo tan simple en apariencia como el relato de una antigua amistad, la que este mantuvo durante sus años de juventud con otro joven de la alta sociedad malagueña.

El verano de 1941 tocaba a su fin, la epidemia de tifus que había provocado cientos de muertos en la ciudad se daba oficialmente por sofocada y el estadio de la Rosaleda había sido inaugurado una semana antes con la victoria del Malacitano sobre el Sevilla. Aquel domingo 21 de septiembre Enrique quiso dejarse caer por la sede del Real Club Mediterráneo, un lugar al que acudía con frecuencia a practicar sus dos deportes favoritos, el remo y el waterpolo, entonces denominado polo acuático. No había programada ninguna competición ese día, sino el ya tradicional guateque de cierre de temporada que la junta directiva organizaba para los hijos de los asociados. Enrique contaba a la sazón veinticinco años, lo que unido a su figura atlética, su jovialidad, sus dotes para el baile y —tal vez lo más importante— la fortuna paterna, hacía de él uno de los partidos más codiciados entre las hijas de las familias pudientes.

Aquella tarde eran las dos hermanas Fernández de Villavicencio quienes pugnaban entre sí por estrechar el cerco a la acreditada soltería del primogénito del constructor. Cansado de tan pacato juego de seducción, pues ni la una ni la otra parecieron dispuestas a acortar a menos de medio metro la distancia cuando bailaban con él, Enrique se escabulló hasta la barra y le encargó al barman una paloma. Mientras este se la preparaba encendió un pitillo y observó de reojo a un muchacho solitario que, acodado en el mostrador, contemplaba con aire ausente el rítmico vaivén de las parejas. Era más bien grueso, de ojos azules, con la piel casi tan blanca como la de una mujer, aunque sus mejillas y su nariz habían adquirido un tono escarlata por efecto de la copa de ponche a la que daba vueltas distraídamente. A Enrique le inspiró cierta compasión, así que se acercó a él para hacerle compañía.

—Me parece que no nos conocemos. O llevas poco tiempo viniendo por el club o me estoy volviendo muy despistado.

—Oh, ni mucho menos. Habré venido cuatro o cinco veces —su voz era agradable, aunque poseía un matiz nasal. En cuanto al acento resultaba difícil determinar su procedencia.

—Mi nombre es Enrique, Enrique Alba. Un placer —dijo tendiéndole la mano. En aquellos ambientes burgueses era costumbre presentarse con el apellido para que la otra persona pudiera determinar de inmediato el linaje.

—Yo soy Benito Ibáñez. Y es natural que no me conozcas, no hace ni seis meses que vivo aquí.

—Un traslado familiar, supongo.

—Sí. Mi padre es coronel de la Benemérita, y con lo de la nueva ley lo han destinado al tercio de Costas y Fronteras de Málaga.

Estas palabras provocaron en Enrique el mismo efecto que un trallazo. Dio una larga calada al cigarrillo para disimular el temblor que había desbaratado su sonrisa. «Ante todo no debe advertir que yo sé lo más mínimo», se dijo. «Además, suponiendo que su padre recordara los apellidos de Jacinto sería inverosímil que llegara a relacionarme con él». Esta apresurada reflexión encerraba, sin embargo, toda una declaración de intenciones, según pudo ir comprendiendo conforme recuperaba el sosiego en la animada charla que mantuvieron. Una charla durante la cual la imagen inicial que Enrique se había forjado de Benito, la del cachorro de aquel criminal que le había destrozado la vida a su primo y a la prometida de este, dejó paso a otra muy distinta, la de un joven educado, sociable y al mismo tiempo inseguro, lo que su interlocutor quiso atribuir a un importante déficit de cariño.

El propósito que se había marcado el primo de Jacinto era, obviamente, servirse de Benito para infiltrarse en el entorno de los Ibáñez y tratar de averiguar algo sobre el paradero de Ángela Moreno, cuyo rastro permanecía tan oculto como eterno se hacía el cautiverio de su padre. De entrada puso el máximo empeño en que el forastero no se marchara esa noche sin relacionarse con el mayor número posible de miembros de aquel selecto círculo. A ello contribuyó en gran medida el propio interesado mediante la ingestión de unas cuantas copas que, si bien le ayudaron a vencer su aparente timidez, a Enrique le parecieron excesivas para un chico que aún no había cumplido los dieciocho años.

En las semanas siguientes podemos encontrar al hijo de Sebastián Alba permanentemente acompañado por Benito Ibáñez en la terraza del café Madrid, en las tertulias del Múnich, en los salones del Círculo Mercantil y del hotel Miramar, en las pistas de tenis o de baile de los Baños del Carmen. Con tacto exquisito el malagueño va obteniendo algunos datos, no muchos, sobre su joven amigo. Pocos días después de conocerse le cuenta que es hijo único, pero a renglón seguido comenta en tono guasón no estar seguro de ser él mismo. Ante la expresión de desconcierto de Enrique se aviene a aclarar el enigma: en el panteón familiar del cementerio de Daimiel aparecen inscritos su nombre y sus apellidos, los cuales corresponden en realidad a los restos del primogénito de sus padres, que falleció con solo dos meses.

El 21 de octubre, dieciocho días antes de que el submarino alemán U-81 provoque el hundimiento del portaaviones británico Ark Royal frente a las costas de Estepona, sesenta representantes de ambos sexos de las Juventudes Hitlerianas llegan para visitar la capital malagueña, cuyas autoridades los acogen con todos los honores. Aun sin ser de su agrado, puesto que es un convencido aunque no declarado aliadófilo, Enrique acompaña a Benito a una exhibición artística y deportiva que los jóvenes nazis realizan en el teatro Cervantes. Durante el descanso ambos acuden al palco que ocupa don Bruno, quien previamente le ha manifestado a su hijo el interés por conocer a ese apreciado amigo del que siempre está hablando. El coronel, al que los últimos acontecimientos lo hacen mostrarse exultante, deja entrever a Enrique que está al tanto de la elevada posición social de su familia. Sea por una o por otra razón,

el hecho es que invita a Enrique a almorzar en su propio domicilio el domingo siguiente.

Ese día, nada más aparcar el coche ante el edificio de la plaza de José Antonio donde tienen su residencia los Ibáñez, Enrique entra en la cafetería más próxima y pide una tila doble. Pese a estar acostumbrado a bregar con falangistas de turbio historial, la idea de sentarse a la mesa del verdugo de su primo le produce tal escrúpulo que solo haciendo de tripas corazón logra contenerse las náuseas. El invitado no se equivoca en sus suposiciones; Bruno Ibáñez resulta ser un individuo fatuo y jactancioso, obsesionado por hacer patente en todo momento la autoridad de la que se siente investido, un cabeza de familia que se dirige con irritante desdén a su hijo y a su esposa Elvira, una dama tan elegante como trivial. Pero hay cierto rasgo en el temperamento del Guardia Civil que a Enrique le llama la atención enseguida: la desaprensión con la que busca rentabilizar en el menor tiempo posible la confianza de quien apenas le ha dado tiempo a tratar. En su caso no habían acabado el primer plato cuando don Bruno le expresa su enorme interés por poder conversar con ese *patricio malagueño* que, según ha podido saber, es don Sebastián Alba.

Al regresar a casa Enrique se siente satisfecho. No le cabe duda de que la camaradería de Benito vendrá condicionada en lo sucesivo por los arreglos que el canalla que tiene por padre pretenda hacer con el suyo, aunque por lo pronto ha logrado revalidar el contacto directo con esa potencial fuente de información. Y de inmediato se percata de que no es solo don Bruno quien utiliza a los otros: también él mismo se está sirviendo del muchacho.

La consolidada intimidad entre ellos presenta sin embargo significativas zonas opacas. El malagueño ignora, por ejemplo, en qué ocupa el tiempo su amigo durante la jornada laboral. En ningún momento menciona que esté cursando estudios, pero a Enrique Alba se le antoja imposible la idea del vástago del coronel holgazaneando en casa todo el día. Habrá de ser don Sebastián, una vez que don Bruno y él entren en contacto y llegue a constatar la insaciable ambición del jefe de costas, quien le descubra a su hijo el papel que Benito desempeña como recadero en el negocio de contrabando desde Marruecos que su padre trata por todos los medios de monopolizar.

No debería ser demasiado eficiente en su labor cuando en la primavera del 42 aterriza en Málaga Luis Velasco, aquel siniestro falangista cordobés que coordinaba, y no precisamente desde la sombra, las mayores atrocidades de Ibáñez durante su etapa como jefe de Orden Público. El carácter pusilánime de Benito lo induce en un principio a aceptar la compañía del recién llegado en las juergas que el joven se corre con su inseparable colega. Más adelante, cuando Velasco ponga al descubierto su sadismo destrozando a patadas el instrumento de un organillero ambulante o apagando un habano en la mejilla de una prostituta, Enrique inventará excusas de diversa índole para evitar la presencia del abominable advenedizo.

Tras un paréntesis vacacional en Antequera, el primo de Jacinto se reencuentra

con Benito en agosto, durante la ceremonia de apertura de la exposición agrícola e industrial, y quedan en acudir juntos a la feria el fin de semana siguiente. Aquella noche, entre copa y copa de Málaga, el muchacho iría desgranando unas cuantas confesiones. Algunas resultaban previsibles para su amigo, como la decisión de limitar el trato con Velasco a lo *meramente profesional*. Otras, en cambio, se le hacían cuanto menos sorprendentes: doña Elvira está embarazada.

—Ya ves, a su edad —añadió receloso—; y yo que creía que mi padre solo mantenía relaciones con su amante...

Enrique Alba esbozó un gesto artificial de sorpresa.

—Caray, no se me habría ocurrido pensar que tu padre pudiera tener amantes.

—A decir verdad solo tiene una, y la historia debe de ser bastante larga, porque la mujer es madre de una niña. —Luego apostilló con aire de sorna— Para mí que está loco por ella; hasta le ha puesto una casa en El Rincón de la Victoria...

Enrique se cuidó por el momento de hacer más preguntas sobre la querida de don Bruno. No obstante a través de Crispín, un operario de la empresa que vivía en aquel pueblo de pescadores próximo a la capital, logró confirmar que la mujer mencionada por Benito —«una de las gachís más guapas que he visto en mi vida», comentó el albañil— atendía al nombre de Ángela. Supo asimismo que Ángela y su hija salían siempre acompañadas por cierta señora gruesa de mediana edad. Dado que esta jamás se hacía cargo de la pequeña, Enrique sospechó que probablemente tuviera encomendado controlar los movimientos de la madre. Dicho particular pudo constatarlo él mismo la mañana en que montó guardia desde su automóvil, a escasos metros de la casa, hasta conseguir tomarle algunas fotografías, las mismas que puso ante los ojos de sus tíos Jacinto y Consuelo unos días más tarde.

—¿Qué es lo que pretendes con esto? —le interpeló el padre del pintor al tiempo que lanzaba las fotos sobre la mesa—. ¿Te parece poco todo lo que hemos pasado para que encima vengas a recordarnos nuestro calvario?

—Pero está viva, aquí tenéis la prueba de que al menos sigue viva.

—Y qué te crees, ¿que no lo sabemos? De no ser así no estaría consumiéndose entre rejas el pobre de Rafael.

—Eso significa que ella está en contacto con su familia... Y vosotros también, ¿no es cierto?

—Su madre ha recibido un par de cartas con remitente y dirección falsa —dijo la tía Consuelo en tono conciliador—. Solo el matasellos le permite saber por dónde anda, porque Ángela evita dar detalles sobre su situación.

—Quizá a la madre le alegraría ver las fotos. Yo estaría dispuesto a visitarla.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó el droguero—. Esa mujer está enferma. Lo único que haría falta es que tú la matases de un disgusto.

Enrique se guardó las instantáneas en el bolsillo y dio por zanjado el asunto cambiando de conversación. Pero al atardecer, mientras el tío Jacinto cargaba en el coche de su sobrino unas cuantas sandías del huerto familiar, la tía Consuelo

aprovechó el instante para indicarle a este que depositara las fotos en el bolsillo de su bata.

La amistad entre el primo de Jacinto y el hijo de don Bruno se vuelve más estrecha a partir del otoño de 1942. Por encima de la distracción y las relaciones sociales que el malagueño le brinda en todo momento, Benito Ibáñez parece haber encontrado en Enrique un estilo de vida a imitar, independiente, hedonista, alejado de la miseria imperante y, sobre todo, de la odiosa avaricia que entraña su ocupación de estraperlista obligado. Claro que la imitación de tal modelo comporta en gran medida una extroversión cimentada en el abuso ético. Aun sin atreverse a retratar los perfiles más sórdidos del coronel en su faceta de padre y de esposo, el chico saca a relucir en ocasiones pequeñas confidencias familiares en las que deja entrever una clara afinidad con doña Elvira, afinidad en la que su amigo adivina la huella de una humillación compartida.

No es de extrañar por tanto que Benito viva con auténtico entusiasmo la llegada al mundo de los gemelos. Tras la obligada celebración acompañada de una monumental cogorza, en los siguientes días de febrero apenas se deja ver, circunstancia que Enrique relaciona con la entrega a su nuevo papel de hermano mayor. Sin embargo, el segundo día de marzo don Sebastián recibe a su hijo en la oficina poniéndole ante los ojos el diario abierto por la sección de necrológicas: doña Elvira Jordano Espinosa, esposa de don Bruno Ibáñez Gálvez, coronel jefe del Tercio de Costas de Málaga, ha fallecido.

Al funeral acude Enrique, aunque lo hace acompañado de sus padres. Y es que Sebastián pretende estar a bien con el recién viudo, pues hasta entonces ha venido dándole largas a su propuesta de utilizar la flota de camiones de la empresa para distribuir por toda Andalucía oriental los productos de contrabando que él importa. En la catedral concurren no solo las autoridades militares, civiles y eclesiásticas, sino también la flor y nata de la alta sociedad malacitana, así como un gran número de ciudadanos anónimos, prueba evidente de que en sus dos años de estancia en Málaga Ibáñez ha conseguido crear una tupida red de contactos implicados en el lucrativo comercio clandestino.

Cuando, tras una larga espera, le llega a Enrique el momento de dar el pésame a Benito, advierte en el semblante del muchacho una crispación sobrecogedora que se traduce a la vez en la tardanza en desprenderse de su abrazo. Que las circunstancias que rodean la muerte de la madre resultan un tanto anómalas lo prueba el hecho de que su hijo no vuelve a dar señales de vida en las siguientes semanas. No será hasta el ocho de mayo cuando ambos jóvenes se encuentren de nuevo con motivo de la ceremonia en la que Franco recibe el título de Alcalde de Honor de la ciudad, y donde don Bruno ofrece la patética imagen del cortesano empecinado en abrirse un hueco junto al regente. En aquella ocasión el huérfano susurra al oído de su amigo dos escuetas frases: «Tengo algo que contarte. Te llamaré en cuanto pueda».

Pasan los meses y la preocupación de Enrique crece al no recibir la llamada

prometida. Esta se produce finalmente a mediados de diciembre. Benito le ruega que lo recoja en coche en el paseo de los Curas. Al subir al vehículo solicita que lo lleve a un lugar donde puedan conversar a solas y sin testigos. Tras un instante, Enrique emprende el camino de regreso a su propio hogar. Allí el atribulado muchacho comienza a desahogarse frente a una copa de *brandy* que vacía y rellena en menos de un minuto. Su exposición arranca de un modo caótico: la razón de su larga ausencia es el férreo control de don Bruno, que se opone a dejarlo salir de casa.

—¿Todo este tiempo estuviste encerrado? —pregunta incrédulo el anfitrión—. ¿No exageras un poco?

—Sí..., bueno, salgo únicamente a resolver asuntos de trabajo, y siempre acompañado de un sargento de la Benemérita que me han colocado de ayudante. De hecho ahora mismo estoy aquí porque a mi padre lo han llamado a Burgos para actuar en un consejo de guerra.

Enrique sopesaba hasta qué punto sería oportuno recabar alguna información sobre la participación de Ibáñez en dicho tribunal. Luego desechó la idea y pasó directamente a interesarse por el origen del conflicto familiar de Benito, que en ese momento estaba mordiéndose las uñas.

—Pensarás que lo que te voy a decir es una barbaridad —se anticipó a decir el chico—, pero tengo la absoluta certeza de que mi madre fue envenenada por mi padre.

—Vamos, hombre, ¿cómo puedes hablar así? Tú mismo reconocías que era demasiado mayor para quedarse embarazada. Si a eso le sumas que se enfrentó a un parto doble no es nada raro que surgiesen complicaciones.

—El parto transcurrió sin incidentes y mi madre estaba perfectamente. Escucha, Enrique —puso una mano en su rodilla—, sé muy bien lo que digo porque me tocó vivirlo en mi propia casa. Desde que mamá anunció su embarazo, a mi padre se lo comían los demonios. ¿Te acuerdas del cerdo de Velasco? Ya me di cuenta de que no soportabas sus animaladas y, aunque nunca has querido contármelo, supe que esa era la razón por la que te perdiste de vista durante un tiempo. También a mí me revolvió las tripas cada vez que se le iba la cabeza, por más que al principio me pareciera un tipo avisado. Ignoro cuál era su relación con mi padre cuando estuvo destinado en Córdoba; lo que sí sé es que se lo trajo para hacer de él su hombre de confianza. Durante los primeros meses se pasaban largas horas encerrados en el despacho trazando planes, y a menudo Luis se quedaba a cenar. Mi padre había puesto a su disposición aquel coche en el que nos íbamos de jarana, el mismo con el que visitábamos a nuestros..., en fin, a nuestros clientes. El mismo en el que llevaba a mi madre de compras o a cualquiera de sus actos sociales. En su empleo se confundían las tareas de secretario, agente comercial y chófer. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—El caso es que Velasco dejó de ejercer este último cometido coincidiendo con la noticia de que mi madre estaba encinta. Y por supuesto no apareció más por casa.

¿No te parece sospechoso?

—¿Pero tú crees que tu madre pudo...? —A la memoria de Enrique vinieron las palabras que su amigo pronunció en la feria: «y yo que creía que mi padre solo mantenía relaciones con su amante...».

—Qué cosas tienes, ¿quién va a pensar mal de su madre? Y además con un matón de la calaña de Velasco. Venga, Enrique, no le busques tres pies al gato. No eras tú el único; también a ella le repugnaba, aunque lo soportaba porque temía contrariar a su esposo. Esa barriga se la hizo mi padre. Lo que sucede es que se ha vuelto paranoico, los negocios no le están saliendo como él pretendía y ve fantasmas por cualquier parte. Al marcharse la comadrona se metió en el dormitorio, cerró la puerta y le armó un escándalo a mamá de padre y muy señor mío. La llamó *puta* lo menos una docena de veces. Gritaba que esos niños no se le parecían ni por asomo, que eran el vivo retrato de Velasco. Mi madre no paraba de gemir, los pequeños berreaban. Porque sabía que yo estaba al otro lado de la puerta, que si no, la hubiese matado en ese momento.

Benito se ocultó el rostro con las manos para que su confidente no lo viese llorar. Este tomó asiento junto a él y le echó el brazo sobre los hombros.

—¿Cómo pude cometer la torpeza de no adivinar lo que estaba tramando? —se preguntó el chico entre hipidos—. A partir de entonces actuó con una frialdad inaudita. Primero le consiguió un ama de leche bajo el pretexto de que mamá se había quedado muy debilitada. Luego ordenó a la cocinera que le sirviese en cada comida una buena taza de caldo que, según él, era muy importante para su recuperación. Apenas una semana más tarde me despertó un tropel de voces y pasos apresurados por la casa: mi madre no paraba de vomitar, y había restos de sangre en lo que arrojaba. Al rato apareció un médico, o alguien que se hizo pasar por médico, no lo sé, que diagnosticó aquello como el resultado de una infección contraída durante el parto. Le puso una inyección y recomendó que guardase reposo absoluto. Mi padre dejó a la criada al cuidado de mamá, me envió a resolver unos encargos y se marchó a trabajar. Cuando regresé a mediodía mi madre se encontraba peor, tenía mucha fiebre y temblaba. Le exigí a mi padre que la trasladásemos a un hospital, pero me dio un bofetada y aseguró que él sabía cuidar de su mujer. Al caer la noche empezó a delirar. Volvió el médico y, entonces sí, reconoció que convendría internarla. A la mañana siguiente falleció.

—¿Cuál fue el diagnóstico de su muerte?

—Eso mismo, una infección bacteriana. Ya ves.

—¿Y por qué iban a mentir los médicos?

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Tú no conoces a mi padre. Él es capaz de amenazar al más pintado. Además encontré esto —de un bolsillo de la americana extrajo un frasco con una minúscula cantidad de polvo castaño en el fondo.

—¿Rapé? —el malagueño lo tomó para mirarlo al trasluz.

—No lo creo. Había bastante más en un pastillero de latón que guarda en su viejo maletín de campaña. Por supuesto que está cerrado con un fuerte candado, pero abrirlos es una de mis escasas habilidades. ¡Ni se te ocurra olerlo! —exclamó al ver que su amigo lo destapaba—. Yo solo arrimé la nariz y aun así pasé dos o tres días con náuseas y una presión en el pecho la mar de desagradable.

—¿Por qué no me lo dejas? Quizá encuentre quien me diga de qué se trata.

—¿Cómo no? —Se mantuvo pensativo por unos segundos— Comprenderás el mal trago que eso puede suponerme... En fin, estoy dispuesto a soportarlo con tal de saber la verdad.

—A propósito, ¿qué fue de Velasco?

—Se lo ha debido de tragar la tierra..., o el mar.

—Habrá vuelto a Córdoba.

—¿Con lo puesto? Mira, la víspera de la muerte de mi madre, cuando mi padre me mandó a trabajar fui directamente al piso de Velasco porque llevaba una semana sin verlo. Me dedicué a registrarlo a conciencia (te recuerdo lo bien que se me dan las cerraduras) y puedo asegurarte que no faltaba ninguna de sus pertenencias. De modo que...

Al término de aquel encuentro Enrique estaba hecho un mar de dudas. Probablemente nadie en Málaga, salvo Ángela Moreno, conocía mejor que él la ilimitada maldad del coronel Ibáñez. Pese a ello no podía evitar cierto recelo hacia los juicios de su vástago, que tan proclive se mostraba a derivar en fantasmagorías cada vez que se entregaba a la bebida.

Don Sebastián Alba era cliente habitual de la botica que la familia Mata ha venido regentando desde los años veinte en la céntrica calle de Larios, aunque casi siempre fuese su hijo quien se ocupara de recoger las medicinas. Dado que los mancebos lo trataban con notable familiaridad, no tuvo reparo en dejarles el encargo de analizar la sustancia contenida en el frasco, advirtiéndoles no obstante que se trataba de un asunto estrictamente confidencial. Tres días más tarde volvió a pasarse por la farmacia.

—¿Y bien? —preguntó dirigiéndose al más veterano de ellos.

—Porque nos dijiste que era un cuestión privada, Enrique. Pero si quieres un consejo abstente de guardar en tu casa este tipo de cosas. Si estás aquí ahora mismo debo suponer que ni siquiera la has tocado.

—¿Qué es?

—Ricina.

—¿Y qué tiene que ver con el laxante que nos dan nuestras madres?

—Es la misma planta. El aceite de ricino se obtiene por prensado en caliente de las semillas, y el residuo sólido de la pulpa es el que contiene la ricina, uno de los venenos más potentes que existen. Por Dios, Enrique, esa pequeña dosis que nos has dejado podría matar a una persona.

—¿De qué modo, por ingestión?

—O inhalándola, o mediante una inyección.

—¿Es fácil de conseguir?

—Tú lo sabrás, que nos la has traído.

—Lo que te pregunto es si sería compleja su elaboración.

—En absoluto. Puede venir de una compañía que produzca el aceite, o incluso de alguien que cultive la planta para este fin tan macabro; siempre y cuando sepa manejarse bien en un laboratorio, claro está.

Pese a lo amargo del trance, Enrique cumple con su palabra y transmite al joven amigo la información de aquel profesional sobre el contenido del frasco. Llegado a ese punto, bien sea por compasión o, lo más probable, por las nuevas vías de negocio que ocupan todo su interés, el caso es que Bruno Ibáñez modera con la entrada del nuevo año el régimen de aislamiento al que mantenía sometido a Benito. Transcurre así 1944 como un periodo de calma que los camaradas aprovechan para disfrutar de la vida nocturna de la ciudad, de los tablaos que comienzan a resurgir, de las salas de fiestas clandestinas, de los prostíbulos menos sórdidos que la Málaga de la penuria y el racionamiento podía permitirse.

Mientras, el coronel del tercio de Costas y Fronteras ha encontrado una nueva oportunidad para lucrarse a través de su colaboración con el consulado alemán en Málaga. Dicha oficina recibe periódicamente unos baúles identificados en su exterior como equipaje diplomático que contienen, sin embargo, explosivos destinados a sabotajes contra la base británica de Gibraltar y las fuerzas de ocupación norteamericanas instaladas en Orán. Si en los primeros momentos Ibáñez se encarga de proporcionar cobertura legal al desembarco y traslado de este tipo de armamento, más tarde habrá de hacer otro tanto con el de miembros del partido nacional socialista que viajan desde el puerto de Málaga hacia el protectorado español de Marruecos. De hecho existe constancia de las quejas que el cónsul estadounidense en Málaga eleva por tal motivo al ministro de Gobernación Blas Pérez, quejas que resultan estériles, pues el entonces gobernador civil de la plaza e íntimo amigo de don Bruno, Emilio Lamo de Espinosa, desmiente que cualquier ciudadano alemán haya entrado o salido de nuestro país por el puerto malacitano con posterioridad a 1940.

Esta situación tan favorable a Ibáñez se tuerce cuando en octubre del 45 Lamo de Espinosa es sustituido en el cargo por el notario Manuel García del Olmo, un hombre dogmático e intransigente que no oculta su antipatía hacia el corrupto coronel. Prueba de ello es que apenas una semana después la Brigada Político Social, dependiente de la Policía Armada, lleva a cabo una importante redada en el puerto que se salda con una veintena de detenidos, entre ellos varios guardias civiles de costa. El alijo, procedente de Tánger y compuesto por fardos de tabaco, sacos de café en grano, neumáticos de camión y medicamentos, tenía como destinatario al ingeniero de Obras Públicas José Fernández Castany, quien dirigía a cambio la construcción de un lujoso chalé en Torremolinos para don Bruno. Las repercusiones de la actuación resultan llamativas: mientras los números de la Benemérita son llevados a juicio y la policía

se emplea a fondo contra el estraperlo callejero, el receptor de la mercancía no solo no es sancionado, sino que argumenta en su defensa que «todo está solucionado». Aunque Ibáñez sale indemne del escándalo, en su fuero interno le queda el recelo de que la inmunidad de la que venía gozando se ve amenazada.

A Benito no le importa ya compartir con Enrique su visión escéptica de los tejemanejes paternos; se diría que la despreocupada actitud de joven de clase acomodada es en este caso más bien un modo de establecer distancias frente a la escandalosa ambición con la que debe convivir. El día de los Inocentes su amigo lo llama para invitarlo a un recital que Pepe Beltrán, *El niño de Vélez*, da en el café España, pero es la criada quien responde al otro lado de la línea: *el señorito*, afirma, se siente indispuerto, y acto seguido cuelga sin ofrecer más explicaciones. Aunque a Enrique se le antoja sumamente extraño que Benito no quiera ponerse al teléfono, no está dispuesto a perderse la actuación de aquel digno heredero de Juan Breva, de manera que acude solo al café cantante. Allí se encuentra con un buen número de conocidos, entre ellos Fernando Temboursy, hijo del delegado municipal de Cultura, que le invita a sentarse junto a él y sus amigos.

Como cabe esperar, la actuación del ídolo provincial no defrauda a nadie. El numeroso público le brinda un sostenido aplauso al final del primer pase. Pero a los pocos minutos de iniciarse el segundo tiene lugar un incidente tan repentino que al primo de Jacinto, que se halla en el extremo opuesto del café, casi no le da tiempo a ver por qué motivo se produce. Un tipo aparentemente borracho le propina a otro un puñetazo. El agredido se echa mano al bolsillo del pantalón, extrae una navaja automática y la agita abierta frente al rostro de su agresor. Entre tanto este último ha sacado de no se sabe dónde un revólver y dispara sin acertar, pues el navajero se escabulle en medio de la gente que escapa en estampida. El pistolero sigue no obstante descargando la munición, llegando a herir en el hombro al único espectador que se atreve a asomarse por encima de la barandilla de uno de los pequeños palcos ubicados al fondo de la sala. Pero aquel osado individuo empuña en su mano una pistola, y de un tiro certero abate a sangre fría al tirador antes de enfundar el arma con absoluta parsimonia.

Desde su improvisado escondite tras una mesa volcada, Enrique permanece atento a lo que sucede durante el barullo. En el plazo de un minuto la mayoría de los asistentes ha abandonado el local. Quedan unas cuantas víctimas de la espantada, quienes ayudadas por sus acompañantes se incorporan del suelo con magulladuras y lesiones de escasa consideración. Queda el círculo de camareros y curiosos en torno al muerto, a quien nadie parece conocer toda vez que su adversario ha desaparecido entre la barahúnda. Y quedan los ocupantes del palco contra el que fueron a parar la balas perdidas. Con extrema precaución el joven herido y otros cinco cubren armados la sigilosa retirada, por la puerta trasera del café, de tres hombres maduros, altos y de aspecto distinguido. Los dos primeros en salir no responden a una fisonomía mediterránea: enjuto, algo encorvado y con abundante pelo cano el de más edad;

medio calvo, entrado en carnes y de tez rubicunda el segundo, ambos comparten el tono gris de sus ojos. El último, por el contrario, es corpulento, lleva el cabello oscuro cuidadosamente recortado, lo mismo que el bigote, y las lentes de sus gafas imitan la redondez de su rostro.

Resulta incomprensible para Enrique que la emisora de Radio Nacional en Málaga no se haga eco del suceso. Sí lo menciona en cambio la edición dominical de Sur, si bien el diario malagueño se ciñe a dar una escueta nota de prensa que lo interpreta como una reyerta entre dos *malhechores* saldada con la herida mortal de uno de ellos. No hay la más mínima alusión a armas de fuego ni, por supuesto, a la participación del guardaespaldas de aquellos caballeros que nadie supo identificar.

Los dos últimos días del año encontramos al hijo de Sebastián Alba yendo y viniendo por los mentideros de la ciudad. La noticia del tiroteo en el café España está en boca de todo el mundo, aunque se comente con la cautela que acostumbra a mantener aquella sociedad amordazada. Nadie conoce la identidad de los que lo provocaron, pues al parecer eran forasteros, y en cuanto a las personas que ocupaban el palco, en lugar de obtener información es Enrique quien acaba relatando lo poco que había visto frente a unos interlocutores que se limitan a reflejar su perplejidad.

Recién comenzada la segunda semana del nuevo año Benito se presenta una mañana en el despacho de su amigo. Enrique, que anda enfrascado en el cierre del último ejercicio, no consigue disimular la impresión causada por la turbadora lividez de su semblante. Con ansiedad descomedida el recién llegado se aproxima a él y lo abraza fuertemente.

—No te imaginas cuánto me alegro de que estés bien. Temía que te hubiera pasado algo aquella noche. —Y sin darle oportunidad de responder le apremia— Necesito hablar contigo ahora mismo.

—Perfecto —responde el hijo del dueño dejando la estilográfica sobre los libros—. Venga, vamos a tomar un café en el bar de la esquina —añade disponiéndose a coger el abrigo y el sombrero colgados en la percha.

—Imposible, tenemos que hablar a solas. ¿No puede ser aquí?

—Cómo no. —Se dirige a la puerta y tras cerrarla continúa— ¿Acaso es por lo de tu reciente ausencia? Conmigo no necesitas disculparte, ya lo sabes.

Los ojos de Benito son la fiel expresión de la derrota. Toma un cigarrillo de su pitillera, lo enciende.

—Si fuese solo por eso... —La tristeza de su voz ronca se enreda en el humo— Vengo a despedirme, Enrique. El próximo domingo me marchó.

—¿Por cuánto tiempo?

—Definitivamente.

—Supongo que a tu padre le han dado un nuevo destino, ¿verdad?

Benito, que se pasea de un lado a otro de la estancia, tarda demasiado tiempo en responder. Al final dice frente a la ventana, mirando al horizonte:

—De ese tema no puedo hablar. Pero no, no me marchó con él. Me gustaría que te

tomaras muy en serio lo que te voy a confesar, y sobre todo que me guardases el secreto, porque salvo mi padre y..., bueno, alguien más, nadie lo sabrá: ingreso en un seminario.

Durante unos segundos se percibe con claridad el martilleo de las máquinas de escribir al otro lado de la puerta, hasta que Enrique acaba de elegir las palabras.

—Por supuesto que es algo muy serio, Benito. Una decisión de tal calibre...

—Te equivocas, no es una decisión, sino una imposición —replica afligido el muchacho, y al momento sus labios trazan una sonrisa lúgubre—. Aunque..., quién sabe, lo mismo resulta ser una mano tendida por el destino para escapar de esta pesadilla que me parece estar viviendo.

En este instante el primo de Jacinto desea con todas sus ansias compartir la pesadumbre de su querido amigo, desvelar los motivos por los que entiende lo que significa convivir bajo el mismo techo con la personificación de la infamia. Sin embargo no le queda otro remedio que morderse la lengua, acariciar esa espalda que se estremece al tratar de contener el llanto y formular una pregunta aparentemente insustancial.

—Por cierto, no me has dicho a qué seminario te vas. Tienes que darme la dirección para que te escriba. O para hacerte una visita.

—Verás, Enrique, es que...

—Qué.

—Lo siento, no te lo puedo decir.

Así concluyeron los más de cuatro años de amistad entre el primo de Jacinto y el hijo de su verdugo. El 16 de ese mismo mes la Guardia Civil dismantelaba en el camino de Suárez una imprenta clandestina dedicada a la falsificación de billetes. Los cinco estafadores sorprendidos en el curso de la intervención intentan huir, y al no obedecer el alto de los agentes son abatidos, falleciendo todos ellos en el acto. Esa es al menos la versión que Enrique lee en la prensa al día siguiente. Para entonces ya lleva un tiempo esforzándose por componer el rompecabezas del oscuro tinglado de actividades ilegales que Ibáñez administra desde su puesto en Málaga.

La última pieza no tarda en aparecer. Solo dos días más tarde un fuerte temporal azota la costa malagueña, provocando el desbordamiento del río Guadalmedina a su paso por la ciudad. Mientras tanto el violento oleaje da lugar al naufragio del guardacostas Alcaraván, desde el que don Bruno dirige una operación de decomiso. El coronel y toda la tripulación perecen en el siniestro. «Extraña ocasión la elegida por el jefe de costas para hacerse a la mar», se dice Enrique tras leer la noticia en el periódico.

Ahora solo queda por saber qué ha sido de Ángela. Crispín le contesta de un día para otro: la hermosa dama, su hija y la *asistenta* abandonaron el pueblo poco después de Reyes.

A Enrique Alba no le cabe la menor duda: Bruno Ibáñez estaba enterado de lo que iba a suceder en el café España la noche del 28 de diciembre, y por eso impidió que la

vida de su hijo corriese peligro. No se justifica de otro modo la repentina *indisposición* de Benito aducida por la sirvienta, el hecho de que ni siquiera esta le concediese la oportunidad de hablar con él, cuando llevaba un par de años moviéndose con total libertad. Lo ocurrido durante la velada flamenca no era un simple altercado entre dos borrachos. Enrique estaba observándolo desde su escondrijo: aquellos tipos habían simulado de una manera burda un enfrentamiento espontáneo como pretexto para que el portador del revólver pudiese disparar contra el palco. No era una violenta pelea, sino un atentado. E Ibáñez lo conocía porque era él mismo quien lo preparó.

Tuvo que ser él. Él se encargó de prepararlo, y al quedar al descubierto tras el fracaso no encontró otra alternativa que fingir su propia muerte. De no ser así no se explicaría que hubiese ocurrido en tan breve espacio de tiempo, tan solo el tiempo necesario para buscarle un destino ignoto a ese hijo reservado que por desgracia sabía más de la cuenta; para ocultar en otro lugar a su esclavizada amante y a la hija que tenía con ella; para asegurarse el acomodo de aquel par de huérfanos que, según supo Enrique, habían sido acogidos inmediatamente, sin llegar a pisar la inclusa, en una desconocida familia madrileña; para mandar liquidar a los testigos de su actividad delictiva más comprometedora, los falsificadores de papel moneda. Para deshacerse, por último, de los números de la Benemérita que acatando sus órdenes tiraron a matar contra los furtivos impresores, pues fueron esos mismos agentes los que desaparecieron con el Alcaraván. En el Real Club Mediterráneo llegó a correr el rumor de que los despojos del guardacostas empujados por las olas hasta la playa eran demasiado pequeños para proceder de un naufragio; más bien parecían restos de una voladura. Y don Bruno, no lo olvidemos, había colaborado estrechamente con los alemanes en el tráfico de explosivos.

Solo hubo un dato que Enrique jamás logró averiguar: quiénes eran los tres hombres que la noche de los Inocentes salieron protegidos por la puerta trasera del café España.

17. 1975-1976

Elfriede se secó la piel húmeda de la frente con un pañuelo de encaje antes de tomar entre sus manos temblorosas la taza de té.

—Estará frío —dijo Eugenio—. Espera, que llamo a Aurora para que te sirva otro.

—No te molestes, lo prefiero así.

—Qué memoria, cielo santo; es envidiable —comenté—. Debe de ser agotador.

—“Agotador» no sería la palabra correcta. Mientras os lo he contado era..., ¿cómo diría? Me he visto prestándole la voz a Jacinto, aquella noche en vela en el dormitorio de la casa de Hortensia, abrazado a mí igual que un niño perdido en medio de la oscuridad.

Juan Manuel intervino en este punto.

—A mí lo que me asombra es la forma en que se transmite el relato: desde Enrique, y en ocasiones incluso desde Benito, llega a Jacinto, que a su vez se lo da a conocer a Elfriede. Y ahora ella, igual que hizo conmigo, trata de rememorarle con toda la fidelidad posible para que él —extendió la mano hacia mí— se encargue de divulgarlo a un lector anónimo. Al pueblo en suma, a ese pueblo que acabó siendo expulsado hasta del vocabulario.

—Como hacían los antiguos rapsodas —apostilló Eugenio.

—¿Y tú, no tienes nada que decir, Carmen? —Quise sonsacarle.

—No soy de piedra, si es eso a lo que te refieres. Al fin y al cabo Elfriede está desvelando datos de mi familia que yo ignoraba. Y no son lo que se dice agradables.

Deslicé la mano por su cintura, pero ella la apartó con discreta frialdad.

—Me quedo con la incógnita de los pasos dados por Wilfried hasta averiguar el paradero de don Bruno. —Luego añadí en un tono de falsa convicción— Claro que quizá sea demasiado esfuerzo para su madre.

—Tiene razón, querida —observó Juan Manuel—. Recuerda la recomendación del médico.

—En absoluto. ¿Cómo voy a resistirme a hablar de mi hijo? —declaró altiva—. Entiendo que cometió una temeridad, que no midió sus posibilidades. Fue un grave error y lo pagó con su vida, pero precisamente por eso es un héroe para mí. En cualquier caso, ¿qué podía hacer yo? A él le gustaba ser libre; aunque impartía clases en una escuela de arte berlinesa solía pasar largas temporadas viajando. El agravamiento de la flebitis de Franco, junto a la preparación de la Marcha Verde sobre el Sáhara español entre Hassan II y Kissinger, le indujo a pensar que el régimen se encontraba contra las cuerdas, que había llegado la hora de regresar a España para desenmascarar a Bruno Ibáñez. Bien es verdad que me engañó, se inventó un periplo ficticio por Italia y me hizo creer que llamaba desde ese país. Lógicamente se guardaba de escribirme; ya sabes, el matasellos...

—¿Debo entender que jamás te reveló sus intenciones? —conjeturé.

—Efectivamente. Wilfried y mi marido debieron de mantener largas conversaciones sobre este tema en el hospital las noches en que él se quedaba a cuidarlo. En sus días finales Jacinto rememoraba con demasiada frecuencia los largos años de vicisitudes que le tocó vivir. ¿Me preguntas si fue entonces cuando mi hijo incubó la peligrosa idea de, digamos, *vengar* a su padre de aquella forma tan absurda? No lo sé, supongo que sí. Wilfried era un muchacho muy sensible, le costó unos cuantos meses salir de la depresión en que se sumió tras la muerte. Claro que nunca me habló de esto. Ni de esto ni de tantas otras cosas: no confiaba en mí. Es terrible reconocerlo, pero así era él.

—¿Y en qué momento supiste que te había mentado?

—Lo supe cuando ya era demasiado tarde, es decir, cuando llevaba casi tres meses sin tener noticias suyas. Después de andar de acá para allá llegué a Berlín, y a través de sus compañeros de trabajo averigüé la dirección de Viktor. Estarás pensando si yo estaba al tanto de su relación con Viktor. Bueno, hay cosas que a una madre no le pasan desapercibidas... Ese individuo era bastante mayor que Wilfried, y a pesar de todo hay algo que nunca le pude perdonar: que sabiendo las intenciones de mi hijo, teniendo como él tenía la posibilidad de persuadirlo para que desistiera, se quedase tan tranquilo dirigiendo su compañía de teatro de tres al cuarto mientras el hombre al que decía amar marchaba a jugarse la vida. A jugársela y a perderla. ¿Dónde está el amor y la lealtad?

Observé de reojo a Eugenio, que en ese instante daba vueltas a la cucharilla dentro de la taza de infusión, y me dio la impresión de que Elfriede desconocía lo que había habido entre Wilfried y él. Como no cabía alegar nada a sus palabras dejé correr el tiempo antes de continuar con mis preguntas.

—¿Y se sabe cuáles fueron sus pasos al venir a nuestro país?

—Al principio estuvo unos cuantos días en Málaga hasta sonsacarle a su tío Enrique cuanto sabía, que no iba más allá de lo que os he contado. Ibáñez era perro viejo, se dio toda la prisa que pudo y ni por esas dejó un solo cabo suelto, de modo que Wilfried se marchó de Málaga sin la más mínima pista. Miento —se puso el dedo en los labios—, fue el propio Enrique quien le sugirió la idea de indagar allí donde don Bruno seguramente dispondría de mejores contactos: en Zaragoza, en Ciudad Real, en Córdoba, en Santander, en Madrid... Con lo fácil que habría sido decir «no pierdas el tiempo, sobrino; este hombre ya tenía sus años cuando lo traté y lo más probable es que haya fallecido». En fin, esa era la forma de ser de Enrique, tan seguro de sí mismo como irreflexivo.

Wilfried es consciente de que los medios con los que cuenta son muy limitados, por lo que debe jugar bien sus cartas. Escondido tras la identidad del pasaporte comprado por una módica cantidad a un falsificador de St. Pauli, en Hamburgo, el primogénito de Jacinto Lozano toma el 16 de septiembre de 1975 un expreso nocturno que lo lleva hasta Madrid. Al llegar se encuentra con una metrópoli

aparentemente entregada a una incesante rutina de vehículos y transeúntes, pero en la cual los rumores corren de boca en boca de tal manera que impregnan con su sordo murmullo el ruido de fondo de la ciudad. Mientras almuerza en una casa de comidas el telediario informa sobre la sentencia dictada por el consejo de guerra celebrado en el acuartelamiento de El Goloso, al norte de la capital: la condena a muerte de cinco miembros del FRAP, el Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico. No es este el único tribunal que impone penas capitales, pues desde finales de agosto se suceden juicios sumarísimos en Burgos, Barcelona y Madrid.

El alemán no está dispuesto a perder el tiempo. Aunque por lo pronto se ha alojado en una pensión de la calle de Atocha, esa misma tarde se dedica a revisar los tablones de anuncios en las facultades de la Complutense, y en menos de tres días comparte piso con dos estudiantes de sociología. Su elección dista de ser arbitraria: ha elegido por compañeros a jóvenes en los que cree percibir una clara voluntad política. La confirmación de que sus cálculos son acertados le llega la primera vez que salen juntos a tomar cervezas: tras manifestar Wilfried su condición de hijo de un exiliado, uno de ellos se confiesa militante de la Asociación Socialista Universitaria, integrada desde la década de los sesenta en el PSOE. Son los días en que el recién refundado partido socialista, dirigido por un joven abogado laboralista sevillano que responde al sobrenombre de *Isidoro* —Felipe González—, y en torno al cual se ha creado la Plataforma de Convergencia Democrática, ha establecido sus primeros contactos con la Junta Democrática que encabeza el PCE de Santiago Carrillo.

Desoyendo las peticiones de indulto formuladas por el primer ministro sueco Olof Palme —que llegaría a hacer una cuestación en las calles de Estocolmo para ayudar a las familias de los condenados—, por la ONU, el Parlamento Europeo, la OTAN, el papa Pablo VI, por el príncipe Juan Carlos y su padre, y hasta por el propio Nicolás Franco, el consejo de ministros ratifica el viernes 26 la ejecución de cinco de los once sentenciados, tres miembros del FRAP y dos de ETA. Los fusilamientos se llevan a cabo a la mañana siguiente. Cerca de veinte países retiran sus embajadores en Madrid. En las provincias vascongadas se inicia una huelga general de tres días, y durante el fin de semana son convocadas manifestaciones ante las cancillerías españolas de numerosas capitales europeas. La delegación diplomática de Lisboa es asaltada e incendiada.

Al igual que todos los años, el régimen agonizante convoca el tradicional acto de exaltación al dictador del uno de octubre, aniversario de su proclamación como Caudillo, en la madrileña plaza de Oriente. Para esta ocasión se fleta un número incontable de autocares gratuitos desde todos los puntos del país, y la delegación de Trabajo ordena la suspensión de la jornada laboral. Un Franco decrepito, acompañado por su mujer, los príncipes y los miembros del gobierno, aparece pasadas las doce y media en el balcón del palacio Real, saludando con la mano temblorosa a causa del párkinson en la que será su última alocución pública. Con voz desfallecida se dirige a una impresionante muchedumbre, medio millón de incondicionales cuyos vítores

apenas permiten escuchar aquel lacónico discurso construido con las manidas expresiones de siempre: «Todo lo que en España y en Europa se ha *armao* obedece a una conspiración masónica-izquierdista de la clase política, en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social, que si a nosotros nos honra, a ellos les envilece». Tras el «¡Arriba España!» de rigor los asistentes, brazo en alto, cantan el *Cara al sol* falangista al tiempo que Franco se despide llorando.

Wilfried, que contempla boquiabierto este postrero homenaje de afirmación desde las arcadas posteriores del Teatro Real, no puede resistir la tentación de bosquejar a lápiz unos rápidos apuntes en su libreta. A escasos metros de él se encuentra Pío Moa, entonces miembro del Partido Comunista de España Reconstituido y fundador, meses más tarde, de la organización terrorista GRAPO, que tomará su nombre de dicha efeméride. Y es que tres horas antes, Moa y su camarada Fernando Cerdán se encontraban en la sucursal de Banesto de la avenida del Mediterráneo, asesinando al policía armada encargado de vigilarla. Mientras tanto otros dos agentes morían y uno resultaba gravemente herido —fallecerá días después— en diferentes oficinas bancarias. Era la respuesta de la ley del Talión a las últimas ejecuciones franquistas.

La reunión clandestina de las Juventudes Socialistas a la que Wilfried ha asistido el fin de semana anterior, en Cuatro Caminos, le ha permitido darse cuenta de lo poco que importan los viejos verdugos de la posguerra a los opositores antifranquistas; bastante tienen con evitar caer en una redada que acabe en las mazmorras de la Dirección General de Seguridad, donde tantos camaradas han sido torturados hasta morir durante los interrogatorios. Pero en la plaza de Oriente el joven alemán, contagiado por el multitudinario delirio, siente que el destino lo ha situado en el instante y el lugar idóneo para orientar la errática búsqueda que ha emprendido. ¿A qué punto de la geografía española le conducirán ahora sus pasos? Zigzagueando en medio de la muchedumbre, sus ojos revisan el bosque de pancartas que se alzan junto a las banderas rojigualdas sobre las cabezas de los manifestantes. «La Falange zaragozana con nuestro Caudillo. ¡Presente!», lee en una de ellas. Su castellano doméstico le impide comprender el uso de este último adjetivo como interjección, así que se dirige a los boinas rojas que portan el cartelón para preguntárselo.

En apenas unos minutos los aragoneses, que festejan el evento con una buena bota de cariñena, la comparten con aquel comunicativo forastero llamado Wolfgang Meier, un ferviente neonazi austriaco —según sus elocuentes palabras— tan apasionado por la figura de Adolf Hitler que incluso aprendió a pintar por el mero afán de emular la primitiva vocación del *Führer*, lo que corrobora retratando en un santiamén al miembro más joven. Obviamente ninguno de esos falangistas sabe que el fundador del Tercer Reich nació en Austria ni que fuese pintor, un hecho por otra parte irrelevante después de que el falsario advenedizo argumente su presencia en España como el resultado de una firme obligación moral, la de apoyar al único baluarte anticomunista de Europa occidental en unos momentos en que todos los países aprovechan cobardemente la debilidad del *canciller* Franco para darle la

espalda.

Wilfried es consciente de que la jugada está dando resultado. Solo falta que exprese su vivo deseo de rezar ante la virgen del Pilar, la insigne patrona de la Hispanidad, para que el padre del adolescente que sostiene entre sus manos el preciado regalo se erija en portavoz de la escuadra y le proponga marcharse con ellos esa misma tarde a Zaragoza. El pintor no lo piensa dos veces y acude al piso a recoger sus enseres, llevándose a su vez memorizada —nada de anotaciones delatorias— la dirección de un contacto de las JSE en la ciudad del Ebro.

Damián Vidal, el estrábico y fortachón camisa azul que ha invitado a Wilfried, se interesa durante el viaje de regreso por el depurado castellano de su interlocutor. Este lo justifica en razón al provecho obtenido de las largas temporadas vacacionales pasadas con su familia en la costa del Sol, una respuesta improvisada que sorprende al propio Wilfried y que le hace confiar plenamente en su habilidad para proporcionarle el marco adecuado al personaje que está interpretando. Aunque mayor es la sorpresa cuando, al llegar a Zaragoza, Damián le ofrece, es más, insiste en acogerlo como huésped en su hogar. De ese modo, mientras concilia el sueño, el primogénito del miliciano antifranquista se admira del inconcebible contrasentido al que lo ha llevado su periplo.

Como no puede ser de otra manera, Wilfried dedica la mañana siguiente a realizar la prometida visita a la basílica del Pilar, y ya de paso conoce la Seo y el palacio de la Aljafería. La tensión producida por los atentados del día anterior se refleja en el alto número de efectivos de la policía armada apostados, metralleta en mano, en puntos estratégicos de la ciudad. Es un día caluroso, pero en el domicilio de los Vidal, donde el convidado regresa a almorzar para no incurrir en la descortesía hacia tan hospitalarios anfitriones, el reportaje televisivo sobre el funeral de los tres policías fallecidos caldea los ánimos hasta tal extremo —lágrimas contenidas, improperios, algún que otro puñetazo en la mesa— que Meier el nazi debe sacar a flote toda su furia —dentro de una contención prusiana, bien es verdad— para estar a la altura de las circunstancias.

Sin embargo no pierde de vista el propósito que lo empuja en esta peculiar etapa de su peregrinación. Gracias a las sucintas alusiones a los traslados familiares que Benito había ido dejando caer en sus conversaciones con el tío Enrique, Wilfried logra situar a don Bruno entre Zaragoza y el frente de Cataluña durante los avances finales de la Guerra Civil, un periodo clave en el afianzamiento de sus méritos con vistas al inicio de la fase posbélica, es decir, cuando el objetivo de lucrarse deje de verse entorpecido por la tediosa obligación de ejecutar rojos. Si en la plaza de Oriente el seudonazi se dirigió a los representantes de la Falange zaragozana, lo hizo con la esperanza de que alguno de ellos o alguien próximo hubiese conocido a don Bruno, ya fuera en esos meses o en sus primeros años de vida.

Con la mente puesta en ambas posibilidades el ficticio Wolfgang ve llegado su momento a la hora de la sobremesa, cuando el resto de la familia se retira y Vidal y él

comparten el ritual del café, la copa y el puro. En tono de orgullosa confidencialidad construye ante el hospitalario falangista la odisea de su padre, el *gruppenführer* —general de división— de las Waffen-SS Otto Meier, que consiguió huir desde Noruega a España en mayo de 1945 en un avión privado de Albert Speer, ministro de Armamento del Tercer Reich. La falta de combustible hizo que el avión cayese al mar frente a la playa donostiarra de La Concha, a consecuencia de lo cual resultó gravemente herido. Ello posibilitó, sin embargo, que el gobierno de Franco pudiera rechazar su extradición. Una vez recuperado, y con la cobertura proporcionada por el coronel de la Benemérita Bruno Ibáñez, comandante del tercio de Costas y Fronteras de Málaga, se instaló en Torremolinos bajo un nombre falso.

Damián Vidal sigue boquiabierto la narración de Wilfried. Menos mal que es un individuo escasamente documentado incluso en lo que compete a su ideario, porque el joven invitado se arriesga mucho más de lo razonable. Y es que, salvo en lo relativo a la participación de don Bruno, el relato biográfico que se entretiene en desarrollar coincide punto por punto con el de Léon Degrelle, el célebre fascista belga y fundador del movimiento *Christus Rex*.

El pintor procura resaltar su inestimable gratitud hacia Ibáñez, cuyo pase a la reserva calcula que debió producirse hace bastante tiempo, y manifiesta un gran interés por saber qué ha sido de ese señor que, según tiene entendido, es oriundo de Zaragoza. Vidal confiesa no conocerlo, aunque se compromete a hacer averiguaciones sobre él durante la asamblea que la centuria a la que pertenece celebrará el próximo sábado.

Wilfried aprovecha la tarde para acudir al piso del contacto de las Juventudes Socialistas en Zaragoza, pues ha descartado una llamada telefónica que en las circunstancias actuales solo puede generar desconfianza. Una muchacha bajita y risueña le abre la puerta: no, su compañero no se encuentra en casa y no regresará al menos en un par de horas. Apoyado en el pretil del puente de Piedra, Wilfried se distrae plasmando en su cuaderno el heterogéneo conjunto de pináculos de la basílica recortado contra el limpio cielo otoñal. Aún no ha acabado de perfilar el dibujo cuando una idea que pasa por su cabeza le hace abandonarlo. Se adentra en la calle de Jaime I, y en el primer bar que encuentra pide una cerveza y la guía telefónica de páginas blancas. Su corazonada no ha fallado, existe un abonado con los mismos apellidos de don Bruno, resaltado además en negrita: Ibáñez Gálvez, Ramón. Abogado. Gran Vía, 9.

Apenas veinte minutos después encontramos al hijo de Elfriede sentado en la sala de espera del bufete, observando a través del ventanal a los estudiantes que entran o salen de la facultad de Medicina y Ciencias, y perdido en un mar de dudas. Si las referencias de Benito al clan materno eran frecuentes, su mutismo en lo concerniente a la familia paterna hicieron de esta uno de los grandes enigmas del tío Enrique. La oportunidad de despejarlos se encuentra ahora en manos del artista, pero cuanto más lo piensa más convencido se halla de que sonsacarle cualquier información al letrado

requerirá ciertos recursos de los que él, ese extraño que se presenta de improviso, carece por completo.

«¿Qué clase de estupidez estoy cometiendo?», se dice a sí mismo. Regresa al recibidor, y mientras alega ante la secretaria que volverá en otro momento porque aún ha de resolver un par de asuntos, oye abrirse una puerta al fondo del pasillo seguido del golpeteo de unos tacones.

—Creo que no va a ser preciso. Puede usted pasar ahora mismo —le contesta al tiempo que aparece una señora de mediana edad con un sobre portadocumentos asomando por el bolso.

El abogado lo recibe en el mismo umbral de la puerta. Es un anciano tripón, calvo y mofletudo, que conserva sin embargo la robustez de sus mejores años. La papada solemne, el trazo delgado y rígido de los labios, pero sobre todo la mirada penetrante de esos ojos azules, obligan a Wilfried Lozano a contener el estremecimiento que le provoca el contacto de su mano con la del jurista. El hijo de Jacinto había localizado en la biblioteca provincial de Málaga algunas fotos publicadas por el diario Sur en las que aparecía retratado don Bruno, y si bien se abstuvo de fotocopiarlas por razones de seguridad, conserva un recuerdo fidedigno de la fisonomía de aquel canalla. Ahora, por fin, tiene frente a sí a un individuo cuyo parentesco con el hombre que anda persiguiendo resulta irrefutable.

—Por favor, tome asiento —indica el abogado señalando un sillón de nogal labrado a juego con el rancio mobiliario del despacho—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Para serle sincero —comienza diciendo Wilfried después de tragar saliva— le diré que no he venido a solicitar sus servicios. Me llamo Wolfgang Meier, nací en Austria y me encuentro en España en viaje de placer..., porque soy pintor y para mí pintar constituye el mayor de los placeres —el rostro de Ramón Ibáñez es expectante—. Mi padre, que en paz descansa, fue un alto oficial de las Waffen-SS. Guardaba una deuda impagable con otro oficial español que le ayudó a refugiarse en este país al término de la Segunda Guerra Mundial. Dado que este señor era natural de Zaragoza y que, según mis cálculos, debió de pasar a la reserva hace algunos años, se me ocurrió que tal vez habría vuelto a su ciudad natal, así que aprovechando mi breve estancia en ella me he puesto a hojear la guía telefónica por si daba con él y me concedía una visita. Aunque su nombre no está registrado, me he topado en cambio con los datos de usted, el único abonado de Telefónica que comparte sus mismos apellidos. «No hay duda, tiene que ser su hermano», me he dicho. Y..., en fin, aquí estoy, deseoso de oír qué ha sido de él.

El viejo letrado emite un suspiro con el que pone fin a su rígido estatismo.

—¿Me permite una pregunta que nada tiene que ver con lo que acaba de contarme, joven?

—Por favor —contesta Wilfried haciendo un gesto oferente con las manos.

—*Wie kommt es, dass sie so außerordentlich gut Spanisch sprechen?* —«¿Cómo se explica su extraordinario dominio del castellano?», pregunta en alemán para

cerciorarse de que no es español.

—*Das ist ganz einfach: Bis zur Rückkehr meines Vaters in unser Heimatland, verbrachten wir, der Rest der Familie, den Sommer mit ihm in Torremolinos. Und glauben sie mir, wenn ich Ihnen sage, dass man mich nur selten zu Hause antraf.* —«Es bien sencillo: hasta que mi padre pudo retornar a nuestro país, el resto de la familia pasábamos el verano con él en Torremolinos. Y créame si le digo que yo paraba bastante poco en casa».

—Sin embargo su acento castellano no me resulta... —Permanece meditando unos segundos— En fin, supongo que la persona a la que usted se refiere es el coronel don Bruno Ibáñez, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —exclama Wilfried entusiasmado—. Sabía que no me equivocaba cuando vine a visitarle.

—En efecto, me han hablado en alguna que otra ocasión de ese caballero, pero... —prosigue en un tono taimado—, lamento comunicarle que la coincidencia de nuestros apellidos es puramente casual; no existe ninguna relación entre él y yo. Bueno, sería mejor decir «existía», porque según me contaron, y de eso hace muchísimo tiempo, había fallecido.

—¡Vaya! —exclama el visitante en una entonación igual de falsa que la de su interlocutor—. Cuánto lo siento. ¿Cuándo fue?, ¿qué le sucedió?

—Creo recordar que pereció en un accidente allá por los cuarenta. Lo extraño es que su difunto padre, viviendo aún en España, no se hubiera enterado.

—Tenga usted en cuenta que a las Canarias llegaban con cuentagotas las noticias de la península —argumenta Wilfried al verse acorralado.

—¿Las Canarias? ¿Pero no me ha dicho usted que su padre residía en Torremolinos?

—¿Eso le he dicho? Discúlpeme, tanto traslado de acá para allá me tiene trastornado. No, mi padre se estableció en Tenerife, concretamente en Santa Cruz de Tenerife. En fin, don Ramón, a las ocho me esperan unos amigos y, como le decía a su secretaria, no quisiera demorarme. Ha sido un placer.

El pintor se despide a toda prisa del abogado y sale al paseo con el corazón en la boca. Resulta obvio que el hermano de don Bruno desconfiaba de él al no querer reconocerse como tal, que ha intentado incluso atraparle en el engaño. Y aunque Wilfried se siente satisfecho por la forma en que ha capeado sus suspicacias, la apremiante salida le ha impedido deducir si Ramón Ibáñez llegó a enterarse de que la defunción de Bruno fue un montaje.

Anochece en la ciudad y el alemán cruza de nuevo el río camino del barrio de Jesús. En su interior alberga la ingenua esperanza de que el joven camarada de las JSE pueda presentarle a algún viejo socialista conecedor de las andanzas del antiguo coronel. Pero al doblar la esquina de su calle se encuentra con una desagradable sorpresa: frente al portal por el que entró tres horas antes hay estacionadas cuatro o cinco *lecheras* —coches de la policía armada— en las que los agentes de uniforme

gris van distribuyendo alrededor de diez jóvenes de ambos sexos con las manos esposadas. La chica que le abrió la puerta advierte desde lejos su presencia, y por la mirada de rencor que él ve en sus ojos deduce que ella lo relaciona con la redada.

Impresionado por la escena a la que acaba de asistir, Wilfried empieza a considerar su permanencia en Zaragoza como un factor de riesgo. Durante un rato vaga sin rumbo, atento ante cualquier movimiento policial en las calles, y cuando cierran todos los comercios regresa al hogar de los Vidal, donde lo recibe el hijo adolescente con una panorámica a rotulador del Valle de los Caídos, ejercicio que le ha valido un sobresaliente en el colegio de los Maristas y que el invitado elogia sin matices. Sin embargo no es el muchacho el único miembro de la familia que desea mostrarle algo; Damián se lo lleva cogido del brazo al salón y pone en sus manos un libro publicado ese mismo año en Barcelona: *Memorias de un fascista*, de León Degrelle.

—Qué, ¿te suena? —pregunta con los ojos desmesuradamente abiertos.

Wilfried se da cuenta de que ha caído en su propia red. La diferencia entre este aprieto y aquel en que se ha visto inmerso en el despacho del jurista es que ahora no tiene escapatoria. Por ello se limita a escudarse tras una sonrisa de compromiso mientras balbucea:

—Sí... Bueno... Quizá mi narración no fue... ¿Cómo decirle...? ¿«Totalmente fidedigna» sería la expresión?

—¡Ya lo creo que no lo fue! —critica el falangista a la vez que lo enfatiza con las manos—. Y que conste que me enterado por casualidad, porque me he encontrado con el camarada Conrado esta tarde en la delegación. ¡Ese sí es un intelectual, y no los rojos que van criticando a España por ahí! Yo no sabía quién era Degrelle. El caso..., —se toca la barbilla— el caso es que había oído hablar del CEDADE, el Círculo de Amigos de Europa y, claro está, conocía su ideología hitleriana. Pero, vamos, ni idea de que León Degrelle estuviera detrás de él, ni que le publicaran sus obras, ni que diese conferencias para divulgarlo. Vaya, vaya... De modo que tu padre y él viajaban en el mismo avión, ¿no es cierto, *Volga*?

Wolfgang el impostor nota cómo se distienden todos los músculos de su cuerpo en un intervalo de escasos segundos. Resulta evidente que el aragonés no es un hombre receloso; por el contrario, su predisposición a confiar en el joven extranjero roza los límites de la ceguera. Aun así Wilfried comprende lo descabellado que sería apurar esa racha de suerte y decide partir cuanto antes. La justificación se la ha servido en bandeja el propio Vidal.

—Efectivamente eran tres los oficiales que viajaban en el aparato siniestrado, aunque uno de ellos, el que lo pilotaba, no logró sobrevivir. Para serle sincero: no le hablé de León Degrelle, o de José León Ramírez Reina, que fue la identidad bajo la que se amparó durante largos años, porque... Bueno, supongo que puedo confiar en su discreción, querido amigo.

—No te quepa duda, *Volga*.

—Bien, la cuestión es que me encontraba a la espera de concertar una entrevista con el propio Degrelle de cara a incorporarme al CAIE, el Comité de Apoyo Internacional a España —Wilfried ni siquiera tiene reparo en inventarse organizaciones sobre la marcha—, la nueva iniciativa con la que él y otros defensores de la causa nacionalsocialista pretenden ayudar a combatir, desde dentro y fuera del país, todo posible intento de traicionar al régimen instaurado por el Generalísimo. Esta tarde, al fin, he conseguido hablar por teléfono con el secretario particular de herr Degrelle. La conversación ha sido altamente provechosa, pues no solo se ha mostrado encantado con mi ofrecimiento, sino que me ha pedido que acuda cuanto antes a Málaga para que me conozca su jefe y para concretar mis funciones en la estructura. En resumen, mañana debo partir sin falta. Siento de veras no haber disfrutado más tiempo de su hospitalidad.

—También lo siento yo, no te voy a mentir. Pero el deber te llama, camarada —apostilla con expresión marcial, palmeando con sus manazas los hombros de Wilfried.

—Lo de las gestiones sobre el señor Ibáñez sigue en pie, ¿eh? No me lo deje. A la vuelta del fin de semana le telefonaré por si tuviese alguna noticia al respecto.

El alemán hace dicha promesa a sabiendas de que no la va a cumplir; solo es cuestión de días que el confiado anfitrión acabe descubriendo sus embustes. Así pues, decepcionado pero contento porque su improductiva etapa zaragozana se ha saldado sin percances, toma a primera hora del viernes un tren que lo lleva de nuevo a Madrid. No es su intención volver al piso de los estudiantes, quienes posiblemente hayan sido advertidos de que podría tratarse de un chivato neonazi. Por la misma razón tampoco cree conveniente pasar más tiempo en la capital, aunque en realidad ya tiene decidido su próximo destino. Descartada la provincia de Ciudad Real, con la cual los vínculos del coronel —intuye Wilfried— tuvieron que reducirse en gran medida tras el sospechoso deceso de su esposa, el primogénito de Jacinto Lozano ha superado por entonces la aprensión que lo venía coartando, y se dispone a trasladarse allá donde sabe con certeza que los enemigos de don Bruno podrían contarse por millares: la localidad natal de su padre.

Un nudo se le forma en el estómago conforme cruza el vestíbulo de la estación de RENFE en Córdoba y sale a la plaza. A Wilfried se le antoja estar viendo allí mismo el *camión de la muerte*, atestado de ferroviarios cuyas aterrorizadas facciones reflejan las escasas horas de vida que les queda. Sacude la cabeza para deshacerse del espejismo y se encamina hacia el primero de los Seat 1500 negros que componen la fila de taxis. Como tiene el presentimiento de que aquella va a ser una estancia más larga que la anterior, solicita al conductor que lo lleve a un hostel de confianza. La elección del taxista no puede ser más acertada: la hostería ocupa una hermosa casona a pocos metros del Potro, la pintoresca plaza que se asoma a la ribera del Guadalquivir y en cuya posada medieval, actual delegación de Artespaña, se daban cita los más célebres rufianes del Siglo de Oro.

Avanza el mes de octubre con el país sumido en una espiral de atentados. Entre tanto Wilfried, cautivado por una fascinación morbosa, se consagra a tomarle el pulso a la ciudad donde creció su padre, para lo cual el lugar en el que se aloja goza de una situación estratégica. Si la mañana del domingo la consume entre el museo de Romero de Torres y el de Bellas Artes, ubicados en el antiguo hospital de la Caridad de la vecina plaza del Potro, a primera hora del lunes podemos sorprenderlo extasiado en el inabarcable bosque de columnas de la mezquita aljama, mientras escucha los cantos gregorianos procedentes del coro de la catedral renacentista. Desde los jardines del alcázar a las salas del museo arqueológico, desde la torre de la Calahorra a la sinagoga, desde la plaza de la Corredera hasta las ruinas de Medina Azahara, Wilfried ejerce los primeros días como turista y dibujante impenitente, sin que parezca afectarle el bochorno reinante, impropio del otoño. Pero cuando una tarde regresa a su albergue por la calle del Cardenal González, ajeno a las susurrantes llamadas que le lanzan las ramerías fondeadas desde sus viejos portales —últimos reductos de la antigua mancebía—, el pintor toma conciencia de que ese compulsivo afán, esa dilatada obsesión por ilustrar palmo a palmo la Córdoba milenaria, le está sirviendo para demorar el momento de enfrentarse a los escenarios del drama familiar.

El momento tiene lugar al día siguiente. El número cinco de la plaza de la Almagra es una casa tradicional de dos plantas y muros encalados, similar a otras tantas del barrio de San Pedro, aunque el hijo de Jacinto experimenta una viva impresión conforme la localiza e imagina a su padre saliendo por la puerta, justo treinta y nueve años atrás, sin saber que jamás volverá a pisarla.

A Wilfried se le hace difícil detenerse en su contemplación. Sorteando los viandantes y vehículos que la abarrotan se interna por la estrecha calle de Gutiérrez de los Ríos, que los cordobeses siguen llamando por su nombre antiguo, Almonas. No lejos de la desembocadura en la plaza, en el número doce, el local de la droguería del abuelo Jacinto está ahora ocupado por una pequeña tienda de ultramarinos. El alemán se lamenta de no contar con ningún pariente en la ciudad; si su abuela paterna era natural de Antequera, el abuelo había nacido en San Sebastián de los Ballesteros, una aldea de la Campiña cordobesa, donde los contactos familiares fueron extinguiéndose con el fallecimiento de los hermanos mayores y la emigración de sus descendientes.

El paseante prosigue su periplo sentimental. La calle hace un insólito quiebro para continuar en la misma dirección, y unos metros más adelante, según representa el laberíntico plano, nace a mano izquierda otra cuyo trayecto describe un arco. Allí se encuentra el Coliseo de San Andrés, presuntuosa denominación que recibe el popular cine de verano en el que Ángela y su novio —con la abuela como carabina, bien es cierto— llegaron a ver juntos *Morena clara* o *Nobleza baturra* antes de que la ambiciosa lujuria de don Bruno los separase.

Por fin sale Wilfried a San Andrés, la parroquia en la que fue bautizado Jacinto

cuando el matrimonio Lozano Alba aún vivía en El Realejo. No es este, como él se había figurado, una espaciosa plaza presidida por la iglesia, sino solo el tramo central de la transitada arteria que cruza de sur a norte la parte baja del enorme casco antiguo. En la fachada de una casa señorial que atrae su atención descubre un testimonio de los vencedores de la guerra: una lápida gris indica que la habitó José Enrique Varela, aquel general carlista destituido como ministro del Ejército en 1942 tras el atentado falangista de Begoña.

A la memoria del pintor acuden nuevos recuerdos. Recuerda, por ejemplo, que su padre mencionó lo cerca que quedaba la escuela del antiguo domicilio. La consulta a un viandante, el recorrido de medio centenar de metros por la calle contigua y el griterío de unas voces infantiles lo sitúan frente al patio del colegio López Diéguez. A través de las rejas contempla embobado los juegos de los niños que disfrutaban a esa hora del recreo. Por unos instantes su mente abstraída retrocede más de cinco décadas, al escrutar los rostros de los críos en busca de las facciones paternas. Pero dicha conducta parece despertar ciertas suspicacias entre los maestros que vigilan el patio, y tan pronto repara en ello se aleja abochornado.

En el camino de regreso por la calle Almonas vuelve a cruzar frente al colmado abierto junto al portal número doce. Solo entonces cae en la cuenta de que el negocio limita con una panadería. El nombre de Maruja le viene a la cabeza igual que un destello, y antes incluso de sopesarlo ya se encuentra en el interior del establecimiento. El dependiente es un sesentón ceñudo cuyo semblante se transforma en el momento en que Wilfried, tras aguardar a que despache a varias vecinas, se presenta como hijo de Jacinto Lozano Alba y nieto del droguero que tuvo el negocio en el local contiguo.

—¡Me cago en la hostia, chaval! —exclama Pedro el panadero estrujándole la mano— Es..., vamos, es lo último que me habría esperado. ¡Con lo que yo apreciaba a tu padre! Bueno, bueno, bueno. ¿Y qué es de él?

Al recién llegado apenas le da tiempo a contarle que su padre ha fallecido un año antes, porque la clientela no cesa de entrar. Pero una hora más tarde, tomando unos *medios* —copas de fino servidas hasta el borde— en la taberna más próxima, Pedro le explica cómo se hizo cargo del despacho de pan cuando su tía Maruja murió atropellada a escasos metros de la tienda, mientras que Wilfried se esfuerza en resumir la odisea de su progenitor en el menor tiempo posible. Su interés se centra en lo que el panadero pueda saber de la familia Moreno.

Lamentablemente los datos proporcionados por aquel hombre no satisfacen las expectativas del alemán. Angelita había sido hija única, y si Rafael Moreno sobrevivió a tres largos lustros de cautiverio para fallecer a poco de su excarcelación, a su esposa se la llevó de este mundo una peritonitis hacia mediados de los años cuarenta. Y en cuanto a otros parientes cercanos, Pedro solo tiene noticia de un hermano del picador que se marchó de Córdoba a finales de esa década sin que volviera a saberse nada de él.

Sin embargo Wilfried no desiste en su empeño, de manera que después del almuerzo, haciendo de tripas corazón, enfila la avenida del Brillante y va remontando la prolongada pendiente flanqueada de chalés hasta dar con su destino, una modesta construcción de planta baja en su parte anterior y un piso más en la posterior, precedida por una escueta terraza de cemento con cuatro o cinco mesas. Junto a la entrada, una hilera de azulejos con caracteres en mayúsculas compone el nombre del lugar: Granito de Oro.

Al traspasar el umbral el visitante se encuentra con un salón tan espacioso como desangelado. Al fondo queda la barra y una puerta abierta que, a través de un pasillo, comunica con el patio trasero. En el lado izquierdo arrancan los escalones que conducen a la planta superior. Wilfried toma asiento frente a una de las mesas de formica, y aguarda la llegada del camarero tratando de captar en la penumbra vespertina la invisible persistencia de una tragedia remota en varios actos: el del baboso coronel asediando a la joven que le sirve la comida; aquel en que pretende acordar con el padre, como si de un proxeneta se tratara, el precio por sus favores; o el siguiente, cuando el santurrón jefe de Orden Público se pierde escaleras arriba mientras sus secuaces se regocijan amedrantando a la clientela; o incluso la mañana en que Ángela baja por ellas portando una maleta: la deposita justo donde se encuentra ahora el futuro hijo del hombre al que amaba, se abraza a su madre deshecha por el dolor, recoge la maleta y sale en dirección al automóvil negro que la espera en la calle sin mirar atrás.

—¿Sabe usted algo de los antiguos propietarios del bar? —pregunta Wilfried al empleado después de encargar un café solo.

—Ah, no sé. Pregúnteselo a mi jefa. No creo que tarde en salir.

Diez minutos más tarde aparece por el corredor una mujer de edad indefinida, entrada en carnes y con el cabello teñido de rubio a medio peinar. El pintor deja el cuaderno y el lápiz sobre la mesa, se acerca a la propietaria y vuelve a formular la misma cuestión.

—Bueno, el negocio pertenece a mi familia desde hace más de veinte años. ¿De quién me está usted hablando? —le interpela con acritud.

—De Rafael Moreno, el picador que le dio su apodo al establecimiento. Tengo entendido que murió más o menos por entonces.

—Y después de tantos años, ¿qué más da? Oiga, usted no es español; no entiendo a qué viene ese interés.

Por un instante Wilfried se siente tentado de inventarse cualquier embuste, pero la mujer tiene cara de pocos amigos y comprende que no le va a sacar nada en claro, así que se excusa, vuelve a su sitio y acaba el dibujo antes de marcharse.

Hora y media más tarde, los últimos rayos de sol deslumbran los ojos del extranjero cuando cruza un viejo puente sobre la línea del ferrocarril, en la parte occidental de la ciudad. Tras descender, la calzada de adoquines describe una estrecha curva entre eucaliptos. A mano derecha queda la mole de la antigua residencia

Noreña; a la izquierda, tal y como le han precisado, la primitiva carretera de la Electromecánica, que discurre paralela a la nueva al norte de las vías. Wilfried sigue ese camino polvoriento, limitado a ambos lados por almacenes ya cerrados, y a la vez que avanza y que las lágrimas le emborronan la visión de aquel espacio tan deprimente, una oleada de sensaciones angustiosas lo azota por dentro: el jadeo de su padre mientras huye despavorido alejándose de los arrabales, el lacerante dolor de sus heridas, el silbido de las balas que pasan cerca de él, los amenazantes insultos que los esbirros le gritan desde lejos, la celebración de su salvajismo entre estentóreas risotadas. Y en el fondo, en el fondo más oscuro, la convicción de que le han perdonado la vida para perpetuar su oprobio.

* * *

Desde su llegada a la ciudad, Wilfried tiene por costumbre cenar en la taberna que la Sociedad de Plateros regenta en la calle Romero Barros, a escasos metros de su alojamiento. El establecimiento posee ciertas peculiaridades que lo hacen atractivo: la arquitectura tradicional en torno a un patio —al igual que el hostel—, las raciones generosas y nada caras, un montilla de bodega propia que acaba desbancando su hábito cervecero y, lo más importante, una clientela fiel de parroquianos entre los que se siente como en su propia casa. Con el tiempo descubre que algunos de ellos son asiduos del Círculo Cultural Juan XXIII, cuya sede queda frente por frente a la puerta del mesón, y cuyo nombre le indujo a creer en un principio que se trataba de una asociación de índole religiosa.

No obstante, por las conversaciones que sus miembros mantienen entre copa y copa acaba dándose cuenta del error. Bien es verdad que el colectivo fue creado una década antes por cristianos de base inspirados en la encíclica *Pacem in Terris* del papa Roncalli, lo que les había servido para eludir en sus comienzos la vigilancia policial. Sin embargo, el fuerte impulso dado por los fundadores a aquel foro atraído enseguida a destacados opositores antifranquistas no adscritos a las Hermandades Obreras de Acción Católica.

Desde mediados de octubre, al mismo tiempo que las novedades sobre el agravamiento del Caudillo y el desarrollo de la Marcha Verde inundan los teletipos de las agencias, el primogénito de Jacinto Lozano asiste de forma asidua a las conferencias y mesas redondas que, bajo títulos imprecisos de carácter pretendidamente sociológico, tienen lugar en el viejo patio de *El Juan*. Con ser de interés los asuntos que allí se tratan, el advenedizo se entusiasma en mayor medida ante la admirable vitalidad política que encuentra en Córdoba, una ciudad que él imaginaba sometida aún al yugo franquista. En pocos días, haciendo valer su condición de hijo de un republicano exiliado, el falsario Wolfgang —que evita

desvelar su apellido— establece los primeros contactos con militantes del Partido Comunista, la fuerza que domina claramente el activismo político del municipio cordobés desde sus tres feudos, las barriadas obreras de El Naranjo, La Electromecánica y Cañero.

Será en la asociación de vecinos de esta última donde se consolide su integración en el aparato *subversivo*. De la mano de José Luis Pacheco, un joven activista cuya cojera es consecuencia de la paliza recibida meses atrás en la comisaría de Fleming, el alemán se suma a las frecuentes reuniones clandestinas convocadas por la Juventud Comunista en la sede de la asociación o en la casa parroquial. Lo que más llama su atención es la inquietud intelectual que allí se respira, resultado de una sólida conciencia revolucionaria; o dicho con otras palabras, el convencimiento de que la acción política debe alimentarse del adoctrinamiento en las vanguardias ideológicas del marxismo. Aunque la preparación de campañas de propaganda y captación, junto a la divulgación de resoluciones elaboradas en los comités, constituyen los ejes principales de las citadas sesiones, en ellas se abordan sesudos debates sobre los libros de referencia en ese momento: *El miedo a la libertad* de Fromm, *La necesidad del arte* de Ernst Fischer, *La pedagogía del oprimido* de Freire, *La revolución sexual* de Wilhelm Reich; sin omitir, por supuesto, *El humanismo imposible* de Castilla del Pino, entonces jefe de los Servicios Provinciales de Psiquiatría en Córdoba.

Pero también hay en ellas lugar para los rumores en torno a la agonía del dictador, asistido por un riñón artificial, sondado por partida cuádruple, repetidamente sometido a intervenciones quirúrgicas de urgencia y transfusiones que no logran paliar el permanente desangramiento. El yerno del moribundo, el doctor Cristóbal Martínez-Bordiu, impone sus criterios al equipo de más de treinta médicos que lo atienden. Tras el despiadado esfuerzo por mantenerlo con vida subyace un objetivo bien concreto: Alejandro Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, cesará en su cargo el día 26 de noviembre. Si para esa fecha Franco aún sigue vivo, el Consejo probablemente lo mantendrá en el puesto, lo que permitirá garantizar la continuidad del régimen bajo la monarquía de Juan Carlos de Borbón, que en ese momento ejerce como jefe de Estado en funciones.

Recién entrado noviembre Pacheco, cuya afición por lo esotérico la califica él mismo de *pecado venial*, le plantea a Wilfried una especie de acertijo.

—¿Sabes cuándo va a morir *El Sapo*? —Y sin darle tiempo a responder continúa— El diecinueve de este mes.

—Caramba, lo dices muy convencido. ¿En qué te basas? —pregunta a su vez el pintor.

—En la numerología. Si sumas la fecha en que comenzó la Guerra Civil y la fecha en que acabó, da ese resultado. Mira: 18 de julio del 36 y 1 de abril del 39; 18 más 1, 19; 7, julio, más 4, abril, es igual a 11, noviembre; y 36 más 39 suman 75.

El joven luchador se equivoca por muy pocas horas: Franco fallece, o mejor dicho, lo dejan morir, en la madrugada del jueves 20, quizá para resaltar el aura

mítica de dicha efemérides; no olvidemos que en esa misma fecha, treinta y nueve años antes, había sido fusilado José Antonio Primo de Rivera. A sus restos, depositados en la basílica del Valle de los Caídos en 1959, una vez que los miles de presidiarios republicanos empleados como mano de obra concluyeron aquel proyecto megalómano, se les suman el domingo siguiente los del tirano que lo concibió. Días más tarde, en una carta remitida a Viktor, Wilfried reflexiona irónicamente sobre el berrinche que debe de estar pasando el fantasma del fundador de Falange, ahora que tiene por vecino al de ese militar arribista que nunca soportó, pero que tan descaradamente saqueó cuanto era suyo: el nombre, el partido, el ideario, los símbolos... «Que yo recuerde, no conozco otro negocio tan rentable», concluye el párrafo.

La monarquía inventada por Franco arranca con la investidura de Juan Carlos I —el dictador se había negado a que fuese coronado como Juan III, a pesar de que en la familia lo llamaban solo por su primer nombre— bajo la estricta vigilancia de los fervientes guardianes del Movimiento Nacional. El consejo de ministros del día 25 aprueba un decreto de indulto que afecta a ciertos presos políticos, entre ellos los dirigentes de Comisiones Obreras condenados en el célebre *Proceso 1001*. Sin embargo la oposición democrática considera decepcionante aquella medida, y el PCE se apresura a medir sus fuerzas contra el *búnker* franquista con una campaña de protesta. Wilfried participa, junto a una veintena de miembros de la UJCE, en una pegada de carteles la madrugada del 2 de diciembre. Bajo un frío intenso que ha dejado medio congelados los cubos de cola, el pintor y tres camaradas más se emplean a fondo en empapelar las tapias del depósito de máquinas que RENFE tiene junto al paso a nivel de Las Margaritas, uno de los lugares más transitados durante el día, mientras otros hacen lo mismo en distintos puntos de la ciudad. Cuando el muro está prácticamente cubierto de pasquines encarnados en los que la hoz y el martillo se intercalan con los lemas de «¡Amnistía ya!» y «Presos a la calle», en un abrir y cerrar de ojos dobla la esquina desde la avenida de América un par de *lecheras*. Aunque los propagandistas hacen un amago de fuga a través de las vías, el alto dado por los agentes con la advertencia de que abrirán fuego si no se detienen les obliga a desistir de su intento.

Al llegar a la comisaría se dan cuenta de que no es el suyo el único equipo capturado, pues los que operaban en la Plaza del Alpargate, en los alrededores de la Normal y en Fuente de la Salud, ante la fábrica de Baldomero Moreno, también han sido arrestados. El pánico se está apoderando del extranjero con una intensidad que no reconoce en los demás militantes. Bien es cierto que quien más, quien menos, debe su envalentonamiento a los largos tragos de coñac que ha tomado antes de salir, pero las circunstancias de Wilfried son ciertamente delicadas; podría ser expulsado del país o incluso sucederle algo peor: que su identidad ficticia quede al descubierto si el Tribunal de Orden Público llega a conocer, a través de la embajada austriaca, la inexistencia de un súbdito que responda a esos datos. Las torturas que acaso le

esperan, ese suplicio que se prolongaría hasta que le hiciesen confesar todo lo que oculta, lo llenan de terror.

Para su sorpresa nada de esto sucede. En el día y medio que tanto él como los demás detenidos pasan en los calabozos, mientras sus compinches raramente se libran de las bofetadas del comisario *Manoplas*, a él, por el mero hecho de ser extranjero, lo tratan con una indulgencia casi insultante, igual que si fuera un adolescente descarriado o un aristócrata excéntrico.

—Hágame caso —le sugiere el comisario en tono paternal—, no se meta en líos, aléjese de esta gentuza. Siga usted pintando y disfrute de nuestra tierra, que es la más acogedora del mundo..., digan lo que digan.

Wilfried sospecha que entre la policía hay quienes han optado por mitigar la presión sobre los oponentes a ese régimen cuya crisis se vislumbra. No obstante, y a fin de evitar riesgos innecesarios, la agrupación local convoca su siguiente reunión el día de la Inmaculada en un salón de bodas, adonde concurren incluso algunos de los miembros más veteranos del partido. Se brinda con cerveza por los jóvenes activistas, que son vitoreados como flamantes héroes mientras corre de mano en mano el recorte de prensa con la breve noticia. El título, «Desarticulado un comando comunista en nuestra ciudad», es comentado en tono de burla entre los asistentes, muchos de los cuales quieren conocer a *Volga*, el recién incorporado camarada que ya ha superado valientemente su primera prueba.

Pese a todo, hay en este asunto cierto aspecto sobre el que el hijo de Elfriede alberga serias dudas: ¿tantos efectivos policiales patrullaban las calles aquella gélida noche como para sorprender *in fraganti* a la mitad de las cuadrillas carteleras, o es que la ciudad se encuentra plagada de viejos fachas insomnes, dispuestos a avisar a la policía ante el primer movimiento sospechoso? Su suspicacia en este tema le empuja a sincerarse con José Luis cuando un día más tarde, después de asistir al estreno de *Tiburón* en el cine Alkázár, este se ofrece a acompañarlo hasta el hostel antes de continuar hacia su domicilio. Wilfried describe su embarazosa posición de espectador durante la redada de Zaragoza, cuidándose obviamente de omitir la filiación de sus anfitriones, pero resaltando la mirada acusadora de la chica a la que horas antes le había preguntado por el contacto de las JSU.

—Lo que me preocupa —añade el pintor— es que cualquiera de los nuestros crea que yo he tenido algo que ver con la redada del martes pasado.

Pacheco no logra reprimir una carcajada.

—¿Y eso es lo que te atormenta? Coño, qué sentido del honor tan obsesivo tenéis los alemanes. O sea, que invadisteis Europa por no hacerle el feo a Hitler —y acompaña el exabrupto dándole una palmada en el cogote.

—Es que me parece demasiada casualidad que nos detuviesen en tres puntos tan alejados entre sí.

—Está bien, para qué te voy a engañar: fueron los mismos miembros del partido los que dieron el chivatazo a la bofia. Esa fue la razón por la que no me dejaron

participar; ya me llevé mi ración de palos en su momento —se golpea el muslo—. Bah, no te quejes; os han tratado como a señores, y a ti ni siquiera te han puesto la mano encima.

—¿Estás de broma? ¿Cómo va a querer el partido que nos detengan?

—Claro, tío, ¿no te das cuenta? *El Sapo* ya la ha espichado, esto va a empezar a moverse de aquí a nada y hay que ir tomando posiciones. No olvides que tenemos una revolución pendiente. ¿Tú que te piensas, que el pueblo va a saber de nosotros por cuatro papeles pegados de noche y arrancados por la mañana? No, hombre, no; nuestra fuerza está en llegar a las páginas de los periódicos, para que se enteren esos fachas que nos gobiernan de lo que les espera.

Efectivamente el avance contestatario no tarda en tomar cuerpo, y el martes 16 se convoca una jornada de lucha obrera. Solo en la factoría de SECEM, la Sociedad Española de Construcciones Electromecánicas, secundan el paro más de setecientos trabajadores, a los que se unen profesores de instituto y otros empleados públicos. Por la tarde, una multitud —que el diario Córdoba, la cabecera de Prensa del Movimiento en la ciudad, cifra en doscientas personas— se congrega en la plaza de Las Tendillas —oficialmente plaza de José Antonio, aunque nadie la conoce por ese nombre— para reclamar la amnistía general. La conflictividad social alcanzará en los días posteriores a importantes centros de trabajo, como la compañía de autobuses urbanos AUCORSA o la planta de producción de Westinghouse.

Pero si la izquierda considera llegada la ocasión de hacer oír su voz, la extrema derecha, los perros guardianes de la ortodoxia franquista, tampoco está dispuesta a mantenerse al margen. En la madrugada del jueves 18, unos encapuchados destrozan a balazos los escaparates de la librería Ágora, especializada en ensayos de referencia para los intelectuales, incluidos no pocos títulos prohibidos por la censura; epicentro, en suma, de la progresía local.

Al cabo de dos meses Wilfried se siente plenamente integrado en la sólida estructura que el Partido Comunista posee en Córdoba. El lento aunque imparable desarrollo de los acontecimientos satisface con creces su voluntad de asistir, en calidad de testigo privilegiado, a la extinción de la dictadura y a las convulsiones políticas previas a la Transición, cuando él y tantos otros creen aún que dicho proceso conducirá a una verdadera *ruptura democrática*, y no a esa ley de punto final para los verdugos que llevaría implícita la Reforma.

Como cabe suponer, el comprensible entusiasmo del joven Lozano no solo le impide perder de vista su último objetivo, sino que le hace sentirse cada vez más próximo a él. Bien es verdad que hasta ese momento ha ocultado el motivo primordial de tan dilatada estancia en nuestro país; sin embargo no es menos cierto que aprovecha la menor oportunidad para hacer público su ascendiente cordobés.

La mecanización agrícola y el consiguiente éxodo rural han duplicado la población urbana de Córdoba desde que su padre hubo de dejar la ciudad. Ello explica que solo unos cuantos militantes históricos, principalmente aquellos que

nacieron en la capital y que lograron sobrevivir al genocidio fascista, conozcan de primera mano la intrahistoria local del periodo que arranca con el levantamiento del coronel Cascajo. Para sorpresa de Wilfried, la mayoría de este grupo tiene noticia de la degradación a la que fue sometida la hija de *Granito de Oro*, un episodio que a su entender sintetiza la maldad sin límites de Bruno el sanguinario. Pero al mismo tiempo todos ellos reconocen no haber mantenido trato con esta familia ni con la de su prometido. Solo uno comenta al término de la manifestación pro amnistía:

—Sí, por supuesto que sí, ahora lo recuerdo... Pobre muchacho; parece mentira que después de trabajar en casas de gente pudiente nadie se dignase a echarle una mano. Claro que cualquiera se atrevía a hablar con don Bruno; te mandaba al paredón en menos que canta un gallo.

De los cenáculos políticos frecuentados por el forastero y su inseparable amigo, ninguno es tan peculiar como el almacén de aluminios que el padrino de este y su socio regentan en la ronda del Marrubial, frente a las ruinosas murallas almohades. Del local, que ocupa los umbríos bajos de un edificio levantado hacia 1920, se diría que aspira a emular en decrepitud a la vecina defensa medieval, si no fuera por el resplandor postindustrial de esos haces de perfiles distribuidos en angostos pasillos y a diferentes alturas. A mano derecha según se accede encontramos la oficina, en realidad una garita de aluminio y cristalerías corredizas, completada con un mostrador de formica, una máquina de escribir, una calculadora de relés y dos sillones con la tapicería gastada. Estos asientos quedan reservados a los *jefes* salvo que se ausente uno de ellos o ambos, contingencia nada infrecuente. En tal caso sus propios hijos, que les ayudan en el negocio, o cualquiera de los amiguetes que allí recalán, disponen de todo el derecho a ocuparlos.

Los copropietarios del negocio tienen en común la condición de represaliados políticos. El padrino de Pacheco, un sexagenario robusto y circunspecto llamado Florencio, fue depurado de su empleo como factor de circulación de ferrocarriles tras ser detenido y condenado a prisión en 1950 por distribuir propaganda subversiva. De mayor edad y poseedor de un historial más extenso es su socio Diego Gallardo, cuya escasa estatura desentona un tanto con el apellido paterno.

Capturado y encarcelado a comienzos del 39, al comandante Gallardo le fue conmutada la pena capital por veinte años de cárcel, aunque saldría en libertad en 1945, después de trabajar durante un lustro, junto a varios miles de esclavos políticos, en la construcción del Canal del Bajo Guadalquivir. Pero apenas unos meses más tarde, él y otros dos miembros recién incorporados a la partida guerrillera de Alfonso Paredes *Sincolor* caen en una emboscada de la Guardia Civil en las proximidades de Belmez, y pese a que no se le atribuyen hechos de sangre es sentenciado a dos penas de muerte, condonadas luego a cambio de una de treinta años y un día. Durante su estancia en prisión obtiene el título oficial de profesor de inglés, titulación que solo le valdrá para ejercer la docencia en una academia privada tras su excarcelación en 1956, fecha en la que contrae matrimonio. A partir de entonces, la obligación de sacar

adelante a la familia lo aleja de nuevas aventuras temerarias, lo que no impide que la policía registre su domicilio con cierta asiduidad hasta finales de los sesenta.

—Mi madre tenía que levantarme en plena noche de la cuna porque los muy cabrones rebuscaban incluso entre la lana del colchón —comenta resentida su hija Maribel, que ayuda a llevar las cuentas del negocio. Pero es Nandi, el hermano menor, quien se encarga de preparar los pedidos de los montadores.

Salvo que algo se lo impida, Pacheco acostumbra a pasarse por el almacén los sábados hacia el mediodía, con tiempo suficiente de iniciar una provechosa tertulia que se prolonga indefectiblemente en la tasca de al lado. En ella, junto a algunos herederos de la vieja guardia marxista, cual es el taciturno César, ahora a cargo del quiosco de prensa donde se esconden los ejemplares de *Mundo Obrero* camuflados entre los del *ABC*, o Avelino, un erudito leninista abonado al programa *Escucha Chile* que Radio Moscú emite por onda corta, convergen también un par de hermanos que viven a la vuelta de la esquina, así como antiguos compañeros de bachillerato de Nandi y José Luis, jóvenes sin carné fascinados no obstante por la disección que allí se hace de la borrascosa transformación política que está teniendo lugar.

La incorporación de Wilfried a este círculo viene a coincidir con las vacaciones de Navidad, cuando Pacheco, estudiante de quinto de Veterinaria, dispone de todas las mañanas libres para visitar a sus colegas. Son días en los que el grupo se ve completado con el hermano mayor de Nandi, que vive en Madrid con una mujer que podría ser su madre —circunstancia que gusta de airear—, y con Florencio hijo, un calco del padrino de José Luis si se omiten los treinta años de diferencia y la poblada barba que luce. En desagravio a la injusticia cometida contra su padre se propuso trabajar en RENFE, y ahora ejerce de maquinista, aunque ello le exigió pasar por un servicio militar de cuatro años y adquirir la condición de reservista, fórmula ideada por el régimen con el fin de controlar al levantisco cuerpo de ferroviarios.

Como es de suponer, la presencia de un extranjero entre ellos, por más que él declare sus orígenes cordobeses, provoca en los contertulios cierta expectación. Esto coloca a Wilfried en serios aprietos a la hora de reconstruir la biografía paterna y de inventar, sobre la marcha, los detalles de la suya propia, comenzando por una infancia vienesa que a esas alturas ya no puede declarar ficticia. Pero más allá de la anécdota existe un hecho significativo que al pintor no le pasa desapercibido, y es que él encarna, ante aquel grupo de jóvenes, el ideal al que ellos aspiran: el de ciudadanos de un país libre y democrático, donde no es preciso jugarse el pellejo semana tras semana defendiendo los derechos que les corresponden.

El día de Nochebuena, cuando su madre se lamenta por teléfono de lo solos que se sienten ella y Franz sin su padre y sin él, Wilfried intenta justificar con el trabajo la prolongada ausencia. Los paisajes de la Umbría le están resultando tan fascinantes, argumenta, que pronto espera contar con lienzos suficientes para una exposición.

—Ahora mismo me encuentro en Asís —añade—. No puedes hacerte una idea de cuánta belleza hay concentrada en una ciudad tan pequeña, mamá, ni de lo que estoy

aprendiendo de los maestros italianos. Los frescos de Giotto en la basílica de San Francisco, el santo de mi hermano, me tienen extasiado. Llevo tres días estudiándolos, y esta noche asistiré a la misa del gallo. Bien sabes que no soy creyente, pero lo haré en memoria de papá, que sí lo era.

Considerando la naturalidad y el desparpajo que derrocha el pintor, no es extraño que se le abran todas las puertas. Esa misma noche ha sido invitado a cenar en el hogar de los Gallardo, un gesto de hospitalidad al que probablemente no sea ajena Maribel. Sin embargo será en Nochevieja, durante el modesto cotillón celebrado en un local vacío propiedad de la abuela de Avelino, cuando los intentos de seducción de la muchacha se hagan evidentes al elegirlo ella misma en repetidas ocasiones para bailar los temas lentos. Una actitud, por cierto, que la convierte en objeto de las murmuraciones de sus amigas, quienes consideran inconcebible que una mujer tome tal tipo de iniciativas.

—Observa cómo me miran —musita la hija de don Diego al oído del alemán antes de dejar escapar una risita. Luego añade, arrastrando las sílabas por los efectos del pipermin mientras se balancean al ritmo lento del *pickup*—. ¿Sabes qué te digo? Que todavía no se han enterado de que Franco está muerto y más que muerto. Pues para que se enteren, yo quiero celebrarlo así —y acaba la frase estrellando sus labios contra los de él.

En este instante el sentido diplomático de Wilfried se impone a cualquier otra consideración, o al menos esa es la interpretación que ofrece a Viktor en la carta que le escribe poco después, cuando aún ignora que su marcha de Córdoba es inminente. En realidad, y al margen de que su orientación sexual admite ciertos matices, Maribel no le *atrae físicamente* —por usar la terminología del momento—, pese a lo cual acepta entrar en un inocente, o no tan inocente, juego de besos y caricias, pero sin cruzar la frontera de las promesas y los compromisos; una especie de amistad más o menos entre comillas que garantice su permanencia en ese círculo donde se siente tan cómodo.

El último lunes de enero del nuevo año, cuando Wilfried aparece a las ocho menos cuarto de la tarde para recoger a Maribel, el almacén de aluminios reúne a una tertulia muy distinta de la habitual. Tres viejos camaradas de Diego y Florencio, todos ellos notoriamente mayores que los dos socios, se han llegado a verlos sin avisar, y como uno está casi sordo comentan a grandes voces la huelga del país vasco.

—Bueno, también aquí se están moviendo las cosas —apunta este—. ¿Os habéis enterado de lo de los maestros? —Los demás no responden, de modo que prosigue— Pues venía en el periódico y todo, no sé si fue en el del viernes... Da igual, el caso es que la Junta Provincial del SEM, ya sabéis, el Servicio Español del Magisterio, ha emitido un comunicado pidiendo la amnistía general.

Wilfried sigue discretamente la conversación mientras ayuda a Maribel a terminar el inventario de bisagras, manijas y cerraduras, aunque en un momento dado Diego la interrumpe para que se sume a ella.

—Dejadme que os presente al amigo de mi hija. ¡*Volga*, ven acá! —Nombra a sus compañeros según van estrechando la mano del recién llegado— Es austriaco, lleva en Córdoba... ¿Cuánto hace? —El presentado extiende tres dedos— Eso es, tres meses, y ya ha dormido una noche en la comisaría por pegar propaganda del partido. Y por si fuera poco pinta fetén: a Isabel le ha hecho un retrato a carboncillo que ni a Julio Romero le habría salido mejor.

—Joder, este si es un buen partido, y no el nuestro —comenta jocosamente Manuel, el más menudo de los abuelos.

—Espera —prosigue el charlatán de Diego—, además resulta que su padre, que en paz descanse, era de Córdoba. Un tío con dos cojones; por lo visto combatió en el batallón Líster y en la resistencia francesa antes de acabar en un campo de concentración. Lo mismo hasta lo conocisteis. ¿Os acordáis de *Granito de Oro*, el picador de *Guerrita*?

—Claro que sí —contesta de inmediato Emilio, otro de los ancianos—, ¿cómo no nos vamos a acordar, con el calvario que pasó ese hombre por culpa de don Bruno? Tú no llegarías a enterarte, porque para entonces ya estabas en el frente.

—Cierto. Pero ten en cuenta que luego coincidimos en la cárcel.

—Qué desgraciada la hija —añade Manuel—, hay que ver lo que tuvo que hacer con tal de que no fusilaran al padre, ¿verdad?

—Ea, pues *Volga* es hijo del que fue su prometido —concluye Diego—, aquel muchacho al que le zurraron de lo lindo antes de echarlo de Córdoba.

—¡No me digas que tú eres nieto de Jacinto, el droguero de la calle Almonas! —exclama Manuel poniéndose las manos en la frente—. ¡Me cago en dios, la de veces que yo entré a la tienda de tu abuelo! Con lo bien surtida que estaba, allí encontrabas de todo. Qué pena me entró cuando la vi cerrada. ¿Adónde se marchó?

—A Antequera, con sus suegros —responde Wilfried emocionado.

—Desde luego hay que ver la carnicería que armaron los dos guardias civiles —comenta Emilio—. Nada más comenzar la guerra Luis Zurdo se llevó por delante a mi hermano Nicolás y a mi cuñada, de modo que entre nuestra hermana y yo tuvimos que hacernos cargo de los cuatro huérfanos que dejaron.

—Pero Ibáñez mandó liquidar a más gente todavía —interviene Florencio—. En la Huerta de la Reina, donde vivíamos tantos ferroviarios, murieron por lo menos veinte. Mi padre se libró de chiripa, gracias a que le dieron el aviso y se escabulló entre los vagones del apartadero, que si no...

—A ver, dejadme un sitio, que tengo que pasar a máquina este listado —los interrumpe Maribel, y al entrar exclama— ¡Corcho, qué calentito se está aquí! Me he quedado helada ahí fuera.

Su padre le cede el sillón, toma el paquete de tabaco y sale del cubículo encendiéndose un cigarrillo.

—Menos mal que le dieron otro destino a don Bruno —opina entre dos caladas—. Si lo llegan a dejar aquí unos meses más no se salvan ni las monjitas de La

Merced.

—Al norte se lo llevaron —señala Florencio con su característica voz grave—, a encargarse de limpiar las zonas arrebatadas a la República. Cualquiera sabe cuántos miles de inocentes más mandarías asesinar, porque estaba claro que su vocación era la de matarife.

—Mira, en eso se parece a nuestro querido presidente de gobierno Arias Navarro —observa Diego Gallardo, y dirigiéndose a Wilfried prosigue—. ¿Sabes cuál es su apodo? *Carnicerito de Málaga*. Es verdad que su padre trabajaba en el matadero de Madrid, aunque el título se lo ganó por los centenares de malagueños que envió al paredón cuando los fascistas tomaron la ciudad en el treinta y siete. Actuaba de fiscal en los consejos de guerra sumarísimos, así que ya te puedes imaginar.

Emilio, que al oler el humo no ha resistido la tentación de poner un Ducados entre sus sumidos labios, añade antes de prenderle fuego:

—Pues lo mismo coincidió allí con don Bruno. Tengo entendido que al final consiguió un buen cargo en Málaga.

—Aquello sería bastante después, sobre marzo o abril del cuarenta y uno —aclara el supuesto Wolfgang.

—Coño, ¿y tú cómo lo sabes? —le interpela Florencio, que por un instante se cree portavoz del asombro suscitado en los demás. Sin embargo es Manuel quien le contesta apoyándose en el bastón.

—¿Cómo va a ser? Porque se lo contaría su abuelo, ¿no ves que vivía en Antequera?

—Para ser exactos fue a través de un primo de mi padre, que *conocía* al hijo del coronel —Wilfried resuelve sobre la marcha evitar la alusión a la íntima amistad que los unía.

—Entonces —prosigue Emilio— estarás enterado de que murió en un naufragio.

—Anda, pues yo no sabía nada de eso —reconoce Diego.

—Claro, ¿qué vas a saber tú, si te pasabas todo el tiempo entre rejas?

Los tertulianos, incluso el propio aludido, estallan en una carcajada unánime. Solo Blas, el corcovado anciano cuya sordera lo ha relegado hasta ese instante a un segundo plano, esboza una sonrisa de compromiso antes de preguntar con la palma de la mano junto a la oreja.

—¿Qué ha dicho de un naufragio?

—Que el hijoputa de don Bruno se ahogó en un naufragio —repite Emilio aproximando el rostro a su oído.

—¿Y eso cuándo fue?

—En enero de mil novecientos cuarenta y seis —responde ahora el extranjero.

—Imposible —y enfatiza su objeción con un acentuado movimiento de cabeza—, don Bruno no pudo morir entonces puesto que un año después aún estaba vivito y coleando.

Wilfried trata de recibir con incredulidad aquel aserto, pero la realidad es que el

corazón le late desbocado. La siguiente pregunta acude de forma involuntaria a su boca.

—¿Cómo está usted tan seguro?

—Verás, lo que te voy a contar sucedió allá por septiembre del cuarenta y siete, en octubre a lo sumo, en la taberna de Paco Acedo, ahí junto a la torre de la Malmuerta. ¿Sabes dónde te digo?

—Por supuesto. —El hijo del exiliado está a punto de mencionar que coincide con la fecha de su propio nacimiento; sin embargo opta por no interrumpir el hilo del relato.

—Lo recuerdo perfectamente porque en la misma conversación mi compadre Modesto y yo tuvimos una discusión trivial. Él no hacía más que lamentarse de la pérdida de Manolete, que había fallecido de una cornada mortal en Linares el veintiocho de agosto, aunque ya se comentaba entonces que fue por culpa del plasma en mal estado que le habían puesto durante la transfusión. Bien, el caso es que según él aquello había significado la mayor tragedia para Córdoba desde el final de la guerra, y en parte llevaba razón: tenías que haber visto cómo se echó la gente a la calle para seguir el cortejo fúnebre. Además, si había un lugar en el que la desgracia del torero estaba a la orden del día era en casa de Paco Acedo, de donde él había sido cliente habitual.

»Pero, claro, a mí me tenía un poco harto de soltarme cada noche la misma monserga, de manera que le dije: “Coño, Modesto, con la de gente que la ha palmado en Cádiz y nadie se acuerda de ellos; ya está bien”. Me refería, y eso lo saben estos amigos, al polvorín de la Armada que había explotado en Cádiz diez días antes de lo de Manolete, cuando quedaron arrasados dos o tres barrios y perdieron la vida ciento y pico vecinos.

—No, hombre, fueron muchísimos más —le corrige Manuel—. Lo que pasó es que la dictadura no estaba dispuesta a reconocerlo.

—Más a mi favor. Total, que en este debate andábamos cuando se presenta Jesús Moreno *El Curri*, un hermano de *Granito de Oro* que había intentado seguir los pasos de Rafael sin éxito. Lo que se dice un tarambana, vamos. No tenía mujer ni hijos, y trabajaba en el matadero, a escasos metros de allí, aunque me pregunto en qué condiciones lo haría, porque aún no habían dado las nueve y ya venía achispado. En fin, que nada más vernos se sienta con nosotros, se pide un medio y empieza a relatarnos una historia que así, de sopetón, resultaba bastante chocante. Al parecer, la tarde anterior se había personado en su casa un tal Ignacio *nosequé*, nada menos que un conde. El tío le estuvo contando que el gobierno de Franco le había expropiado las tierras y la casa sin pagarle ni un céntimo, para dárselas luego a don Bruno.

—¿Y dónde las tenía, en la provincia? —le interpela el pintor con premura.

—¿En la qué? Ah, en la provincia. Qué va, hombre; en ese caso ya lo sabría toda Córdoba. No, era en un pueblo llamado Los Montes... Los Altos... Ya recuerdo, Las Cumbres de San Calixto. Lo de San Calixto sí me sonaba por el convento que las

carmelitas tienen cerca de Hornachuelos. Ahora bien, ya no puedo precisarte si pertenece a León o a Castilla La Vieja, o quizás a Extremadura; no me hagas caso.

—Lo que no acabo de entender es qué quería el conde de ese amigo suyo.

—Espera a que termine. *El Curri* se encontraba muy excitado. Nos anunció que se marchaba a la mañana siguiente con él, y que iba dispuesto a darle su merecido a Bruno Ibáñez por todo lo que le había hecho a su hermano y a su sobrina. «Ahora es un don nadie, no tiene escolta como antes. Por si fuera poco vive en plena sierra, y el señor conde se compromete a facilitarme la retirada. Además, otra cosa no, pero esto», dijo sacándose una navaja así de larga del pantalón —separa las manos más de un palmo—, «esto lo manejo yo con soltura».

»Claro, a mí no me cuadraba que el fulano aquel hubiese venido a buscar expresamente al hermano del picador; pero pocos días más tarde llega mi compadre, que conocía a todo cristo, y me dice: “Oye, Blas, ¿sabes que el conde de Casa Tomares, ese con el que se ha ido *El Curri*, ha estado un mes dando vueltas por Córdoba intentando reclutar sicarios?”. O sea, que al tipo lo llevaron los demonios cuando vio que don Bruno tomaba posesión de sus bienes confiscados, y no se le ocurrió otra cosa que hurgar en su historial hasta enterarse de la que había liado en Córdoba. “Seguro que allí no va a faltar quien quiera ajustarle las cuentas al cabrón este”, debió de pensar. Y de tanto lanzar la caña, al final logró pescar al infeliz de Jesús Moreno.

—El panadero de la calle Almonas —interviene Wilfried— me dijo que no se supo más de él. ¿Es cierto?

—Pues sí que te ha cundido para el tiempo que llevas aquí, chaval —comenta Florencio.

—Mismamente —asevera Blas—, lo mismo que si se lo hubiera tragado la tierra. De hecho poco después entró el hijo de mi vecina a ocupar su puesto en el matadero.

* * *

Este diálogo tuvo lugar, como ya he dicho, un lunes. El martes a primera hora, cuando el termómetro marca cuatro grados bajo cero, el hijo de Jacinto Lozano permanece apostado ante los escaparates de los almacenes Woolworth. Tan pronto ve descender las persianas de la librería Luque cruza la calle, franquea la puerta y con los guantes y el sombrero en la mano se dirige a una dependienta para preguntar por la sección de atlas. Una vez localizado el pueblo de Las Cumbres de San Calixto elige un mapa de carreteras manejable y pasa por caja, donde le orientan sobre cómo encontrar la agencia de Autotransportes López, pues la ciudad carece de estación de autobuses.

A mediodía, sin haberse despedido de ninguno de sus amigos —ni tan siquiera de

Maribel—, y con el tiempo justo de darle a Viktor el parte telefónico con los últimos hallazgos, sube al primero de los autocares que lo conducirán hasta su definitivo destino un día después.

La llegada a Las Cumbres lo sume en una zozobra repentina. Aunque es consciente de que Ibáñez podría llevar años muerto, no consigue apartar de su cabeza la arrogante imagen de *El Curri*, proclamando su sed de venganza la noche previa al viaje del que nunca regresaría. Por eso en los primeros paseos, siempre con los útiles de pintura a cuestas para justificar el motivo de su presencia, se siente dominado por una aprensión irreprimible. En cada uno de los rostros ceñudos con los que se cruza cree ver la suspicaz acechanza de un centinela. Aún no ha entendido que en las gentes del lugar la curiosidad más cínica no está reñida con ese aire taciturno de quienes se sienten lejos de la civilización.

Después de recorrer palmo a palmo el pueblo y sus alrededores, Wilfried deduce que la residencia de don Bruno solo puede ser una gran casona de al menos dos siglos que se alza frente a la plazuela del Pósito. Tentado está de plantar el caballete allí mismo y ponerse a pintar un óleo a la espera de conocer a sus moradores, pero enseguida comprende que es la manera más fácil de levantar sospechas. En cuanto a la guía telefónica, en ella no figura, como era de suponer, ningún abonado con esa dirección. Finalmente opta por explotar su condición de extranjero, y con un ejemplar en alemán de *Der Zauberberg —La montaña mágica*, de su conterráneo Thomas Mann— abierto al azar, aborda a un grupo de ancianos que toman el sol en el paseo de los Peligros.

—Yo pido disculpas a ustedes —dice en un castellano manifiestamente incorrecto—. Esta guía dice en Las Cumbres hay uno pequeño palacio de conde Casa Tomares, pero yo no veo dónde estar él.

—Sí, hombre —responde de inmediato el que parece más avisado—. Eso está en la plaza del Pósito, justo detrás del ayuntamiento. No tiene pérdida: subes por esa calle de la izquierda, y en la primera esquina tuerces otra vez a la izquierda y sigues hasta el fondo.

—¿Y usted sabe yo puedo visitar pequeño palacio?

—No, amigo —los lugareños se echan a reír—. Es una propiedad privada, no se visita —entre ellos se cruzan miradas de complicidad.

—Ya —prosigue Wilfried—, supongo señor conde no gusta gente entre en su casa.

—No, pero si el conde ya no vive en ella.

—Ah, luego pequeño palacio es vacío.

—Que no, *recontra*, que está ocupada, lo que pasa es que pertenece a otra familia.

—¡Oh, ya yo comprendo! —el visitante se golpea la frente en un gesto teatral—. Ahora es de otros... ¿Cómo se dice? Sí, otros personas nobles.

Ante la impaciencia del lugareño interpelado toma la palabra uno de sus acompañantes.

—Olvídese de tanto título, joven. La mansión pertenece a don Alfonso Valverde, un ricachón que la compró hace muchos años.

Wilfried se siente abatido por completo. Ha cometido un grave error al cifrar todas sus esperanzas en un testimonio demasiado frágil: o el supuesto conde que enredó al *Curri* era un embaucador, o el relato del matarife no pasaba de ser una vulgar patraña, o bien el anciano sordo se hizo un lío con los datos. Aunque también entra dentro de lo probable que don Bruno o sus herederos vendiesen la propiedad. Sea como sea, el pintor ha tomado la determinación de concluir esta búsqueda estéril y reintegrarse a sus clases en Berlín, de modo que vuelve al hostel y ocupa el resto de la tarde repasando los dibujos, porque el torbellino que azota su cerebro le impide concentrarse en la lectura.

Al caer la noche sale a estirar las piernas. Luego entra en el bar de la calle de San Isidro, pide un vaso de ese vino semidulce al que se ha aficionado en tan poco tiempo y toma asiento delante del televisor. La creciente afluencia de parroquianos le obliga, sin embargo, a apartar instintivamente la mirada de la pequeña pantalla para observarlos de reojo. Es una inercia que el desaliento aún no ha logrado vencer, y que otorga a estos rudos semblantes un cierto carácter familiar. Entre dichos clientes figura uno que le llamó la atención el día anterior tanto por su complexión, notoriamente mayor y más musculosa que la del resto, como por la arrogancia que manifiesta en el trato directo. Una de las veces que se abre la puerta del establecimiento aparece el citado individuo, pero Wilfried juraría que lo ha visto entrar antes. Tras un rápido y disimulado examen de los presentes encuentra la explicación al hecho: se trata de una pareja de mellizos.

Los fragmentos inconexos de su pensamiento se ensamblan de forma súbita en el espacio de apenas unos segundos. Por la edad que representan resulta evidente que ambos sujetos no pueden ser sino aquellos niños a los que Elvira, la esposa de don Bruno, dio a luz en 1943, poco antes de que este acabara presumiblemente con su vida. «¿Cómo he podido ser tan estúpido?», se pregunta el pintor, e infiere: «Si el coronel Ibáñez simuló con pulcritud su propia muerte, si se escondió en un lugar tan recóndito, era lógico que se proveyese además de una identidad distinta». Una operación de ocultamiento de esas características conllevaba a la vez ciertos riesgos. Prueba de ello es que las pesquisas del conde la dejaron al descubierto, un dato esencial que el anciano Blas, por olvido o por pura ignorancia, había omitido en la conversación del almacén de aluminios.

Ante esta nueva coyuntura el forastero decide al fin arrendar una casa en el pueblo. Si bien el objetivo inmediato es constatar que el propietario del palacio y el anciano sanguinario son la misma persona, su anhelo de entrar en contacto con Ángela Moreno resulta tan poderoso que le invade una irritante desazón cuando imagina que podría haber muerto. Así pues, y aunque procura actuar con cautela, no deja de deambular por la plaza del Pósito y sus alrededores a la espera de encontrarse con alguno de ellos.

Una mañana el pulso se le acelera al ver desde lejos a una mujer mayor que sale de la casona con el canasto de la compra. En principio la sigue a distancia prudencial, pero en el instante en que ella entra en la carnicería cuenta sesenta segundos y luego cruza la puerta. Mientras le despachan, Wilfried se afana por encontrar alguna similitud entre sus rasgos y los de la dama fotografiada subrepticamente por el tío Enrique en El Rincón de la Victoria treinta y tantos años atrás. Minutos más tarde el alemán sale a la calle con medio kilo de salchichas, el ánimo por los suelos y la convicción de que necesita reorientar su estrategia.

Cabe la posibilidad de que el tal Alfonso Valverde no abandone su domicilio por hallarse enfermo, pero de no ser así, ¿adónde se sentiría obligado a acudir si fuese realmente don Bruno? Después de meditar sobre la idiosincrasia del viejo criminal, el pintor cree tener la respuesta. Tras una insufrible espera, el sábado por la tarde Wilfried sigue la ceremonia de la misa desde el último banco del templo, una tarea que repite la mañana del domingo, a las diez y a las doce, momento este en el que obtiene la recompensa a su perseverancia. Allí está, condenado a una silla de ruedas, oculta bajo unas gafas oscuras la recelosa mirada —que no el rictus desdeñoso de su hocico—, lo que queda del comandante del tercio de Costas malagueño, aquel cuya engreída facha inmortalizara el reportero gráfico del diario *Sur*. Su parentesco con el ladino jurista de Zaragoza es, por otra parte, irrefutable.

Lo acompañan, aparte de los gemelos, una señora de mediana edad, esbelta y melancólica, así como una adolescente recatada. A ojos del forastero, ese singular atractivo que comparten madre e hija —sombrió en aquella, luminoso en esta— delata de forma palmaria la pertenencia al mismo linaje que el de la joven cordobesa arrancada de su hogar mediante coacción. Ahora Wilfried tiene a su carcelero a escasos metros. Si por él fuera, lo arrastraría hasta la calle y patearía su cabeza hasta convertirla en una masa informe. Pero más allá de la furia que lo corroe, habita en su interior ese idealista que aguarda una inminente ruptura política, un punto sin retorno en el cual los verdugos de la calaña de don Bruno pagarán por la barbarie cometida, y para entonces necesitará la colaboración de su víctima más próxima. No, Ángela no podrá negarse una vez que sepa todo lo que su prometido llegó a hacer, y a padecer, por volver a verla.

Justo cuando siente aproximarse la hora de ejercer como heraldo de un amor imposible, en el camino del artista se cruza otro amor cuyo destino no lo será menos —luego me había equivocado: Elfriede conocía la nueva relación sentimental de su hijo—. Se trata de un apuesto profesor llegado a Las Cumbres pocos meses antes. La intimidad entre los dos jóvenes prende con tal celeridad que, cuando quiere acordar, Wilfried ya no puede dar marcha atrás desvelando la razón última de su presencia en el pueblo y, por ende, su impostura. Tampoco cabe obviar el recelo, y esto no es una mera conjetura, a que un simple descuido de su amante lo sitúe en el punto de mira del monstruo al que acecha: la desaparición de *El Curri* no se le va de la cabeza.

Ello no le impide recabar de Eugenio cuanta información posee sobre *esa*

adinerada familia que habita la casa solariega; un interés, por supuesto, convenientemente entreverado con el que pretende mostrar hacia otros tantos habitantes de la localidad, aunque de escasos resultados. Así se entera, por ejemplo, de que Carmencita es la alumna más brillante de todo el colegio, o de que El Retamar, una hacienda cuya extensión supone casi la mitad del término municipal, pertenece a su abuelo. En cuanto a la madre, el maestro considera que su manifiesta tristeza no se explica solo a causa de una prematura viudez; es más, cree que usa manga larga para ocultar las cicatrices de las muñecas.

¿Y qué hay de la abuela? ¿Falleció? ¿Vive postrada por culpa de alguna severa dolencia? ¿O quizá sus ignominiosos lazos familiares acabaron rompiéndose años atrás? Al filo de la medianoche Wilfried regresa al hogar con los puños apretados en los bolsillos de la trenca. No lo hace porque su secreto compañero ignora dicho dato, sino por el pánico que lo amordaza al intentar rogarle que lo consulte entre sus allegados.

A partir de ahora la presencia del falso austriaco en aquel remoto municipio se justifica fundamentalmente por la pasión amorosa a la que se ha entregado, una pasión que no cesa de crecer día tras día. La prueba es que al mes de conocerlo el amigo lo invita a pasar el fin de semana descubriendo el casco histórico de su ciudad natal, una experiencia tan fascinante que a Wilfried le cuesta trabajo elegir las perspectivas que plasmará sobre el papel.

La pareja hace del mejor hotel su nido de amor, pues Eugenio ni siquiera ha querido informar a la familia de la estancia. El sábado, después de un suculento almuerzo a base de migas, caldereta de cordero y tarta de higos, todo ello regado con dos jarras de tinto y algunas copas de orujo, los amantes abandonan el restaurante sumidos en una embriaguez jubilosa. El hijo de Elfriede pide entonces a su amigo que lo lleve hasta un locutorio telefónico, desde donde llamará a Viktor para comunicarle su firme decisión de romper el vínculo que mantenían, dado que ha conocido a otro hombre y que ambos están profundamente enamorados. No se trata de un lacónico adiós pese a que, sin saberlo, es la última vez que hablarán. Por el contrario, Wilfried se detiene a pormenorizar el avanzado estado de su búsqueda, haciendo especial hincapié en la circunstancia de que ya ha visto a don Bruno con sus propios ojos. Viktor, que sigue atribulado su exultante relato, se despide de él recomendándole que tenga mucho cuidado. Y es que, como luego confesará a Elfriede, le invade el presentimiento de que el pintor se desliza imparable hacia su trágico final.

—En cierto modo —añadió la anciana— aquella llamada fue providencial.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté.

—Porque me permitió seguir la pista de mi hijo. La última vez que hablé con él, a los pocos días, me contó que se encontraba en San Gimignano y que probablemente pasaría allí un tiempo. «He encontrado un filón en este horizonte de torres recortadas contra el cielo, mamá», dijo engañándome el muy sinvergüenza —Elfriede recordó las mencionadas palabras riéndose, al tiempo que se enjugaba las lágrimas con el

borde del pañuelo—. Claro, cuando pasaron varias semanas sin tener noticias tuyas hice la maleta y tomé *yo sola* un avión con destino a Florencia —el tono de su voz manifestaba un inequívoco resentimiento—. Y que conste que no me importa hablar claro: Franz, que se había casado recién muerto su padre, puso como excusa las obligaciones familiares para no acompañarme; siempre tuvo el mismo desapego. Así que cuando me planté en aquel pueblo toscano y supe que no se había alojado en él, ni tampoco en Arezzo, ni en Urbino, ni en Asís, me fui a Berlín y al final, como te dije, conseguí localizar al tal Viktor.

—Pero, insisto, ¿por qué esa llamada y no cualquiera de las otras que hizo a Viktor? Al fin y al cabo él sí sabía de sus pasos.

—Porque Viktor no retuvo en la memoria el nombre del pueblo. Ten en cuenta que para un alemán es bastante complicado recordar «Las Cumbres de San Calixto». El nombre de esta ciudad, en cambio, no lo era. De hecho él ya había estado aquí anteriormente.

Un argumento tan elemental como incontestable. No obstante aún me quedaba un buen número de dudas por aclarar. Y la siguiente no se la formulé a ella, sino al anciano que se había mantenido en silencio durante la última hora.

—Quizá me estoy apresurando, Juan Manuel. ¿Debo entender que Elfriede entró en contacto contigo en ese momento?

—Bueno, en realidad tardó un tiempo en llegar.

—Hubo una razón de peso —interviene Elfriede—. A los dos días de mi entrevista con Viktor mi padre sufrió la primera de una serie de embolias cerebrales. Con la de naufragos del Cap Arcona que había salvado, y sin embargo ningún médico pudo hacer nada por él. Fueron unos meses terribles, cuatro meses en los que no era capaz de abandonarlo aun sabiendo que a mi hijo... —se echó a llorar de nuevo antes de acabar la frase. Ella debió de advertir mi apuro, y le dijo a su compañero— Sigue tú, cariño.

—De acuerdo. Elfriede vino en octubre. No olvidemos que lo de Alicia había ocurrido en julio, y que Eugenio...

—Eugenio estaba retirado de la circulación, él ya lo sabe —aclaró el aludido señalándome con el pulgar.

—Bien es verdad que Wilfried carecía de contactos en la ciudad, pero como su madre sabía por Viktor hasta qué punto se había implicado con el PCE en Córdoba, imaginó que podría haber continuado aquí su militancia. De manera que, bueno, a fuerza de repetir una y otra vez la crónica de sus pasos entre los militantes comunistas acabó dando conmigo.

—Sin embargo —observé— Eugenio me contó que tú pertenecías al Partido del Trabajo.

—Sí, yo era de los disidentes de *Ramón Lobato*. Para ser exactos actuaba como liberado, porque la organización necesitaba disponer de una estructura paralela de miembros no fichados por la policía, una red de células que se activarían en caso de

producirse algún movimiento involucionista. Y no era ningún capricho: piensa en lo que habría pasado si llega a consolidarse el golpe del veintitrés efe.

—O sea, disidente y además liberado. Pues no tuvo que andar nada hasta que te conoció...

—Qué va, hombre. En realidad tampoco éramos tantos y, quieras que no, todos teníamos cierta idea de los que estábamos en el ajo.

—Ya entiendo. De modo que fuiste tú quien tuvo que darle a Elfriede la terrible noticia de lo que sucedió en El Retamar.

—Uno de los peores tragos de mi vida, cuando aún no había superado lo de Alicia. Te prometo que quería a aquella chica igual que si hubiera sido mi propia hija.

—¿Y cómo supiste que se trataba de Wilfried, si él nunca le confesó a Eugenio su verdadero nombre?

—No fue como te figuras —intervino Elfriede—. Era por Wolfgang Meier por quien iba preguntando. Viktor sí estaba al corriente de lo del pasaporte falso.

—Si te soy sincero, yo tenía la certeza de que tarde o temprano acudiría alguien a buscarlo —afirmó Juan Manuel—. La tuve desde el mismo instante en que Alicia nos contó que la embajada austriaca había certificado la falsedad de su documentación. Lo que no sospechaba es que su madre vendría hasta mí.

—¿Lograste repatriar el cadáver, Elfriede?

—Yo estaba dispuesta a realizar todos los trámites, pero Juan...

—Era una locura —comentó este—. Me costó dios y ayuda convencerla, imagínate. Y no era por el papeleo, a mí no me importaba haberme encargado, sino porque tras la autopsia lo enterraron en la fosa común del pueblo. Allí nada menos, con aquel..., con aquel viejo controlándolo todo —rectificó sobre la marcha, al reparar en que su nieta se encontraba delante—. Eso suponía meterse en la boca del lobo —Bastante había vuelto la cabeza hacia su mujer, como si todavía necesitara persuadirla.

—Desde luego la paciencia y la generosidad que Juan tuvo conmigo no se pueden describir con palabras —Elfriede corroboró este reconocimiento tomando su mano al tiempo que le brindaba una mirada cálida.

—Así fue —el anciano se mostró fingidamente serio—. Entonces le dije: «bueno, si tanto te cuesta expresar tu gratitud, hazlo de otra forma: cástate conmigo». Yo aún estaba en edad de merecer, las cosas como son, pero, claro, con este porte de barrilete... El caso es que me lancé por si colaba. ¡Quién iba a decir que aceptaría!

La risa general dio lugar a un momento de distensión del que participó incluso Carmen, que había permanecido sumida en un reconcentrado mutismo durante todo el tiempo. El reloj de pared marcaba las nueve, y las circunstancias invitaban a poner punto final al interrogatorio. No obstante quedaban por aclarar ciertas cuestiones nada desdeñables; así se lo hice saber a la pareja de octogenarios, que una vez más dieron muestra de un ánimo incombustible. La siguiente pregunta fue, pues, sobre la vía empleada por Bastante para conocer los datos biográficos de Valverde Muñices.

—Es una pena que ni los medios ni la clase política hayan sabido, o hayan querido, divulgar hasta qué extremo nos habíamos infiltrado los demócratas en la estructura del estado franquista —reflexionó Juan Manuel—. Comenzando por los sindicatos verticales, que desde finales de los sesenta se encontraban prácticamente en manos de Comisiones Obreras. Yo mismo era uno de esos sindicalistas. Cuando Alicia me habló del abuelo de Carmen —aquí tendió la palma de la mano en dirección a ella— empecé por asegurarme de que su familia no figurase entre los grandes terratenientes de la provincia. Estaba convencido de conocerlos a todos pero, claro, siempre se te puede escapar alguno.

»Tras comprobar que no pertenecía a tan *selecto* grupo me dije: “no caben más posibilidades: o es falangista o es militar”. De manera que mientras Gregorio, un camarada que trabajaba en la delegación provincial del Movimiento, emprendía las indagaciones pertinentes, otro camarada me presentó al capitán de infantería Fernando Ramírez, uno de los pocos *úmedos* que...

—¿Has dicho «húmedos»?

—Sí, hombre, los miembros de la Unión Militar Democrática.

—La UMD. Por cierto —añadí—, me parece bochornoso que casi tres décadas después no se les hayan restituido sus derechos a aquellos oficiales antifranquistas.

—Ya me dirás, si el Partido Popular rechazó hace dos años una iniciativa parlamentaria que solo pretendía reconocer sus méritos...

Guardé silencio a la espera de que Carmen se pronunciara al respecto, pero viendo que no lo hacía le pedí a Bastante que continuara.

—Al principio Ramírez se mostró algo reticente. Entonces le proporcioné todo tipo de detalles sobre lo sucedido en Las Cumbres, porque los medios apenas se habían hecho eco de la noticia. Bueno, pues no habría pasado ni una semana cuando vino a mi propia casa para darme la información. «Procede del mismísimo ministerio del Ejército, así que es absolutamente fiable», aseguró antes de advertirme: «ahora bien, si estás pensando en levantar la liebre te recomiendo que dejes pasar una buena temporada».

—¿Qué te contó Gregorio?

—Absolutamente nada. Yo lo tenía por competente, aunque me dio la impresión de que se asustó. En fin, no era el único.

—Una duda más —¿Una sola? Mi mente albergaba docenas—. Me ha parecido entender que Wilfried se marchó directamente desde Córdoba al pueblo. ¿No llegó a contactar con el conde de Casa Tomares?

Los dos ancianos intercambiaron una mirada.

—A mí no me consta —respondió Elfriede—, y eso que nos entretuvimos en visitar a cuantos habían tratado a mi hijo desde que puso los pies en España. Bueno, a todos, lo que se dice a todos, no, pero casi.

—¿A Ramón Ibáñez también?

—Ya lo creo —contestó Bastante con velado orgullo—. Elfriede se presentó

como... ¿Cuál era el nombre, querida?

—Hertha Schiffer.

—Ajá, Hertha Schiffer, secretaria del recién fallecido Otto Skorzeny, ya sabes, aquel ingeniero de las SS que dirigía ODESSA en nuestro país, la organización encargada de proteger a antiguos miembros del partido nazi.

—Sí, la conozco por la novela de Frederick Forsyth.

—Ea, pues mi mujer se la sabía al dedillo, y se supone que yo era uno de sus hombres en Argentina, lo cual me permitió hacer gala del acento rioplatense que me contagió un camarada montonero —la excitación había vuelto encarnada la tez del obeso narrador—. Joder, si vieses la expresión de aquel tipo cuando Elfriede le reveló que estábamos al corriente de los peligros que acechaban a su hermano...

—¿Y él reconoció serlo?

—Qué va, el abogado se mantenía en sus trece. Pero Elfriede había interiorizado el papel de tal modo que incluso yo me quedé patidifuso. «Comprendemos perfectamente sus reservas, don Ramón», le dijo. «No obstante, voy a dejarle aquí mi tarjeta», con un teléfono y una dirección inexistente, claro está, «por si don Bruno considerase necesario recurrir a nuestra organización. En cuanto al coste de la operación no debe preocuparse; seguro que llegaríamos a un acuerdo razonable».

—Imagino que no reaccionaría demasiado bien.

—Uf, nos echó poco menos que con cajas destempladas. Hombre, la verdad es que si nos atrevimos a representar aquella escena fue porque no entraba entre nuestras intenciones asomar por Las Cumbres. Sin embargo no nos cupo la menor duda: era él quien puso sobre alerta al abuelo de Carmen de que Wilfried andaba tras su pista. —Se mantuvo pensativo un instante— Ah, ya recuerdo. Se trata de otra observación que me dejaba en el tintero: Wilfried no pudo entrevistarse con el conde por la sencilla razón de que este falleció a comienzos de los setenta.

—¿Ni con sus herederos?

—No los tenía, no contrajo matrimonio —sus ojos se volvieron instintivamente hacia Eugenio—, y sus hermanas habían muerto antes que él. Supongo que el título pasaría a algún pariente en segundo grado.

—Entonces, ¿de qué modo logró enterarse de que Alfonso Valverde era Bruno Ibáñez?

—Ay, amigo, esa es la pregunta del millón.

La pausa en que desembocó esta última frase se vio interrumpida por la retumbante voz de Aurora al entrar en el salón.

—Pero, bueno, ¿cómo pueden mantener ustedes una conversación casi a oscuras? —efectivamente la luz de la tarde había ido menguando, aunque su reproche resultaba un tanto exagerado. Sin embargo, el mero acto de encender las tres o cuatro lámparas más próximas a nosotros nos devolvió al presente de forma repentina—. ¿Preparo cena para los señores, Eugenio?

Ante el ofrecimiento de la sirvienta los cuatro invitados mostramos al unísono

nuestra intención de marcharnos. Aguardamos a que Bastante solicitara por teléfono un taxi adaptado para ponernos de pie, y mientras su esposa manipulaba el mando de la silla de ruedas, sorteando el profuso mobiliario camino de la puerta de la estancia, Eugenio quiso disimular su patente angustia sacando a colación un comentario que a nadie se le había ocurrido hasta ese momento.

—Por lo que veo nunca más se supo de Benito Ibáñez, ¿no es cierto?

Carmen, que estaba repasándose el carmín de los labios frente a un espejo de mano, volvió la cabeza y dijo:

—En eso sí que os puedo aportar algo. Mi tío Benito cambió de nombre al ingresar en los Carmelitas. Él era fray Venancio.

18. Junio y julio de 2004. 1977-1978

Aquello fue el principio del fin. Para empezar, Carmen se negó en redondo a regresar a Sevilla tras abandonar la casa de Eugenio. Poco le importaba que yo tuviese que trabajar al día siguiente.

—No vayas mañana, tampoco se va a hundir el instituto por eso —manifestó de un modo tajante—. Con que expliques que te sentías indispuerto es suficiente.

—Está bien, nos quedaremos a dormir en un hotel. Pero nos levantamos a las cinco para que pueda llegar a tiempo.

—¿Acaso no me entiendes? No quiero viajar de noche, siento pánico solo de pensarlo.

—Qué tontería, tú estás acostumbrada a viajar por la noche. ¿A qué viene este miedo ahora?

—No sé, es superior a mis fuerzas. Vete tú si quieres, me da igual quedarme sola —y se dio media vuelta.

Aunque el restaurante del hotel estaba abierto cuando nos registramos, Carmen pidió que sirvieran la cena en la habitación, y al mismo camarero que vino a retirarla le encargó una botella de *whisky* de malta y una cubitera con hielo suficiente. Al evocar aquellas horas sombrías que pasamos frente a la pantalla muda del televisor, comiendo y bebiendo de forma mecánica, se me antoja inconcebible que transcurrieran sin que llegase a cuajar algo parecido a una conversación; pero lo cierto es que la comunicación entre nosotros ya solo se nutría de silencios expectantes, como si cada uno de los dos ansiara oír de boca del otro esas breves frases esperanzadoras que la suya no acertaba a pronunciar, «olvidémoslo todo», «qué más da lo que sucediera», «no le demos importancia», «me basta con eso», «nuestro amor está por encima de lo demás».

Inconcebible, sí, y aún más inconcebible lo que ocurrió después, un hecho tan desligado de lo que estaba sucediendo que a veces me pregunto si no habrá sido producto de mi fantasía. Carmen, que se había incorporado del sofá donde permanecía retrepada, tropezó con el borde de la alfombra y cayó de bruces sobre ella. Al tratar de ayudarla a levantarse me rechazó de un manotazo, lo hizo por sí misma y con paso inseguro se dirigió al baño para cerrar la puerta a continuación. El rumor del agua de la ducha me llevó a temer por su seguridad. Poco después oí el del lavabo y la descarga de la cisterna. En ese instante me pidió que acudiese. Abrí la puerta y la encontré desnuda, sentada sobre el inodoro.

—Te quiero tanto que no me importaría morirme ahora mismo —dijo con los párpados entreabiertos.

Me arrodillé ante ella, la cubrí de besos con desesperación, y mientras mi lengua se deslizaba una y otra vez desde sus pezones hasta su sexo, Carmen repetía sin cesar su amor hacia mí como una letanía. Luego me obligó a ponerme en pie, desabrochó el

cinturón y con una voracidad enloquecedora introdujo mi miembro hasta su garganta.

Allí mismo, bajo la fría luz del neón, observando con descarado deleite cada uno de nuestros estremecimientos reflejados en el espejo, levantamos minuto a minuto una escalera de placer que no parecía culminar nunca. Carmen se excitaba reclamando con vocablos soeces cuanto se le apetecía, y yo obedecía frenético sabiéndome en posesión de su goce; pero al advertir el modo en que crecía su delirio al entregarse a mi avidez, esta se volvía mayor aún, de manera que cuando alcanzamos el orgasmo, los ruidos guturales que emitían nuestras laringes sonaron igual que los de dos animales gravemente heridos.

Tras regresar a la habitación apartamos la colcha y nos dejamos caer en la cama. Entonces el sueño me atrapó con tal premura que ni siquiera recuerdo la sensación del contacto con las sábanas. Lo siguiente que acude a mi memoria es la ligera presión de los dedos de Carmen contra mis mejillas.

—Vamos, despierta, que tenemos que marcharnos.

Carmen estaba ya vestida y su silueta, iluminada por la cegadora luz de la lámpara, resaltaba sobre rectángulo negro de la ventana.

—¿Qué hora es?

—Las cinco.

—¿No habías dicho que te daba miedo viajar de noche?

—Lograré superarlo.

El silencio no nos abandonó en todo el trayecto. Solo cuando entramos en Sevilla, Carmen lo rompió diciendo:

—Bueno, me parece que la suerte está echada.

—¿A qué te refieres? —bajé el volumen de la radio.

—A tu determinación de escribir ese maldito libro. Y no intentes convencerme de lo contrario; después de lo que escuchamos ayer sería imposible creerte.

Pensé alegar que, a fin de cuentas, la historia se encontraba encallada mientras desconociese el motivo por el que su progenitor tuvo que fingir una muerte accidental. Lo malo era que a Carmen no le faltaba razón: una vez oído el testimonio de Elfriede, la necesidad de averiguarlo me había envenenado definitivamente la voluntad.

—¿No podríamos llegar a un acuerdo? —propuse a la desesperada—. ¿Y si te prometiera no publicarlo?

—¿Ahora que puedes servirte de mi padre para ajustar cuentas con la dictadura? —Lanzó una risa sardónica— Venga, hombre, que ya sabemos cómo sois los que os la dais de progresistas. ¿Cuáles son las consignas? Oh, sí, desenterrar a los muertos, airear la mierda..., todo muy escatológico. ¡Pero ya estoy harta de promesas, no son promesas lo que necesito!

—Al final tenía yo razón: tanto tiempo sin ketamina... —También a mí me corroía el resentimiento.

—Mejor lo paso con ella que contigo. ¿A qué hora empiezas a trabajar?

—A las ocho y media.

—Eso es dentro de quince minutos. Déjame aquí mismo —en ese momento circulábamos frente a la antigua estación de Plaza de Armas—. Tomaré un taxi. Le diré que me espere delante de tu casa, y conforme recoja mis cosas salgo directamente hacia el aeropuerto.

Me hice a un lado para no entorpecer el tráfico. La situación resultaba de un patetismo difícil de expresar. Abracé a Carmen como si abrazase su figura en el museo de cera, y al besar sus labios los hallé cerrados y endurecidos por el tedio. Avergonzado, me separé de aquel cuerpo hermético. Pero en el momento en que abría la puerta atrapé su muñeca.

—¿Me llamarás cuando llegues a Barcelona? —mi voz sonaba estúpida.

—No lo sé, tal vez —respondió con la mirada puesta en el parabrisas.

Al concluir las clases encontré un lacónico mensaje de texto en el móvil: «He llegado bien. No vuelvas a llamarme».

* * *

Durante los meses siguientes cada mañana, con una puntualidad desoladora, me aguardaba al despertarme la escena de Carmen descendiendo del coche y cerrando la puerta sin decir adiós, y esto era solo el prelude a la sensación de suciedad moral que me acompañaba en todo momento y lugar durante la jornada. Por si fuera poco, en la nómina correspondiente al mes de mayo comenzó a aplicarse la detracción impuesta por el último embargo. Con seiscientos euros menos, el reajuste de la economía doméstica fue tan brutal que en la práctica pasamos a depender casi por completo de los ingresos de mi hermano, una circunstancia que acabó enrareciendo el clima familiar pese a las buenas palabras con las que —se suponía— la habíamos encarado.

Ante tal tesitura, mi visita a la editorial para recoger los restantes ejemplares de la guía de Egipto fue mucho más intencional de lo que procuré demostrar. El encargo que me anunció por teléfono el editor semanas atrás consistía en una guía de Nueva York que, además, deseaba poner en marcha de inmediato. No logré arrancarle los tres mil euros a los que yo aspiraba por este nuevo proyecto, aunque al menos elevé los honorarios a dos mil quinientos sin incluir, como en el caso de la anterior, los gastos del viaje, que yo mismo me ocupé de organizar.

Así pues, alentado por la necesidad de atemperar la ruina sentimental en mayor medida aún que la material, el segundo día de julio desembarcaba en la terminal siete del aeropuerto John Fitzgerald Kennedy. Fueron dos semanas durante las cuales tuve la ocasión de experimentar la incoherente soledad en medio de una multitud a menudo abrumadora, ya fuese bajo las gigantescas pantallas de Times Square, subido al transbordador que une Battery Park con Liberty Island y Ellis Island, entre los

dinosaurios del Museo Americano de Historia Natural, correteando el bosque inabarcable del Bronx Zoo, extasiado ante las dimensiones del vestíbulo de la Grand Central, o bien en el paseo marítimo de Coney Island, poco menos que arrollado por las familias latinas que apuraban su merecido baño dominical.

Claro que también encontré el sosiego abonándome a la contemplación de los anocheceres sobre el *skyline* de Manhattan desde la rivera de New Jersey, al otro lado del Hudson, o mejor aún, desde la explanada de los Altos de Brooklyn, con las luces del centenario puente colgante proyectándose en la superficie del East River. Pero no es menos cierto que me sobrevinía entonces una melancolía tan ilimitada como la propia ciudad, una melancolía vulgar y miserable a partes iguales, motivada incluso por la simple presencia en algún banco cercano de cualquier pareja cuya felicidad me ofendía la vista.

Aunque el contenido de la obra habría de circunscribirse exclusivamente a la ciudad de Nueva York, no quise perder la oportunidad de hacer una breve excursión en tren a Filadelfia para conocer el Independence Hall, el Carpenter's Hall y otros edificios históricos ligados a la fundación de la primera democracia contemporánea. Entre ellos figuraba la Christ Church, uno de los mejores ejemplos de arquitectura gregoriana en el Nuevo Mundo, cuyo cementerio acoge los restos de Benjamin Franklin, el más polifacético de sus ilustres parroquianos.

Ya en el interior del templo, todo él de color blanco, me llamó la atención un joven pastor episcopaliano que en medio del pasillo central ilustraba la visita a una familia norteamericana. Efectivamente, al final del folleto que había recogido a la entrada se indicaba la disponibilidad de guías, pero nunca hasta entonces había visto a un capellán a cargo de dicha tarea. Me encontraba descansando en un banco, observando las columnas dóricas y las balconadas de las naves laterales, cuando pasaron junto a mí los miembros del mencionado grupo seguidos del clérigo. Este me preguntó en inglés si era del país, y tras declararle mi nacionalidad española siguió interrogándome en un castellano bastante aceptable.

Aquella conversación, la única no meramente formal de toda mi estancia en los Estados Unidos, me resultó tan grata que horas más tarde, viendo correr las aguas del Delaware desde una terraza del Penn's Landing, aún la recordaba con precisión. De forma caprichosa, la imagen del pastor anglicano hizo que mi pensamiento le pusiera rostro a aquel Benito Ibáñez que, ordenado como fray Venancio, llegaba a Las Cumbres para hacerse cargo de la parroquia de Santa María. ¿Tendría su misma edad? Lo cierto es que desconocía ese dato, como ignoraba en general todo lo referente al papel desempeñado en el pueblo: su sacerdocio, el modo en que mantenía en secreto su pertenencia a la familia de apellido falso, la supuesta autoría del homicidio de Wilfried. Tampoco llegué a enterarme de lo que fue de él en los años posteriores.

Tantas vueltas le iba dando a este asunto que en la estación de ferrocarriles compré un par de tarjetas telefónicas con la intención de llamar a Eugenio desde allí

mismo, pero de pronto caí en la cuenta de que en España era la una de la madrugada. Contrariado, hube de esperar hasta la mañana siguiente para hablar desde la primera cabina que encontré al salir del hotel —llamar desde él costaba una fortuna—, en la esquina de la 5ª Avenida con la 32. Tuvimos que entendernos casi a gritos, pues el tráfico a esa hora era infernal.

—¿Dónde te metes? —preguntó en tono impertinente—. Llevo dos días tratando de localizarte y no hay manera, ni siquiera en el móvil.

—En mi casa no hay nadie, mi hermana se ha marchado con una amiga que tiene un apartamento en Chipiona. Y en cuanto al móvil, no lo llevo encima; usarlo donde estoy ahora cuesta un ojo de la cara —en realidad sí lo había llevado al viaje, aunque permanecía guardado en la caja fuerte del hotel y únicamente lo encendía de vez en cuando por si encontraba algún mensaje de Carmen.

—¿Dónde estás, carajo?

—En Nueva York, trabajando en otra guía.

—¡Anda que me has avisado para irme contigo! Claro, como ahora tienes quien te acompañe...

—La compañía se acabó después de la visita que te hicimos.

—Vaya, cuánto lo siento. —Hizo una pausa— Se veía venir; para mí que lo de hurgar en su familia no lo lleva bien. ¿Me equivoco?

—Dejémoslo estar.

—Bueno, yo tampoco podría haberme ido; he pasado un mes de junio horroroso.

—¿Qué te ha sucedido?

—Lo de siempre, una recaída en la fase depresiva. He estado ingresado en la unidad de psiquiatría casi dos semanas, entre otras cosas porque el tratamiento con carbonato de litio aumenta los riesgos cardiovasculares, y ya no estoy para andarme con chorradas.

—También a ti te noté un poco tocado al final del día que pasamos en tu casa. ¿Crees que pudo influirte lo que se dijo allí?

—No te lo voy a negar; como comprenderás...

—Lo entiendo... Oye, ¿no vas a decirme de qué querías hablar?

—Era por preguntarte cómo iba nuestro libro, pero ya veo que hay quien se me ha adelantado.

—No te preocupes, esto lo dejo resuelto en pocas semanas; si me he hecho cargo ha sido a causa de mis habituales problemas de liquidez.

—¿Otra vez los bancos de los cojones?

—Uno que quedaba por ahí pendiente.

—Debiste decírmelo, hombre. Bueno, ya te ingresaré algo.

—Ni se te ocurra, y esto va en serio. Lo que necesito es más información.

—A ver, desembucha.

—Aparte de la sorpresa que supuso la respuesta de Carmen a tu pregunta, en la reunión con Elfriede y Juan Manuel no se llegó a mencionar la figura de fray

Venancio. ¿Te han contado ellos algo sobre él? Ya sabes, cuánto hay de verdad sobre su presencia en El Retamar aquel día, por ejemplo, o adónde fue a parar cuando desalojaron el pueblo para llenar el pantano, o si vive aún...

—No sigas —me interrumpió—: absolutamente nada. Ten en cuenta que incluso desconocía la mayoría de los detalles que dieron entonces, y no he vuelto a verlos después por lo que te he explicado. Será mejor que los llames. ¿Quieres su número?

—Tengo el bolígrafo en la mano.

Tomé nota. Luego añadió Eugenio:

—Chico, elegiste un mal momento para dejar volar a Carmen, ¿no te parece?

—Es mi especialidad.

—¿El qué?

—Elegir los peores momentos..., hasta para hablar contigo —colgué el auricular con tanta rabia que los transeúntes me observaron atemorizados.

Dado que en España eran las tres de la tarde, opté por dejar transcurrir la hora de la siesta —y calmarse la furia que me embargaba— antes de telefonar al domicilio de los Bastante. Entre tanto me dediqué a deambular por las tranquilas calles de Greenwich Village, flanqueadas por esas elegantes *brownstones* —mansiones adosadas— de estilo italianizante que ya había tenido la ocasión de conocer en Brooklyn. Hacia mediodía me detuve en la inmensa plaza de Washington Square, el corazón del barrio, punto de partida de la 5ª Avenida y lugar de encuentro de músicos ambulantes, patinadores, jugadores de ajedrez y miembros de la numerosa comunidad gay que reside en las inmediaciones. Tras descansar unos minutos en las gradas que conducen al arco triunfal de Washington localicé un teléfono público y marqué el número proporcionado por Eugenio.

Fue Juan Manuel quien respondió al otro lado de la línea. Empleando la mayor concisión posible le expuse las mismas dudas sobre fray Venancio que previamente había planteado a nuestro común amigo, y antes de que pudiera preguntármelo consideré pertinente aclararle, en términos eufemísticos, que la comunicación con Carmen «había quedado definitivamente interrumpida».

—Es una mala noticia, muchacho —manifestó—. En lo concerniente a la participación del cura en la muerte de Wilfried nada podemos hacer. El caso fue sobreseído y además...

—Además robaron el expediente —me adelanté a decir.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace algunos meses le encargué a un procurador de Azulejos que lo consultara. Por lo visto se advirtió su desaparición en los noventa, cuando pusieron en marcha la informatización del juzgado.

—Debió de ocurrir al poco tiempo de archivarse el sumario; tanto es así que nosotros lo solicitamos a finales del setenta y seis y ya no estaba. Ahora bien, lo que sí puedo asegurarte es que fray Venancio, o Benito, dejó la parroquia bastante antes de que el pueblo fuera desalojado. ¿Recuerdas con exactitud cuándo falleció don

Bruno?

—El tres de abril del setenta y siete.

—Justo a la semana de cumplirse el primer aniversario de la muerte de Ángela. Una fecha singular, ¿no crees?

—Lo pensé, pero en la copia del certificado de defunción que guardo se atribuye a una insuficiencia respiratoria.

—No confíes demasiado en esos certificados, algunos son más falsos que una moneda de chocolate. Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, ya sé, lo de la partida de fray Venancio. Pues nada, no habrían pasado ni tres meses desde la defunción del viejo. Recién comenzado el verano.

—Y a donde lo trasladaron, eso ni se sabe, ¿verdad?

—A Córdoba, al convento de San Cayetano.

—Pero... Joder —me había dejado anonadado—, ¿cómo demonios lograste enterarte?

—Verás, si te soy sincero yo carecía de contactos en Las Cumbres. De hecho, las noticias de lo que iba pasando allí me llegaban a través de un camarada de Azulejos. Sin embargo tenía un buen amigo de los años mozos que ingresó en los carmelitas descalzos y que luego, a mediados de los sesenta, partió hacia León a poner en marcha el colegio San Juan de la Cruz. Me acordé de él y lo llamé. Un tío fenomenal, aunque fuese cura. Hablo en pasado porque ya murió el pobre. —Hizo una pausa, no tanto para respirar cuanto para medir sus palabras— Confieso que me dio cierto apuro soltarle la trola que le solté, pero el caso es que me proporcionó la información. De modo que conforme lo supe se lo planteé a Elfriede: «¿Tú te sientes capaz de hablar cara a cara con él?». Evidentemente no se lo habría propuesto si don Bruno estuviese vivo. «Por supuesto», respondió, «tengo la certeza de que ese hombre no mató a mi hijo». Ya sabes, a menudo los fieles católicos muestran una fe ciega hacia sus ministros. Y así fue como hicimos la maleta y nos plantamos de nuevo en Córdoba. Digo «de nuevo» porque el año anterior habíamos viajado a la ciudad con la intención de conocer los barrios donde vivió Jacinto y de conversar con los que habían sido camaradas de Wilfried durante el periodo que pasó allí. Hemos vuelto en varias ocasiones, no creas. Ahora ya no, claro está. Ahora, si salimos, es a descansar en algún balneario.

—No te he preguntado por Elfriede —me disculpé—. ¿Cómo se encuentra?

—Ah, muy bien..., dentro de sus limitaciones, por supuesto. Como aún hace demasiado calor en la calle, se junta con otras vecinas a jugar al mus. Le chifla.

—Y, bueno, ¿cómo transcurrió la conversación con el tal fray Venancio?

—No la hubo. Se negó a hablar con nosotros.

—Pero, a ver, ¿en qué términos os dirigisteis a él?

—Te cuento. Lo abordamos a la salida de clase, porque no sé si sabes que los carmelitas de San Cayetano regentan un colegio, el colegio de El Carmen, un centro enorme levantado en los años cincuenta junto al convento. Pues eso, que lo estuvimos

esperando en el vestíbulo, y cuando el portero lo vio aparecer y le avisó de que tenía una visita nos acercamos a presentarnos.

—¿Y os presentasteis con vuestros propios nombres? *Sorry, I'm talking now, I don't have anything for you. Yes..., yes, I understand you, of course. But leave me alone, please!* —Un mendigo me tironeaba del brazo; pretendía que le diese una limosna y no hallaba palabras para sacudírmelo.

—¿Algún problema?

—No, solo un espontáneo. —Al final encontré un dólar suelto y me lo pude quitar de encima— Ya no recuerdo por dónde iba.

—Por lo de nuestros nombres. Claro, ¿qué le íbamos a contar si no, que éramos periodistas?

—No sé, quizá pecasteis de ingenuos.

—De eso no me cabe la menor duda. Lo que sucede es que tú lo ves desde una óptica que a nosotros nos faltaba. ¡Quién se iba a imaginar que el cura era el retoño de aquel canalla! Yo traté de explicárselo en pocas palabras: «Mire, padre, esta señora es la madre del pintor extranjero que falleció hace casi dos años en El Retamar. Ya sabemos que la causa fue sobreseída, pero ella ha perdido a su hijo, y a pesar del sufrimiento, como hija de la iglesia católica que es, ha querido confiar en su condición de religioso viniendo hasta usted con la esperanza de conocer de primera mano lo que sucedió aquella tarde. Está dispuesta a escucharlo todo, por muy doloroso que le resulte. Por el idioma no se preocupe, porque entiende el castellano».

—¿Y qué dijo él?

—Que lamentándolo mucho prefería olvidar aquel asunto. Luego se dio media vuelta, y sin decir adiós siquiera bajó las escalinatas y se perdió en el camino que lleva al convento.

—Sigo pensando que fue una visita en balde.

—No te lo niego, también lo fue la que le hicimos a su tío Ramón. Es verdad que la del colegio de El Carmen supuso un trago amargo para mi mujer. Y ahora quiero que me contestes: ¿qué habrías hecho tú en nuestro lugar?

—De acuerdo, habría acudido igualmente.

—Es más, desde que Carmen nos desveló que el cura y Benito Ibáñez eran la misma persona comprendemos mucho mejor la reacción que tuvo. Se trataba de un individuo cohibido, pusilánime, atormentado, amedrentado por la soberbia de su padre, perseguido hasta por su propia sombra, sometido a él como uno más de sus esclavos. Un infeliz en el más amplio sentido de la palabra. Mira, un tipo así no lo veo yo capaz ni de matar a una lagartija por más que se lo ordene su amo y señor, y ya procuraría él no encargárselo. Acuérdate de cómo se mantuvo a sus pies hasta el fin de sus días. Si yo hubiese sabido que iba a entrevistarme con él, con Benito, ¿crees que me habría molestado?

No era mi intención discutir, de modo que dije:

—Supongo que no. ¿Volvisteis a tener noticias tuyas?

—No, ese tema lo dimos por zanjado.

Por unos instantes me mantuve en silencio. Aunque ellos hubiesen renunciado a esa vía, yo seguía resistiéndome a hacerlo.

—¿Sabes? Tal vez peque de entrometido, pero me habría gustado hablar cara a cara con Enrique Alba. ¿Vive aún?

—Aún vive; ochenta y ocho años tiene, nada menos. Claro que no te lo recomiendo.

—¿Por?

—Porque no reconoce ni a sus hijas.

* * *

Ahora me cuesta entender que no dedicase las siete horas largas de vuelo entre Nueva York y Madrid a rememorar las vertiginosas perspectivas, los soberbios horizontes, la delirante vitalidad de esta metrópoli que ha sabido aglutinar entre sus difusos límites el heterogéneo material humano del que se alimenta nuestra civilización. En lugar de ello, y por más que lo rechazase, mi cerebro se obstinaba en dotar de expresión al rostro funesto de Benito Ibáñez a través de la secuencia caleidoscópica de estampas que me habían ido llegando por entregas, como si la mera observación reiterada de sus gestos inventados contribuyera a arrojar luz sobre el enigma que con tanto ahínco perseguía. Aunque ya entonces empezaba a vislumbrar mi error de enfoque, pues era el propio enigma el que me perseguía a mí.

Para bien o para mal, al descender del AVE en la estación de Santa Justa tenía perfilada la siguiente estrategia. Temporalmente inmune al *jet lag* que luego me sobrevendría, tan pronto entré en mi casa solté la maleta y la bolsa cargada de libros de temática neoyorquina, encendí el ordenador, abrí la agenda de contactos y la web de Páginas Blancas y me fumé cinco cigarrillos seguidos —había aprovechado el viaje para desintoxicarme— tomando nota de aquellos que vivían en Córdoba o mantenían vínculos con la ciudad califal. Acto seguido me tumbé en el sofá con la lista en una mano y el teléfono en la otra, y durante un par de horas me entretuve en buscar a alguien que directa o indirectamente hubiese estado ligado al colegio de El Carmen.

Una encuesta de tales características puede verse condicionada por múltiples contingencias. La primera de todas era la fecha: dieciocho de julio y viernes. Aun cuando las llamadas las hice entre el mediodía y las dos de la tarde, buena parte de los seleccionados se encontraba de vacaciones; por otro lado, casi todos los números apuntados correspondían a teléfonos fijos.

Para exculpar la descortesía en la que había incurrido meses atrás comencé por mis tíos Gabriel y Luisa, que a su vez preguntaron a mis primos. Pero como ambos

habían cursado estudios en centros públicos y no sabían nada, me sugirieron que hablase con Francisco Posadas, cuyo establecimiento se encontraba a escasos minutos de la iglesia de San Cayetano. Este, con su locuacidad innata, me explicó que los frailes carmelitas disponían de huerta y granja propia.

—A principios de los setenta la vendieron para construir pisos y se quedaron solo con los terrenos del convento, del colegio y de una piscina pública que habían inaugurado unos años atrás. ¡Poco que le sacarían a la finca! Ya ves tú, tenía hasta una noria... No, nunca fueron clientes. Pasaron a abastecerse directamente de un mayorista, y además coincidió con la fecha en que me jubilé.

—¿Conocía usted a los frailes?

—Hombre, allí en Santa Marina se hablaba de algunos, como el padre Saúl, que tuvo líos de faldas con una señora rica cuyo nombre no recuerdo. Eso sería sobre mil novecientos sesenta más o menos. ¿De qué fecha me hablas tú?

—Del setenta y siete.

—¡Bueno...! Eso fue cuando Suárez ganó las primeras elecciones. No, hijo, por aquella época ya no frecuentaba yo el barrio.

Proseguí el turno telefoneando a los profesores interinos que, bien a lo largo de aquel curso o bien en cursos anteriores, habían venido desde Córdoba a mi centro para ocupar alguna vacante o para hacer alguna sustitución. En total no llegaban a diez, y entre los cinco o seis que localicé solo una compañera, Raquel, me dio una respuesta positiva. Se trataba de uno de sus primos, que estudió con los carmelitas y que había terminado el bachillerato a comienzos de los ochenta. El caso era que en ese momento se encontraba en Senegal, trabajando como cooperante de una ONG, y no regresaría hasta finales de agosto.

—¿Te corre mucha prisa?

—Puedo esperar —le mentí—. Si no lo averiguo por otros medios te volveré a llamar en septiembre.

Apurados los contactos profesionales tuve que recurrir a mis viejos compañeros de Historia del Arte, una especialidad que entonces no existía en Córdoba. Negativas, llamadas agotadas sin que nadie respondiese, números que pertenecían a otro abonado y contestadores automáticos fueron sucediéndose a lo largo de hora y pico mientras mi sufrimiento crecía a la par que el importe de la próxima factura telefónica. Me hallaba a un tris de darme por vencido cuando la aguda voz de Marisi, una de las alumnas más brillantes de nuestra promoción, chirrió en el auricular. A decir verdad la había dejado para el final porque el flirteo que mantuvimos poco antes de licenciarnos no acabó demasiado bien: argumenté el repentino deceso de un tío inexistente con tal de no acudir al almuerzo en el que me presentaría a sus padres.

Al cabo de dos décadas, sin embargo, todo rastro del rencor por haberle jugado aquella mala pasada había desaparecido, y era tan vehemente su deseo de ponerse al corriente de mi anodina biografía que no me daba ocasión de explicarle el motivo de la llamada. Quince minutos me costó formular la dichosa pregunta que a estas alturas

articulaba con el automatismo de una máquina expendedora de tabaco.

—¿Que si conozco a alguien que estudiara en El Carmen? —dijo a modo de eco—. Ya lo creo, y tanto que lo conozco; como que es mi marido. Oye, hoy es el día del Carmen. ¿Tiene que ver con eso?

—En absoluto. ¿Y no estaría allí por casualidad en el curso setenta y siete, setenta y ocho?

—Pues claro que sí. Mira, él es del sesenta y dos, catorce meses más pequeño que yo. Teniendo en cuenta que entró en parvulitos y salió de allí con el COU hecho, ese año iba por segundo de BUP. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Algo referente a uno de los frailes que impartían clases en el colegio.

—Entonces Pablo es la persona que andas buscando. De los curas de San Cayetano te puede contar todo, y no exagero, todo lo que necesites. ¿No ves que es hermano de la cofradía de El Caído? Ay, hijo, que me casé con un *capillita*; la de vueltas que da la vida, ¿verdad? Espera, que he oído abrirse la puerta y tiene que ser él, porque la niña no llega hasta después de las tres. ¿Te lo paso?

—Me harías un gran favor.

—¿Pablo? —Marisi tapó el micrófono del aparato y durante unos instantes solo percibí un murmullo ininteligible— Venga, te pongo con él. ¡Oye!, si vienes por Córdoba no dejes de hacernos una visita. A mí me encontrarás más estropeada y con unos kilos de sobra, pero lo que yo digo, que mientras conservemos la salud... ¿No te parece?

Tras las pertinentes palabras de cortesía, y sin mayores preámbulos, le dije a mi interlocutor cuál era el miembro de la comunidad religiosa por el que estaba interesado.

—El padre Venancio, el padre Venancio... Ya está, ahora caigo. Al pronto no lo recordaba. Sí, hombre, ese fue mi profesor de religión precisamente aquel curso. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es por encargo de una anciana, una señora muy querida de mi tía Trini —aunque lo llevaba preparado, el embuste se me resistía—. Por lo visto fue el párroco de su pueblo. Tú sabes cómo son estas cosas: la mujer está delicada y..., en fin, que a la vuelta de los años se ha emperrado en que quiere hablar con él. Vete tú a saber, lo mismo hasta ha muerto ya.

—Pues no sabría decirte, porque nada más acabar el curso se marchó del convento. Para ser más exactos, pidió la dispensa.

—¿Que colgó los hábitos?

—Así es.

—¿Y se casó a continuación?

—No tengo ni la más remota idea. De todas formas era un hombre especialmente reservado. Hubo quien dijo que en más de una ocasión lo habían visto hablar por teléfono desde una cabina. Claro que también es cierto que a los chavales del colegio les gustaba más un cotilleo que a un tonto un lápiz.

—Ya. Supongo que tampoco sabrás si contaba con amigos o conocidos en la ciudad.

—Me extraña mucho. Yo vivía en la misma cuesta de San Cayetano y veía entrar y salir a los frailes, pero el padre Venancio se movía únicamente entre el colegio, el convento y la iglesia. No te miento: era un cura raro, le costaba conectar con los alumnos; no sé, daba la sensación de mantenerse siempre a la defensiva.

Por desgracia la pista de fray Venancio se perdía en este punto; no obstante resultaba posible inferir algunas conclusiones basándome en los testimonios de Juan Manuel y de Pablo. Era obvio, por ejemplo, que Benito Ibáñez había vivido con pesadumbre su traslado a Córdoba. Existía la posibilidad de que tarde o temprano fuese de dominio público su parentesco con el verdugo de la ciudad, y que este hecho acabara pasándole factura, un temor heredado de su padre que se acentuó sin lugar a dudas tras la infructuosa visita de Elfriede y su marido.

Así pues, el que fuera amigo inseparable de Enrique Alba necesitó dieciséis meses para asimilar que el yugo paterno se había convertido en un espejismo. Una vez que lo consiguió, y en el más notable de sus contados gestos de valentía conocidos por mí hasta ese momento, decidió poner fin al sacerdocio impuesto treinta y dos años antes. Lo que hizo después con su vida solo afloraría a la luz tras un largo periodo en el que poco sirvió mi empeño. Ocurrió más bien por mano del azar.

19. Julio de 2004 a mayo de 2006. 1944-1978

Al igual que el verano anterior, mi plan consistía en avanzar todo lo posible en la elaboración de la guía durante las vacaciones. Esta vez, sin embargo, hubo dos circunstancias que terminaron alterándolo. Por un lado, que el periodo dado por el editor para su entrega se prolongaba hasta comienzos de enero; por otro, que la promesa de Eugenio no era vana: cuando aquella misma tarde me conecté a internet, antes incluso de revisar el correo electrónico, entré en la web de la banca en línea con una mezcla malsana de curiosidad y cargo de conciencia y, efectivamente, allí estaba el ingreso de otros tres mil euros en la cuenta corriente.

Si algo le faltaba a mi ambición por descifrar el perverso enmascaramiento de don Bruno era precisamente ese dinero, el último cebo colocado por el lunático que me había contagiado su monomanía. El sábado al amanecer, sin mayor tregua que las escasas horas de sueño que el cuerpo me reclamaba, la idea de cuál debía ser mi próximo objetivo ya había tomado forma: buscaría el medio de localizar algún testimonio, por muy insignificante que fuese, allá donde se desencadenaron los acontecimientos que dieron lugar a la enigmática desaparición.

Y aquí venía la pregunta subsiguiente: ¿De qué modo lograría encontrar en Málaga el cabo de ese hilo? Mientras lamentaba las limitaciones de mi red de contactos recordé que había sido en aquel *pub* del Pedregalejo malagueño donde, a partir de algo tan intrascendente como el tuteo pronominal de un uruguayo excéntrico, atrapé el cabo que me condujo hasta el origen cordobés de Carmen. Entonces caí en la cuenta de que en dicha reunión había alguien más que podía ayudarme a desentrañar el enigma mejor guardado del coronel; pensaba, claro está, en Mateo, el periodista del diario *Sur*.

—¿Que si lo he visto últimamente? No, desde Semana Santa hasta ahora no hemos vuelto por aquí —me comentaba José Ángel cuando, poco después de las diez, lo llamé al móvil—, pero mira tú por dónde... ¡Vale, que ya me he enterado! Perdona, tío; es que Eli, con su manía de corregirme, no me deja ni hablar. Que sí, que nos hicimos también una escapada durante los días de feria, tú me dirás qué importancia tiene eso. Ea, ahora no sé lo que iba a decir.

—Habías dicho «mira tú por dónde».

—Ah, pues eso, que ayer, nada más llegar a Torre del Mar, le eché el teléfono y quedamos en vernos esta noche, aprovechando que es sábado. ¿Necesitas hablar con él?

—La verdad es que sí. Ando enredado en un estudio de mi especialidad y a lo mejor Mateo me puede orientar en la parte correspondiente a Málaga. Si no te importara darme su número...

—¿Por qué me va a importar? Pero ¿qué pretendes contarme, que le vas a largar un rollo telefónico? Anda, déjate de chorradas y vente para acá ahora mismo. ¿Dónde

estás, en Sevilla?

—Pues sí.

—¿Y tienes algo importante que hacer ahí?

—Pues..., no.

—Entonces mete tus cosas en la maleta y sal pitando. Acaban de abrir un chiringuito donde preparan unos espetos de sardinas que te vas a chupar los dedos.

No era mi intención, por supuesto, llamar a Mateo para tratar un asunto tan complejo que exigía el cara a cara, aunque tampoco me parecía lícito darme por invitado de Eli y José Ángel cuando tres meses antes ya había disfrutado de su hospitalidad. En este sentido, el apremio de mi amigo a que me uniese a ellos satisfizo momentáneamente la necesidad de saber que al menos contaba con una vía que explorar. Por cierto, la cita de esa misma noche con el reportero hubo de cancelarse: separado como estaba de su mujer, a última hora le falló la canguro que debía hacerse cargo de sus hijos.

Finalmente acordamos ir juntos el lunes al concierto con el que Paco de Lucía abría el Festival *Cueva de Nerja*, un espectáculo difícil de olvidar tanto por su soberbia interpretación como por el imponente modelado kárstico de la sala de la Cascada. Después de comer unos sándwiches nos acomodamos en una concurrida terraza sobre el acantilado de la Cala Honda, y a instancias de José Ángel hice un resumen de la trayectoria de Bruno Ibáñez, centrándome en sus años al frente de la comandancia malagueña y, de forma particular, en los hechos que precedieron a su fingida muerte. Claro está que eludí toda alusión a Carmen, ocultando incluso la presencia de una nieta adolescente en la tragedia de El Retamar.

Pese a mi celo por omitir detalles accesorios, al cierre del establecimiento no había concluido el relato, de modo que aún seguía aclarando aspectos sustanciales mientras paseábamos desde el balcón de Europa a la playa de la Caletilla. Considerando que mi objetivo era conseguir la colaboración del periodista, resultó decepcionante que este guardara silencio cuando el concejal y su novia no cesaban de interpelarme. Tanto es así que, de regreso al lugar donde habíamos aparcado el coche, Eli exhortó a Mateo a que manifestase la razón de su mutismo.

—No sé... —respondió en tono elusivo—. Es evidente que nuestro amigo nos ha ofrecido una narración apasionante del tal don Bruno y de sus víctimas. Confieso que yo no lo habría hecho mejor. ¿Qué más puedo añadir?

—¿Cómo que qué más puedes añadir? —la voz de José Ángel denotaba más una exclamación que una pregunta—. Coño, Mateo, ese tío se llevó por delante a unos pocos para simular su muerte en un naufragio, y a otros cuantos con tal de que no se supiese la farsa. Además, ¿qué me dices del tiroteo en el café España?, porque tiene toda la pinta de un atentado. Vamos, no me cuentes que te importa un pimiento, joder, que vas a acabar defraudándome como periodista.

—¿Y qué te hace pensar que no me importa? Lo que ocurre es que esto requiere sus pasos. Escucha —dijo mirándome—, ¿te supondría mucho trabajo elaborar un

resumen de lo que llevas investigado y enviármelo por correo electrónico?

—Hombre... Por mí, encantado.

—Pues toma nota de la dirección. —Hice lo que me pedía y prosiguió— Ahora bien, no esperes una respuesta inmediata. Teniendo en cuenta las fechas en las que estamos no te extrañe si no te contesto, digamos..., hasta primeros de octubre. Yo me encargo de rastrear el archivo del diario y de hacer las llamadas oportunas; entre tanto tú podrías ir visitando los archivos públicos, ¿vale?

Eran más de las cinco cuando llegamos a Torre del Mar. Dado que Mateo había cogido unos días de vacaciones y que en el apartamento sobraba sitio, prefirió quedarse a dormir allí. Mientras conciliaba el sueño estuve cavilando en torno a él, a su silencio, a su forma de reaccionar a las palabras de nuestro anfitrión, a su actitud en general y, no, no me gustaba; no me gustaba porque no me había concedido la oportunidad de interpretar la expresión de sus ojos. ¿Dónde se encontraba el problema? ¿En que no acababa de asimilar su separación matrimonial? ¿En la raya de coca que se había metido a la orilla del mar sin que lo acompañásemos? ¿En que realmente mi informe le importaba un bledo, o acaso en que le importaba demasiado, y andaba dándole vueltas a la manera de rentabilizarlo?

La última parte de esta interrogación imprimió un giro repentino al enfoque de mis reflexiones, y en ese momento comprendí que la abominable crónica de don Bruno me pertenecía; es más, tan unido me sentía a ella que incluso mi propia conciencia se había visto subyugada ante el temor a que alguien me la arrebatase. Tantos años limitándome a aprender, a enseñar, a repetir una y otra vez la historia que escribieron los demás, se verían al fin recompensados si lograba hallar la salida de aquel laberinto tenebroso y sembrado de cadáveres. De hecho era esa, y no otra, la causa suprema por la que acababa de sacrificar mi amor hacia la hija del monstruo que lo habitaba.

Así que después de haber solicitado su auxilio, de pronto me invadió un profundo recelo por haber compartido cuanto sabía con el gacetillero, un individuo cuya ocupación y cuyos medios eran los idóneos para divulgarlo a los cuatro vientos. Mi obra, mi investigación al completo, podía irse al traste por su culpa; pero no era menos cierto que probablemente la resolución del problema dependía de él. El dilema estaba servido.

Con la luz del día el principio de realidad terminó imponiéndose. Mateo regresó a Málaga tras el almuerzo, mis amigos prepararon sus bártulos y se bajaron a la playa, y yo pasé la tarde entera encerrado en el apartamento frente al portátil de José Ángel, aplicando tijeretazos acá y allá sobre un duplicado de la copia del guion que guardaba en mi *pen drive*. Una tarea nada fácil, pues a esas alturas había alcanzado una extensión considerable, y a la necesidad de condensarlo se unía la exigencia de borrar toda referencia a Carmen.

Esa misma noche, desde un cibercafé, remití al reportero un mensaje con el guion sintetizado como fichero adjunto, y el miércoles a primera hora puse rumbo a Málaga

para examinar la documentación disponible en los archivos y las hemerotecas. Comenzó de este modo una rutina durante la cual las sombrías mañanas entre legajos tenían su feliz reverso en luminosas tardes de sol y playa. Y aunque en nuestros largos paseos por la arena Eli solía mostrar un interés sincero hacia mis indagaciones, en ninguna ocasión llegué a sentirme merecedor de él. Más aún: mentiría si no reconociese que me dedicaba a fisgonear en los documentos por pura inercia, porque en el fondo ni siquiera albergaba una idea clara de lo que pretendía encontrar. Ya fuese en el Archivo Histórico Municipal o en el Provincial, lo mismo daba que inspeccionara el área de prensa y radio del Movimiento Nacional que el de la Organización Sindical, el de arquitectura y obras públicas o el de cementerios, el de policía urbana o incluso el registro de entrada. Nada había en ellos que proporcionase la menor pista sobre los misteriosos sucesos acaecidos entre finales de 1946 y principios del 47.

En lo relativo a los fondos hemerográficos, pude enterarme de que además del diario *Sur*, cabecera de Prensa del Movimiento en Málaga, existió el periódico vespertino *La Tarde*, así como la ya común *Hoja del Lunes*, editada por la correspondiente asociación provincial de periodistas para cubrir el obligatorio descanso dominical de las publicaciones diarias. Ambos se imprimían en los talleres del noticiero matinal. De *La Tarde* solo había una colección en el archivo de *Sur* que —quise suponer— consultaría Mateo. En cuanto al semanario, los ejemplares más antiguos de la biblioteca Cánovas del Castillo se remontaban a 1951.

Ante tan desolador panorama no me quedó más remedio que emplear el tiempo repasando las ediciones de *Sur* que abarcaban los años 1941 a 1946. Escasas e intrascendentes eran en ellas las noticias donde se mencionaba al jefe de la comandancia de Costas y Fronteras, y más escasas todavía las que incluían alguna foto en la que figurase él, seguramente las mismas que Wilfried fijó en su memoria cuando inició el periplo que habría de conducirle hasta la muerte. Respecto a la breve nota aparecida el 30 de diciembre del 45, Elfriede tenía razón: lo acontecido en el café España la noche del 28 fue, según se indicaba allí, un mero altercado entre dos individuos que acabó por desgracia en homicidio. Nada más.

El último día de julio volví a Sevilla dominado por una singular perplejidad. Las agotadoras sesiones entre papeles amarillentos me habían dejado exhausto. Sin embargo, de forma paralela a la frustración provocada por aquella búsqueda estéril, fue creciendo dentro de mí un interés casi compulsivo hacia alguien que, además de figurar entre las principales personalidades de la dictadura, había ejercido durante un tiempo limitado como máximo representante en Málaga del régimen victorioso, con el eco mediático que ello comportaba. Me refiero a José Luis Arrese.

Bilbaíno de nacimiento, arquitecto de profesión, ensayista y poeta, Arrese era un *camisa vieja* estrechamente ligado a José Antonio, pues estaba casado con María Teresa Saenz de Heredia, prima del fundador de Falange. En diciembre de 1939, con solo 34 años, recibe el nombramiento de gobernador civil y jefe provincial del partido

en Málaga, cargo que desempeñará hasta mayo del 41, cuando pase a ocupar la cartera de Ministro Secretario General del Movimiento.

Aunque breve, la etapa malagueña de Arrese le ofrecerá la oportunidad de proyectar para esta capital una concepción urbanística en nada ajena al nacional-sindicalismo, donde la necesidad de superar la lucha de clases se refleja en un ambicioso plan que acabaría con la segregación entre El Perchel obrero y el centro histórico burgués. Dicho plan, desarrollado solo en parte en años posteriores, quedó plasmado en la conferencia que leyó ante los micrófonos de Radio Málaga al concluir su mandato. Cabe recordar que Arrese, uno de los políticos franquistas de mayor trayectoria, llegó a ostentar la cartera de Vivienda durante el trienio 1957-1960.

Pero no era su faceta de arquitecto, obviamente, lo que atrajo mi atención. El joven político se incorpora al ejecutivo tras la crisis gubernamental en la que había desembocado la feroz disputa entre militares y falangistas. Accede además por la determinación del caudillo de ir arrinconando a su cuñado, cuyas veleidades germanófilas le ocasionan tantos quebraderos de cabeza. Y es que Franco ha descubierto en Arrese justo al hombre que necesita al frente del partido: un gestor dócil, bastante más católico que fascista —no en vano había sido recomendado a Carmen Polo por unas monjas malagueñas—, un posibilista en toda regla que asume sin rechistar el cometido de hacer del Movimiento la máquina burocrática que conviene a su jefe. Y a la vez que organiza desfiles y mítines por todo el país crea una Inspección de Depuración para limpiar la FET-JONS, según sus palabras, de *cripto-izquierdistas, masones e inmorales*: unos seis mil en total.

Llegado 1945, el dictador prescindirá de él. Los aliados han ganado la guerra, y si bien Franco convoca a las masas para expresar su rechazo al cerco de la ONU, no duda en hacerle un lavado de cara al estado fascista acometiendo la remodelación de su gabinete. En el nuevo gobierno se aprecia un claro avance del sector católico en detrimento del falangista, hasta el extremo de que la Secretaría General del Movimiento se mantendrá vacante seis años, pasando su control a una vicesecretaría.

Lo aquí expuesto me da pie a enunciar las tres premisas por las que sospechaba de Arrese como posible instigador del fallido atentado en el café España. En primer lugar, ni su fidelidad al caudillo ni la eficacia de su labor le habían librado de la defenestración, una circunstancia que podría haber alimentado su resentimiento contra los que se oponían al falangismo. En segundo lugar, su manifiesta animadversión hacia Serrano Suñer, lo que lo colocaba en el punto de mira de los prosélitos del *cuñadísimo*. Y por último un dato tan significativo como que durante dos meses, entre marzo y mayo del 41, había coincidido en Málaga con el oportunista Ibáñez Gálvez.

Verdaderamente me producía cargo de conciencia el abandono en que se hallaba el trabajo de Nueva York. No se trataba solo de que estuviese aún por bosquejar el esquema de la obra; es que ni siquiera me había detenido a hojear alguno de los muchos libros que me traje para documentarme, y tampoco había descargado en el

ordenador las más de dos mil fotografías tomadas durante el viaje. Pero en ese instante se daba un cúmulo de factores que me impelían a continuar las pesquisas: la empecinada fijación con los manejos subrepticios de Arrese —en realidad el último cartucho que me faltaba por quemar—, las cuatro semanas de vacaciones que me aguardaban todavía, y lo más importante, el lastre moral de los cerca de tres mil euros en la cuenta corriente, pues José Ángel solo me había permitido pagar alguna que otra ronda de copas.

Al final hice un cálculo de los gastos que tendría, le dejé a mi hermana ochocientos euros para la casa y me marché a Alcalá de Henares, donde permanecí hasta final de agosto encerrado a razón de seis horas diarias en la sala de investigadores del Archivo General de la Administración. Apurando el límite de consultas autorizado de cuarenta cajas de documentos por día, me centré desde mi llegada en la sección correspondiente al Movimiento Nacional, y más concretamente en los archivos de la Secretaría General del Movimiento y de la Delegación Nacional de Provincias. Como disponía de tiempo suficiente, estuve examinando asimismo las series documentales de Responsabilidades Políticas y de Expedientes de Depuración.

Es probable que no hubiese conseguido soportar el desaliento causado por esta nueva búsqueda, igual de inútil que la llevada a cabo en Málaga, si no hubiera sido por las tardes de asueto de las que disfrutaba en Madrid, visitando museos y exposiciones o paseando simplemente por El Retiro, el Jardín Botánico o el parque del Oeste. Claro que también se me hacía un nudo en la garganta cuando, al recorrer el paseo del Prado, cruzaba frente al hotel en el que Carmen y yo escenificamos nuestra primera ruptura, inducidos por las voces que ahí abajo, en la calle y bajo una copiosa lluvia, increpaban a un presidente del gobierno que había tratado de ocultar la verdadera autoría de la matanza provocada la jornada anterior.

Las doscientas horas invertidas en revisar todo aquel volumen de documentación no dejaban lugar a dudas: suponiendo que existiera cualquier posibilidad de conocer los motivos del montaje elaborado por don Bruno para simular su propia muerte en medio del mar, el camino quedaba reducido a la azarosa aparición de alguna fuente oral, lo que en ese momento significaba mantenerse a la espera de la respuesta que Mateo había prometido darme a la vuelta del verano. ¿Dijo que me llamaría en octubre a lo sumo? Si era así no cumplió con su palabra, y yo, temiendo que la insistencia, por fastidiosa, se volviese en mi contra, dejé correr el tiempo mientras ocupaba las mañanas en el instituto y las tardes en la redacción de la guía neoyorquina.

El mismo día en que comenzaban las vacaciones de Navidad —aquella en la que no solo murió un cuarto de millón de personas en el *tsunami* del Índico, sino también alguien demasiado cercano—, conforme llegué a casa y encendí el móvil me encontré una llamada perdida del periodista, y aunque no me gusta molestar a nadie a la hora del almuerzo, en esta ocasión pudo más mi impaciencia que las normas de cortesía.

—Perdóname, muchacho —se excusó—, ya sé que tenía que haber dado señales

de vida antes, pero estaba pendiente de un par de contactos y..., bueno, tú sabes cómo es la gente: que si no te preocupes, que si déjalo en mis manos, y al final, como no te pongas pesado no hay tu tía.

—¿Y qué?

—Pues nada, imposible. El caso es que he localizado a dos abuelos que asistieron a aquel recital de *El niño de Vélez*, y al hijo de otro que falleció hace tiempo.

—¿Y...?

—Nada, que cuando se armó la traca salieron por pies. No han podido decirme más. Oye, ¿no sería una patraña del tal Enrique Alba? Mira que me han llegado comentarios de que ese tipo era un fantasma.

—Yo estoy convencido de que no mentía, y ya te expliqué mis argumentos en el texto que recibiste por *email*. Bueno, y en cuanto al presunto naufragio en el que pereció el coronel Ibáñez, ¿averiguaste algo?

—En los archivos no hay ni rastro, si exceptuamos lo que aparece en las noticias de *Sur* y de *La Tarde*, un diario vespertino que...

—Sí, que se imprimía en vuestros talleres.

—Ah, luego lo conoces.

—Sé de su existencia, pero no lo he visto. Lo de *Sur* ya lo he leído ¿Qué cuenta *La Tarde*?

—Bah, más o menos lo mismo. Lo siento, chaval; la verdad es que me sabe mal no haber podido ayudarte.

Aquella conversación fue como un jarro de agua fría. La esperanza de que Mateo acabaría dándome una sorpresa se vio desbaratada en un par de minutos, al término de los cuales comprendí en toda su dimensión hasta qué punto me había marcado una meta inalcanzable. Atrás quedaban quince meses persiguiendo una sombra escurridiza, veintiséis mil euros de honorarios, cobrados y dilapidados sin perspectiva alguna de culminar el trabajo y, lo que era aún más grave, la amarga evidencia de que mi insensato afán se había llevado por delante el amor de mi vida.

Tras unos instantes con la mirada fija en la pantalla del móvil consideré que lo mejor sería empezar de inmediato a expiar mi culpa: hablaría con Eugenio, le contaría que su encargo resultaba irrealizable y acordaría finalmente la devolución de sus pagos a largo plazo, a base de aportaciones sufragadas con trabajos eventuales. Pero entonces recordé que en dos semanas tendría acabado el libro, y que entre febrero y marzo impartiría en el centro de profesores aquel cursillo —*Herramientas informáticas aplicadas a la Didáctica de la Geografía* era el título— cuyo proyecto había quedado aparcado el curso anterior. Poco a poco y con gran esfuerzo fui digiriendo el fracaso, y una vez recobrada la calma resolví no llamar a Eugenio mientras no dispusiera de una cantidad concreta que reembolsarle. Bien es cierto que él podría telefonarme entre tanto para interesarse por el estado de mis pesquisas; crucé los dedos deseando que no se le ocurriera.

En mayo me liquidaron los haberes correspondientes al curso del CEP. Con esto y

con el pago único que me hizo el editor después de corregir las galeradas —debo recordar que mi contrato no contemplaba la percepción de derechos de autor— reuní el dinero suficiente para contribuir al gasto doméstico de unos cuantos meses, ponerme al corriente de la deuda que mantenía con mi hermano —aquella que le permitía sostener la hipoteca del piso habitado por la inquilina longeva— y dejar reservados unos testimoniales mil quinientos euros para Eugenio. Aunque dicho importe no suponía ni el seis por ciento de lo que él me había adelantado, al menos demostraría mi firme voluntad de reintegrarle lo que era suyo.

—¡Ni se te ocurra! —vociferó al auricular cuando se lo dije—. ¡Te comprometiste a escribir esa historia y no te consiento que faltes a tu palabra!

—¿Pero no te das cuenta? Hemos llegado a un callejón sin salida. Nos falta la pieza principal, el motivo. ¿Qué clase de relato puedo publicar si no logro desentrañar la causa?

—Pues ya la encontrarás.

—¡Otra vez! Si acabo de decirte que he agotado todos los recursos, ¿qué más quieres que haga?

—Hum... No sé, ve preparando un guion, por ejemplo.

—Lo llevo actualizado hasta la fecha.

—¡Mira, no me vengas con problemas! Me he pasado tres meses, tres putos meses en un sanatorio mental curándome de mi enésima depresión, después de tener pagado un circuito por Marruecos, y ahora me llamas igual que una *niñita* pidiendo socorro a su papá. ¿Que no has conseguido dar con la tecla? ¡Pues saca las antenas y sigue esperando, joder, que no tienes paciencia!

—Pero...

—¡Que me dejes en paz, que estoy muy delicado, coño! ¿Será posible? Es que no tienen ni compasión de uno... —estas últimas palabras las pronunció lejos del aparato, justo antes de que pulsara el botón de colgar.

* * *

Evidentemente la exhortación de Eugenio a la perseverancia cayó en saco roto. Aceptara o no la restitución de las sumas entregadas a cuenta, yo tenía por lo menos la conciencia tranquila en el sentido de haber hecho cuanto estaba a mi alcance. Ahora bien, si al margen del sólido ateísmo que nos unía quiso creer que podía obrarse un milagro, no sería yo quien compartiera esa fe: la plena aceptación de mi derrota me había vuelto inmune a toda expectativa.

Además, y ya se trataba de una mera cuestión de supervivencia, necesitaba olvidar este maldito asunto. Tras tantos reveses económicos sufridos, había terminado por asimilar que la mía iba a ser una precariedad a muy largo plazo, aunque ello no

justificaba en modo alguno el desgaste psíquico ocasionado por aventuras laborales como la vivida en el último año y medio.

Dejé, pues, que mi vida regresara a su monótono cauce de clases sobre países y civilizaciones, intrascendentes charlas con mis hermanos a la hora del almuerzo, y dilatadas tardes de lectura alimentadas de la extensa biblioteca que nuestro padre nos legó. Al contrario del anterior, el verano de 2005 transcurrió sin pena ni gloria: no hubo un tercer encargo del editor de las guías, no me vi —afortunadamente— obligado a encerrarme en ningún archivo, ni tampoco me marché a la playa con José Ángel y Eli, porque esta se pasó el mes de julio con las oposiciones y en agosto se congregaba su familia en el apartamento. Los cincuenta largos de natación que al atardecer, tres o cuatro veces por semana, hacía en la piscina del barrio, fueron el único entretenimiento estival, sin contar, claro está, los avatares fabulados de los personajes literarios que poblaron mi imaginación.

Al verano le sucedió un otoño igual de prosaico, y todo apuntaba a que ese seguiría siendo el tono de mi existencia, perturbada solo por el recuerdo de los momentos compartidos con Carmen que el tamiz de la nostalgia, según corresponde a su naturaleza, se había encargado de filtrar: los más aciagos se los llevó el olvido, en tanto que los felices conformaban, paradójicamente, una galería de escenas dolorosas para el corazón.

Pero una llamada de José Ángel, recién comenzado el nuevo año, vino a alterar aquella monotonía que yo juzgaba como definitiva. Después de las felicitaciones propias de la fecha me soltó a bocajarro:

—Escucha, Mateo quiere que te pongas en contacto con él. Por lo visto tiene algo importante que decirte y ha perdido tus datos.

—Pues no sé qué clase de periodista será si no es capaz siquiera de mantener al día su agenda —murmuré con escepticismo—. ¿Te ha comentado de qué iba?

—Negativo, se ha limitado a darme el recado —respondió escuetamente. «A saber si estás escurriendo el bulto», pensé—. Oye, procura no dejarlo mucho; lo he notado bastante impaciente.

¿Dejarlo mucho? Resultaba inverosímil que mi amigo ignorase lo que eso significaba para mí. Fue despedirme de él dándole las gracias y marcar acto seguido el número del reportero.

—¡Notición! —exclamó tan pronto como me identifiqué—. Benito Ibáñez contrajo matrimonio a poco de colgar los hábitos.

—¡Qué me dices! ¿Has logrado hablar con él?

—Me temo que eso no es factible, porque murió hace casi una década. Ahora bien, he localizado a su viuda y...

—¡No me digas que voy a poder entrevistarme con ella!

—Es lo que intentaba explicarte. A fuerza de preguntar a unos y a otros conseguí su teléfono. Vive en Barcelona, y de la breve conversación que mantuvimos deduzco que no es moco de pavo lo que te podría contar pero... —puso un particular énfasis

en la adversativa antes de la pausa—, aquí nos topamos con un serio problema.

—¿De qué se trata?

—Del dinero, macho. La anciana alega que vive con unos medios escasos, y que si va a tener que publicar sus intimidades lo lógico es que le sirva para resarcirse. ¿Tú estarías dispuesto a soltar lo que pidiese?, porque a mí me da la impresión de que esta no se conforma con cuatro perras.

En ese instante fui yo quien tuvo que confesar su miseria, por más que me avergonzara. Mateo se mostró comprensivo y prometió buscar alguna solución.

—Aunque de sopetón no se me viene nada a la cabeza. —Nuevo paréntesis— Venga, dame un margen. Yo te llamo; y descuida, que esta vez sí se queda bien guardado tu número.

El periodista había recuperado mi confianza; no obstante yo seguía albergando mis dudas respecto a su capacidad —o su voluntad, pues quizá era en mayor medida una cuestión de empeño— de solventar el escollo pecuniario. Pero no habrían transcurrido ni dos semanas cuando me envió un mensaje al móvil: «Nuestros planes van por buen camino. Lo mismo cualquier día de estos te sorprende. Perdona si no te doy más datos».

Mi ánimo era el que era, y a esas alturas se resistía a rendirse ante falsas esperanzas. Sin embargo no puedo negar que el tipo me mantenía en vilo, y así permanecí durante un tiempo que se volvió insufriblemente eterno: nada menos que hasta el tres de mayo. Aquel miércoles por la tarde, poco después de las cinco, llegaba su segundo mensaje, en realidad un mero aviso: «Esta noche a las 22 en la 1. Disponte a grabarlo». En su concisión telegráfica creí adivinar la determinación de no dar otras aclaraciones, de modo que me abstuve de pedirselas.

El hecho de que mi hermana fuese una fiel seguidora de *Hospital Central* desde sus inicios en Tele 5 me ahorró tener que compartir la experiencia que me aguardaba. Con el viejo grabador de VHS previamente conectado al televisor de la cocina cené a toda prisa vigilando impaciente el reloj. Al fin dieron las diez y apareció en pantalla Jesús Quintero, quien aquel año había vuelto a la cadena nacional conduciendo un programa que recuperaba el título de su legendario espacio radiofónico de los ochenta, *El loco de la Colina*. Entonces pulsé el botón de *record*.

La primera entrevista, dedicada a la nieta de Franco Carmen Martínez-Bordiú, se centró en el idilio de dicho personaje de la prensa rosa con José Campos, que se convertiría en su tercer marido apenas transcurridos dos meses. La siguiente tuvo como protagonista al viejo campeón del mundo de peso pluma, cubano de nacimiento y nacionalizado español, José Legrá, *El Puma de Baracoa*. Y tras una inagotable serie de anuncios regresó Quintero con su tercer invitado, la persona cuyas palabras tanto trabajo había costado arrancar.

—Los ojos escrutadores que me observan desde el otro lado de la mesa no pertenecen a una señora de postín —comenzó diciendo el presentador—. La vida no se lo puso fácil a esta mujer, y aunque conoció el amor tal vez demasiado pronto, el

destino también tardó demasiado en hacer de él algo más que un sueño. Ella no es, ya les digo, una señora de postín, es mucho más que eso: es una gran dama. Buenas noches, Magdalena.

—Buenas noches.

La cámara toma un primer plano de la anciana. El semblante sereno, de rasgos amplios y despejados, contribuye incluso a resaltar el aire indagador de su mirada.

—¿Se siente usted satisfecha del nombre que le pusieron sus padres, o hubiese preferido cualquier otro? —pregunta Quintero en su singular tono ladino.

—Si lo dice por el hecho de que ejercí la prostitución, para mí sería un orgullo verme comparada con aquella santa mujer que se mantuvo siempre al lado de nuestro Señor. No es menos cierto que, a mi manera, yo perseveraré en la fidelidad hacia el hombre en el que creía, y durante un periodo más prolongado incluso que la vida de Cristo. Treinta y seis años, para ser exactos, antes de casarnos.

—Y si le pidiera que tratase de resumir ese *calvario*, por seguir recurriendo a metáforas religiosas, en pocos minutos, ¿me diría usted que se lo he puesto demasiado difícil?

—Todo es cuestión de intentarlo. Lo único que le ruego es que sepa disculparme si evito mencionar lugares concretos. Entienda que debo referirme a situaciones bastante comprometedoras, y no me gustaría que nadie se sintiera aludido —la anciana sostiene la vista de su interlocutor.

—Es usted quien establece los límites. Adelante, por favor.

—Pues bien, corría el año cuarenta y cuatro y yo trabajaba en un burdel medianamente digno de una ciudad costera. Acababa de cumplir diecinueve, lo que significa que aún no contaba con la mayoría de edad, que por entonces se situaba en los veintiuno; pero en aquel tiempo este detalle carecía de la importancia que tiene hoy día. ¿Que por qué lo hacía? Mire usted, yo llevaba recibiendo palizas de mi padre, un viudo pobre y resentido, desde que tenía uso de razón, y conforme fui creciendo me enteré de que eso no era lo normal, de modo que a los dieciséis cogí la puerta y me marché. Si le digo la verdad, él no me mandó buscar porque solo le había quitado unas cuantas pesetas.

»Y ahí estuvo mi perdición, en la falta de dinero. Acudí a la ciudad de la que le hablo pensando que allí conseguiría un empleo. Después de tres días dando vueltas y con más hambre que un perro chico, una señora se avino a recogerme en su casa, donde me alimentó sin exigirme nada a cambio. Mientras tanto yo continuaba preguntando en todas partes por una colocación. Una mañana, apenas pisé la calle, me abordaron dos agentes de la policía, registraron mi bolso y encontraron en él un fajo de billetes que había introducido mi *generosa* anfitriona. A la semana se llegó a verme a la cárcel; su propuesta era muy clara: ella retiraba la denuncia si yo aceptaba el trabajo que me tenía preparado.

»Supongo que a los espectadores les parecerá una barbaridad lo que voy a decir, y le juro por Dios que puse todos los medios con tal de no caer en el fango. Sin

embargo, cuando has crecido molida a palos, y de pronto te encierran sin haber hecho nada, y además en una prisión donde el tifus mata a diario a varias reclusas, superar el asco hacia esos cuerpos desconocidos que usan el tuyo para aliviarse no es lo peor. También influye el que por mi juventud y, bueno, por mi atractivo... —el rubor que enciende su rostro contrasta vivamente con la perfecta blancura de su cabello moldeado.

—Eso salta a la vista, mi querida amiga —apostilla el presentador.

—Es usted un caballero. En fin, que gracias a estas cualidades tuve la oportunidad de elegir la casa más adecuada, con una madama que sabía cuidar de sus chicas, hasta el extremo de que en ella encontré la familia que necesitaba.

—La familia e incluso el amor de su vida. Cualquiera lo diría, ¿no es cierto?

—Así es.

—Ah, los caminos del Señor resultan inescrutables. ¿Cómo fue aquello?

—Fue algo casual. Apareció con otro cliente que ya nos había visitado en varias ocasiones, el hijo de un importante empresario de la ciudad, pues conviene aclarar que mi ama podía permitirse el lujo de seleccionar a su clientela. De todas formas él era bastante más joven que su compañero, veinte años justos, aunque en su aspecto no hubo nada que despertase mi atención: de estatura media, no le sobraban kilos pero tampoco deslumbraba por su esbeltez. Muy pulcro, eso sí, con un buen corte de pelo y un traje que al desnudarse depositó con esmero en la silla. Me conmovió la melancolía de sus facciones, una melancolía que yo identifiqué de inmediato con una infancia tan desgraciada como la mía.

»El caso es que cumplí mi servicio y no le eché más cuentas. Un mes después él y su colega regresaron. Pese a haber muchas chicas disponibles, decidió esperar a que yo acabara para quedarse conmigo. “Vale, no lo habré hecho demasiado mal”, imaginé. Esta vez se mostró al principio menos comunicativo que la anterior. Ahora que, cuando llegó el momento de tenderse sobre mi vientre, me estrechó entre sus brazos con una desesperación tan grande que rompí a llorar como una chiquilla.

»A partir de entonces mi tierno muchacho comenzó a acudir con mayor asiduidad, acompañado unas veces, otras solo. Igual se presentaba al atardecer que a mediodía o al filo de la medianoche. Seguía conservando el mismo fondo sombrío, pero abandonó aquel talante silencioso e hizo de mí su confidente, hasta tal punto que no era extraño verlo marchar sin haberme poseído. Y cuanto más tiempo se pasaba desgranando su tormentosa historia, más evidente se volvía su conflicto interno.

—¿Sabe una cosa, Magdalena? Me sorprende usted —declara el entrevistador.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no consigo entender que le parezca tormentosa la biografía de su esposo después de lo que nos ha contado de la suya propia.

—Mire, don Jesús: créame si le digo que un juez podría iniciar una docena de causas criminales con lo que guardo aquí —la anciana se señala la sien—. Y no le estoy exagerando.

Quintero permanece callado cerca de medio minuto, observando a su interlocutora sin pestañear. Entre tanto la cámara revela la creciente inquietud de esta, que desbordada por la presión termina añadiendo con una sacudida de mano:

—Es que el asunto es serio.

—¿Qué le parece...? —el locutor imposta su voz grave en un alarde de ironía—. ¿Qué le parece entonces si confesamos de una vez por todas ante nuestros espectadores que es usted una gran fabuladora, que ha venido precisamente para demostrarnos su capacidad de inventar relatos truculentos?

—Menos mal —responde la invitada relajándose con una sonrisa de complicidad—, por un momento pensé que no lo iba a decir.

—Hábleme pues de esa historia tormentosa, por favor.

—Bien, la cuestión es que el chico era hijo de un coronel de la Guardia Civil que ordenó ejecutar a miles de inocentes durante la guerra. En el cuarenta y uno, justo el año en que llegué a la ciudad que le he mencionado, este oficial tomó el mando de la comandancia de Costas y Fronteras en dicha ciudad. Con él se trajo no solo a su esposa y a su hijo, sino también a una amante que alojó bajo estricta vigilancia en un pueblo próximo. Bueno, en realidad no era propiamente su amante; se había encaprichado de ella al comenzar la guerra, y viendo que no lograba ganarse sus favores encarceló al padre y amenazó con fusilarlo si ella continuaba resistiéndose. Fue así como le hizo una cría, que si no me equivoco tenía unos seis o siete años cuando yo conocí al joven.

»Ya puede usted imaginarse qué clase de canalla era el coronel. De hecho solicitó aquel puesto con un objetivo concreto, el de beneficiarse del contrabando que allí se hacía, y créame que se trataba de un negocio donde se movía mucho dinero. Para ello contaba con la ayuda de su hijo, un trabajo que el muchacho, demasiado escrupuloso, sobrellevaba de mala gana; y aunque la falta de voluntad no le permitió librarse de él, porque el padre no consentía que se le contrariara, sí le obligó a buscar otros colaboradores.

»Uno de los primeros secretos familiares que me confió mi enamorado resultaba tan terrible que lo consideré pura fantasía: decía que su madre había muerto un año antes envenenada por su padre, a poco de dar a luz a dos gemelos que él, enfermo de celos, afirmaba que eran de un ayudante al que igualmente mandó liquidar. Algunos meses más tarde ese amigo que lo acompañaba en las primeras visitas me lo corroboró. “¿Seguro?”, insistí. “Tan seguro como que yo mismo encargué el análisis del veneno”, me contestó.

»El sufrimiento de mi joven cliente frente a tanta crueldad tuvo que ver sin duda con el cariño que le fui cogiendo. Entiéndame, no pretendo insinuar que yo soñara con unir mi destino al suyo; podría pecar de ingenua pero no hasta ese extremo. Sin embargo, el día que me anunció su ingreso en un seminario me quedé destrozada.

—Vaya, vaya, de modo que se metió a cura... ¿Y qué fue lo que le empujó a asumir una decisión tan drástica?

—Se equivoca, él no lo decidió. Para serle sincera hubo dos razones de peso. De entrada al padre no se le escapaba nada: no solo estaba al tanto de la frecuencia con que venía a la casa, sino también de que yo era la única que le ofrecía los servicios, y debió de barruntar que intentaba seducirlo. Así que cuando llegó el momento de desaparecer por completo le dio su merecido castigándolo con el celibato religioso. Y no me diga usted que ya era mayor de edad: el coronel no entendía de derechos.

—¿A qué se refiere con lo de *desaparecer por completo*?

Ahora es la anciana la que se toma su tiempo antes de responder.

—A algo muy muy gordo. El coronel intervino en un complot que pretendía asesinar a un alto cargo del régimen. —Nueva pausa— El atentado se llevó a cabo, sí..., pero fracasó. De inmediato se puso en marcha la maquinaria para descubrir quién estaba detrás de aquello, y todo se hizo de forma que solo dejaron al descubierto al coronel como cabeza visible de la trama. Ya ve, al final los suyos se la jugaron —sofocó una risotada—. A cambio le concedieron una identidad falsa y encontraron un lugar donde nadie lo reconocería. Esto incluía el simulacro de su propia muerte en un naufragio, y aunque él no llegó a embarcar, el desastre no fue precisamente ficticio, de manera que le costó la vida a un puñado de agentes. Créame, pertenecía a esa clase de individuos que no se detienen ante nada.

—Observo que ha evitado nombrar al que iba a ser la víctima del atentado. ¿Acaso siente miedo?

—Ni mucho menos, lo que sucede es que el coronel jamás se lo reveló a su hijo. Él sospechaba, basándose en las afinidades de su padre, que la conspiración se había planeado dentro de la Falange; claro que tampoco tenía pruebas, porque su secretismo rayaba en lo obsesivo.

La expectación que me embargaba se desmoronó al escuchar estas palabras, pero la entrevista continuaba y no podía perder el hilo. De todas formas los siguientes hechos descritos por la invitada no me aportaron datos novedosos. Solo afiné mis oídos cuando entró en escena el personaje del pintor foráneo.

—Al viejo coronel no le llegaba la camisa al cuerpo desde que la enfermedad de Franco se agravó. Su ocultamiento se sostenía en un equilibrio difícil, un equilibrio que además dependía de una situación política confusa. Imagínese cuando apareció por el pueblo aquel extranjero, el que meses atrás le había llegado a su hermano con el cuento de que era hijo de un destacado nazi: se lo comían los demonios. Dos días colgado al teléfono de su despacho, el único en la casa, le llevó a la conclusión de que no se trataba de un espía de sus antiguos adversarios. «Me huele a que es descendiente de algún rojo que envié al paredón», confesó lleno de rabia ante sus hijos varones.

»A la vez que mi marido seguía con sus obligaciones en la parroquia, los gemelos y sus subalternos no le quitaban ojo al forastero. El primer sábado de primavera, durante la siesta, los perros despertaron al guarda de la finca. El hombre, que ya estaba sobre aviso, se asomó con precaución por la ventana y al verlo a lo lejos,

caminando sigilosamente hacia la casa donde el malnacido mantenía apartada a la mujer, llamó al patrono por la emisora de radio que le habían instalado poco antes. “Y a mi nieta, ¿no has visto pasar a mi nieta?”, preguntó fuera de sí. El empleado lo negó con rotundidad a pesar de que acababa de levantarse. El coronel prosiguió: “Está bien, mis muchachos salen ahora mismo. Mientras tanto vete para allá y mantente cerca pero sin que te oigan: no quiero que se te escape nada de lo que hablan esos dos. Ah, una cosa más: llévate la escopeta, porque si tratan de huir tendrás que impedirselo, y no necesito explicarte lo que te ocurriría a ti si lo consiguiesen”.

»En apenas unos minutos se desencadenó la tragedia. El guardés, que seguía la conversación junto a la puerta conteniendo el aliento, vio aparecer de repente, por la curva del camino, el Land Rover de los señoritos. El ruido del motor hizo que el visitante se lanzara al exterior y echase a correr. “¡Dispara ya, cabrón!”, gritó uno de los amos cuando comprendió que no le daba tiempo a sacar el arma. Acostumbrado a cazar perdices, el guarda rodeó el muro, apuntó desde lejos y le descerrajó un tiro. Seguidamente acudió hasta su víctima para comprobar horrorizado que ya no respiraba.

»Pero al volver sobre sus pasos vio a los dos hermanos agachados junto a la anciana, tendida inmóvil frente a la entrada. “¡Dios santo, no puede ser! ¿Qué le habéis hecho?”. Los mellizos se limitaron a responder con la misma expresión de idiotez. El guarda apoyó el oído en el pecho, le abrió los párpados y buscó sin resultado cualquier señal de violencia en el cadáver. “Habrà sido un ataque al corazón”, comentó uno de los señoritos.

»“Mierda, la niña está al llegar”, dijo el otro. “Rápido, sube al coche y escóndelo detrás de aquellos matorrales. Y tú”, le dijo a su empleado mientras se enfundaba unos guantes, “cambia esa cara de circunstancias y ayúdame a meter dentro a la vieja”.

»Conforme la depositaron entre la mesa y la chimenea le ordenó: “¡No te quedes ahí como un pasmarote, coño! Echa los visillos y no me apartes la vista del camino”. Luego se puso a dar vueltas y más vueltas soltando maldiciones con los puños apretados. De repente se detuvo, miró al techo y dijo: “Ya lo tengo. Dame la escopeta”. Se la arrebató, puso el cañón contra el costado de la fallecida y apretó el gatillo.

»“¿Por qué haces eso? ¡Ay, Dios!, ¿cómo lo vamos a explicar ahora?”, dijo el guarda con las manos en las sienes. “Tranquilo”, contestó el señorito fanfarroneándose de su sangre fría, “ahí fuera hay un muerto al que echarle la culpa. Diremos que él robó la escopeta de tu casa pero que tú lo sorprendiste tras escuchar el disparo, te apoderaste del arma y lo mataste en defensa propia”. “Sí, hombre, en defensa propia y por la espalda”, dijo el empleado. “Es igual”, respondió el cachorro del coronel, “cuando lo traigamos le pegas un tiro más en la barriga y asunto concluido”.

»En ese instante apareció su hermano: “¡La niña viene por el camino! Creo que

no me ha visto”. “Recemos por que sea verdad”, dijo el primero, y mientras se colocaba un pasamontañas y sacaba de los bolsillos un pañuelo y un frasco, mandó a los otros a esconderse en la alacena. Minutos más tarde, cuando tras los gritos ahogados y los golpes provocados por el forcejeo llegó el silencio, el vigilante de la finca encontró a la muchacha en el suelo, inconsciente. “La puñetera se revolvía como un jabato”, dijo el agresor despojándose sudoroso de la máscara, “pero el cloroformo la ha tumbado. Venga, carga al pintor en el Land Rover y tráetelo deprisa”, le ordenó de nuevo a su mellizo, “a ver si conseguimos mantener a esta dormida hasta que la dejemos en la casa. Entre tanto nosotros nos ocuparemos de prepararlo todo de modo que parezca un intento de atraco”.

—Según lo cuenta usted, Magdalena, su marido no tuvo ninguna relación con aquello.

—Ninguna, don Jesús, absolutamente ninguna.

—Sin embargo da por cierta la versión del trabajador —alega Quintero con su característica parsimonia—. ¿Qué le induce a pensar que no mentía?

—Verá, quizá esté feo que lo diga, pero... Bueno, el campesino lo reveló en un lugar donde la gente no acostumbra a soltar embustes. Me refiero, ya lo habrá supuesto, al confesionario.

—Ajá. ¿Entonces...? —el locutor gira la cabeza y lanza una mirada sesgada, dándole a entender que todavía le debe una aclaración.

—Fue su padre quien dispuso punto por punto lo que se le contaría a la Benemérita y al juez. De entrada se encerró con el sirviente en el despacho, y conforme este empezó a referirle lo que había pillado de la entrevista en la casucha comprendió que el pintor era nada menos que el hijo del antiguo novio de la mujer, al que él mismo había expulsado de la ciudad después de que sus esbirros le propinaran una paliza monumental. Por lo visto formaba parte de esos republicanos que acabaron en los campos de concentración alemanes, aunque él tuvo suerte y consiguió sobrevivir. En fin, la cuestión es que el chaval pretendía convencer a la mujer para que denunciase a su verdugo aprovechando el cambio político que se veía venir. Porque, a todo esto, el coronel no quería ni siquiera que su esclava se enterase de que Franco había muerto.

—O sea, que ella no sabía...

—No, saberlo lo sabía: mi esposo la visitaba todos los sábados para darle la comunión y se lo había contado. Esas visitas fueron su perdición: dado que a él le tocaba aquella tarde, y puesto que el canalla de su padre no se fiaba del empleado, tan pronto como lo dejó marchar llamó a la parroquia y le exigió a su hijo oculto que acudiera de inmediato. Tras ponerlo al corriente de lo ocurrido le dijo sin más rodeos: «Mira, si le dejo que declare, en diez minutos este imbécil canta hasta *La Traviata* y me busca la ruina; así que ahora mismo te presentas en el cuartelillo y dices que has sido tú. Atendiendo a tu condición de sacerdote, y considerando que es un caso de legítima defensa, no creo ni que te envíen a juicio».

»A mi marido se le cayó el cielo encima. Los reparos que trató de poner a la desesperada tropezaron, como pasaba siempre, contra un muro de desprecio. “Es mi última palabra. Anda, dile a alguno de tus hermanos que te lleve en coche. Pero que te acerque antes al Retamar; por lo menos verás en qué estado se encuentra aquello”.

—¿No le parece a usted que su hombre pecaba en exceso de cobardía?

—Tenía el presentimiento de que lo iba a decir. Escuche, don Jesús: mi suegro le había partido la cara a su hijo en unas cuantas ocasiones; la primera fue con cuatro o cinco años; la última con veinte, al regresar del entierro de su madre. Mi marido, en un arrebato de rabia, se atrevió entonces a insinuar sus sospechas sobre el inesperado fallecimiento. El coronel le rompió varios dientes estrellándole repetidamente la culata de su pistola contra la boca. Luego, agarrándolo por el cuello, lo hizo hincarse de rodillas, retiró el seguro del arma y le encañonó la frente: «Te juro por la Virgen santísima que si intentas joderme te vuelo los sesos. Y vete aprendiendo la lección, porque sabes que soy capaz de ir a buscarte hasta en el infierno». Ahora póngase por un instante en su lugar y dígame si usted habría sido más valiente.

La invitada clava la vista en la de su interlocutor. Este enmudece unos segundos, al cabo de los cuales prosigue en un matiz conciliador:

—No le falta razón, cualquiera le niega un favor a un tipo con esos modales... Bien, retomando el hilo de la historia: supongo que el falso homicida se entregaría a continuación a la Guardia Civil.

—Sí. —La anciana coloca el índice en su barbilla, aunque acto seguido lo aparta— Espere, no. Entre medias sucedió un hecho muy desagradable. La criada llamó a la puerta, se asomó y dijo: «La niña ya se ha despertado». «Llévame a su cuarto», le ordenó a mi esposo, que empujó la silla de ruedas obedientemente. Al entrar en el dormitorio pidió a la madre y al médico que saliesen, y le indicó a mi marido que cerrara y que permaneciese allí. «¿Te has cruzado por casualidad esta tarde con el pintor?», preguntó a la chiquilla en tono afable, acariciándole la mejilla. Ella respondió con una afirmación, aunque estaba medio adormilada. «¿Y te preguntó algo?, ¿te preguntó acaso adónde ibas?», insistió. La muchacha, sin levantar la cabeza de la almohada, volvió los ojos temerosos hacia esa mano que a duras penas controlaba la ira y asintió con los párpados. «Está bien, mi niña; será mejor que sigas descansando», añadió mientras le hacía un gesto a su hijo para que lo sacase de allí. Una vez en la galería el coronel le hizo otra señal, en esta ocasión para que se aproximara, y le susurró al oído: «Cuando te tomen declaración no te olvides de decir que el extranjero acababa de violar a la niña».

—De manera que nada o casi nada de lo que recogía el atestado se correspondía con la realidad.

—Hombre, no, ni mucho menos. La adolescente, ya le digo, encontró al pintor trabajando en la calle y se detuvo a ver cómo lo hacía. Enseguida entablaron una conversación durante la cual él se enteró de adónde se dirigía ella; era justo la información que andaba persiguiendo, y probablemente sabía que el tiempo corría en

su contra porque habría advertido que lo estaban vigilando. Si tenía previsto hacerse el encontradizo o si fue pura coincidencia es algo que nunca se supo, pero el caso es que él conocía la debilidad de la chica por los animales raros a través de su profesor de ciencias, que era, por cierto, el único amigo del pintor en el pueblo. De modo que la mandó a recoger un caballito de mar disecado en la casa que tenía alquilada al otro lado del pueblo y, entre tanto, dejó abandonados sus trastos de pintura y salió a toda prisa camino de la finca.

—Hum, qué interesante. Llama la atención que para elaborar su fábula se haya inspirado en uno de los grandes clásicos, *Caperucita roja*. Ahí es «na» —los labios de Quintero dibujan una sonrisa maliciosa—: un artista alemán en el papel de lobo, una abuela víctima de un ogro fascista, el cura sustituyendo a esos cazadores que acuden en el momento preciso... ¿Verdad, Magdalena?

—Así es, don Jesús. Resulta evidente que al coronel no le importó que aquello sonase a cuento infantil; debe de ser que hasta los mayores criminales ocultan dentro de sí a un niño.

—Aunque en nuestra versión el lobo diversifica su crueldad, y en lugar de comerse a ambas le dispara a la abuela y fuerza a la nieta.

—Mismamente.

—Ya —el entrevistador pronuncia el monosílabo con particular énfasis. Luego se concede un margen antes de proseguir—. Sin embargo no ocurrió ni lo uno ni lo otro.

—¿Quién le ha dicho a usted eso? La muchachita fue violada, claro que fue violada —da la impresión de que la anciana se siente ofendida por un malentendido que no es tal, sino una incitación del presentador—. Quizá no he sabido expresarme. Mire, don Jesús, ese sádico que tanto presumía de santurrón secuestró de por vida a una pobre mujer que no había hecho nada malo. A lo largo de veinte años, que se dice pronto, se dedicó a abusar de ella, y cuando consideró que su hija estaba apetecible, la envió a pudrirse en medio del campo e hizo lo mismo con la hija durante un periodo similar. Cuál no sería el tormento de la joven que por tres veces intentó suicidarse. Y a que no se imagina cómo la condenó el padre a mantenerse viva.

—Haciéndole una barriga, por ejemplo.

—Exacto, obligándola a cuidar de un bebé, como a la madre. Necesitaba, eso sí, averiguarle un casamiento rápido, y en este asunto el coronel demostró de nuevo su ojo clínico: encargó a los gemelos que engatusaran a un chaval que trabajaba de secretario de caza. Pues bien, pocos días después de la boda una bala extraviada en una montería se lo llevó al otro mundo. ¿Que si aquel embrollo dio pie a murmuraciones? Por supuesto, ¿pero quién se atrevía a toserle al ricachón del pueblo? Todos notaban que la joven viuda era la tristeza en persona; lo que ignoraban es que se sostenía a fuerza de narcóticos comprados al por mayor por el sinvergüenza de su padre. Dese cuenta de lo que era capaz con el fin de conseguir lo que se le antojaba.

—Ya me hago una idea, ya.

—La interminable carta que mi marido me escribió al cabo de una semana decía cosas terribles que no se me van de la cabeza: «Lo veía venir, estaba seguro de que tarde o temprano enfocaría su perversión hacia la chiquilla. Y conforme supo que ella, en su inocencia, se había ido de la lengua, perdió los escrúpulos. No le bastaba con la tunda de latigazos que le ha propinado no sé cuántas veces. Consciente de que la muerte le anda rondando, el viejo asqueroso ha preferido darse un homenaje con una niña, su hija, su nieta, la sangre de su sangre. Sé de sobra que no ha podido hacerlo por sus propios medios. No me extraña lo más mínimo que en esta ocasión haya hundido la empuñadura de la fusta en las entrañas de ese cuerpo fresco. Y hora tras hora me mortifico pensando las oportunidades que he tenido de hundirle a él un cuchillo en la garganta. Si hubiese actuado como mi padre, si hubiera dado rienda suelta a mi mayor deseo, la pesadilla a la que me ha tocado asistir jamás se habría producido».

»Pero ya lo dice el refrán, don Jesús: quien siembra vientos recoge tempestades —la invitada lanza un hondo suspiro antes de recuperar el semblante risueño—. Así que por primera vez, por primera y última vez, el veterano criminal encontró la horma de su zapato. En una mocita nada menos; cualquiera lo diría, ¿eh?

—Perdóneme, Magdalena, no le sigo —admite Quintero confundido.

—Pues eso, que la chica despachó al coronel.

—¿Que lo despachó...? —el locutor describe un bucle con la mano.

—Que lo mató, vaya; prácticamente al año de lo que acabo de contarle.

—¿Y de qué modo?

—Envenenándolo con ricina, la misma sustancia que él había usado para asesinar a su esposa; de hecho procedía del frasco que el viejo guardaba en un maletín bajo llave. Se la hizo inhalar mientras dormía. Además fue muy meticulosa planeándolo: se la aplicó cuando estaba convaleciente de una bronquitis, y previamente lo atiborró de sedantes. Sobrevivió..., bueno, lo justo.

—¿No..., no lo detectó el médico que firmó el certificado de defunción?

—Mi marido lo convenció para que hiciera la vista gorda. No fue difícil; eran pocos los que lo apreciaban.

Quintero la observa con detenimiento, apoya la barbilla en la mano y dice:

—Puestos a citar refranes hay otro que le viene como anillo al dedo: el que a hierro mata...

—A hierro muere. Y usted que lo diga, don Jesús.

Magdalena continuó luego hablando del arduo periodo de maduración que atravesó el clérigo, una crisis que se agravó durante la breve experiencia docente en cierto colegio religioso de aquella localidad donde su padre había destrozado miles de familias. Una tarde, tras un fugaz encuentro con la madre del pintor —fugaz por cuanto él mismo eludió la entrevista—, se sorprendió disertando en torno a la infinita justicia divina a algunos descendientes de dichas familias, y de repente sintió repugnancia ante sus propias palabras. En ese preciso momento interrumpió la

lección, se aproximó al ventanal y, haciendo oídos sordos a los cuchicheos de los alumnos, dejó la mirada perdida en las remotas ascuas del ocaso, sobre los tejados de la ciudad. «El fantasma de mi padre aún me persigue», se dijo. «Me vigila celosamente a través de este sacerdocio que él decidió imponerme por pura conveniencia, y no lograré desprenderme de su sombra si no me aparto del camino que me marcó».

Al día siguiente llamó a Magdalena, aquel amor lejano e imposible, su único lazo con el mundo exterior más allá de la sordidez que lo envolvía. Habían transcurrido treinta y dos años desde su última cita, tres largas décadas en las que las manifestaciones de la ramera se limitaban a esas cartas puntuales teñidas de cariño y salpicadas con no pocas faltas de ortografía, la voz melancólica que de tarde en tarde escuchaba turbado al otro extremo de la línea, más alguna que otra foto conservada entre las páginas amarillentas de un antiguo misal con la dedicatoria «para mi hermano del alma». Ya no era la jovencita delgada y de largas pestañas que lo acogía en su regazo, sino la propietaria de una modesta casa de citas en la que, sin embargo, solo eran bien recibidas las personas *respetables*.

El contenido de dicha conversación resultó singularmente distinto al de las anteriores, pues el cura, a pesar de iniciarla disculpándose por no haber elegido el medio idóneo, pidió su mano. Apenas seis meses después, los viajeros del expreso Málaga-Barcelona vieron subir al tren a una pareja de cincuentones cuyos rostros denotaban una inusual satisfacción. Quizás a ninguno de ellos se le pasó por la cabeza que en plena madurez fuesen a emprender una nueva vida en la ciudad condal, allá donde nadie los reconociese.

Pero del capítulo final de tan peculiar romance no me enteré hasta el jueves, cuando recuperado el sosiego pude revisar la grabación del programa, aprovechando que mi hermana se había ido a dormir la siesta. Y es que, llegado al punto en el cual he interrumpido el diálogo entre presentador e invitada, era tal el asco que sentía de mí mismo, de mi insensibilidad, de mi brutal testarudez, de mi ceguera hacia la inmensa desgracia que se abatió sobre Carmen en aquel funesto instante en que se detuvo a observar el trabajo de un artista, que salí corriendo, cerré la puerta del baño y vomité en el inodoro toda la podredumbre que había ido acumulando desde que la ruina me secó el corazón, al tiempo que las lágrimas arrasaban mis ojos.

20. Mayo de 2006 a septiembre de 2008

..., 20 de mayo de 2006

Estimado señor:

Mi nombre es Puri. Usted no me conoce, pero le diré que soy hija de Aurora, la criada que ha servido en la casa de su amigo Eugenio desde que él nació. Como mi madre apenas sabe leer ni escribir, me ha pedido que sea yo quien conteste a la carta que remitió usted a su señor el día 8 del corriente junto con una cinta de vídeo.

Supongo que se preguntará por qué no le ha respondido él mismo. Pues bien, lamento comunicarle que don Eugenio falleció hace ya casi cinco meses, concretamente durante la última Nochebuena. Según dice mi madre, su amo sentía un gran aprecio por usted, y confiaba en que con el tiempo acabaría el trabajo que le había encargado. Las circunstancias en que se produjo su defunción hicieron que mamá se mostrara reacia en principio a difundir la noticia. Sin embargo, una vez que le leí la carta y que siguió con gran interés la esclarecedora entrevista de Jesús Quintero a esa mujer (¡lo que habría dado don Eugenio por verla!), recapacité y estimé que sería descortés prolongar el silencio inicial.

Mi madre me indica además que don Eugenio le había revelado a usted los aspectos más confidenciales de su vida, de modo que no creemos preciso ocultarle las causas que condujeron a su muerte. El verano pasado, después de superar en apariencia la crisis que lo mantuvo ingresado entre febrero y abril, hizo al fin ese viaje por Marruecos que su enfermedad le había impedido llevar a cabo en primavera. Estando en Marrakech conoció a un joven culto y atractivo, y se enamoró de él tan perdidamente que nada más regresar le formalizó una oferta de trabajo nominativa como traductor. Aunque mi madre trató de ponerlo sobre alerta de lo que podía ocurrirle, el flechazo lo había lanzado a una de sus habituales fases maníacas; no solo no atendía a razones, sino que reaccionaba con agresividad a cualquier insinuación.

Lo que sucedió a continuación ya se lo imaginará: el astuto inmigrante permaneció con él unas pocas semanas, el tiempo necesario para buscarse otro empleo en Madrid a través de unos compatriotas. Tras su marcha, don Eugenio entró en barrena con tal rapidez que no hubo ocasión de volver a hospitalizarlo. Temiendo lo peor, la tarde del 24 de diciembre mamá le propuso cenar con él en lugar de reunirse conmigo y con mis dos hermanos mayores. Bueno, la echó poco menos que a cajas destempladas, y hacia las once, si la autopsia no falla, se suicidó ingiriendo cuantas reservas de antidepresivos había ido acumulando.

Quizá se pregunte también por qué medio nos ha llegado el paquete certificado que usted le envió a su amigo. La verdad es que el pobre desdichado era el ser más bondadoso que jamás he conocido. Tanto es así que unos días antes de quitarse la

vida, habiéndose percatado de que esos primos que nunca se preocuparon por él arramblarían con todos sus bienes, hizo testamento a favor de mi madre, la única persona que lo cuidó hasta el final, dejándole el piso con sus valiosos muebles. Mis hermanos y yo le sugerimos que lo vendiera, ahora que el mercado se encuentra por las nubes, pero ella nos recordó que ha estado vinculada a esta casa desde los dieciséis años, y que si Dios ha querido que sea suya no piensa renunciar a disfrutarla. Si a lo expuesto le añadimos que mamá vivía en un tercero sin ascensor, y que a mi sueldo de delineante tenía que descontarle quinientos euros de alquiler por un apartamento donde mi hijo y yo parecíamos enjaulados, entenderá que la herencia de don Eugenio se haya convertido en un maná llovido del cielo.

Como le decía al comienzo de la presente, sentimos de veras tener que compartir con usted tan triste noticia. Mi madre le reitera sus excusas por no habérsela transmitido en su momento.

Quedando a su disposición para lo que precise, le saluda atentamente

Purificación Ávila Ramos

Con qué amarga ironía nos maneja el destino. En tres ocasiones llamó Cupido a la puerta de Eugenio, y las tres concluyeron de un modo trágico. El amor, precisamente el amor disfrazado de estúpido capricho, privó en el último instante a este superviviente nato de ver realizado su deseo más antiguo, aquel por el cual me nombró cronista a mi pesar: la constatación pública —pública en grado sumo— de que el pintor con el que descubrió el lado oculto de su sensualidad no había cometido ninguno de los delitos que se le atribuían, sino que fue tan solo —como después lo sería Carmen, o Alicia, o él propio Eugenio— una víctima entre millares de un viejo matarife acorralado en su impudicia, un criminal dirigido primero y luego amparado por un estado criminal.

Amparado, sí. Y en ese sentido las confesiones de la anciana meretriz, limitándose a suscitar nuevos interrogantes en torno a dicho tema, dejaron en mí un poso de frustración que incluso se acrecentó por el impacto recibido al leer la carta. Un nudo se me hizo en la garganta al darme cuenta de que no había podido saldar la deuda con mi cliente y amigo, que ni siquiera supe ver el peligro que le acechaba y que, cuando me exigía que tuviese paciencia —en realidad lo único que me exigió—, era porque a él se le estaba agotando la suya en aquella espantosa lucha contra su cerebro martirizado.

A la frustración rediviva vino a sumarse además cierto temor hacia un hecho concreto aunque de rasgos indefinidos. Yo era consciente, mientras seguía absorto el relato de Magdalena, de que sus declaraciones no tardarían en llegar a oídos de Carmen, si es que no tenía sintonizada la misma cadena y asistía espeluznada a la divulgación en *prime time* de su sórdida historia. Desde entonces aguardé lo peor. No

sabía exactamente qué, pues dudaba mucho de que aun ante tal acontecimiento se dignase a contactar conmigo como no fuera para maldecirme. La venganza ofrece múltiples posibilidades, y a lo largo de varias semanas imaginé hasta las más descabelladas. Pero nada de esto tuvo lugar, así que conforme avanzaron los meses el miedo a las represalias se diluyó en el sosegado cauce del olvido.

Un factor imprevisto habría de contribuir a aliviar los sentimientos de culpa que arrastraba: en abril de 2007, coincidiendo con la Semana Santa, la hermana de Eli y yo iniciamos un romance. La verdad es que fue más bien el resultado de una seducción en toda regla: José Ángel y su novia habían sido invitados, o al menos eso alegaron en el último momento, a pasar la noche del jueves santo con un camarada del PP marbellí —que en las elecciones municipales de mayo, las primeras tras el sonado Caso Malaya, obtendría la mayoría absoluta—, de manera que sin esperarlo me encontré a solas con una Vero particularmente afectuosa en Torre del Mar. Los cuatro o cinco *whiskies* que, a falta de otro entretenimiento, terminamos bebiéndonos en un bar próximo al apartamento sirvieron de excusa perfecta para acabar la velada juntos en la cama de matrimonio.

La relación podría haber fraguado con el tiempo si yo hubiese puesto un poco de mi parte. Vero desplegaba tanta simpatía, tanto ángel, tanta comprensión frente a mis apuros económicos, que incluso a la hora de dejar salir su lado quisquilloso daban ganas de comérsela a besos. Lo malo era que quiso indagar demasiado rápido en mis recuerdos, y al tropezarse en ellos con el espectro de Carmen puso tal empeño en ahuyentarlo, se lo tomó como una cuestión tan personal, que al final provocó el efecto contrario. Cuando mi fijación por la hija del monstruo y por su tragedia emergieron con toda su virulencia, en plenas vacaciones veraniegas y en la terraza del mismo bar donde intimamos, le grité a Vero que estaba harto de que hurgase en mi vida, hice el equipaje y me marché de allí. Aquello ocurrió el 12 de julio. No fue casual que ese día se cumplieran cuatro años del encuentro con mi propia Gradiva en la sala hipóstila del templo de Amón.

* * *

El retorno a Sevilla me sumió en un vacío abrumador. Encerrado en el piso y sin nada que hacer, cualquiera de los pensamientos que acudían a mi mente solo servían para mortificarme: el modo humillante en que me había deshecho de Vero, esa temeridad con la que me conduje a la hora de sacrificar el amor de Carmen, mi irresponsable reacción a la muerte de la tía Trini, la confianza ciega que deposité en un socio incompetente, el bochorno producido por beneficiarme de un dinero que no me había ganado ni podría devolver, el dinero de Eugenio...

Y es que, por más que me empeñase, por más que pesara sobre mí el compromiso

adquirido, aquel libro ideado y financiado por Eugenio no dejaba de ser un proyecto inalcanzable, una embarcación varada entre los arrecifes, un callejón sin salida. ¿Con qué premisas iba a dar testimonio de una crónica tan compleja si desconocía precisamente lo fundamental, el verdadero motivo que había llevado a don Bruno a fingir su desaparición?

Pero al cabo de dos o tres días el vendaval de reflexiones inculpatorias se volvió tan acuciante que de pronto, ignorando lo que pretendía, me senté ante el ordenador, abrí el procesador de textos y me puse a escribir. No, no se trataba únicamente de dar forma al guion donde fui anotando los datos resultantes de la investigación; enseguida comprendí que actuaba empujado por la necesidad de sacarme de dentro, además de los últimos cuatro años de mi propia existencia, casi un siglo de historia que por los avatares del destino acabó enquistándose entre las vísceras.

Así pues, como consecuencia de aquel impulso espontáneo, al igual que de una semilla sacudida por el viento termina brotando un árbol frondoso, las páginas surgidas de mis dedos en permanente movimiento han ido multiplicándose durante meses y meses hasta llegar a este punto. Reconozco, no obstante, una diferencia esencial entre el árbol y mi relato: mientras el primero es una obra sólida, concluida y perfecta de la madre naturaleza, la narración aquí recogida adolece de un defecto en sus raíces nada desdeñable: buena parte de las mismas ha visto interrumpido su desarrollo a causa de una enorme roca en el terreno, un enigma de imposible solución. Por eso y por el lacerante dolor que siento al revisarlas quedarán, al fin, en lo que son: un manojo de folios dentro de una carpeta archivada en las estanterías.

Sevilla, 13 de septiembre de 2008

Adenda. Abril a agosto de 2009. 1945-1975

El pasado uno de abril, hacia las seis de la tarde, un mensajero llamó al portero electrónico para comunicar que traía un paquete a mi nombre. Lo que me entregó era en realidad una bolsa portadocumentos de cartón. Mis manos temblorosas respondían con extrema torpeza al abrirla después de haber leído en el recibo que el envío procedía de Barcelona, y que como remitente figuraba el nombre de Carmen Garrido Valverde.

En su interior había dos sobres, uno grande y otro estándar americano. El nerviosismo se volvió especialmente intenso cuando desplegué la hoja contenida dentro de este. En ella, una escueta nota se limitaba a explicar antes de la rúbrica: «Un *pequeño* percance doméstico ha puesto al descubierto estos documentos que yo desconocía. Espero que aún sean de tu interés. Un saludo». No me pasó desapercibido el hecho de que, incluso siendo manuscrita, la segunda palabra aparecía en cursiva.

Del sobre mayor extraje otro amarillento, en el cual se conservaban a su vez cuatro cartas originales, más amarillentas si cabe y sin doblar, todas ellas marcadas en tinta azul marino con el sello de «SECRETO». Las reproduzco a continuación.

Madrid, 24 de septiembre de 1945

*Excmo. Sr. D. Bruno Ibáñez Gálvez
Comandancia de Costas y Fronteras
Málaga*

Asunto: Operación Tábano

Estimado camarada:

En relación con la conversación telefónica mantenida el pasado 5 de septiembre, debo informarle de que efectivamente se ha podido verificar que Tábano había remitido, con fecha de 29 de agosto, una carta al recién nombrado Ministro de Asuntos Exteriores británico, el izquierdista Ernest Bevin, solicitando su apoyo de cara a una posible intervención armada en España, intervención en la que asegura contar con el beneplácito del Ministro del Ejército Fidel Dávila Arrondo. Asimismo sabemos que se ha ofrecido por vía epistolar al Presidente del Partido Socialista, el indeseable Indalecio Prieto, con objeto de actuar como mediador entre dicho individuo y el representante del Consejo Privado del Conde de Barcelona, el cedista José María Gil Robles. Resulta evidente, pues, que Tábano persevera en su afán de socavar, aprovechando que corren vientos adversos, los cimientos del glorioso Estado fundado por su Excelencia el Generalísimo, al tiempo que

pretende lograr una posición preeminente entre los enemigos de España, si bien dudo mucho que tales conspiradores le otorguen su confianza para asegurarse esa jefatura del Gobierno que viene persiguiendo desde 1942.

Si le doy cuenta de dicho particular es porque nuestros agentes han venido observando durante las últimas semanas la entrada en territorio español, vía Gibraltar, de algunos elementos sospechosos de pertenecer al MI5, y no sería extraño, como ya le comenté en su momento, que Tábano se entrevistara con ellos en Málaga, localidad que ya ha elegido en anteriores ocasiones para llevar a cabo su actividad subversiva. Por lo tanto, le ruego encarecidamente que ponga todos los medios para detectar la presencia de cualquier espía en esa ciudad y que me lo comunique personalmente, por si fuera preciso tomar alguna medida extraordinaria, medida que llevaría implícita, según puede imaginar, su colaboración.

Quedando a la espera de nuevas noticias, le saluda atentamente

*José Antonio Girón de Velasco
Ministro de Trabajo*

** * **

Madrid, 5 de noviembre de 1945

*Excmo. Sr. D. Bruno Ibáñez Gálvez
Comandancia de Costas y Fronteras
Málaga*

Asunto: Operación Tábano

Estimado camarada:

Tengo que expresarle mis más sinceras felicitaciones por la información proporcionada en su carta de 31 de octubre sobre el asentamiento en la barriada de Torremolinos del súbdito inglés septuagenario Sir George Young. Para su conocimiento le diré que este sujeto posee una dilatada trayectoria como ferviente colaborador de las hordas marxistas que asolaron España. No en vano, durante la gloriosa Cruzada realizó en su país, entre los simpatizantes de la ominosa República, suscripciones destinadas a abastecer al ejército rojo, y desde entonces no ha cesado de publicar en el periódico Times libelos difamatorios contra nuestro Caudillo y su noble causa.

Si mis fuentes resultasen fidedignas, todo apunta a que ha sido nombrado por el ministro Bevin como interlocutor ante el sempiterno intrigante Tábano. Los fracasos que hasta la fecha ha ido cosechando este traidor no deben

llevarnos, sin embargo, a bajar la guardia. En la conferencia de Postdam parece que Churchill ha neutralizado temporalmente las intenciones mostradas por el bárbaro Stalin de derribar nuestro gobierno, pero no podemos olvidar que los aliados nos odian, y ante tales circunstancias las maniobras de Tábano suponen un peligro potencial, peligro que se acrecienta si consideramos que en los últimos meses se pasea por ahí anunciando su propósito de atrincherarse en Galicia, donde las guarniciones le son afectas, y proclamar la monarquía. Seguro que los canallas de Sainz Rodríguez y del Borbón andarán frotándose las manos en su madriguera de Estoril.

Lo que trato de decirle, camarada Ibáñez, es que necesitamos estar preparados con vistas a una posible acción urgente. De producirse ese hipotético contacto entre Tábano y el tal Young, nuestro futuro como nación se vería, ahora sí, sometido a una seria amenaza. Así pues, le emplazo a que vaya reclutando a los hombres más expertos y más eficaces para acabar con este insecto, porque su picadura, en las actuales circunstancias, podría ser mortal. Por supuesto, tenga Vd. la absoluta certeza de que sus meritorios servicios serán convenientemente recompensados. El tiempo de las palabras ha terminado, camarada; nos enfrentamos de nuevo al tiempo heroico de los hechos.

Espero ansioso sus noticias. Reciba un fuerte abrazo de

*José Antonio Girón de Velasco
Ministro de Trabajo*

** * **

Madrid, 14 de diciembre de 1945

*Excmo. Sr. D. Bruno Ibáñez Gálvez
Comandancia de Costas y Fronteras
Málaga*

Asunto: Operación Tábano

Apreciado camarada:

Me alegra enormemente comprobar la eficiencia de su labor. Las fotografías que adjunta Vd. al informe remitido el pasado día 12, instantáneas que demuestran la asiduidad con la que Young visita la legación diplomática del Reino Unido en Málaga, no dejan margen de duda respecto al papel de dicho individuo en la conjura que se avecina, así como a la estrecha ayuda brindada para tan pérfida empresa por el jefe de la oficina consular.

El círculo se va cerrando, pues gracias a mis colaboradores hemos logrado

saber que en la agenda privada de Tábano aparece anotado un viaje a esa ciudad en la hoja correspondiente al próximo 27 de diciembre. No hemos conseguido, en cambio, grabar ninguna conversación relativa al mencionado desplazamiento de cuantas ha mantenido desde los teléfonos instalados en su despacho de la E. S. E., lo que nos invita a sospechar que se sirve de medios alternativos en sus contactos con los conspiradores.

Debo advertirle, camarada Ibáñez, que nuestro hombre se mueve en todo momento fuertemente custodiado por guardaespaldas muy bien adiestrados, escogidos por él mismo entre los mejores y más intrépidos cadetes de la Escuela; ahórrase por tanto cualquier intento de ataque en la vía pública. De los detalles concernientes a las costumbres y a los intereses observados tanto en el sir como en el cónsul que Vd., con gran acierto, desglosaba en su escrito, me ha llamado la atención uno en particular que podría jugar a nuestro favor. Me refiero concretamente a esa desmedida afición del cónsul por el arte flamenco. Yo le recomendaría, mi camarada, que moviese Vd. los hilos que haga falta con el fin de que el viernes 28 actúe en un teatro o local selecto de Málaga alguna figura imprescindible del cante jondo. Es más, dispondríamos de una significativa ventaja si llegaran al consulado las invitaciones con tres o cuatro días de antelación. Le ruego, no obstante, que extreme las precauciones de modo que ningún ciudadano británico salga herido; aunque lo mereciesen, calcule Vd. el conflicto diplomático que nos acarrearía con la pérvida Albión.

Dada la complejidad de la tarea que se le ha encomendado, le anuncio que ha sido librada una partida de 5 000 000 de pesetas, detraída de los fondos reservados del Movimiento Nacional, en concepto de honorarios por los servicios que Vd. habrá prestado a la Patria a su término, importe al que habrá que sumar los de sus auxiliares y demás gastos. Y en cuanto a los interrogantes sobre los apoyos con los que cuenta la operación, interrogantes que Vd. planteaba oportunamente en el citado escrito, tenga mi palabra, camarada Ibáñez, de que la práctica totalidad de la cúpula del partido, a excepción, claro está, de algunos felones cuyo nombre me repugna pronunciar, la conocen y la respaldan, y piden a Nuestro Señor Jesucristo que lo ilumine a Vd. en esta encrucijada transcendental de nuestra Historia.

Deseándole todo el éxito, le saluda su amigo

José Antonio Girón de Velasco
Ministro de Trabajo

* * *

Madrid, 29 de diciembre de 1945

Excmo. Sr. D. Bruno Ibáñez Gálvez
Comandancia de Costas y Fronteras
Málaga

Camarada Ibáñez:

Tras la tensa conferencia telefónica que hemos mantenido esta mañana, y después de analizar con serenidad el tono amenazante que ha empleado para dirigirse a un superior como yo, tono que mi indulgencia prefiere atribuir a la ansiedad que le embarga, quisiera poner en claro ciertas consideraciones:

1.ª. El fracaso de la llamada Operación Tábano es imputable únicamente a los injustificables errores cometidos por Vd. durante la puesta a punto de la misma, limitándose mi responsabilidad a haber sobrevalorado sus dotes tácticas para emprender un proyecto de tal calibre.

2.ª. Resulta inconcebible que no previese Vd. un plan alternativo a fin de liquidar a los ejecutores del atentado antes de que el cerco policial condujera a la detención de alguno de ellos, como así ha sucedido, y de manera tan fulminante, con ese tal Berenguer. Lo que más me cuesta entender sin embargo es que, en lugar de tratar con ellos a través de un intermediario, se haya servido nada menos que de los que fueron sus íntimos colaboradores cuando ostentaba la jefatura de Orden Público en Córdoba.

3.ª. Pese a no haber sido dicho sujeto quien disparó contra Tábano, tenga por seguro que la justicia militar se hará cargo de él en un plazo breve. Buscaré la forma de dilatarlo lo máximo posible, pero a partir de entonces, y a no ser que Berenguer pretenda emular a los mártires de nuestra Santa Madre Iglesia, que su nombre salga a relucir es cuestión de pocos días, si no de horas. Y ahí, Vd. lo sabe bien, nuestra facultad de intervenir es nula.

4.ª. El hecho de que le responda a Vd. por escrito prueba fehacientemente mi voluntad de permanecer a su lado en este amargo trance. Ahora bien, si Vd. cree que voy a sacrificar mi carrera política por culpa de su ineptitud, lamento decirle que se equivoca, camarada Ibáñez. Ítem más, confío en su sensatez y espero que ni se le pase por la imaginación utilizar la correspondencia que nos hemos cruzado para incriminarme, porque en ese caso juro por Dios que acabaría con su vida aunque se escondiera en el último confín del planeta. Vd. me conoce de sobra, camarada, y sabe que soy capaz de hacerlo.

5.ª. Tiene Vd. suerte de que no comparta su falta de previsión. Mientras Vd. se dedicaba a arruinar la ambiciosa estrategia destinada a liberar a España de uno de sus mayores enemigos, yo he tenido la precaución de organizarle una escapatoria digna por si tal cosa ocurriese. En estos momentos mis ayudantes trabajan a toda prisa con el objetivo de proporcionarle una nueva identidad

legal y unos bienes que le permitan llevar una existencia cómoda y sin privaciones. Habrá, eso sí, que poner los medios necesarios para fingir su fallecimiento por accidente. Cuanto antes me telefonee, antes lograremos ultimar los pormenores. Le sugiero que no se demore; el tiempo corre en su contra, y su cabeza pende de un hilo.

Atentamente,

José Antonio Girón de Velasco

Ministro de Trabajo

* * *

Y así fue como la propia Carmen, interpretando por primera vez el papel de Ariadna, le entregó a Teseo el cabo del hilo que lo condujo hacia la salida del laberinto donde se ocultaba el Minotauro, el espíritu del monstruoso padre cuyo ajusticiamiento, lejos de librarla del pecado original, la dejó marcada por un crimen horrendo.

La ironía de la diosa Fortuna volvía a deslumbrarme con su fulgor. Quién lo diría: el ogro abominable convertido en marioneta de un Girón de Velasco obsesionado por librar a su Caudillo del *tábano* Aranda. ¿Fue suya la idea, se decidió en el seno de aquella Falange resentida con los prepotentes generales, o acaso lo insinuó sibilinamente Franco al oído de su cachorro? La incógnita perdurará hasta que un investigador más cualificado que yo consiga desvelarla.

Pero en las bulliciosas cimas del poder quien más, quien menos, tiene sus días contados antes de rodar pendiente abajo. Tras perder la dirección de la Escuela Superior del Ejército al año siguiente, tras un destierro transitorio en Mallorca a comienzos del 47, tras llamar a la puerta de los norteamericanos, de los sindicalistas de izquierdas y de tantos otros, el general Aranda Mata era obligado a pasar a la reserva en 1949. Mientras, aquel exterrorista treintañero que a punto estuvo de ejecutarlo se consagraba a tareas más pacíficas, como fundar mutualidades, economatos o universidades laborales.

Llegada la década de los 50, Girón se verá sometido a una campaña de acoso y derribo: panfletos anónimos, fotos comprometedoras, informes denigratorios, seguimientos policiales, cualquier medio es lícito con tal de desalojarlo del gobierno. En su pliego de descargo amenaza con airear la conducta de diversos próceres franquistas, y reparte 25 copias entre sus incondicionales para que lo den a conocer. Una de ellas va a parar a manos del dictador, que renuncia a su intención de destituirlo. Girón evidencia de nuevo su dominio no solo en las cumbres, sino también en las cloacas del poder.

Desplazado en 1957 con el desembarco de los tecnócratas, reorienta entonces sus intereses y se convierte en pionero del *boom* inmobiliario de la Costa del Sol. Sin

embargo durante el último periodo del franquismo, desde su retiro al pie del castillo de Sohail —centro de peregrinación de los nostálgicos recalitrantes—, el *León de Fuengirola* encabezará el búnker que cañonee el *Espíritu del 12 de febrero*, la tímida y malograda apertura de Arias Navarro. Genio y figura: hasta el final del régimen Girón de Velasco estuvo luchando por preservar la pureza del mismo a fuerza de destruir a sus adversarios. Y por si eso no fuera bastante, encima don Bruno le reclamaba auxilio para deshacerse de sus perseguidores. Qué barbaridad, cuánto trabajo.

* * *

El envío de Carmen lo recibí un miércoles. El jueves, a la hora del recreo, me sorprendí a mí mismo marcando el número de teléfono del Zoo de Barcelona. El corazón me latía como si quisiera escaparse a través de la garganta.

—*Zoològic de Barcelona. Digui'm?* —dijo la voz cantarina de la telefonista.

—Por favor, quisiera hablar con doña Montserrat Blanco.

—Le paso, no cuelgue.

El hilo musical de estilo *New Age* que reproducía el auricular me evocó imágenes particularmente vívidas. Los segundos transcurrían con una lentitud casi dolorosa.

—*Departament de Conservació. En què puc servir-li?*

—¿Montse? ¿Eres Montse?

—Sí. ¿Con quién hablo, por favor?

—No me reconoces, ¿verdad? —y me identifiqué.

—¡Ay, *la mare de Déu!* El caso es que estaba segura de que eras tú, pero no acababa de creérmelo. ¿Qué tal? ¡Ay, qué alegría!

—Más me alegro yo. Estoy bien, gracias. ¿Y tú, qué tal te encuentras?

—Bien, como siempre..., aunque más vieja, claro. Ya falta menos para la jubilación. De aquí a dos años, si Dios quiere...

—¡No me digas! Pues aparentas ser mucho más joven —parecía asombroso que un diálogo tan trivial pudiese complacerme hasta tal extremo.

—Qué galante eres, se ve que no has cambiado.

—¿Y Carmen?, ¿continúa trabajando en el zoo? —pregunté sin pensármelo, porque de lo contrario no lo habría hecho.

—Claro, por supuesto —el tono de sus palabras rezumaban pura expectación.

—Ajá... ¿Y sigue..., sigue siendo tu jefa?

—Sí, por aquí todo está más o menos igual.

—Ya, más o menos, ¿verdad?

—Eso es, más o menos —mi intención era obtener alguna información adicional, pero al detenerse en este punto no consideré oportuno sonsacársela.

—Bueno..., pues... Nada, lo dicho: que ha sido un placer saludarte.

—¿Quieres que le diga algo a Carmen? —se apresuró a proponer al darse cuenta de que iba a despedirme.

—Oh, no es preciso. Con que le des recuerdos de mi parte es suficiente.

—Descuida, se los daré.

El día siguiente era viernes de Dolores, y al salir de clase percibí en el aire la semana de vacaciones que me aguardaba. Hacía una tarde agradable, de modo que tras la sobremesa me eché a la calle y me entretuve paseando por aquellos lugares que cinco años atrás —un tiempo demasiado lejano y antiguo— había recorrido con Carmen: la plaza del Altozano, el muelle del Marqués de Contadero, el Arenal, los patios de los Naranjos y de Banderas, el barrio de Santa Cruz, los jardines de Murillo, el parque de María Luisa. Mientras caminaba me invadía una sensación extraña y placentera a la vez, como si aquel periplo encerrase en sí una dirección concreta, como si mis pasos no los diese yo, como si fuese ella quien anduviese por mí.

La meta se encontraba en mi propio hogar, de nuevo frente a la pantalla del ordenador, aunque en esta ocasión no me disponía a narrar una historia plagada de atrocidades, huidas, traiciones y deseos arruinados, sino a algo mucho más trivial en apariencia, la compra electrónica de cuatro billetes de AVE: Sevilla-Madrid y Madrid-Barcelona para el lunes santo, con las respectivas vueltas abiertas. Así es la vida: cuando la crisis originada por un capitalismo desenfrenado ha hundido en la miseria a tantos ciudadanos del primer mundo, yo empiezo a escapar de la mía y puedo permitirme esos lujos.

La idea inicial consistía en presentarme en el zoo sin previo aviso, pero con la aurora, conforme el tren discurría por la vega del Guadalquivir y el castillo de Almodóvar se divisaba en el horizonte, el principio de realidad me hizo ver que desconocía por completo la situación actual de Carmen. ¿Volvería a sacarme a rastras el vigilante jurado contratado por Tomás? ¿Habría reconstruido ella su existencia con alguien más juicioso que yo? La duda me asaltó con tal ímpetu que me dirigí a la plataforma del vagón y llamé a su secretaria.

—Esto..., Montse —me presenté—. ¿Sabrías decirme si Carmen trabaja esta tarde?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, es que voy camino de Barcelona, a examinar ciertos documentos en el Archivo General de Cataluña, y se me había ocurrido llegarme por ahí para darle personalmente las gracias por los que me envió la semana pasada. Y a saludarte a ti también, faltaría más —mis argumentos resultaban absolutamente ridículos teniendo en cuenta que el jueves anterior ni siquiera le había mencionado el viaje.

—Ah, muy amable por tu parte. ¿Y a qué hora vendrías?

—No sé, quizá a eso de las cinco, cinco y cuarto. ¿Podría ser?

—Ah, perfecto, sin problema.

Después de deshacer el equipaje y de darme una ducha, salí del hotel y me fui a

degustar un arroz en aquel restaurante marinero de la Barceloneta adonde logré llevarme a Carmen cuando la ketamina la dejó maltrecha. ¿Seguiría dependiendo de ella? El tenedor me temblaba en la mano al pensar en la inminencia de nuestro encuentro, y aunque el suyo había sido el ejemplo más cercano de los daños provocados por las drogas, finalmente ingerí media pastilla de Diazepam con un trago de vino blanco.

De ese modo conseguí entrar en el módulo de administración del zoológico en un razonable estado anímico, si bien es verdad que mis miembros parecían dotados de una ligereza que los hacía inmunes a la ley gravitatoria. Montse me plantificó dos besos sonoros, y al entrechocar sus gafas progresivas con las mías recordé que aún tenía puestas las de sol. Con un disimulado vistazo en derredor me cercioré de que no tendría que someterme al cacheo de ningún gorila uniformado. Buena señal.

—Si no te importa esperar un instante... —dijo la secretaria—. Es que con lo del desdoblamiento de nuestras instalaciones, raro es el día que no molestan a Carmen con cualquier consulta y en cualquier momento. Mira la hora que es —giró la cabeza hacia el reloj mural— y lleva casi veinte minutos colgada al teléfono.

—¿Desdoblamiento?

—Ah, ¿no te has enterado del proyecto? Pues lo presentó el alcalde en diciembre. Se va a construir nada menos que un zoo marítimo en el área del Fórum. Claro que no estará terminado hasta dos mil quince, así que me tocará disfrutarlo como una visitante más. Algo soberbio, créeme. Y este también se reformará por completo. Imagínate, en el nuevo habrá...

La amena charla de Montse fue muy de agradecer en aquel insufrible lapso de tiempo, cinco minutos, solo cinco minutos que se me antojaron una eternidad. Pero mis pensamientos vagaban por otros territorios, y el timbrado del aparato telefónico me levantó de un respingo del sillón.

—Ya puedes pasar —anunció la empleada con un expresivo movimiento de cejas, dando por concluido su monólogo.

Allá al fondo del corredor, recortada su silueta por la poderosa luz vespertina que las persianas venecianas del despacho apenas tamizaban, me aguardaba Carmen. Ataviada con su bata blanca, recogido su cabello en una coleta improvisada, todo en ella indicaba que no pretendía deslumbrarme con sus encantos. Sin embargo, y a pesar del lustro transcurrido desde que descendiese del coche en Plaza de Armas, su atractivo despertó en mí un vendaval de sensaciones.

—¿Qué tal, Carmen? —dije con un hilo de voz.

—Muy bien, ¿y tú? —contestó dejando asomar una leve sonrisa que admitía múltiples significados—. Adelante, toma asiento.

Se hizo a un lado sin propiciar el más mínimo roce entre nosotros. Ocupé un sillón y esperé a que ocupara el suyo. Entonces me percaté de que no sabía qué decir. Había recorrido mil kilómetros y ni siquiera traía preparado lo que iba a hablar. Azorado —y ella debió de notarlo enseguida—, le mostré mi gratitud por el obsequio

tan valioso que me había proporcionado, aunque eludí abundar en mayores detalles.

—Bueno, tampoco fue una decisión premeditada. Ya te contaba en el mensaje que aparecieron por casualidad, a causa de un pequeño percance doméstico.

Me disponía a preguntarle qué tipo de percance había sido aquel cuando abrió la puerta sin llamar un hombre de nuestra edad, con el pelo entrecano, de buena presencia, fornido y algo malhumorado. Sujeta por su brazo izquierdo llevaba una cría preciosa a la que le calculé a primera vista unos tres años.

—¡Carmen, yo no puedo más con esta niña! ¿Qué quieres, estar con tu madre? —le dijo tomándola por las axilas—. Pues hala, ahí tienes a tu madre.

La pequeña, al verse en el suelo, echó a correr y se subió al regazo de Carmen. El hombre, con los brazos en jarras, añadió en el mismo tono desabrido:

—Y supongo que hoy no nos iremos tan tarde a casa, ¿eh?

—No te preocupes —respondió ella con mansedumbre—. Hoy nos marchamos a las seis como mucho. Te lo prometo.

—Te tomo la palabra —apuntó con el dedo antes de salir.

«¿Qué clase de insensatez he cometido?», me dije avergonzado. Carmen había fundado una familia, era lógico que fuese así después de tanto tiempo. Y el envío de aquellas cartas no escondía ninguna intención. Todo había sido producto de mi enfermiza fantasía.

—Bueno —concluí inclinando la cabeza para disimular mi sonrojo—, no quisiera entreteneros. Además, aún tengo que llegar a San Cugat... —Me puse en pie.

—Alto ahí, ¿piensas marcharte sin conocer a mi *pequeño percance doméstico*? —Carmen se incorporó, bordeó el escritorio y sentó en él a la niña, frente a mí y con los pies colgando— Fíjate, qué guapa es. ¿A quién se parecerá?

—A ti, de eso no hay duda.

—No sé, no sé —su sonrisa, cada vez más franca, me desconcertaba—. ¿Sabes cómo se llama?

—Alicia, me llamo Alicia —dijo la niña rompiendo su recatado silencio.

—Muy bien, la señorita ya puede presentarse sola. ¿Verdad, cariño? Anda, Alicia, dale un besito a este señor.

Me incliné, puse la cara creyendo que me rehuiría, pero en lugar de ello sentí sus labios esponjosos en mi rostro y sus menudos brazos rodeándome el cuello. Me resultó tan entrañable que le devolví el beso con un apretón.

—¿No te dice nada su nombre? —preguntó la madre.

—Sí, claro, la Alicia de Lewis Carroll.

—¿Y aparte? —su expresión reclamaba una respuesta específica, así que no me hice de rogar.

—No sé, como no te refieras a la novia de Eugenio...

—Exacto, se lo puse en recuerdo de la última víctima de mi padre.

La censuré con la mirada al tiempo que señalaba a la pequeña con el pulgar. Carmen acarició el cabello oscuro de su hija y se apresuró a decir:

—No, si ella sabe que su abuelo era un hombre malo. Pero date cuenta de qué forma actúa el destino: lo que la otra Alicia no pudo conseguir, nuestra niña lo logró con sus travesuras.

—A ver, no te entiendo.

—Pues eso es lo que te insinuaba en la carta cuando mencionaba lo del pequeño accidente doméstico. ¿Te acuerdas del maletín de campaña donde guardaba el caballito de mar que te regalé?

—Claro, el mismo en el que tu padre, según nos contó Elfriede, escondía la ricina —la misma ricina que luego le serviría a ella para acabar con la vida de él, aunque eso me abstuve de comentarlo.

—Ea, pues hace menos de un mes estaba fregando los platos cuando de repente oigo un golpetazo muy fuerte en el estudio. Salgo corriendo y me encuentro a esta prenda —le palmeó el muslo— encaramada en la estantería, que no me explico cómo lo hizo...

—¿Cómo va a ser? Pues agarrándome a los *anacales*.

—*Anacales* no, anaqueles, cielo. Y el maletín estrellado en el suelo y abierto.

—Se me escapó por muy poquito —precisó Alicia.

—O sea —deduje—, que las cartas de Girón las conservaba tu padre en el maletín por si, llegado el caso, se veía obligado a servirse de ellas.

—Exactamente.

—Lo que no comprendo es que, habiéndolo usado tú, no te percataras de que estaban dentro.

—No soy tan despistada, hombre. Las ocultaba en un doble fondo, muy bien encajado, sí, aunque no lo suficiente para soportar una caída de casi tres metros.

—Ajá. ¿Y se enfadó mucho mamá? —pregunté dirigiéndome a Alicia.

—*Psa* —contestó ruborizada antes de matizar—; bueno, yo pienso que fue más susto que enfado.

Carmen la miró con gesto complaciente.

—Pero papá sí te reñiría, ¿no es cierto? Porque papá tiene bastante genio, no me lo negarás —agité la cabeza en dirección a la puerta.

—¿Papá? ¿Qué papá? —la chiquilla frunció las finas cejas, dándome a entender que yo andaba algo desorientado.

—¡Ay, Dios mío, no me lo puedo creer! —exclamó su madre apoyándose en mi hombro—. Vamos, que tú te figurabas que Jotxin era mi... —se doblaba de la risa.

—¿No es tu marido? Pero si acaba de decir que os teníais que marchar a casa.

—Y tanto: él a la suya y yo a la mía. No, hombre, no. Jotxin es uno de nuestros veterinarios, y de los más competentes. Al pobre le he dejado a su cargo el aviario y se encuentra desbordado. Es buena gente, que conste; eso sí, se le dan mejor los pájaros que los niños. Y si encima me traigo a Alicia, que está de vacaciones, y se la encasqueto cada vez que necesito atender una visita o una llamada, hazte una idea. A propósito —se volvió a Alicia con la mano en la cadera—, no le habrás hecho

ninguna trastada.

—Yo no, mami. Solo le había abierto la jaula a un chochín para que volase un poquito.

Risotada general. Carmen se secó las lágrimas con un pañuelo. Luego me dijo con un sonsonete burlón:

—Te noto escaso de agudeza. ¿Has bebido mucho durante el almuerzo?

—No, ¿por qué? —respondí disimulando.

—No sé, suponía que ibas a darte cuenta de ciertas cosas.

—¿Lo dices por Jotxin?

—Lo digo por Alicia. ¿Qué edad le calculas?

—Unos tres años.

—Ay, cómo se ve que eres profe de instituto; no entiendes nada de niños. Claro, así te va. —Carmen analizaba mis reacciones sin pestañear, y sus pupilas proyectaban un brillo cargado de emoción. Aún se demoró unos segundos antes de proseguir— No, Alicia no tiene tres años. Tiene cuatro.

La estancia se llenó en ese momento de una luz que no procedía de lugar alguno. Dirigí la vista hacia Alicia, quien a su vez me observaba atenta con las manos entre las rodillas, meciendo suavemente las piernas en el aire. Tres palabras, únicamente tres palabras acerté a pronunciar.

—Entonces Alicia es...

Y Carmen añadió:

—Todo vino por la maleta. Ella tuvo que tirarla para que yo tomase conciencia de lo que te estabas perdiendo.

* * *

Alicia acaba de dormirse. Carmen se ha recostado en el sofá y ha sintonizado el canal Natura —esta mujer no tiene remedio—, aunque no creo que tarde ni diez minutos en cerrar los ojos. Hoy es domingo, un día particularmente ajetreado, pues hemos llevado a nuestra hija al parque de atracciones del Tibidabo. Bueno, en realidad se trataba de sacarnos una espina, la del pésimo estado en que se hallaba Carmen por culpa de su adicción cuando subimos a la montaña más alta de la Collserola aquella soleada y remota mañana, también de domingo, en mayo de 2004.

Entre tanto yo aprovecho este silencio para redactar las últimas líneas de un epílogo que nunca llegué a imaginarme. Y tras haber revisado con detenimiento cuanto he ido dejando por escrito, antes de dárselo a leer a Carmen, me siento en condiciones de afirmar que si existe un protagonista en mi poliédrico relato, este no es otro que el destino. De regirse el universo por el azar, jamás mi sangre se hubiese fundido con la de la estirpe maldita del monstruo que perseguí hasta la extenuación, y

jamás habría completado mi propia simiente el demencial rompecabezas que él mismo fabricó con su biografía.

La mía, sin embargo, se aleja al fin de las turbulentas aguas por las que ha discurrido demasiado tiempo. En el plazo de apenas unos pocos meses —una metamorfosis súbita— me he encontrado con una familia, con un hogar distante de mis orígenes e incluso con un trabajo que habré de realizar, tan pronto como me sea posible, en la lengua que mi madre cultivó durante su infancia. Por enésima vez ha sido el destino quien lo ha dispuesto. Bien es cierto que en esta ocasión no tengo nada que objetar.

Barcelona, 30 de agosto de 2009

Agradecimientos

Belén Barrios (maestra), Raquel Castro (abogada), Coral Chacón (médica), José Ángel Cilleruelo (escritor), Javier Díaz (profesor), Eduardo García (escritor), María Dolores Hinojosa (lectora), Vicente Hinojosa (lector), Federico Holgado (farmacéutico), Rafael Inglada (escritor), Manuel Ángel Jiménez (ex concejal), Christiane Klumb (traductora), Mari Paz Martín (veterinaria), Salvador Martínez (empleado de cementerios), Rafael Mir (abogado), María José Moreno (psiquiatra), José Enrique Moreno (oficial de juzgado), Antonio Postigo (profesor), Pedro Ruiz (catedrático de Literatura Española), Esther Sánchez (procuradora), Juan Manuel Sánchez (maestro), Rafaela Valenzuela (gestora cultural), Mamen de Zulueta (gestora cultural).

Agradecimientos especiales a Francisco Moreno Gómez (historiador especialista en la Guerra Civil en Córdoba), Sección de Archivo de la Guardia Civil, Jesús Vicente Aguirre (especialista en memoria histórica), Antonio Barragán Moriana (catedrático de Historia Contemporánea de la UCO), y a Pink Floyd por *Wish You Were Here*. Con este álbum comenzó todo.



FEDERICO ABAD (Córdoba, 1961) es escritor y músico. Titulado superior en Pedagogía Musical y diplomado en Magisterio por Ciencias Humanas, ha cursado estudios de piano clásico y jazz. Ejerce como profesor de Música en Secundaria, aunque también lo ha sido en Primaria y ha impartido diversos cursos para profesores y de posgrado. Durante seis años trabajó de director técnico y programador en una empresa de informática.

Comenzó a escribir a los once años. Entre su obra literaria cabe destacar la novela juvenil *Quince* (Berenice, 2006), el libro de poemas en estrofas clásicas *Metro* (Reino de Cordelia, 2011, XIV premio Eladio Cabañero de Poesía), y el poemario *La noche del siglo veinte* (CajaSur, 1999). Ha obtenido diversos premios de relato, entre ellos el prestigioso Gabriel Sijé de Novela Corta.

Su faceta de músico se refleja en la guía práctica de iniciación al lenguaje musical *¿Do re qué?* (Berenice, 2006-2012), que gracias a su divulgación en España e Hispanoamérica ha alcanzado la 5ª edición, y en *La colección Dolores Belmonte*, estudio etnomusicológico sobre un cancionero infantil de la Andalucía oriental (Centro de Documentación Musical de Andalucía, 2008), así como en la elaboración de contenidos y textos para el área museográfica del Centro Flamenco Fosforito (Posada del Potro, Córdoba).

Ha compuesto dos álbumes musicales: *Paisajes*, un conjunto de 15 estudios para piano, y *Radio Jungla*, 8 temas instrumentales latinos. Es autor de tres guías monumentales sobre Sevilla, Granada y Málaga y su provincia (Ediciones Ilustres,

2000/2001/2002), traducidas al francés, inglés y alemán. Su gran afición viajera le ha llevado a visitar 24 países. Una selección de sus fotografías de viajes se expone en la página web personal. Suele asimismo hacer incursiones en el ámbito del diseño gráfico, fundamentalmente en logotipos y cartelería. Ha realizado cuatro sitios web y mantiene cuatro blogs.